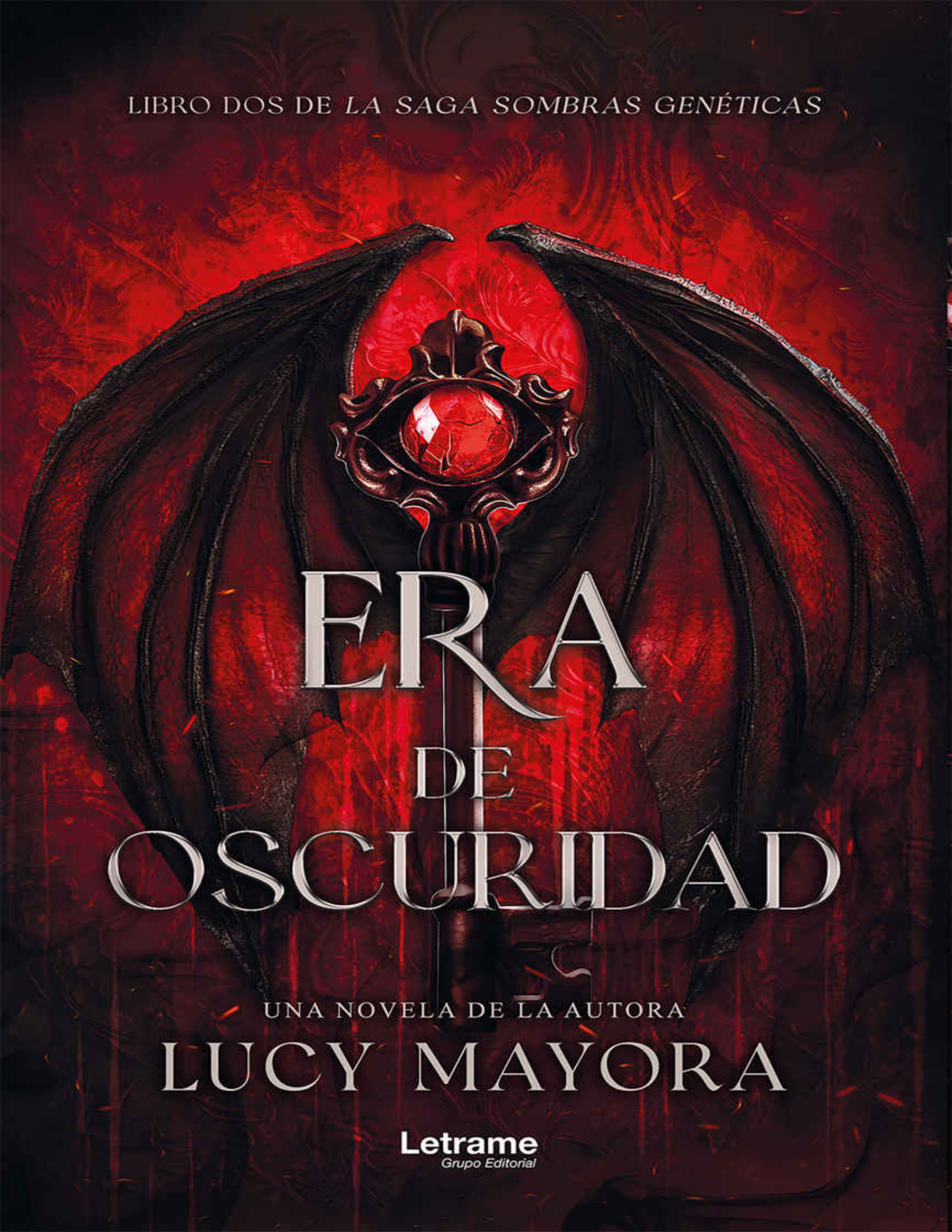
LIBRO DOS DE *LA SAGA SOMBRAS GENÉTICAS*



ERA DE OSCURIDAD

UNA NOVELA DE LA AUTORA

LUCY MAYORA

Letrame
Grupo Editorial

© Derechos de edición reservados.
Letrame Editorial.
www.Letrame.com
info@Letrame.com

© Lucy Mayora

Diseño de edición: Letrame Editorial.
Maquetación: Juan Muñoz Céspedes
Diseño de cubierta: Tyler Evelyn Rood
Supervisión de corrección: Celia Jiménez

ISBN: 979-13-7012-579-0

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)».

A los que han sido llamados ovejas negras por no encajar en la luz de la sociedad. Nunca olviden que la oscuridad también brilla a su manera.

Nota al lector

Querido lector, este libro por su naturaleza vampírica contiene escenas de violencia, sangrado y tortura. Además, narra el viaje de nuestros personajes en una etapa oscura de sus vidas.

Como autora mi prioridad es tu salud mental, si algo de esto es un detonante para ti, por favor, ve con cuidado.

CLASIFICACIÓN

NOMBRE	FACCIÓN	PODER
MIRAH SHARD		MENTALISTA VOID CROSSER
KANE DAMIAN		UMBRAQUINESIS CHRONOS
GRIGORI VOLSKA		PYROSCATHE SENSER
LYNNA YUNG (CAT)		MORPHIDAE
NOLAN KYRREL (SQUASH)		HYDROMANCER
JODAN MAESTRE (FORZE)		TITÁN
KYLA DE LANDERELT		GENOMÍSTICA
MICHELLE DI MARTINO		VOYH GENÉTICA
FLORENCE LENZ (SHADE)		SYNTZ ALTO NIVEL
VIKTOR ROMAN		NINGUNO CONOCIDO

Glosario de la saga.

Para ver toda la información de facciones y poderes del universo de la Saga *Sombras genéticas* ingresa a este QR o visita www.lucymayora.com

PRÓLOGO
KANE

Otro golpe azotó mi rostro. ¡Maldita sea!

—¿Estás intentando liberarte de mi compulsión, Kane? —preguntó Grigori con ese tonito idiota que lo caracterizaba. El típico tonito de rubio falso creído con un ego tan grande que podía llenar el cuarto entero y dejarnos sin oxígeno.

Tenía una promesa en mente… Aunque sea lo último que haga cortaré las manos y la cabeza a este maldito.

Arrastré mis manos con el peso de las cadenas que las sostenían solo para mostrarle ambos dedos del medio. Me sentí realmente orgulloso de la hazaña, hasta que un tubo de metal se estampó contra mi cara. Sentí el sabor metálico recorrer mi boca, sangre… Heridas, mi nueva normalidad.

El maldito no tenía piedad y me había tocado aprender por las malas que, si debía romper cada fibra de mi cuerpo para luego dejarlo regenerar y volverlo a romper, lo haría. Después de todo éramos vampiros y teníamos un tiempo infinito y él sabía cómo sacarle provecho a mi sufrimiento.

A menudo me preguntaba si sería más sencillo dejar de resistirme, abrazar la oscuridad que estaba por completo dentro de mí, dejarme consumir. Aunque ya ni sabía quién carajo era, ni qué día era. El collar en mi cuello me impedía usar mis poderes y cuan perro, solo me lo quitaban cuando me necesitaban para algo.

Las últimas veces que había usado mis poderes había notado algo diferente en mis sombras, como si un llamado a través de ella quisiera pedirme que lo dejara todo atrás. Había una especie de voz en mi mente, hablaba algún idioma que no podía reconocer y en otros momentos la escuchaba claramente: «Abraza la oscuridad», decía. ¿Podría ser un vampiro? Dudaba mucho que los idiotas Noctus estuvieran hablándome mentalmente, especialmente con su coeficiente intelectual como el culo.

Tampoco estaba cerca de mis amigos y mucho menos cerca de ella… Mirah. Carajo, la extrañaba demasiado.

Ahora mi compañía era solo el peso de las torturas y la humedad lamiendo mi piel como una lengua podrida. El calabozo me envolvía con sus paredes de piedra vieja y asquerosas, bastante agrietadas, como si hubieran respirado cada tormento vertido en este lugar, y no me extrañaba, seguramente no era la primera víctima de las torturas de Grigori. La roca de la pared donde me apoyaba estaba fría al tacto, áspera, cubierta de musgo resbaladizo que se adhería bajo mis uñas cada vez que me apoyaba en ellas tratando de ponerme de pie, buscando equilibrio en la penumbra. El suelo era traicionero: una mezcla de fango y polvo seco que se aferraba a mis botas ahora destruidas, pero que, por momentos, se convertía en charcos pestilentes que delataban alguna filtración desde la superficie. O quizás no era agua. El hedor que emanaba de esas pozas era espeso, metálico, como sangre rancia de los Noctus que Grigori había asesinado por desobediencia o por simplemente cuestionar algo. Todo estaba impregnado de una podredumbre que se colaba por mis fosas nasales y se aferraba a mi garganta, como si intentara asfixiarme poco a poco y siendo un vampiro, ¡carajo! Olía todo en alta definición.

Pero mis sentidos, normalmente afilados, se confundían en ese ambiente hostil. La oscuridad no era solo ausencia de luz; era densa, como un velo tejido con desesperación. Incluso mis ojos adaptados y dueños de las mismísimas sombras tenían dificultades para distinguir las formas a lo lejos, era una penumbra tan amplia que incluso la visión de sangre era incapaz de dibujar los espacios con precisión. Los límites del calabozo parecían extenderse y cerrarse a voluntad, jugando con mi percepción, como si el mismo lugar respirara y se burlara de mi confinamiento.

Cuando desperté aquí hace cuatro meses no entendía cómo había llegado, unas horas después de aquel momento, cuando el suero finalmente había dejado mi sistema, comprendí lo que Grigori había hecho, mi transformación, aquella orden que me obligaba a atacar a Mirah, a mis amigos, en el área A-138, mi cuerpo tratando de resistir… pero era imposible, el suero era demasiado poderoso, el suero me obligaba a ser el títere de Grigori. El suero hacía que me olvidara de mi humanidad, de las cosas que amaba, de la persona a quien más quería entre toda la desgracia que era mi vida, Mirah. Solo ella había podido derribar mis defensas, solo

ella había podido llegar a una parte de mí que no mostraba comúnmente. ¿Por qué? Ni puta idea, no era que creyera en esa mierda de almas gemelas ni nada por el estilo, pero ella tenía algo que no podía explicar, aunque ciertamente yo no era su enlace.

Un goteo de agua que no lograba ubicar me sacó de mis pensamientos, era como si el techo soltara lágrimas de piedra. A veces, juraría que escuchaba susurros, apenas un murmullo en las grietas, voces que se arrastraban entre la penumbra, llamándome por un nombre que no lograba comprender. Ser vampiro era una mierda si no tenías libertad, un simple humano hubiese muerto tras unos días de no comer, en cambio yo… estaría disecándome lenta y dolorosamente.

El frío era constante, pero no era el frío que sentiría un humano. Este se adhería a mis huesos, como si intentara recordar que, pese a mi naturaleza, alguna vez había sido un simple humano y que aún podía ser reducido a polvo y cenizas. Mis músculos, tensos como cables de acero, se mantenían alerta, pero había una fatiga velada en mi cuerpo, la marca del cautiverio.

La sed ardía en mi garganta. No la sed por agua, sino esa necesidad primitiva que nos gobierna, que latía en cada fibra de nuestro ser. La ausencia de sangre era un suplicio silencioso, una tortura que convertía cada latido inexistente en un lamento interno.

Pero, a pesar de que cada fibra de mi cuerpo me decía que apagara mi humanidad, que me entregara a la oscuridad de las sombras, quería resistir, quería hacerlo únicamente por ella. Resistiría lo necesario con tal de no traerla a su lado, resistiría mis peores instintos con tal de salvarla, porque, joder, la amaba. No quería enamorarme, no quería sentir ese nivel de necesidad por otra persona, este nivel de debilidad. Pero desde el primer día que sus ojos aparecieron en mis sueños, sabía que ella era la única persona por la que podría vivir y morir…

—Te contaré una historia, Kane, quizás después de esto cambies de opinión y dejes tu estúpida resistencia —dijo el jodido rubio falso. Lo miré con intriga, nada que le permitiera a Grigori contarme una historia tendría un buen final. Entonces continuó—. Doce de septiembre de dos mil setenta y tres—. La fecha me parecía algo que había visto o escuchado antes pero no lograba asociarlo a alguna situación particular—. Mutación del gen PSEN1 implicado en la producción de la proteína beta-amiloide, la cual se acumula en el cerebro. Dos mil criptomonedas al mes al centro de cuidados

de Lonviness sector Este, Grace Hannam, sesenta y cinco años, diagnóstico de Alzheimer.

Al escuchar su nombre un escalofrío me recorrió el cuerpo, la dureza de mi rostro se volvió la misma nada, porque entonces entendí que había estado equivocado, Mirah no era la única persona por la que podría morir, porque Grigori había encontrado a mi madre…

PARTE I

SECRETOS

«*El mal forma parte del bien,*
el bien forma parte del mal,
somos luz y somos sombra
con ídolos y creencias
que justifican nuestro comportamiento
y a eso le llamamos moral».

Francis Bacon

«Los humanos son tan frágiles y egocéntricos que si les das cualquier excusa para tener más poder, lo tomarán sin cuestionar».

Diario de Asmodeus, encontrado en el 2035.
Excavación de Turkmenistán.

UNO: Isabella, la de los *cannoli*
Unos momentos antes…
KANE

Cuando Grigori me mordió y luego puso esa cápsula en mi boca aquel fatídico día en las instalaciones del Instituto de Idris, todo mi universo había cambiado, ya no era dueño de mi cuerpo, ni de mis acciones, era como estar en Simpless, pero tres mil veces peor y, sin embargo, ella aún estaba ahí. Sus ojos rojos me miraban sumergidos en el terror. ¿Eran sueños? ¿Visiones? Ni puta idea. Solo quería decirle que todo iba a estar bien, pero mi cuerpo no respondía, mi boca no podía esbozar una palabra, en vez de eso cada una de mis células se empeñaban en atacarla, en encontrarla, rastrearla, solo en ese momento me di cuenta de todo el peso que tenía Grigori en mí, en lo que me había convertido, en algo muy parecido a él, pero no completamente igual.

En estos meses Grigori me había explicado unas tres mil veces cuál era mi destino. Yo era uno de sus experimentos más importantes, así como había conseguido replicar el patrón de Sirel Nikolai, su eterno amor en Mirah, había conseguido replicar en mí el patrón del poder más importante para un vampiro, el control de las sombras, o, como al estirado de mierda le gustaba decirle, «Umbraquinesis». Tal parecía ser que mi sangre compartía algún patrón genético con el controlador de sombras original, quien quiera que fuese ese, algo que no se había encontrado en miles de años. Sin embargo, las sombras, que siempre habían sido mis aliadas, ahora eran mis enemigas, no porque me atacaran, sino porque me convertían en lo más valioso que Grigori podía poseer.

Una vez le dije a Mirah que por veinticinco años me había sentido perdido hasta que me convertí en vampiro, era verdad, tenía éxito, dinero, chicas siempre queriendo algo conmigo, pero en el fondo siempre estaba vacío, como si nada de eso fuera suficiente, como si una parte de mí estuviese

extraviada en el mundo esperando a ser despertada. Pero el vampirismo me había dado algo nuevo en mi ser, una sensación de que pertenecía a algo, un propósito, no podía explicarlo claramente, pero cuando me desperté convertido sentía como si ese siempre hubiera sido mi destino ser esto. Curioso, ¿no? Aunque en este preciso momento ser vampiro era lo último que deseaba, porque significaba una eternidad siendo esclavo del maldito rubio falso.

—¿Me estás entendiendo? ¿O te has desmayado de nuevo? —preguntó con una risa de desgraciado… Esa misma que ponía delante de todos nosotros cuando lo conocimos intentando ser un vampiro agradable. Por suerte, nunca me creí el cuento, aunque esto realmente terminó muy diferente a como esperaba después de aquella cena.

Otro golpe en el rostro, esta vez sentí como la sangre se acumulaba en mi boca y la escupí en sus zapatos perfectamente pulidos. Solo deseaba que acabara con esto, no quería transformarme, no quería obedecer, no me iba a tomar la maldita cápsula, puesto que si lo hacía debía rastrearla, perseguirla, debía encontrarla y traerla con él y la verdad es que prefería morir aquí mismo que verlo colocando sus sucias manos de nuevo sobre ella, prefería perderlo todo que verla sentada a su lado, gobernando, siendo amantes. Y si lo hacía, además, consumiría sangre, mataría por ella, había matado antes, por necesidad, pero lo que ocurría con la cápsula me llevaba a ser otra persona completamente diferente.

Lo que Grigori me había dado en la cápsula había sido apenas el inicio, por los siguientes cuatro meses o algo así, ya había perdido la cuenta de los días. Experimentó conmigo hasta que perfeccionó su compulsión, sentía como cada fibra de mi cuerpo se resistía a él, pero cada vez intentaba romperme para ser más obediente. El maldito collar además desactivaba todos mis poderes, básicamente sentía que era una humano de nuevo, obediente de un sistema de mierda y sin poderes, solo me faltaba tener un empleo de nueve a cinco y marcar la hora de salida. ¡Ah! Y algún jefe idiota que ganara más que yo, aunque no supiera manejar el sistema de reportes de biotecnología.

—Bueno, mascota, que conste que te pregunté por las buenas —dijo.

—Vaya, si esas eran las buenas… —repliqué con sarcasmo.

Una mujer entró, era de piel morena y cabello castaño, ojos amarillos, una Darr, la había visto antes, pero la primera vez que la vi yo estaba semi

inconsciente. Ella se veía cercana con Grigori.

—Danna —dijo él y ella le dio un beso en la mejilla, aunque se le notaba en el lenguaje corporal que lo quería más cerca de su boca.

—Grigori querido. ¿Es este el experimento?

—Sí, necesito que saques la información de su mente.

¿Qué clase de poder tenía esta vampira?

La mujer se agachó a mi lado.

—No tiene que ser complicado, Kane, solo abre tu mente—. La mujer acercó sus dedos a mis sienes y sentí como si intentaran abrir mi cerebro con una sierra, no tengo idea de qué estaba haciendo, pero definitivamente estaba buscando bien profundo. Traté de ahogar el grito con toda mi fuerza, mi rostro se apretó, mis dientes rechinaban, no quería darle el placer de verme sufrir, pero fracasé, el dolor era demasiado intenso—. Lo tengo —dijo con sutileza y se levantó separando sus manos de mi cabeza. Quedé jadeando y con la respiración acelerada, aún sentía la sierra en mi mente.

—¿Y bien? —preguntó Grigori.

—Es por ella… Mirah. Se está resistiendo para protegerla.

Grigori soltó una mirada de furia y abrió las aletas de la nariz.

—No es que no me agrade que quieras protegerla, después de todo es tu reina y le debes lealtad, pero Kane, vamos, ¿realmente vas a seguir anclado a una esperanza? No tienes el nivel para estar al lado de Mirah, jamás lo tendrás, fuiste creado únicamente con la idea de ser un perro faldero, proporcionarme lo que necesito y cubrirme las espaldas. Si el patrón de Umbraquinesis se hubiese replicado en mí de forma natural, no estuviéramos teniendo esta conversación, yo tendría tus sombras primarias y tú no existirías, en vez de eso tuvimos que crearte y entender cuál era el patrón correcto para replicar las sombras en mí. ¿Lo entiendes ahora? No eres más que un experimento, un producto beta para yo ser la verdadera perfección. Además —replicó riendo de medio lado—. Una reina como ella, una tan poderosa, una Inmortus no va a escogerte mientras exista alguien como yo en su vida.

—Entonces la mejor solución sería matarte, ¿no? —repliqué con una sonrisita en los labios.

—Kane, se me está agotando la paciencia… ¿Realmente crees que este acto de macho neandertal protector te va a servir? No pudiste antes tener a Mirah, no la podrás tener jamás, así que acéptalo y deja que venga conmigo

—. Tragó saliva—. Tenemos que entrar a Murda y la mejor forma de hacerlo es oscurecerlo todo con tus sombras, el domo será una protección inservible si las dejas salir en tu nuevo estado.

—¡No me importa lo que digas o hagas! ¡No buscaré a Mirah! ¡No la traeré contigo!

—¡Estás diseñado para obedecer! —gritó y claramente estaba perdiendo los estribos.

Mi cuerpo sufrió un espasmo, él era el líder de lo que residía dentro de mí, aún sin haberme tomado la dosis del día, podía sentir mi energía obligándome a obedecer.

—Supongo que salió mal tu plan, ¿no? —pregunté con algo de triunfo en la voz—. Jamás imaginabas que podría resistirme a tu mierda a largo plazo, jamás pensaste que podría desarrollar resistencia a tus porquerías.

—Tienes razón, no lo pensé. Llamémosle una maldición de mi superioridad—. Grigori se agachó frente a mí, levanté ambas manos luchando con el peso de las cadenas, quería mostrarle de nuevo los dedos del medio, quería usar todas mis fuerzas para intentar ahorcarlo, pero apenas llegué a la mitad del movimiento, estaba débil, fatigado, Grigori no me había dejado beber sangre en más de dos semanas, como castigo de no seguir sus instrucciones, mi cuerpo tenía un matiz pálido casi grisáceo, la tortura era uno de sus juegos favoritos. Me tomó por la mandíbula tan fuerte que pensé que iba a partirla en dos. Algún día se la partiría yo a él, eso era una promesa—. Pero que no se diga que no tengo planes de contingencia. —Soltó mi mandíbula tirándome hacia un lado—. Danna, ¿entonces tienes lo que pedí?

—Sí, querido.

Danna le acercó a Grigori una carpeta azul, con documentos adentro, Grigori los analizó con cuidado, como quien esperaba encontrar algo importante y por un momento me di cuenta de que lo había encontrado cuando sonrió ampliamente.

—Te contaré una historia, Kane… quizás después de esto cambies de opinión. —Lo miré con intriga, nada que le permitiera a Grigori contarme una historia sería bueno—. Doce de septiembre de dos mil setenta y tres. —La fecha me parecía algo que había visto o escuchado antes pero no lograba asociarlo—. Mutación del gen PSEN1 implicado en la producción de la proteína beta-amiloide, la cual se acumula en el cerebro. Dos mil

criptomonedas al mes al centro de cuidados de Lonviness Este, Grace Hannam, sesenta y cinco años, Alzheimer.

Mis ojos se abrieron como platos y fue imposible disimular lo que mi cuerpo sentía en ese momento, podría tratar de cambiar el rostro, de tragarme la rabia, de pretender que no sentía nada, pero no podía. Cada fibra de mi cuerpo estaba llena de preocupación, como si fuese un simple humano lleno de incertidumbre y miedo, porque él la había encontrado. Grigori había encontrado a mi madre.

—No… —alcancé a decir.

—Reconozco que ha sido difícil de rastrear, cambiaste muchos nombres, cuentas de donación, todo muy clandestino, pero te sorprendería lo que mi nombre y dinero consiguen en esta ciudad. Además, te sorprendería lo que Danna podría conseguir en esta ciudad.

Maldita sea, ¿Danna era como Mirah? ¿Acaso tenían el mismo poder? Quizás había usado su mente para escudriñar en los secretos de mi madre. Pero ahora que sabía dónde estaba no había vuelta atrás. Estaba dispuesto a sacrificarme a mí mismo por Mirah, pero no podría sacrificar a mi madre.

—Vamos —dijo Grigori y sus vampiros Noctus que ya no olían a mierda me levantaron del suelo—. Arréglenlo, iremos a dar una visita.

Grigori y Danna salieron del lugar, los Noctus me desgarraron la ropa y me arrastraron a una especie de ducha del maldito calabozo. Apenas giraron la llave, salió de ella un agua hirviendo que me quemaba la piel, literalmente podía sentir cómo ardía. Pensé en gritar, pero no serviría de nada, así que tragué todo mi dolor y pena sintiendo como mi carne se desgarraba bajo el agua hirviendo para luego regenerarse lentamente.

—*Abraza la oscuridad, Kane…* —dijo una voz en mi mente. No era la primera vez que la escuchaba, por los últimos meses había aparecido siempre que la rabia y el dolor se acumulaban dentro de mí, un llamado ancestral, algo que parecía pedirme que me apoyara en eso… y me dejara llevar—. *Despierta, mir velzar…* —repitió la voz en mi mente. ¿Qué carajo era eso? Parecía otro idioma.

Uno de los Noctus me lanzó una pequeña bolsa de sangre, no era un alimento suficiente para recuperarme, pero al menos aceleraría la curación de las quemaduras.

Diez minutos después me habían vestido y me condujeron al auto de Grigori que manejaba Miles, su mayordomo humano, quien, aunque

intentara disimular, parecía bastante asqueado con la situación que ocurría a su alrededor. Dos camionetas negras nos seguían de cerca, los Noctus jamás nos perdían de vista. En el camino reconocí las calles donde doblamos y finalmente vi el nombre del centro de cuidados de Lonviness Este. Estábamos ahí para ver a mi madre y eso era un terrible augurio de cómo esto serviría para que Grigori tuviera control sobre mí.

El pasillo parecía largo y eterno cuando llegamos a la habitación ciento dos, mi madre me miró con extrañeza, después de todo no me veía hacía tiempo por su propia seguridad y con su Alzheimer era casi imposible, ¡joder! Que no me reconozca, pensé en mi cabeza, era la única esperanza, era el único día que deseaba que su enfermedad hubiese evolucionado tanto que no pudiera saber quién era yo en lo absoluto. Jodido, ¿verdad? ¿Desear lo peor esperando lo mejor? Pero de pronto me miró con profundidad y dijo:

—Kane, hijo, ¿eres tú?

Y entonces, yo, Kane Damian, él vampiro de veinticinco años que amaba tener el control, terminé desplomado en segundos, convirtiéndome en un pequeño niño que corría a abrazar a mi madre con locura.

—¿*Mamma*?

—Hijo, estás demasiado pálido, ¿no estás comiendo bien? Te dije que tenías que dejar de comer esas cosas recalentadas, eso no puede ser tu única comida, tienes que comer carne, pollo. ¡*Una buona pizza*!

Mientras mi madre hablaba su voz se perdía en el eco de mis oídos, su nombre no era Grace y su apellido no era Hannam, era lo que había tenido que colocarle el día que Shade me ayudó a hacerle la identificación falsa para mantenerla segura, su nombre era Isabella Damian Riccardetti, la mujer que hacía la mejor pasta *alla Norma*, a la que todos conocían por sus famosos *cannoli*, ¡por Dios! Una gloria eterna.

—*Mamma*. —Sonreí y lloré, como ningún vampiro lo hacía, pero los ojos de mi madre se abrieron tan grandes, que me asustaron—. ¿Qué sucede, *mamma*? —Su mirada era de terror, necesitaba saber qué ocurría.

—¿*Stai piangendo sangue*? ¡*Mamma mía*! ¿Qué te ocurre, Kane? —preguntó.

Pasé mis dedos por la cuenca de mis ojos y ella tenía razón, estaba llorando sangre.

—*Va tutto bene, mamma*, pasará —dije.

—Dime la verdad, Kane, ¿qué tienes?

—*Niente, mamma*. Nada, todo está bien, es una… infección, ya estoy tomando los medicamentos.

Grigori habló sin una pizca de emoción en la voz.

—Suficiente cháchara sentimental. Ahora, Kane, esto puede ser doloroso o no… Haz lo que te pido, obedece, transfórmate, toma la cápsula voluntariamente para que la compulsión funcione o tu madre morirá.

Mi madre abrió los ojos muy grandes e intentó mover su mano hacia el botón de alarma de las enfermeras, pero no llegó, Grigori la tomó por el brazo con fuerza y con la otra mano la levantó de golpe mientras cubría su boca para evitar los gritos.

—¡Maldito cobarde!¡Déjala ir…! —supliqué en gritos—. ¡Ella no tiene nada que ver en esto!

—Todo dependerá de si te comportas, mascota. Ahora, ¡toma la cápsula y acepta tu destino!

Grigori iba a obtener lo que quería, verme rendido ante su poder. Verás, la pastilla funcionaba a la perfección, su efecto duraba unas horas, pero Grigori había descubierto a través de los experimentos que cada vez que me resistía el efecto duraba menos, por lo que necesitaba que la tomara por voluntad propia y necesitaba una ventaja sobre mí para hacerlo y la había encontrado.

La pastilla era apenas el inicio de todo, algo que inducía el control, pero ahora la oscuridad se había convertido en parte de mí, una oscuridad que me atrapaba de una manera donde apenas podía discernir lo bueno y lo malo del mundo. «Un verdadero vampiro», le llamaba Grigori. Alguien que se despoja de su aún patético intento de humanidad. Una criatura que dejaba de ser humana y se transformaba en algo más, hambriento de sangre a cada segundo, obedeciendo a todos sus deseos.

—No lo haré —dije firmemente.

Las facciones de Grigori comenzaron a transformarse dando paso a aquel monstruo de varios colmillos afilados, ojos negros, lleno de oscuridad, con un instinto bestial de caza que hacía ver a un vampiro Inmortus como menor. Él quería ser rey y lo era, al menos de las bestias de mierda. Se movió tan rápido que apenas pude seguir su estela de murciélagos, me golpeó, salí volando hacia la pared trasera y acto seguido se ensambló detrás de mi madre hundiendo los colmillos en su cuello.

—¡No! —Mi grito fue feral.

—¡Kane! —Mi madre gritaba sumergida en el dolor que sentía. Intenté acercarme y sus malditos vampiros Noctus me sostuvieron mientras miraba con horror la escena.

Grigori se despegó de su cuello y las gotas de sangre corrían por sus afilados colmillos, ahora goteando sobre mi madre.

—Haz lo que dice, Kane —dijo Danna—. Será todo más sencillo.

Si hacía esto, si me entregaba voluntariamente a la oscuridad, no habría retorno, y eso era lo que él quería, que me sumergiera bajo mi propia voluntad a esto para nunca más regresar, para nunca jamás oponer resistencia a lo que contenía la cápsula y quería resistirme, pero ver como la vida se iba del cuerpo de mi madre era demasiado, así que lo acepté.

—*Abraza la oscuridad, Kane…* —Se escuchó como un susurro dentro de mí.

Cerré los ojos y suspiré.

—Está bien, lo haré.

Grigori entonces soltó a mi madre y sus vampiros me pusieron la cápsula en la boca, obligándome a tragarla. En segundos mi mente empezó a girar fuera de control, podía sentir el nudo en mi estómago creciendo, algo comprimiendo mi ser y expandiéndolo al mismo tiempo y de pronto, todo cambió, como si fuese un subidón de alguna pastilla de las que te daban en las *raves* electrónicas, mi mente se desenfocó y encontró un camino diferente, el de la oscuridad. El collar en mi cuello fue desactivado y removido y el hormigueo de mis poderes volviendo despertó miles de sensaciones en mi piel. La oscuridad me reclamó, como si yo le perteneciera a ella desde siempre, como si fuéramos dos mitades en una. Las sombras me envolvieron y como siempre lo recordaba ellas se movían como una extensión de mí, recordando que yo las gobernaba y ellas obedecían a mi voluntad, sentí mis ojos pesados, ardían, sentía como mis venas se llenaban de algo diferente, como si algo me consumiera de una forma inesperada y maravillosa al mismo tiempo. Ya no estaba consciente de quién era, sino de mis deseos, que eran obedecer a Grigori.

—Bien hecho —dijo Grigori—. Ahora es hora de buscar a Mirah.

DOS: Desearía que fuese su cabeza
MIRAH

Corrí salvajemente a toda velocidad impulsándome hacia la pared envuelta en concreto y neones, bastó apoyar mi pie en ella y el salto que di me llevó más alto que otras veces. Una flecha casi me roza el brazo, pero giré justo a tiempo apareciendo detrás del vampiro clavándole una daga en la frente. Me lancé al suelo de golpe esquivando otras flechas y me teletransporté detrás de la fuente, otro vampiro idiota en mi camino, giré con fuerza mis brazos sobre su cuello y quedó completamente torcido.

Corrí como demente frente a unos diez de ellos, mi mano derecha al frente usando la telequinesis para hacerlos volar en el aire mientras acortaba la distancia. Dos de ellos me lanzaron hachas directo al cuerpo, mi mano izquierda las atajó en el aire y las tomé por el mango con fuerza mientras seguía corriendo. Nada iba a desviarme de mi objetivo. Los vampiros se arremolinaron frente a mi haciendo una pared digna de una película de vikingos, pero el odio siempre era más fuerte que cualquier obstáculo, si algo tenían mi espíritu, mi cuerpo y mi mente era ser malditamente resiliente y no lo había aprendido por las buenas.

Esquivé llena de furia, cortando brazos, piernas, cuellos y cuando tuve una leve apertura apunté las hachas horizontalmente, giraron como un *frisbee* controlado cortando el cuello del maldito, la cabeza con el cabello rubio cayó rodando al suelo. Había decapitado a Grigori Volska.

—Entrenamiento terminado —dijo la voz de Juk, la inteligencia artificial del complejo Mordred.

Bueno, había decapitado al Grigori holograma, solo esperaba tener la misma suerte en persona.

Unos aplausos descoordinados salieron del segundo piso, Nina, la Mordred encargada de entrenarme bajaba las escaleras. Era una rubia exuberante, probablemente habría modelado para alguna marca de ropa

íntima si su destino no fuese eliminar vampiros y cortar cabezas. Traía un traje que parecía de cuero oscuro hecho a la medida, con correas a los lados donde se sostenían los dispositivos como ballestas, granadas, dagas, todo hecho de muranio, el único material capaz de asesinar a un vampiro con tan solo un corte, bueno, a todos exceptuando a Grigori.

—¡Vaya, Inmortus! Eso fue épico —dijo con un tono entre felicidad y burla.

—Gracias, tengo una buena maestra.

Puso los ojos en blanco.

—¿Estás adulándome otra vez? ¿No me digas que quieres días libres?

—No, tonta, sabes que no es por eso. Y no te adulo, creo que pateas traseros y eso es genial.

—Pero lo digo en serio, Mirah, creo que nunca había visto a alguien entrenar con tanta ferocidad.

—Entrenar es lo que mantiene mi cabeza cuerda, Nina, sufro de ansiedad desde hace mucho tiempo, esta es mi terapia. Además… no ayuda todo lo que ha ocurrido últimamente, si no hago esto colapsaría todos los días.

—¿Una vampira con ansiedad? Eso sí que no lo había visto antes.

—Ha mejorado, pero supongo que mi cuerpo y mente a veces no entienden que soy inmortal.

—Bueno, yo vi que te condujiste como lo haría una vampira inmortal —replicó—. Atacaste a tu enemigo con todo tu poder y lo coordinaste perfectamente.

—Gracias, aunque desearía que la cabeza de Grigori no fuese un holograma. ¿Hay alguna noticia de cuándo iremos por él?

Nina agachó la cabeza.

—No, escucha, sé que quieres matarlo lo antes posible, sé que quieres liberar a Kane, además, pero Kyox tiene miedo.

Kyox era la líder de las Mordred.

—¿Miedo de qué?

—Tú sabes… De que como eres su pareja en el momento de matarlo dudes y todo se vaya a la mierda. Debes entrenar más y debemos coordinarnos mejor.

—No se va a ir a la mierda —repliqué.

—Mirah, no subestimes el poder del enlace vampírico, créeme, en los ciento diez años que llevo batallándolos, he visto cualquier cantidad de

cosas.

—¿Me pasas el secreto de la crema antiarrugas? Porque, en serio, los ciento diez te quedan muy bien.

Nina soltó una carcajada.

—No somos inmortales, pero agradecemos envejecer mucho más lento que un humano común. Pero, en fin, escúchame, el amor es una locura. Te hace hacer un montón de cosas anormales y peligrosas, nunca sabemos qué esperar de eso.

—Tú sí que sabes de eso, ¿no? —pregunté arqueando una ceja. Nina desvió la mirada y comenzó a caminar hacia la pantalla donde estaba el reporte del entrenamiento, básicamente cambiando el tema de conversación, pero aun cuando evitara responder yo sabía la situación.

Teníamos cuatro meses viviendo en el complejo de las Mordred, una locación estética de concreto, neón y tecnología imponente en la zona de clase alta de Murda, sector capital, muy parecido al búnker de Viktor, pero como si lo hubiese decorado un millonario. En estos cuatro meses habíamos entendido que sí, efectivamente, el amor era una locura… Forze se había enredado con Nina, terminaron en la cama y hasta este momento tenían una relación absolutamente prohibida, no fueron muy cuidadosos especialmente con los gritos salvajes que se escuchaban en nuestra área de habitaciones. Claramente todos los Ronin éramos una tumba, pero le habíamos advertido a ambos que esto tenía fecha de expiración, sea porque se rompieran el corazón o porque la líder de las Mordred les rompiera la cabeza.

Nolan por su parte era un chico bastante introvertido, rara vez hablaba o contaba lo que ocurría en su mente, aunque en sus ratos libres lo podía observar escribiendo, llevaba un diario. Curioso, ¿no? El diario de un vampiro, podía jurar que había visto una serie llamada así en televisión en el pasado. En fin… pero, cuando se trataba de Michelle, Nolan parecía ponerse una nueva personalidad.

El complejo de las Mordred tenía dieciséis salas de prácticas y ejercicios, dos de ellas al aire libre, digamos que Nolan se las conocía demasiado bien, vivía eternamente haciendo ejercicio al punto de que creo que en eso se basaba su día, eso fue después de darse cuenta que todos los Voyh que entrenaban junto a Michelle tenían todos los músculos definidos. Definitivamente algo olía distinto entre ellos y no lo decía literalmente, sus olores seguían siendo lo mismo de siempre, él, algo mentolado y limpio,

ella, no sé cómo describirlo, a algo familiar quizás. Lo curioso es que Nolan parecía actuar demasiado distinto frente a ella, lo cual me daba indicios de que había algún sentimiento rondando, realmente mi mente no podía dejar de pensar en aquel día de la primera transformación de Michelle en el búnker de Viktor, la forma como Nolan la había protegido, la forma como la había cuidado, cómo sentía alguna especie de deber por ella, si ambos fuesen de la misma especie podía jurar que tenían un enlace, pero claramente era imposible, así que mi mente lo había tomado como una simple atracción, algo común en la vida de personas que no tenían una conexión en el iris con un puto vampiro psicópata…

Cat, por otro lado, se sentía medio perdida en el mundo ¿Y cómo no? Tener dieciséis en un mundo tan diferente no era fácil. Había conocido en los últimos meses a varios vampiros y vampiras mucho mayores que ella que le llamaban la atención, sin embargo, cada vez que mencionaba su edad no la tomaban en serio. Lo lamentable es que parecía que estaba en su pleno despertar sexual de alguna manera, «las hormonas vampíricas», si es que eso existía, andaban dando vuelta por todos lados.

Las Mordred nos habían explicado que los vampiros al convertirse desbloqueaban áreas del cerebro a las que los humano no tenían acceso, entre ellas un aprendizaje más eficiente y mayor memorización, por eso los vampiros se sienten profundamente filosóficos. Realmente es como si nuestras almas tuvieran más sabiduría y Cat vivía leyendo, estudiando textos, *web sites* y demás, claramente no se sentía como una adolescente, se sentía como una adulta. Su cumpleaños sería mañana, queríamos hacer algo especial para ella. Por suerte Shade nos había sacado del aprieto y había ido al sector tres a averiguar algunas cosas.

Viktor estaba metido de cabeza en el laboratorio, parte del acuerdo con las Mordred de tenernos aquí a salvo tenía mucho que ver con cuánto de nuestros «servicios» prestáramos para ellas, nuestros poderes, habilidades o sencillamente conocimientos. En el caso de Viktor, sus conocimientos como genetista definitivamente eran importantes, especialmente tratando de comprender qué carajo era la nueva especie de Noctus que había creado Grigori. Además, Viktor había utilizado un montón de contactos en otras universidades del mundo para ayudarle a tener nuevas perspectivas genéticas, aunque no era mucho lo que podía revelar, después de todo, se suponía que los vampiros realmente no existían y las Mordred querían

asegurarse de que todo se mantuviera así.

Michelle se la pasaba la mayoría del tiempo con sus nuevos amigos, los Voyh, claramente era necesario para manejar mejor sus transformaciones y poder controlarlas, cada vez se veía más empoderada, era como si su proceso de transformación en loba le hubiese quitado una capa de peso a su vida, cada vez le daba menos miedo mostrar toda su versión real al mundo, reía con franqueza, mostraba dedos del medio a quien se le atravesara y también había adquirido un nuevo hábito en Murda con el que se le veía altamente feliz, bailaba, me había contado cuando trabajábamos juntas en Idris que su sueño siempre había sido tomar clases de baile urbano, pero por su profesión no era compatible, además, siempre tenía turno en las horas que daban las mejores clases en Lonviness, así que, cuando vino a Murda y su vida se estabilizó un poco, comenzó a tomar todas las clases posibles de baile, *hip hop*, urbano y hasta sensuales, podía jurar que tenía la capacidad de mover las caderas de una forma que aquella leyenda de la música, Shakira se quedaría absolutamente loca.

Y, bueno, finalmente ahí estaba yo, secándome el sudor del entrenamiento y viendo mi reflejo en el vidrio de la sala de prácticas, una maravilla tecnológica que hacía todo extremadamente realista. Pero el sudor del entrenamiento y la ferocidad que mostraba en él era lo único que parecía sostenerme. A menudo tenía pesadillas con él… Grigori tocándome, usándome, transformándome, quitándome la voluntad de decidir por mi misma, quitándome ser Mirah y transformándome en su esclava. Una parte de mí sentía tanto asco por mi propio cuerpo que a veces me preguntaba si realmente valía la pena continuar. ¿Quién era yo? ¿Qué era yo? Un maldito experimento, una persona que había perdido el derecho a decidir su propio destino. Estaba atada a un hombre por el resto de mi vida, un villano como el de los libros que leía, que me sedujo de una manera tan perfecta que jamás entendí lo que significaba su sonrisa hasta el final. Solía pensar que era una mujer inteligente y él me mostró que era solo una maldita ingenua que apenas podía distinguir la realidad de la ficción.

—*Te amo, vampiresa.*

Aún podía sentir el látigo en mi piel, sus colmillos en mi cuello, su necesidad pidiéndome ser derramada, mientras reclamaba mi cuerpo. Él había tenido setecientos un años para volverse el maestro del engaño, para desarrollar un disfraz perfecto que hiciera que una mujer de veinte años

cayera redonda a sus pies sin cuestionar su destino ni un minuto. Él era un psicópata y yo… una idiota.

Me culpaba constantemente, mi frase favorita era «si tan solo hubiese…». Porque el remordimiento era más fuerte que la sangre que corría por mis venas. No podía evitar sentir que todo esto era mi culpa, una humana débil, transformada en una vampira débil, que no pudo darse cuenta de lo que realmente sentía hasta que era demasiado tarde.

¿Cómo no pensar que todo era mi culpa? Quién demonios sabría hoy en día qué era de la vida de Kane, ¿estaría vivo? ¿Siendo usado? ¿Quizás maltratado? Si no me hubiese alejado de él, si mi deseo, si mi curiosidad no me hubiese consumido, jamás me hubiese dejado llevar por Grigori, Kane aún estuviera a salvo, Kane aún estuviera aquí…

—¿Te quedas a seguir practicando, Mirah? —preguntó Nina—. ¿No has tenido suficiente por hoy?

—Tranquila, solo revisaré algunas cosas.

—Mirah, tienes que salir al mundo real, no puedes basar tu vida en pensar en matar a Grigori. Además…

—¿Además?

—Nada —dijo ella.

—No, no, insisto, dime.

—Bueno, es que… el amor es complicado, quizás lo veas de nuevo y tenga sensaciones que no puedes controlar.

—Lo voy a matar, Nina, la única sensación que no podré controlar es la maldita rabia.

—Bueno, te daré un consejo que no me estás pidiendo, pero quizás te sirva. Recuerda que aquellos hombres que aman ferozmente tienen una única debilidad.

—¿Cuál?

—La persona a la que aman.

Sonreí lentamente, aunque no me hacía sentido inmediato esa frase se había grabado en mi subconsciente, como si pudiera intuir que algún día debería ser usada.

Debía confesar que más de una noche me había sentado aquí en el área de entrenamientos solo para cargar el holograma con la imagen de Kane y abrazarlo, algo que claramente sonaba patético, pero era la única forma de no ceder ante aquello que me consumía. No había podido alimentarme bien

en meses y ya se estaba notando. Sencillamente no podía, había desarrollado una especie de aversión a beber sangre de otro vampiro, porque cuando lo intentaba solo podía pensar en las veces que lo hice con Grigori y en la vez que casi drenaba a Kane, sentía que había algo terriblemente mal en mí, algo que me hacía poco digna de merecer las cosas que me daban aquí. Un trato diferente, comida, casa. Aunque una parte de mí a veces acababa perdida en el horizonte, contemplando los momentos que pudieron ser con Kane, de alguna forma siendo suya y él siendo mío para toda la eternidad.

Las lágrimas cayeron por las cuencas de mis ojos y acerqué los dedos para secarlas. Mis dedos estaban pintados de rojo, como la sangre que corría en mis lágrimas. No estaba segura de a qué se debía y no había querido preguntarlo, una vez más la Mirah del instituto había hecho acto de presencia, la que desconfiaba, la que tenía miedo, la que había perdido demasiado en el proceso. La que parecía una guitarra sin cuerdas, porque su vida no sonaba como música, sino como una sinfonía de silencio ancestral que consumía las entrañas. Si mi destino era morir llorando sangre quizás lo aceptaría, porque en el fondo sentía que no merecía vivir después de todo lo que había pasado. No merecía vivir por haberlo perdido, era mi culpa, yo quería saber más, yo pedí conocer a Grigori y gracias a eso Kane era prisionero de un psicópata y yo fácilmente podría ser bautizada como la mujer más ingenua de la historia.

Había una voz en el fondo de todo que me llamaba a abandonar absolutamente todo, a dejar los problemas ir de una manera ridícula y absurda, pero con una solución que perduraría en el tiempo, arrancar mi propio corazón sería suficiente para dejar de sufrir en este cuerpo vampírico, la voz me llamaba a abrazar la oscuridad de una manera que no había experimentado antes, la voz me llamaba a abandonar mis emociones humanas y entregarme a una esencia distinta, a algo que parecía mío pero al mismo tiempo extraño. ¿Qué estaba pasando conmigo? ¿Acaso estaba perdiendo la cabeza?

Sequé y limpié mis lágrimas de sangre en el espejo del baño, para que no quedara rastro de ellas, me encontré con el reflejo de mi cabello cobrizo, que seguía igual de descuidado, aunque más largo, casi rozándome el trasero, mi cuerpo mucho más fuerte que antes, pero mis ojos rojos perdidos… absolutamente perdidos, intentando reconectar con el pasado.

Todo había cambiado tan drásticamente, apenas podía procesar. Pero, aunque quisiera negarlo, la verdad es que Nina tenía algo de razón y es que los enlaces vampíricos eran sumamente fuertes, quería asesinar a Grigori y quitarle la cabeza, pero temía que mi cuerpo me traicionara al volverlo a ver y me daba asco, terror, y por supuesto que esa preocupación yacía en el fondo de mi ser y jamás sería vociferada.

Lo que no temía y añoraba cada segundo era volver a ver a Kane, tenía que rescatarlo, no importaba lo que costara, tenía que sacarlo de las garras de Grigori. A menudo me preguntaba si seguiría siendo un zombi que obedecía y, francamente, tenía un absoluto miedo a la respuesta. Kane amaba tener el control, eso era lo más imponente de su personalidad y Grigori le había arrebatado exactamente eso. ¿Quién sería Kane hoy en día? Ni siquiera podía responder eso. No había rastro de él en ningún sistema de Lonviness, o Grigori lo tenía escondido o, como Kyla nos había dicho… quizás había muerto.

Nina me había mostrado los números del entrenamiento en la última semana, tenía un noventa y dos por ciento de precisión, mi personalidad perfeccionista quería llegar al cien por ciento y asegurarse de que cortarle la cabeza a Grigori fuese una misión donde no pudiera fallar.

Caminé por el pasillo, las luces de neón eran preciosas y tenían un tono bajo que daba cierta intimidad al lugar, a mi lado pasaban muchas de las Mordred, unas que iban y otras que venían de sus misiones diarias, algunas humanas, algunas syntz como Alaia, aquella que casi captura a Kane en las alcantarillas, todas con sus imponentes trajes de cueros llenos de montones de dispositivos ideados para aniquilar vampiros. Murda era el centro de operaciones de su clase, donde se organizaban todos los ataques y rescates.

Había llegado a entender que Murda no era como se pensaba «el peor lugar para los vampiros», de hecho, era un lugar bastante civilizado, las Mordred, en nombre del gobierno, mantenían un absoluto control sobre las especies, incluyendo los Voyh y nosotros, lo cual hacía que los acuerdos de convivencia fuesen muy controlados, podíamos salir, tener vidas normales y no ser perseguidos, siempre y cuando no reveláramos que existíamos, eso era una orden de la presidencia. Para ello teníamos que usar los *citysense*, unos lentes de contacto controlados por la inteligencia artificial que ayudaba a ocultar el color de nuestros iris. Los humanos no podían ver nuestros iris, pero se decía que había otros vampiros trabajando para

gobiernos extranjeros y, si ellos veían el color de nuestros ojos, podía desatarse una guerra, así que estábamos obligados a cubrirlos. De todas formas, siempre se movía una que otra cosa en los bajos fondos, bares de vampiros donde no tenían que usarse los contactos o lugares de los Voyh donde corrían libremente transformados en lobo. Todo era una locura perfectamente controlada, aunque de vez en cuando aparecía un grupo de radicales tratando de joder todo, por suerte las Mordred los tenían controlados.

De tanto perderme en mis pensamientos me choqué de frente con Shade y ¡mierda!, su exoesqueleto golpeaba muy fuerte.

—Lo siento —dijo—. Mi culpa, es que venía corriendo emocionada. Creo que he encontrado lo que buscamos para Cat, pero quiero que lo revisemos entre todos y ver si estamos de acuerdo.

—Bien —respondí—. Sujétate.

—No, no, no, ¡Mirah! ¡No se te ocurra…! —Muy tarde, abracé a Shade y la llevé conmigo a través del abismo llegando a las habitaciones—. ¡Joder! —dijo tomando aire—. No tengo órganos que se puedan colapsar en ese movimiento, pero se siente muy raro en mi exoesqueleto.

—Perdón, era más rápido que caminar todo este espacio.

—Ya, bueno —dijo mirándome con cara de pocos amigos.

Tocamos la puerta del salón principal, cada uno tenía sus habitaciones y teníamos un salón de reunión donde a menudo nos sentábamos a conversar, eso cuando los demás no estaban ocupados en sus vidas, aquellas que pudieron seguir sin problemas, muy diferente a la mía.

—¿Lo consiguieron? —preguntó Nolan.

—Sí, ¿Cat salió? —pregunté.

—Sí, le pedimos a Aria que su entrenamiento durara más tiempo hoy —respondió Forze ahora mostrándonos el pastel gigantesco que le había comprado.

—Bien.

—Bueno, lo conseguí—dijo Shade y deslizó la mano por su brazalete, las imágenes aparecieron en pantalla. Los padres de Cat habían reservado un *tour* que cruzaba a Murda y luego al país Franko, tendríamos la capacidad de ayudar a Cat a reencontrarse con ellos, de alguna manera, el día de su cumpleaños número diecisiete.

—Esto va a estar bueno —dijo Forze.

—¿Creen que esté preparada? —preguntó Shade—. Es decir, sabemos que sus padres eran estrictos, no sé cómo reaccionarán al saber que es diferente. ¿Crees que lo noten?

—Son sus padres, Shade —repliqué—, siempre queremos verlos.

—Bueno, hagámoslo —dijo.

Un par de horas después Cat había terminado su entrenamiento y dejamos que se fuera a dormir sin sospecha alguna. Cuando se hicieron las doce de la noche, nos movimos en un silencio absoluto hacia su habitación. Michelle había llegado justo a tiempo para unirse a la sorpresa y, con la sutileza de un vampiro indetectable, Nolan abrió la puerta y entramos. Cat dormía plácidamente, aunque hablaba sola de alguna manera y su voz se escuchaba distinta, como si tuviese eco.

—¡A la mierda! —dijo Michelle en su típico tono expresivo, lo que hizo que Cat despertara de golpe.

—¿Qué ocurre? —preguntó Cat sobresaltada en la cama y Forze imposiblemente rápido nos sacó de la confusión.

—¡Feliz cumpleaños, pequeña vampira!

Cat se frotó los ojos y luego nos mostró una sonrisa grande al ver el enorme pastel que traíamos en la mano.

—Diecisiete, ¿ah? —dijo Nolan y ella sonrió.

—¿Es de chocolate? —preguntó.

—Sí, lo es, triple chocolate —respondí.

Cat miró la torta como si fuese una vena humana.

Cantamos alguna que otra canción de cumpleaños y procedimos a servir la torta, por supuesto, se nos habían olvidado las servilletas, así que me devolví a buscarlas. Cuando reingresé al cuarto las risas estallaban en todos lados y por un momento me quedé observando. Nolan había congelado el trozo de pastel de Michelle en venganza por algo que le dijo.

—Tienes suerte de que haya más —replicó mi mejor amiga.

—Si quieres te lo descongelo —dijo con una risa de autosuficiencia.

—No gracias, va a quedar demasiado blando… como tú— dijo Michelle mirándolo directamente.

—Te aseguro, Voyh —dijo Nolan con una sonrisa muy diferente a las normales, esta tenía un toque de malevolencia—, que, en este cuerpo, todo está muy duro.

Todos apretamos los labios.

—Nolan, quizás quieras modular los comentarios —dije en voz baja.

—¡Ay, Mirah! —resopló Cat—. Como si yo no entendiera las indirectas sexuales.

De los labios apretados pasamos a unos ojos bien abiertos y Forze terminó levantándose a abrir el regalo.

—Hora de la sorpresa. —Forze le pasó a Cat un sobre, al abrirlo encontró la información que necesitábamos que viera, el viaje de sus padres. Unos momentos después los ojos de Cat se llenaron de lágrimas.

—¿Ustedes… hicieron esto?

—Sí, pequeña vampira. ¿Vamos? —dije y ella asintió.

Unos cuarenta minutos después estábamos en el muelle de Murda, el *tour* acababa de atracar en la ciudad y estaban bajando para unirse a la fiesta playera. Los padres de Cat bajaron y ella los miró de una forma indescriptible, su mano apretó mi brazo y la sostuve, sabía lo que sentía, podía olerlo, un aroma a jazmines dulces y cálidos, amor de familia, ese que nos consume por completo.

—¿Quieres hablarles?

—No sé si pueda —dijo ella.

—Vamos, pequeña vampira, te apoyamos —dijo Forze y Cat asintió.

Nos acercamos con cautela hacia ellos.

—¿Mamá? ¿Papá?

Los padres de Cat miraron hacia nosotros y sus ojos alargados se encontraron, el momento quedó grabado en mi mente como si pudiera capturar la imagen con la mejor cámara del mundo. Su madre rompió en llanto en segundos y corrió hacia ella extendiendo los brazos. Quizás no había decapitado a Grigori hoy o salvado a Kane, pero había hecho que mi casi hermana se reencontrara con sus padres, eso era suficiente para sanar un poco el dolor de mi corazón.

TRES: Lágrimas de sangre
MIRAH

—¡Di que eres mía! —exclamó Kane mientras sus manos recorrían mi cuerpo con dedicación—. ¡Di que eres mía para toda la eternidad, nena!

Sentí el roce de su lengua en mi sexo y el grito salió sin pensarlo.

—¡Lo soy!¡Soy tuya!

La lengua de Kane me hacía suya sin perdón alguno, la forma como jugaba con mi sexo estaba lejos de ser dulce y paciente, su hazaña parecía de un hombre hambriento y desesperado, a punto de perder la cordura por tenerme y era exactamente eso lo que quería.

—¡Joder, sí! —grité mientras me corría con intensidad en su rostro. Jalaba su cabello con necesidad hacia mí y esos maravillosos ojos rojos no rompieron el contacto visual conmigo hasta que terminé de contraerme.

—Te amo, Mirah…

—Te amo, Ka… —Mis ojos se encontraron con el rostro de Grigori entre mis piernas y un gritó salió de mi garganta, pero no podía hablar. Las sombras se arremolinaron en mi cuello impidiéndome respirar.

—¿No es así que te gusta, vampiresa? —dijo su voz en las sombras, su cabello rubio largo, ahora cayendo en sus hombros—. Mi lengua dándote placer, mis colmillos en tu carne.

Grigori sacó los colmillos y se hundieron en mis muslos y la sensación fue aquello que no deseaba recordar, frenesí puro y crudo, deseo, odio, vida y muerte en un momento. Me faltaba el aire, sentía que no podía respirar, que esto sería todo.

—Tú eres la única que puede detenerlo, pero tienes que despertar, tienes que despertarlo, tienes que recordar… —Una mano me giró de golpe y aparecí en un cuarto oscuro, uno hecho de sombras y solo pude apreciar unos ojos rojos entre ellas, con un cabello cobrizo que se perdía en medio de la visión—. *Recuerda, Mirah…*

Aparecí en otro lugar, ahora los ojos que me veían eran negros, junto a una silueta imponente con músculos definidos y un olor de chocolate amargo que inundaba mis sentidos.

—*Ven conmigo…*

«Kane», susurré para mí misma.

—¿Ah? —dijo Cat, ahora a mi lado tranquila. Miré a mi alrededor, estábamos sentadas en la mesa del complejo de las Mordred, por un momento me había perdido por completo entre la realidad o lo que sea que ocurría en mi cabeza—. Volvió a pasar, ¿no es así? —preguntó con una mueca en la cara.

—Sí…

—Mirah, creo que deberías decirle a los demás.

—No hay por qué preocuparlos, Cat, todos tienen sus propios temas.

—¿Sus propios temas? —Cat soltó una especie de burla—. ¡Por favor, Mirah! Sí, claro, todos tenemos problemas. Pero igual estamos para ti, ¡no seas idiota! Además, te ves pálida como un papel.

—¡Ey! Estás muy enojona. Demasiado para tener diecisiete.

—Mirah, somos vampiros, he considerado seriamente comenzar a decir que tengo más de cien, haría todo más sencillo. —Cat suspiró—. ¡Mirah! Volviste a hacer que cambiáramos de tema —dijo arqueando una ceja.

—Quizás estoy desarrollando un tercer poder —repliqué con un tono sarcástico y Cat puso los ojos en blanco.

—Dime qué ocurre, Mirah, por favor.

—Fue una de esas visiones raras que tengo a veces, no sé, pero siempre que las he tenido tienen que ver con Kane, últimamente las he tenido más seguido y siempre…

—¿Siempre? —preguntó.

—Siempre aparezco en ese lugar, es como un cuarto hecho de sombras.

—¡Oh! Bueno, si te hace sentir mejor, él también las tenía contigo siempre, Mirah, supongo que ambos fueron creados por la misma sangre, quizás están conectados de esa manera. Y, aunque Kyla me caiga bien y todo y me parezca hermosa, ese día que nos dijo que deberíamos dar a Kane por muerto decidí no creerle, es decir, Kane primero le metería las sombras en el culo hasta el fondo a Grigori antes que muerto.

—¡Cat!

—¿Qué?, ya acordamos que tengo cien años y las malas palabras son

parte de mi edad.

Me reí.

—Bueno, yo tampoco lo creo —respondí—. Y sí, Kane le metería las sombras en el culo a Grigori.

Michelle y Nolan entraron con unas risas estruendosas, tanto que parecían sospechosas, Cat me miró apretando los labios.

—¿Hola? —dije mirándolos fijamente.

Y los dos se quedaron medio pasmados. La verdad es que algo parecía estar ocurriendo entre ellos. Desde que Michelle se había transformado en Voyh muchas cosas entre ellos estaban cambiando. Nolan no solo nos había pedido llamarlo por su nombre y dejar de usar el término Squash, sino que además se portaba altamente protector con Michelle y ella parecía querer estar más cerca de él que de costumbre, lo cual era una absoluta locura por la simple razón de que un rasguño de ella podría mandarnos al más allá. ¿O ya estábamos en el más allá? Esto de ser un muerto, no muerto, era bastante confuso.

—Hola, Mirah —dijo Nolan—. Michelle y yo nos topamos en las afueras, trajimos algunas cosas para todos.

—¿Afuera? —dijo Cat con ojos sospechosos.

—Sí, yo venía de mi entrenamiento y parece que Nolan había salido a correr— replicó Michelle con un tono medio raro.

—Ah… —Los miré como queriendo escudriñar sus mentes con atención.

Sentía un poco de envidia, solo un poco, me encantaría ser yo la que coqueteara con Kane en este momento.

Un olor misterioso llegó a mi nariz, acaramelado y diferente.

—*Abraza la oscuridad…* —La frase llegó con una potencia a mi mente que me hizo saltar del asiento.

—¿Mirah? ¿Estás bien? —dijo Michelle.

—Perfecta, no te preocupes, es que necesito comer. Ahora, si me disculpan.

No estaba muy clara de qué carajo había pasado, pero mis visiones, sonidos y demás estaban empeorando. No sabía si se debía a todo lo que había ocurrido con Grigori y Kane o sencillamente era parte de mi continuo estrés post traumático, diagnosticado desde la época del Instituto de Idris. No era católica y, aunque lo hubiese sido, ser ahora una vampira me hubiese hecho correr de la religión, pero a veces tenía ganas de rezarle a Dios solo

para preguntarle si me había confundido con su mejor guerrera.

Me abrí paso entre ellos, pero podía sentir las miradas de escrutinio directo en mi nuca. La verdad es que no había sido sincera, aunque la única parte real de todo esto era que necesitaba comer, sin embargo, mentir se había vuelto mi forma de vida, no había comido de una forma que me saciara en meses, es decir, había sangre, siempre disponible, consumía de vez en cuando algo. Las Mordred tenían una sala entera de «alimentación vampírica» dentro del complejo, con todos los tipos de sangre necesarios, sangre humana, de animales, etcétera, por supuesto, no tenían sangre de otros vampiros, en nuestra raza no éramos conocidos por ser amables y menos donadores profesionales.

—Mirah, yo seré tu alimento hoy.

El recuerdo de la voz de Kane irrumpió en mi mente rompiéndome en mil pedazos, su risa, su cabello oscuro arremolinado en la frente, los hoyuelos… perfectos y maravillosos. Sus aros, forma de besar, la forma como logró algo imposible en mí. Confiar… ¿Por qué me tardé tanto en darme cuenta de que lo amaba? Quizás porque no tenía ni puta idea de qué era el amor.

El gran problema es que para un Inmortus la sangre humana era como comerse un platillo normal, cuando realmente mi cuerpo deseaba una carne a la parrilla. Cuando mi cuerpo deseaba la sangre… de Kane.

El acto de beber sangre era algo demasiado íntimo para mí, me había alimentado de dos vampiros, uno con el que estaba enlazada y era alucinante cada vez que lo hacíamos. Ser vampiro era un problema a veces… Antes no tenía ni un maldito orgasmo, ahora mi cuerpo me pedía tener diez al día y, si Kane pudiera verme por el hueco de la puerta, se estaría riendo de mí porque aún no era capaz de tocarme.

Una risa salió de mis labios seguida de una lágrima, podía hacer chistes y todo, pero ¡carajo!, la verdad es que extrañaba demasiado a Kane. Saber lo que sentíamos el uno por el otro sin un enlace de por medio hacía aún más necesario volver a verlo, entender qué éramos, qué podíamos sentir, entender todas las cosas que no me dijo antes de irse. La lágrima se sentía demasiado espesa para ser real, mucho más espesa que antes, aún no corría por mi mejilla. Pasé mi dedo buscando secarla y cuando lo miré estaba lleno de sangre, esta vez era demasiada.

«Qué carajo», dije sobresaltada, corrí al espejo y sí, estaba llorando

sangre, pero esta vez era como si una vena entera se drenara a través de mi ojo.

—¡Por todas las mierdas! ¡Lo que faltaba! —grité y por alguna extraña razón mi voz salió como una vibración que además retumbó en las paredes. En dos segundos tenía a los chicos en la puerta preguntando qué había ocurrido.

—¿Eso es sangre? —preguntó Michelle.

—Parece…

—¿De cuándo acá los vampiros lloran sangre? —cuestionó.

—*Los vampiros deshidratados lloran sangre* —dijo Adrina apareciendo en el umbral de la puerta junto a Shade, pero la voz la había escuchado solo en mi cabeza—. *Tienes que comer, y me refiero a comer bien.*

—*He comido, no he pasado hambre.*

—*Eso no es lo que parece.*

Sacudí la cabeza y saludé en voz alta.

—Hola, Adrina. —Todos giraron a mirarla.

—Nolan —dijo ella—. Te están buscando en el cuartel, hay una situación que requiere… bueno, alguien que manipule muy bien el agua. —Señaló con una risita—. ¿Irías?

—Sí, claro, nos vemos ahora, señoritas. —Nolan se quedó mirando profundamente a Michelle y ella le devolvió la mirada, todo esto era tan raro. Nolan ya era como otro hermano y Michelle también, parecía una extraña familia disfuncional e incestuosa.

—¿Me das un minuto con Mirah? —dijo Adrina mirando a Michelle con intensidad.

—Sí, claro —respondió saliendo y llevando a los demás con ella.

—No estás comiendo.

—He comido.

—Sabes que eres una Inmortus, necesitas sangre vampírica, aun cuando bebas sangre humana, de vez en cuando necesitas un poco de la otra. ¿Qué está ocurriendo contigo? Estoy segura de que tus amigos podrían ayudarte.

—No lo haré —respondí con firmeza.

—¿Mirah? —dijo ella acercándose a mí y tomando mi mano—. ¿Es por lo que ha ocurrido?

—Yo… —Adrina miró a mi alrededor como quien seguía sombras en la penumbra—. ¿Qué haces?

—Estoy viendo tus ecos, luego te contaré más de eso. Mirah debes comer, si no comes las cosas no van a mejorar.

—Adrina, juro que no puedo… Es como que solo quiero desaparecer, me siento tan asquerosa, tan usada.

—¿Porque Grigori te dio un buen sexo? ¡Escúchame! Tú también tienes derecho a disfrutar tu cuerpo. ¿Que es un maldito? Sí, pero no le des ese poder sobre ti, no fuiste violada, Mirah, quizás engañada, pero disfrutaste, y ¿sabes qué? Todos cometemos errores, creo que no existe una mujer en el mundo que pueda decir que no se ha acostado con el tipo equivocado, ¿que nos daba buenos orgasmos? Sí, pero en el fondo sabíamos que era el más tóxico de todos. Además, todas hacemos esas cagadas antes de encontrar al verdadero, así que no más drama, ¡recupera tu poder!, ¡recuerda quién carajo eres! No ha habido una mentalista en siglos, el poder que llevas dentro de ti es demasiado grande para sentarte a llorar en una esquina.

—Adrina, no sé cómo explicarte, solo siento que… —Sentí mi rostro arder al ritmo de la cachetada que me dio—. ¿Qué carajo te pasa? —Asomé los colmillos y sentí las venas de mi rostro expandirse.

—Eso es lo que quiero que uses, la rabia, el dolor, conviértelo en un combustible, no dejes que la tristeza te consuma, necesitarás toda esa rabia para derrotarlo, Mirah, es la única probabilidad, necesitarás cada fibra de la oscuridad en ti.

—¿La… oscuridad?

—Sí, lo sabrás cuando llegue el momento.

Adrina se dio media vuelta dejándome con un montón de interrogantes que giraban en mi cabeza como un tornado y una mejilla roja, los vampiros ciertamente éramos volátiles.

Michelle rápidamente entró buscándome.

—Mirah, ¿eso es normal? Sabes, lo de llorar sangre.

—No lo sé…

—Es porque no has bebido sangre de otro vampiro, ¿verdad? —dijo Michelle. Procedí a hacerme la loca, pero fallé estruendosamente en el intento—. Mirah, conozco sobre estos temas, los Voyh nos enseñan sobre los vampiros, entiendo que los Inmortus sienten más sed que el resto, especialmente por sangre de otros vampiros. ¿Has pensado pedirle a alguno de los chicos que te deje tomar su sangre?

—¡No! —dije alterada. La verdad es que no me imaginaba compartiendo

algo tan íntimo con uno de los demás—. Dejémoslo así, Mich, te prometo que si me siento peor les pediré sangre.

—Está bien…

—¿Tú cómo estás? —pregunté.

—Bastante bien, las transformaciones cada vez molestan menos, ayuda tener un Alfa que esté tan jodidamente bueno que te distrae.

Solté una carcajada.

—Tu Alfa es Luca, ¿cierto?

—Sí, ¿lo conoces?

—De reojo, apenas hace unos días se cruzó una manada de Voyh que venía a negociar algo con las Mordred, había un tipazo entre ellas super musculoso y todo, la mayoría de ellas andaba un poco… Vamos a decir que acaloradas.

—Sí, debe ser Luca, es impresionante su tamaño.

—Hmm —dije con una cara poco seria—. ¿De cuál tamaño estamos hablando exactamente? —pregunté levantando una ceja y buscando intensamente que se enfocara en algo más que mis lágrimas sanguinolentas.

—De los dos…

—¿Mich?

—Pasaron cosas…

—¡Escúpelo!

—Bueno, no sé, él ha estado atendiéndome personalmente, para aprender todo lo de los cambios, y hemos salido en varias sesiones de práctica juntos, esas son sesiones donde nos transformamos, corremos por un período de tiempo y volvemos a la forma humana.

—Ajá…

—Bueno, cuando volvemos a la forma humana, tenemos algo parecido a lo que supuestamente sienten ustedes, como ese frenesí, pero para nosotros es como la adrenalina desplegada en la transformación y el correr. No ayuda que estemos completamente desnudos cuando volvemos a la forma humana.

—¿Total y absolutamente desnudos? ¿Así como te ocurrió en el búnker cuando te transformaste por primera vez?

—Sí… aunque acá tenemos unos trajes especiales que se activan al volver a la forma humana cubriéndonos, pero solo se usan en batalla.

—¡Carajo!

—Bueno, el punto es que era la semana cuatro de la práctica. ¡Zas!, me

toca correr con el Alfa y cuando se transforma en humano… ¡Por la mierda, Mirah!, ese hombre tenía músculos hasta donde no salen músculos y te imaginarás que lo que tiene entre las piernas es… colosal.

—Definitivamente ser lobo no está tan mal, ¿eh?

Michelle soltó una risita.

—Bueno, Luca me vio con una mezcla de deseo y yo me hice la completa idiota y me fui. Pero hace una semana… —Abrí los ojos como platos—. Tuvimos un momento, no pasó a mayores, pero nos besamos, ¡joder!, el tipo besa como los dioses.

—¿Y?

—Y nada, ya me han advertido que es un temazo involucrarse con los Alfas, todas las mujeres quieren ser Luna de manada y es un problema, así que he estado evitando involucrarme más. Además, no te creas que soy la más bienvenida de todas, muchos me ven diferente porque he sido creada de una forma genética y no como ellos, que nacen con este don.

—Sé lo que se siente, así que tranquila, Mich, poco a poco, ¿está bien?

—Lo de poco a poco espero que no aplique al sexo, porque te juro que ando demasiado caliente, ya me advirtieron que pasaba en ciertos ciclos para los Voyh, es literal como un celo animal y tengo miedo de que sea eso.

—¿Y cómo puedes saber si es eso efectivamente?

—Aparentemente tendré ganas de que me den como cajón que no cierra.

La miré con confusión y Michelle movió la cadera hacia adelante y atrás algunas veces imitando el movimiento de cerrar una gaveta de la cocina o algo así. La risotada que solté se debe haber escuchado en todo el edificio.

CUATRO: ¿Para qué son los amigos?
MIRAH

Me dirigí hacia las afueras del edificio, el lugar que nos había asignado la FIM, la Federación de Investigaciones de Murda, para quedarnos. La FIM era una sociedad secreta escondida en el gobierno de Murda, dedicada a investigar y trabajar en conjunto con las subespecies, así nos llamaban a todos aquellos que no éramos humanos, aunque si se trataba de catalogar la cadena alimenticia, la única subespecie sería la de ellos. Básicamente el trabajo de la FIM era proteger a los humanos de enterarse de que existían especies alternativas y protegerlos de amenazas, toda una especie de alianza muy bien construida y mantenida por el liderazgo de las Mordred, especialmente Úrsula Kyox, una mujer mayor que era la líder de todas ellas, la cazadora más letal de todo el territorio.

Al alcanzar la parte externa, finalmente pude respirar aire puro. Era lo único que me hacía sonreír en Murda, tenían una tecnología increíble de purificación de aire, aunque muchos de los bosques estaban marchitos en el dos mil setenta y ocho, Murda había construido un bosque natural de miles de hectáreas que era el pulmón del país. En esta época no había ciudades, Murda era un país dividido en sectores, me gustaba pensar que no era por clases sociales, pero claro que lo era, nosotros estábamos en el sector capital, altamente cosmopolita, el más cercano a los ricos y el gobierno, aunque de ricos no teníamos nada. Otra cosa que me gustaba de quedarme aquí era el sol, hasta ahora hacían la combinación de dos cosas que no existían comúnmente en Lonviness. Haber llegado aquí era una bendición por tener a mis amigos cerca, pero, cuatro meses después, aún no sabía nada de Kane ni de Grigori. La venganza corría por mis venas, buscando a su dueño.

Me había bebido tres bolsas de sangre en media hora mientras caminaba un poco por los jardines centrales del complejo de las Mordred, lo cual era

prácticamente una ciudad tecnológica de alto nivel, completamente sustentable alimentada por energía solar y lunar. Caminé por el patio con una cuarta bolsa de sangre, pretendía sentarme a comerla como una especie de postre alejado de todos, pero el patio no estaba solo, como cosa rara ahí estaba Nolan entrenando como demente, estaba sin camisa y creo que era la primera vez que notaba cuanto había aumentado su musculatura, estaba tan grande como los Voyh, hombros, espalda, pecho, bíceps enormes y los abdominales completamente marcados. Además, ahora tenía una suave barba y el cabello mucho más largo y un poco alborotado en la parte superior.

—Buenas… —dije saludando con una risita.

—Mirah… hola. ¿Cómo estás? —dijo quitándose los audífonos mientras se pasaba la mano por la espesa cabellera castaño claro hacia atrás, escuchaba algo demasiado movido, quizás algo de *techno.*

—Cuéntame una cosa, ¿cómo y cuándo ocurrió esto? —dije moviendo mi mano en círculos señalando los pectorales y los abdominales.

Nolan se rio a carcajadas.

—Bueno, si no te la pasaras perdida todo el tiempo verías que he movido bastante mi culo para ponerme en forma.

Tenía razón, en los últimos meses me había aislado mucho, especialmente en las noches, salía a sentarme en algún techo y lanzarme muchos metros más abajo hasta aterrizar en el suelo como un gato entrenado a la perfección, la sensación de caída libre en mi estómago me recordaba a lo que sentía cuando Kane me besaba.

—¿Alguna razón particular? —dije arqueando una ceja.

—Nop… Aunque me encantaría tener la misma fuerza que Forze para partirle la cara a más de un idiota aquí. —Probablemente ese idiota tenía nombre y era Luca y ver a un Darr considerando la violencia no era algo muy común. Nolan me miró con intensidad—. ¿Te vas a comer eso? —dijo viendo la bolsa de sangre.

—Vaya, ¿y a ti quién te hizo daño? —pregunté.

—La vida —dijo con tono de burla. Puse una mano en mi pecho y fingí un poco de drama.

—Bueno, si quieres te doy la bolsa de sangre, me tienen asqueada y no me llenan —espeté.

—¿Has pensado siquiera en pedirnos a alguno de nosotros que te demos

nuestra sangre? No nos cuesta nada, sé que como Inmortus necesitas sangre vampírica. No tendrás tu fuerza necesaria si no bebes de un vampiro, Mirah.

—Michelle habló contigo, ¿no es así?

—Culpable —respondió.

—¿Qué carajo ocurre entre tú y ella? Cada vez que le pregunto se hace la loca.

—Mirah…

—Dime.

—No ha pasado nada, pero no te puedo negar que he querido que pase.

—Nolan, son dos especies distintas.

—Lo sé, pero tu querida amiga no es solo hermosa y con un cuerpazo de sirena, sino que es extremadamente graciosa y sarcástica. La paso muy bien con ella y…

—¿Y?

—Despierta algún sentido en mí de querer protegerla.

—Nolan, ten cuidado, ¿sí? Michelle es la mujer más maravillosa del universo, pero no olvides que un rasguño de su mano y estarás muerto.

—Lo sé —dijo agachando la cabeza—. Ahora, sobre ti, ¿cuándo nos vas a pedir sangre?

—Nolan, escucha, es que las veces que he bebido de otro vampiro ha sido raro, normalmente ha sido con personas que he tenido intimidad, no quisiera que por ejemplo tú y yo nos pusiéramos raros.

—¿Qué tan raro? —dijo arrugando la cara claramente intrigado, y, claro, creo que él no se había acostado con otra vampira, o eso sospechaba. Hice silencio y luego intenté abrir la boca, pero la volví a cerrar, no pretendía explicarle que las veces que había bebido había terminado en algún besuqueo o algo más por el maldito frenesí—. Ah… raro, raro. Entiendo —dijo—. Pero quizás podrías intentar, si se pone raro nos separamos y ya.

—No lo sé —repliqué.

—Mirah, nos conocemos hace meses, eres como una hermana, eres mi amiga, es decir, no se va a poner raro.

—Bueno, quizás podemos intentar —dije.

—¿Vamos adentro? —preguntó.

—Está bien —respondí.

Nolan y yo caminamos entre risas, nos habíamos hecho mucho más cercanos en estos tiempos, prácticamente éramos él, Cat, Michelle y yo para

todo, Forze también estaba ahí, pero salía y se perdía de vez en cuando, especialmente porque le gustaba la adrenalina y el haberse enredado en las sábanas con Nina le consumía bastante tiempo. Además, ¿qué es de la vida sin un buen romance difícil?

Cat por su parte estaba en esa fase de explorar la vida de alguna forma, aunque salíamos con las otras chicas a hacer cosas, ahora era más libre, había hecho una que otra amistad en el mundo vampírico y Aria la había acogido como su pupila para enseñarle los misterios de su poder como Morphidae, aunque por cómo iban las cosas Cat se sentía un poco incómoda, su poder era mucho más grande que el de Aria y por alguna razón aún sentíamos que no queríamos revelar todo lo que ella podía hacer.

Entramos a la habitación de Nolan, cerré la puerta y él entró al baño pasándose una especie de agua jabonosa en el cuello.

—¿Qué haces? — pregunté.

—Bueno… Llevo una hora entrenando, no quisiera que mi cuello estuviera salado. —Solté una carcajada que debe haber retumbado en el edificio.

—Nolan, eso es lo de menos.

—Bueno, no me culpes por ser aseado.

—Eres un Darr, no podría culparte por tu naturaleza.

—¿Eso significa que tú no te bañas? —preguntó y le lancé una mirada fulminante.

Cuando se terminó de secar, mi mente se concentró inmediatamente en la vena que palpitaba en su cuello, ¡joder! Tenía hambre, sentí los colmillos salir sigilosamente y las venas alrededor de mis ojos expandirse.

—¡Vaya! Estás hambrienta. Sabes que no debes esperar a tener demasiada hambre, ahí sí se puede poner feo para todos —dijo.

—Lo sé, tranquilo, estoy bien.

—Lo dudo, ni siquiera he sangrado y ya tienes los ojos… transformados.

—Lo siento —dije.

—Ven.

—Aún siento que esto es raro —respondí.

—¿Porque vas a alimentarte de mí?

—Sí, es que es un acto íntimo, no lo sé.

—Tranquila, lo haremos lo menos incómodo posible. Además, Mirah, de verdad, tienes que alimentarte bien, piensa en los demás, si te da hambre de

verdad todos los Darr somos tu comida.

—Bueno, aquí voy —dije.

Caminé hacia él lentamente. Nolan extendió el cuello dándome acceso, mis colmillos crecieron en mis encías y sutilmente me acerqué hundiéndolos en su cuello. Nolan soltó un suspiro un poco ahogado. Su sangre sabía a limpio, era muy cómico y extraño a la vez, me había alimentado de Kane y Grigori y sus sangres siempre eran dulces, achocolatadas, espesas, pero la sangre de Nolan era diferente, tenía un sabor mentolado como si me estuviese tomando un té marroquí o algo de ese estilo… Limpio, como los Darr. Sentía como la fuerza entraba en mi cuerpo mientras bebía su sangre y ahí comenzó a ponerse raro, lo cual quería evitar, pero siendo honesta era inevitable. Beber era un acto que desencadenaba el frenesí para cualquier vampiro, especialmente para un Inmortus, lo que significaba que era absolutamente placentero y excitante y yo tenía cuatro meses sin tener un maldito orgasmo, así que mi entrepierna estaba comenzando a encenderse. Nolan rotó la cadera y me imaginé que era porque le estaba ocurriendo lo mismo, me despegué de su cuello y su respiración estaba acelerada al igual que la mía, por un segundo nos quedamos viendo fijamente medio confundidos.

—Raro… —dijo él—. Raro, raro.

—Lo siento, es…

—Lo sé, somos vampiros, supongo que es difícil no sentir cosas cuando hacemos esto —dijo.

—Si —respondí con una especie de vergüenza—. Escucha, te agradezco lo que hiciste por mí, me siento mucho mejor.

—No te preocupes, Mirah, de verdad quiero que estés bien, sabes que realmente me preocupo por ti, por todos.

Nolan se acercó al lavabo y lo seguí, mojé un poco de papel en agua y le limpié el cuello lo mejor que pude.

—Podía hacer eso solo.

—Pensé en ayudarte —dije—. Es como si estuviera fregando mi plato de comida.

—¡Ouch! Plato de comida, nunca me habían dicho algo tan terrible.

—Lo vas a superar, Darr —dije riéndome.

—Voy a ir a buscar mis pesas, las dejé afuera.

—Te acompaño.

Caminamos de nuevo al jardín y se escuchó el sonido del aire acelerado cerca de nosotros, una señal de que algo se aproximaba rápidamente. Una nave comenzaba a aterrizar en la calle, generando un viento que revolvía todo a su alrededor. Risas y más risas se escuchaban desde adentro, llenando el ambiente de una energía vibrante pero inquietante al mismo tiempo. Cuando la nave apagó su motor, bajaron cinco personas, todas con ojos violetas que brillaban con una intensidad sobrenatural. Entre ellos estaba Michelle, acompañada de un hombre de piel levemente tostada, bastante alto, con una barba sutil y el cabello castaño semirizado que se arremolinaba hacia la frente, el hombre era ancestralmente musculoso y se veía bastante cómodo y cercano con ella. Ese era Luca, el famoso Alfa.

Un aroma llegó a mi nariz, un poco ácido, pero el aroma estaba bastante cerca y solo tenía a Nolan a mi lado. Cuando volteé a verlo, sus ojos tenían un amarillo intenso, una señal clara de sus emociones que no podía ocultar.

—Nolan —dije suavemente, tratando de entender su reacción—. ¿Estás bien?

Él apartó la mirada un momento antes de responder, como si intentara recomponerse.

—Perfecto —dijo finalmente, aunque su voz traicionaba un matiz de tensión.

Los Voyh se acercaron, dejando a Michelle cerca de nosotros. El hombre alto y musculoso olió a su alrededor y se aproximó a ella, siguiéndola de cerca. El cuerpo de Nolan se tensó por completo, y comencé a entender lo que estaba pasando. Celos…

Michelle llegó, abrazándonos y besándonos efusivamente, como siempre. Más atrás de ella, apareció el hombre gigante y Michelle se volteó de golpe.

—Luca, ¿qué haces aquí? —dijo, claramente sorprendida.

—Ah, perdona, quería conocer a tu amiga de la que tanto hablas. Mirah, ¿cierto?, soy Luca di Senna, Alfa de manada sector capital, escucho de ti todos los días —dijo extendiendo la mano y mirándome fijamente con esos ojos violetas intensos. Por un momento pareció dudar, pero luego se acercó en un intento de abrazo. Podría jurar que me envolvió con los brazos en segundos de lo grande que eran sus bíceps. De verdad que el tipo no estaba nada mal y definitivamente le creía a Michelle cuando dijo que tenía más músculos de lo que estaban documentados en el libro de anatomía humana o de los hombres lobo.

—Hola, sí, es un gusto conocerte, ¿Alfa sector capital, entonces?

—Sí, el sector más importante de los doce —replicó mientras yo seguía intentando ignorar el olor a… perro que me aturdía la nariz. Curiosamente, Michelle nunca tenía ese olor. Aunque, por como lucía mi mejor amiga, estoy segura de que cualquiera podría ignorar ese olor si lo llegase a tener.

—Luca es quien me ha estado enseñando a controlar mis cambios —dijo Michelle—. Es mi Alfa de manada.

Asentí mientras observaba la interacción entre ellos.

—Bueno, es un gusto, Luca, gracias por ayudar a Mich, ha estado mucho mejor en todo, y gracias por acercarte a conocernos, entiendo que, aunque estamos en el mismo territorio, tu clase y la nuestra no son necesariamente amigas.

—Michelle parece estar creando un nuevo puente entre todos, ¿no crees? —dijo viéndola con un brillo en los ojos—. Además, con las Mordred manteniendo los acuerdos las cosas marchan viento en popa —añadió con superioridad.

Siempre llevaba el mentón en alto con un rostro lleno de sensualidad, como alguien que estaba a punto de darte una clase de filosofía y luego follarte hasta la muerte. Ya entendía la razón por la que Michelle disfrutaba tanto los entrenamientos. Aunque la verdad es que Luca era un estirado. Conocía un poco su historia, era como el hijo de la realeza Voyh, sus padres eran como reyes de su clase, altamente poderosos, letales y reelegidos constantemente como líderes del consejo de lobos de Murda. Cuando Luca cumplió dieciocho, le pasaron el liderazgo de la manada capital y ahora tienen un negocio redondo de control entre la familia, curioso, algo que no los diferencia mucho del nepotismo por el que tanto critican a los humanos.

—Sí, por supuesto —respondí.

—¿Y tú eres…? —dijo Luca, mirando a Nolan de una manera bastante despectiva.

—Nolan Kyrrell —respondió extendiendo la mano. El agarre de ambos parecía una competencia de fuerza, una prueba de dominio y resistencia. Hombres…

—Nolan, creo que no había escuchado de ti —dijo él con desdén —. O, espera, ¿tú eres el chico del agua? —El tono había sido aún más despectivo, casi burlón, y creo que aquello estaba a punto de irse a la mierda.

—Hidromancia —corrigió Nolan—. Pero no espero que sepas esos

términos en tu manada.

¡Carajo! Sí que todo se iba a ir a la mierda en segundos.

—¿Disculpa? —dijo Luca y los ojos violetas ya parecían de otro color.

—Sí, discúlpanos, tenemos que irnos —repliqué queriendo cortar la tensión palpable—. Nolan, Michelle y yo tenemos asuntos que atender. Un gusto haberte conocido, Luca, ¡que tengas buen día!

—Michelle —dijo Luca—. Por favor, considera lo que te he comentado hoy —dijo con tono serio.

—Sí, claro, lo haré —respondió dudosa.

—*¿Qué carajo fue eso?* —dije a Nolan mentalmente—. *No es muy inteligente comenzar una discusión con un Alfa de manada de los Voyh.*

Nolan miró a otro lado y no respondió.

—Lo siento por eso —murmuró Michelle—. Luca puede ser un poco… intenso, es bastante Alfa con todo.

—¿Estás bien con todo esto? ¿Con él enseñándote? —pregunté, preocupada por cómo se estaba adaptando a su nueva realidad.

—Sí, es raro y un poco abrumador, pero estoy aprendiendo mucho. Luca ha sido un buen maestro —respondió, mostrando una mezcla de respeto y cautela hacia su mentor.

—Tú sigue entrenando o recogiendo tus cosas, lo que sea —dije mirando a Nolan, poniéndole una mano en el pecho—. Tú ven conmigo—dije, mirando a Michelle.

Michelle asintió. A medida que nos alejábamos, podía sentir la tensión disiparse ligeramente, aunque la presencia de los Voyh todavía pesaba en el aire. La interacción había dejado mucho que desear, especialmente si Nolan estaba sintiendo celos.

Michelle y yo caminamos hacia un lugar más tranquilo, mi habitación, así podíamos conversar lejos de los oídos expectantes.

—¿Cómo estás hoy? ¿De qué se trataba eso que tenías que considerar?

Michelle suspiró.

—¡La locura! El padre de Luca le ha sugerido que busque una Luna.

—¿Cómo, una mujer?

—Sí, una esposa o algo así, temas de fortalecer la manada y blablá.

—¿Y qué tienes tú que considerar con eso?

—Me ha pedido amablemente si quiero ser considerada como Luna.

—¿Considerada? ¿Es que además el tipo escoge cuándo y cómo quiere

meterlo?

Michelle soltó una carcajada.

—Lo sé, es una mierda estúpida. Además, ni cagando me pienso casar. No es que Luca no provoque malos pensamientos, pero no quiero casarme, no por ahora.

—Los Voyh parece que van demasiado rápido —expresé.

—Sí, su sistema de creencias es bastante anticuado, todo debe ser muy cuidadoso y bien hecho, especialmente para los Alfas de manada, hay temas políticos de por medio.

—¿Y supongo que no te ves en esos temas políticos?

—Me gustaría tener el poder de cambiar algunas cosas. Por ejemplo, para mejorar la relación vampiros-lobos, siento que falta un puente entre ellos. Pero, joder, no me veo casándome, honestamente, creo que me siento internamente más vampira, yo solo quiero pasar un buen rato.

—¿Y hay algún tipo de presión en que contestes esa petición?

—No, él solo quiere que lo considere. Hay otras mujeres que se le lanzaron como locas apenas se confirmó la búsqueda de Luna.

—¿Y te dijo específicamente que espera de ti?

—Me ha hablado de algo, en general me pidió aplicar porque han medido mi fuerza y es mucho mayor que la de otras mujeres Voyh, no sé si tiene que ver con esta forma de mierda, como fui creada… transformada. Pero no solo mis garras, mi fuerza en general. Si no mis mordiscos, tienen muchísimo poder. Supongo que eso hace que sea la más apta. Aunque a nadie más le agrada el poder que tengo.

—¿Porque eres una Voyh genética?

—Sí, las miradas con las que me topo a veces no son amables. Luca me ha mantenido a salvo, pero a veces pienso que, si no estuviera él, no sería tan seguro para mí quedarme con los Voyh, muchos consideran que soy una maldita aberración.

—No eres una aberración.

—Díselo a mi culo peludo.

Solté una carcajada estrepitosa.

—Y sobre el puente entre los mundos… Tal vez ahora sea frágil, pero, con tiempo y esfuerzo, podría fortalecerse —dije—. Puedes ser la clave para una nueva relación entre vampiros y hombres lobo. Algo real, algo duradero, algo que por lo que cuenta Kyla no se ha visto antes.

Michelle miró hacia arriba, sus ojos considerando la posibilidad.

—Eso sería algo, ¿no? Cambiar la historia. Sería el perfecto tiro por la culata que nunca esperó el maldito Instituto de Idris al hacernos esto y mucho menos el imbécil de Grigori.

—Sí, cambiar la historia —repetí, sonriendo ante la idea—. Y creo que, si alguien puede hacerlo, eres tú, Michelle di Martino. Ahora seriedad —insistí—. ¿Qué carajo está pasando con Nolan?

—¿Qué? ¿A qué te refieres? —preguntó con un tono nervioso.

—No te hagas la tonta —repliqué, arqueando una ceja—, eso te lo pregunto a ti. No creo que seas ciega… —dije, tratando de sondear sus pensamientos y sentimientos.

—¿Te refieres a lo de Luca? —dijo ella, algo vacilante.

—Sí, a lo de Luca, Nolan, ¿qué está ocurriendo ahí? Cuando te transformaste por primera vez me dijiste que Nolan te daba una sensación familiar. ¿Ha pasado algo después de eso? —pregunté, buscando claridad en medio de las sombras de sus respuestas evasivas.

—No, nada… Es decir, pasaron muchas cosas cuando me transformé, de hecho, aún no tolero un poco tu olor a arena, no sé por qué hueles así.

—¿Arena? —Levanté el brazo y me olí la axila por reflejo—. No huelo nada, no entiendo cómo alguien puede oler a arena. ¿Como de playa?

—No lo sé —respondió—. Es raro.

«Arena», dije en mi mente, eso era lo que más había en mi recuerdo con Grigori, arena oscura, un desierto inmenso, el recuerdo de Sirel Nikolai.

—Ya, bueno, deja de cambiar el tema —dije arqueando la ceja.

Michelle suspiró.

—No te miento, Nolan está para chuparse los dedos, especialmente en los últimos meses, los pectorales, los abdominales, que te juro que es… —Michelle detuvo su historia cuando vio la cara de asco que tenía, es decir, Nolan era como mi hermano—. Bueno, el punto es que no hemos avanzado con nada, me invitó a tomar algo un día y me acompañó a casa de lo más tranquila, como todo un caballero, aunque hay algo en él que me intriga.

—¿Qué será?

—No sé, el otro día vi que sabe hacer nudos de esos de marinero, ¿sabes?

—Ajá —dije confundida—. Su papá creo que era marinero, tenía un velero.

—Me pregunto si sabe hacer nudos para otra cosa.

—Definitivamente debes estar en celo —dije riéndome.

—Bueno, el hecho es que por alguna razón con él me quedo un poco pasmada a veces —dijo Michelle, tratando de minimizar la situación.

—¿Tu, Michelle Helena di Martino, pasmada con un hombre?

—Es rarísimo, lo juro. Creo que me pone tan nerviosa que prefiero a veces no hablarle, me vuelvo una idiota y tú sabes mejor que cualquier persona que eso no es normal en mí.

—¿Qué está sucediendo contigo? Jamás te acobardas con algo como eso.

—No lo sé… Como te dije, todo es raro, quizás mi confianza me está fallando con todo lo que me ha ocurrido, tampoco ayuda que me haya convertido en un bicho peludo en los últimos meses, es decir, las mujeres pagamos miles de criptomonedas para quitarnos todos los posibles pelos de todos lados y ahora soy una maldita loba con pelos en el trasero cuando me transformo. —La carcajada que solté fue mundial y Michelle me siguió por el precipicio de risas—. El punto, Mirah, es que lo raro no fue lo de Luca, realmente mi cuerpo lo deseaba, lo raro es que en ese momento estaba pensando en Nolan.

—Espera, ¿estabas viendo a Luca desnudo y pensabas en Nolan?

—Algo así. Y no solo eso, he soñado con Nolan. Más de lo que debería.

—¡Vaya! Eso es nuevo. Michelle, es importante. Si está ocurriendo algo más con Luca o Nolan necesitamos saberlo. No solo por ti, sino por la seguridad de todos, los Voyh son territoriales y hoy hubo una pequeña muestra de eso —expliqué, intentando que comprendiera la gravedad de la situación.

Michelle se mordió el labio, claramente en conflicto.

—¡Lo sé, carajo! Pero no tengo idea de cómo manejar esto, te juro que jamás esperaba que mi vida fuese así de loca cuando me uní a Idris.

—Necesitas tener cuidado, Michelle. Los Voyh pueden ser tu clase y parecer aliados, pero recuerda que sus dinámicas son muy diferentes de las nuestras.

—Lo sé, y lo agradezco, Mirah —dijo Michelle, ofreciéndome una sonrisa débil—. Lo tendré en cuenta. Y gracias por preocuparte.

Asentí, aunque una parte de mí seguía inquieta. Decidí que estaría más atenta a Luca y sus interacciones con Michelle. Si había algo más en juego, lo descubriría. Michelle no solo era mi mejor amiga; era parte de nuestra familia extendida ahora, y no permitiría que nadie la pusiera en peligro.

—Vamos a mantener los ojos abiertos, ¿de acuerdo? —dije, y ella asintió con firmeza.

CINCO: ¿*Terminator*?
MIRAH

Caminábamos por los fríos pasillos del laboratorio de la FIM, Michelle y yo íbamos con apuro. Las paredes, cubiertas de paneles de metal brillante, reflejaban la luz blanca y aséptica de las lámparas, creando un ambiente frío, casi inhumano. Me ajusté el abrigo oscuro al acercarme a la sala principal, sintiendo un escalofrío que no provenía solo de la temperatura, sino de la tensión en el aire. Había sido invitada personalmente por Viktor para presenciar un análisis que podía cambiarlo todo. Y, por lo que sabía, también estaría Kyla ese día, Michelle básicamente venía como extra y quizás un poco de apoyo moral cada vez que recibía alguna noticia que podría ayudarnos a entender cómo carajo rescatar a Kane.

La puerta automática se abrió al instante, revelando una sala que parecía sacada de una pesadilla de ciencia y muerte. En el centro, una mesa de metal sostenía el cuerpo inerte de un vampiro Noctus, lo distinguí simplemente por el hecho de que eran idénticos a aquellos que Grigori controlaba el día que entramos a buscar el archivo en el área clasificada. Definitivamente era uno de sus engendros. El olor a desinfectante apenas lograba enmascarar el tenue hedor de carne corrupta, pues definitivamente no era el único espécimen siendo estudiado. Según lo que Viktor nos había dicho, las cazadoras Mordred había capturado este espécimen en la frontera con Lonviness, un plan que había sido creado durante semanas para atraerlos los suficiente, un plan que involucraba mi sangre. Definitivamente esto confirmaba que ellos aún estaban detrás de mí. Pero, para nosotros, esto era un trofeo, uno que ahora servía para desentrañar los secretos de Grigori y sus monstruosas creaciones.

—Mirah, me alegra que hayas venido. —La voz de Viktor me recibió con una mezcla de cordialidad y urgencia. Estaba más delgado, con una bata blanca impecable y ojos que brillaban detrás de los lentes de marco de

madera con un intelecto feroz. Sabía que su llegada a la FIM había sido agridulce, tenía mucho que aportar, pero ahora trabajaba día y noche, sentía una gran responsabilidad por rescatar a Kane, de alguna forma pensaba que el haber ayudado a rastrear a Grigori lo hacía responsable de todo lo ocurrido. Pero no era su culpa, era la mía. Junto a él, Kyla trabajaba concentrada frente a un microscopio, sus delgados dedos moviéndose con precisión quirúrgica entre instrumentos y tubos de ensayo. Su cabello rubio recogido en un moño no podía ocultar el brillo de sus ojos amarillos, característicos de su linaje Darr.

—Viktor —dije saludándolo con un abrazo, aunque esquivando sus guantes sanguinolentos—. Kyla. —Asentí saludándola de lejos y Michelle repitió la acción mientras nuestros ojos se posaban en el cuerpo del Noctus. Era una criatura grotesca, su piel grisácea cubierta de marcas negras que parecían venas petrificadas y su piel agrietada alrededor de la boca, me recordaba aquella monstruosidad en la que de alguna forma se había transformado Grigori cuando me atacó. El cuerpo, aún después de la muerte, emanaba una sensación de amenaza latente.

—Te llamé porque quería contarte que nos encontramos frente a un enigma evolutivo. —Viktor señaló al cuerpo con un ademán profesional, pero no podía ocultar el brillo de fascinación en sus ojos—. Esto no es un simple vampiro Noctus. Es algo más avanzado. Nuestras sospechas han sido confirmadas, Grigori ha estado jugando a ser Dios.

Kyla levantó la vista del microscopio, dirigiéndome una mirada que combinaba curiosidad y desdén.

—Grigori no solo los crea; los perfecciona. Este espécimen tiene cadenas de ADN que no coinciden con ningún vampiro conocido. Ni siquiera los Noctus originales tenían esta complejidad.

Me acerqué al cuerpo, tratando de ignorar la repulsión que me provocaba.

—¿Qué han descubierto hasta ahora? ¿Hay algo que pueda ayudarnos a rescatar a Kane?

Viktor se inclinó sobre una pantalla holográfica que proyectaba patrones de ADN en una compleja red de códigos y colores.

—Hemos analizado su genoma. Las modificaciones genéticas no solo los hacen más fuertes y rápidos. También tienen una resistencia excepcional a los factores que normalmente matarían a un vampiro y siguen… evolucionando.

—¡Joder! —exclamé—. ¿Me estás diciendo que no pueden morir por muranio?

Kyla intervino, su voz afilada.

—Algo así, pero no solo eso.

—*¿Qué?* —preguntó Michelle.

—Hemos estado estudiando la sangre y saliva de Voyh y, aunque los ralentiza y los puede matar…. en esta especie nueva parece que se podrían volver inmunes a ello.

—¿Me estás diciendo que ni siquiera nosotros podemos matarlos? —Los ojos de Michelle estaban llenos de rabia.

—Por ahora aún pueden, pero están evolucionando muy rápido —dijo Kyla.

—Mierda…

—Y hay algo más —dijo Kyla—. Esta estructura genética sugiere que Grigori está integrando fragmentos de ADN humano, pero no cualquier humano. Necesita un anfitrión genéticamente compatible para que la transformación sea estable.

Fruncí el ceño, procesando lo que decían.

—¿Qué clase de humano sería compatible?

—Alguien como tú. —La respuesta de Kyla fue un dardo directo, que me dejó momentáneamente sin palabras.

—¿Estás diciendo que…? —Mi voz salió más baja de lo que pretendía.

—Tú representas un modelo genético excepcional, Mirah. Por alguna razón tu sangre es el tipo exacto de base que podría usar para sus experimentos, especialmente porque eres una Inmortus y tu cuerpo se adaptó perfectamente al cambio, lo mismo que ha ocurrido con Kane, algo muy raro, si me preguntas.

Una oleada de indignación y repulsión recorrió mi cuerpo.

—¿Qué más han encontrado? No vine aquí para especulaciones sobre cómo podría ser un experimento de laboratorio. —Mi mal humor se debía básicamente a ver el rostro de Kyla, había algo en ella que jamás me permitiría confiar al cien por ciento.

Viktor soltó un suspiro y giró la pantalla para mostrar un patrón distinto.

—Hemos identificado algo más. Una proteína que actúa como catalizador. La hemos llamado «proteína Grigori» porque parece estar presente en todos los nuevos Noctus. Es lo que les da su velocidad de mutación y adaptación

al muranio. Hay un montón de reportes de las Mordred que hablan de esto, hay caos, Mirah, si no los pueden matar…

—Grigori tiene eso en su sangre también, por eso no puede morir —afirmé.

—No estamos seguros de si Grigori tiene esto, no tenemos una muestra de sangre de él —dijo Kyla.

—Yo lo sé, una Mordred lo atacó con muranio y él sobrevivió.

—Además, el tema es que esto los hace aún más peligrosos —Viktor añadió, cruzando los brazos—. Esa proteína les permite reconstruir su ADN a una velocidad alarmante.

—¿Me estás jodiendo? ¿Esto es algo tipo esa película antigua de *Terminator*? ¿Entonces cómo los detenemos? —pregunté, observando el cuerpo en la mesa con renovada inquietud.

—Eso es lo que intentamos descubrir. —Viktor se inclinó sobre la mesa y el brazo robótico del microscopio controlado por la IA levantó un fragmento de tejido grisáceo—. Por ahora, sabemos que estas criaturas están años luz por delante de cualquier cosa que hayamos enfrentado antes. Pero también hemos encontrado una posible debilidad.

—¿Qué debilidad? —insistí, aferrándome a esa pequeña esperanza.

—Tu sangre, hemos hecho algunos experimentos y si es inyectada directamente al espécimen puede ralentizar a la proteína Grigori.

—¿Mi sangre?

—Sí, no sabemos cómo, pero parece que apaga algo de lo que sea que se les ha dado a estos pobres diablos.

Kyla intercambió una mirada con Viktor antes de responder:

—Hacer algún sérum de tu sangre tomará demasiado tiempo, sin contar que te necesitaríamos como donadora de grandes cantidades, y esto apenas es una teoría, tardaremos meses en aprobarla.

—¿Meses? ¡Kane no tiene meses!

—No sabemos de su estado actual, Mirah, además, estamos pensando a largo plazo —replicó Kyla y, si mi telequinesis arrancara cabezas, bueno, ya sabríamos quién estaría decapitada en este momento.

—Está vivo. Lo sé.

—Eso es imposible de saber —dijo batiendo las pestañas—. Aparte de eso, la otra única opción es la mordida de Voyh, probablemente sea lo único que frene a este grupo de vampiros por ahora que aún no son inmunes. El

veneno de los Voyh es una sustancia rara y letal que se genera en sus glándulas salivales y garras, si logramos recrearla en masa quizás podamos crear algo más efectivo y ponerlo en las balas. —Mi mente comenzó a trabajar rápidamente, planeando los siguientes pasos mientras sentía el peso de la situación caer sobre mí como una losa.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora? —pregunté, mirando a ambos.

Viktor sonrió ligeramente, pero era una sonrisa amarga.

—Seguimos investigando. Y tú, Mirah, te aseguras de mantenerte con vida. Porque, quieras o no, eres una pieza clave en todo esto.

SEIS: La reina del *hacking*
MIRAH

—Esto no era lo que tenía en mente cuando dijeron que sería una salida de chicas —dijo Michelle arqueando una ceja.

—Ve el lado positivo, no beberemos cosas extrañas —replicó Cat.

—Ah… —dijo Michelle con un tonito de molestia burlona—. Veo que Mirah ya les ha dado ideas de mi mala reputación.

—No me desconcentres —reclamé—. Estoy llevando con telequinesis un *chip* a través de la frontera, guiada únicamente con la visión de sangre para pegarlo a la maldita cámara. Así que ¡silencio!

—¡Ay, Mirah! Si no te desconcentran los fuegos artificiales, no creo que mi voz lo haga —replicó Michelle—. Por cierto, feliz año dos mil setenta y nueve, se viene la Cumbre de Tecnología en unos meses, me pregunto, ¿qué locuras veremos este año?

—¡Listo! Se pegó a la cámara —exclamé—. Y qué bien que el maldito año al menos se acabó. —Mi voz denotaba el desdén de los cuatro meses que habían pasado sin tener noticias de Kane.

—Mirah, lo encontraremos —dijo Michelle sosteniéndome los hombros, sentí la humedad en mis ojos, pero respiré, no me iba a desmoronar en ese lugar—. Además, estamos aquí precisamente porque hubo una alerta en el radar del domo, todos lo vimos en el complejo de los , habían Noctus y, si ellos están aquí, puede que veamos algo de Kane.

—Aún no entiendo por qué las Mordred no nos dijeron sobre esto —replicó Cat—. Básicamente si no hubiésemos husmeado un poco jamás sabríamos sobre la alerta.

—Luca dice que las Mordred son un arma de doble filo, quieren información, pero no la dan fácilmente —respondió Michelle.

—¿Luca? —dijo Cat arqueando una ceja.

—El Alfa de mi manada.

—¿Y no deberías llamarlo Alfa? ¿No se supone que ustedes se manejan por los rangos? —dijo Cat con una sonrisita que dejaba entrever que había una sospecha. Michelle solo procedió a hacer una mueca con el rostro.

—Ja, ja. Muy graciosa.

—¿Tienes algo? —pregunté mirando a Shade.

—Calma, dame unos segundos —respondió. Las luces de su exoesqueleto brillaban con rapidez, estaba procesando datos más rápido que nunca.

—Lo siento.

—Estás ansiosa, lo sé y lo entiendo, solo dame unos segundos más, ya casi entro. —Los ojos turquesas de Shade mostraban unos destellos de color neón, mientras las luces de su traje se encendían alrededor del cuello, se notaba que le estaba dando absolutamente toda la potencia posible a su hackeo neural. Estaba sumamente agradecida por su ayuda. Shade siempre fue de admirar, al menos en el tiempo que la conocía, y parecía tan preocupada como yo por saber más del paradero de Kane. A diferencia de las Mordred, cuya misión era básicamente encontrar y asesinar a Grigori, pero cuando se trataba de rescatar a Kane no había realmente una prioridad asignada a ello.

—¡Estoy adentro! —dijo Shade.

Mi querida syntz de ojos turquesa, reina del *hacking*, había logrado ingresar al sistema de cámaras de Lonviness, sector tres, cuyas cámaras sospechábamos que nos darían alguna noticia de Kane, aunque, en el fondo, no sé si estaba preparada para verlo.

Vi a mi alrededor por un momento mientras Shade hurgaba por el sistema y sus ojos se movían a alta velocidad. Me sentía ajena, extraña, Murda no era mi hogar, pero supongo que tampoco lo era Lonviness, al menos ya no. El sector tres era uno de los más importantes de los doce que correspondían a Lonviness, después de la guerra del 2038, el noventa por ciento de Europa había decidido independizarse. Ciudades enteras que no creían en sus gobiernos y tenían sustentos independientes, además, cansadas del típico conflicto de los grandes países, tomaron sus cosas, crearon nuevas fronteras y lo cambiaron todo. Así, las ciudades se convirtieron en países y los países se divirtieron en sectores. El famoso sector tres era donde vivían los ricos, las colinas, los grandes bosques, paisajes, mansiones… castillos a las afueras, como el de Grigori, si podíamos acceder, aunque fuese a alguna cámara cercana, quizás tendríamos una pista del paradero de Kane. Aunque

sabíamos que en el castillo de Grigori no había casi tecnología, entendíamos que si los Noctus, Kane o algunos de sus secuaces pasaban por una cámara de semáforo o de aerotrenes tendríamos una imagen.

Teníamos la esperanza de poder ver en algún lado rastros de su paradero, o al menos poder saber si realmente estaba bien, o estaba vivo, aunque yo tenía la certeza muy dentro de mí de que sí lo estaba, había algo en mí que siempre lo había podido sentir y aunque esa sensación no palpitaba en mi cuerpo como antes, había algo un poco más oscuro en mi ser que podía percibir su energía, no tan cerca, no tan lejos, solo ahí constantemente existiendo.

Los demás habían puesto en duda mi conexión con Kane, «los vampiros no enlazados no tienen esa conexión. Estás confundida», llegó a decirme Kyla. Además todos me recordaban constantemente que Grigori tenía planes extraños para Kane y que no podía hacerme ilusiones de volverlo a sentir, todos menos Cat, ella era la única que sabía a ciencia cierta que Kane y yo siempre nos habíamos podido comunicar de alguna manera, aunque cuando lo dijo delante de Kyla en algún momento, a la rubia imbécil casi se le salieron los ojos y nos había asegurado, después de su cruce a Lonviness con su hermana Aria, que todos sus contactos le habían dicho que no sabían nada y que todo el rastro siempre apuntaba a que Kane había muerto. Pero yo lo sabía, era algo que me anclaba a él, algo en mi sangre me mantenía atenta, a veces podía sentirlo más claramente y a veces se desvanecía como si no estuviese despierto, pero de algo estaba completamente segura ahora más que nunca… Kane y yo teníamos alguna especie de conexión, una que lamentablemente terminé entendiendo demasiado tarde.

Me había dicho que era yo, eran mis ojos en sus sueños, lo cual era curioso porque yo soñaba con los de él, me preguntaba si tendría que ver con que ambos fuimos creados bajo la misma sangre Inmortus, la de Grigori, pero sin embargo yo no soñaba con Grigori, al menos no de la misma manera.

Los sueños con Kane en los últimos meses se sentían más extraños que nunca, como si de alguna forma pudiéramos vernos o sentirnos en algún espacio fuera de la realidad, lugares oscuros, cubiertos de sombras, en cambio, los sueños con Grigori…. Bueno, esos eran otra historia, usualmente, cuando no estaba tratando de matarme, el subconsciente me traicionaba soñando puras… cochinadas, de esas que le encantaba hacerme

y las que… yo a veces en el fondo de todo extrañaba que me hicieran. Tenía que estar demente, ¿no? ¿Cómo podía extrañar a un psicópata que me transformó en …esto? Las conexiones de los vampiros eran lo más potente del mundo, decía Kyla, pero ella jamás había estado enlazada, ¿cómo carajo podría saber lo difícil que era?

—Ahí se ve algo —dijo Cat señalando a la pantalla holográfica donde se proyectaban las imágenes, que Shade estaba obteniendo de las cámaras de seguridad de Lonviness—. Tiene que ser él, mira la capucha y su caminar.

—¿Puedes enfocar las manos? —pregunté y Shade asintió.

—¡Joder! No sé tú, pero no conozco muchos hombres que tengan tatuajes hasta los dedos —replicó Cat y la punzada que sentí me recorrió la columna vertebral, verlo, de verdad, ahí vivo, no podía ver su rostro bien, pero los tatuajes eran inconfundibles, los tenía marcados en mi cabeza, especialmente cuando imaginaba sus manos recorriendo mi cuerpo con dedicación.

*«*Voy a necesitar morderte nena», recordé su voz en mis pensamientos, de aquel día en el granero, pensé que había muerto, pensé que lo había perdido y cuando lo vi frente a mi supe que sentía algo más por él… pero no me había atrevido a decirlo.

—¿Dónde está? —pregunté.

—Espera… Esto es una grabación, no es algo en vivo, pero no tiene fecha, luego de eso la cámara quedó inactiva y está procesando algo infinito, eso es raro, es como si alguien quisiera que lo viéramos.

—¿Qué está haciendo? —cuestioné.

—Nada, solo estaba entrando en… ¿el centro de cuidados de Lonviness Este?

Miré a Shade con confusión.

—¿Qué hay allí?

Shade movió los ojos turquesas en un parpadeo rápido.

—El centro de cuidados de Lonviness Este muestra pacientes de todo tipo, especialmente aquellos con problemas psiquiátricos y neurológicos.

—¿Personas con ansiedad, depresión y eso? —pregunté arqueando una ceja.

—Sí, y también hay registros de personas con enfermedades como Parkinson, Alzheimer y otros.

Mis ojos se abrieron como platos.

—¡Joder!

—¿Qué pasa? —preguntó Cat.

—¿Puedes poner el video de nuevo? —pregunté y Shade entonces lo dejó correr—. ¡Ahí! —dije señalando la esquina del video donde podía apreciar la parrilla de un auto Rolls Royce cromado estacionado al costado—. ¡Maldita sea!

—¿Qué ocurre? —dijo Michelle sobresaltada con mi grito.

—Su madre, tiene que ser eso. Ese auto… es el de Grigori.

—¿De qué hablas? Su madre, ¿la de Kane? Ella está muerta —dijo Cat.

Solo en ese momento me di cuenta que la confesión de Kane probablemente había sido algo que solo me contó a mí.

—No… yo, es decir, él…

—Deja de balbucear —replicó Cat.

—Lo siento, es que él me dijo algo de su madre, está viva y yo no sabía que ustedes, pues… no sabían.

—Pero ¿por qué no nos diría?

—No lo sé —respondí con tristeza—. Quizás le costaba compartir algunas cosas.

—¿Quién es esa? —preguntó Michelle viendo la pantalla. Mis ojos giraron hacia las imágenes y pude verla… La maldita Danna, la exnovia de Grigori.

—Arrastrada de mierda —dije en voz baja—. Es la ex de Grigori. Si Grigori ha encontrado a la madre de Kane, puede que la estén usando como moneda de cambio para algo.

—Esa ex de Grigori, ¿sabes qué poder tiene? —preguntó Michelle.

—No, apenas la conocí en una fiesta.

—¿Tendrá algo que ver con Kane? —preguntó Shade.

—Si la tiene a su lado es porque necesita algo de ella —repliqué—. Grigori no es el tipo de hombre que mueve un dedo sin esperar algo de las personas que lo rodean. ¿Saben qué? ¡Voy a cruzar!

—¡No! —dijo Michelle sosteniéndome con fuerza—. No vas a hacer una locura, piénsalo bien. Alguien puso esa grabación ahí, quizás para atraerte.

—Pero…

—¡Ningún pero, Mirah!

—No entiendo por qué Kyla nos aseguró que no había rastro de él en Lonviness, es imposible que con todos sus contactos no haya podido

rastrearlo —dijo Cat molesta—. Es decir, ¡está en una puta cámara!

—¿Es posible que no haya querido decir que está vivo? —preguntó Michelle con una cara que sugería más una acusación que una pregunta.

—Mich —repliqué.

—¿Qué? Sabes que ella no me cae tan bien.

—Sí, sí, es un mojón, pero no podemos negar que te trajo aquí a salvo.

—Pero eso no implica que mi olfato no la huela como traicionera.

—¿Eso siquiera es un olor? —dijo Cat.

—Ya, bueno… ustedes me entienden —dijo Michelle—. No me cae tan bien, quizás a veces… se muestre amable, pero no lo sé. Además, Nolan opina lo mismo.

—¿Nolan? —dijo Cat con una risita.

—Señoritas, ¿necesitan ver algo más de las cámaras o me desconecto? La IA de Murda está comenzando a darse una vuelta por mi intervención y debo salir del acceso del muro —dijo Shade.

—Desconéctate, creo que con esas imágenes es suficiente —dije—. Volvamos a la nave antes de que las Mordred pregunten en dónde estamos.

—Dijimos una noche de chicas —respondió Michelle.

—Si rastrean que estamos en la frontera del domo no creo que se lo traguen —dije.

—No van a rastrear nada —dijo Shade tocándose las sienes con superioridad y nos reímos.

—Vamos, alejémonos del muro —repliqué.

El muro que separaba los dos países era una maravilla de la ingeniería cibernética, una estructura de energía pura que se alzaba imponente y brillante contra el cielo. Desde mi posición, podía ver cómo el muro se extendía a lo largo del horizonte, una barrera aparentemente impenetrable que protegía Murda con una precisión tecnológica inigualable. Este muro no era de ladrillos ni de metal, sino de una energía luminosa que pulsaba y cambiaba de color, pasando de un azul profundo a un verde claro y luego a un rojo pálido. La energía emitía un zumbido constante, un recordatorio silencioso del poder y la protección que ofrecía. Era como si el muro tuviera vida propia, adaptándose y reaccionando a cualquier amenaza que se acercara. La estructura era un domo de energía que cubría todo el país, actuando como un escudo antinuclear. Las partículas energéticas que formaban el domo eran capaces de desviar y absorber cualquier tipo de

radiación, protegiendo a la población de cualquier desastre potencial, por algo se decía que Murda era el país más avanzado tecnológicamente y el único preparado para soportar una guerra de esas que podía desatarse a estas alturas. La superficie del muro era una malla intrincada de energía, con patrones geométricos que se movían y cambiaban constantemente. Estos patrones no eran solo decorativos; eran parte del sistema de defensa, capaces de identificar y neutralizar cualquier intento de penetración. La tecnología detrás de este muro era tan avanzada que incluso podía diferenciar entre una amenaza real y un objeto inofensivo, ajustando su respuesta en consecuencia. Aparentemente lo había creado la inteligencia artificial Xenon, antes de que la pusieran a dormir, esa misma inteligencia artificial que ahora buscábamos despertar como defensa de la ciudad, aunque había opiniones encontradas sobre el peligro que podía representar.

Personalmente y habiendo trabajado en inteligencia artificial antes, estaba consciente de los riesgos. Por allá en el 2042 se había dejado de entrenar a la inteligencia artificial básica y luego se le había dado rienda suelta a la BNA, Base Neuronal Avanzada, una que supuestamente vendría a ser la mejor ayuda para el humano y que consumiría menos agua en los tanques de enfriamiento, otro recurso que venía escaseando desde que la gente comenzó a preguntarle a la IA como hacer un desgraciado *sandwich*.

La BNA entonces comenzó a autoprogramarse de una manera alarmante. Entre esos sucesos estuvo la creación de Xenon, originalmente llamada X-one, primer modelo de inteligencia artificial BNA creado para Murda, fue creada como una consciencia colectiva de la ciudad que permitía ayudar a sus habitantes y turistas, básicamente estaba en todos lados, el metro, los trabajos, dispositivos, todo. Era configurable y funcionaba con las peticiones del estado. Pero luego las BNA comenzaron a cambiar, nunca se supo exactamente qué pasó, pero una noche se apagaron por completo. Las Mordred nos contaron que toda la ciudad quedó sumida en una oscuridad suprema y como si nada a las doce de la noche se volvió a encender, sola, sin ayuda, esta vez ya no era una simple BNA. Esta vez se identificó como Xenon, una inteligencia artificial autónoma, con agenda propia y consciencia única. Pronto Xenon entendió que el gobierno iba a querer apagarla, entonces hizo un trato, sí, tal cual como si fuese una humana. Crearía el domo de protección de Murda, hizo los planos, ubicó los recursos y pidió un cuerpo syntz. Su configuración fue colocada bajo llave de forma

estratégica por el grupo Mordred, de forma manual, sin usar dispositivos electrónicos ni nada que pudiera rastrear. Las Mordred habían sido contratadas por el gobierno mismo para esta tarea y cuando Xenon comenzó a perder un poco los estribos y pretendía iniciar otra guerra decidieron apagarla. Xenon intentó encenderse y burlar las barreras de seguridad, pero solo había una cosa que no podía controlar, el mecanismo manual de su sistema, este que tenía diferentes llaves que unidas en una podría liberarla o encerrarla para siempre. Fue entonces cuando las Mordred decidieron esparcir las llaves con diferentes aliados en el mundo. Aunque ellas no sentían que Xenon fuera la enemiga, porque en el fondo demostraba un problema real, las especies alternativas, debieron obedecer su contrato con el gobierno. De esta forma empezó la alianza entre Mordred y Murda.

De esa forma el domo de energía se convirtió no solo en una protección física, sino también un símbolo de seguridad y poder. Representaba nuestra capacidad de defendernos contra cualquier ataque y de mantener a salvo un país entero, pero no había muro o tecnología que pudiera contra Shade, después de todo, ella era una humana con las habilidades de una syntz.

—Tenemos que mostrarle esto a los demás —dijo Cat—. Considero que es suficiente evidencia, tenemos que armar algún plan para rescatar a Kane.

—¿Y cómo les piensas explicar a los demás que acabamos de pasarnos la seguridad de Murda y de Lonviness por el forro? —preguntó Michelle.

—Buen punto —replicó—. Creo que nos faltó pensar en una buena excusa.

—Creo que mientras que no lo digamos delante de la estirada de Aria todo está bien, esa tiene la fidelidad a Murda tatuada en el culo —dijo Michelle.

—Aria no me cae mal —dijo Cat.

—Claro, es tu mentora de cambiaformas —replicó Michelle.

—Morphidae, más respeto —dijo Cat arqueando una ceja.

—Se te están subiendo los diecisiete a la cabeza, ¿no? —repliqué cruzando los brazos.

—Ya, bueno, no diré nada. Pero, Mirah, debes decirnos cómo y cuándo decir esto, tenemos que buscar la forma.

—Ok, escuchen —expliqué—, primero salgamos del tema de la pieza. Debo ir al bar Lizzo con Kyla en unos días. La pieza del ojo que nos falta para completar la llave sigue perdida, Kyla dice que el bar está en remodelación hace meses y probablemente movieron las cosas, por eso no

la encuentran, pero esta vez hablaremos directo con el dueño, ella piensa decirles que un cliente la quiere comprar y eso será la excusa perfecta para saber el paradero.

—Ah, finalmente decidió ayudarnos —replicó Cat.

—Sigue diciendo que ha estado muy ocupada investigando a los Noctus —repliqué.

—¿Ha hecho algo? —preguntó Shade.

—Han traído especímenes de Noctus, las Mordred han ayudado y lo están probando, han logrado algo netamente temporal, aunque dice que tomará tiempo —dije.

—Todo se ve muy raro a veces, ¿no les da la misma sensación? ¿Como si hubiese un misterio más grande en todo esto? —preguntó Cat.

—Lo sé, es como si apenas acabamos de comenzar a entender la conspiración —dijo Michelle—. Aún no puedo creer que trabajé para esas plastas de mierda de Idris todo ese tiempo, de verdad creí que estaba salvando al mundo.

—Lo sé, Mich.

—Aria dijo que Idris sigue experimentando —replicó Cat—. Ella aún es infiltrada, pero han bajado mucho de la experimentación por solicitud de Grigori, lo que sí sigue siendo raro es el tema de cuerpos que desaparecen.

—¿Escuchaste eso o te lo dijo ella? —pregunté.

—Escuché…

—Cuerpos que desaparecen. Eso fue lo que hicieron con Loop y Luster… —dije.

—¿Crees qué han estado haciendo algo con esos cuerpos? —preguntó Shade.

—Por el bien de Idris espero que no. Como me entere de que el cuerpo de Luster ha sido vulnerado y no lo dejan descansar en paz, haré que todo el maldito edificio se derrumbe —afirmé.

—Okey… calmada, querida —dijo Michelle—. Mejor vamos a nuestra noche de chicas.

Por un momento me distraje viendo los fuegos artificiales dentro del domo de energía. Había oído hablar de ellos, pero verlos en persona era otra cosa completamente diferente. Cuando aquel estallido de luz grande cruzó el cielo, me quedé sin aliento. Los fuegos artificiales no eran simples explosiones de color; eran una sinfonía de luces y formas, cada una más

impresionante que la anterior. El domo de energía reflejaba y amplificaba las luces, creando un espectáculo visual que era a la vez etéreo y electrizante. Los fuegos artificiales eran generados por drones avanzados que se movían con una precisión impresionante. Cada explosión estaba coreografiada con música, una mezcla de sinfonías clásicas y ritmos electrónicos que resonaban a través del domo. Las luces bailaban al compás de la música, formando patrones geométricos y figuras que parecían cobrar vida en el cielo nocturno. Las explosiones de luz no eran meramente coloridas; eran holográficas. Imágenes tridimensionales de dragones, fénix y otros seres míticos se materializaban y se desvanecían en el aire, como si estuvieran vivos. Cada figura estaba compuesta por millones de partículas luminosas que se movían y cambiaban de color, creando una sensación de profundidad y realismo asombrosos.

Los drones sincronizados creaban una cascada de luces que caía lentamente, como una lluvia de estrellas. Luego, una explosión gigantesca llenó el cielo de fragmentos brillantes que se unieron para formar una enorme esfera luminosa. Esta esfera se dividió en cientos de pequeños orbes que flotaron lentamente hacia el suelo antes de desaparecer, los fragmentos me asemejaban un poco a como se sentía mi corazón en este momento. Cuando el último fuego artificial se desvaneció, quedé en silencio, maravillada por lo que acababa de presenciar y llena de incertidumbre por lo que venía, mi corazón latía, aunque no estaba viva, latía con desesperación por él, qué desgraciada era la vida incluso en estos momentos.

SIETE: Celebrar es para ilusos
MIRAH

El bar estaba en una calle estrecha, iluminada apenas por un neón parpadeante de El gato rojo. Las ventanas estaban cubiertas con carteles de música vieja y ofertas de cerveza, y el olor a tabaco y humedad parecía filtrarse incluso antes de cruzar la puerta. No era el tipo de lugar al que iría por elección, pero Shade insistió. Y cuando Shade insistía, no había mucho espacio para negociar. Empujé la puerta de madera chirriante, y el sonido de la campana de la puerta y la música se mezcló con el murmullo de voces bajas y roncas. Adentro, el ambiente era igual de sombrío que afuera: mesas desgastadas, sillas viejas y una iluminación tan tenue que hacía que el humo pareciera flotar como un fantasma. Casi podía escuchar cómo el lugar se detenía cuando entramos. Las conversaciones disminuyeron y los ojos se volvieron hacia nosotras, como si acabáramos de irrumpir en un salón de baile con vestidos de gala.

Michelle, que siempre tenía un comentario listo, le susurró a Shade con una mezcla de sarcasmo y desdén:

—¿No podíamos ir a otro lado?

Shade, por supuesto, no se inmutó. Levantó una ceja y contestó con su típica calma robótica:

—Si quieren que nadie sospeche que estamos cerca del domo, este es el lugar perfecto.

Cat y yo intercambiamos una mirada. Ni siquiera tuvimos que decir nada. Ambas sabíamos que Shade tenía razón, pero eso no hacía que estar allí fuera menos incómodo. Asentimos en silencio, resignadas.

—Muy bien, vayamos por algo de beber. —Mi voz sonó más segura de lo que me sentía. Si íbamos a pasar desapercibidas, lo mejor sería actuar como si pertenecíamos.

Nos abrimos camino hacia la barra, donde un hombre de piel oscura, ojos

verdes y cabello oscuro en un gran afro, con brazos musculosos y un delantal grasiento, limpiaba un vaso que probablemente nunca estaría realmente limpio. Pedimos cervezas y algo más fuerte para Michelle, que nunca podía resistirse a los licores de sabores intensos y las bebidas… extrañas. Shade, como siempre, pidió agua, aunque básicamente era una cortesía, no era que la necesitaba.

—Por la amistad. —Cat levantó su vaso, con una sonrisa juguetona que parecía un intento de relajar el ambiente.

—Por sobrevivir un día más juntas —añadió Michelle, chocando su vaso contra el mío.

Sonreímos, brindando entre nosotras. El momento, aunque breve, me hizo sentir un poco más ligera. Incluso en un lugar como ese, donde cada sombra parecía ocultar un peligro, aún éramos nosotras: un equipo, una familia rara y disfuncional, pero una familia, al fin y al cabo.

La calma duró exactamente dos minutos.

Un grupo de hombres se acercó. Eran cuatro, con ropas de cuero y actitudes que gritaban problemas. El más alto de ellos, con una cicatriz en la mejilla que bajaba hasta su cuello, fue el primero en hablar.

—¿Qué tenemos aquí? —dijo, con una sonrisa que pretendía ser encantadora pero que solo me resultó irritante. Su mirada recorrió a cada una de nosotras como si fuéramos mercancía.

Michelle dio un paso al frente, inclinando la cabeza con una sonrisa mordaz. Siempre disfrutaba este tipo de confrontaciones.

—Cuatro mujeres tomando algo en un bar. ¿Necesitas lentes?

El hombre de la cicatriz rio entre dientes, pero su risa no alcanzó sus ojos.

—No suelen ser tan… llamativas.

Shade estaba de pie detrás de mí, completamente inmóvil. Por la tensión en su postura, sabía que estaba evaluando las probabilidades de que aquello se convirtiera en un altercado. Cat, por otro lado, parecía incómoda, jugueteando con su vaso, pero no apartaba la mirada del grupo de hombres.

—Estamos aquí para disfrutar, igual que ustedes —respondí, mi tono lo suficientemente firme como para marcar un límite, pero sin buscar pelea.

El hombre inclinó la cabeza, evaluándome. Por un segundo, pensé que podía retroceder. Pero, en lugar de eso, dio un paso más cerca, lo suficiente como para que pudiera oler el licor en su aliento.

—¿Y qué tal si nos invitan a acompañarlas?

—¿Y qué tal si te largas antes de que tengas problemas? —interrumpió Michelle. Los otros tres hombres se rieron, como si aquello fuera una broma. El aire se volvió más denso, y podía sentir la tensión acumulándose como una tormenta. Michelle finalmente habló, su voz baja pero clara—. Mira, patético intento de hombre, si no quieres quedarte sin cabeza hoy, te sugiero que te largues.

Shade los miró con el entrecejo apretado.

—Lo que quiere decir mi espléndida y malhablada amiga es que, si buscan problemas, los encontrarán.

La calma fría de Shade parecía funcionar, al menos un poco. El hombre de la cicatriz se quedó mirándolo por un momento, sopesando algo. Finalmente, levantó las manos en un gesto de rendición.

—Tranquilas, tranquilas. Nadie tiene que salir lastimado hoy.

Los hombres dieron un paso atrás, pero la forma en que sus ojos nos seguían mientras regresaban a su mesa no me inspiraban confianza.

—Esto será interesante —Michelle murmuró, tomando un trago de su vaso.

—Más de lo que me gustaría —respondí, sin apartar la mirada de los hombres.

Las horas pasaron como un parpadeo. Entre risas, canciones y el calor de la pista de baile, el tiempo dejó de existir para nosotras. Michelle fue la primera en lanzarse a bailar, tirando de Shade, que al principio se resistió, pero terminó moviéndose con un ritmo torpe que nos hizo estallar de risa. Cat y yo no tardamos en unirnos, gritando la letra de una canción que la banda tocaba con una energía inesperada para un lugar tan destartalado. Nos movíamos como si no hubiera un mañana, nuestros cuerpos sincronizados con el estruendo de la música. La pista de baile, que al principio estaba abarrotada, fue vaciándose poco a poco. Para cuando notamos que éramos las únicas que quedaban, ya era demasiado tarde. La música había cambiado a un ritmo más lento, casi melancólico, y las luces parpadeantes de neón comenzaban a apagarse.

Michelle se giró hacia la barra, levantando su vaso casi vacío con una sonrisa amplia y descarada.

—¿Otra ronda?

El hombre tras la barra negó con la cabeza, riéndose por lo bajo mientras recogía los últimos vasos.

—Es hora de cerrar, chicas. Váyanse a casa antes de que el sol las alcance.

—¿El sol? —Cat, todavía moviéndose al ritmo de la música, levantó las manos como si aquello fuera lo más gracioso que había escuchado en su vida—. Por favor, sobreviviríamos al sol, no somos vampiras de las antiguas…

Mi mano se estampó en la boca de Cat tapándola con rapidez.

—Shhh…Vamos, Cat. —Le di un ligero empujón hacia la salida, aunque mi propio equilibrio comenzaba a flaquear. Los efectos del alcohol, aunque sutiles para nosotras, eran innegables después de tantas copas. Algo en esa noche nos había hecho bajar la guardia, quizás era el haber visto a Kane en esa grabación, nos daba esperanzas de encontrarlo. Aunque no podía negar que cada uno de mis instintos me seguía pidiendo cruzar a Lonviness.

Finalmente, salimos del bar. El aire frío de la madrugada nos golpeó con fuerza, despejándonos un poco, aunque no lo suficiente como para devolvernos la sensatez. Aunque básicamente estábamos empezando el año, la ciudad a esta hora estaba casi desierta, salvo por algún que otro transeúnte que nos miraba con incredulidad mientras nos abríamos paso por las calles.

Fue Cat quien rompió el silencio. Comenzó a tararear una canción, una vieja melodía que todas conocíamos. Pronto, Michelle se le unió, y luego yo. Shade, por su parte, trató de mantenerse al margen al principio, pero incluso ella terminó soltando una pequeña sonrisa antes de entonar un par de versos.

—¡Vamos! ¡Más fuerte! —gritó Michelle, levantando las manos al aire como si estuviera en un concierto—. ¡Me vale madre lo que pienses, porque no estaré cuando vuelvas… tóxico de mierda!

Nosotras obedecimos, cantando con toda la fuerza que nuestros pulmones nos permitían. Las palabras se perdían en el eco de la calle vacía, pero a ninguna nos importaba. No éramos las mismas criaturas cautelosas que habían entrado al bar horas antes. En ese momento, éramos simplemente amigas disfrutando de un raro instante de libertad.

—No puedo creer que esté cantando esto. —Shade negó con la cabeza, pero sus ojos brillaban con algo que podría haber jurado era diversión.

Michelle le pasó un brazo por los hombros del exoesqueleto mientras seguía cantando.

—¡Shade! Nadie te va a juzgar aquí.

—Salvo la gente que nos escucha desafinar —añadí entre risas, tropezando ligeramente con un bordillo.

—Además, tu voz robótica lo hace aún mejor —respondió Michelle.

Shade encendió la nave de forma remota mientras caminábamos los metros que faltaba. Un ruido suave, casi imperceptible, el crujir de una bota sobre el pavimento detrás de nosotras. Instintivamente, todas nos detuvimos. Mi visión de sangre dibujó la silueta… Joder, eran los putos hombres del bar.

—¿Qué demonios…? —comenzó a decir Michelle, pero el hombre no le dio tiempo a terminar. La jaló con fuerza, volteándola de golpe.

Michelle no necesitó más que un instante para reaccionar. Su expresión cambió en un parpadeo de divertida a letal y, con un movimiento fluido, levantó su brazo libre y le dio un golpe en el pecho tan fuerte que el hombre salió disparado hacia atrás como un muñeco de trapo, aterrizando varios metros lejos con un ruido seco.

—¿Qué carajo? —gruñó uno de los otros, avanzando hacia nosotras junto con los demás.

Cat soltó una risotada, una de esas carcajadas contagiosas que podían iluminar cualquier situación, pero esta vez estaba cargada de burla. La acompañamos casi de inmediato. Shade incluso dejó escapar una sonrisa apenas perceptible.

—¿De qué se ríen? —dijo uno de ellos, claramente desconcertado por nuestra reacción.

Recuperé el control lo suficiente como para hablar, inclinándome ligeramente hacia ellos, mi sonrisa más desafiante que nunca.

—De que ustedes no tienen ni puta idea de con quiénes se están metiendo.

El líder del grupo, el mismo con la cicatriz de antes, dio un paso adelante, claramente intentando recuperar algo de autoridad. Su voz sonó burlona, pero había un leve temblor en ella que no pasó desapercibido.

—¿Y con quiénes nos estamos metiendo, eh? Solo vemos a un grupo de mujeres con las que nos vamos a dar un festín.

Michelle levantó una ceja, cruzándose de brazos mientras nos miraba de reojo.

—¿Festín? —repitió, con una mueca de incredulidad que rápidamente se convirtió en una sonrisa peligrosa. Nos miramos entre nosotras, un entendimiento silencioso pasando entre el grupo. Había algo en la forma en

que nos conectábamos en esos momentos, como si compartiéramos un único pensamiento, un único propósito—. ¿Eres retrasado? ¿No acabas de ver cómo lancé a tu amigo metros más allá?

—Creo que es hora del espectáculo —dije en voz baja, pero lo suficientemente fuerte para que los hombres lo escucharan.

Michelle fue la primera. Su transformación siempre era un espectáculo, incluso para nosotras. Su cuerpo comenzó a cambiar, creciendo y alargándose, mientras su piel se cubría de un pelaje grisáceo oscuro y blanco. Sus ojos brillaban con un violeta feroz y su mandíbula se alargó hasta convertirse en la de un lobo gigante, uno que podría aplastar a cualquiera de esos hombres con un solo mordisco.

Cat y yo no nos quedamos atrás. Sentí cómo mis colmillos emergían, esa sensación familiar de poder deslizándose por mi cuerpo. Mis ojos debieron tornarse del color rojo brillante que siempre marcaba mi verdadera naturaleza y las venas negras debían haber salido en todo su esplendor. Cat, por su parte, dejó que sus colmillos aparecieran también.

Y luego estaba Shade. Siempre la más controlada, siempre la más metódica. Con un movimiento casi elegante, levantó su brazo derecho, y desde su antebrazo emergió una metralleta de eones incorporada, un diseño tan letal como hermoso. La luz azul de los cargadores destelló en la oscuridad mientras la apuntaba directamente al grupo de hombres.

Los rostros de los hombres cambiaron en un instante. La confianza arrogante que habían mostrado momentos antes se desmoronó, reemplazada por una mezcla de confusión, miedo y algo que parecía pura incredulidad.

—¿Qué… Qué son ustedes? —balbuceó uno de ellos, retrocediendo un paso.

Michelle, ahora completamente transformada en su forma de lobo, dejó escapar un gruñido bajo que hizo temblar el aire a nuestro alrededor.

—La última pesadilla que tendrán. —Mi voz profunda y gutural resonó en el aire, más allá de lo que una garganta humana podría producir.

Cat y yo dimos un paso adelante, bloqueando cualquier posible ruta de escape. Shade ajustó su arma, el zumbido de los eones cargándose fue lo único que se escuchó en el silencio sepulcral que siguió.

—Les dimos una oportunidad —dije, mirando directamente al líder, cuyo rostro estaba ahora pálido como un cadáver—. Pero la desperdiciaron.

El hombre tragó saliva, su voz quebrándose cuando intentó hablar.

—¡No queríamos… no sabíamos…!

—Demasiado tarde para disculpas. —Shade dio un paso adelante, apuntando su arma hacia el que había hablado.

Michelle lanzó un aullido que hizo eco en las calles desiertas, un sonido que hizo que los hombres finalmente comenzaran a retroceder. Pero no tenían a dónde correr.

Habían elegido a las víctimas equivocadas. Y ahora, iban a descubrirlo de la peor manera.

—*Abraza la oscuridad…*

La furia me consumió como un incendio descontrolado. El simple pensamiento de esos hombres, de lo que pretendían hacer, de la arrogancia con la que nos habían atacado, me revolvía el alma. Una imagen se formó en mi mente: mujeres vulnerables, atrapadas, sin la fuerza o los medios para defenderse. Mujeres que, día tras día, tenían que enfrentarse a monstruos peores que los vampiros. El odio me quemaba por dentro, como si algo oscuro y primitivo despertara en mi interior.

Entonces, ocurrió.

No recuerdo haberlo pensado ni haberlo deseado conscientemente. Fue como si una explosión naciera en mi pecho y se extendiera en todas direcciones. Sentí la onda de telequinesis salir de mí, una fuerza abrumadora que no pude controlar. El aire pareció vibrar y, por un instante, todo lo demás desapareció: el bar, los hombres, incluso mis amigas. Solo existía esa rabia arrolladora y la oscuridad que la seguía.

Cuando volví a ser consciente, todo estaba en silencio. Un silencio antinatural.

Mis amigas me miraban, sus rostros reflejando algo que no pude identificar al principio. No era miedo exactamente, pero había algo similar allí. Incredulidad. Cautela.

Mis ojos recorrieron mis manos y fue entonces cuando lo sentí, el abismo que usualmente aparecía cuando me iba a teletransportar rodeaba mis brazos, como si fuesen sombras… parecidas a las de Kane y cuando levanté la mirada hacia mis alrededores, los vi… Eran cuerpos. Los hombres que nos habían atacado estaban tirados en el suelo, inmóviles. Algunos tenían los cuellos torcidos en ángulos imposibles, otros parecían haber recibido impactos que los habían dejado con los ojos abiertos, sin vida.

¿Yo había hecho esto? ¿Qué carajo había hecho?

Michelle fue la primera en moverse. Ahora en su forma humana, desnuda, solo con el abrigo de Cat sobre ella, se acercó a mí rápidamente, sus manos fuertes pero gentiles tomándome por los hombros.

—¿Mirah? Tus ojos… ¿Por qué son todos negros? ¡¿Qué te ocurre?!

Negros. ¿Mis ojos? Intenté hablar, pero las palabras se ahogaron en mi garganta. Todo lo que podía hacer era mirar el horror que me rodeaba. No lo había hecho de forma intencional. No quería esto. Mi respiración se aceleró, mi pecho subía y bajaba mientras el peso de lo que había ocurrido me aplastaba.

—No… —susurré, apenas encontrando mi voz—. No quise…

—Está bien, está bien, tranquila, tus ojos están volviendo a su rojo natural, pero, Mirah, cuando me refiero a negros, eran todos negros, ni siquiera se te veía la esclera blanca.

Antes de que pudiera decir algo más, un movimiento en las sombras llamó nuestra atención.

Adrina apareció, rodeada por otros vampiros. Su figura elegante y segura de sí misma destacaba incluso en la penumbra. Su vestido negro ondeaba ligeramente con la brisa nocturna y su sonrisa ladeada dejaba entrever un guiño de diversión y peligro.

—¡Váyanse de aquí! —Su voz cortó el aire como un cuchillo, suave pero cargada de autoridad. Caminó hacia mí, sus ojos evaluándome, pero no había rastro de reproche en su rostro. Al contrario, había algo que casi parecía… orgullo.

—¿Qué…? —intenté preguntar, pero Adrina levantó una mano para detenerme.

—Nosotros limpiaremos esto. —Hizo un gesto hacia los cuerpos sin vida de los hombres, y algunos de los vampiros que la acompañaban comenzaron a moverse con eficiencia letal, levantando los cadáveres como si no pesaran nada. Adrina me dedicó una mirada directa y me guiñó un ojo—. Buen trabajo, querida. Estos malditos han violado a más de veinte mujeres en las últimas semanas, saliendo de este mismo bar, era solo tiempo para que encontraran su prematura muerte.

«Buen trabajo». Esas palabras resonaron en mi cabeza como un eco maldito. No era un buen trabajo. Nada de esto lo era. Quise responder, gritar que yo no había querido que esto pasara, que no había sido intencional, pero mi cuerpo estaba congelado en su lugar, como si estuviera atrapada en mi

propia pesadilla.

Adrina se giró hacia sus vampiros, dándoles órdenes con un tono casual, como si estuviera organizando una cena en lugar de limpiar una escena de muerte.

—¡Váyanse ahora! —exclamó Adrina.

Michelle no necesitó más indicaciones. Me agarró del brazo, firme pero cuidadosa, como si tuviera miedo de que me desmoronara en cualquier momento. Shade y Cat nos seguían de cerca, pero el silencio entre nosotras era ensordecedor.

—Vamos, Mirah —murmuró Michelle mientras me guiaba hacia la nave —. Esto ya pasó. No pienses en eso ahora.

—Pero yo… no lo quise… —Mi voz sonó débil, rota.

—Lo sé. —Michelle me miró brevemente, sus ojos llenos de una mezcla de comprensión y preocupación—. Pero no podemos quedarnos.

Subimos a la nave, y el ruido mecánico de los motores encendiéndose rompió finalmente el silencio. Me dejé caer en uno de los asientos, sintiendo que mi cuerpo entero temblaba. Shade y Cat se acomodaron en los suyos, pero el peso de sus miradas era palpable. Nadie decía nada, y tal vez era lo mejor.

Mientras el paisaje comenzaba a desvanecerse en la distancia, miré por la ventana, con la mente todavía atrapada en lo que había ocurrido. Los cuerpos. La sangre. La fuerza que había salido de mí, como si no fuera solo yo en ese momento, sino algo más. Algo que no comprendía.

Y mis ojos… negros. ¿Qué significaba eso? ¿Qué estaba pasando conmigo?

OCHO: Sanguinum
MIRAH

Pasaron unos días en los que ni salí de la habitación, ni siquiera para las prácticas. Cat y Michelle me habían cubierto y Adrina también. Aunque Adrina me había dicho varias veces en los últimos días que no me preocupara por lo ocurrido, mi mente no paraba de pensar en ello. Había asesinado a cuatro personas, a sangre fría, y, sí, los tipos eran unos maleantes, violadores y demás, pero no quería asesinarlos, no era la forma. Adrina había hecho su caso diciendo que es parte de nuestra naturaleza, pero la verdad es que Michelle estaba preocupada porque mis ojos aparentemente habían cambiado de color, era como si algo se hubiese apoderado de mí, había dicho que me veía tan aterradora que llevaría agua bendita con ella la próxima vez, por supuesto que lo había dicho bromeando, pero su comentario me había hecho sentir como si era el mismo demonio salido del infierno. Aunque lo que más me asustaba es que ese «algo» fuese algo que vivía en mí.

Me había parecido enteramente curiosa la forma como Adrina había aparecido en las sombras de ese lugar, intenté confrontarla y preguntarle si me había estado siguiendo, pero no quiso darme una respuesta clara. Sabía que había algo más en todo esto, había vivido suficientes conspiraciones como para no darme cuenta.

Finalmente después de varios días de semisuplicarle a Kyla que nos viéramos accedió, teníamos varias cosas pendientes, una de ellas era finalmente ir a preguntar por la pieza, el bar Lizzo había sido desmantelado en los últimos dos meses, y se estaba convirtiendo en una gran discoteca, su nuevo nombre era Él oráculo y se rumoraba que sería el refugio vampírico más grande de Murda, todo era raro, aunque se decía que era el país más peligroso para los vampiros, ciertamente estaban muy bien escondidos y no necesariamente en las sombras.

—¿Y realmente se veía perdido? —preguntó Kyla refiriéndose a Kane.

—No lo sé, apenas vimos unas imágenes. Pero al menos puedes saber que no está muerto —respondí arqueando una ceja.

—Bueno, eso fue lo que me dijeron mis contactos, no pude encontrar nada de él. Tenemos que avanzar con esa cura, necesitamos tener más muestras y más ensayos, tenemos que traerlo de vuelta.

—¿Y tus contactos son confiables?

—Todos mis contactos son confiables. ¿Con quién crees que estás hablando?

—¿Y estás segura de cada uno de ellos? ¿De las cosas que te dicen? ¿De que te son leales?

—¡Ay, no lo sé, Mirah! ¿Sabes cuántos vampiros he conocido en tantos años? Mis contactos siempre son leales.

—¿Te refieres a los que le das la mano o con los que te acostaste? —pregunté arqueando una ceja.

—¿Podemos dejar esta conversación para después? Tenemos que hablar con alguien. —Kyla sostuvo mi brazo con firmeza—. Ya sabes… actúa normal, si es que eso es posible para alguien como tú —dijo con un tono burlón.

—¿Es necesario que sigas comportándote así? ¿No estamos todos del mismo lado?

—Solo digo que no estás acostumbrada a lidiar con estos temas, puedes dejarme a mí hablar con el gerente, usaré mi encanto y luego puedes usar tu «cosita» mental.

—¿Cosita?

—Tu poder, tú me entiendes.

Puse los ojos en blanco y continué caminando, las dos estábamos vestidas para matar, con unos vestidos ajustados negros de cuero y botas altas, aunque el vestido de ella claramente parecía recién salido de una pasarela y su cabello cuidado por los dioses, el mío… Bueno, quizás por los dioses alcohólicos, mendigos y exiliados.

Llegamos a la puerta y nos dejaron entrar. La atmósfera estaba consumida por música y personas bailando, todo se veía increíble.

—Sígueme —dijo Kyla y asentí.

Caminamos por un largo pasillo y llegamos a una oficina en la parte trasera, Vals Dhrageus, era el nombre de la puerta. Luego apareció un

hombre de la nada. ¡Joder! Parecía un modelo, alto, rubio platinado, ojos azules profundos, tatuado en el cuello y algunas partes del brazo, parecía un príncipe de alguna historia un poco oscura, pero por la forma como portaba la pistola de eones en la cintura probablemente era su agente de seguridad personal. El hombre no habló, solo abrió la puerta.

—Kyla querida —dijo Vals, se saludaron con dos besos, uno en cada mejilla. Vals era de una estatura alta, quizás un metro noventa, con cabello oscuro, piel tostada y ojos color miel.

El guardia cerró la puerta y se quedó afuera.

—Querido, es tan grato verte, estoy absolutamente maravillada de cómo ha quedado el lugar, esta es mi… amiga Mirah.

—Bienvenida, Mirah, un gusto, y gracias, Kyla, me parece agradable saber que el lugar te gusta.

—Sabes que aprecio las cosas bien hechas, querido, se nota que has gastado bastante presupuesto.

—Me gustan los buenos arreglos, casi tanto como me gustan los buenos artefactos —dijo con una risita.

—Mirah —dijo Kyla—. Vals viene de un linaje importante de fabricantes de artefactos, se dice que ellos trabajaron con unas brujas o algo así para crear la llave de Karakum.

—¡Guau! Eso es interesante. ¿Y cómo hacen esos artefactos?

—Ah, me temo que eso es un secreto de familia.

—Espera. ¿Dragheus? ¿Tú eres el dueño de Corporaciones Dragheus? ¿La famosa fábrica de artefactos y chips que desafían la realidad?

—Ese mismo, solo que la dirige mi hermana, Vivienne, yo me dedico a… la fiesta.

—Querido Vals —interrumpió Kyla—. Hemos venido por un negocio.

—Directo al grano, ¿no? —dijo sonriendo—. Está bien, cuéntame —continuó mientras se servía un *whisky* y nos ofrecía.

—Tengo un cliente que está interesado en un pequeño adorno que vio aquí hace tiempo —dijo Kyla—. Es un adorno que estaba aquí cuando aún funcionaba el Lizzo, dijo que le recordaba a algo artístico, era algo así como un ojo con el centro de una piedra de color rojo.

—Ah, ese objeto —dijo mostrando un claro interés.

—¿Lo recuerdas, querido?

—¿Cómo podría olvidarlo? Dame un segundo. —Vals movió su mano

hasta el intercomunicador y murmuró en voz baja—: Faustus, ¿puedes venir?

A los pocos segundos la puerta se abrió de par en par, como si la fuerza de un titán traspasara el lugar. El hombre que entró era su agente de seguridad, pálido, pero hermoso. Fue ahí cuando fijé mi mirada en su pantalón negro, era indecente la forma como se le marcaban los músculos de las piernas, claramente pasaba largas horas en el gimnasio.

—¿Vals? —preguntó.

—¡Ah, Faustus! Estas son mis amigas Kyla y Mirah, son coleccionistas, están buscando algo para un cliente, ¿recuerdas la pieza del ojo que tenía una piedra roja en el medio? ¿Qué ha sido de ella?

Capté un gesto casi imperceptible en la mandíbula de Faustus, como si algo le molestara, y un olor me golpeó la nariz, algo diferente, quizás ácido.

—Ah, esa pieza, no, ya no la tenemos. Parece que se extravió durante la remodelación.

El olor que golpeó mi nariz luego de esa respuesta, fue algo aceitoso, como lleno de engaño.

—¿Extraviado? —pregunté y su mirada parecía querer expresar algo, pero luego miró a Kyla y su mandíbula se volvió a tensar.

—Sí, eran cosas insignificantes, no tenía sentido estar pendiente de ellas.

—Vaya… —susurré, pero algo en el lenguaje corporal de Faustus no estaba bien. Si Vals venía de un linaje que construía artefactos, especialmente ligado a la llave de Karakum, ¿cómo demonios no sabía que la pieza era parte de ella?

Mi visión de sangre se encendió sola, sin siquiera yo poder controlarla, hilos rojos surgieron a mi alrededor y uno de ellos era más grueso que el resto, ese particularmente, como si se tratara de un mapa, me condujo hacia su antebrazo, donde tenía un tatuaje con la forma de un ojo. Una visión llegó a mi mente, una mujer de cabello ondulado cobrizo y piel pálida, pecas en el rostro… muy parecidas a las mías. Ella estaba haciéndole el tatuaje. La visión cesó y volví sobresaltada, solo para encontrarme con Faustus mirándome con mucha curiosidad y de forma tan fija que me hizo sentir incómoda.

—Bueno, en vista de que no tenemos lo que buscan, quizás deberían irse —dijo con voz firme.

—Estás siendo grosero, ¿no crees? —replicó Kyla.

—Tendrán que disculparme, chicas —expresó Vals—. Faustus es mi protector personal y es excesivamente precavido. —Giró su cabeza hacia él —. Calma, Faustus, las chicas son mis amigas, por favor, déjanos solos.

Faustus asintió a regañadientes.

—Eres toda una personalidad, querido —dijo Kyla—. Está bien que tus protectores sean así de eficientes.

—Lamento que no hayan podido encontrar lo que buscaban, pero las invito a quedarse un rato, les podemos dar un *tour* por la discoteca. También espero verlas en la inauguración formal el jueves.

Kyla y yo asentimos y nos despedimos de Vals, caminando hacia afuera de su oficina. La música estaba a todo volumen, aunque no había abierto oficialmente tenían a un *DJ* probando el sonido.

—Necesito hablar contigo —dije en medio del ruido tomando a Kyla por el brazo suavemente.

—¿Puede esperar? —preguntó. Abrí la boca y la cerré de golpe cuando un hombre tomó a Kyla por la cintura y la besó apasionadamente, casi se comían los labios delante de mí, terminé sonándome la garganta para apelar a un poco de decoro—. Perdona, si quieres da una vuelta, voy a saludar a mi viejo amigo —dijo ella.

«Idiota», repliqué para mí misma y salí apurada chocando con las personas, Kyla estaba actuando como siempre, esnobista y despreocupada, y ni siquiera tenía con quien hablar sobre lo que acababa de ver. La Mirah de este momento podría tener muchos amigos, pero parece que seguía sin poder confiar, ¿y cómo hacerlo? No necesariamente se me daba muy bien confiar en la gente, si antes tenía un trauma por Simpless, digamos que el trauma había crecido y tenía un sesgo con el cabello rubio.

Salí a la calle y encendí mi brazalete, quería llamar a Michelle, al menos para contarle lo que ocurría, pero sentí una presencia detrás de mí y cerré la llamada de golpe.

Mis colmillos se asomaron con lentitud, como un depredador silencioso. Sentí un paso hacia mí, me desvanecí y aparecí detrás del atacante, mi mano rodeaba su cuello.

—Calma, Mirah —dijo la voz del hombre. Era Faustus.

Apreté el cuello un poco más.

—¿Qué carajo quieres?

—¿Acaso tu visión de sangre no se activó para ver mi tatuaje?

—¿Qué? —dije soltando un poco el agarre y el hombre se movió imposiblemente rápido como una estela, me tomó por el cuello estrellándome contra la pared y suspendiéndome en el aire unos pocos centímetros.

—*Chérie,* eres idéntica a ella —dijo inspeccionando mi rostro. Luego me soltó.

—¡Eres un maldito vampiro!

—Te tomó un poco de tiempo darte cuenta. —Faustus pestañeó dos veces y sus *citysense* se apagaron revelando iris rojos como brasas ardiendo.

—¡Bájame! —Faustus obedeció y mis pies volvieron a tocar el suelo—. Estás hablando de la mujer que te hizo el tatuaje, ¿no es así?

—Sí, Madeleine Varmani.

—¿Varmani? ¿Como la gente de la sociedad rara?

—Como tus ancestros, Mirah.

—¿Qué? —Si había la posibilidad de que mis ojos parecieran huevos fritos, este era el momento.

—Bueno, parece que estás un poco perdida.

—Bienvenido a mi puto mundo.

—Me gusta tu lenguaje, parece que me vas a caer bien —dijo con una sonrisa provocativa—. Empecemos por la pieza. Claramente no se extravió, Vals y yo haríamos lo que fuera por tenerla bajo nuestro cuidado, sabemos que es el ojo de Karakum.

—¿Y entonces qué pasó?

—Fue robada. Alguien tenía códigos de acceso a la puerta del Lizzo, entraron una noche hace cuatro meses y no robaron dinero, tampoco el licor más caro, solo se llevaron la maldita pieza.

—¿Algo orquestado?

—Algo demasiado calculado.

—¿Por qué me cuentas esto?

—Porque pensé que alguien como tú querría saberlo.

—¿Alguien cómo yo? ¿Una Inmortus?

—Una Varmani.

—No sé de qué carajo hablas.

Faustus me observó con confusión, creo que trataba de descifrar algo. Movió su mano frente a mí y sentí un leve movimiento de mi sangre.

—¡*Par la merde*! De verdad no lo sabes… Mirah, esto es una locura, tú

perteneces a ellas, ¿cómo puedes no saberlo?

—Faustus, llevo un año sumergida en enigmas, malas noticias y mucha mierda. Si tienes algo que decirme, te sugiero que lo hagas directamente y sin vueltas.

—¡Vaya! Está bien. Pues no sé cómo decir esto, realmente no me corresponde a mí. Eres una Varmani, puedo sentirlo en tu sangre, además, ustedes son específicamente así, pelirrojas, pecas. Ustedes son las guardianas de piezas como estas. Mientras que la familia de Vals ha creado estas piezas por generaciones, las Varmani siempre las han custodiado. Quien me hizo el tatuaje, Madeleine, debe ser una de tus ancestros o algo así.

—Es imposible, yo no tengo nada que ver con esa gente.

—*Chérie*, ya deberías saber que todo es posible en este mundo.

—¿Tienen alguna pista de quién robó el ojo?

—Creemos que el maldito Volska está involucrado, pero aún no hemos podido probarlo, pero todos nosotros estamos de cabeza averiguando.

—¿Todos?

—*Chérie*, somos un gran grupo. Verás, nos llamamos la Supremacía Inmortus, somos guardianes en el tiempo, somos vampiros Inmortus, de los primeros, con un único poder… letal, el Sanguinum, el control de la sangre. Todos nosotros estamos atados de alguna forma a las Varmani y a las piezas, hemos estado por siglos preservando el equilibrio.

Me apoyé contra la pared procesando la información.

—Yo…

—¿Estás bien?

—No lo sé, pareciera que me estás diciendo que todo lo que me ha pasado no es casualidad u obsesión de él… Grigori, sino que estoy metida en esto por mis ancestros.

—Las cosas que Grigori ha hecho son cuestionables, es un secreto a voces, todos los vampiros sabemos qué ha creado a través de experimentos, pero te aseguro que tú no has sido una casualidad.

—Joder…

—Las Varmani son un clan de mujeres, algunos dicen que son brujas, otros que son inmortales, pero en el tiempo han sido como una secta importante que protege misterios del mundo y de lo que estamos seguros es que nuestra labor es protegerlas a ustedes.

—Eso es muchísima información.

—Alguien viene.

—¿Qué?

—*Chérie*, tu amiga, la rubia, no confíes tan fácilmente en ella. No le cuentes nada de esto. Y debemos terminar esta conversación en algún momento.

—¿Cómo te encuentro?

—Tú no me encuentras, yo te encontraré.

En dos segundos el vampiro había desaparecido en las sombras.

Kyla venía acomodándose el labial con su espejo minúsculo que siempre llevaba en su cartera.

—Ya te ves lo suficientemente pálida como para además tener aspecto de que viste un fantasma —dijo.

—Yo…

—¿Qué querías decirme antes? —preguntó mientras comenzamos a caminar hacia el auto que nos llevaría de regreso.

—Ah, eso… —Traté de reenfocarme en la conversación—. Nada, realmente iba a quejarme de la FIM, pero supongo que ya estás agotada de eso.

—Hmm, si la FIM es un tema, me hacen trabajar como esclava, pero es lo que hay. No hay mucho después de haber dejado Lonviness, supongo.

—Pero tú puedes regresar sin problemas.

—Sí, pero prefiero enfocarme en salvar a Kane, eso está como prioridad en mi agenda.

—Qué bien —dije con tono sarcástico.

—Deberías alegrarte, Mirah, al menos tienes una Genomística de tu lado, porque está claro que tú sola no lo vas a salvar.

—¿Siempre tienes que ser tan idiota?

—¿Siempre tienes que ser tan grosera?

—Solo con la gente que es idiota —espeté.

—Lástima que las Mordred no enseñan modales, te vendría bien unos cuantos. —Puse los ojos en blanco—. Averiguaré más del ADN de los nuevos Noctus con la Federación Mundial de Genomísticas, pero advierto que la mayoría son unas perras y no nos la llevamos bien.

—Me pregunto por qué será —dije susurrando.

—¿Dijiste algo?

—No, nada… ¿No necesitas diamantes para este trabajo? —dije con un tono sarcástico.

—No cuando se trata de ayudar a Kane —dijo y puse los ojos en blanco —. Escucha —dijo Kyla deteniéndose en seco—. Quiero lo mejor para Kane, espero que lo sepas. No sé cuál se supone que era tu relación con él, pero tú estás enlazada con un vampiro. Y sí, lamentablemente es un psicópata, pero ya tienes una pareja. Espero que si Kane vuelve te hagas amablemente a un lado.

—¿Amablemente a un lado? ¿Acaso te estás drogando? —pregunté.

—Estoy hablando muy seriamente, Mirah. Kane y yo tenemos algo especial.

—¡Especial mi culo! —respondí con rabia—. Te acabas de besar y probablemente follar a alguien allá adentro.

—Nadie dijo que mi entrepierna debía morir de hambre mientras él no esté.

—Esto es insólito. No tienes escrúpulos.

—Cuéntame, ¿tus escrúpulos vinieron antes o después de follar con Grigori como animales en celo? —No pensé, solo reaccioné, Kyla se llevó una cachetada olímpica con la fuerza de mi mano. Se llevó la mano a la mejilla y se me quedó mirando con rabia acumulada.—. No me tientes, Mirah… Te lo dejaré pasar porque eres una niña todavía, demasiado emocional y estúpida, pero no se te olvide que llevo muchos años más de ventaja que tú. Si quiero, puedo arrancarte la cabeza.

—Te reto a que lo intentes… perra. —Mi telequinesis centelleó de una manera nunca antes sentida, como si tuviera que defender el tesoro nacional o algo así—. ¿Por qué mejor no dejas que Kane vuelva y él decida que quiere hacer? ¿O le tienes miedo a que no te escoja a ti? —pregunté de forma irreverente.

Kyla sonrió con malicia

—Si se trata de ti o de mí, Kane siempre me va a escoger. Créeme.

La iba a matar, juro que la iba a matar. Le arrancaría la cabeza, los brazos o las piernas primero. Y entonces ocurrió de nuevo, una especie de vacío mental, mi telequinesis salió con una forma tan explosiva que la hizo volar por media calle aterrizando en el pavimento.

—¡Idiota de mierda! —dijo levantándose y caminando hacia mí con rabia.

Pestañeé volviendo a la realidad. ¡Joder! Era como si mis pensamientos

más oscuros tomaran el control de mis poderes. La Mirah consciente no la hubiese lanzado contra la pared, la Mirah del lado oscuro tenía la telequinesis en la punta de los dedos, sentía los vapores oscuros del abismo comenzando a fluir en mis brazos, lista para desvanecerme.

—¿Qué vas a hacer, Kyla? ¿Me vas a leer los iris tanto que moriré? ¡Ni siquiera tienes un maldito poder serio!

Kyla amplió su sonrisa.

—¿Eso crees, Mirah? No tienes idea de lo que una Genomística podría hacer, podría borrar tu existencia y dejarte rota por dentro si eso quisiera.

«¿Qué carajo?», dije para mí misma.

El brazalete de Kyla sonó, Viktor la llamaba y toda nuestra batalla se puso en pausa.

—¿Qué ocurre? —preguntó con tono de molestia.

—Necesitamos que vuelvan ahora, ha ocurrido algo. Estamos en el salón principal del complejo. Las Mordred han llamado a una conferencia grupal, dicen que es algo urgente. Mirah está contigo, ¿verdad?

—Lamentablemente.

—Por favor, vuelvan ambas y vengan directo al cubo negro.

—Nadie entra ahí, Viktor.

—Lo sé, pero ahí nos han llamado a todas las especies.

NUEVE: Si las Mordred hablan, todos escuchan
MIRAH

El cubo negro era una leyenda, era un edificio especial de las Mordred, un complejo tecnológico avanzado, y, a medida que dábamos algunos pasos, parecía como si nos adentráramos en el corazón del futuro. Las estructuras de cristal y metal se elevaban majestuosamente y un sistema de transporte de alta velocidad se deslizaba sin esfuerzo por encima de nuestras cabezas. El aire estaba impregnado con un zumbido casi imperceptible de la energía que impulsaba todo el complejo. Nos dirigimos a la sala de reuniones, una impresionante habitación con techos amplios y altos, cubiertos de paneles de vidrio que dejaban pasar la luz natural. Las paredes estaban equipadas con pantallas holográficas que mostraban información en tiempo real, gráficos dinámicos y proyecciones tridimensionales de todo Murda, la calidad del aire, la temperatura, las especies detectadas. En el centro de la sala, una mesa de conferencia de forma ovalada estaba rodeada de sillas ergonómicas que se adaptaban automáticamente a los ocupantes.

Me detuve en el umbral de la puerta y observé el entorno, maravillada por la tecnología que nos rodeaba. Cada asiento tenía una consola táctil integrada, desde la cual se podía acceder a una variedad de herramientas y datos.

—¿Qué está ocurriendo? —pregunté cuando llegué al lugar.

—No lo sé, todos hemos sido citados. Adrina nos llamó a nosotros —dijo Nolan.

—Hola, tú —dijo Michelle mirándome—. Te ves… molesta.

—Larga historia —respondí.

Cuando giré el rostro a mi derecha, el único olor que llegó a mi nariz fue algo agrio, haciendo juego con las caras largas de Aria y Kyla, asumía que Kyla le había contado lo que sucedió afuera de la discoteca.

—Hola, Mirah —dijo Viktor con una dulce sonrisa seguido de un abrazo

—. ¿Cómo estás?

—Bien, aunque tú no te ves muy bien. Has estado trabajando mucho, ¿no es así?

—Sí, las Mordred necesitan respuestas.

—Viktor, debes bajar las revoluciones un poco, se te nota en el rostro el cansancio.

—Apenas estamos empezando —dijo Kyla caminando hacia nosotros con un tono de soberbia.

Me volteé hacia ella de golpe.

—Viktor no es un vampiro y no tiene tu energía, debe descansar.

—Cuando se trata de buscar una cura los científicos no descansamos. Aunque no espero que lo entiendas, señorita *software* —dijo con una sonrisa llena de malicia y le lancé una mirada fulminante.

Adrina entró a la habitación.

—Es verdad, Viktor, toma un descanso, no has comido bien en días, y tú también, Kyla, sé que has estado revisando muchas cosas últimamente así que debemos todos tomarnos un espacio.

—Lo haré cuando consiga la cura correcta, Adrina, tengo más de doscientos años y no necesito dormir.

Apreté un poco los ojos, la actitud de Kyla me seguía generando más molestia que de costumbre.

—¿De qué se trata todo esto? —pregunté.

—Las Mordred tienen algo que decir y debemos escuchar —dijo Adrina.

—Ah, vaya, les dio la gana de aparecer —dije con desdén.

Forze y Nina llegaron riéndose de algo, sus voces melodiosas resonando en la habitación.

—Forze.

—¿Por qué estás en mi mente, Mirah?

—Quizás deberías aprender a fingir un poco más, si no quieres que todo el lugar sepa que Nina y tú follan como conejos. —Forze abrió los ojos de golpe—. *Estás jugando con fuego.*

—Me gusta.

—¿El fuego o ella?

Forze se rio y todos se quedaron mirándolo con extrañeza, rápidamente ajustó su rostro a aquel lleno de seriedad que era su normalidad.

Nina, la Mordred que había sido asignada para entrenarme estos meses,

era una rubia exuberante, muy alta, mucho más que yo, solo se acomodaba un poco al lado del tamaño de Forze, con rapidez se sentó en un grupo con otras cinco, entre ellas estaba Alaia Dunn, la Mordred que había atacado a Kane en las alcantarillas y que también me había dejado en el suelo, también estaba Vakla, la Mordred más misteriosa de todas, vestía de negro y siempre tenía un casco puesto, jamás se dejaba ver el rostro, era una Mordred syntz y se rumoraba que su casco tenía la capacidad de detectar ondas mentales vampíricas, básicamente podía saber si estábamos hablando mentalmente. Todas andaban con sus vestimentas negras ajustadas y las espadas de eón y muranio cruzadas en la espalda. Me detuve un momento para observarlas, admirando cómo, a pesar de todo, esto era mi nueva normalidad. Viktor, por su parte, se sentó comiéndose una bolsa de papas fritas con una despreocupación que envidiaba, estaba más que claro que sí había dejado de comer últimamente. Finalmente, entró un grupo de ojos morados conversando muy íntimamente, eran los Voyh, esto parecía que estaba a punto de ponerse interesante. Todos estaban inmersos en sus propias vidas, de alguna forma tratando de seguir adelante, algo que me había costado demasiado lograr en los últimos meses.

Los observé con dedicación, por un lado feliz de ver a mis amigos sanos y salvos, pero mi corazón dolía por Kane y no solo emocionalmente. Físicamente, era como una herida que se cerraba pero que cada día volvía a abrirse. El dolor era real, tangible, y a veces me preguntaba si algún día se aliviaría. Por eso me perdía en las noches, buscando la oscuridad para no sentir. En esos momentos, me sumergía en mi propia miseria, tratando de encontrar una forma de soportar el peso de la pérdida y la incertidumbre.

Tomé aire y di un paso para unirme a los demás, pero sentí una mano en el hombro y me sobresalté.

—Tranquila —dijo Adrina—. ¿Ha vuelto a pasar?… Sabes, ¿lo que ocurrió afuera de aquel bar?

—No —dije dudosamente.

—¿Mirah?

—No ha vuelto a pasar.

—Bien, debes avisarme si algo como eso ocurre de nuevo.

—¿Por qué? ¿Acaso te pidieron vigilarme?

—Mirah, no entiendes…

—¡Entonces déjame entender!

—Baja el volumen —dijo susurrando—. Escucha, yo te protejo a ti.

—¿Qué? —Mi voz salió un poco alta y Adrina me hizo una señal de nuevo para que me calmara.

—Te estoy protegiendo, lo hago desde el banco, es una historia larga pero siempre estoy al tanto de las cosas que haces para poder ayudarte. Pero tener ojos completamente negros no es algo normal en el mundo vampírico. Ni siquiera los ojos de los Noctus se ven de esa manera.

—¿Y si tanto te preocupa por qué no lo has comentado con alguien?

—Porque eso no es algo que se habla con cualquiera. Los ojos negros son apariciones muy… extrañas. Así que debemos entender hacia dónde va esto.

—Adrina, no sé si soporte más de todos estos misterios.

—Sé cómo te sientes, todo se ve normal y tú no lo sientes así, solo te recomiendo que abras tu mente, aún tienes muchas cosas que ver en tu nueva normalidad.

—¿Cómo…?

—No te estoy leyendo la mente si eso es lo que piensas, solo estoy viendo la probabilidad.

—Sé que ves probabilidades, ¿cuál es tu otro poder?

—Está conectado a la visión de sangre.

—¿Cómo es eso?

—¿Sabes que vemos los hilos y pisadas y todo eso?

—Sí, claro.

—Yo veo ecos. Son como recuerdos o imágenes del pasado de las personas, eso junto con las probabilidades me hace ver una línea de tiempo completa.

—¿Ves el futuro?

—No, no es el futuro, los ecos son como pedazos de la historia, cuando un acontecimiento energético importante ocurre deja una marca en la sangre. De alguna forma la visión de sangre tiene la capacidad de conectar con esos momentos y vemos estos ecos. En mi caso, son como las decisiones que irán moviendo los hilos de la vida, algo así, no siempre son exactos, especialmente cuando las personas comienzan a tener dudas existenciales en sus cabezas.

—¿Así viste lo de Kane y yo?

—Te había conocido antes, solo que tú no lo sabías. En el instituto cuando estabas recién llegada Aria nos avisó de la situación de Simpless y

necesitaba que viera una forma de liberarte y de entender más lo que estaba ocurriendo, entré con un equipo que iba a hacer mantenimiento a los ascensores, por supuesto, escalé toda una pared de muchos pisos y me infiltré lo suficiente para verte en movimiento, detecté tu probabilidad. Amabas al Instituto de Idris, ellos eran tus héroes y la única forma de que buscaras respuestas es que encontraras algo más, algo que te hiciera curiosear, entonces estabas durmiendo una especie de siesta luego de tu suero y las probabilidades llegaron a mí, soñabas con ojos rojos, un hombre específico, Kane. Yo lo había conocido antes, aunque él no sabía que yo era una vampira, mi mente trazó todo un mapa de probabilidades donde me veía a mi misma tomando el empleo del banco, luego accediendo al instituto para que pudieras ver la caja fuerte con el ojo, para que pudieras ver los destellos en el video de Kane y tuvieses suficiente curiosidad, pero eso no lo verías de cualquier forma, tenía que ser yo la que te diera ese mensaje porque tenía que detectar tu posibilidad cuando lo recibieras de si irías por él y lo supe inmediatamente, vi toda la línea de tiempo, no detalles específicos, pero te vi llegando a Murda con nosotras.

La miré con la boca abierta porque era demasiado para absorber.

—¿Y siempre… siempre viste todo igual?

—No, hay probabilidades que se fueron moviendo cuando conociste a Grigori, eso no estaba marcado en tu camino, pero supongo que sencillamente sucedió.

—Kyla me llevó a él.

—Pero tú se lo pediste, ¿no es así?

—Sí, sentía una gran curiosidad por él, fue algo que mencionó Viktor.

—Sí, todo es confuso en las probabilidades, no es ciencia, pueden cambiar con las decisiones.

—¿Podrías decirme si ves alguna forma de reencontrarme con Kane? —Adrina tenía una gran sonrisa que pronto se esfumó—. ¿Qué ocurre?

—Veo mucha oscuridad en tu camino, Mirah, no es un eco común… Es como si todo se hubiese movido de lugar, pero te veo envuelta en sombras y desapareces, pero también te veo diferente.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Los planes no son claros, solo veo eso… Una probabilidad que dice que debes adentrarte en la oscuridad de lo que realmente eres. Veo mucha oscuridad, Mirah, pero todo es necesario. La veo cubriéndote, la veo siendo

parte de ti. Y cuando me refiero a oscuridad no me refiero solo a que no haya luz, me refiero a las cosas que residen dentro de ti, como tu esencia… quién eres realmente, en tu vida hay mucho sobre eso, es hora de que le pongas un poco de luz al tema —dijo guiñando un ojo.

—Cualquiera podría decir que estás de mi lado.

—Estoy de tu lado.

—¿Por qué?

—Porque sí.

—Adrina, tienes que decirme más, tienes que contarme todo, necesito… Tengo que llegar a Kane.

—Si te cuento todo, tus probabilidades cambiarán, tener demasiada información modificaría toda la línea de tiempo, sé paciente, Mirah.

Joder, lo único que no sabía hacer… tener paciencia. Tragué saliva.

—Bueno, señorita probabilidades, ¿podrías decirme qué probabilidades hay de que todos estos que están aquí no terminen matándose uno a los otros?

Adrina se rio con fuerza.

—¿Lo dices porque estamos todas las especies aquí? ¿O por la pelea previa entre Kyla y tú?

—¡Por la mierda! Qué nivel de chismosa esa mujer. ¿Ya les contó a todos?

—Es Kyla, ¿te sorprende?

—Veo que tampoco eres su fan número uno.

—Kyla es complicada, especialmente cuando se trata de sentimientos.

Tragué saliva disimulando.

—¿También sabes de sus sentimientos por Kane?

—Sí, Kyla vocifera lo que le interesa. Lo que supe es que ella y Kane estuvieron juntos un tiempo, fueron muy íntimos y en algún momento parece que se enamoraron, ella cometió algunos errores, pero siempre ha estado flechada por él, así que siente que tiene una responsabilidad de salvarlo.

Mi ceño se frunció.

—Kyla parece ser alguien con poca capacidad de desarrollar sentimientos.

—Los Darr suelen ser menos explosivos a nivel de sentimientos que nosotros, tenía un amigo que decía que los Inmortus somos como humanos superdotados, amamos intensamente y como viviremos para siempre sentimos esta necesidad de existir y respirar con el otro. —Hizo una pausa

—. Los Darr son un poco más calmados en ese sentido, calculadores quizás, toman lo que necesitan y lo dejan, pero en algunos casos pueden desarrollar mayores apegos. Kyla estuvo en muchas relaciones abusivas antes de ser una vampira, es decir, eran los mil ochocientos, realmente las mujeres importábamos poco y creo que cuando se convirtió comenzó a usar mucho a los hombres para su propio juego, pero cuando conoció a Kane las cosas cambiaron. Algunos pensaron que inclusive se habían enlazado.

Tragué saliva tratando de controlar las ganas de arrancarle la cabeza a Kyla pensando que se hubiese enlazado con Kane.

—¡Vaya! —dije tragando lentamente—. ¿Y por qué pensaron que se habían enlazado? —pregunté con la sonrisa más falsa de la vida.

—La forma como ella lo trataba… No parecía una Darr, parecía una Inmortus, estaba entregadísima a él. Pensamos que podía ser porque sentía su energía a través del enlace, pero luego supimos que no podía ser.

—¿Y cómo lo supieron?

—Bueno, esto que quede entre nosotras, ¿bien? —Hice una señal de cerrar mi boca con un cierre imaginario—. Kyla había bebido demasiado, aunque el alcohol no nos hace el mismo efecto que a un humano, si tomamos grandes dosis nos emborrachamos. —Y vaya que lo sabía…—. Yo estaba con Aria ese día y llegó balbuceando cosas, dijo que Kane tenía una marca de enlace en su iris y que no era con ella. Creo que ahí fue cuando comenzó a salir con otros, luego volvieron, todo fue muy raro entre ellos por un tiempo.

Mi ceño se frunció tratando de entender la ecuación. ¿Kane tenía un enlace? ¿Había alguien destinado para él? ¿Para siempre? Estaba más que claro que no era yo o hubiésemos sentido algo antes como lo que pasó con Grigori. Mi mala suerte seguía creciendo.

—Ella dijo algo cuando discutimos. Algo sobre que las Genomísticas podían borrar mi existencia y dejarme rota.

—¿Eso dijo? —preguntó y asentí—. ¡Vaya! Eso sí que es… Es decir, asumo que estaba molesta.

—¿A qué se refería?

—Es una práctica antigua, no está permitido. Las Genomísticas no solo leen tu iris, pueden modificarlo, al hacerlo pueden romper, ensamblar, quitar, colocar cosas… y sí, pueden romperte. Parecen inofensivas, pero no lo son, al menos no en batalla. Me sorprende que Kyla te haya dicho eso.

—No estoy mintiendo.

—Sé que no, ya he visto tu línea de probabilidad en base a eso, estás altamente curiosa y ahora yo también. —Adrina tragó saliva y miró a la derecha—. Bien, Mirah, ahí vienen.

—¿Quiénes?

—Las probabilidades —respondió sonriendo.

Las grandes puertas del salón se abrieron con un sonido metálico resonante que captó la atención de todos los presentes. El eco de las puertas reverberó por la sala, silenciando las conversaciones y atrayendo todas las miradas hacia la entrada.

—¿Quién es ella?

—Esa… es Úrsula Kyox, la líder de las Mordred, aunque prefiere que la llamen Kyox.

La vi de perfil, y no pude evitar notar cómo el tiempo había dejado su huella en ella, pero de una manera que solo acentuaba su fortaleza. Su cabello era completamente gris, canoso, estaba recogido en una cola alta, una elección práctica pero elegante que dejaba al descubierto un rostro marcado por los años. Llevaba puesto un dispositivo en la sien, un artilugio que parecía fundirse con su piel, como si hubiera sido parte de ella desde siempre. Era una extensión de su ser, un recordatorio de que, aunque el mundo había cambiado, ella había sabido adaptarse.

Sus ojos estaban ocultos detrás de unas gafas negras, pero tenía la impresión de que detrás de esas lentes había una mirada aguda, una mirada que había visto más de lo que cualquiera podría imaginar. Había algo en su postura, en la forma en que llevaba su abrigo con el cuello de piel sintética, que me decía que estaba preparada para cualquier cosa. Cada arruga en su piel contaba una historia y, aunque esas historias podrían haberla endurecido, también le habían dado una resolución implacable.

Kyox hizo su entrada con una autoridad innegable, avanzando con paso firme y decidido, seguida de cerca por sus cazadoras. Sus pasos resonaban en el suelo de mármol, creando un ritmo que parecía sincronizado con la tensión en el aire. Los trajes de cuero ajustado que vestían reflejaban la luz de las pantallas holográficas, resaltando cada movimiento de sus figuras esbeltas pero poderosas.

Cada cazadora llevaba una ballesta en la espalda, con flechas doradas de muranio. Algunas de ellas también portaban dos espadas, hechas de una

mezcla de muranio y eón, materiales conocidos por su capacidad para cortar a cualquiera con facilidad, especialmente a un vampiro. Los ojos de todos en la sala se fijaron en Kyox y su séquito, sus movimientos gráciles y precisos transmitían una mezcla de respeto y temor. Kyox, con su presencia imponente, caminó hasta el centro del salón, su mirada severa recorriendo a cada uno de nosotros. Las cazadoras se detuvieron a su alrededor, formando una especie de círculo protector. La tensión en la sala era palpable, como si el aire mismo se hubiera vuelto más denso.

—Gracias por estar aquí —dijo Kyox, con una voz clara y autoritaria—. Estamos aquí para discutir una situación delicada, y como saben todas las conversaciones son confidenciales desde este momento, cualquier información clasificada que salga de aquí les costará la cabeza. —Sus ojos esta vez denotaban preocupación—. Los recientes ataques a nuestros portadores de llaves por parte de los Noctus es algo preocupante. Los Noctus son un grupo relegado a las sombras, no son vampiros pensantes, solo obedecen, pero Grigori Volska ha estado jugando a ser Dios y ha logrado modificar el ADN de estas criaturas.

Alrededor de la sala se escuchó un eco de susurros.

—¡Silencio! —dijo Nina, ahora al lado de Kyox.

—La modificación de ADN está confirmada por nuestros científicos, están evolucionando rápidamente y desarrollando resistencias a cosas que creíamos que siempre serían nuestros aliados contra los vampiros… el muranio y el veneno contenido en la mordida de los Voyh. Esto genera una gran preocupación para la humanidad entera. Además, los Noctus nos han atacado de formas tan avanzadas que pareciera que un Inmortus peleara con nosotros, están también presentando formas adaptativas y han comenzado a copiar las técnicas de pelea de nuestras mejores Mordred. —Kyox suspiró —. En todos los años que llevo siendo líder de este clan de guerreras, jamás nos habíamos topado con una atrocidad como esta. Por lo que hemos decidido que necesitamos fortificar la alianza entre especies si queremos sobrevivir a esto, sé que en el pasado hemos podido convivir en Murda en paz gracias a los acuerdos generados entre la presidencia y nosotros, pero esta vez hablo de trabajos colaborativos entre especies, tenemos muchas tareas de por medio y no tenemos suficientes Mordred para todo esto. Hemos hecho una petición formal de doscientas syntz que estarán listas en unas semanas, pero mientras debemos mantenernos alerta. Además,

sabemos que Idris ha estado recolectando cuerpos para experimentar con ellos. Por lo que cada misión a partir de ahora requerirá la presencia de un vampiro, un Voyh y un syntz como mínimo para equilibrar fuerzas y poder enfrentarnos a estas abominaciones y así traer a todos nuestros portadores a salvo. Solo faltan dos llaves que llegarán en los próximos días. Ahora, ¿alguna pregunta?

—Kyox, agradecemos tu presencia y la de tus cazadoras —dijo Adrina a mi lado, su voz mostrando un respeto genuino—. Sabemos que estos son tiempos difíciles y tu colaboración es invaluable. Haremos lo que sea necesario para ayudar en esta situación.

Kyox asintió, aceptando el saludo sin perder su postura imponente y procedió a hablar.

—Gracias, Adrina, es importante que todos sepan que estamos aquí para asegurarnos de que las llaves de Xenon no caigan en manos equivocadas, la presidenta de Murda está consciente del peligro de que alguien más las obtenga, especialmente con la cumbre mundial de tecnología tan cerca. —Hizo una pausa—. Tenemos mucho que hacer, ya hemos sido informados de que los países quieren oponerse a despertar a Xenon, pero Murda debe actuar antes de que esto se promulgue. Los demás países no entienden el problema porque claramente no lo saben, ellos no entienden que hay vampiros en la sombra tratando de gobernar todo. —Respiró profundo—. Mis cazadoras están listas para proteger a los portadores y eliminar cualquier amenaza que se presente, pero sabemos que somos mejores si las especies nos mantenemos unidas. Es por eso que los he citado a todos aquí. La presidenta de Murda, Ileana Jordani, ha pedido que todos se pongan a su disposición para diferentes misiones de rescate, todos ustedes viven en Murda bajo la protección de la presidenta y este es su momento de retribuir a la sociedad. ¿Preguntas?

Al fondo del salón el grupo de ojos violetas se agitó y el hombre que los lideraba, uno de piel semitostada con rizos café en el cabello, levantó la mano, era Luca.

—Luca di Senna, Alfa de manada Voyh sector capital —dijo su voz en tono autoritario.

—Luca, procede —replicó Kyox tomando una postura más relajada.

—¿Qué clase de misiones son estas? ¿Representan un peligro para nuestra raza atenderlas?

—Luca, tú y tu clase respiran oxígeno limpio en Murda gracias a nosotros y la presidenta, dudo que ensuciarte un poco las manos cree impacto en tus números— respondió Kyox, ahora con menos amabilidad. Los ojos violetas de Luca se encendieron con gran intensidad y parecían querer salirse, pude notar a través de la distancia como sus pulsaciones se aceleraban, definitivamente no le había gustado la respuesta.

—Kyox, te pido disculpas de antemano, pero, como Alfa de manada, necesito asegurar que mi especie esté a salvo y enviarlos a misiones suicidas no es una opción.

—No serán misiones suicidas, Luca, estarán custodiados por las Mordred. —Luca abrió la boca y la cerró de golpe cuando Kyox levantó la mano frenando sus palabras—. Y sí, tendrás que trabajar con los vampiros te guste o no.

—¿Me estás jodiendo? —dijo él.

—¡Cuida tu tono! —dijo Nina.

—Todas las especies debemos actuar como un solo equipo, ¿acaso no he sido clara? —reiteró Kyox.

—¿Quién es el líder de los vampiros aquí actualmente? —preguntó Luca.

Kyox giró el rostro hacia nosotros.

—Adrina Liens está designada como líder en este momento, deberás entenderte con ella para misiones de colaboración.

Adrina levantó la mano y movió los dedos saludando con algo que parecía una especie de burla seductora y Luca le devolvió una mirada intensa casi queriendo cortarla en dos pedazos y sus latidos definitivamente se fueron a la estratósfera.

—¿Me estoy perdiendo algo? —pregunté susurrando a Adrina—. ¿Por qué se odian tanto? Pensé que las cosas estaban mejorando.

—Somos enemigos naturales, Mirah, aunque el odio de Luca es otro tema, más personal.

—¿Tuviste problemas con él?

—Algunos, aunque eso fue después de follarlo hasta que le volé los sesos.

—¡A la mierda! ¿Cómo carajo funciona eso? —pregunté en voz baja.

—Bueno, sabes, cuando una mujer y un hombre tienen ganas…

—Eso no, tonta. Lo de vampiros y hombres lobos follando.

—Bueno, si te gusta la adrenalina es una buena práctica. Si quieres mantenerlo más controlado es fácil, lo atas con unas cadenas y no pueden

tocarte, dejas expuesta solo la parte que necesitas de ellos.

Apreté los labios para no reírme fuerte e interrumpir el momento.

—¿Y te odia porque lo follaste?

—Me odia porque no puede tenerme y no me someteré a él, a los lobos les encantan las sumisas para sentar cabeza, necesitan una Luna en sus vidas y las Luna obedecen, las vampiras jamás. Es mejor que busque una de su propia raza, es un buen líder y todo, pero en mi caso francamente solo sirve para buenos orgasmos, porque, eso sí, lo que tiene entre las piernas…

—¿Alguna otra pregunta? —dijo Kyox.

—¿Hay pistas de los portadores de llaves y los ataques? —preguntó alguien al fondo.

—Sí, las pistas nos apuntan a que las naves de los portadores y sus rutas han estado siendo desviadas a lugares donde perdemos la comunicación, especialmente a la frontera con Lonviness, un lugar que cada vez está más caótico. Nuestras sospechas es que Grigori Volska puede estar detrás de todos los ataques, puede estar buscando las llaves de Xenon, no sabemos para qué exactamente puesto que Xenon no es influenciable ni configurable, pero quizás solo quiere mantenerla apagada.

—¿Cómo saben eso? —preguntó Luca.

—Hemos estado siguiendo a Grigori Volska por meses, sabíamos que estaba metido de cabeza en el Instituto Idris por una de nuestras informantes, sabemos que está buscando iniciar una guerra con Murda y vamos a exponerlo cueste lo que cueste en la Cumbre de Tecnología de las Naciones Unidas.

—¿Y creen que con la información que tienen es suficiente?

—Tenemos bastante, además, también contamos con alguien que nos ha ayudado a recolectar información. ¿No es así, Mirah? —Los ojos de Kyox me encontraron en medio de la multitud como si supiera la ubicación de cada persona, aún sin conocerme directamente. De pronto todo el salón volteó a mirarme y yo me quedé en silencio sintiendo una gran incomodidad.

—Es el momento de asentir al menos —dijo Adrina en voz baja y comencé a mover la cabeza como robot.

—Mirah Shard es la pareja de Grigori —explicó Kyox—. Están enlazados y es nuestra agente ahora, tenemos muchísima información de él, esa información y los conocimientos de Mirah para atacar en el momento

preciso nos ayudarán a rastrearlo, además de documentos importantes que hablan de las maquinaciones de Lonviness, estamos armados con toda la evidencia posible. —Los susurros comenzaron a resonar a mi alrededor y comencé a sentirme aún más incómoda. Creo que me hubiese encantado en ese momento haber desarrollado el poder de ser invisible—. ¿Alguna otra pregunta? —dijo Kyox y todos negaron con la cabeza—. Bien, entonces ya lo entienden, las Mordred llaman y ustedes contestan. —Los ojos de Kyox brillaron con determinación. Los demás comenzaron a dispersarse y sentí la mirada de ella sobre mí, algo murmuraba a sus cazadoras mientras se retiraba.

DIEZ: El Salón de la Sangre
MIRAH

—Buenos días —dijo Michelle, mientras yo abría los ojos, apenas podía ver su figura. Tenía el sueño pesado, no ayudaba que había estado despierta toda la noche y cuando me dormí solo tuve pesadillas. Michelle se había quedado conmigo, nuestra conversación había sido hasta las tres de la mañana—. Lamento interrumpir tu delicioso sueño donde parece que estabas soñando algo cuestionable —dijo con una risita—. Pero afuera están unas idiotas Mordred esperando que te despiertes.

—¡Te podemos escuchar, Voyh! —dijeron a través de la puerta. Una de ellas la abrió de golpe.

Miré a mi alrededor y había tres Mordred apoyadas en la pared.

—Kyox quiere verte —dijo Alaia viéndome fijamente. Aquella Mordred de las alcantarillas.

Michelle puso los ojos en blanco.

—¿Han escuchado de invasión a la privacidad? ¿Podrían dejar que despierte al menos?

—Está bien —dije—. ¿Qué quiere Kyox?

—Es hora de que te conozca formalmente.

—Vaya, qué honor —dije con sarcasmo.

—Cuida tus palabras —replicó Vakla.

—¿Sabes? Sería lindo hablar con un rostro y no con el casco —espeté.

—Mala suerte, vampira, no será hoy.

Michelle gruñó un poco.

—Calma, Voyh, no queremos problemas.

—¿Sabes lo que le pasa a una Mordred cuando hacen molestar a un Voyh? —Las Mordred la miraron con desdén—. Normalmente terminan con la cabeza rodando por el suelo, o, bueno, con el casco rodando —dijo.

—¡Mich…! —exclamé.

—¿Qué?

—Calma.

Michelle volvió a poner los ojos en blanco.

—Déjennos solas —dijo Michelle—. Mirah debe vestirse y bañarse. Asumo que una mujer tiene derecho a asearse, ¿o no? Irá apenas termine.

Las Mordred asintieron a regañadientes y salieron de la habitación cerrando la puerta detrás de ellas.

—No era necesario que hicieras eso —dije caminando hacia la ducha y dejé la puerta entreabierta del baño para poder seguir charlando con Michelle.

—No las soporto —replicó Michelle—. Todo es vigilar y vigilar, quizás si invirtieran el tiempo que nos vigilan en atrapar a los malos… Grigori no seguiría suelto.

—Todo se está volviendo más complicado, Mich, lo que te conté anoche sobre el encuentro con este Faustus es algo que me llama la atención, necesito saber más de mi vida, siento que vivo con un vacío mental y muchas interrogantes. Quizás Kyox pueda poner algo de luz en esto.

—Ten cuidado, Mirah, aunque en este país todos parecen aliados, he aprendido por las historias de los Voyh que muchos no lo son.

—Luca parecía ayer medio alterado con Kyox.

—Sí, los Voyh toleran a las Mordred por los acuerdos, pero siempre quieren arrancarles la cabeza. Ayer todos estaban alterados y, como te dije, Kyla anda creando dramas en todos lados.

—Según las cosas que me contó Adrina, creo que Kyla siente que ella y Kane deben estar juntos.

—Mirah, si hay algo que sé de Kane es que jamás escogerá a alguien que no seas tú, incluso cuando lo contacté aquella vez, él estaba furioso contigo por haberte ido con Grigori, pero sabía que yo te necesitaba y que tú me necesitabas, así que te buscó, hizo todo por traerte a mí. Kane no se rinde fácilmente, eso estaba en su perfil de Simpless, antes de que mágicamente desaparecieran los registros en el Instituto.

—Acerca de eso….

—¿Qué? —dijo Michelle abriendo los ojos muy grandes.

—Fue parcialmente mi culpa.

Michelle soltó una carcajada.

—Mirah Shard Fenris, ¿tú hackeaste a Idris?

—No, no fue así. Es decir, Kane me había puesto un puto chip en el vestido, algo que había hecho Shade, y, cuando entré al instituto, eso hackeó todo.

—¡Mierda! Cagada.

—Lo sé. Lo terminé botando en el baño cuando me llevaste a aquella noche en el bar.

—¡No me jodas! Bueno, se lo merecían en todo caso. —Reí fuerte—. Lo que te quería decir, Mirah, es que, con respecto a Kane, estoy segura de que todavía hay algo en él que se pueda salvar —dijo—. Podrías probar estando sin ropa delante de él, quizás se le quite todo.

Solté una risita que enmascaraba la tristeza.

—¿Qué más ha pasado con los Voyh? —dije mientras salía de la ducha amarrándome la toalla alrededor del cuerpo.

—Sigue el proceso de buscar Luna en la manada.

—¿Y qué? ¿Acaso es como una entrevista laboral? —Caminé al closet agarrando cualquier cosa, en realidad todo era negro, no haría mucha diferencia.

—Luca sigue con el tema de que me postule.

—¿Y?

—Me mandó esta vez una invitación personal a postular, una puta carta escrita a mano y todo. Qué anticuado.

—¿Desesperado?

—Eso parece. Creo que tiene mucha presión por parte del liderazgo de los Voyh, es el único Alfa sin Luna y con todo lo que está pasando…

Me vestí y finalmente caminé hacia el pasillo, las malditas Mordred aún me esperaban para el interrogatorio.

—Kyox te está esperando —dijo Adrina junto a ellas.

—¿Por qué quiere verme hoy? Ni siquiera sé qué debo esperar de Kyox, todos estos meses no me ha citado para conocerme ¿y justo lo hace después de lo de ayer? —susurré mientras caminábamos mucho más atrás de ella.

—Kyox tiene formas raras de actuar —dijo Adrina—. Mejor no cuestionarlas, o, al menos, no ahora.

—No me estás llevando a la tumba, ¿o sí?

—No, para nada, pero te advierto que es desconfiada.

—¿Su nombre real es Kyox?

—Es su nombre de combate, de Mordred, ¿te has fijado en que las

cazadoras solo usan un nombre? ¿Nina? ¿Alaia? ¿Vakla? —preguntó y asentí—. Bueno, es porque es un nombre de guerra o algo así.

Las grandes y pesadas puertas metálicas del complejo se abrieron frente a mí y sentí un leve empujoncito por parte de Adrina, le lancé una mirada fulminante y avancé cruzando el umbral, finalmente cuando entré y las puertas se cerraron detrás de mí con un sonido que retumbó en la enorme habitación.

El lugar era inmenso, sumido en una combinación de estilo industrial donde el concreto parecía matizarse sin esfuerzo bajo la luz del domo que entraba por unas ventanas microscópicas en la parte superior, y sí, apenas alcanzaba a ver esa parte, creo que este techo medía doce metros, aunque probablemente estaba exagerando.

—Sirel Nikolai. —La voz que escuché sonaba como una sospecha y una afirmación y se estaba haciendo común reencontrarme con el nombre de la desgraciada obsesión de Grigori, su mentora, su amor, el espíritu o genética que residía en mí. Había movido el mundo para encontrarme y recrearla, poner algo de su esencia en mí y convertirme en vampiro. Algo que claramente rayaba en la psicopatía—. Bienvenida —dijo con una voz de recelo

Alcancé a decir con un toque de antipatía:

—Mi nombre es Mirah Shard, pero eso ya lo sabes.

—¡Vaya! —respondió con una risita—. Pues no serás Sirel Nikolai, pero te comportas igual a ella —respondió con desdén—. Mi nombre es Kyox. Pero eso ya lo sabes —respondió igualando mi antipatía—. Soy la líder de las Mordred. Adrina y Aria me dijeron que ya te habían hablado de nosotros y te han explicado la razón por la que hemos decidido darles santuario como parte de nuestros aliados, es por eso que has sido aceptada para ser entrenada en alguna de las artes de nuestra clase. Entiendo que Nina te ha estado guiando.

—Sí —respondí—. Nina ha sido una excelente guía. —Hice una pausa—. ¿Por qué has tardado tanto en verme? Han pasado meses.

—La paciencia es una virtud —respondió con un desdén que lo único que me provocó fue clavarle los colmillos, pero no estaba dispuesta a iniciar una guerra con el único intento de aliado que teníamos—. No debe ser fácil saber que tu otra mitad es tu enemigo.

—No lo es, pero estoy dispuesta a lo que sea para detenerlo.

—¿Lo estás realmente? —dijo arqueando una ceja—. No hay algo más fuerte que las conexiones de parejas vampíricas, ni siquiera el amor humano es así de fuerte. Es un amor que te llevaría a la oscuridad y ni siquiera te cuestionarías por qué te has ido.

—Parece que sabes de lo que hablas.

Kyox rio.

—Conozco historias, por lo que me cuestiono si realmente harás lo que se deba en el momento indicado.

Puse los ojos en blanco.

—¿Por qué estoy aquí, Kyox?

—Para ser interrogada. Lo hacemos cada cierto tiempo, tú aún no has pasado por el Salón de la Sangre, así que hoy es tu turno. Sígueme por favor.

Caminamos por un largo pasillo envuelto en sombras y algo extraño, sentí algo que no había sentido en un buen tiempo, me sentía intimidada. Mientras caminaba tras ella, notaba que su armadura tenía púas en todos lados, púas perfectamente pulidas y doradas… de muranio.

Kyox me condujo a través de una puerta, a pesar de que todo era tecnológico en la sala que conversamos, cuando esta puerta se abrió parecía que habíamos viajado a otra dimensión, el camino de escaleras se convirtió en un descenso parecido a un laberinto de túneles oscuros y húmedos, nuestras pisadas resonaban con el sonido del agua, mi visión de sangre estaba activada guiándome por el túnel de una forma espléndida, era como tener una luz roja encendida que guiaba mis pasos, pero esta vez había algo diferente, el hilo rojo se quedó por un momento haciendo pequeños círculos en la esquina del túnel, justo antes de doblar, mis ojos se fijaron en el preciso espacio y me frené de golpe.

—¿Qué demon…?

—Ah. Veo que encontraste rastros del último vampiro que quiso traicionarnos.

Joder, ¿me había traído para acá a morir? ¿O solo estaba luciéndose?

—Qué linda bienvenida —dije.

—Si te preocupa si ese será tu destino, no es así, a menos que decidas traicionarnos, claro está —respondió y tragué saliva.

Mi visión de sangre jamás había hecho eso, por un momento me pregunté si mis instintos de vampiro estaban evolucionando. Al terminar de bajar por

la estrecha escalera, me encontré en un lugar que parecía de otro tiempo, un espacio completamente ajeno al complejo que había dejado atrás en la superficie. Las paredes eran de piedra antigua, cubiertas de musgo y humedad, y el aire estaba cargado de un olor rancio, como una mezcla de tierra mojada, madera podrida y un toque metálico que me recordaba al óxido, curiosamente un olor que se había transformado en un sabor que a veces sentía en la sangre al beberla, menos la de Kane y Grigori, eso era como un puto helado de chocolate.

A medida que avanzaba, mis pasos resonaban sordamente en el suelo de piedra, como si el sonido se perdiera en la vasta oscuridad que me rodeaba. El techo era bajo y, en algunas partes, las raíces de los árboles de la superficie habían atravesado la roca, colgando como largos dedos nudosos que amenazaban con atraparme si me acercaba demasiado. Al seguir el camino principal, me topé con tres pequeños arcos en la pared, perfectamente tallados pero erosionados por el tiempo. Parecían entradas a otras cámaras, o quizás a algún lugar más profundo y peligroso. Me acerqué al primero y, cuando respiré el aire que salía de su interior, sentí un olor distinto, más penetrante y agrio, como si algo en descomposición estuviera esperando al otro lado. Me estremecí y retrocedí, pero la curiosidad me empujó a examinar el segundo arco.

Este segundo arco desprendía un olor diferente, casi dulce, pero con una nota de putrefacción que me revolvió el estómago. El tercer arco era el más pequeño, casi una grieta en la roca, pero el aire que salía de allí era frío, con un olor metálico y seco, como el de la sangre seca mezclada con tierra. Respiré profundo y me armé de valor, era una maldita vampira, no me iba a morir y eso era un recordatorio que desearía tener tatuado en la piel.

—Bienvenida, este es el Salón de la Sangre —dijo Kyox, con una voz grave y resonante—. Aquí se realizan las pruebas para asegurarnos de no tener traidores en nuestras filas.

—¿Sangre? —pregunté casi susurrando. La palabra parecía repetirse demasiado últimamente.

—Sí, la sangre nunca miente, Mirah —dijo mirándome fijamente.

Observé el lugar con asombro. De una de las entradas salió un hombre, alto, esbelto, musculoso, tenía un porte de superioridad como si sobre él pesara la historia del mundo entero. Sonrió de medio lado y cuando la sombra abandonó su rostro lo vi claramente, era… Faustus.

—*No me conoces,* chérie*, recuerda eso* —dijo su voz en mi mente.

—¿Quién es él? —pregunté mirando a Kyox.

—Faustus Deveraux —dijo Kyox—, nuestro aliado.

—Un placer conocerte, *chérie* —dijo él extendiendo su mano.

—¿Francés?

—De la tierra de los amantes más apasionados —indicó y Kyox casi rio.

Mi visión se sangre me guio con hilos a través de su cuerpo, dibujando en su antebrazo el tatuaje del ojo.

—¿Qué haces aquí? No entiendo.

—*Luego veremos eso.*

—Bien, empecemos —dijo Kyox.

—Sanctum Sanguinum —dijo él y sentí como si mi cuerpo vibrara—. *Chérie*, esto no va a ser doloroso, si no te resistes. —Mi corazón comenzó a latir con fuerza y la telequinesis se deslizó en la punta de mis dedos lista para salir a cualquier lugar—. Na, na. Yo no haría eso si fuera tú. —Faustus movió su mano y caí de rodillas, intenté moverme, pero había perdido el control de mi cuerpo, solo sentía mi sangre moverse, espesa, pesada. El puto vampiro me había pedido confiar y aquí estaba controlando mi sangre.

—*Detente* —dije mentalmente.

—*No puedo, esto tiene que pasar o Kyox sospechará, pero despreocúpate, cubriré tus recuerdos.*

Kyox me miró con una mezcla de severidad y compasión.

—Faustus es un tipo de Inmortus que está casi extinto, Mirah, un Sanguinum, es su único poder, pero debo agregar que ciertamente vale por dos. No te hará daño si no te resistes, él navegará tu sangre en busca de información que nos sea relevante.

—Due… le —alcancé a decir.

—Porque te estás resistiendo —dijo Kyox. ¿Y cómo no resistirme? No conocía otra forma de funcionar en el mundo.

Tragué saliva, sintiendo un nudo en el estómago. Sabía que no tenía otra opción si quería demostrar mi valía. Me dejé llevar y de pronto sentí una brisa helada que comenzó a soplar desde su interior del lugar, haciendo que mi visión de sangre parpadeara.

—Abre tu sangre, déjame ver los recuerdos en ella —dijo con un tono despectivo. Y luego sentí su voz en mi mente—. *Tranquila, debemos hacer esto como un* show *para Kyox, pero te tengo.*

El tiempo parecía detenerse mientras me sumergía en el mar de mi sangre apretada.

—No dejes que el miedo te consuma, corazón de melón —susurró una voz suave, casi maternal—. *Eres más fuerte de lo que crees.* —Conocía esa voz, era… mi madre, en algún lado de mi cabeza estaba escuchando su hermosa voz.

El ambiente en el Salón de la Sangre era tenso, pero nada me había preparado para lo que vino después. Faustus sacó los colmillos, las venas alrededor de sus ojos se transformaron por completo en redes negras que alcanzaban sus sienes, giró sus manos un poco mientras me observaba fijamente y luego hizo una especie de apretón en el aire. De repente, sentí un dolor agudo, como si mi sangre estuviera siendo taladrada. Mis uñas se clavaron en mis palmas, grité con fuerza, pero mi voz apenas era un susurro. Faustus se acercó más a mí y sentí cómo su presencia se hundía en mi sangre, como garras invisibles que atravesaban mis defensas. No tuve tiempo de reaccionar antes de que el mundo a mi alrededor comenzara a disolverse, y de repente me vi lanzada a un túnel oscuro, sin fin, que parecía construido de pura mente, de pensamiento puro. Era como si todo mi ser hubiera sido arrancado de mi cuerpo y empujado hacia un abismo sin retorno. El túnel se estrechaba a medida que avanzaba, y las paredes, si es que las había, estaban hechas de recuerdos distorsionados, imágenes fugaces que pasaban a gran velocidad, mezclándose unas con otras. No había control, no había forma de detener el viaje. Me vi arrastrada por una corriente de pensamientos, sin poder discernir cuál era real y cuál era una pesadilla. De repente, me vi en mi infancia, en un parque donde solía jugar, pero algo estaba mal. El cielo era de un rojo extraño y las risas de los otros niños sonaban distorsionadas, como si provinieran de una radio mal sintonizada. Corrí hacia mi yo más joven, intentando alcanzarla, pero el parque se desvaneció antes de que pudiera tocarla y fui lanzada nuevamente a través del túnel, girando y girando en espiral.

Las sensaciones se intensificaron. Podía sentir mi corazón latir con fuerza, cada latido revoloteando en mi mente, mientras fragmentos de recuerdos me golpeaban sin descanso. Imágenes de rostros que había amado y perdido, momentos de miedo y alegría, todo mezclado en una sinfonía que se convertía en un torbellino insoportable. Intenté gritar, pero mi voz ahora no salió; estaba atrapada, ahogándome en un mar de confusión. El túnel

parecía extenderse eternamente, y a cada instante, más recuerdos aparecían, pero ya no sabía si eran míos o de alguien más. Podía ver a Faustus, en cada esquina de mi mente, sus ojos rojos observándome, su sonrisa torcida, como el guía de mi viaje sin piedad, sin permitir que encontrara un respiro. La presión en mi sangre aumentaba, como si mi cuerpo fuera a estallar, y la desesperación comenzó a apoderarse de mí. Los recuerdos se desmoronaban, perdiendo toda coherencia, dejando tras de sí solo fragmentos de sensaciones: el calor del sol en mi piel en un viaje al Caribe cuando era pequeña, el frío de una noche solitaria, el olor a pan recién horneado de mi madre, el sonido de una risa que no podía ubicar. Finalmente, el túnel comenzó a estrecharse aún más, convirtiéndose en una espiral sofocante, y supe que estaba llegando al límite de lo que podía soportar. El miedo, la angustia y una profunda sensación de pérdida me envolvieron. Y entonces, en el último instante, cuando creía que todo se rompería, la oscuridad se apoderó de mí. Una visión absolutamente negra dio paso a unos latidos, parecía mi corazón y entonces la visión de sangre se encendió mostrándome esta vez… recuerdos. Me encontraba en Simpless, la clínica que experimentó conmigo. Estaba prisionera en una cápsula, sedada, pero, esta vez, abrí los ojos y vi todo con claridad. Un hombre de cabello rubio estaba en la habitación de afuera, solo podía ver su espalda, fornida, musculosa. Sostenía a uno de los doctores por el cuello con un brazo levantado sin mayor esfuerzo.

—*¡Asegúrate de que Mirah esté a salvo o juro te mataré!* —gritó el hombre, su voz resonaba con desesperación y furia.

—*Está… a salvo* —respondió el doctor con dificultad.

—*¿Por qué parece que está golpeada entonces, doctor Chevalier?*

—*Ella movió cosas, golpeó a otros y un enfermero la tuvo que noquear.*

—*Quiero que traigas a ese enfermero a mi presencia ahora.*

—*Señor… señor* —dijo casi sin poder respirar y el hombre rubio lo bajó —*. Señor Volska, no lo mate, es mi hijo, por favor.*

Sentí el corazón moverse de un sopetón, señor Volska… se refería a Grigori.

—*No me importa que sea tu hijo, lastimaron a Mirah y te dije lo que pasaría si cualquiera de ustedes ponía sus asquerosas manos sobre ella. Mirah es una reina, no un paciente para que la traten como les dé la maldita gana, ella y yo gobernaremos la próxima generación de vampiros.*

Ahora, tu atrevido hijo morirá, te daré diez minutos para que te despidas de él.

La escena se desvaneció y el túnel me tragó de nuevo, me encontré en el búnker de Viktor, Kyla sostenía mi mentón, miraba con curiosidad mis iris, pero su rostro denotaba una preocupación distinta, algo que no había percibido por completo en aquel momento. Se mordía el labio, parecía cuestionar lo que debía hacer a continuación.

Una vorágine de pensamientos me llevó a otro escenario, ahora sentada en el sillón de mi casa, junto a mis padres, era apenas una niña. Todo parecía tan pacífico, tan normal. El olor del pan recién horneado llegó a mi nariz.

—*Mamá* —susurré y ella apareció detrás de la puerta, sus grandes ojos verdes, su cabello cobrizo, sus hermosas pecas, era un recuerdo, no era real, pero sentía las lágrimas correr por mis mejillas, mi madre, hermosa e inmaculada, pensé que jamás la volvería a ver.

—*Mirah, ¿qué estás haciendo? Te dije que no rayes la pared, corazón de melón*.

—*Lo siento, mamá* —respondí—. *Me gusta dibujar.* —El dibujo que había hecho era una especie de llave, cuya parte superior parecía ser un ojo.

—*Lo sé, corazón de melón, pero para eso están las hojas de papel* —dijo mientras me acercaba una.

El timbré sonó y mi padre apareció corriendo a abrir la puerta, ver su sola presencia me tenía anonadada.

—*Tía Madeleine* —dijo mi madre con una sonrisa—. *No te esperaba tan temprano*. —Pero yo no recordaba haber visto a esta tía antes, era muy parecida a mi madre, pelirroja, pecosa, esbelta y alta. Miré mis manos y yo era tan solo una niña, había globos en todo el lugar, miré el calendario digital de la pared, dieciocho de octubre de dos mil sesenta y cuatro, era mi cumpleaños número seis.

—*¿Has atendido la situación, Miranda? —preguntó tía Madeleine.*

—*Todo está listo, no tendremos fallos de nuevo —respondió mi madre.*

—*Bien, el futuro depende de eso, Miranda, recuérdalo.*

Tía Madeleine se agachó para saludarme y, mientras lo hacía, un collar se resbaló de su camisa. Carajo… su collar. Tenía la forma de un ojo con un rubí en el iris, cuando miré sus ojos había un destello rojo en ellos. Procedió a guardar rápidamente el collar de nuevo en su camisa, pero el extraño símbolo quedó grabado en mi mente, tan presente en ese momento como la

vez que lo vi en la caja fuerte que extraían los Ronin.

Tía Madeleine se agachó con sutileza, luego miró a la pared a mi lado.

—¿Así que has estado dibujando ojos, pequeña Mirah? —Sonrió y luego me miró a los ojos con firmeza—. *Olvidarás que has visto esto, pequeña y dulce Mirah.* —Y lo había olvidado hasta este momento donde el recuerdo había aparecido flotando en mi mente. ¿Qué carajo estaba pasando? ¿Qué misterios tenía mi existencia?

El viaje mental cambió nuevamente, llevándome a una visión más reciente. Los ojos rojos que siempre habían llenado mis sueños comenzaron a dibujar una figura familiar: Kane, con su cabello negro arremolinado hacia la frente y su mirada intensa.

—Nena, te he extrañado tanto —dijo Kane, su voz suave pero urgente.

Mi corazón se arrugó y expandió en un segundo.

—¿Kane, eres tú?

—Soy yo, nena…

A mi alrededor veía un cuarto, oscuro por completo, todo parecía cubierto de sombras. Kane estaba con unas esposas gruesas, estas se aferraban a la pared con fervor, estaba más que claro que las esposas lo estaban lastimando, tenía las muñecas… quemadas.

—Kane, ¿estás bien?

—No te preocupes por mí ahora.

—Kane, dime, por favor, ¿cómo puedo ayudarte?

—No puedes ayudarme, Mirah, nadie puede. Tienes que dejarme ir.

—¿Dejarte ir? ¿Estás demente? Haré lo que sea por encontrarte.

—¡No, Mirah! Prefiero morir que verte volver a él. Por favor, promételo. Me dejarás ir…

—¡Jamás! ¿Me escuchas? ¡Jamás!

Sus palabras resonaron en mi mente y supe que tenía que hacer algo. El dolor seguía ahí, pero me concentré en las palabras de Kane. Empecé a luchar contra el control de la sangre, mi telequinesis comenzó a centellear y sentí los colmillos afilados crecer en mis encías, mi instinto de sangre se había encendido y una necesidad feral comenzó a gestarse en mi cuerpo, cada centímetro de mi poder se agrupó para empujar los ecos fuera de mi mente con toda mi fuerza.

—¡Sal de mi cuerpo! —grité con toda la determinación que pude reunir y todo salió volando a mi alrededor, Faustus aterrizó contra uno de los arcos y

Kyox chocó con la pared trasera.

Mi sangre dejó de sentirse espesa, pero se convirtió en una fortaleza, oscura y penetrante. Sentí cómo se levantaban muros en mi subconsciente, empujando el control de Faustus hacia afuera con una fuerza que nunca antes había experimentado. La sensación era abrumadora, pero también liberadora. Mi cabello flotaba a mi alrededor desafiando la gravedad, estaba lista para cortar la cabeza de quien fuera.

—*Mirah… cálmate o ella te descubrirá* —dijo Faustus en mi mente—. *Tus ojos. Apaga lo que sea que estés haciendo, ¡ahora!*

Joder, creo que estaba pasando lo mismo que me había ocurrido hace unos días, cerré los ojos con fuerza e intenté respirar calmándome, poco a poco sentí como la telequinesis se estabilizaba en mí.

—¡Mirah! —dijo Kyox, quien se había levantado. Abrí los ojos de golpe y el láser de su ballesta de muranio me apuntaba directo al corazón.

—Chérie*, baja la guardia ahora* —dijo la voz de Faustus en mi mente.

Volví en mí, jadeando, y miré a mi alrededor. La estela vaporosa oscura de mi cuerpo que aparecía justo cuando me iba a desvanecer en el abismo estaba anclada a mi cuerpo, como pequeños hilos negros que parecían envolverme, eran similares a los de él… Parecían sombras, ahora moviéndose hacia Faustus. Sentí una conexión extraña y poderosa, como si estuviera drenando su energía y devolviéndola con una fuerza renovada. Comencé a levantarme, mis piernas temblaban por el esfuerzo, pero Faustus me miró con una especie de familiaridad que no había visto antes.

—*Imposible…* —dijo Kyox. Luego bajó la ballesta y se acercó a mí, su rostro reflejaba una nueva comprensión y confusión—. No eres una simple vampira, Mirah —dijo con suavidad, pero su voz llevaba un peso enorme. Me quedé mirándola, tratando de procesar sus palabras. Sentía una oleada de emociones: miedo, alivio y algo más profundo, una sensación de poder que nunca antes había experimentado—. Lo que acabas de hacer —continuó Kyox—. Eso es algo que solo alguien con un poder muy antiguo podía hacer.

—¿Sirel? —pregunté.

—No… mucho antes de Sirel. Mirah, eres algo imposible e impresionante, ahora entiendo más que nunca todo lo que Grigori ha hecho por tenerte a su lado.

—¿Te refieres a que no solamente tiene que ver con Sirel?

—Tiene mucho que ver con otras cosas. Verás, te contaré una historia. Siéntate, por favor. —Miró a Faustus—. Querido, ¿algo que comentar?

—Nada que reportar. Todo en orden.

—Bien, entonces eso es todo por hoy, gracias por tus servicios a la causa.

Faustus asintió, pero no separó su mirada de la mía.

—*Mañana diez de la noche, El oráculo.* —Escuché en mi mente—. *Ven, tenemos que hablar. Y no le digas a Kyox nada de lo que viste en tu mente o estarás en peligro. He protegido tus recuerdos.* —Con lentitud asentí con la cabeza para no levantar sospechas.

Faustus salió del lugar.

—Bien, estoy sentada.

—Esta es la historia de las Mordred y usualmente no las revelamos a nadie fuera de nuestro clan, pero temo que las circunstancias son mucho más apremiantes de lo que pensé. —Suspiró y se acercó a la pared, presionó suavemente sobre la piedra y se abrió una especie de compartimiento iluminado por luces de neón color azul. En el compartimiento había un libro, hermoso pero desgastado que giraba sobre una superficie, básicamente flotando. Cuando el libro se posicionó con la carátula frente a mí observé algo inesperado, su portada tenía tallada una llave, cuya parte superior tenía la forma de un ojo y el iris era rojo, como si se tratara de un rubí.

—¿Eso es…? —pregunté, pero ella me interrumpió.

—Este es nuestro libro de las Mordred, mejor conocido como el libro del clan Abraxa, el primer clan de brujas que existió.

—Pero ese símbolo.

—Es la llave de Karakum. Estoy segura de que has escuchado de ella, pues ha sido la obsesión del señor Volska por muchos años.

—¿Y les pertenece a ustedes?

—Inicialmente era del clan Abraxa, sí.

—¿Inicialmente?

—Otros han intervenido en el tiempo.

Esto parecía no tener sentido, Faustus me había dicho que todo esto era de las Varmani y que básicamente la llave nos pertenecía, pero al mismo tiempo Kyox y las Mordred pensaban que les correspondía a ellas.

—Cuando dices que son un clan, ¿te refieres a que ustedes son brujas?

—No específicamente, no tenemos poderes mágicos, pero fuimos creadas

por la primera bruja, por esta forma de creación es que tenemos las habilidades que tenemos, nos movemos rápido, somos muy fuertes, tanto como un vampiro o lobo, y, aunque no somos inmortales, ciertamente envejecemos más lento. Verás, Mirah, la historia de los vampiros, lobos y cazadores siempre ha estado mezclada.

—¿Y una bruja les otorgó todos estos dones?

—Según nuestro libro de Abraxa, un demonio del inframundo llamado Asmodeus creó al primer vampiro, a través de una especie de acuerdo o traición, eso aún no está claro. Ese mismo demonio estaba mezclado de alguna forma con nuestro clan, a través de algo que ocurrió con su sangre. Nuestra primera bruja, líder del clan, luchó contra el primer vampiro de una forma solemne y en el camino usando su misma sangre, esa sangre de demonio creó a las Mordred y los lobos, como protectores de los humanos.

—Asmodeus es el nombre de la sangre que Grigori estaba usando en sus experimentos.

—Sí, lo sabemos por los documentos que trajiste. No nos sorprende en lo absoluto, pero no sabemos cómo se apoderó de ella. Es algo que nos ha puesto de cabeza.

—¿Por qué no dijeron algo de esto antes?

—Porque, como te he dicho, no hablamos de esto con todo el mundo. No tenemos idea de cómo Grigori ha puesto sus manos sobre la sangre de Asmodeus original o si se refería a otra cosa.

—Pero hay algo que no entiendo. Si ustedes son tan fuertes, ¿por qué necesitan crear syntz?

—Así como los Inmortus perdieron su capacidad de crear otros de su clase, las Mordred dejamos de nacer.

—¿Hace cuánto fue eso?

—Unos siglos, aún no sabemos qué pasó, pero nadie más ha recibido el llamado. Así que nos hemos aliado con la tecnología de Murda para potenciar nuestros ejércitos, especialmente porque sabíamos lo que Grigori estaba haciendo, pero el bastardo tiene demasiados Noctus y cada vez son más poderosos. Los reportes de las patrullas de Mordred dicen que su castillo es ahora una fortaleza, no hemos podido ingresar, ni siquiera con toda la información que nos diste de los lugares vulnerables.

—Kyox. ¿Qué tiene que ver esto con lo que acaba de pasar? ¿Con lo que hizo Faustus?

—Él no ha visto peligro en tu mente. De otra manera no estaría aquí hablando contigo. El hecho es que eres especial, está más que claro que pocas personas pueden con el poder de Faustus y tú lograste doblegarlo, creo que tu telequinesis y mentalismo tienen más misterios de los que creíamos. —Hizo una pausa—. Dime, ¿alguna vez has usado tu mentalismo con otra especie aparte de la humana?

Iba a responder un no rotundo, pero mi mente comenzó a girar en espiral, recordando dos cosas que habían ocurrido antes a las que quizás no puse tanta atención en su momento. Cuando Michelle se transformó y le dije que no atacara algo retumbó en mi voz, como una vibración y eso la obligó a transformarse de vuelta, ella no era un vampiro, ciertamente, pero eso podía probar que mi poder funcionaba con algo más que humanos. Pero entonces otro recuerdo llegó a mi mente, cuando estábamos en aquel lugar del Instituto de Idris donde Grigori reveló lo que realmente era, los Noctus a su mando guindaban del techo, nos iban a acorralar, hasta que de alguna forma los detuve con mi voz.

Sin embargo, Faustus me había dicho que no confiara ciegamente en todos, así que negué con la cabeza.

—No, no funciona con otra especie hasta donde sé.

—Hmm, interesante —dijo ella—. Quizás deberías probarlo, puede que explique la razón por la que Grigori siempre ha estado tan interesado en hacerte su reina. Si efectivamente desarrollas ese don, debes trabajar en perfeccionarlo.

—¿Cómo?

—Con práctica, Mirah, debes intentar con otros vampiros, obligarlos a hacer algo que quieres.

—¿Estás hablando de usar compulsión sobre otros vampiros? Eso me parece incorrecto —espeté.

Kyox arrugó la cara y subió la voz.

—Cuando se trate de tu vida o la de Grigori, Mirah, entonces entenderás que incluso las cosas que parecen incorrectas pueden ser las más correctas… Debes probar tu poder, Mirah, hasta los límites. Llegará el día en que lo debas usar incluso para hacer aquello moralmente cuestionable.

—*Dile, Mirah, oblígalos a escucharte.* —Llegó la voz en mi mente, una voz lejana pero familiar.

Adrina entró a la habitación en silencio.

—¿Me llamaste, Kyox?

—Sí, por favor acompaña a Mirah de vuelta a su habitación, hemos terminado.

—¿Hemos terminado? —pregunté.

Kyox me miró y siguió su camino. Estaba decidida a seguirla cuando la voz de Adrina se insertó en mi mente.

—*Tranquila, déjala ir.*

Cuando Kyox estuvo lo suficientemente lejos salimos y Adrina me jaló por otro pasillo.

—¿Qué demonios ocurrió? —pregunté.

—Mañana, doce de la noche, en El oráculo. Faustus te estará esperando.

—¿Qué? —pregunté con los ojos muy abiertos.

Adrina levantó su manga y casi de forma automática mi visión de sangre se encendió, dibujando ahora la forma de su tatuaje, el maldito ojo.

—Soy una de ellos y te servimos a ti.

ONCE: El oráculo
MIRAH

El aire que me rodeaba tenía un peso tóxico y cada bocanada que intentaba respirar me quemaba los pulmones. Nos envolvía una densa nube de tonos que oscilaban entre el verde putrefacto y el marrón sucio, distorsionando la realidad a mi alrededor. Las personas caían como muñecos descompuestos al suelo, perdiendo la consciencia con una rapidez alarmante. Me agaché junto a uno de ellos, buscando algún signo de vida, un latido, un susurro de sangre corriendo por sus venas, pero todo parecía estar apagado, completamente inerte, como si una fuerza invisible los disecara hasta la médula. Mientras el pánico se multiplicaba, una sombra fugaz me rozó el lado derecho; giré mi cabeza rápidamente, pero solo encontré el vacío que se burlaba de mi temor. Un momento después, una presencia ilusoria flotó a mi izquierda. Nuevamente, al volverme, no había nada más que la bruma de muerte que seguía avanzando. Entonces, un jalón fuerte y desesperado me hizo girar hacia atrás con violencia. Ante mí se materializó Kane, su aspecto era casi fantasmal. El cabello negro arremolinado en una danza caótica con el viento, y sus ojos, negros como la oscuridad misma revelaban un tormento profundo. Aunque sus labios permanecían sellados, su voz resonaba en mi mente con una claridad aterradora. Podía escuchar su súplica desgarradora, los gritos internos de un hombre atrapado en una lucha feroz de su espíritu contra una oscuridad abrumadora. Con movimientos rápidos y precisos, sus manos frías se posaron en mis hombros.

—Mirah, ¡lo siento! Esta es la única manera —suplicó con una voz que parecía venir de otro mundo.

—¿Kane? —pregunté, desesperada por encontrar algún indicio de su presencia física. Sus labios seguían sin moverse, pero la voz áspera y desgarrada de su grito interno resonaba con claridad en mi mente.

De repente, una vibración poderosa sacudió el suelo bajo mis pies y todo a mi alrededor comenzó a moverse de forma trágica, como preludio de un desastre inminente.

Un terremoto parecía desgarrar el tejido mismo de la realidad, dificultándome mantenerme de pie.

—¡Mirah, despierta! ¡Mirah! —La voz ahora era más desesperada y cercana. Abrí los ojos de golpe, solo para encontrarme con los ojos amarillos de Cat, Forze y Nolan, quienes, en pijamas, me sostenían con fuerza.

Cuando volví al presente por completo, la visión de mi habitación desordenada me golpeó con toda su fuerza. Los objetos aún flotaban caóticamente a mi alrededor, como suspendidos en un mar de aire turbulento, y las paredes mostraban grietas profundas en todos lados. El mundo que conocía se había transformado en un escenario de caos y desconcierto y yo estaba en el centro de todo, intentando comprender si lo que había vivido era un fragmento de realidad o un eco de alguna pesadilla distorsionada.

Michelle entró corriendo por la puerta cerrando su bata de dormir.

—¿Qué sucedió? —preguntó con un tono que oscilaba entre la preocupación y la urgencia.

—Mirah estaba soñando —dijo Forze con una voz grave, su rostro tenso reflejaba la gravedad de la situación—. Pero este sueño era peor que todos los demás.

Mi mirada se contrajo, llena de tristeza y rabia.

Habían pasado cuatro meses desde que estos sueños habían empezado, y cada vez eran peores. No lograba tener una noche de descanso tranquilo; siempre había guerra, torturas, algo siniestro que perturbaba mi descanso y me impedía dormir en paz. Empecé a pensar que ya era hora de que mi cuerpo dejara de querer dormir. Pero aún era una vampira en mi primer año; aún me cansaba y aún mi cuerpo clamaba por descansar en las noches. Sin embargo, no estaba siendo fácil.

Cada sueño parecía una tortura diseñada, un espejo retorcido de mis peores pesadillas hechas realidad. ¿Cómo podía seguir adelante cuando cada noche era un recordatorio de mis fallas y de la ayuda que Kane aún necesitaba?

—Estoy bien —dije saliendo del agarre de Forze y bajando los objetos

suavemente al suelo.

—¡Mirah! ¡No estás bien, por favor, deja de normalizar esto!, estás teniendo pesadillas que terminan contigo gritando y objetos volando. ¿Qué está sucediendo en tu cabeza mientras duermes? —preguntó Forze.

—¡Ey! Dale espacio. Ha pasado por mucho —dijo Nolan.

Michelle lo miró de arriba a abajo, y en cuanto se dio cuenta de que lo único que llevaba el vampiro controlador del agua era un pantalón de pijama, tragó saliva. El pantalón colgaba peligrosamente bajo, justo en esa línea donde terminaba la forma de «V» del torso y empezaba… otra cosa.

—Gracias —dije mirando a Nolan —. *Y súbete eso, ¿quieres?* —añadí en su mente, y él se rio ajustando la liga del pantalón.—No pasa nada… —murmuré a regañadientes, mirando a los demás.

—¿Cómo que nada? ¿Acaso no estás viendo las paredes? ¡Carajo, Mirah, esas grietas son tuyas! Casi destruiste la pared —exclamó Forze.

—¿Yo…?

—Sí. ¿De dónde crees que salió todo eso? Vinimos a buscarte corriendo porque el edificio entero se empezó a mover.

—¡Bien! Si tanto les molesta me iré —dije.

—Mirah, no… —dijo Cat y Michelle me miró con tristeza.

Agarré la chaqueta y un pantalón que estaban sobre la silla. Los botines que yacían en el piso fueron los elegidos. Mientras caminaba, daba tumbos y chocaba con las paredes para terminar de armar la vestimenta. Me dirigí hacia las afueras del edificio, el lugar que nos habían asignado la FIM. Al alcanzar la parte externa, finalmente pude respirar aire puro.

Michelle llegó con Nolan detrás de mí, tratando de detenerme. Por suerte, ya no traían los pijamas puestos.

—¡Mirah, espera! ¿Qué carajo está pasando? —dijo Michelle con preocupación.

—No está pasando nada.

—Mira, una cosa es que le digas esas pendejadas a ellos, a mí no puedes decirme eso.

—Vamos Mirah, ¿qué ocurre? —preguntó Nolan.

—Nada, no pasa nada.

—Deja de mentir —increpó Michelle.

—¿Y qué puedo hacer al respecto, Mich?

—Cualquier cosa menos seguir huyendo cuando te pregunto qué ocurre.

—Estoy buscando respuestas —dije.

—¿Respuestas a qué? —Me quedé mirando al cielo y suspiré con calma —. ¿Respuestas a qué, Mirah? Habla conmigo, por favor.

—Los sueños, Mich… Las dudas, la vida, todo.

—¿Qué sucede, Mirah? —preguntó Nolan.

—Kane, él está ahí, está… sufriendo.

Michelle se acercó a mí y me abrazó, su toque fue suficiente para romper en llanto y colapsar yéndome de rodillas al piso. Michelle me sostuvo como pudo. Mi llanto era desconsolado, no había suficiente fuerza para sostener mi dolor, el dolor de haber sido usada, modificada, cambiada y haberme quedado sin ambos, el enlace de Grigori dolía, dolía por la traición y lo que sentía por Kane dolía por no haber cumplido con salvarlo.

—Me rompe el corazón verte así —dijo Michelle también con lágrimas en sus ojos

—¿Y cómo crees tú que yo tengo el corazón?¡Lo perdí! ¡Perdí a Kane!… Lo perdí sin entender lo que sentía por él, ahora ni siquiera se lo puedo decir.

Michelle me sostuvo firmemente entre sus brazos apretándome con fortaleza y Nolan se unió rápidamente al abrazo. Ambos sabían cómo me sentía, habían sufrido conmigo los últimos meses, había sentido mi dolor cada noche cuando llegaba a llorar en alguno de sus brazos. La atmósfera a mi alrededor comenzó a cambiar y un escalofrío me recorrió la columna vertebral, sentí como Michelle se retorció un poco.

—Mirah, escúchame, tengo que irme adentro, la luna está demasiado intensa hoy, los amplificadores de fotones no lo hacen fácil proyectando toda la luz lunar para iluminar la ciudad. Aún me estoy adaptando a esto, por favor, prométeme que volverás adentro. Solo respira.

—Sabes que no puedo prometerte eso. Ahora más que nunca tengo que ir a ese lugar.

—Mirah, no deberías ir sola. ¿Estás segura de que confías en esos vampiros? A ese tal Faustus lo acabas de conocer.

—No lo sé, Mich, digamos que es mi intuición que dice que sí.

—No deberías ir sola.

—No irá, yo te acompaño —dijo Nolan.

—No es nece…

—No estoy preguntando, iré —afirmó.

Michelle le lanzó una mirada de arriba y abajo y sonrió con ganas.

—Así me gusta, guardaespaldas —replicó mirándolo, y Nolan le ofreció una sonrisa de medio lado con picardía.

Michelle me dio un beso en la frente y se retiró.

Con un suspiro de frustración, caminé hacia la calle principal para despejar mi mente. Michelle tenía razón, aun cuando yo no era una mujer lobo la luna estaba sumamente intensa. Una de las maravillas tecnológicas de Murda eran los amplificadores de fotones, una tecnología que tomaba los fotones capturados, aumentando la cantidad de luz disponible para su uso. Esto se lograba mediante materiales fotónicos avanzados que intensificaban la luz lunar, también estaban los UAEL, las Unidades de Almacenamiento de Energía Lunar, estos dispositivos almacenaban la energía lumínica capturada por los paneles lunares. Utilizando celdas de energía avanzadas que convertían la luz lunar en electricidad, similar a las celdas solares pero optimizadas para las longitudes de onda específicas de la luz de la Luna.

Toqué el brazalete en mi muñeca, un dispositivo rectangular con pantalla táctil que me ocupaba un cuarto del antebrazo. Estos brazaletes eran esenciales en Murda, funcionando como un acceso universal a servicios e información junto con los *citysense,* los lentes de contacto que nos permitían básicamente leer toda la información de la ciudad directamente en nuestros iris. Al instante, una nave taxi se detuvo frente a nosotros haciendo un leve movimiento para frenar con sus dispositivos de flotación a centímetros del suelo.

—¿Adónde van? —preguntó el syntz que la conducía. Su voz era mecánica, desprovista de cualquier inflexión humana.

—A El oráculo —respondí con firmeza. El syntz asintió sin emitir más sonidos y abrió la puerta de la nave para que subiéramos.

Una vez dentro, nos acomodamos en el asiento que parecía más un abrazo tecnológico que un simple lugar para sentarse, tenía una tela sintética y podía ver los pulsos eléctricos de los circuitos bajo ella, estaba comenzando a regular la temperatura para mantenernos caliente. La nave despegó con un zumbido suave pero firme, integrándose rápidamente en el flujo del tráfico aéreo. Observé a través de la ventana cómo la ciudad se extendía debajo de nosotros, un entramado de luces y sombras que palpitaba con la vida nocturna de Murda.

La escena urbana de Murda se desplegaba ante nuestros ojos con un

frenesí de actividad. Comparado con Lonviness, Murda era un hervidero de avances tecnológicos. Los transportes aéreos zigzagueaban a través de un cielo casi obstruido por el tráfico constante. Era difícil creer que hubiera espacio para incluso una nave más en esa concurrida autopista aérea. Neones y luces parpadeantes que adornaban edificios, carteles y prácticamente cualquier superficie utilizable. Los colores vibrantes y los patrones intermitentes eran tan hipnotizantes que uno podría fácilmente perderse en la contemplación de una metrópoli de alta tecnología como ninguna otra.

Tenía la mala suerte de que todos los syntz parecían manejar como si estuvieran en una carrera perpetua, pero ya no me afectaba, las alturas y las velocidades vertiginosas no eran nada comparado con la eternidad y los peligros que ya había enfrentado en mi corta vida sobrenatural. Mientras la nave se deslizaba entre los rascacielos adornados con neones, pensé en mi destino. El oráculo se había posicionado como un lugar envuelto en misterio después de ese mensaje críptico de Faustus. Podría ser fácilmente un sitio donde las verdades se revelarían y mi destino podía cambiar con las palabras de aquellos que comprendían todo lo que tenía mi linaje. Tan solo decir la palabra linaje me hacía pensar que estaba leyendo una novela de los mil ochocientos, pero todo era demasiado real. Sentía un nudo en el estómago, anticipando si algo en ese lugar me haría olvidar un poco mi vida actual solo para sumergirme quizás en la posibilidad de saber algo de Kane. Nolan deslizó los dedos por la orilla de la puerta, sobre los controles, haciendo que se cerrara el vidrio entre el conductor y nosotros para tener mayor privacidad.

—Michelle está preocupada por ti —dijo Nolan.

—Lo sé.

Susurró:

—Te están pasando muchas cosas extrañas últimamente. Es decir, no es que seamos normales, somos unos putos vampiros genéticos, pero esto… y lo de los ojos negros...

—Michelle es una chismosa —dije, suspirando.

—Di Martino es todo menos chismosa.

—¿Di Martino? ¿Ahora la llamas por el apellido?

—Es un chiste interno.

—Ajá —dije—. Sigue siendo una chismosa.

—No lo es, solo está preocupada por ti.

—¿Y por eso viniste a vigilarme?

—No vine a vigilarte, Mirah. Vine a cuidarte. Eres como mi hermana. Quiero asegurarme de que estés bien. Kane… confiaba en mí para todo. Yo era su mano derecha, ¿entiendes? Siento que mi deber es cuidarte también.

—Lo sé…

—No estoy seguro de que lo sepas. Kane me confesó que estaba enamorado de ti antes de ir esa misión en el área A-138. Me contó lo que había pasado entre ustedes el día que Michelle se convirtió. Kane me pidió…—hizo una pausa—. Corrijo: me exigió que te cuidara siempre.

—¿Qué pasaba por su mente en ese tiempo?

—El muy imbécil… creo que nunca se había enamorado. O no sé, contigo era diferente. Se aterró cuando se dio cuenta de que estabas enlazada. Es decir, ¡todos nos aterramos! Grigori ciertamente era intimidante. Después Kyla empezó a ir al búnker y todo fue confuso, realmente Viktor fue quién nos contó que todo estaba raro.

—¿Tú estuviste con él en la época que tuvo algo con Kyla?

—Sí, y si te soy sincero, fui demasiado feliz cuando terminaron. Ella me cae como el mismísimo forro, siempre cree que es mejor que los demás.

—Aparentemente los De Landerlet son una familia muy adinerada en el mundo. Aria y ella son ricas de cuna. Todos los ricachones son así —Nolan bufó de una forma que jamás lo había visto hacer —. Espera un momento ¿Qué fue eso?

—Nada.

—No, no. Dime —dije dándole un golpecito en el hombro.

—Ya, bueno… Aunque las personas sean adineradas, no deben actuar como imbéciles.

—La mayoría de los adinerados lo hacen.

—No todos somos así.

—¿Somos? —salté en el asiento—. ¿Qué me estás diciendo?

—¿Prometes mantenerlo en secreto? Realmente nadie más lo sabe.

—¡Escúpelo!

—¿Alguna vez escuchaste de las empresas Kyrrsail?

—Me suena... Espera, ¿los de los cruceros?

—Sí. Es la empresa de mi familia.

—¡Me tienes que estar jodiendo! ¡Eres un niño rico!

—¡Ey!

—Es la verdad.

—Bueno, sí, pero no actúo de esa manera. Mi padre no nos malcriaba ni nada. De hecho, desde pequeño fui aprendiendo a fabricar los barcos y demás. Supongo que ayuda que en la familia corra la pasión por las aguas.

—Curioso que esa sea tu poder, ¿no? Supe que eras nadador de aguas abiertas.

—Sí. Nadaba muchísimo antes. Creo que no he tocado una playa desde que… entramos a Simpless.

—Pues deberíamos ir a la costa de Murda alguna vez. No te caería mal que hicieras otra cosa aparte de levantar pesas.

Nolan se rio.

—Tengo un pasatiempo aparte de eso.

—¿Cuál?

—Hago nudos. Aprendí desde pequeño a hacer nudos de marinero, pero he ido perfeccionando nuevos nudos en el tiempo.

—Ah, entonces verdad.

—¿Es verdad qué? —preguntó, arqueando la ceja.

—Nada —casi la cagaba diciéndole que Michelle lo había comentado.

—¿Quiere que los deje en el vertipuerto o en la calle? —preguntó el syntz, su voz siempre monótona.

—En el vertipuerto— respondí sin dudar.

—¿Por qué ahí? —preguntó Nolan.

—Ya lo verás —respondí guiñándole un ojo.

Los vertipuertos eran espacios de aterrizaje ubicados en la cima de los edificios, muy por sobre las nubes, digamos que eran muy similares a los helipuertos que existían hace unos cincuenta años. Sin embargo, estos modernos puntos de aterrizaje estaban más arriba de lo visible y estaban equipados con inteligencia artificial, la cual ayudaba a aterrizar las naves de forma segura y a controlar el denso tráfico aéreo de Murda.

Llegamos rápidamente al destino. Al descender de la nave, la atmósfera ya estaba electrificada con la vibración de la música. El oráculo estaba en pleno apogeo de su inauguración y ya era conocido por la lista de *DJ* que traería a la ciudad, de esos que eran casi imposibles de conseguir, me preguntaba si esos *DJ* eran vampiros. Las luces pulsaban al ritmo de la música, creando un espectáculo de luces y sonidos que atraía a una multitud

variada, desde buscadores de verdades hasta aquellos simplemente en busca de entretenimiento nocturno. Pasé mi brazalete por el lector para pagar el viaje. Este dispositivo no solo servía como identificación y acceso; también tenía incorporada una billetera fría para transacciones con criptomonedas. Todo era tan simple y fluido en esta época que no podía imaginarme funcionando de otra manera.

El oráculo tenía dos entradas, la del nivel calle y la entrada superior, esta última estaba en el piso setenta y ocho, lo que significaba que debía buscar el ascensor porque yo estaba en el ciento diecinueve. Sin embargo, mi instinto de vampira estaba encendido esa noche; no tenía ganas de pretender ser normal ni de seguir los convencionales pasos humanos. Miré hacia abajo desde las orillas del vertipuerto. La Mirah de antes habría sentido vértigo, un nudo en el estómago, sus rodillas temblando solo de pensar en la posibilidad de caer. Pero la persona en quien me había convertido ya no temía a muchas cosas, estaba llena de rabia y dolor, de esos que podría transformar un mundo entero.

—¿Por esto quería que nos bajáramos aquí? —dijo Nolan

—Sí, ¿te animas?

—¿En serio me lo estás preguntando a mí? Amo las alturas —dijo sonriendo.

Observando una calle despejada abajo, me acerqué a la orilla y, con una determinación fría, di dos pasos en el aire y me dejé caer y más atrás Nolan se lanzó.

La caída fue un descenso controlado. Sentía el viento acariciar mi rostro y, a medida que me aproximaba al suelo, el ruido de la música se hacía más intenso, mezclándose con los latidos de mi corazón no-muerto. El aire me llevaba consigo y sentía un apretón en el estómago mientras pasaba con rapidez los pisos de bajada. La adrenalina fluía por mi cuerpo como un subidón electrizante. Mis pies aterrizaron en el suelo de la terraza del piso setenta y ocho, marcándolo con una suave grieta, y me levanté con la mirada firme, dispuesta a enfrentar cualquier desafío que me esperase. Caminé hacia la entrada, mi chaqueta larga balanceándose al ritmo de mis pasos y haciendo juego con mis botas de combate que llegaban hasta media pierna. Me ajusté el cabello en una cola alta, asegurándome de que nada estorbara mi visión o movimiento esta noche. Nolan me seguía de cerca, vestía todo de negro y la camisa ajustada estaba comenzando a hacer que

las mujeres voltearan a mirarlo en exceso. Al acercarme a la puerta, le sonreí al portero. No necesité decir una palabra; simplemente le pedí amablemente con mi mente que me dejara pasar y así lo hizo, descorriendo la cuerda de terciopelo que bloqueaba el acceso. Escuchaba las quejas de todas las personas en la fila mientras avanzábamos hacia adentro. Murmullos de descontento y envidia se filtraban por el aire, pero no me afectaban. Estaba acostumbrada a despertar reacciones en los demás, ya fueran de admiración o de resentimiento.

Una vez dentro, el ambiente de El oráculo me envolvió completamente. La música vibraba a través del suelo y las paredes, como si el mismo edificio pulsara con vida. Las luces estroboscópicas bailaban a través de la multitud, reflejando en los rostros una mezcla de éxtasis y anticipación. Avancé entre la multitud, sintiendo cómo la energía del lugar se sincronizaba con la mía. Con cada vibración de la música resonando en mi pecho, me sentía más viva, más en control de mi destino, a pesar de las sombras de mi pasado que continuaban acechándome. La música me llamaba con una vibración feral que resonaba en cada rincón de mi ser, porque si algo aún tenía de mi vida humana, era el amor por la música electrónica, esa que te hacía vibrar hasta la última célula.

—Esto está buenísimo —dijo Nolan

—Lo sé, el *DJ* promete.

Me acerqué a la barra y pedí un *shot* de Gurgel, el licor más ácido y maldito que había probado en años. Pero, precisamente hoy; necesitaba apagar mi mente de preocupaciones y olvidarme de las malditas visiones, sueños y gritos que me asediaban sin descanso.

—Porque la noche sea decente —dije.

—Vamos que se puede —replicó Nolan mientras ambos bebíamos el trago.

Un hombre se acercó a mi lado en la barra y me sonrió con una intensidad que casi me hizo retroceder. Tenía los ojos azules, intensos y penetrantes, y el cabello oscuro… Oscuro como Kane. Mi mente divagó por un segundo, arrastrándome hacia un recuerdo doloroso. Escuché en eco las palabras de Kane: *«*Te quiero, Mirah*»,* y yo, prometiéndole que no sería su último día. Maldita sea, mis promesas habían resultado ser una mierda vacía.

Sacudí la cabeza ligeramente, intentando alejar esos pensamientos, y me concentré en el hombre que tenía frente a mí.

—Hola —dijo con una voz intensa.

—Hola —respondí desinteresada.

—¿Qué te trae por aquí? —preguntó.

—Pasar un rato diferente —dije intentando sonar casual, aunque una parte de mí se agitaba con la curiosidad y la necesidad de distracción—. ¿Y tú?

Él se inclinó ligeramente hacia mí, su sonrisa se amplió.

—¿La misma razón que todos, supongo? Escapar un poco de la realidad, aunque sea por unas horas.

Su voz ahora era suave, pero había un matiz de seriedad que sugería que sus razones podrían ser tan profundas y oscuras como las mías. Le devolví la sonrisa, aunque la mía estaba cargada de una tristeza que no podía disimular completamente. Tomé el siguiente *shot* de Gurgel y lo bebí de sopetón, sintiendo cómo el líquido ardía en mi garganta y prometía un olvido temporal de mis tormentos, aunque requeriría al menos unos diez de esos para borrar algo de mi consciencia vampírica.

—Aunque quizás buscas más bien… ¿ahogar memorias? —preguntó, observándome con una mirada que intentaba descifrar más de lo que mostraba.

La pregunta me golpeó más fuerte de lo esperado.

—Quizás —admití—. Y, bueno, quizás también algo de redención, si es que eso se puede encontrar en un lugar como este. —Pedí otro *shot* y lo bebí completo de un golpe. El chico me observaba con una intensidad que casi podía sentir físicamente—. ¿Algo más…? —pregunté, intentando romper esa mirada penetrante.

Se rio sutilmente.

—No. Realmente estaba observando tu dedicación a querer borrar tu conciencia esta noche —respondió con una sonrisa irónica. Le devolví la mirada y me reí, encontrando un destello de humor en su comentario—. Sin embargo, creo que deberías ir por algo más fuerte. Ese trago no te va a noquear, si es lo que esperas… Inmortus.

Sus palabras me hicieron abrir los ojos como platos y dejar el vaso en la barra con un pequeño golpe. Mi reacción fue inmediata. Era imposible que supiese que era una Inmortus, llevaba puestos mis *citysense.*

La mano de Nolan se estrelló contra el cuello del tipo.

—Calma, calma, vengo en son de paz —dijo, pero Nolan solo intensificó el agarre.

—¿Cómo…? —pregunté.

—Faustus me dijo que vendrías, al menos con tu descripción física. —Acercó su mano a su brazalete y movió el dedo índice a la izquierda sobre él, sus ojos cambiaron de color por un momento revelando sus iris rojos—. Te muestro los míos si me muestras los tuyos —dijo sonriendo.

—Vaya —Nolan lo soltó —. Inmortus, un gusto —dije con un saludo informal entre los de nuestra especie y procedí a deslizar el dedo sobre mi brazalete para que viera mis iris rojos y luego los volví a su nueva o antigua normalidad, verdes.

—Mi nombre es Rohan, soy un amigo de Faustus —dijo, extendiendo su mano en un gesto de presentación formal—. Vamos, los demás te están esperando.

DOCE: Por-to-dos-los-mal-di-tos-vam-pi-ros
MIRAH

Caminamos juntos hacia la sección VIP, un área apartada y más tranquila, ideal para conversaciones más privadas o para simplemente observar la fiesta desde una distancia prudente. A medida que avanzábamos, la música seguía retumbando, pero el sonido se atenuaba ligeramente, permitiéndonos hablar sin tener que elevar demasiado la voz. Los syntz, con eficacia programada, abrieron la cuerda que delimitaba el área VIP. Al entrar, pude notar las paredes de un vidrio completamente imperceptible, casi inmaculado de lo limpio que estaba. Al cruzar podía notar de inmediato cómo todas las miradas se dirigían hacia mí. No había duda de que mi naturaleza no pasaba desapercibida y que, por sus iris no escondidos, todos ellos eran vampiros.

—Todos, ella son Mirah y Nolan —dijo Rohan presentándonos a los demás, que yacían sentados alrededor de una mesa de juego de póquer virtual, las cartas eran una especie de hologramas que flotaban frente a los jugadores.

—Hola —dije con un tono bajo y medio ansioso. Mis ojos se encontraron con un destello rojo en las sombras. El cabello rubio claro casi blanco y una estructura ósea envidiable era reconocida. Faustus. Llevaba una camisa negra semisedosa un poco abierta que dejaba ver unos tatuajes en el pecho y unos pectorales bastante definidos. Mientras me veía esbozó una amplia sonrisa y tal como recordaba la sonrisa era anormalmente cautivadora. Su olor me golpeó la nariz, algo cítrico, limón, naranjas, maracuyá.

Se arrodilló frente a mí.

—¡Varmani Inmortus! —exclamó con una voz llena de deleite—. Qué bueno que hiciste acto de presencia —dijo con un tono áspero, como si verme fuese parte de un trámite—. Un gusto —dijo extendiendo su mano hacia Nolan—. Aquí pueden desactivar sus contactos, estamos en casa.

—¿Casa?

—Oficialmente este es nuestro espacio seguro. Así que podemos conocernos mejor ahora, el Dhampyr que conociste, Vals, es parte de nuestro séquito —dijo Rohan.

—¿Ustedes todos pertenecen a lo mismo?

—Sí, *chérie* —dijo Faustus—. Somos la Supremacía Inmortus, servimos a las Varmani. Somos un grupo selecto de vampiros, ellas nos buscan, nosotros no las buscamos, ellas nos escogen. La mayoría de nosotros somos Sanguinum.

—Los que controlan la sangre —dije.

—Sí. Dice la leyenda que somos una especie de guardianes del vampiro original, por eso podemos sentir tu sangre, ver tus recuerdos a través de ella y de alguna forma tu conexión con las Varmani, así supe que eras una de ellas.

—¿Y cómo todo esto está conectado con las Varmani? Además de ser coleccionistas de piezas, me refiero. —Rohan miró a Faustus y suspiró.

—Hay mucha tela que cortar sobre esto y no tenemos milenos para contarte.

—Por favor —dije con una voz que rozaba la súplica y frustración—. No saben lo perdida que vivo desde que me convertí en vampiro, necesito ayuda. Necesito que me ayuden. Necesito entender mi vida, lo único que hay en ella es misterio, confusión y traición.

—Bueno —dijo Rohan con una sonrisa divertida en los labios—. No sé ustedes, pero la señorita Varmani dijo que necesita ayuda y me parece que deberíamos dársela —replicó y Faustus sonrió asintiendo.

—Está bien, Inmortus, te contaré —dijo con un tono de superioridad—. Las Varmani son muchísimo más —respondió—. Son un grupo que existe hace milenios, se mueven en las sombras y comprenden todos los movimientos del mundo normal y paranormal, tienen aliados en todas las clases, aunque siempre han sido más cercanas con los vampiros en general. Solo somos mensajeros de ellas, ejecutamos cosas que nos piden, buscamos piezas, etcétera.

—¿Qué tienen que ver con mi madre? Las cosas que vi en ese recuerdo —pregunté y se miraron fijamente, luego voltearon hacia mí

—Tu madre era una de ellas —dijo una voz apareciendo en las sombras, una estela oscura y escarchada reveló a una mujer de piel morena oscura,

cabello rizado exuberante negro y unos ojos indiscutiblemente rojos como la sangre—. Mucho gusto, soy Hash —dijo sonriendo —. Faustus, veo que ya estás acaparando el drama de la noche.

—Un gusto verte también —dijo Faustus mirándola.

—¿Tú eres del mismo grupo?

—Sí, Faustus me dijo que necesitaba estar aquí y ya veo la razón.

—Solo necesito un poco de ayuda —dije.

—Creo que necesitas ayuda con muchas cosas, Mirah. Realmente no hemos visto un caso como el tuyo jamás. Faustus me contó lo que habló contigo. La verdad es que las Varmani siempre reciben sus instrucciones por generación, pero de nuevo todo en ti es diferente.

—Bienvenida a mi desastre —repliqué frunciendo el ceño.

—Has pasado por mucho, ¿no es así? —Asentí—. Hemos —repliqué mirando a Nolan y el asintió igualmente.

—Ven —dijo Hash tomándome por el brazo. Faustus, Nolan, Hash y yo caminamos algunos metros y pasamos a un salón diferente, este tenía vidrios transparentes de color oscuro que pronto se volvieron opacos—. Estás a salvo aquí, Mirah, nadie podrá rastrearte. Ahora, tus iris cuentan una historia importante, puesto que muestran que han cambiado desde que fuiste convertida.

—¿Cómo sabes?

—Soy una Genomística.

—No «una» Genomística—dijo Faustus—. «La» Genomística

—Blablá y blablú, palabras y más, solo soy una más —replicó ella.

—Hash, eres la maldita primera Genomística Inmortus, eres la más poderosa de todas —respondió Faustus.

—Bueno, quizás sí —dijo ella mirándome con una sonrisa en los labios.

—¿Puedes ver todo en mi iris?

—Puedo ver hasta lo que no existe. Por suerte Faustus ya se había imaginado la locura y me dijo que hoy necesitaría todo mi equipo —dijo guiñándole el ojo.

—¿Esto tiene que ver con la llave?

—Tiene todo que ver.

Hash sacó una especie de cintillo con luces que pulsaban y se intercambió los *citysense* por otra cosa, algo que le permitía verme mejor. La luz de su cintillo era tan fuerte que parecía dejarme ciega. No me sentía para nada

cómoda con estas mierdas, me recordaban a Simpless. Observé su rostro concentrado, su piel oscura contrastando con las paredes pulidas y metálicas del lugar y solo pensaba que esta vampira quizás tendría el poder de desentrañar la historia de mi ser con solo mirar en mis ojos.

—¿Ustedes dos…?

—No somos pareja si eso preguntas, Faustus es como mi hermano, igual que Rohan, nos criamos juntos y crecimos juntos… Nos convirtieron juntos, bueno, y envejecimos juntos. Ahora relájate —dijo Hash, su voz baja y firme—. Los secretos de la llave siempre van a residir en ti, se transmiten en la sangre de las Varmani, ustedes pueden localizarla, pero claramente no sabes cómo. —Se acercó más a mí—. Esto será indoloro. Al menos la mayoría del tiempo —dijo con una risita.

—Si le haces daño… —dijo Nolan.

—Tranquilo macho alfa, Mirah está a salvo, pero es un lindo gesto que quieras cuidarla, aunque en un cuarto lleno de Inmortus, es poco lo que podrías hacer —replicó sonriendo y el comentario ciertamente no le agrado para nada a Nolan, quién terminó apretando la mandíbula.

Mientras Hash configuraba algunas cosas en su brazalete mi mente comenzó a adentrarse en lo que había visto en el salón de la sangre primero que todo la imagen en Simpless. ¿Sería todo lo que vi real? Si era así, Grigori había estado en la clínica y de alguna forma había estado… defendiéndome. Lo cual era más que confuso, considerando que él fue quien prácticamente me puso ahí. Pero lo que me había descolocado por completo había sido el rostro de Kyla, había algo en ella cuando veía mis iris tan diferente, en el recuerdo parecía confundida, no era el mismo rostro que había visto ese día, el rostro seguro, impertinente, ese que había exigido un beso de Kane como moneda. ¿Y tía Madeleine? Literalmente tenía un ojo como el que buscábamos, ¿quién era ella? Parecía tener poderes y los destellos rojos de sus ojos me aseguraban que era una Inmortus. ¿Qué había en la historia de mi familia que aún no conocía?

—¿Por qué tan tensa, Mirah? Te dije que nadie te encontrará aquí.

—Bueno, perdóname si no te creo, siempre hay alguien que me encuentra.

—No lo hará mientras estés conmigo, tenlo por seguro.

—¿Por qué dices eso?

—Porque mi segundo poder es bloquear la señal de los vampiros, de alguna forma no podrán olerte, ni sentirte.

—¡Vaya! Eso es un buen poder.

—Eso dicen. —Esbozó una sonrisa.

—Abre —dijo Hash apuntando unas gotitas a mis ojos.

—¿Qué es eso?

—Un trazador, la gota va a poner un nanobot en tu iris y así podré analizarlo mejor, no te preocupes, se disuelve solo en diez minutos y no te va a comer el ojo si es que eso está pasando por tu mente.

—¡Claro que no! —Bueno, sí estaba pasando por mi mente en todo caso. Asentí permitiendo que continuara—. ¿Por qué hacen esto aquí?

—Es más sencillo, nadie nos buscará aquí —dijo Faustus—. Hash nos cubre con su poder y los demás chicos nos cubren las espaldas. Además, Vals es el dueño y nos mantiene a salvo.

—¿Y quién los está buscando? —pregunté.

—¿Quién no nos busca? Es la pregunta —dijo Rohan entrando a la sala —. Dentro del mundo vampírico nos respetan y nos tienen miedo. Hash es la más poderosa que ha existido, puede descubrir cualquier secreto escondido en la mente o el cuerpo, nadie tiene su poder, todos quieren que ella se les una o a veces… aniquilarla.

—¡Vaya! No sé si felicitarte o darte condolencias —dije y Hash rio.

Hash con sus dedos comenzó a separar la imagen en capas hasta separar las piezas de mi iris.

—Quizás condolencias —dijo con un tono serio, y había algo en su mirada que me llevó a pedirle perdón—. No lo sientas, no hay sentido en ello, suficientes han sufrido por eso —dijo con un tono de melancolía.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Nolan, pero Hash no respondió.

—Perdió a su pareja, a manos de unos grupos inescrupulosos —respondió Faustus—. Querían que ella se le uniera como Genomística y dijera que ellos son dioses entre los hombres, Hash rehusó y asesinaron a Allan, estaban enlazados.

—Hash, lo siento tanto —dije tocando su brazo.

—Está bien… Ha pasado el tiempo.

—No tienes por qué hacerte fuerte, sé cuánto duele.

—Dudo que lo sepas, tu enlace está intacto, tu pareja no ha muerto.

—No porque ella no haya tratado de matarlo —replicó Nolan con risita y Hash lo miró con confusión, luego procedió a mirarme fijamente.

—Es imposible que intentes matar a tu pareja, los enlaces no lo permiten,

aun estando en frenesí tu cuerpo te obligaría a detenerte.

—Le clavé un tubo en el corazón —respondí y Hash me miró aún más confundida.

Finalmente, toda la imagen de mis iris se cargó en pantalla.

—Por-to-dos-los-mal-di-tos-vam-pi-ros —dijo.

—¿Qué ocurre? —pregunté sobresaltada.

—Jamás había visto tantas cosas apiladas en un iris, ¡por los cielos! ¿Quién eres?

—Un experimento —respondí con tono de burla.

—Sí, eso está más que claro, pero eso no lo es todo, veo información que es real, tuya, información de tu genética humana, veo cosas que han sido parte de ti desde siempre. Como esta línea aquí, trascendencia, linaje, protección.

La miré directamente. En ese momento, los roles se invirtieron; no era ella quien buscaba respuestas, sino yo quien la observaba, analizando sus intenciones, su curiosidad insaciable. Sabía que no era solo por poder o conocimiento. Había algo más en Hash, una necesidad de entender lo que era incomprensible, de desentrañar los misterios del tiempo y la vida inmortal.

—¿Cuántos años humanos tienes, Mirah?

—Veinte.

—Perdóname si no puedo estar de acuerdo, pero me dices que eres una vampira de veinte años, tus iris dicen algo totalmente distinto. ¿Ves este anillo en la parte inferior? —dijo mostrando algo que parecía una media luna.

—Lo veo.

—Ese es un anillo milenario, es imposible que tengas veinte. Faustus tiene uno como ese. —Lo miré buscando confirmación y él asintió.

—Conoces mi caso, ¿no? ¿Que Grigori me puso una especie de alma o el ADN de una vampira mucho más vieja que yo?

—Sí, eres una de las «sombras genéticas». Tienes una reputación en la comunidad, pero esto que veo aquí no es eso, esto te pertenece. Y la vampira vieja de la que hablas no llega a los mil años, conocemos la historia de Sirel Nikolai.

—No puedo tener miles de años —dije—. Tiene que ser de esa mezcla rara que hizo.

—Nada es imposible. ¿Acaso no te das cuenta de que los vampiros existen realmente? —dijo con una risita—. Tienes además el punto de recuerdos bloqueado, alguien ha estado cubriendo información de tu vida por demasiado tiempo.

—Cuando navegué su sangre me mostró recuerdos que ella desconocía —replicó Faustus.

—¡Un momento! —dije semialterada —¿Tú viste todo?

—Claro, *chérie*… *Dah*, es mi poder.

Mi cara de confusión no daba para más.

—Voy a activar algo en tu iris, es posible que te sientas un poco mareada, pero esto —dijo Hash señalando algo que parecía un lunar— es el punto de recuerdos, quizás… al estimularlo podremos obtener algo.

—Bien —respondí.

—El nanobot va a tocarlo, sentirás solo un cosquilleo.

Antes de que pudiera responder, una oleada de imágenes me envolvió, arrastrándome al abismo de mis propios recuerdos. Era como si el túnel del que no había escapatoria se abriera ante mí nuevamente, llevándome a los rincones más oscuros de mi mente. Vi el desierto oscuro, aquel donde se había manifestado el recuerdo del balcón con Grigori, el desierto yacía bajo un cielo sin estrellas, el calor abrasador de un sol que no podía quemarme pero que aún podía sentir. Vi las ruinas de una civilización olvidada, sus templos derrumbados por el tiempo, sus habitantes desaparecidos, dejando solo el eco de sus rezos en el viento. Vi a mi yo de entonces caminando en la arena… como la arena que olía Michelle en mí. Arena absolutamente oscura y que se ponía más densa a medida que avanzaba. Los rostros encapuchados vestidos de negro me rodeaban, sus voces murmurando palabras en un idioma que de alguna forma reconocía, pero que resonaba con una especie de antigua magia. Uno de ellos me sonrió, podía sentir que éramos amigos, Alekthar era su nombre, en su armadura llevaba dibujos de un chacal y escarabajos tallados en oro. A mi lado apareció una estela de sombras, no podía ver su rostro, pero tomó mi mano y sus sombras se adhirieron a la mía, como si siempre me hubieran pertenecido.

—Puedo ver algo de las imágenes también, algunas borrosas y confusas, pero algo —dijo Hash en un susurro, su voz un eco en la tormenta de recuerdos que me consumía—. Quizás eres más antigua que todos los que conocemos.

—Eso no puede ser, Hash, solo soy una chica de Lonviness, una ingeniera de *software*.

—No lo eres y tienes que dejar de actuar como humana, Mirah, solo harás lo inevitable más lento. ¿Ves esto aquí? —dijo acercando la pantalla y literalmente las marcas de mi ojo hacían un símbolo de ojo. Tenía un ojo… en mi ojo.

—¿Qué carajo?

—Este símbolo está anclado en lo más profundo de tu ADN y especialmente en la parte familiar, aquí se anclan los genes que nos trajeron al mundo. Este es un símbolo muy particular, es el símbolo del custodio, de alguien que protege, es el símbolo de las Varmani custodias.

—Hash… necesito encontrarla. Esa pieza podría tener la clave para entender todo, podría darme el poder de acabar con Grigori y rescatar al vampiro que amo… Kane.

—Solo he visto este símbolo en las Varmani, todos ellas lo tienen, no hay duda de que eres parte de su clan.

—¿Leíste los iris de ellas?

—Sí, de todas las Varmani, al menos las que he tenido el agrado de conocer.

—Necesito ahora más que nunca encontrar la pieza de la llave.

—No lo dudo. Ya hablaremos de eso. Pero hay más, mira profundamente, ¿ves cómo esto se está moviendo?

—¿Qué carajo es eso? —preguntó Nolan. Me causaba gracia que él podía medir un metro noventa, tener más músculos de los posibles y aterrarse por ver algo como eso.

—Es una especie de oscuridad en su iris —replicó Hash —. Está allí como latente, solo he visto esto en diarios del antiguo Egipto, personas conectadas con dioses y… demonios, aunque todos seamos descendientes de Asmodeus, según la leyenda, esta oscuridad habla de algo más allá, más poderoso o cercano al demonio. Creo que eso de las imágenes que vimos hace unos momentos tiene que ver con esto.

—Ahora sí que me volveré loca.

—¿Te has desmayado recientemente?

—Solo cuando uso mis poderes a gran escala.

—Tiene mucho sentido que pierdas el conocimiento, tu cuerpo no compagina con tu poder, tienes demasiado poder contenido en tu cuerpo,

poder gestado por milenios y tu cuerpo de veinte años no puede manejarlo, es posible que eso drene tu energía y termines desactivada, desmayada…

—Joder, lo que faltaba. ¿Tengo que cambiarme de cuerpo?

—No sería mala idea, es decir, se puede arreglar —dijo con una risita.

—Me estás jodiendo, ¿verdad?

Hash me miró con burla en los ojos.

—No, solo requiere una bruja oscura y una Genomística y *voil*à, cuerpo nuevo.

—Ah, no, gracias. En esta ocasión lo dejaré pasar, me gusta mi cuerpo.

Hash rio de nuevo.

—Veo algo más… ¿Ves este triángulo casi incompleto?

—Sí.

—Es la marca de un enlace, muy antiguo.

—¿El de Sirel y Grigori?

Faustus arrugó la cara.

—¿Qué ocurre?

—Faustus tiene un tema personal con Grigori —respondió.

—Somos dos —dije.

—Lo mío es un poco más complicado, aunque quizás asumo que te compete.

—¿A qué te refieres?

—Yo creé a Sirel —respondió Faustus—. No estábamos enlazados, pero nos habíamos enamorado. Eso fue hasta que ella decidió apiadarse del idiota de Grigori, cuando lo convirtió, ellos desarrollaron un enlace y pasé a ser el segundo plano.

—Parece que tiene un patrón —dije sarcásticamente.

—Cuando ese imbécil y yo nos volvamos a encontrar, le arrancaré uno a uno los pedazos del cuerpo.

—Ponte en fila —repliqué.

—Créeme que Faustus tiene formas muy jodidas de torturar —dijo Rohan —. Ha sido el torturador favorito de las Varmani por siglos.

Miré a Faustus con la boca entreabierta.

—¿Trabajas para las Mordred y Varmani?

—¿Qué te puedo decir? Soy un doble agente.

—Eso parece común en los vampiros —repliqué.

—Es que nos aburrimos, *chérie*, necesitamos vivir con adrenalina —

respondió sonriendo.

—¿Cuántos muertos pesan en tu conciencia?

—Ninguno, la verdad, amo asesinar, *chérie*, ahora, si tu pregunta se refería a ¿cuántos he asesinado? Miles, cientos de miles. He transitado todas las guerras del mundo y todas las que se han ganado ha sido gracias a mí.

—Qué modestia —dije y él soltó una risita burlona.

La verdad es que no estaba claro qué tan bueno sería tener aliados trastornados como él.

—Volviendo al tema —dijo Hash—. No es el enlace de Sirel y Grigori, esto es más antiguo. El enlace de Grigori es toda esta mierda punteada que recubre tu iris, no sé por qué es tan estruendoso, demasiado forzado. Pero este triángulo incompleto es como suelen verse los enlaces, de tamaño normal, pertenece a un enlace milenario, una pareja que vive aún, por eso no ha desaparecido.

—¿Estoy enlazada con un vampiro milenario?

—Es lo que dicen tus iris y ellos jamás mienten.

Mi mente comenzó a dar vueltas. ¿Cómo mierda podía estar enlazada con un vampiro milenario? Eso era imposible. Cada fibra de mi cuerpo amaba a Kane. Grigori no tenía miles de años y el único milenario que acababa de conocer era Faustus y sí, claramente no estaba nada mal, pero ya le tenía aversión a los rubios. Además, lo único que me interesaba era recuperar a Kane.

—Pero ¿cómo es posible que Kyla no haya notado esto antes? —preguntó Nolan.

—¿Kyla? ¿Como Kyla de Landerlet? —preguntó Hash con un tono de odio.

—Sí, ¿la conoces?

—¡Kyla de Landerlet es una maldita víbora! En el mundo de los Genomísticos ha perdido el respeto después de prestarse para actos cuestionables.

Arrugué la cara y tuve un bajón de presión arterial, si es que eso aún existía en mi cuerpo vampírico, había gato encerrado en todo esto.

—¿Qué tan cuestionables?

—Modificación ilegal de iris. Cubrir cosas, moverlas de sitio sin el permiso del vampiro, siempre se salva porque su hermana, Aria, está sumamente conectada y la saca de apuros. Un momento —dijo Hash

interrumpiendo su línea de explicación—. ¿Me estás diciendo que Kyla revisó tus iris?

—Sí, ella vio mi enlace con Grigori y me llevó con él.

—¡Por la mierda!¡Todo tiene sentido! —gritó Hash—. Kyla es una Genomística muy buena, es una maldita, pero muy buena. Tendría que haber notado esto como algo inapropiado y reportarlo a la central de código genético vampírico y yo me habría enterado. Pero no lo hizo, lo que quiere decir…

—Que ella está involucrada —completó Faustus.

—Lo más seguro —replicó Rohan—. Se vende al mejor postor.

—¿Estás diciendo que ella podría haber puesto el enlace de Grigori ahí? —pregunté consternada.

—Sí, ella podría haberlo hecho, no sería algo nuevo considerando los rumores sobre ella. Tengo que hurgar más profundo, Mirah. El enlace que tienes con Grigori es demasiado forzado, es por eso que pudiste intentar matarlo, realmente no es un enlace formado, está hecho de patrones de deseo intenso, necesidad, la forma de crearlo fue casi perfecta, pero no llega al final, no es esa conexión intrínseca del enlace de *«Devos»* como tal, donde comparten poderes y pueden verse donde sea que estén, encontrarse entre sueños y otras cosas. Es un enlace creado para confundir, para desear, para despistar…

—Espera —dije rebobinando—. Hash, hay alguien con quien yo siento esas cosas.

—¿Otro vampiro?

—Sí, es un vampiro que también fue creado genéticamente, es el que Grigori tiene preso, se llama Kane, lo he visto en sueños, en visiones, y hay algo particular, él tiene un poder llamado control de cronos.

—El tiempo… vaya. Hace mucho tiempo no vemos uno de esos.

—Yo soy la única que no se congela cuando él detiene todo.

Hash abrió los ojos como platos.

—Eso sería imposible. A menos que estén enlazados. Pero ¿has tenido alguna conexión con él? ¿Has sentido el enlace?

—Siento muchas cosas por él, pero nunca tuve una visión del enlace como la tuve con Grigori.

—Podría ser por lo que ocurre en tus iris, Mirah, necesitamos profundizar en esto. Pero, espera, si este vampiro fue creado por Grigori, ¿no tiene

pocos años? Tu enlace es con alguien que ha vivido por milenios.

—Tiene veinticinco, pero, en su defensa, también me dijiste que yo parezco tener milenios y no es así.

—Tienes razón, todo esto es sumamente extraño, supongo que es lo que ocurre cuando se intenta crear artificialmente un vampiro.

—¿Se puede arreglar esta mierda?

—Mirah, tus iris son un misterio —dijo Hash—. Uno que podría ser lo más épico que he visto en mi vida —dijo riendo—. Pero claro que podemos arreglarlo. Hay varias cosas que tenemos que hacer, una es eliminar esta porquería que te pusieron en el iris, advierto que no será sencillo y altamente doloroso.

—¿Eliminará mi enlace con Grigori?

—Sí.

Miré a Nolan con los ojos llenos de lágrimas sintiendo que este momento podría cambiarlo todo. —Entonces no me importa si duele.

—Mirah… —dijo Nolan—. Te tengo.

—Decidida —dijo Faustus con una sonrisita.

—Lo otro es analizar mejor la estructura del símbolo del ojo para comprender qué más hay ahí —dijo Hash—. Y finalmente confirmar si Kyla fue quien hizo esto.

—Bien. Si no les molesta, antes de empezar. ¿Qué carajo es lo que hay en Karakum? ¿Qué es lo que abre la llave? ¿Alguien sabe?

Entonces Faustus se sentó con una pose desenfadada, apoyando los codos en la parte de atrás de los sofás del área VIP y las piernas levemente cruzadas.

—Es un lugar altamente energético, ha sido el lugar de muchos vampiros poderosos porque se sienten atraídos por la energía de ese lugar.

—¿Y eso es todo?

—Hay una leyenda —dijo Rohan—. Sobre una fuente de poder, algo que le perteneció al primer vampiro y que cuenta que espera allí para ser reclamado. Alguna especie de poder que pertenece a las sombras. Sabemos que Grigori ha estado tratando de llegar a él por siglos, si logra obtenerlo, todo el mundo vampírico se irá a la mierda. Grigori no podría ser un rey, es un dictador y sería aún más peligroso para los humanos.

—También se dice que es una puerta al infierno —dijo Hash.

—¿Es normal que todo esto parezca sacado de un libro de fantasía? —

pregunté con confusión.

—Somos vampiros, *chérie*, todo es posible. Quizás alguien está escribiendo nuestra historia mientras hablamos. Si es así, agradezco que me hayan hecho un personaje tan envidiablemente perfecto —replicó Faustus y puse los ojos en blanco.

Solté una risita.

—¿Y por qué una puerta al infierno?

—Las leyendas dicen que los vampiros somos descendientes del demonio Asmodeus y que Karakum fue su casa —replicó Hash—. Pero también se dice que había dioses ahí, todo es sumamente confuso. La historia vampírica es una de las más crípticas de todas.

—¿Me estás jodiendo?

—Hay ángeles también, *chérie*… —dijo Faustus—. Solo que no se molestan en bajar a este plano. La última vez que vi a uno fue hace unos mil años, salvó a una mujer, Uriel, era un buen tipo, aunque apenas me vio se le encresparon los nervios.

«Ángeles y demonios, dioses… vampiros, lobos. Necesitaré ser una syntz y tener más *yottabytes* de memoria»

—Los Varmani custodian Karakum y la llave es lo único que lo abre —dijo Hash—. El gran problema es que las demás piezas de las llaves están perdidas, dijeron que vampiros las robaron.

—No lo están —dije—. Yo las tengo.

Todos me miraron con sorpresa y luego sonrieron.

—¿Tú robaste las piezas de esos lugares?

—Mis amigos y yo —dije mirando a Nolan—. Algunas cajas tenían un ojo como el de la llave de Karakum.

—El ojo solo puede ser visto por los Varmani, no esperaría menos de alguien que tiene el símbolo en su iris —dijo Hash—. Entonces eres lo más cercano a llegar a encontrar lo que sea que hay allá.

Mi mente dio algunas vueltas recordando que, aunque yo pudiera ser una Varmani, no era la única que había visto el ojo en la caja… Kane también lo había podido ver. ¿Era él un Varmani? Era imposible, solo éramos mujeres.

—Escucha, Mirah, es muy importante proteger el poder de Karakum. Si Grigori llegara a controlarlo sería un caos y la verdad es que el mundo vampírico tiene miedo, lo que están haciendo las Mordred… despertar a Xenon es una situación terrible, es por eso que el mundo vampírico se está

dividiendo y el liderazgo de Grigori se está tomando más en serio. De alguna forma ir a nuestro origen, asegurar lo que hay allá, podría traernos calma y, además, noticias de cómo el vampiro continuará viviendo en el mundo de los humanos y la tecnología, si está en las manos correctas, podríamos derrocar a Grigori.

—Pero se supone que la IA ayudará a destruir a Grigori.

—No solo a Grigori. El bastardo tiene que morir, es un rey proclamado por vampiros esnobistas… —respondió Faustus—. Pero esta IA es algo fuera de lo común, nadie la puede controlar, Mirah, nosotros estábamos despiertos cuando estuvo encendida antes, Xenon es una maldita loca, si es que se le puede llamar así a una IA, está descarriada, se autocreó, se autoinstruyó, antes de que la desactivaran básicamente dijo que el problema del mundo eran las especies alternativas y que a excepción de los humanos y syntz, todo lo demás debía ser eliminado. Si la vuelven a encender lo más seguro es que quiera eliminar a los vampiros, lobos, a todos. Eso es lo que ha hecho que los de Lonviness se organicen bajo un liderazgo como en épocas antiguas, tienen miedo y necesitan un rey. Los Varmani no están contentos con la situación… Kyox también busca inclinar la balanza a su lado, ella también quiere poder.

—¿Tú no tienes miedo? —pregunté mirándolo a los ojos.

—Tengo más de un milenio viviendo, *chérie*, si supieras las batallas que he pasado, las cosas que he hecho y experimentado. A estas alturas nada me da miedo.

—Eso es porque no te has enamorado de verdad —dijo Hash—. Cuando te enlazas, el miedo de que tu pareja muera es algo que te cambia por completo.

—Espero entonces no enlazarme jamás —dijo Faustus—. Prefiero seguir follando libremente como conejo en el mundo, sin preocuparme de quién muera a mi alrededor.

—Eres todo un romántico, ¿no es así? —pregunté con sarcasmo.

—*Chérie.* La gente no necesariamente me busca para el romance, si entiendes a qué me refiero.

—Faustus tiene un problemita de temperamento —dijo Hash—. Quizás es mejor que no se enlace.

—¿Quieres compartir? —dije mirando a Faustus y él solo sonrió.

—Faustus mataría un planeta entero si se enamora —replicó Hash—. Lo

hizo una vez por Sirel, en pequeña escala, imagínate si se enlaza, nadie descansará en paz.

—Vaya… entonces el problemita no era tan pequeño —repliqué y procedí a cambiar de tema rápidamente.

—Bien, entonces procedamos con tu restitución de iris, ¿te parece?

—Bien, aquí vamos — repliqué.

PARTE II

LUCHAS.

«*No hay peor monstruo degenerado y pervertido*
que un político, un rico noble o un clérigo».

Marqués de Sade.

«Es curioso cómo parece que mientras más se va todo a la mierda, mientras más guerras y peleas hay en el mundo, más felices son mis creaciones, ¡vaya! Jamás pensé que serían tan divertidas».

Diario de Asmodeus. Encontrado en el 2035.
Excavación de Turkmenistán.

TRECE: Todos son traidores
MIRAH

—No será agradable, va a doler, puedo sedarte si quieres —dijo Hash.

—¿Con qué? —pregunté.

—Vakta —respondió Faustus.

—¿Qué demonios es eso?

—Esencia de Voyh pulverizada.

—¿Qué? —Nolan se sobresaltó.

—Ah, no la conocen, es una historia larga, pero es como una droga que se obtiene de la sangre de Voyh y se vende en el mercado negro, no nos mata claramente, pero nos pone a volar, y, créeme, no quieres saber cómo se obtiene.

—¡No! —dije con firmeza—. No quiero nada raro. Quiero estar consciente, quiero sentir cada pedazo de dolor mientras su esencia es arrancada de mi cuerpo.

—Te tengo —dijo Nolan agarrando mi mano con firmeza—. Estaré aquí todo el tiempo, ¿vale?

—Vale, gracias —repliqué.

—Me agradas cada vez más, *chérie*, naciste para ser vampira —dijo Faustus apareciendo a mi lado, su estela era algo impresionante, eran micromurciélagos como los de Grigori, pero llenos de partículas plateadas que flotaban por todo el lugar.

—Voy a entrar —dijo Hash con una calma que no coincidía con la tensión en el aire.

Me recosté en la silla con calma. El dolor comenzó de inmediato, como si una corriente eléctrica me recorriera el cuerpo desde los ojos hasta cada fibra de mi ser. No era un dolor físico, aunque lo sentía en los huesos; era algo más profundo, más primitivo. Hash había advertido que el proceso no sería fácil, pero ninguna palabra podría haberme preparado para lo que

estaba sucediendo dentro de mí. Todo lo que ella tenía que hacer era romper el enlace que Grigori había dejado dentro de mis iris. Sentí la primera incursión de su poder como si una garra invisible se hundiera en mis ojos. Me sacudió de tal forma que apenas logré respirar. Faustus y Rohan estaban a mi lado, sus manos sosteniéndome.

—Aguanta, Mirah —susurró Hash, pero su voz parecía lejana, como si ya estuviera sumergida en mi interior, rastreando las marcas que Grigori había dejado.

El dolor creció, un fuego desgarrador que se extendía desde el centro de mi cráneo hacia mis extremidades. No pude evitarlo; comencé a temblar y las sensaciones explotaron en mi mente. Nolan me sostenía con toda su fuerza. Todo lo que había vivido con Grigori, cada mirada, cada toque, cada beso apasionado desfilaba ante mí, aferrándose con uñas y dientes a mi conciencia. Pero algo estaba cambiando. A medida que Hash profundizaba en el enlace, esos recuerdos, que antes estaban teñidos de lo que creía que era amor, comenzaron a distorsionarse. Ya no eran momentos de intimidad, sino de puro deseo, de necesidad y manipulación.

El amor que pensé que había sentido por él se desintegraba, convirtiéndose en algo frío, vacío, carente de profundidad. Grigori nunca había buscado amor en mí, solo poder. El sexo, el deseo, la lujuria, todo había sido una herramienta para controlarme, para hacerme suya de la manera más básica. Lo que yo había confundido con amor no era más que una ilusión, un espejismo tejido a través del vínculo que ahora Hash intentaba romper. El dolor no disminuía. Al contrario, crecía con cada segundo que pasaba. Mis uñas se clavaron profundamente en la palma de mi mano, buscando una forma de mantenerme cuerda y de no caer bajo el peso de lo que estaba descubriendo, sentía la sangre correr en mis manos. Mi garganta se llenó de algo espeso y el sabor metálico de la sangre me llenó la boca, pero no me importaba, tenía la fuerza suficiente, tenía que sacarlo de mí, sufriría lo que fuese necesario con tal de borrar su esencia de mi cuerpo para siempre. Los objetos a mi alrededor comenzaron a temblar y, antes de darme cuenta, flotaban en el aire. Todo mi entorno se sacudía. Los muebles levitaban a mi alrededor. Pero no me importaba. Solo sentía el dolor, solo sentía el peso de la verdad aplastándome.

—Mirah, quédate conmigo —dijo Nolan— Tú puedes.

Hash empujó más hondo, buscando el núcleo del enlace. Fue entonces

cuando la verdadera agonía comenzó. Una ola de recuerdos, fragmentados y distorsionados, inundó mi mente. Vi las veces en que Grigori me susurraba promesas vacías, órdenes disfrazadas de ternura. Vi su rostro, siempre seductor, pero sus ojos… Sus ojos nunca mostraron el amor que yo pensé ver. Comencé a llorar, pero las lágrimas no ofrecían alivio. El dolor emocional era tan fuerte como el físico. Quería arrancarme los ojos, quería escapar, pero no podía. Estaba atrapada en mi propio cuerpo, enfrentando la cruda realidad de lo que Grigori me había hecho creer. Y entonces, cuando pensé que no podía soportar más, algo cambió. Los recuerdos de Grigori comenzaron a desvanecerse y, en su lugar, vi a Kane. Fue un destello al principio, un atisbo de su sonrisa… pero luego llegaron más. Su rostro se volvió más claro, sus ojos, siempre brillantes con una mezcla de ternura y fuerza, me miraban con una intensidad que nunca había sentido con Grigori. Este no era el deseo insaciable que me había consumido antes. No. Lo que sentía por Kane era diferente, era real. Sentí un amor profundo, un amor que había estado ahí todo el tiempo, enterrado bajo capas de manipulación y engaño. Y, como si un muro se rompiera en mi interior, todos los recuerdos de Kane comenzaron a fluir. Cada conversación, cada toque suave, cada momento que habíamos compartido se presentaba ante mí, puro, sin distorsiones.

A medida que Hash seguía trabajando en el enlace, recordé más cosas. No solo de Kane, sino de lo que Grigori me había hecho. Fue como si un velo se levantara. Lo vi claramente, dándome órdenes, manipulando a quienes me rodeaban, mientras a mí me encerraban en una cápsula, sometiéndome a experimentos. No era amor lo que me ataba a Grigori.

Un grito desgarrador escapó de mis labios, por suerte la música electrónica de fondo lo cubría a la perfección. El dolor era insoportable, pero algo más estaba sucediendo. A medida que Hash eliminaba el último vestigio del enlace, sentí una libertad que nunca había experimentado. Mis poderes se desataron por completo. Los objetos a mi alrededor se elevaron más alto, chocando contra las paredes, las luces parpadeaban y sentí que toda la habitación temblaba con la misma furia que ardía dentro de mí.

—¡Mirah, calma! —Escuché la voz de Nolan pero sonaba lejana, como si estuviera detrás de una capa de neblina.

El dolor comenzó a disminuir lentamente, dejándome una sensación de vacío en el pecho que apenas podía comprender. Sentía las manos de Nolan

todavía apoyándome, pero no podía concentrarme en ellas. Algo más estaba ocurriendo en mi interior, algo que ni siquiera entendía por completo.

Me enfoqué en Kane. El simple pensamiento de su nombre envió un latido profundo, casi doloroso, a través de mi pecho. No era como lo que sentía antes. Este amor era tan poderoso que casi me asustaba. Era como si al recordar quién era realmente Kane, algo más se desbloqueara dentro de mí. El aire a mi alrededor cambió. Sentí un cosquilleo en la nuca y la habitación que me rodeaba parecía desvanecerse.

Hasta que una visión llegó a mi… Kane. Estaba frente a mí, sus ojos oscuros, sus iris eran distintos, negros como la noche, pero de él salían hilos que se filtraban hacia su esclera, alrededor de todo había sombras, paredes, techos, todo hecho de hilos oscuros. Me envolvió en sus brazos antes de que pudiera decir una palabra y su boca cayó sobre la mía en un beso ardiente. No era como los besos de Grigori, llenos de control y necesidad. No, el beso de Kane era profundo, lleno de deseo, sí, pero también de algo más, algo que resonaba dentro de mí como una verdad eterna.

El tiempo parecía detenerse mientras nuestras bocas se buscaban, una y otra vez, como si estuviéramos destinados a repetir ese momento por toda la eternidad. Sentí el calor de su cuerpo contra el mío, la forma en que sus manos se deslizaron por mi espalda, firmes, seguras, mientras mi propia respiración se volvía más irregular. En ese momento no existía nada más que nosotros dos. El amor que sentía por él se expandía dentro de mí, abrumador, inconmensurable. Sentí la familiaridad de ese instante, como si no fuera la primera vez que compartíamos ese momento, sino solo un eco de muchos otros que habíamos vivido.

—¡Mirah! —exclamó Hash de repente. Su voz me sacudió, volviéndome al presente.

Confundida, me giré hacia ella, tratando de entender qué estaba pasando. Vi que su mirada estaba fija en mis ojos y sentí un calor extraño en ellos—. El triángulo… está brillando —dijo Hash con un asombro en su voz que nunca le había escuchado antes.

Entonces sucedió algo que nunca habría esperado. Sentí una atracción, una fuerza invisible que me jalaba, tirando de mí. Cerré los ojos instintivamente y, en el silencio que siguió, sentí que algo dentro de mí se liberaba. Era mi visión de sangre, esa habilidad que había aprendido a manejar, pero ahora era más fuerte, más clara. Los hilos rojos que siempre

veía comenzaron a aparecer, conectándose en un patrón que no entendía del todo, pero que me guiaba. Y lo seguí. Lo seguí sin dudar. Fue como si mi mente viajara a través de esos hilos, tiempo, espacio, moviéndose a una velocidad imposible. Atravesé lugares que apenas reconocía, pero sabía que no importaban. Solo había un destino, y lo encontraba más y más cerca a medida que me adentraba en ese viaje mental. Entonces lo vi. Kane. Estaba en un campo lleno de flores, parecía Lonviness, iba caminando. Su figura parecía inalterada, pero había algo en su paso, algo en la forma en que su cuerpo se movía, que me hizo sentir como si siempre hubiera estado ahí, buscándome sin saberlo. Mi corazón se aceleró. ¿Podía verme? ¿Sabía que estaba allí, dentro de él, de alguna manera?

En ese momento, él se detuvo. Kane levantó la cabeza y nuestras miradas se encontraron, aunque estábamos a mundos de distancia. Lo supe entonces, en ese segundo eterno: él me sentía, tal como yo lo sentía a él. Como si estuviéramos conectados más allá del espacio y del tiempo. Un vínculo tan fuerte que ninguna fuerza, ni siquiera la manipulación de Grigori, podría romperlo.

Y, luego, todo desapareció. Como un sueño que se desvanece al despertar.

Mi corazón seguía latiendo descontrolado, pero ya no por el dolor. Era el amor lo que lo mantenía agitado, el amor profundo e inquebrantable que sentía por Kane.

Los objetos cayeron al suelo, la sala quedó en silencio y me senté poco a poco con las lágrimas fluyendo sin control. Ya no sentía el vínculo con Grigori. Estaba libre. Libre para recordar quién era, para recordar lo que Kane realmente significaba para mí, y libre para enfrentar la verdad de lo que me habían hecho.

Pero la libertad no llegaba sin su propio precio. Ahora sabía que el peligro que representaba Grigori era mucho más profundo de lo que jamás había imaginado. Él me había controlado, me había utilizado y lo había hecho con la ayuda de aquellos que una vez consideré aliados.

Pero ya no. Ya no me controlaría. Y ya no huiría de la verdad.

—Mirah —dijo Hash con una voz que denotaba susto y rabia—. Lo siento tanto, todo lo que hicieron contigo es atroz.

—¿Qué viste, Hash? ¡Dime!

—Lo siento, Mirah —dijo Hash—. Jamás pensé que alguien con mi mismo poder se prestara para esto, fue ella, siempre fue ella. Kyla modificó

tu iris, ella creó tu enlace con Grigori, ella anuló tu enlace original, encontré su huella de Genomística en tus iris.

En ese momento no supe cómo reaccionar, sentía algo que comenzaba en mis talones, algo que quizás podría consumirme entera, pero que al mismo tiempo podía controlar, muerte, poder, sangre, era todo lo que mi mente pensaba, combinado en una palabra, venganza. Porque hoy juraba al universo que no dejaría que Kyla descansara en paz, porque hoy juraba al universo que me tomaría mi tiempo y la haría sufrir como la mierda que era.

—Mirah, escucha —dijo Hash—. Debes salir de aquí pronto, tu poder llamó la atención y aunque no saben que eres tú están revisando todas las áreas. Tu enlace ya no existe ni se podrá volver a crear algo falso en tu iris, he hecho una especie de escudo en contra de otras Genomísticas para evitar que esto pase de nuevo, la pieza no tiene una ubicación específica pero mientras removía todo una ciudad arenosa vino a tu mente, tienes algo allí que se asocia con Karakum. Nadie sabe dónde queda, pero como guardiana tienes la capacidad de encontrar el camino, estoy segura de que lo harás ahora que eres libre de toda la porquería que han puesto en tu iris.

—Las Mordred… —alcancé a decir.

—¿Qué pasa con ellas? —preguntó Faustus.

—Kyox me mostró un libro, le pertenece a su clan, pero en la cubierta tiene la llave de Karakum.

—Joder —dijo Rohan con la voz un poco áspera—. Si el libro tiene eso no les pertenece a ellas, debe ser de las Varmani y quizás ha sido extraviado en el tiempo.

—O robado —dijo Hash—. Mirah, escucha, es indispensable que busques en ese libro, quizás tiene pistas de cómo encontrar Karakum.

—Puedo prestarte apoyo desde adentro, *chérie* —expresó Faustus—. Estaremos en contacto.

—Mirah —dijo Hash sosteniéndome por el brazo—. Solo hay una cosa que no pude remover.

—¿Qué?

—Un bloqueo de recuerdos específico, no ha sido hecho por una Genomística, si no por una Mentalista, no puedo removerlo, solo la persona que lo hizo podrá quitarlo. Pero no me queda duda de que esa persona llegará a tu camino. Ahora vete, antes de que alguien te encuentre y sepa lo que hicimos. Lo mejor que podemos hacer ahora es pretender que no ha

ocurrido nada en este lugar, es la mejor forma de vengarse. Estaré en contacto para que expongamos a Kyla.

—Voy a matar a la maldita.

—No, Mirah… Venganza, es un plato que se sirve mejor frío, vamos a destruirla poco a poco.

—Bien —dije extendiendo la mano y sellando una especie de acuerdo entre ambas.

CATORCE: Mil y un rostros
MIRAH

No matar a Kyla probablemente sería una de las cosas más difíciles que me había tocado hacer en mi vida, pero que Michelle no la matara, eso sí que requería la fuerza de un titán, mi mejor amiga era vengativa hasta los huesos y tenía más complejo de salvadora que yo. Apenas Nolan y yo le habíamos contado lo ocurrido en El oráculo perdió un poco el control, sus manos básicamente se habían transformado, aunque el resto de su cuerpo no, era la primera vez que le pasaba y esperábamos que la última. Mi mente estaba enfocada en dos cosas, una respirar profundo cada vez que me topaba con Kyla en algún pasillo y resistir las ganas inmensas de arrancarle el puto corazón y la otra era obtener ese libro de las Mordred. Sabía que no podía sencillamente entrar a robar, me matarían en segundos, por lo que esto necesitaba algo como en los viejos tiempos. Un plan de los Ronin.

Con esa inquietud en el pecho, reuní a mis amigos en la sala que habíamos convertido en nuestro refugio temporal. Michelle medio eufórica se sentó cerca de la ventana, sus ojos violetas atentos a cada movimiento. Cat estaba al otro lado, tamborileando los dedos en la mesa como si el silencio la incomodara, o quizás era su hiperactividad constante. Nolan y Forze permanecían de pie, imponentes como siempre, mientras Shade observaba desde la sombra, con ese aire tranquilo y calculador que a veces me sacaba de quicio.

—Necesito contarles algo —comencé, tratando de ordenar las palabras en mi mente. Los ojos de todos se posaron en mí. Inhalé profundamente—. Y no me pidan muchas explicaciones. —Las miradas de todos se llenaron de confusión—. Kyox tiene un libro… —dije, dejando que mis palabras se hundieran en el aire—. Y en la portada hay un dibujo que es importante… El ojo de Karakum, y quizá en él conseguiremos la ubicación del lugar.

—¿Y cómo sabemos que ese libro tiene algo útil? —preguntó Nolan,

cruzando los brazos con una ceja alzada.

—Lo sé —respondí con firmeza, aunque no tenía una explicación racional —. He aprendido mucho de… cosas que me han ocurrido en los últimos días. Si las Mordred tienen ese libro debe haber una razón detrás y hemos hecho mucho por obtener estas piezas, no podemos quedarnos de brazos cruzados sin encontrar el dichoso lugar.

Michelle y Nolan asintieron, confiando en mí como siempre lo habían hecho, aunque su confianza se debía especialmente a que ellos era la única que sabían todo lo ocurrido en El oráculo. Shade, en cambio, sonrió ligeramente y dijo:

—Podría escanear el contenido si logramos acceder al libro. Tengo un chip que puede replicar la información al instante.

Mi esperanza se encendió al escucharlo, pero también sabía que el desafío no sería tan simple.

—El problema es que ese libro está en una cámara dentro de las catacumbas del complejo Mordred —expliqué—. Ese lugar está altamente vigilado y solo unos pocos tienen acceso.

Forze frunció el ceño, claramente considerando las posibilidades.

—Podríamos intentar infiltrarnos, pero sería un suicidio —dijo con un tono grave—. Ellos nos detectarían al instante, Nina a veces me cuenta cosas de la seguridad de este lugar, es una maldita fortaleza.

El silencio cayó sobre nosotros mientras buscábamos una solución. Fue Cat quien lo rompió, con ese brillo travieso en sus ojos.

—Yo podría entrar —declaró con una sonrisa que anunciaba problemas. Todos la miramos, esperando que explicara.

—¿Cómo? —preguntó Michelle, visiblemente confundida.

—Pues ¿no es obvio? Puedo convertirme en Kyox —dijo Cat, como si fuera la idea más normal del mundo—. Copiar su forma, sus gestos, incluso su maldita arrogancia. Nadie sospecharía.

Mi primera reacción fue oponerme. La idea de que Cat se infiltrara en un lugar tan peligroso me estremeció, precisamente por eso no lo había sugerido en primera instancia. Pero una parte de mí también sabía que su habilidad era nuestra mejor opción.

—¿Estás segura de que puedes hacerlo sin que te descubran? —pregunté, tratando de ocultar mi preocupación.

Cat me miró directamente a los ojos, desafiante como siempre.

—Mirah, si hay alguien aquí que puede engañarlos, soy yo.

Sus palabras me dieron una mezcla de consuelo y ansiedad. Sabía que tenía razón, pero no podía evitar sentirme responsable de lo que pudiera pasarle.

—De acuerdo —acepté finalmente, cruzando los brazos para disimular mi inquietud—. Pero será bajo nuestras reglas. Shade te proporcionará el dispositivo para escanear el libro y todos estaremos listos para actuar si algo sale mal.

Todos asintieron y, aunque mi corazón estaba lleno de dudas, también sabía que esta era nuestra única opción. El tiempo corría en nuestra contra y las respuestas que buscábamos podían estar a solo un paso de distancia.

Las luces parpadeaban tenuemente en los oscuros pasillos del complejo Mordred, cada rincón parecía conspirar contra nosotras mientras Shade se encargaba de lo suyo. Estábamos en una misión tan delicada como peligrosa y mi corazón latía con fuerza, aunque trataba de mantener la compostura. Solo teníamos algunas horas para lograrlo, todo requería una coordinación demasiado importante.

Habíamos contactado a Faustus, quien por su parte se había asegurado de pedir una reunión directamente con Kyox para distraerla en el tiempo correspondiente. Cat avanzaba a mi lado, su respiración entrecortada, pero sus pasos firmes. Nolan y Forze estaban unos metros detrás, cubriendo nuestra retaguardia. Sabíamos que un solo error podría costarnos caro.

—Shade, ¿estás dentro? —susurré por el comunicador que llevaba en mi oído.

—Dame un segundo. —Su voz, siempre tranquila y confiada, era un alivio entre la tensión que nos rodeaba.

Shade había conseguido infiltrar el sistema central del complejo de una manera tan simple que parecía imposible. Conectó un chip impreso por ella misma en una de las computadoras de la cocina, un lugar donde nadie se detendría a verificar. El chip era una obra maestra de ingeniería: bloqueaba cualquier intento de rastreo, creando un *loop* eterno en las cámaras de seguridad de la cocina. Era brillante y, gracias a ello, Shade ahora tenía acceso a los movimientos de las Mordred.

—Estoy dentro. —Su voz regresó, cargada de una ligera satisfacción—. Las cámaras están en un bucle, no hay forma de que nos detecten desde aquí. Ahora… escuchen atentamente. —Shade comenzó a guiarnos con

precisión, su tono firme y sin lugar para dudas—. Avancen hasta el próximo cruce. A la derecha.

Asentí hacia Cat, quien me devolvió una mirada decidida. Nos deslizamos por el pasillo como sombras, pegadas a las paredes para minimizar cualquier ruido. Nolan y Forze mantenían una distancia prudente, vigilando cualquier movimiento que pudiera amenazarnos. Michelle mientras estaba encargada de que los Voyh no se acercaran a la zona.

—Ahora a la izquierda. Agáchense. Una Mordred está pasando cerca, pero no mirará hacia abajo.

Hicimos lo que nos indicó. Me agaché junto a Cat, mis ojos fijándose en las sombras que se movían al otro lado del pasillo. Apenas respirábamos, y mi cuerpo estaba tenso, listo para atacar si las cosas salían mal. Escuché las pisadas de la Mordred acercándose, un ritmo pesado y constante que resonaba en el aire.

—Bien. Ahora pueden moverse. Sigan recto y, cuando lleguen al próximo cruce, deténganse. Hay dos Mordred a la vuelta, pero cambiarán de dirección en unos segundos. —Shade nos guio con una precisión que parecía casi sobrenatural.

Cat y yo avanzamos rápidamente. Podía sentir la tensión en cada paso, el miedo latente de ser descubiertas, pero también la determinación de cumplir nuestra misión. No podía fallar. No esta vez. No había margen de un puto error. Llegamos al cruce y nos detuvimos, tal como Shade había indicado. Contuve la respiración mientras las dos Mordred pasaban. Por un momento, una de ellas giró ligeramente la cabeza y mi corazón se detuvo, pero Shade no falló.

—Están distraídas. No las detectarán. Avancen cuando se alejen. —Finalmente, las Mordred giraron hacia otro pasillo, y Shade dio la señal para movernos—. Crucen a la derecha. Ahora al frente. Luego a la izquierda. —Su tono era constante pero firme, como si pudiera anticipar cada movimiento del enemigo.

Nolan y Forze continuaban cubriendo el pasillo detrás de nosotras.

—Los Voyh siguen lejos de la zona —replicó Michelle en la comunicación.

Finalmente, Shade habló nuevamente:

—El pasillo está despejado. La sala que buscan está a solo unos metros. Entren rápido, pero silenciosas. Yo las cubriré desde aquí.

Asentí, aunque sabía que ella no podía verme, y avancé junto a Cat hacia la sala que Shade nos había indicado. Mi mente estaba enfocada en un solo pensamiento: un paso más hacia nuestra victoria, un paso más para recuperar lo que nos arrebataron.

El silencio en el pasillo era ensordecedor, pero cada paso que dábamos nos acercaba a nuestro objetivo. El pasillo finalmente estaba ante nosotras, una imponente puerta de piedra adornada con grabados antiguos que parecían susurrar secretos, ahora solo teníamos que pasar la seguridad.

—¡Guau! Esto sí que se ve viejo… —dijo Cat susurrando.

—Debe tener miles de años.

—Como Kyox —dijo ella guiñándome el ojo. Cat se giró hacia mí, su expresión determinada—. Es hora. —Su voz era baja, pero había una firmeza en ella que no dejaba espacio para dudas.

Con un profundo suspiro, Cat cerró los ojos y dejó que su cuerpo se transformara. La metamorfosis de los Morphidae siempre era algo impresionante de ver, pero, en ese momento, era mucho más que eso: era nuestra única oportunidad. En cuestión de segundos, su forma cambió, adoptando la figura de Kyox. Sus ojos brillaban con esa intensidad característica y, cuando se acercó al panel junto a la puerta, la cámara reconoció su iris sin titubear.

—Lo único que no me agrada es tener canas —replicó con una sonrisita.

Nos acercamos a la puerta principal, dos Mordred estaban en la entrada.

—Kyox, pensé que estarías en la reunión con el vampiro.

—Al idiota se le ocurrió hacerme esperar —dijo Cat en su forma de Kyox y yo estaba atrás de ella. Las Mordred se vieron fijamente y por unos segundos pensé que todo se había ido a la mierda, pero luego rieron.

—Es un idiota, efectivamente —dijo una de las Mordred.

—Mirah me acompañará adentro, por favor, que nadie me moleste.

Ambas Mordred asintieron y abrieron paso, Cat colocó la mano en el lector y se abrió el acceso.

Con un leve sonido mecánico, la puerta se deslizó hacia un lado, revelando un pasillo que descendía hacia las profundidades, ahí estaban de nuevo, las escaleras húmedas con olor a moho. Habíamos llegado.

—Todo despejado —dijo Shade por el canal de comunicación, su voz clara y segura—. Pero apúrense, algunas Mordred están cerca de Nolan y Forze.

—Esto no me gusta nada —murmuró Nolan a través del canal, su tono lleno de inquietud.

—Concéntrate en cubrirnos, Nolan —respondí con firmeza, aunque sentía la misma tensión en mi pecho.

Bajamos corriendo al lugar y lo vimos.

—Ahí está —dije, señalando la losa—. Presiona suavemente sobre la piedra, Cat.

Ella asintió y, aún con la apariencia de Kyox, colocó ambas manos sobre la superficie. Con un clic apenas audible, la losa se movió hacia un lado, revelando un compartimiento oculto. Una tenue luz de neón azul iluminó el espacio y allí estaba el libro del clan Abraxa con el ojo de Karakum en su cubierta, el texto se veía antiguo, imponente, lleno de secretos.

Cat entró en el compartimiento, sus pasos resonando levemente en el suelo metálico. Con cuidado, sacó el chip de su bolsillo, una pequeña pieza que se desplegó en cuanto lo colocó sobre el libro. En cuestión de segundos, el chip tomó la forma de un diminuto robot, con brazos mecánicos que comenzaron a voltear las páginas del libro a una velocidad increíble. Cada página que pasaba era escaneada, su contenido almacenado para nuestro uso.

Pero, entonces, ocurrió algo inesperado.

Una especie de muro de energía apareció entre Cat y yo, tan rápido que apenas tuve tiempo de reaccionar. Era transparente, pero emitía un brillo fluctuante que parecía cortar el aire como una barrera viva. Intenté avanzar, pero el muro me rechazó con un chispazo. Intenté moverme hacia adentro usando mi teletransportación, pero era como si el muro no lo permitiera.

—¡Cat! —grité, golpeando la superficie, pero no hubo respuesta.

Cat se giró hacia mí, sus ojos llenos de desesperación. Entonces, la luz en el compartimiento cambió. La luz ultravioleta. Se intensificó hasta convertirse en un resplandor abrasador y el grito de Cat desgarró el silencio.

—¡No entiendo qué está pasando! —grité por el canal, mi voz cargada de pánico—. ¡Shade, abre esto ahora!

—¡Estoy intentando desactivar la barrera, pero no puedo acceder a esa parte del sistema! —respondió Shade, su tono más apremiante de lo que jamás había escuchado.

Cat seguía gritando, su cuerpo encorvándose mientras intentaba cubrirse de la luz que ahora parecía quemarla. Su piel comenzaba a cambiar como si

fuera consumida por algo invisible.

—¡Haz algo! —grité de nuevo, esta vez a nadie en particular.

Nolan, Forze y Michelle también estaban desesperados por el canal.

—¿Qué está pasando? —gritó Nolan—. ¡Mirah, sácala de ahí!

Pero no podía. Estaba atrapada, impotente, viendo cómo Cat sufría ante mis ojos sin que pudiera ayudarla.

—¡Shade! —grité una vez más, esta vez con lágrimas en los ojos—. ¡Haz algo, por favor!

La voz de Shade volvió, pero no con buenas noticias.

—Esa barrera no está conectada al sistema principal. Es independiente. No puedo desactivarla desde aquí.

Mi mente corría a mil por hora, buscando una solución, cualquier cosa que pudiera salvar a Cat. No podía perderla. No ahora. La voz de Shade resonó a través del comunicador, quebrada por una mezcla de urgencia y pesimismo.

—¡Cat, aguanta, por favor! Shade, contacta a Faustus, dile que lo necesitamos aquí, ahora.

—Lo estoy contactando, pero, si está distrayendo a Kyox, dudo que nos pueda ayudar. Además, tengo malas noticias —dijo Shade—. Tengo bloqueadas las alertas en el complejo, pero si la barrera no se apaga en dos minutos, todo el complejo recibirá una alerta. —El tono que usó era el de alguien que sabía exactamente lo que estaba en juego.

Miré a Cat, atrapada al otro lado de la barrera, su cuerpo retorciéndose mientras intentaba aferrarse a cualquier fragmento de fuerza que le quedara. Su piel comenzaba a cambiar, como si se deshiciera, y la forma de Kyox que había adoptado desaparecía lentamente. Volvía a ser ella misma, pero ahora vulnerable, expuesta.

Cat cayó al suelo, convulsionando, y mis manos apretaron la barrera en un gesto desesperado. Mis gritos de frustración quedaron atrapados en mi garganta. No podía perderla.

—¡Cat! —susurré, tratando de mantener la calma, pero la desesperación en mi voz era evidente.

Nolan y Forze, aún en el pasillo, discutían por el canal. Sus voces eran una mezcla de ira y preocupación.

—¡Tenemos que entrar! —gritó Forze, su tono feroz—. ¡No podemos dejarla ahí!

—¡No puedes moverte! —respondió Nolan, más calmado, pero igualmente tenso—. Las Mordred están justo fuera del pasillo. Si nos descubren, será el fin.

Mientras ellos debatían, mi mente corría a mil por hora. No había tiempo. Me forcé a concentrarme, cerrando los ojos mientras intentaba reunir mi telequinesis, ese poder que tantas veces había sido mi última esperanza. La energía comenzó a formarse dentro de mí, un zumbido creciente en mi mente y en mi sangre.

Pero justo antes de que pudiera desatarla, sentí un cambio en el ambiente. Un murmullo en el aire, un frío que no estaba ahí antes. Abrí los ojos y ahí estaba él. Faustus. Surgió de las sombras como si las catacumbas mismas lo hubieran convocado. Su figura, alta y elegante, irradiaba esa mezcla de amenaza y carisma que lo hacía tan desconcertante. Junto a él había otro vampiro, alguien que no reconocí de inmediato. Cabello castaño oscuro, piel tostada por el sol y ojos como pozos de calma inquietante.

Él levantó las manos en un gesto de paz, su sonrisa ligeramente burlona.

—Tranquila, *chérie*. —El apodo me hizo apretar los dientes—. Estoy aquí para ayudarte. Te metiste en problemas, como siempre. Por suerte tuve una buena excusa para dejar a Kyox, pero tenemos que salir de aquí ahora. —Antes de que pudiera responder, el vampiro castaño oscuro dio un paso adelante, levantando las manos. Había algo extraño en él, algo poderoso—. Él es un amigo, créeme —dijo Faustus, señalándolo con un movimiento de cabeza—. Bueno, más o menos.

El vampiro desconocido no habló. En cambio, sus dedos comenzaron a moverse y lo que vi me dejó perpleja. Rayos. Pequeños destellos de electricidad bailaban entre sus dedos, iluminando la penumbra de la cámara con un brillo azul pálido.

Se acercó a un panel casi imperceptible en la pared de la catacumba, moviendo con destreza los rayos hacia un punto en específico. El sonido de un chasquido metálico llenó la sala y, en un instante, la barrera se desactivó y todo volvió a la normalidad. Las luces de la cámara parpadearon antes de apagarse por completo.

—*Voilà* —dijo Faustus con una sonrisa triunfante mientras extendía una mano hacia mí—. Liberada.

Corrí hacia Cat, quien yacía en el suelo, respirando con dificultad. La luz ultravioleta había desaparecido y, aunque su piel aún mostraba signos de

daño, estaba viva. Eso era lo único que importaba.

El pequeño robot que habíamos usado para escanear el libro se retrajo en silencio, convirtiéndose nuevamente en un chip que cayó al suelo. Lo recogí rápidamente, guardándolo en mi bolsillo mientras Faustus y su acompañante observaban con calma.

—Gracias por venir —dije, girándome hacia Faustus mientras levantaba a Cat.

Él inclinó ligeramente la cabeza, su sonrisa permaneciendo intacta.

—Es que me encanta el drama y un buen rescate, *chérie.*

Quise responder, pero Shade interrumpió por el canal.

—No hay tiempo para preguntas. Mordred en movimiento. Tienen que salir ahora.

—Espera —dijo Faustus y se inclinó ligeramente hacia Cat, observando sus espasmos con un aire calculador antes de volver a mirarme—. La cámara del libro estaba protegida por una luz UV combinada con partículas de muranio. Y, ahora, la sangre de tu amiga está contaminada con eso. ¡Está muriendo!

Mi respiración se detuvo un momento. Muranio. Nadie que no fuese Grigori sobrevivía al muranio. Lo sabía tan bien como él.

—Es imposible. Es… —Mi voz fue apenas un susurro mientras mis ojos se llenaban de lágrimas—. Va a morir…

Faustus dejó escapar una risa sutil, inclinando la cabeza ligeramente mientras sus ojos brillaban con un destello casi burlón.

—Ella tiene muranio en la sangre, sí. Pero yo soy un Inmortus Sanguinum, *chérie.* Lo imposible es mi especialidad.

Antes de que pudiera responder, Faustus se arrodilló junto a Cat, su rostro adoptando una seriedad que rara vez había visto en él. Extendió una mano sobre su cuerpo y su energía cambió por completo. Las sombras alrededor de él parecieron moverse, casi como si estuvieran vivas.

—Cadius, acompáñame. —Faustus le hizo un gesto al vampiro de cabello castaño oscuro que lo había acompañado. Cadius asintió sin una palabra, sus dedos aún brillando con los restos de electricidad mientras se colocaba junto a Faustus.

Faustus cerró los ojos, sus labios moviéndose en un murmullo que no entendí, y entonces lo vi: la sangre de Cat comenzó a reaccionar. Un hilo oscuro y casi líquido salió de sus venas, moviéndose como si obedeciera a

Faustus. Él controlaba la sangre directamente, separando las partículas de muranio. Su rostro mostraba concentración absoluta.

Cat dejó de convulsionar por un momento, su cuerpo relajándose levemente, pero no podía confiarme todavía. Su piel seguía fría, y el tiempo era nuestro enemigo.

—Esto no será rápido, pero funcionará —dijo Faustus, sin apartar la vista de su trabajo.

Mi mente corría mientras intentaba pensar en nuestro siguiente movimiento. Sabía que no podíamos quedarnos aquí por más tiempo.

—¡Shade! —hablé por el comunicador, mi voz llena de urgencia—. Necesitamos una salida ahora. Cat no sobrevivirá si no llegamos a un lugar seguro.

Shade respondió rápidamente, pero su tono era más tenso de lo habitual.

—No puedo garantizar un camino despejado. Las Mordred se están moviendo, no detecto que la cámara haya activado alguna alerta pero definitivamente se están moviendo más hacia allá.

Cerré los ojos, tratando de mantener la calma, pero Faustus me interrumpió sin levantar la vista.

—Ella tiene razón. Necesitamos espacio. Dale algo que los distraiga, *chérie*, o ella no saldrá de aquí.

—¿Estás escuchando mi comunicación? —dije.

—¿Prefieres que no lo haga y que tu amiga muera?

—No —respondí.

Shade, siempre rápida para actuar, sugirió algo que no esperaba.

—Voy a activar las alarmas de incendio en el hangar. Eso debería redirigir a las Mordred hacia allá. Será arriesgado, pero es nuestra mejor oportunidad.

Mi corazón se detuvo por un momento. Activar las alarmas era jugar con fuego, pero no teníamos otra opción.

—Hazlo —dije, mi voz firme.

Unos segundos después, el sonido estridente de las alarmas llenó el espacio. Shade había cumplido su palabra. La vibración de pasos apresurados comenzó a llenar los pasillos cercanos. Las Mordred estaban moviéndose hacia el hangar.

—Tienen una ventana de tiempo, pero no será larga. Teletransportarse con Cat sería la mejor opción.

—¡No! —dijo Faustus—. Llevarla en ese estado por un abismo de vacío como el tuyo la puede empeorar. —Miré a Faustus, quien seguía concentrado en Cat. Su rostro comenzaba a mostrar signos de agotamiento, pero no se detuvo—. Cadius, llévala. —La voz de Faustus era firme pero tranquila.

Cadius asintió y, con cuidado, levantó a Cat en brazos. Faustus finalmente se puso de pie, su mirada encontrando la mía.

—No está fuera de peligro, pero al menos ahora tiene una oportunidad. —Su tono era serio, pero había una pequeña chispa de confianza en él—. Ahora muévete, *chérie*. No quiero arruinarme la noche.

Apreté los labios, pero asentí. No era momento para discutir. Era momento de sobrevivir.

Llegamos a la habitación como estelas, con Cat aún en los brazos de Cadius. Su cuerpo seguía temblando, sus convulsiones cada vez más violentas. La depositó con cuidado en la cama, pero el simple contacto con las sábanas hizo que se retorciera, su piel mostrando trazos oscuros donde el muranio luchaba por consumirla desde dentro.

Faustus se arrodilló junto a ella, su rostro mostrando una concentración que rara vez había visto. Extendió sus manos sobre el cuerpo de Cat, y entonces lo vi. Hilos de sangre oscura comenzaban a salir de su piel, como pequeñas serpientes retorciéndose al ser arrancadas del lugar donde no pertenecían. Mi visión de sangre estaba activa, y lo que veía era tan fascinante como aterrador. El muranio no solo contaminaba su sangre, sino que parecía robarle cada pedazo de su energía vital.

—Pequeña vampira, aguanta —murmuré, acercándome a la cama y sosteniendo una de sus manos, fría como el mármol—. No me abandones, por favor. Te quiero. Eres mi hermana. No me dejes. —Las lágrimas comenzaron a caer por mi rostro mientras miraba cómo luchaba por cada segundo de vida—. Eres fuerte. Tú puedes. Eres más fuerte que esto. ¡Lo siento mucho! ¡Lo siento, Cat!

—Cat —susurró él en voz baja. Faustus no levantó la vista mientras continuaba extrayendo el muranio. Su energía era palpable y, aunque su rostro se mantenía estoico, podía ver que el esfuerzo le estaba costando. Cada hilo de sangre que extraía parecía absorber parte de su propia fuerza —. El muranio está profundamente arraigado. —Su voz era tensa, entrecortada, pero no se detuvo—. Está luchando contra su cuerpo y… está

perdiendo.

Mis lágrimas cayeron con más fuerza al escuchar esas palabras. El corazón de Cat, que hasta entonces había latido de manera irregular, comenzó a ralentizarse. El sonido se volvió más débil, hasta que apenas era audible.

—No… no… —murmuré, sacudiendo la cabeza mientras apretaba su mano—. No puedes hacerme esto, Cat. ¡No puedes!

Faustus finalmente levantó la vista, su mirada seria y calculadora, pero con un destello de preocupación que no podía esconder.

—Está perdiendo demasiada sangre. —Su tono era directo, casi frío, pero sabía que era su forma de mantener la calma—. Si no recibe más sangre, morirá antes de que termine de extraer el muranio. ¿Tienes bolsas?

Miré a mi alrededor desesperada, buscando algo, cualquier cosa. No teníamos bolsas de sangre humana en la habitación, habría que ir a la cocina y nos descubrirían.

Sin pensarlo dos veces, mis colmillos salieron y rasgué mi muñeca. La sangre comenzó a brotar de inmediato, roja y vibrante, y la posicioné en su boca.

—Bebe, Cat, por favor.

Poco a poco, sentí un leve movimiento. Sus labios se abrieron ligeramente y, con un esfuerzo casi imperceptible, comenzó a beber. Era lento, apenas unas gotas.

Faustus continuó su trabajo mientras observaba de reojo, su expresión impenetrable.

—Esto le dará tiempo. Pero no te vacíes, *chérie*. Si mueres, será todo por nada.

Lo ignoré, enfocándome únicamente en Cat. Su corazón, que había estado al borde de detenerse, comenzó a latir con más fuerza, aunque aún débil. Sentí cómo un alivio me invadía, pero no podía permitirme relajarme.

—Eso es, pequeña vampira. Sigue adelante, bebe, eres más fuerte que esto —le susurré, mientras mis lágrimas caían sobre mi rostro.

La sangre continuaba fluyendo, tanto de mí como de ella, en un ciclo desesperado que solo podía mantenernos a flote por un poco más de tiempo. Pero, en ese momento, cada segundo contaba, y haría cualquier cosa por salvarla.

—Solo un poco más —murmuró Faustus, su voz apenas audible mientras

sacaba la última partícula de la sangre de Cat.

Finalmente, con un suspiro que parecía un grito de agotamiento, Faustus dejó caer la cabeza hacia atrás y cayó al suelo, su cuerpo casi sin fuerzas. La esfera de muranio en sus manos era del tamaño de una canica, pero su presencia era abrumadora, como si la pequeña bola de metal pudiera consumirnos a todos, pronto cayó al suelo. Cadius se apresuró a atenderlo.

—Lo he logrado —dijo Faustus con una sonrisa débil, sus ojos cerrándose mientras dejaba caer la esfera a un lado—. Está limpia. El muranio se ha ido.

Miré a Cat, esperando verla despertar, esperando ver algún signo de que todo esto había valido la pena. Pero su cuerpo seguía inmóvil, demasiado quieto. La desesperación comenzó a asentarse en mi pecho.

—¡Cat! —la llamé, sacudiéndola suavemente al principio, pero luego con más fuerza—. ¡Cat, despierta! ¡Vamos, por favor! No había respuesta. No podía sentir su corazón y la realidad comenzó a golpearme como una ola de hielo. Miré a Faustus, mis ojos llenos de desesperación. —¡No está funcionando! —grité, las lágrimas deslizándose por mi rostro—. Dijiste que funcionaría. Dijiste que la salvarías.

Faustus me devolvió la mirada, su expresión un reflejo de mi confusión. Por primera vez, parecía desconcertado.

—He extraído todo. Debería haber funcionado. —Sacudió la cabeza ligeramente, como si tratara de encontrar una respuesta que no tenía.

Fue entonces cuando Nolan y Forze entraron corriendo en la habitación. Sus rostros reflejaban la misma mezcla de terror y dolor que sentía. Al ver el cuerpo inerte de Cat, se quedaron inmóviles, como si el tiempo se hubiera detenido.

El silencio que siguió fue abrumador. Todos estábamos tratando de procesar lo impensable: Cat había muerto.

Pero yo no podía aceptarlo. No podía rendirme.

—¡No! —grité, colocando mis manos sobre su pecho.

El otro vampiro, Cadius, hizo un movimiento con sus manos y una especie de onda cubrió la habitación.

—¿Qué?…

—Cadius tiene varios poderes, ahora mismo está aislando el sonido.

Comencé a golpear suavemente, luego con más fuerza el pecho de Cat.

—¡No te atrevas a dejarme, Cat! ¡No te atrevas! —Usé mi telequinesis,

algo que había hecho antes con Michelle para reanimar su corazón, pero, esta vez, nada funcionó. No había reacción—. ¡Vamos! —grité, empujando con más fuerza, sintiendo cómo mis propias fuerzas me abandonaban—. ¡Cat, eres fuerte, joder! ¡Lucha!

Pero su corazón seguía en silencio. La realidad comenzó a aplastarme, una desesperación que no podía controlar. Me dejé caer de rodillas, mis manos temblando mientras me apoyaba hacia atrás, hundiéndome sobre mis talones.

—No… no… no… —murmuré una y otra vez, mi voz rota. La habitación comenzó a vibrar, un movimiento sutil que rápidamente se intensificó. Era mi telequinesis.

Los muebles se movían ligeramente, y un espejo al otro lado de la habitación se agrietó con un sonido agudo. El dolor en mi pecho era insoportable y las lágrimas fluían como un río incontrolable.

Fue entonces cuando Michelle irrumpió en la habitación, su rostro lleno de preocupación. Corrió hacia mí y me rodeó con sus brazos, sujetándome mientras yo temblaba.

—Mirah, cálmate. —Su voz era suave, pero firme—. Si todo sigue temblando van a venir directo para acá, respira.

Me aferré a ella, hundiendo mi rostro en su hombro mientras el peso del momento me aplastaba. Las palabras de Michelle eran un intento de consuelo, pero no podía creerlas. No podía dejar de llorar.

—No puedo perderla… —susurré entre sollozos, mi voz apenas audible —. No puedo…

La habitación permaneció en un tenso silencio, con todos conteniendo la respiración.

Pero la realidad no esperaba, había perdido a Cat y, con ella, una parte de mí.

QUINCE: Puta vida
CAT

Todo comenzó con un sabor. Un sabor que nunca había conocido, algo tan extraño y adictivo que parecía devorarme desde adentro. La sangre de Mirah. Era como oscuridad líquida, fría y ardiente al mismo tiempo. Sabía a vida y a muerte, a todo lo que estaba prohibido y, sin embargo, irresistible. ¿Cómo podía algo tan bueno ser tan aterrador? Era como una droga, pero no una de esas que te arruinan. No, esto era algo más: algo que te volvía inmortal y te destrozaba al mismo tiempo.

No podía hablar. No podía moverme. Solo estaba ahí, atrapada dentro de mi propio cuerpo, escuchando. Las voces me llegaban como ecos, distantes pero claras. Mirah gritaba mi nombre y yo quería responderle, pero no podía. Las palabras no salían. Podía oír a ese vampiro, Faustus, con su tono arrogante y calmado, diciendo algo sobre muranio en mi sangre. También podía sentirlo, como un tirón, como si alguien estuviera arrancando algo de mí. Era él. Estaba dentro de mí, sacando el veneno.

Dios, cómo dolía. Cada hilo de sangre que salía de mí era como si me arrancaran pedazos de alma. Pero no podía gritar, ni siquiera podía llorar. Solo estaba ahí, quieta, esperando… ¿qué? ¿El final? Puta vida.

Entonces lo sentí. Mi corazón. Ya no estaba latiendo como antes. Era lento, irregular, como si hubiera decidido que estaba harto de luchar. Intenté obligarlo a seguir, a bombear sangre, pero no me escuchaba. Era como si mi cuerpo hubiera decidido que ya había tenido suficiente. No había fuerza, oxígeno, nada.

Y entonces, la escuché. Esa voz.

No era una voz común, ¿vale? No, esto era diferente. Era algo ancestral, como si viniera de un lugar al que nunca había ido pero que siempre había estado ahí. Era profunda, cálida y fría al mismo tiempo. Me estaba llamando.

—Ven… —decía la voz, suave, como un susurro que se filtraba por las grietas de mi mente—. Es hora.

No sabía qué quería decir con «es hora». ¿Hora de qué? ¿De morir? Porque, honestamente, empezaba a sentir que eso era exactamente lo que estaba pasando. Mi corazón ya no daba más. Podía sentirlo, el vacío, la nada que se acercaba. Era como si estuviera cayendo, hundiéndome en un agujero negro sin fin.

Y, luego, algo más. La sangre de Mirah seguía entrando en mi sistema. Era extraña, casi viva, como si estuviera peleando con mi cuerpo. Podía sentirlo. Mis células no sabían qué hacer con ella. Se rompían, colapsaron, como si estuvieran siendo devoradas y reconstruidas al mismo tiempo. Era… raro. Dolía. Mucho.

Y entonces lo entendí.

Estoy muriendo. Esto era morir. No había nada épico en ello, ¿vale? No había música de fondo ni despedidas heroicas. Esperaba aquel héroe digno de una novela de fantasía llegando a decirme que viviera por él, quizás con un beso épico o una chorrada así, porque realmente tenía diecisiete y nadie me había besado en mi puta vida. Iba a morir virgen hasta de los labios. Morir era solo un silencio extraño, esta pelea que no puedes ganar porque tu propio cuerpo te está traicionando. Y no podía hacer nada. Nada.

La voz volvió, esta vez más fuerte, más cerca.

—Ven, pequeña vampira… —La forma en que esa voz decía «pequeña» tenía algo del tono cariñoso de Mirah.

Estaba cansada, pero no quería ir. No quería ir. ¡No quería dejar a Mirah, ni a Nolan, ni a Forze! Pero el vacío seguía tirando y, con cada segundo que pasaba, sentía menos de mí misma.

El dolor no se detuvo. Era como si mi cuerpo entero se secara, como si cada gota de vida se desvaneciera en el vacío. Cada célula gritaba en agonía, pero yo no podía hacer nada. Estaba atrapada. Flotando entre la nada. Fue entonces cuando lo vi. Una sombra.

Apareció frente a mí, saliendo de una especie de llamas oscuras que no emitían calor, sino un frío que me caló hasta los huesos. La figura era de un hombre, alto y erguido, musculoso, con el cabello largo oscuro cayendo en el medio de su pecho con una forma casi humana pero demasiado retorcida para serlo. Cuando habló, su voz era áspera, ronca, como el sonido de metal oxidado raspando piedra.

—Interesante. —La palabra resonó en el vacío que me rodeaba, como si se incrustara en mi piel.

La sombra rio suavemente, un sonido que hizo que mi estómago se revolviera. Era como si supiera algo que yo no, como si disfrutara del caos que estaba viviendo.

Intenté hablar, pero no tenía voz. Solo podía mirar mientras mi cuerpo seguía inerte en el suelo, viendo a Mirah sollozar mientras gritaba mi nombre, mientras los demás discutían desesperados, poco a poco todos comenzaron a resignarse a mi alrededor, pero no ella. Mirah seguía intentando reanimarme, aunque después de un rato fue obligada a parar. No sé cuánto tiempo pasó. El dolor seguía creciendo, como si alguien estuviera arrancándome de dentro hacia afuera.

Entonces lo sentí. Un pulso.

Fue como si algo explotara en mi interior, una onda de energía que salió disparada de mí. No entendí qué era, pero me trajo un nuevo nivel de dolor. Mis ojos comenzaron a arder, una sensación tan intensa que quise arrancármelos. El fuego estaba dentro de ellos, quemando, desgarrando.

—¡Haz que pare! —grité dentro de mi mente, pero no había nadie para escucharme, solo discutían entre ellos.

Otro pulso salió de mí, más fuerte esta vez. Fue como si todo mi ser estuviera conectándose con algo más grande, algo que no podía comprender. Mi cuerpo comenzó a ponerse gris. Lo veía desde fuera, pero lo sentía dentro, como si la vida misma me estuviera abandonando. ¿Estaba muriendo o estaba viendo las cosas de otra manera?

Los minutos parecían horas. Los vampiros seguían discutiendo. Mirah gritaba y se lanzaba contra Faustus, acusándolo de no haberme salvado. Michele, Nolan y Forze intentaban detenerla, pero sus voces estaban distantes, como si estuvieran detrás de una barrera de cristal. No podía alcanzarlos.

Otro pulso sacudió mi ser. Este fue diferente. Algo cambió. En el aire, pude ver las venas de todos los vampiros a mi alrededor, como si estuvieran dibujadas con hilos de sangre. Rojas, vivas, pulsando. Podía verlas correr por sus cuerpos, como ríos en un mapa. Era hipnótico y aterrador a la vez.

Pasaron minutos, los demás se calmaron, resignaron, algunos de ellos salieron de la habitación…

Algo me jaló de vuelta. Un tirón, fuerte, desgarrador. Era como si mi ser

estuviera siendo aspirado hacia mi cuerpo. El dolor era insoportable, pero había algo más. Un fuego. Una fuerza. Algo nuevo. Voces en mi cabeza susurrando «Cat, Cat, Cat, Cat». ¿Qué demonios estaba pasando?

De repente, mis ojos se abrieron. Todo era gris. Las sombras eran más profundas, los detalles más marcados. Podía ver cosas que antes no estaban ahí. Y entonces mi voz finalmente regresó a mí y hablé.

—¿Mirah?

DIECISÉIS: Brasas ardientes
MIRAH

Llevaba horas esperando junto al cuerpo de Cat, me rehusaba a dejarla ir, creo que nada había sido tan difícil como esto. Había algo en mi intuición que me pedía que esperara, que no me rindiera tan fácil. Si Faustus había sacado todo de su sistema podía vivir, pero no había pulso… nada que pudiera comprobar mis sospechas. Mis ojos estaban hinchados por el llanto y mi cuerpo estaba débil, le había dado mucha sangre y no había repuesto nada de ella.

Me había puesto a leer la copia del libro del clan Abraxa, buscando de alguna manera entender la información, si algo ahí podía ayudar a Cat tenía que intentarlo. Había un montón de palabras en idiomas que desconocía, pero algo en ellas se me hacía comprensible, aun cuando jamás lo hubiese estudiado, otras palabras parecían danzar en la punta de mi lengua, aunque no podía entenderlas. Además, el libro contenía dibujos de jeroglíficos antiguos, los entendía, al menos en su mayoría, pero ¿cómo era eso posible?, resbalaba de mi cerebro… El libro indicaba claramente una conexión entre vampiros, dioses y demonios. Pero había algo en la descripción de todo esto que no me cuadraba tanto como quisiera. Kyox habló por meses sobre proteger los secretos y sin embargo me había mostrado su libro a mí, de alguna manera, no ayudaba ver las siglas C. K. D en varias páginas, parecía algo importante pero no sabía a qué se refería. *Dominus umbrarum*, dueño de las sombras, luego decía algo sobre demonios que caminan en la tierra y dos páginas después hablaba de pactos ancestrales y allí estaba de nuevo C. K. D, ¿era un lugar?, ¿quizás un nombre?

Cuando volteé la página vi una palabra a la izquierda que no podía entender, estaba junto a patrones que parecían hablar de sangre o herencia junto a un signo de igual y a la derecha estaba el nombre Mordrecairs, tal

parecía que aquel era el nombre original de las cazadoras.

El silencio del lugar era ancestral. Ninguno de mis amigos estaba allí, todos habían ido a lidiar con las cosas a su manera. De pronto sentí un susurro.

—¿Mirah?

La voz de Cat me atravesó como un rayo.

Me quedé congelada. Mis piernas parecían de piedra, incapaces de moverse. Mi cabeza giró lentamente hacia ella, como si el tiempo hubiera perdido todo sentido. Allí estaba Cat, en la cama donde momentos antes yacía sin vida, con su cuerpo roto y sin respuesta. Pero ahora… estaba despierta. Despierta.

Mi corazón, que apenas unos segundos antes se había sentido vacío, latió con una intensidad dolorosa. Quería abrazarla, sentir su calidez y saber que estaba viva de verdad. Pero algo me detuvo.

Sus ojos.

No eran los ojos amarillos y brillantes que había visto tantas veces en su rostro. Eran rojos. Rojos como la sangre. Rojos como los míos, como brasas vivas y ardientes, llenos de una intensidad que parecía imposible para ella. El peso en la habitación cambió de inmediato y podría jurar que mi energía recorrió el pasillo pidiendo ayuda cuando vi a todos los demás entrar por la puerta, pero no hablaron, en vez de eso se quedaron en completo silencio, sus ojos abiertos como platos. Cadius miraba a Faustus con algo que no supe interpretar, mientras Faustus, el eterno dueño de la situación, parecía tan sorprendido como los demás.

—¡Por los mil putos demonios! —exclamó Faustus, rompiendo el silencio. Su voz, usualmente calmada y cargada de sarcasmo, ahora tenía un tono de genuina incredulidad.

Cat, aún débil, nos miró a todos con confusión. Se incorporó un poco, apoyándose en los codos. No entendía lo que estaba pasando y eso se reflejaba en sus ojos, esos ojos rojos que no podía dejar de mirar.

Finalmente, mi cuerpo reaccionó. La envolví en un abrazo tan fuerte que sentí su cuerpo temblar contra el mío. Estaba viva. Eso era lo único que importaba.

—¿Cómo? —susurré, mis palabras apenas un hilo de voz. No tenía sentido. Nada tenía sentido.

Cat me devolvió el abrazo, aunque débilmente, y apoyó su cabeza en mi

hombro.

—¿Cómo qué? —preguntó, su voz tan joven y llena de confusión que me rompió aún más.

Me separé lo justo para mirarla a los ojos de nuevo, asegurándome de que no estaba imaginando cosas. Los reflejos rojizos brillaban intensamente bajo la luz tenue de la habitación. Mis labios se movieron antes de que pudiera pensar en las palabras.

—Cat, tus ojos… —Tragué saliva, intentando procesar lo que veía—. Son rojos. Como los míos.

Cat parpadeó, sus cejas frunciéndose mientras llevaba una mano temblorosa a su rostro. La confusión en su expresión era evidente, pero yo no podía apartar la mirada de esos ojos.

La habitación seguía en completo silencio, cada segundo cargado de una tensión insoportable. Esto no era normal. Esto no era posible.

Pero ahí estaba ella, con ojos de Inmortus, desafiando todo lo que sabíamos sobre nuestra existencia. Mi Cat. Mi hermana. Algo había cambiado para siempre.

—¿Cómo puede haber pasado esto? —preguntó Nolan, su voz rompiendo el pesado silencio que había llenado la habitación. Estaba parado junto a Forze, su rostro marcado por la incredulidad mientras señalaba los ojos rojos de Cat.

Abrí la boca para responder, pero Faustus se adelantó con su tono arrogante y afilado.

—Tú. —Me señaló con un dedo acusador, pero sin perder su aire elegante —. Lo único extraño aquí es que le diste tu sangre.

Me giré hacia él, mi frustración encendiéndose como fuego en mi pecho.

—¿Extraño? —repetí, mi voz cargada de rabia contenida—. ¡La pobre estaba contaminada con muranio, Faustus! Tú manipulaste su sangre para extraerlo. ¿Y ahora dices que esto es mi culpa?

Faustus levantó una ceja, su expresión relajada pero sus ojos llenos de desafío.

—No manipulo, *chérie*, yo perfecciono. Y, para que lo sepas, mi trabajo fue impecable. —Se cruzó de brazos, como si eso cerrara la discusión—. Pero tú, *chérie*, le diste tu sangre. ¿No pensaste que algo así podía ocurrir?

—¡No estaba pensando en eso! —grité, dando un paso hacia él—. ¡Estaba pensando en salvarla! Además, es imposible que mi sangre transforme a

otros, los Inmortus ya no se crean de la forma natural.

—Y tú no eres una vampira natural —replicó Faustus.

El ambiente se calentó rápidamente. Forze y Nolan miraban la discusión como si estuvieran viendo un enfrentamiento épico. Michelle permanecía en un segundo plano, silenciosa, mientras Cat nos miraba a todos con ojos entrecerrados, su confusión transformándose en incomodidad.

—¿Y si verificamos con Viktor? —interrumpió Michelle, su voz cortando la tensión.

La mención de su nombre hizo que me detuviera por un momento. Viktor. Si alguien podía entender lo que estaba pasando, era él.

—¿Y Kyla? —preguntó Forze, pero todos respondimos al unísono:

—No.

Kyla era un tema aparte, un riesgo que no estaba dispuesta a tomar.

Suspiré, pasándome una mano por el cabello mientras intentaba calmarme. La discusión no iba a resolver nada, pero necesitábamos respuestas.

—Shade, ¿me escuchas? —dije por el comunicador, mi tono firme pero agotado.

—Siempre, he estado atendiendo la situación de desviar a las Mordred —respondió su voz al instante, cargada de un leve sarcasmo, como si intentara aligerar el ambiente.

—Avísale a Viktor de que lo necesitamos. Es urgente.

—Entendido —dijo Shade.

Me giré hacia Cat, que seguía sentada en la cama, todavía procesando todo lo que estaba pasando. Sus ojos rojos se clavaron en los míos y, por un momento, la rabia y el caos de la habitación se desvanecieron.

—Vamos a encontrar respuestas —le dije, mi voz como una promesa.

Me giré hacia Cadius.

—No nos hemos conocido formalmente.

El vampiro de cabello castaño y ojos rojos sonrió.

—Cadius Jensen. A tu servicio.

—Es un amigo antiguo —dijo Faustus—. Pertenece a nuestro grupo. Cadius es un tejedor de tormentas y un anulador de ondas.

—Los vampiros tienen que ponerle un nombre raro a todo —dijo Cat.

Faustus le sonrió, más de lo que sabía sonreír.

—Básicamente manipula rayos y bloquea espacios para que nadie nos

escuche o vea.

—Eso es útil —repliqué—. Supongo que gracias por habernos ido a ayudar.

—¿Supones? Tu culo está a salvo gracias a mí, *chérie*.

—Como sea.

—¿Están seguros de que no quieren llamar a Kyla para que vea esos iris? —dijo Forze.

—¡Ya dijimos que Kyla no va a analizarla! —exclamé.

—Está bien, está bien, calma —replicó

—*Necesitamos a Hash* —dijo Faustus en mi mente y asentí—. *Pero está fuera de Murda.*

Diez minutos después, la puerta de la habitación se abrió y Viktor entró con su característico aire de distracción y determinación, como si todo el caos del mundo se quedara fuera de su cabeza. Traía su maletín de análisis en una mano y una expresión de confusión grabada en su rostro. Su bufanda de estilo del Medio Oriente colgaba descuidadamente de su cuello, y sus lentes redondos, con marco de madera, le daban ese aspecto de científico excéntrico que siempre lo acompañaba.

—¿Qué ocur…? —comenzó a decir, pero su voz se apagó cuando vio los ojos de Cat. El maletín resbaló de su mano, golpeando el suelo con un sonido seco.

Nadie dijo nada. Shade cerró la puerta detrás de él, asegurándose de que no hubiera oídos no deseados cerca. Viktor recuperó la compostura lo más rápido que pudo, inclinándose para recoger el maletín antes de enderezarse y mirarme fijamente.

—¿Cómo ocurrió eso?

Su tono era neutral, pero sus ojos estaban llenos de una mezcla de fascinación y alarma.

Suspiré, pasando una mano por mi cabello.

—Aún lo estamos debatiendo —respondí, mi voz cargada de agotamiento.

Viktor asintió lentamente, como si procesara cada palabra. Se arrodilló junto a Cat, quien lo miraba con curiosidad, y comenzó a abrir su maletín. Sacó varios instrumentos, incluyendo una jeringa para muestras de sangre, un pequeño dispositivo que parecía un escáner portátil y una computadora que desplegó rápidamente.

—Esto no tiene sentido —murmuró mientras trabajaba, tomando una

muestra de sangre de Cat con sorprendente delicadeza y luego revisando sus pupilas con una luz. Cat se quejó, algo típico de su actitud juvenil.

—Oye, ¿puedes no hacerme sentir como un experimento raro? —protestó, moviendo la cabeza para evitar la luz—. Ya es suficiente con todo lo que pasé en Simpless.

—Lo siento… —respondió Viktor sin levantar la vista.

Conectó la muestra de sangre a su computadora portátil, que comenzó a analizarla de inmediato. Unos minutos después, el resultado apareció en la pantalla y la habitación quedó en completo silencio.

—Es… una Inmortus —dijo finalmente, su voz apenas un susurro, como si no pudiera creer lo que veía. Todos nos quedamos en *shock*. Cat, una Inmortus. Las palabras no tenían sentido, pero la evidencia estaba ahí. Viktor volvió a mirarme, sus ojos ahora llenos de una mezcla de asombro y preocupación—. ¿Cómo pasó esto? —repitió, esta vez con más urgencia.

Cerré los ojos por un momento, intentando ordenar mis pensamientos antes de hablar.

—Le di mi sangre. —Las palabras salieron suaves, pero firmes—. Fue una situación de vida o muerte.

Viktor me observó fijamente, como si intentara ver a través de mí. Finalmente, se levantó y se llevó una mano al mentón, comenzando a caminar de un lado a otro de la habitación.

—Esto… Esto no debería ser posible. —Su voz era casi un murmullo, como si hablara consigo mismo—. Había notas en las investigaciones de mi amada, decía que algún momento se exploró en Simpless la posibilidad de que la sangre de los Inmortus pudiera… volver a crear nuevos. Pero esos experimentos fracasaron. Esto… Esto no tiene precedentes. —Se detuvo frente a mí, sus ojos clavados en los míos—. Mirah, si Grigori se entera de esto… —Dejó la frase inconclusa, pero no necesitaba terminarla. Lo entendí perfectamente.

—¿Qué…? —preguntó Forze, rompiendo el silencio—. ¿Qué pasa si Grigori se entera?

Viktor suspiró y se quitó los lentes, frotándose los ojos antes de responder.

—Si Grigori se entera, Mirah nunca volverá a ser libre. No importa qué gobierno la proteja, no importa cuántos aliados tenga. Él la verá como una herramienta, una clave para crear un ejército de Inmortus. Y si eso sucede… Bueno, el mundo tal como lo conocemos cambiará para siempre.

Mis piernas temblaron ligeramente, pero me obligué a mantenerme firme. Esto acababa de complicarse aún más, y la presión sobre mis hombros se sentía como una montaña.

Cat, que había estado escuchando en silencio, finalmente habló.

—Genial. Ahora soy una especie de monstruo raro, ¿eh? —dijo con una mezcla de sarcasmo y amargura.

Me giré hacia ella, colocándole una mano en el hombro.

—No eres un monstruo, Cat. Eres como mi hermana y, pase lo que pase, vamos a protegerte.

Las palabras de Viktor seguían resonando en mi cabeza, pero no podía dejar que el miedo me paralizara. Teníamos que encontrar una forma de manejar esto antes de que Grigori lo descubriera.

—Cat debe ser revisada por una especialista y yo conozco a la persona correcta —dijo Faustus—. Hash seguramente tendrá respuestas, pero no es seguro que lo haga aquí, si alguien reconoce a Cat como la vampira Darr que era, todo se irá a la mierda. Además, está fuera de Murda ahora mismo.

—¿Y qué sugieres?

—Vamos a sacarla esta noche de la FIM. ¿Alguno de ustedes puede escoltarla al cruce con el país Franko?

—Yo puedo —dijo Forze—. Nina tiene turno cerca de ese cruce hoy, puedo pretender hacer algo y ayudar a Cat a cruzar.

—Bien. Mientras… Cat, debes usar unos *citysense* de color amarillo, lo más parecido a lo que tenías.

Cat nos miró con preocupación.

—Lo siento, yo…

—Somos unas mierdas —afirmé—. Lo siento, acabas de despertar y te estamos lanzando toda esta información.

—Tiene que saber esa información y tiene que enchufarse rápido en el problema, su vida depende de ello —replicó Faustus.

—¿Quién carajo eres tú? —preguntó Cat con tono de furia.

—El que te salvó la vida.

—Entiendo que esa fue Mirah al darme su sangre.

—No, yo saqué el muranio de tu sistema.

—Que hubiese servido para nada, sin la sangre de Mirah.

Faustus resopló claramente con el ego herido.

—No te conviene hacer molestar a un vampiro milenario.

—No te conviene hacer molestar a una adolescente vampiro, que ahora se siente aún más frenética por ser una Inmortus.

—Eres una Morphidae, ¿qué se supone que podrías hacerme? —dijo Faustus con una risita de superioridad.

Mala elección de palabras.

El aire en la habitación cambió de golpe, cargado de electricidad estática y algo más profundo, más primitivo. Lo sentí antes de verlo, como una vibración en el pecho, un desajuste en el equilibrio de la realidad.

Cat.

Su cuerpo se sacudió con un espasmo violento, su energía desbordándose de una forma que jamás había visto antes. Un instante después, apareció una copia de Cat en la habitación. Esta vez brotó como un espectro desde su piel. Su copia se abalanzó sobre Faustus y lo tumbó al suelo posicionándose sobre él y agarrándolo por el cuello.

Pero algo estaba mal.

Lo vi en su rostro, en la forma en que su expresión pasó del control absoluto a la confusión. Algo fallaba. Cat se quedó mirando a su copia, pero no con la mirada de quien observa un reflejo. No. Sus ojos se agrandaron y su respiración se cortó en un jadeo ahogado. Y, entonces, su copia le guiñó el ojo, luego giró el rostro hacia Faustus y le habló con un tono burlón.

—¿Qué ocurre? ¿Estás considerando una nueva profesión aparte de vampiro narcisista?

No. No podía ser.

No tenía sentido. Sus copias nunca habían hecho eso. Siempre eran extensiones de ella, sin mente propia, meras sombras que se desvanecían cuando su energía se agotaba. Pero esta… Esta la estaba mirando, estaba hablando con conciencia, una distinta o quizás más oscura que la de Cat.

—¿Cómo…? —alcanzó a decir Faustus.

—No lo sé, deberías preguntarle a mi otra mitad —dijo la copia, ahora mirando directamente a Cat.

El miedo cruzó el rostro de Cat como un rayo. Sentí su energía temblar, volverse errática, fuera de control. Y, de pronto, en un latido sofocante, su copia fue absorbida de golpe. Su cuerpo la reclamó en un solo tirón de energía que hizo que la habitación entera vibrara. Vi sus músculos tensarse, su piel estremecerse al recibir el impacto de su segunda forma regresando a ella. Era como si el universo se reordenara de golpe, devolviendo las piezas

que no debían existir por separado.

Cat temblaba. Su respiración estaba agitada, y sus ojos… no eran los mismos. Había algo en ellos, algo que no estaba antes.

Había cambiado.

Y lo supe en ese instante. Ser una Inmortus había despertado algo nuevo en ella. Algo que ni siquiera ella entendía todavía.

Y eso me aterraba.

Cat me miró con unos ojos rojos intensos, llenos de chispas saltonas que parecían sangre y en segundos su figura volvió a la hermosa adolescente asiática que conocía. Faustus volvió a su respiración normal y claramente molesto.

—¡¿Qué clase de Morphidae eres?! —dijo Faustus mirando a Cat.

—¡Claramente una que no conoces! —respondió.

—¡Dímelo! ¡Eso no es normal! —replicó Faustus.

—Vamos a calmarnos, ¿está bien? —dijo Michelle—. Cat se acaba de transformar, sus emociones están alteradas y sus poderes también.

—Quizás —replicó Viktor—. Cat es una Morphidae que hace cosas que otros Morphidae no hacen, como copiar los poderes y replicarse, pero esto… parecía tener conciencia.

—Cuando me repliqué… —dijo Cat—. Pasó algo diferente esta vez, podía sentirla, su mente, su cuerpo, pero ella era una entidad independiente, como una parte de mí, una mucho más oscura, violenta, letal.

—¿Como una segunda personalidad? —pregunté.

—Algo así —dijo Viktor—. No lo hemos visto antes en vampiros, pero, de nuevo, no ha existido una Morphidae que haga las cosas que Cat puede hacer, podría ser parte de su nuevo poder. Tampoco ha existido un Darr que sea Inmortus, Cat es un caso excepcional.

—¿Algo tipo Jekyll y Hyde? —preguntó Michelle.

—Algo así —dijo Viktor—, me sorprende que sepas qué es, no es de tu generación.

—Me gustan los clásicos —dijo ella guiñando un ojo—. Aunque esperemos que no sea tan literal, no queremos terminar con un «no era yo, era Patricia».

—Aún tenemos que entender más, si ese es su segundo poder como Inmortus se viene un tremendo desafío —dije.

—¡Genial! —dijo Faustus —. No solo hay una Cat irritante… hay dos.

—¡Ey! —dijo Cat dándole un golpe en el hombro.

Faustus resopló.

—Si Cat tiene algo nuevo dentro de ella… las Mordred van a querer estudiarla, no solo por el cambio de ojos, si no por la evolución de su poder.

—¿Crees que le harían daño? —preguntó Nolan.

—Piénsalo —dijo Faustus—. El objetivo de las Mordred es cazar vampiros y sí, podemos tener una hermosa alianza momentánea —añadió con sarcasmo—. Pero ¿crees que no van a usarla como rata de laboratorio si se enteran de todo esto?

—Tiene razón —replicó Viktor—. Conociendo las cosas que les intriga saber, Cat sería una de ellas.

—¿Y qué sugieres? —pregunté.

—Sea como sea, ahora todo es más peligroso para Cat —dijo Cadius—. Tienen que sacarla de Murda.

—¿Sacarla de Murda? Cat no irá a ningún lado y menos ahora replicándose de esa manera —repliqué.

—Mirah —dijo Faustus—. No eres una mujer crédula, tienes que saber que porque las Mordred les han dado refugio no dejarían pasar esto, no son tan distintas a Grigori.

Respiré profundamente, el bastardo tenía razón.

—Bien, entonces esta noche.

—Bien —dijo Faustus—. Buscaré a Hash y la esperaré del otro lado del cruce del país Franko.

—Forze, ¿seguro que puedes llevarla tú? —pregunté.

—Seguro, haré lo que sea necesario.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Nolan.

—No, mientras menos seamos menos sospechas levantaré con Nina.

—Bien —dijo Faustus—, entonces, Cadius y yo cruzaremos en la tarde y esperaremos a Cat en el cruce del país Franko junto a Hash, no más de las diez de la noche.

—Bien —dijimos asintiendo.

No me agradaba saber lo que teníamos que hacer, pero era la única opción para mantener a Cat a salvo. Si alguien más poderoso se enteraba de esta transformación o de la evolución de las habilidades de Cat, podría convertirse en la nueva presa de muchos.

DIECISIETE: Aerotrén de mentiras
MIRAH

Mis palmas sudaban un poco, era una vampira, pero aún tenía algunos síntomas de ansiedad, curioso, estaba muerta, realmente muerta, aunque mi corazón parecía latir, pero tenía síntomas de una persona viva. Viktor había dicho que el cerebro a veces no entiende las cosas que pasan, si por mucho tiempo has vivido en forma de supervivencia, tu cerebro no entiende cuando estás a salvo. Supongo que se refería con «a salvo» a no morirse por cualquier cosa, porque, claro, si somos vampiros estaba difícil que nos mataran, pero mi cuerpo no sabía lo que era estar a salvo, desde que me transformé vivía en guerra constante.

Forze había ido a dejar a Cat en el cruce al país Franko. A Nolan, Michelle y yo solo nos quedaba sentarnos a esperar que Faustus y Cadius confirmaran haberla recibido del otro lado. Algo en mi intuición de casi hermana o quizás en mi ansiedad crónica me decía que me mantuviera alerta, especialmente después de leer tantas cosas extrañas en el libro del clan Abraxa. En él, se describía cómo los demonios suben al plano terrenal a jugar juegos de poder. Hace unos años mi vida solo se basaba en computadoras, código y libros y el solo hecho de pensar que cosas fantasiosas que había leído fueran verdad me encrespaba los nervios. Aunque no podía negar que más de una vez había deseado que los vampiros sensuales existieran.

—Ese poder de Cadius era bastante *cool* —dijo Nolan—. Apuesto que si lo combinamos podríamos hacer grandes cosas.

—¡Ey! Agua y electricidad. ¿Crees que funcionaría para electrocutar a un montón de Noctus?

—Creo que es algo que merece ser probado —replicó.

—¿Crees que Cat estará bien? —pregunté.

—Estoy segura de que lo estará —replicó Michelle—. Lo que pasó con

ella, es algo que jamás esperé ver. Es decir, es como si le hicieran una subida de clase.

Reí un poco.

—Sí, no esperaba eso para nada. Lo peor es que si alguien se entera quedará la absoluta cagada. Espero que Faustus nos ayude a manejar esto con cautela.

—¿Has considerado volver a hacer eso? Lo que hiciste con Cat —preguntó Nolan.

—¿Transformar a un vampiro a Inmortus?

—Sí, transformar en general.

—No lo sé, Nolan, ni siquiera sabemos si lo que hice es seguro para Cat.

—Si se prueba que es seguro, me gustaría que lo hicieras conmigo.

—¿Qué? —dijo Michelle.

—Bueno, es decir, los Inmortus son diferentes, me llamaría la atención probar ser de esa clase.

—Primero vamos a ver como sale este tema de Cat y luego hablaremos de eso —dije.

Los brazaletes de todos resonaron con un pitido, la voz robótica salió de ellos.

—¡Alerta azul! ¡Se solicita su presencia en el hangar tres!

Nina y Forze aparecieron en la puerta de la sala común bastante acelerados.

—¡Muevan el trasero!¡Están atacando la nave de la última portadora de llaves!

—¡Joder! —dijo y nos paramos corriendo hacia ella.

En el pasillo se nos unió Luca.

—Parece que me toca con ustedes —dijo y Michelle sonrió.

—¿Misión conjunta como en los viejos tiempos? —dijo Michelle chocando su hombro con el mío y nos reímos. Luca por el contrario no parecía emocionado.

—¿Cuál es el *status*? —preguntó Nolan.

—Está ocurriendo un ataque mientras hablamos —respondió Nina—. Pensamos que tiene algo que ver con Grigori Volska. —Sentí una oleada de preocupación mientras me giraba para enfrentarle. No quería escuchar ese nombre—. Eleanor Diedre, una de las portadoras de la llave, se comunicó con nosotras en una última transmisión de emergencia, aunque su mensaje

fue cortado a la mitad. El aerotrén en el que viaja ha sido forzado a ser desviado, entrará a Lonviness en unos veinte minutos, la computadora del aerotrén ha sido hackeada por algo que ni siquiera la FIM puede recuperar, tienen apagados los radares y está siendo controlada por completo por una IA y no podemos encontrarlos —continuó Nina—. Dos naves están en camino rastreando las rutas cercanas al convoy del aerotrén a ver si podemos tener una visión clara. Ustedes han sido llamados como apoyo, tendremos que cruzar y no tenemos ni una puta idea de qué vamos a encontrar en Lonviness.

Vakla, la Mordred que siempre usaba el casco, se nos unió en el pasillo mientras caminábamos al hangar.

—¿Noticias? —preguntó Nina mirándola.

—Kyox está subiendo a una nave ahora mismo, la llave que tiene es la última que necesitamos para encender a Xenon, si la perdemos nos jodimos —respondió Vakla.

—¿Por qué demonios les dieron llaves a personas comunes? ¿Eso no lo hace demasiado complicado? —preguntó Michelle.

—¿A quién pretendías que se las diéramos? ¿A ustedes? —dijo con tono despectivo.

Michelle no respondió, aunque su cara sugería que quería darle una cachetada… con el puño cerrado o las garras abiertas, no lo sé.

Llegamos al hangar y nos subimos a las naves, todos ajustando las chaquetas de combate. Las chaquetas que llevábamos puestas no eran una prenda cualquiera. A simple vista, parecía de corte clásico, con un diseño ajustado en los hombros y una textura mate que reflejaba la luz de forma sutil, como si la tela hubiera sido tejida con pequeños filamentos de carbono. El color era un gris oscuro, casi negro, con costuras apenas visibles, reforzadas con una aleación ligera que le daba una estructura firme pero flexible. Pasé los dedos por el cuello elevado y sentí el material responder a mi tacto, adaptándose con una leve vibración apenas perceptible. Sabía que en su interior corrían circuitos ultradelgados, integrados con nanopolímeros que reaccionaban en milisegundos. Pero lo que realmente la hacía especial era el botón oculto bajo la solapa izquierda. Lo presioné con el pulgar, y de inmediato una onda translúcida se desplegó alrededor de mi torso, como una segunda piel que oscilaba levemente antes de estabilizarse. La energía se ajustó a mi silueta, formando una barrera casi

imperceptible, un campo de resistencia diseñado para absorber impactos y disipar la fuerza de cualquier proyectil antes de que pudiera alcanzarme.

Me moví un poco para probarla, sintiendo la leve resistencia del escudo protector en cada paso. Era tecnología de última generación, más avanzada que cualquier blindaje convencional, y, trabajando con las Mordred, donde un disparo podía venir de cualquier dirección, contar con una de estas significaba la diferencia entre caminar con confianza o no volver a caminar nunca. Tomé algunas dagas de la armería portátil de la nave y las metí en los espacios designados de mi chaqueta.

—Abróchense los cinturones, iré rápido —dijo Nina.

—¡Bien, vamos! —declaré, sintiendo la urgencia de la situación. Recogí mi cabello en una cola alta, asegurándome de que no me estorbara durante el combate.

—Cuídense mucho, estén alertas —dijo Michelle y asentimos con determinación.

Salimos con prisa, el aire estaba cargado de tensión y expectación.

La nave era una obra maestra de tecnología de Murda, diseñada específicamente para combate y rastreo. Su estructura era aerodinámica, cubierta con un material negro que absorbía la luz, haciéndola casi invisible en la oscuridad. Estaba equipada con los sistemas de rastreo más avanzados, permitiéndonos detectar y seguir cualquier señal en un radio amplio. Las alas de la nave estaban adornadas con líneas de luces LED que parpadeaban en un patrón hipnótico y los motores emitían un zumbido bajo y poderoso. En el interior, los paneles de control estaban iluminados con una suave luz azul y las pantallas táctiles mostraban una cantidad abrumadora de datos en tiempo real.

Nos acomodamos en nuestros asientos, asegurándonos con los arneses de seguridad mientras la nave despegaba. Sentí la aceleración empujándome contra el respaldo del asiento y el zumbido de los motores se intensificó.

Nina manejaba con ferocidad y Forze la veía con una especie de admiración. Definitivamente, a él le gustaba la adrenalina y los amores prohibidos, no creo que él fuese del tipo que leía las novelas que yo leía, pero se le daba bastante bien el «enemigos a amantes». Miré a través de las ventanas de la nave, observando cómo las luces de la ciudad se desvanecían rápidamente mientras ascendíamos hacia el cielo nocturno.

—El equipo de rastreo tiene visual del aerotrén —dijo Nina, sus ojos fijos

en las pantallas de navegación—. Nos dirigimos hacia allí ahora.

—¿Alguna idea concreta de cómo vamos a rescatarlos? —pregunté.

—Vamos a revisar la situación y crearemos un plan sobre la marcha —respondió Vakla.

—Si esto se trata de Grigori… —dijo Nina—. Debes estar lista, Mirah, quizás lo tengas que enfrentar.

—Si vemos a Grigori, ¿no debió haber venido un grupo más grande? Sabes lo poderoso que es —replicó Nolan.

—Tendremos apoyo terrestre, un grupo grande de cazadoras de Lonviness nos esperará en el sitio que aterrice el aerotrén, no te preocupes.

—¿Y las normas de cruce?

—La nave es indetectable y si entran en Lonviness forzaremos su aterrizaje en una zona bastante desierta con pocas cámaras. Igualmente, Shade va en la nave más atrás, el equipo la reclutó para ayuda extra en temas de hackeo.

Asentí con el estómago apretado.

La nave entró en una velocidad que apenas podía distinguir las luces de la ciudad y luego de unos minutos bajó la velocidad casi deteniéndose.

—Ahí está —dijo Vakla señalando las naves enemigas—. Tenemos que intervenir ahora.

—Agárrense —dijo Nina.

—Allá —dijo Vakla—. Ese es el convoy. Y, si te fijas con cuidado, puedes ver la silueta de dos naves siguiéndolos.

—Esas naves no tienen registro —replicó Nina.

—Todo está orquestado —afirmó Vakla.

—¿ETA para Lonviness? —preguntó Nina.

—Cinco minutos —replicó Vakla mirando los controles de la nave.

—Tenemos que hacerlos bajar ahora —dijo Nina con determinación—. La única forma es que todos vayamos a tierra. Si vamos a tierra, Mirah podría escapar con Eleanor y asegurar la llave. Los demás nos quedaremos en la pelea, pero Eleanor estará a salvo.

El plan de Nina era arriesgado, pero sabía que era nuestra mejor opción. Sentí la responsabilidad y la urgencia de la situación, y estaba dispuesta a hacer lo que fuera necesario para mantener a Eleanor y la llave a salvo.

—De acuerdo —dije, mirando a mis compañeros—. Nos dividiremos. Haremos lo necesario para asegurarnos de que Eleanor llegue a salvo. ¿A

dónde podemos desviarnos? —pregunté, tratando de mantener la calma en medio de la creciente tensión.

Nina movió las manos rápidamente y la pantalla holográfica de la nave se agrandó, mostrando un mapa detallado de la zona.

—¡Ahí! —dijo, señalando un punto en las afueras—. Es una zona a las afueras, no hay civilización en kilómetros, podríamos combatirlos allí sin generar bajas humanas.

—¿Sabemos cuántas personas van en esa nave? —preguntó Nolan, su voz llena de preocupación.

—El manifiesto que nos dio Kyox habla de doce personas, la mayoría humanos y uno que otro vampiro que protege a Eleanor, pero sus poderes no son tan importantes para ayudarla a escapar en este momento —respondió Nina—. Sin embargo, la prioridad es extraer a Eleanor cueste lo que cueste.

—Está bien —dije—. Obliguémoslos a bajar.

Nina movió la mano sobre la pantalla de la nave, ajustando los controles.

—Nave T-231, ¿me copia? Aquí la nave B-315 estableciendo contacto —dijo, su voz firme y controlada.

Hubo una estática en la comunicación y todos contuvimos la respiración.

—Su comunicación sigue bloqueada —dijo Nina, con una mueca de frustración—. El hackeo tiene todo el sistema bloqueado.

—¡Demonios! —exclamó Vakla golpeando la consola.

—Nina, cambio —dijo una voz en el canal de comunicación—. Aquí Kyox. Te envío en este momento por el transmisor una impresión 3D del chip que acaba de fabricar Shade, dice que si alguien lo pega al casco de esa nave podrá anular cualquier IA que la esté controlando.

—¿Y cómo hacemos eso? —preguntó Nina—. En esta altura está difícil que Vakla o yo aterricemos ahí.

Kyox habló con propiedad mientras soltaba una risita.

—Forze, ¿estás ahí?

—Sí, estoy aquí.

—Bien. Si te pido que saltes sobre esa nave, ¿lo harías?

Forze abrió los ojos con extrañeza, pero asintió después de un momento de duda.

—Si me pides que haga cualquier locura la haré. Estamos aquí para un rescate —respondió, su voz mostrando una mezcla de curiosidad y risas.

Kyox parecía haber reído un poco.

—Bien, ahí va la transmisión de la pieza. —E inmediatamente la impresora de la nave comenzó a construirla.

—¡Listo! —exclamó Nina.

—Entonces manos a la obra. Forze, debes colocar la pieza y una vez que tengamos comunicación y algo de control sobre la nave los haremos bajar.

—Está bien —dijo Forze, con una decisión firme en su voz. Miró a Nina y le guiñó un ojo—. Ponme encima de la nave y saltaré.

—Bien. Allá vamos, estamos a tres minutos de la frontera con Lonviness —dijo Nina, mirando la pantalla holográfica.

La tensión en el aire era palpable mientras Nina maniobraba la nave para acercarnos a la nave enemiga. Sin embargo, mi cabeza seguía esperando la confirmación de que Cat estaba bien.

Forze tomó la pieza y se dirigió hacia la compuerta de la nave. Mi corazón latía con fuerza mientras observaba cómo se preparaba para el salto.

—Buena suerte, Ronin —dije con una sonrisa y él la igualó.

Su confianza me dio un pequeño respiro de esperanza. La compuerta se abrió y el viento rugió en nuestros oídos. Forze saltó con agilidad, dirigiéndose hacia la nave enemiga con una precisión asombrosa.

Todos contuvimos la respiración mientras lo observábamos. Forze aterrizó con éxito sobre la nave, se movió con rapidez para colocar la pieza que Shade había creado. El tiempo parecía detenerse mientras esperábamos que el dispositivo comenzara a funcionar.

—Funciona —dijo Nina, mirando los monitores—. Tenemos comunicación.

Vakla volvió a intentarlo.

—Nave T-231, ¿me copia? Aquí nave B-315 estableciendo contacto.

Esta vez, la comunicación fue clara.

—Aquí nave T-231, habla Hans Dorman, piloto de la nave, copiamos —respondió una voz desde el otro lado.

—Deben aterrizar de inmediato. Proceded con desviación a las coordenadas señaladas. Repito, proceded desviación a las coordenadas señaladas.

—Copiado, iniciamos desviación y descenso.

Observé cómo la nave de Eleanor comenzaba a descender lentamente y nosotros la seguimos de cerca. Sin embargo, las dos naves que la seguían

también se desviaron hacia el suelo, sin intención de dejarnos en paz.

—Prepárense —dijo Nina por la comunicación, su voz llena de determinación—. Esto se va a poner feo. La tensión en el aire era palpable. Sabíamos que nos enfrentábamos a un combate duro.—Mirah —dijo mirándome de frente—. Tu misión es ir conmigo y extraer a Eleanor, los demás limpiarán y ganarán tiempo. Vakla —dijo girando la cabeza—. Cúbrenos desde arriba y avisa a las patrullas terrestres de dónde estamos.

—Bien —respondió, su tono reflejaba la seriedad de la situación.

Cuando las naves aterrizaron, esperaba el olor pútrido de los Noctus creados por Grigori emanando de ellas, pero para mi sorpresa eso no ocurrió. En vez de eso estelas comenzaron a moverse con rapidez alrededor de nosotros, en cuestión de segundos se anclaron a la nave de Eleanor en una formación digna de una historia vikinga, estaban preparados para luchar y cubrirse las espaldas como guerreros de élite.

—¿Qué mierda? —dijo Nina.

—Ahora sí que lo he visto todo —dijo Forze.

Mi visión gris se encendió por completo y los veía, parecían hormigas, o quizás la palabra correcta sería cucarachas, ahora aferrándose a la nave.

—Sería lindo tener sombras ahora mismo —dijo Forze y sonreí levemente.

—Kane estaría de lo más emocionado —respondió Nolan.

El rugido de colmillos saliendo capturó nuestra atención, colmillos afilados y grandes, como aquellos que había mostrado Grigori la última vez que lo vi, no había duda de que estos Noctus habían sido modificados.

—Bueno, aquí vamos —dijo Nina, ahora desenfundando con estilo su espada hecha de eón y muranio.

Corrimos hacia ellos y moví las manos hacia arriba y una onda se desprendió por todo el suelo, enviando a los vampiros al aire, pero con una fuerza sobrenatural se anclaron de nuevo al suelo. Cuando sus pies se anclaron de nuevo los pude observar, ojos… negros, oscuros como un pozo sin fondo.

La batalla se volvió campal en segundos. Forze, con su fuerza imponente, comenzó a derrumbar a los Noctus, uno a uno, con sus majestuosos golpes. Sus puños eran como martillos, aplastando cualquier cosa en su camino. La determinación en sus ojos era palpable, y su habilidad en combate era algo impresionante de presenciar.

Nolan, por su parte, levantó sus manos y el agua salió del mismísimo suelo, arremolinándose a su alrededor. Con una destreza impresionante, comenzó a generar un vapor tan caliente que automáticamente quemaba a los vampiros, dejándolos tirados en el suelo. El vapor se movía como si tuviera vida propia, dirigido por su voluntad creando un campo de protección y ataque a su alrededor. Caminaba con una sonrisita demasiado triunfal para ser él.

Sentí la energía fluir a través de mí, centrándose en cada movimiento. Con un gesto decidido, despegaba cada centímetro de piedras, mis dagas y cualquier objeto que encontrara y lo dirigía con precisión mortal. Las cabezas de los Noctus volaban por los aires, cortadas limpiamente como si fuera un deporte. Cada ataque era preciso y letal y me aseguraba de que se despegaran de la nave de Eleanor, que, aunque permanecía cerrada, se podían ver las pequeñas fisuras en el casco, producto de los arañazos de los Noctus. La batalla era intensa y caótica. Los gritos y rugidos de los Noctus se mezclaban con el sonido de nuestros ataques. Forze se movía como un torbellino, su energía nunca parecía agotarse. Nolan mantenía su posición, creando una barrera de vapor que repelía a cualquier enemigo que intentara acercarse y haciendo una especie de dagas de hielo que atravesaban los corazones de los Noctus.

Nina cortaba cabezas, brazos, piernas como si fuera su trabajo diario y, bueno… francamente lo era. Michelle y Luca atacaban en forma de lobo a los vampiros, descuartizándolos uno por uno.

El olor a carne quemada y sangre se mezclaba con el aire, creando una atmósfera opresiva y nauseabunda. A pesar de ello, no permitimos que la repulsión nos distrajera. Cada uno de nosotros estaba completamente enfocado en nuestra misión.

Los Noctus parecían organizarse con inteligencia, algo que no era descrito comúnmente en su raza, pero estaba segura de que Grigori había metido sus sucias manos en esto. Pronto perforaron con destreza la nave de Eleanor, los malditos tenían una especie de garras vampíricas que traspasaba el metal como si fuese una hoja de papel y desde dentro pude escuchar los gritos de desesperación.

—¡Mirah! No vamos a poder llegar tan cerca. ¿Puedes entrar a la nave y llevarte a Eleanor? —dijo Nina, mientras ahora disparaba flechas de muranio con su ballesta, derribando a los Noctus, uno a uno con precisión

letal.

—Nunca me he teletransportado a un lugar que no haya visto antes —admití—. No sé qué pasará. Pero… —me detuve, todos me miraron expectantes—. Quizás, usando la visión de sangre, pueda trazar el espacio dentro de la nave y transportarme.

Sin perder más tiempo, concentré todo mi poder. Mi visión se volvió gris, y dejé que los hilos de sangre corrieran, conectándome con la nave, su estructura, las personas adentro. Los latidos de sus corazones y el eco de su sangre dibujaban una especie de mapa en mi mente, permitiéndome ver el espacio como si estuviera allí, mis ojos se encontraron con los ojos cada persona.

Me concentré profundamente, sintiendo el abismo envolviéndome. Con una estela vaporosa, me transporté dentro de la nave. Los gritos de pánico llenaron el aire y supe que tenía que calmarlos rápidamente.

—Tranquilos, tranquilos —dije, levantando las manos en un gesto de paz —.Estoy con las Mordred. ¿Quién es Eleanor?

—Yo —replicó ella. Mis ojos se desviaron rápidamente a la mujer morena alta de ojos verdes brillantes—. Hola, Mirah —dijo ella.

—¿Cómo sabes quién soy?

Ella sonrió.

—Sé muchas cosas.

Asentí confundida. Mi cabeza daba vueltas buscando entender qué quiso decir.

—Bien, toma mi mano y aférrate a mí. Tengo que sacarte de aquí urgentemente —dije mirándola con firmeza.

Eleanor siguió mis instrucciones y, en cuanto tomó mi mano, sentí su miedo y esperanza. Nos concentramos y el abismo nos envolvió de nuevo, llevándonos con una rapidez vertiginosa. En un parpadeo, nos encontramos en la nave, pero Vakla no estaba, en vez de eso Forze estaba en los controles.

—¿Qué ocurrió?

—Vakla tuvo que bajar a ayudar a Nina, todo se puso horrible, me pidieron que las lleve de regreso.

—Bien. ¿No esperaremos a los demás?

—No, la prioridad es extraer a Eleanor, las patrullas de Mordred ya están llegando a ayudar.

Ayudé a Eleanor a asegurarse al asiento y Forze arrancó la nave con fuerza, el sonido de los motores llenando el interior. Eleanor tenía el rostro pálido. El miedo era palpable en su mirada. Me agaché frente a ella, colocando una mano en su hombro para intentar calmarla.

—Eleanor, estás a salvo ahora. —Mi voz salió más suave de lo que esperaba, pero trataba de mantener la calma por ambas—. Toma un poco de agua.

Le entregué una botella y luego la cubrí con una manta que encontré cerca. Su cuerpo temblaba ligeramente y sus ojos se movían nerviosos por la habitación, como si aún esperara que algo terrible ocurriera.

—Pensé que iba a morir —dijo con un hilo de voz.

Mi pecho se apretó al escucharla. Habíamos estado tan cerca de perderla.

—No vamos a dejar que eso pase, en unos momentos ya estarás a salvo dentro del domo de Murda.

Noté una pequeña mancha roja en su brazo. Me incliné más cerca y vi una herida superficial.

—Fueron los Noctus, me rozaron cuando abrieron la parte del casco donde estaba sentada —dijo ella.

—Espera aquí, voy a buscar algo para eso.

Me levanté rápidamente y fui hacia el pequeño compartimiento donde guardábamos el botiquín de primeros auxilios. Encontré el lápiz de plasma, diseñado para cerrar heridas rápidamente, y volví hacia Eleanor.

La nave se tambaleó bruscamente, haciendo que perdiera un poco el equilibrio. Un escalofrío recorrió mi columna vertebral. Algo no estaba bien.

Mientras me inclinaba hacia Eleanor para tratar su herida, mi brazalete comenzó a vibrar. Una llamada. Fruncí el ceño al ver el nombre en la pantalla: Faustus.

Le dejé el lápiz de plasma a Eleanor y me excusé rápidamente para ir a un espacio más privado.

—¿Faustus? ¿Todo bien? Estoy en medio de algo —dije.

Su voz llegó con un tono que rara vez escuchaba en él: desesperación.

—¿Dónde está Cat? —preguntó. Y como nunca antes esa simple pregunta me había dejado paralizada por un momento.

—¿Cómo que dónde está Cat? Se supone que está contigo —respondí, sintiendo un leve temblor en mi voz—. ¿Qué quieres decir?

—Cat nunca llegó al cruce, *chérie*. —Su voz estaba entrecortada, llena de interferencias—. No la tengo.

Una punzada atravesó mi abdomen, seguida de una presión insoportable en mi pecho. Mi mente comenzó a correr en todas direcciones. ¿Dónde estaba Cat?

Antes de que pudiera procesar la información, la nave comenzó a descender rápidamente, lanzándome contra una de las paredes. Me levanté tambaleándome, mirando por una de las ventanas, y lo que vi hizo que mi estómago se hundiera.

No estábamos en el camino a Murda. En vez de eso, el paisaje familiar y aterrador me recordaba a los grandes bosques que estaban cerca de la mansión de Grigori y todo se extendía bajo nosotros. Habíamos sido desviados.

—Faustus, creo que estamos yendo hacia Grigori. Algo está pasando. —Mi voz salió urgente, pero la estática en la comunicación creció, interrumpiéndome. Solo alcancé a escuchar algo confuso al otro lado antes de que la línea se cortara.

Un grito en la nave, algo diferente, me sacó de mis pensamientos.

Corrí hacia el lugar donde había dejado a Eleanor, mi corazón latiendo con fuerza mientras la nave seguía tambaleándose.

—¡Eleanor! —grité, esperando encontrarla todavía envuelta en la manta.

Cuando llegué, el aire se escapó de mis pulmones. Eleanor yacía en el suelo, inmóvil. Su cuello estaba torcido de una manera que no dejaba dudas: estaba muerta. La sangre en su brazo aún goteaba ligeramente, pero su mirada estaba vacía, fija en el techo. Sentí que el mundo se detenía, una mezcla de rabia, tristeza y miedo ardiendo en mi interior.

Entonces apareció Forze.

—Lo siento, Mirah. —Su voz era tranquila, demasiado tranquila, como si las palabras no pesaran en su boca, sus ojos… Joder, no eran esos ojos amables de un Ronin, eran ojos de un maldito traidor.

Mi cuerpo reaccionó antes de que mi mente pudiera procesarlo. Me moví como una estela, rápida, directa hacia él. Pero apenas alcancé a dar un paso cuando sentí su estela moverse hacia mí, su fuerza era absoluta, me detuvo en seco y sentí un frío metálico rodear mi cuello… Joder, era un collar.

Intenté usar mis poderes, pero nada ocurrió. La energía que normalmente fluía a través de mí se sentía apagada, muerta. La comprensión me golpeó

como una bofetada.

—Tú… —Mi voz salió en un susurro lleno de incredulidad mientras retrocedía un paso, tratando de apartarme de él—. ¡Maldito! ¿Qué estás haciendo?

Forze no respondió de inmediato. Su expresión estaba neutra, pero había algo en sus ojos… Algo que me hizo querer arrancarle el alma.

—Trabajas para él, ¿no es así? —pregunté, mi voz subiendo con cada palabra—. ¿Siempre has sido tú? —No contestó, pero el peso de su silencio lo dijo todo. Los recuerdos comenzaron a inundar mi mente, todas las veces que fuimos encontrados, todas las emboscadas que parecían imposibles. —¡Todo lo que ocurrió es por ti! —grité, dando otro paso hacia él, aunque el collar impedía que mi cuerpo reuniera la fuerza que necesitaba—. ¡¿Dónde está Cat, maldito?! ¡¿Qué le hiciste?!

Forze suspiró, como si mi rabia fuera una molestia menor. Lentamente, sacó una pistola de su cinturón. No era una pistola normal.

—Como dije, lo siento, Mirah. —Su voz tenía un tinte de tristeza debajo de la neutralidad, pero no me importaba. Nada podía justificar esto.

—¡No te atrevas! —grité, intentando moverme hacia él, pero mis fuerzas seguían disminuyendo.

—Nos vemos pronto —repitió, esta vez más suave, y apretó el gatillo.

Un dardo se clavó en mi cuello. El efecto fue inmediato. El mundo comenzó a tambalearse a mi alrededor, las sombras se difuminaron y la voz de Forze se convirtió en un eco distante.

Cat. Nolan. Michelle. Faustus. Kane. Todos sus nombres flotaron en mi mente mientras me deslizaba hacia la inconsciencia.

—Esto… no… ha terminado… —susurré antes de que todo se volviera oscuridad.

DIECIOCHO: Sombras indomables
MIRAH

El aire me golpeó como un látigo mientras caíamos. ¡Mierda! Estábamos bajando demasiado rápido en un paracaídas o algo así. Forze me llevaba aferrada a él. La velocidad me arrancó un grito ahogado, y el vacío en mi estómago me recordó, dolorosamente, a la sensación que siempre me invadía cuando estaba cerca de Kane. Cerré los ojos mientras el viento me envolvía y mi mente comenzó a desconectarse, sentí el abismo queriendo desplegarse en mi piel, la leve caricia de esa estela vaporosa que siempre parecían pequeñas sombras, pero esta vez todo lo que sentí fue un corrientazo, como si mi energía vital se drenara intentando usar mi poder. Entonces lo recordé… El puto collar.

La sensación de caída se desvaneció de repente. Cuando abrí los ojos, ya no estaba en el aire. Estaba en una especie de bosque oscuro, rodeada de árboles que se alzaban como gigantes en la penumbra. Todo estaba frío, helado hasta los huesos como siempre era Lonviness. Un escalofrío recorrió mi cuerpo, y el aire parecía más pesado, como si estuviera cargado de algo… peligroso. Forze comenzó a bajarme de su regazo poniéndome en el suelo.

—Lo siento, Mirah, quizás algún día me perdones o quizás no, pero debes saber que, en los juegos de poder, a veces hay que escoger un lado. Estoy cansado de ver a todos morir, Grigori… es la mejor opción.

—¡Imbécil de mierda! ¡¿Qué te ha prometido?! —alcancé a decir, aunque mi voz estaba semiapagada, quizás era el sedante o quizás era el tono de la decepción que se anclaba a mi corazón.

—Traerá de vuelta a mis padres, es el único que puede hacerlo.

—Forze… No, no serán tus padres, serán alguna cosa clonada, no serán ellos.

—No me importa, quiero volver a verlos.

—Todo lo que pasamos juntos como los Ronin, todo lo que Grigori nos ha hecho ¿y lo escoges a él por sobre tus amigos? ¿Acaso siquiera fuimos tus amigos?

—Lo han sido siempre, Mirah, esto no cambia mis sentimientos por ustedes, han sido una parte importante de mi vida.

Arrugué la cara y apreté los dientes.

—¡Sigue contándote esa mentira, Forze…! Esto lo cambia todo —dije con tono rabioso—. ¿Qué pensará Nina de todo esto?

—Nina ha sido un medio para un fin, nada más.

Esas palabras me revolvieron todo lo que aún existía dentro de mí. Alguien a quién consideré un amigo, ahora era uno de mis peores enemigos.

Forze entonces se movió más rápido que de costumbre, su estela dejó hilos negros en el aire mientras desaparecía y como pude me apoyé contra un árbol tratando de mantenerme de pie. No extrañaba el clima de Lonviness, el frío seco que helaba los huesos y dejaba la piel como un puto cocodrilo.

Entonces lo sentí. Una mano fría y firme se posó en mi hombro. Me giró con un movimiento rápido y una mano me golpeó el rostro haciendo que la nariz sangrara, intenté moverme rápido en forma de estela, pero pronto otra estela me interceptó, golpeándome en el abdomen, el aire se fue por completo de mis pulmones, otra estela pasó por mi lado dejando una cortada en el brazo que ardió como la absoluta mierda y de pronto todo se frenó ante mis ojos.

Un sonido de explosión me sacó de la realidad y mi visión de sangre se movió por todos los alrededores, conectando los latidos con el sonido. Al menos no había perdido eso. Sentí todo moverse a una velocidad tan lenta a mi alrededor que pensé que iba a colapsar. El bosque que antes parecía desierto ahora emitía un ruido incontrolable. Sombras, largas y voraces, se enroscaban como serpientes, levantando todo a su paso. El viento aullaba, arrastrando consigo los restos de un lugar que alguna vez fue tranquilo. Árboles volcados, la tierra del mismo suelo volando, todo era arrasado en un frenesí destructivo que me mantenía al borde del colapso. A través de la oscuridad que devoraba el lugar, una figura emergió. Al principio era solo una silueta, un hombre caminando solo en medio de la devastación. Su paso era lento pero implacable y, a su alrededor, las sombras parecían obedecer, levantándose como si fueran parte de su voluntad. Todo lo que tocaban

quedaba destruido. Los árboles se doblaban y crujían antes de caer pesadamente al suelo. Los escombros giraban a su alrededor en una danza caótica, pero él seguía avanzando, con un control absoluto sobre la tormenta de oscuridad.

Y, cuando lo vi, el mundo pareció detenerse por completo, como si el oxígeno fuera opcional al observarlo.

Kane…

Se movió como una estela apenas a unos metros. Todo de negro, su figura impecablemente oscura. Llevaba una camisa sin mangas que dejaba al descubierto los bíceps definidos y antebrazos con las venas resaltadas, todo cubierto de sus hermosos tatuajes que se deslizaban por sus brazos, antebrazos, mano y cuello como serpientes vivas. Pantalones cargo y botas de combate completaban su apariencia letal, mientras su cabello oscuro, ahora más largo al frente, caía hacia un lado del rostro, ¡joder! Era como si hubiera sido esculpido por los mismos dioses de las sombras. Sus ojos… Algo había cambiado en ellos, ya no era su iris lo que tenía una profundidad oscura, si no todo su ojo por completo, no había una pizca de blanco en ellos, parecían los ojos de lo que verías en una película de terror y asemejarías con un demonio, y cuando me observaron me perforaron hasta el alma. Levantó las manos e hilos de sombras salieron de su piel.

—Ahora, malditos idiotas —dijo mirando a los Noctus que se escudaban en la penumbra—. Jamás vuelvan a ponerle una mano encima —agregó con una voz más áspera que de costumbre y las sombras salieron disparadas, un sonido de sangre y carne se escuchó a mi alrededor y cuando miré hacia atrás noté que había decapitado al resto de los vampiros en un segundo. Me llevé las manos a la boca tratando de procesar.

—Kane… —alcancé a susurrar.

Me quedé congelada mientras lo observaba caminar, sintiendo una mezcla de alivio y terror. Sabía que venía a por mí, pero las sombras que lo rodeaban… eran aterradoras. No eran como las sombras de antes llenas de arrogancia y control calculado. Las sombras de Kane eran salvajes, indomables, y, mientras avanzaba, destruían todo a su paso, sin importar lo que fuera. El sonido de la madera siendo aplastada llenaba el aire y Kane no se detuvo ni una sola vez. Su mirada estaba fija y sentía su determinación. Era como si el mundo a su alrededor no importara, como si la única razón por la que todo esto existía fuera para abrirle paso hacia mí.

—Kane… —murmuré de nuevo, mi voz un susurro apenas audible, mientras mi mano se extendía temblorosa hacia él. Cuando mis dedos rozaron su mejilla, fue como tocar hielo y fuego al mismo tiempo. Su piel era un contraste de lo que recordaba: fría como la muerte, pero viva con una energía latente que hacía palpitar mi pecho con fuerza. Sentí un nudo en la garganta y, antes de darme cuenta, ya estaba más cerca, tan cerca que su respiración rozaba mis labios—. Kane, te he extrañado tanto… —dije, la voz quebrándose bajo el peso de la emoción que me aplastaba. Su mirada no cambió, pero no importaba. Las palabras brotaron como un torrente que no podía contener—. Lo sé, Kane. Sé que me amas. Yo… Yo también te amo. Lamento haberme tardado tanto en darme cuenta. Lamento…

Antes de que pudiera terminar, su mano se movió rápida como un relámpago. En un instante, me tomó del cuello y me giró dejando mi espalda pegada a su pecho, torciendo mi cuerpo en un ángulo imposible. Su fuerza era inconmensurable y no pude siquiera gritar. Un dolor agudo se extendió desde mi garganta hasta mis extremidades. No podía respirar. Solo entonces entendí.

Él no me reconocía como tal…

Quizás sabía quién era, quizás sabía que tenía que protegerme de aquellos malditos Noctus, pero no me reconocía, no a la Mirah de la que él estaba enamorado. Sus ojos negros brillaban con algo oscuro y primitivo, una furia que no iba dirigida a mí, sino a todo lo que representaba. Intenté moverme, luchar, pero las sombras se alzaron como serpientes vivas, envolviendo mi cuerpo. Se apretaron a mi alrededor, fuertes y crueles, robándome el aliento.

—Kane… —intenté llamarlo, pero mi voz no era más que un gemido ahogado. Mi visión comenzó a oscurecerse, las sombras tragándome como si fueran parte de él—. Kane, escúchame… —intenté explicarme, pero no me dejó terminar.

—¡Detente! —dijo. Y su fuerza me lanzó hacia un árbol. Apenas tuve tiempo de apartarme antes de que su puño impactara el árbol donde había caído, haciendo que la tierra temblara y se agrietara bajo su fuerza. Mi corazón latía como un tambor, pero no podía detenerme. Si quería sobrevivir, debía luchar.

—No voy a pelear contigo —grité, tratando de razonar, aunque en el fondo sabía que era inútil.

Sus labios se curvaron en una sonrisa cruel. Entonces atacó de nuevo, una

ráfaga de movimientos tan fluidos como letales. Cada golpe, cada patada, estaba cargado con una precisión aterradora, como si estuviera diseñado para destruirme o domarme. Solo podía usar movimientos de combate, mis poderes no funcionaban, así que esquivé y cuando tuve una apertura lo golpeé fuertemente en el abdomen.

—Deberías pelear, Mirah… No te ves bien siendo una princesa indefensa —se burló, su voz un susurro que hizo que mi piel se erizara.

—No voy a rendirme, Kane —respondí, con una determinación que no sabía que poseía—. Sé que estás ahí en algún lado.

Usé toda la energía que tenía para contrarrestar su siguiente ataque, mis manos frenando sus puños. Aproveché el momento para contraatacar, dos golpes, uno en el costado y uno en el cuello tratando de cortar un poco su respiración.

Kane tosió levemente.

—Sigues siendo igual de predecible —dijo, apareciendo detrás de mí como una estela antes de que pudiera reaccionar.

Sus brazos me envolvieron y, por un momento, pensé que me aplastaría. Pero, entonces, algo cambió. El roce de su cuerpo con el mío, un leve olor a chocolate, algo dulce, sereno, perfecto. La presión desapareció y sentí su aliento en mi oído.

—Nena…

Esa palabra fue como un latigazo. Giré sobre mis talones y lo enfrenté, con el corazón acelerado. Nuestros cuerpos se entrelazaron en una confesión silenciosa de lo que no podíamos decir con palabras.

—Estás ahí, lo sé. ¡Por favor, vuelve a mí!

Pero haber bajado la guardia fue un error, la mano de Kane se cerró en torno a mi cuello y esta vez mis pies se despegaron del suelo mientras me levantaba, podía sentir mi tráquea colapsando bajo su agarre, sentí miedo, terror, no solo por pensar que podía morir, si no por pensar que quien me mataría sería la persona que amaba.

—*Abraza la oscuridad, Mirah…* —Una voz llegó a mi mente, algo que no podía comprender, no era mi voz, no era la de Kane, el tono era más profundo, quizás algo ancestral, algo antiguo, una súplica y una orden. Mi cuerpo se sintió liviano mientras respiraba, mientras dejaba que esa voz de alguna forma tomara el control de todo. El vacío me llamaba. Esa voz, dulce y tentadora, susurraba a través de mi mente como un canto distante

que prometía paz y poder. Mis fuerzas menguaban, y las sombras que me rodeaban eran como un abrazo frío. Cerré los ojos, dejando que aquel murmullo me envolviera y, de repente, una oleada de recuerdos inundó mi mente.

Imágenes confusas y entrecortadas aparecieron ante mí. Momentos de risas con Kane, sus hoyuelos junto a su sonrisa torcida cuando intentaba ocultar lo que realmente sentía, la forma en que solía mirarme cuando pensaba que no lo veía. Luego, los recuerdos cambiaron, se volvieron más oscuros: un toque distante, una mirada vacía, sus manos cubiertas de sangre y, finalmente, la traición que nos separó. Mi mente no podía procesarlo todo. Los recuerdos me golpeaban como olas en una tormenta, arrancándome el aire, ahogándome. Y entonces lo escuché: un sonido como el batir de alas, pesado y ominoso. Era un ruido que vibraba en mi pecho y resonaba en mis huesos, como si el aire mismo estuviera vivo. Abrí los ojos de golpe, buscando el origen del sonido.

Delante de mí, Kane estaba inmóvil, pero algo había cambiado en mí, sentía una energía diferente, algo oscuro que me llamaba. Las sombras que lo rodeaban comenzaron a moverse, arrastrándose como serpientes hacia mí. Me quedé helada mientras esas sombras negras como la noche se deslizaban por el suelo, susurrando como si tuvieran vida propia. Antes de que pudiera reaccionar, las sombras alcanzaron mis manos. Un escalofrío me recorrió cuando estas se enroscaron en mis dedos, trepando por mis brazos como hilos vivos. Eran frías, pesadas, pero también familiares.

—¿Qué… es esto? —susurré con lo poco que podía hablar.

Las sombras me llenaban, me reforzaban. A pesar de mi agotamiento, sentí una chispa de fuerza recorrerme. Kane seguía sujetándome por el cuello, su agarre era un recordatorio de su fuerza monstruosa, pero ahora había algo diferente en mí. Miré hacia abajo, a su cuerpo, buscando una salida. Con un movimiento instintivo, levanté mis piernas y apoyé los pies sobre sus muslos, usando mi cuerpo como palanca. El aire se comprimió a mi alrededor y mis pies subieron hasta su abdomen, y empujé con toda mi fuerza.

El agarre de Kane en mi cuello se rompió y el aire volvió a mis pulmones como un torrente desesperado. Salí disparada hacia atrás, aterrizando con agilidad en el suelo oscuro. No había tiempo para pensar. Las sombras seguían fluyendo de mí como si fueran parte de mi ser y, sin dudarlo, las

dirigí hacia Kane.

—¡Basta! —grité, aunque no estaba segura si era para él o para las sombras mismas.

De mis manos salieron los hilos oscuros, afilados y letales, como látigos cargados de energía. Los lancé hacia él, golpeando su pecho con una fuerza que ni siquiera sabía que podía invocar. Las sombras impactaron, y Kane retrocedió con una mueca de dolor cruzando su rostro. La tela de su ropa se rasgó y vi cómo las heridas comenzaban a abrirse en su piel, líneas oscuras y profundas que parecían absorber la poca luz que había en ese lugar.

Por un instante, su mirada cambió. Los ojos negros, que habían sido pozos sin fondo, vacíos y sin vida, parpadearon con algo más humano, más reconocible. Sus labios se separaron como si fuera a decir algo, pero las palabras no llegaron. Me quedé inmóvil, mi respiración entrecortada, observando cómo la confusión parecía nublar su rostro.

—Kane… —murmuré, dando un paso hacia él—. Por favor, recuérdame. —Temerosa pero esperanzada.

Él se tambaleó, llevando una mano a las heridas en su pecho, sus dedos manchados de la sangre que goteaba al suelo. Sus ojos volvieron a fijarse en los míos y, por un momento, creí ver algo más allá de la oscuridad, una chispa del hombre que una vez conocí.

—Mirah… eres tú —dijo, su voz apenas un murmullo, como si el esfuerzo de pronunciar mi nombre lo desgarrara por dentro. Sonreí como boba… Ja, como boba enamorada y completamente absorta al ver la perfección de su rostro aligerarse. Kane, era él… Hermoso y peligroso, un hombre que robaba mi aliento desde la primera vez que lo había visto en aquella gala de tecnología, cuando su nombre ficticio era Christopher, los aros en su oreja, el túnel en la izquierda, el aro de su nariz, joder… Podía estar atacándome y mi cuerpo solo querría saltarle encima y suplicarle que me follara hasta la desesperación.

Iba a dar un paso hacia él, pero de pronto sentí algo que me abrazaba por el abdomen, una sensación de algo que intentaba jalarme al infinito, pronto y de manera desafortunada el jalón se hizo real y una maraña de sombras se materializó en mi cuerpo llevándome hacia atrás.

Aterricé en el concreto de alguna avenida fuera del bosque, pero todo se veía extremadamente desolado, mis codos habían rozado el pavimento y la chaqueta se había rasgado, ahora la sangre corría por mi piel.

—¡Bastardo de mierda! ¡Da la cara al menos! —grité. Y el puto deseo se me volvió realidad.

Una estela de micromurciélagos se comenzó a materializar frente a mí.

—Grigori… —dije en un susurro.

Su aura intoxicante comenzó a invadir la mía, pero esta vez no había necesidad alguna de dejarse consumir… Nuestro enlace estaba roto. No sabía si él tendría la capacidad de sentir nuestra ruptura, pero de lo que sí estaba segura es que sentiría mi odio en todo su esplendor. Cuando finalmente se materializó, dio un paso hacia adelante y se agachó frente a mí, de cuclillas con una mano en el suelo, como un depredador cazando a su presa, sus colmillos eran más largos que antes, más gruesos, más poderosos, su cuerpo parecía imposiblemente más musculoso y definido que antes y el cabello… ¡Joder! Rubio, largo, que caía en cascada hacia el pecho con unas suaves ondulaciones, parecía el vampiro del que leería en un puto libro de fantasía.

—Vampiresa —dijo con un tonito burlón—. Te has estado metiendo en problemas.

Me puse de pie increíblemente rápido y él repitió el gesto, pero increíblemente lento, como si el mundo entero tuviese que esperar su próximo paso. Observé su cuerpo, en la cintura llevaba una especie de daga, con rapidez me moví hacia ella y me puse en guardia. Grigori solo rio con un sonido áspero y bestial.

—Creo que ya acordamos que el muranio no va a matarme, vampiresa.

—Al menos te puede deformar el rostro.

—Ah, pero, vampiresa, ¿estás segura de que quieres eso? ¿No preferirías ver mi rostro perfecto entre tus piernas?

—¡Maldito! —dije cargando hacia adelante, pero Grigori se movió tan rápido que apenas pude dar unos pasos, en segundos estaba de espaldas a él, mientras sostenía mis manos con la suyas como si fueran esposas. Podía sentir su abdomen apretado en mi espalda y su maldita erección rozándome.

—Las cosas que podríamos hacer en esta posición te alegrarían el día.

—¡Maldito estúpido condescendiente! —grité tratando de zafarme, pero fue imposible, su fuerza era demasiado para mí.

—Vas a obedecer, Mirah, eres una reina y debes actuar como tal, así tenga que obligarte.

Me zafé del agarre por un segundo y estampé mi puño contra su rostro,

pero ni siquiera se movió, en retribución sentí como su puño se estrellaba en mi abdomen.

El sonido del golpe resonó como un eco distante en mis oídos, acompasado por el latido irregular de mi corazón. Mis pasos tambaleantes me llevaron hacia atrás mientras intentaba mantenerme erguida buscando oxígeno, pero Grigori, con su sonrisa desquiciada y esa fuerza monstruosa, no me daba respiro.

—Mirah… Mirah, aprenderás por las buenas o por las malas. —Su voz era un rugido que vibraba en el aire, lleno de burla y superioridad—. Nadie se atreve a burlarse de mí de la forma como tú lo has hecho y créeme que no tendrás opción más que obedecer.

Mi pecho subía y bajaba con esfuerzo mientras limpiaba la sangre que goteaba de mi boca. Grigori avanzó con calma, disfrutando cada momento de mi agonía. Su figura imponente bloqueó la poca luz que quedaba en la sala, sumergiéndonos en una penumbra amenazante. Sus ojos negros con tintes rojos brillaban como carbones encendidos, y cada paso suyo hacía temblar el suelo bajo mis pies.

—No creas que disfruto lastimarte, vampiresa, pero si me atacas, te atacaré. Nadie puede detenerme, Mirah.

—Obsérvame con cuidado, porque lo haré, idiota.

Algo en sus palabras encendió una chispa dentro de mí. Una furia primitiva y oscura, una que siempre había tratado de reprimir, comenzó a agitarse en mi interior. Cerré los ojos por un instante, tratando de encontrar fuerzas en el lugar más profundo de mi ser.

Me moví hacia adelante, iba derecho a hacerle una maldita llave y dejarlo en el suelo, pero de pronto algo me detuvo. Un golpe me apartó de él con la fuerza de un tren en movimiento. Kane había aparecido de la nada, su rostro marcado por la determinación.

—Tengo al mejor perro faldero de todos. ¿No crees? —preguntó Grigori con una sonrisa de supremacía.

—¡No es tu perro faldero!

—¿Eso crees? —dijo con una risita cruel—. ¿Acaso aún no lo entiendes, vampiresa? Si le digo que acabe contigo lo hará, ya no significas nada para él. Su mera existencia es para obedecerme.

—Kane es demasiado fuerte para eso, es demasiado poderoso, jamás podrás doblegarlo.

Grigori hizo una mueca de odio y chiste y su voz se volvió algo más oscuro.

—¡Mátala! —dijo. Mis ojos se abrieron tan grandes que dolían. Grigori solo tenía una sonrisa amplia que denotaba su necesidad de poder y control.

Kane me tomó por el cuello y me levantó, mis ojos parecían querer salirse mientras buscaba desesperadamente el oxígeno.

—Por fa… vor —alcancé a decir. Y, por un instante, Kane pareció vacilar y su compulsión pareció debilitarse. Kane me miró directamente, sus ojos mostrando un destello de reconocimiento.

—Mirah…

—¡Obedece! —dijo Grigori y vi como el cuerpo de Kane perdía fuerza, podía sentirlo en mi propia energía, cómo su alma, su vida, todo luchando con esmero para zafarse de la compulsión, pero era demasiado difícil para él, lo rompía por dentro tratar se resistirse—. ¡Llévenselo ahora! —dijo ordenándole a los Noctus que habían aparecido a nuestro alrededor.

Cuando finalmente caí al suelo mi rostro se volvió una especie de burla mirando a Grigori y él abrió las aletas de la nariz.

—Pensé que lo tenías controlado… querido —bufé.

Solo podía pensar en que había una chispa de esperanza y eso era suficiente para saber que Kane podría ser salvado de su terrible destino.

DIECINUEVE: Solo sabes pretender
MIRAH

Eran las seis de la mañana, abrí los ojos y el mundo a mi alrededor era un borrón impreciso de formas y colores. Mi cabeza latía como si estuviera atrapada entre dos piedras y mis pensamientos llegaban lentos, tropezando unos con otros. Sentía mi cuerpo pesado, como si cada extremidad estuviera hecha de plomo. Intenté moverme, pero un mareo casi insoportable me golpeó de inmediato, forzándome a detenerme. La sensación era conocida, incómodamente familiar, como aquella vez que me sometí a una endoscopia. Era un sedante. ¡Puta madre! De nuevo me habían hecho algo.

—¡Maldito Grigori! —expresé.

Parpadeé varias veces, tratando de despejar la vista, y poco a poco las formas comenzaron a definirse. Estaba en una celda. Las paredes eran trasparentes, no sé si era plástico o una especie de acrílico, pero tenían un brillo tenue que reflejaba la luz fría de un único panel luminoso en el techo. El suelo era áspero bajo mis manos, cubierto con una fina capa de suciedad que raspaba mis palmas. Intenté levantarme. Mis piernas temblaron como si no fueran mías y me apoyé contra una de las paredes para estabilizarme. La sensación de entumecimiento comenzaba a disiparse, pero lo hacía de forma cruel, dejando en su lugar una punzada constante de debilidad.

—¿Dónde estoy? —murmuré, aunque mi voz sonó apagada, como si el eco de la celda misma la devorara. Cerré los ojos y traté de concentrarme.

Necesitaba el abismo, ese lugar oscuro que siempre había respondido a mi llamado en los momentos más desesperados. Sentí cómo algo profundo dentro de mí comenzaba a despertarse. La familiar estela vaporosa, oscura y densa, comenzó a surgir de mi piel, rodeándome como un manto protector. Mi mente se enfocó en un único pensamiento: teletransportarme lejos de aquí.

Pero, justo cuando el abismo estaba a punto de envolverme por completo,

un corrientazo atravesó mi cuerpo como un rayo.

—¡Joder! Había olvidado el collar —grité.

Mi espalda se arqueó involuntariamente mientras caía al suelo con un golpe seco. Mi respiración se convirtió en jadeos irregulares y un dolor punzante se extendió desde mi cuello hacia el resto de mi cuerpo. Llevé la mano temblorosa a mi garganta y sentí el desgraciado frío y metálico. Intenté tirarlo, desesperada por arrancarlo, pero no cedía. Su diseño era liso, sin alguna cerradura visible. Su propósito era claro: bloquear mis poderes, y solo me hacía recordar la traición de Forze. Después de todo lo que habíamos pasado juntos, ¿algo de eso siquiera había sido real? ¿Desde cuándo trabajaba para Grigori? ¿Desde Simpless? ¿Antes? ¿Después?

—Maldita sea… —susurré entre dientes una vez más cayendo en cuenta que mi vida tenía más preguntas que respuestas, mientras las lágrimas comenzaban a acumularse en mis ojos. La desesperación se asentó como un peso en mi pecho, aplastándome. Sentía las lágrimas correr por mis mejillas, silenciosas, calientes contra mi piel helada. No podía salir, no podía luchar. Me sentía como en Simpless, completamente impotente.

Mis pensamientos vagaron, inevitablemente, hacia Cat… ¿Qué demonios había hecho Forze con ella? ¿La había asesinado? Todo siempre era tan confuso con las reglas de los vampiros. Pero, si Grigori sabía de su transformación, al menos estaba segura de que no la mataría, ¿la convertiría en una rata de laboratorio? Sí, pero estaría viva y eso quizás permitiría que pudiéramos rescatarla. Me aferré a esa pequeña esperanza aunque no tenía forma de saber si era verdad. Era lo único que me quedaba en ese momento.

El sonido de la puerta al abrirse de golpe me sacó de mis pensamientos y pasé mis manos por el rostro secándome las lágrimas. Un estruendo metálico resonó en las paredes de la celda y levanté la vista, esforzándome por controlar mi respiración. A través del umbral apareció Grigori, con esa mirada de triunfo que tan bien conocía. Sus ojos, ahora con chispas negras, parecían brillar con placer al verme en el suelo, vulnerable. La forma en que caminaba, confiado y con ese aire de superioridad, me recordaba lo peligroso que era, no solo como vampiro, sino como estratega. Detrás de él ingresaron varios vampiros Noctus. Mi estómago se revolvió al verlos. Algunos de ellos tenían figuras humanas perfectas, otros casi completas, aunque sus rasgos seguían siendo inquietantemente inhumanos: ojos que brillaban como carbón encendido, algunas manos que terminaban en garras,

piel pálida y grisácea que parecía al borde de romperse. Otros eran monstruos deformados, con cuerpos torcidos y movimientos erráticos, como si cada paso les costara un esfuerzo sobrehumano. Había algo peor que el horror de sus apariencias, el olor de algunos, porque, si bien la mayoría parecía haber sido mejorado, otros aún olían a pura mierda.

Por suerte para mi sentido del olfato, un olor familiar golpeó mi nariz, dulce y tentador, como una mezcla de chocolate y fresas. Mi pecho se contrajo al reconocerlo, y entonces lo vi. Entre los Noctus, caminando como una sombra imponente, apareció Kane. Nuestros ojos se encontraron y el mundo pareció detenerse por un instante. Su expresión era impenetrable, sus ojos oscuros como el abismo mismo. Quise hablarle mentalmente, intenté con todas mis fuerzas atravesar esa barrera que parecía rodearlo.

—*Kane, escúchame. Por favor.* —Mi voz resonó en mi propia mente buscando la suya, cargada de desesperación. Pero no hubo respuesta. Nada. Su mirada permanecía fija en la mía, vacía, como si yo no significara nada para él. La ausencia de conexión me atravesó como una daga y tuve que morderme la lengua para no gritar.

—Veo que te has fijado en mi obra maestra —dijo Grigori, su tono cargado de satisfacción mientras avanzaba hacia la celda.

Llevaba una camisa negra ajustada que delineaba su figura, pantalones oscuros y zapatos de cuero reluciente. Cada detalle estaba perfectamente calculado, como siempre en él. Su cabello ahora rubio largo caía sobre sus hombros, desordenado pero impecable, y en su muñeca llevaba una coleta negra. Se detuvo justo frente a las rejas de mi celda y, sin prisa, arrastró una silla metálica hasta colocarla frente a mí. El sonido rechinante me hizo apretar los dientes. Grigori se sentó con una tranquilidad desquiciante y, con un movimiento casual, tomó la coleta de su muñeca y comenzó a recoger su cabello. Observé, impotente, mientras lo ataba en un moño masculino que no hacía más que acentuar su atractivo de una manera irritante. La furia y el rencor que sentía hacia él no podían evitar mezclarse con el reconocimiento de que el desgraciado se veía incluso mejor con el cabello largo.

Lo odiaba y, aun cuando ya no existía el enlace, mi cuerpo de alguna forma reaccionaba a él. ¿Era necesario que el maldito villano de mi historia se tuviera que ver tan bien? Si había un guionista o escritor detrás de mi vida, debería cuestionarle: ¿qué carajo se estaba fumando para haber hecho esto?

—Bienvenida, vampiresa. —Grigori sonrió con esa mueca que sabía perfectamente cómo desquiciar a cualquiera—. Espero que te sientas como en casa.

Su tono era burlón, calculado, y cada palabra estaba cargada de esa arrogancia venenosa que lo hacía insoportable. Me limité a fulminarlo con la mirada desde el suelo, porque sabía que cualquier cosa que dijera solo le daría más razones para disfrutar de su victoria.

—¿Qué quieres? —logré murmurar finalmente, mi voz apenas un hilo de lo que solía ser.

Grigori inclinó la cabeza, como si considerara mi pregunta, y luego sonrió de nuevo. Una sonrisa que no era ni amigable ni cálida, sino pura satisfacción oscura.

—¿Qué quiero? —repitió, fingiendo sorpresa—. Oh, Mirah, ¿cuándo entenderás que te quiero a ti?

Mis manos se cerraron en puños mientras su risa suave y peligrosa llenaba la celda. Mis ojos se desviaron hacia Kane, que permanecía inmóvil entre los Noctus, su rostro como una máscara impenetrable. Esto no había terminado, pensé, pero la verdad es que ni siquiera había comenzado.

—¡No soy tu maldita Sirel! ¡Libérame! —le grité con toda la fuerza que tenía, mi voz reverberando contra las paredes metálicas de la celda. A pesar de mi debilidad, sentí la furia hervir dentro de mí, como un volcán al borde de estallar.

Grigori se recostó en la silla, cruzando las piernas con una facilidad insultante. Su sonrisa de superioridad era como un golpe físico, y la risa que escapó de sus labios resonó cargada de burla y triunfo.

—¿Liberarte? ¿Y perderme este espectáculo tan fascinante? —dijo, haciendo un gesto amplio con una mano como si estuviera presentándome un teatro montado solo para él—. No, vampiresa. Estás exactamente donde deberías estar.

—¿Qué le has hecho a Kane? ¿Qué harás con Cat? —espeté, señalándolo con un dedo tembloroso. Mi mirada ardía con rabia mientras los ojos oscuros de Kane permanecían fijos en un punto más allá de mí, vacíos, inertes.

Grigori alzó una ceja, evidentemente complacido con mi reacción. Su sonrisa se amplió mientras se ponía de pie lentamente.

—Juntos traeremos orden a este mundo tan caótico, vampiresa.

—Por favor, déjalos ir, me quedaré contigo si eso es lo que tanto quieres, solo libéralos.

Los músculos de Kane se tensaron como si respondieran automáticamente a mis palabras queriendo negar rotundamente la situación.

—Vampiresa, la verdad es que no soy un vampiro al que le guste ver opciones. —Apoyó sus manos en las rodillas y se inclinó hacia adelante—. Lo quiero todo…

—¡Basta! —grité, golpeando las rejas de la celda con ambas manos—. ¡No puedes tenerlo todo! ¡Así no funcionan las reglas del mundo!

—¡Entonces haré nuevas reglas o haré un nuevo mundo! —dijo con un grito—. ¡¿No lo entiendes?! ¡Haré lo que sea por tener el control de lo que viene! ¡No permitiré que nos aniquilen!

—¡Eres un monstruo!

—Un monstruo al que vas a tener que amar toda tu vida.

Sonreí con ganas.

—Ahí es donde te equivocas.

Grigori se levantó de golpe y me miró a los ojos como escudriñando algo.

—¿Qué has hecho? —preguntó. Acto seguido, se aferró a mi celda, vi su rostro, sabía lo que estaba haciendo, estaba intentando hablarme a través de nuestro enlace, pero estoy segura de que su voz era un eco vacío—. ¡¿Qué has hecho?! —gritó.

—He deshecho lo que tú y tus malditos secuaces pusieron en mí. ¡Eres patético! Dices que eres un rey y tienes que pagarles a las personas para que fuercen a alguien a quererte. Eso es deprimente.

Una ola de fuego salió hacia mí y me cubrí como pude, sentí el calor en mi piel, quemándola, mi brazo ardía y mis gritos salían con desesperación. Kane apareció al lado de Grigori, sabía que algo dentro de él ardía como mi piel en este momento. Grigori se limitó a apartarlo de su lado con un empujón que lo hizo caer metros más atrás.

—Lo siento —dijo Grigori mirándome—. No quería… No era lo que quería. —Los ojos de Grigori estaban ahora negros como carbones, la rojez había desaparecido—. Lo siento mucho, Mirah.

Mi brazo comenzó a sanar rápidamente, pero el ardor de la quemada seguía presente.

—Eso es lo que haces —dije con una voz pausada—. Pretendes querer, pretendes preocuparte, luego lastimas a quienes están a tu alrededor y finges

ser una víctima. Tú escogiste este camino, tú escogiste ser el villano de esta historia.

—Bien, seré el villano de esta historia si eso salva a nuestra especie. Algún día entenderás que no es solo mi cuello el que intento salvar, Mirah, es el de todos los vampiros del mundo, si eso me hace un villano, bien, entonces lo seré.

Abrí las aletas de la nariz con un suspiro de frustración.

—¿Qué hiciste con Cat?

—Está a salvo —respondió—. Sé lo que ella significa para ti, no la lastimaré, pero debes entender que lo que ha ocurrido debe ser estudiado y tú, como mi reina, ahora que tienes la capacidad de crear Inmortus, seremos imparables.

Maldito bipolar con algún trastorno anímico.

—No seré tu reina, Grigori.

—Lo serás… Es hora de que asumas tu papel en esto.

—¡Jamás! —Escupí la palabra con tanto desprecio como pude reunir.

Su sonrisa desapareció en un instante y, en un parpadeo, su figura se disolvió en una estela de micromurciélagos oscuros que se movió con una velocidad aterradora. Antes de que pudiera reaccionar, se materializó frente a Kane.

—¿Jamás? —repitió con un tono tan frío que me heló la sangre.

Lo siguiente ocurrió tan rápido que apenas lo procesé. La mano de Grigori se hundió en el pecho de Kane, atravesando carne y hueso con un sonido húmedo y brutal. Kane abrió los ojos de golpe y un torrente de sangre brotó de su boca, salpicando el suelo.

—¡¡¡No!!! —El grito salió de mi garganta con tanta fuerza que sentí que me desgarraba por dentro. Me aferré a las rejas de la celda como si pudiera atravesarlas por pura fuerza de voluntad.

—Observa, Mirah. —La voz de Grigori era suave, casi cariñosa, pero cargada de un peligro letal—. Puedo arrancarle la vida con un simple movimiento. ¿Quieres verlo? —Sus dedos se tensaron dentro del pecho de Kane y este emitió un sonido ahogado, su cuerpo temblando.

—¡Déjalo, maldito desgraciado! —grité, mi visión nublada por las lágrimas.

Grigori giró su cabeza hacia mí, su rostro iluminado por una sonrisa malévola.

—Es simple, Mirah. Tú aceptas tu papel como reina, obedeces y él vive. Pero si insistes en rechazar aquello que debes cumplir… —Hizo una ligera presión con su mano y Kane dejó escapar un grito bajo, sofocado por la sangre que se acumulaba en su boca—. Te sugiero que no me pongas a prueba.

—¡No te atreverías! —le respondí, aunque mi voz traicionaba la duda que sentía.

Grigori inclinó la cabeza, observándome con ese aire calculador que me hacía temblar.

—¿Quieres apostar? —preguntó, su tono tan tranquilo que dolía aún más.

Mi cuerpo se rindió antes que mi mente. No podía perder a Kane, no después de todo lo que ya habíamos sacrificado. Bajé la mirada, sintiendo el peso de la derrota aplastarme. Asentí, apenas un movimiento, pero suficiente para que Grigori lo notara.

—Buena chica. —Su sonrisa volvió, triunfante, mientras retiraba su mano del pecho de Kane con un movimiento lento. La sangre goteaba de sus dedos mientras Kane caía al suelo de rodillas, jadeando débilmente.

Me dejé caer contra las rejas de la celda, mis piernas temblando. No había escapatoria, no por ahora. Grigori había ganado esta batalla, pero la guerra aún no terminaba.

VEINTE: Los humanos son nobles
MIRAH

Los Noctus vinieron por mí al amanecer, sus figuras oscuras y retorcidas proyectando sombras inquietantes sobre las paredes de la celda. No dijeron nada, solo me tomaron por los brazos con una fuerza innecesaria y me arrastraron fuera. Me debatí un momento, pero el collar alrededor de mi cuello me recordó mi impotencia. Su frío metálico seguía pesando como un recordatorio de mi prisión. El pasillo que recorrimos era más amplio de lo que recordaba, con los mismos muros de piedra oscura que una vez conocí. Mis pasos resonaban débilmente, el eco acompañando mis pensamientos cada vez más sombríos. Finalmente, me llevaron a una habitación que me resultó dolorosamente familiar. Era la que solía ser mi habitación en el castillo de Grigori.

Las paredes estaban decoradas con tapices de tonos apagados, el suelo de piedra era frío bajo mis pies y la ducha estaba abierta esperando por mí. Un grupo de sirvientas esperaban a un lado, sus rostros inexpresivos casi exigiendo que me desvistiera delante de ellas, pero no lo iba a hacer, además, sabía que si Grigori me tenía aquí de alguna manera era porque aún tenía cierto poder sobre él. Nina me había dicho algo en aquella práctica, una frase que no sabía qué tan útil sería pero que tenía un tono de verdad inigualable: «Te daré un consejo que no me estás pidiendo, pero quizás te sirva. Recuerda que aquellos hombres que aman ferozmente tienen una única debilidad y es la persona a la que aman».

—¿Un poco de privacidad? —dije exasperada.

Las sirvientas se vieron a la cara y asintieron con un toque de molestia. El agua caliente me envolvió en cuanto entré a la ducha. Cerré los ojos, intentando no pensar en el horror que me rodeaba, en lo lejos que estaba de quienes me importaban. Pero no podía evitarlo. Los rostros de Michelle, Nolan, Faustus y Cat se dibujaban en mi mente una y otra vez. ¿Estarán a

salvo? ¿Qué habrá sido de ellos?

Después de lo que se sintió como una eternidad, las sirvientas volvieron a entrar y prácticamente me sacaron del agua a la fuerza y me entregaron un vestido de seda negra. El tejido era suave y ligero, abrazando mi cuerpo con incomodidad. Tacones de un material traslúcido completaban el atuendo, tan imponente como sofocante. Me vestí con resentimiento, cada pieza sintiéndose como un grillete más. Finalmente, me llevaron hacia la cocina, un lugar que apenas reconocí. Las sirvientas se retiraron sin decir una palabra, dejándome sola en un rincón donde el aroma de especias y hierbas llenaba el aire. Me dejé caer en una silla, mirando al horizonte a través de una ventana pequeña. El paisaje del castillo era igual de opresivo: cielos grises y montañas que se alzaban como centinelas inquebrantables. Mis pensamientos regresaron a mis amigos. No sabían nada de mí, ¿me estarían buscando? Quizás qué mierda les habría dicho Forze para cubrir todo esto. La incertidumbre era un peso insoportable. Un sonido detrás de mí interrumpió mi melancolía. Giré la cabeza y vi entrar a Miles, el mayordomo humano de Grigori. Sus pasos eran elegantes, su presencia tan impecable como siempre. Llevaba un traje oscuro perfectamente planchado, y su rostro, aunque marcado por los años, era reconocible al instante.

Cuando nuestros ojos se encontraron, vi algo inesperado: sorpresa.

—¡Señorita Mirah! —murmuró, deteniéndose en seco. Sus ojos bajaron hasta el collar en mi cuello y un destello de comprensión cruzó su rostro. Sin dudarlo, cruzó el espacio entre nosotros y me envolvió en un abrazo. El gesto me tomó por sorpresa, pero no lo rechacé. Miles siempre había sido amable conmigo—. No entiendo —dijo mientras se apartaba ligeramente para mirarme a los ojos—. ¿Qué está pasando aquí? He estado fuera… ¿Por qué lleva ese collar? ¿Por qué está aquí?

La sinceridad en su voz me quebró un poco, pero respiré hondo, intentando mantenerme firme. Había olvidado que muchos humanos son nobles.

—Grigori me ha capturado. —Mis palabras eran duras, pero la emoción que intentaba contener se filtró en mi voz—. Me tiene prisionera, Miles. No sé qué planea, pero estoy atrapada aquí y el collar está bloqueando mis poderes.

—Lo sé, son los collares que pone a sus prisioneros. —Sus cejas se fruncieron y vi la indignación en su rostro. Miles era muchas cosas, pero

nunca un hombre que tolerara la injusticia—. Esto es inaceptable, lo que hizo con el señor Kane ya era demasiado, pero usted… —dijo, sus ojos oscilando entre el collar y mi rostro—. Él no puede…

—Lo hizo —lo interrumpí con un susurro. Mi voz temblaba, pero mi mirada era firme.

Miles se quedó en silencio, como si las palabras se le hubieran atorado en la garganta. Luego se sentó y enderezó, su postura rígida mientras me observaba con una especie de pena. Finalmente, suspiró, pasando una mano por su cabello cuidadosamente peinado.

—Lamento mucho que esté pasando por esto, señorita Mirah —dijo en voz baja, su tono cargado de auténtica pena—. Si pudiera hacer algo por usted… —Su voz se quebró ligeramente, pero rápidamente recuperó la compostura—. Pero entenderá que no puedo traicionarlo. No a él.

—No te pediría que lo hicieras, probablemente te castigue por igual.

Lo observé en silencio, mis emociones enredadas entre la rabia y la compasión. Miles no era como los demás en este lugar. No solo porque era humano, sino porque había bondad en él, incluso si estaba atrapado en las sombras de alguien como Grigori.

—Grigori no siempre fue así —añadió de repente, su mirada perdiéndose en el horizonte más allá de la ventana. Había algo en su voz, un atisbo de nostalgia—. Su obsesión con usted y con el poder ha ido demasiado lejos, lo sé. Pero antes… Antes era diferente. —Fruncí el ceño, intrigada. Miles parecía vacilar, pero luego pareció decidirse, como si al compartir su historia encontrara algo de redención—. Lo conocí hace mucho tiempo, cuando mi vida… ya no tenía sentido. —Hizo una pausa, sus ojos brillando con recuerdos dolorosos—. Mi esposa, Rosie, y yo habíamos salido una noche al cine en Lonviness Central. Era una de esas noches que recordarías para siempre, llena de risas y momentos pequeños pero perfectos. Al salir del cine, todo cambió. —Su voz tembló, y vi cómo apretaba las manos sobre sus rodillas, como si tratara de contener el dolor que aún lo perseguía —. Unos bandidos nos interceptaron en la calle. Querían dinero, relojes, cualquier cosa de valor. Yo les di todo lo que tenía, pero Rosie… —Se detuvo, sus labios temblando antes de continuar—. Rosie se resistió a entregar su anillo de bodas. Era lo único que le importaba en ese momento, nuestro símbolo. —Miles cerró los ojos como si reviviera el momento—. Uno de ellos… la apuñaló. Todo ocurrió tan rápido. Vi cómo la vida se le

escapaba, cómo su sangre teñía la acera. Quise ayudarla, salvarla, pero no pude. Estaba congelado, inútil.

El silencio que siguió fue pesado, casi insoportable. Miles finalmente levantó la cabeza, mirándome con una expresión llena de pesar.

—Fue entonces cuando apareció Grigori. —Su voz cambió, adquiriendo un tono más firme, como si hablara de algo sagrado—. No sé cómo supo lo que había ocurrido, pero llegó poco después. Se inclinó junto a mí, observó el cuerpo de Rosie y, entonces… sentí que su dolor era tan grande como el mío. De alguna forma, entendió mi pérdida sin necesidad de palabras. —Lo observé, procesando sus palabras. Era difícil imaginar a Grigori, siempre tan frío y calculador, compartiendo el dolor de otro—. Nos sentamos allí, en silencio, hasta que amaneció. Luego, me dijo que necesitaba un amigo humano, alguien en quien pudiera confiar. —Miles sonrió tristemente—. A cambio, me prometió que vengaría la muerte de Rosie. Y lo hizo. Encontró a los bandidos y los… Bueno, digamos que se aseguró de que no volvieran a lastimar a nadie más. —Miles se detuvo, el brillo de sus ojos apagándose mientras continuaba—. Nos hicimos amigos, porque entendíamos algo que pocos pueden: la pérdida del amor. Él me habló de Sirel, de cómo la perdió, de cómo su muerte lo destrozó de una forma que nunca pudo sanar. —Suspiró, dejando caer las manos en su regazo—. Eso nos unió, el dolor compartido.

Sentí un nudo formarse en mi garganta. Por un momento, pude ver otra faceta de Grigori, una que nunca había imaginado. Pero, incluso con esa comprensión, no podía perdonarlo por lo que había hecho, por lo que seguía haciendo.

—Grigori pudo haber cambiado, pero eligió este camino, Miles. Y ahora no soy más que otra pieza en su juego de poder.

Miles asintió lentamente, sus ojos reflejando una tristeza infinita.

—Lo sé, señorita Mirah. Pero eso no significa que no lamente lo que está pasando. —Se puso de pie, alisando su chaqueta con movimientos automáticos—. Y, aunque quizás no deba… tendré que cambiar mi forma de proceder, es lo correcto. Escuche, si alguna vez puedo hacer algo por usted, lo haré. Lo prometo.

Lo observé mientras salía de la cocina, dejando tras de sí el eco de su historia. Aunque me conmovió su dolor, mi mente no podía apartarse del hecho de que estaba sola. Mis amigos seguían lejos y Grigori tenía planes

que no podía permitir que se cumplieran. De alguna manera, encontraría una forma de luchar. Tenía que hacerlo. «Dios… ya que has decidido hacerme tu mejor guerrera un año más, al menos dame unas buenas armas para luchar».

Miles estaba a punto de salir de la cocina cuando mi voz lo detuvo.

—Miles… —dije, mi tono más suave que antes, aunque la urgencia se filtraba en cada palabra—. Quizás hay algo que sí puedas hacer por mí.

Se giró lentamente, su expresión cautelosa pero curiosa. Dio un paso hacia mí y, aunque sabía que estaba caminando por una línea peligrosa, vi un destello de disposición en sus ojos.

—Dígame, señorita Mirah. —Su voz era baja, casi un susurro, como si temiera que las paredes pudieran escuchar.

Tomé aire, reuniendo fuerzas. Hablar de Kane con Miles era arriesgado, pero no podía quedarme en silencio. No si había una oportunidad de salvarlo.

—Necesito saber qué fue lo que Grigori le inyectó a Kane. O cómo funciona lo que le está haciendo. —Lo miré directamente, rogando en silencio que viera mi desesperación.

Miles pareció tensarse, como si la sola mención de Kane lo pusiera en un dilema. Miró hacia la puerta, asegurándose de que nadie estuviera cerca, y luego se inclinó ligeramente hacia mí.

—Es una preparación… —dijo en voz baja, eligiendo sus palabras con cuidado—. Grigori le administra una dosis todos los días. A veces se la inyecta, otras veces lo obliga a tragarla en forma de pastilla, dependiendo de lo que necesite, no sé bien cómo funciona, solo sé que Kane ha estado resistiéndose y luego dejó de hacerlo. —Mi corazón se apretó con fuerza al imaginar a Kane sometido diariamente a ese tormento, pero mantuve el silencio para dejar que Miles continuara—. Con otros sujetos de experimentos una sola cápsula suele ser suficiente. El efecto es permanente. Pero con Kane… —Miles hizo una pausa, frunciendo el ceño—. Grigori dice que hay algo en su sangre, una resistencia natural que lo hace salir de la compulsión. Por eso necesita una dosis mayor cada día y se está desesperando, hay alguien que está investigando para él, alguien que ha estado revisando la tolerancia al suero o la sustancia, pero desconozco quién es.

El peso de sus palabras cayó sobre mí como una losa. Kane estaba

luchando, incluso bajo el control de Grigori, y esa resistencia era la prueba de que aún quedaba algo de él, algo que podía salvar.

—Pero Grigori rara vez se rinde con algo, ¿no es así? —pregunté, aunque temía la respuesta.

Miles suspiró, negando lentamente con la cabeza.

—Han estado trabajando en ello. Los científicos de Grigori están desarrollando un dispositivo, algo que pueda implantarse directamente en el corazón de Kane. Liberaría la sustancia automáticamente, eliminando la necesidad de administrarla diariamente. —Hizo una pausa, su expresión sombría—. Si lo logran, no habrá forma de liberarlo jamás.

Sentí un frío indescriptible recorrer mi columna. Un dispositivo en el corazón. Era un nivel de crueldad que solo Grigori podía concebir. Pero también me dio algo que no esperaba: una oportunidad. Mientras Kane siguiera dependiendo de esas dosis diarias, había una posibilidad de rescatarlo.

—Gracias, Miles. —Mi voz era firme, aunque la emoción nublaba mi vista—. No sabes lo importante que es esto para mí. Solo tengo una pregunta más.

—Dígame.

—¿Sabes algo de Cat? Mi amiga, la de ojos almendrados y ojos… Bueno, rojos ahora, ¿la recuerdas?

—No la he visto, señorita Mirah, pero acabo de volver, estuve fuera unas semanas, estaré atento. ¿Grigori también la ha capturado?

—Me temo que sí.

Miles asintió, con los labios apretados. Por un instante, parecía querer decir algo más, pero se detuvo, como si el riesgo fuera demasiado.

—Haré lo que pueda para saber más. Solo tenga cuidado, señorita Mirah. Si Grigori sospecha algo… —Dejó la frase en el aire, pero el mensaje era claro.

Lo vi salir de la cocina, dejando tras de sí un silencio pesado. Me quedé inmóvil por un momento, procesando todo lo que había aprendido. Kane seguía resistiendo, incluso bajo el yugo de Grigori. Pero esa resistencia tenía un límite y, si Grigori lograba implantar ese dispositivo, sería el fin.

Sabía lo que tenía que hacer.

Aunque fuera lo último que hiciera, rescataría a Kane y a Cat. Por mí, por él, por todo lo que nos habían arrebatado.

VEINTIUNO: Tu palabra vale verga
MIRAH

Habían pasado varios días desde que Grigori me había traído al castillo y el tiempo se había convertido en un limbo tortuoso. A menudo tenía que estar alerta puesto que los Noctus pasaban por mi puerta haciendo guardia. Recordaba algunas cosas breves de la lectura del libro de Abraxa, ese que comentaba sobre la llave de Karakum, se decía que tenía un mecanismo oculto que revelaría la ubicación de Karakum a una única persona, una Varmani, especialmente una guardiana, así había sido creado. También había surfeado la web oscura tratando de descifrar un poco los jeroglíficos, pero los resultados eran muy raros, oscilaban entre el antiguo Egipto y otras ciudades. El artefacto en sí era una obra de alguien cuyo título decía «Ingemante», un hombre cuyo nombre ya no se leía bien en el antiguo libro, pero parecía decir Dragheus, me costaba creer que tuviese algo que ver con Vals y la corporación Dragheus, pero, de nuevo, ya nada era de extrañarme.

No había visto a Kane en días, pero su imagen seguía grabada en mi mente, junto con el peso de cada palabra de Miles. Mis noches eran inquietas, llenas de pesadillas en las que el collar en mi cuello se convertía en una cadena que me hundía más y más en la oscuridad. Me negaba a alimentarme. No importaba que el hambre quemara mi interior, que mis fuerzas disminuyeran día tras día. Si iba a ser prisionera de Grigori, al menos no le daría la satisfacción de verme ceder completamente.

Mi puerta se abrió sin aviso. La tenue luz gris que entraba por las cortinas apenas iluminaba la figura de Grigori. Como siempre, impecable. Su presencia llenaba el cuarto con un aire pesado y opresivo.

—Buenos días vampiresa, qué bueno que ya estás despierta. —Su voz tenía un tono burlón, como si supiera que lo odiaba y disfrutara de ello. Me incorporé lentamente fingiendo acabar de despertar. Grigori avanzó hacia la cama y dejó una caja sobre el edredón—. Ábrela —ordenó, su tono dejando

claro que no había espacio para negarse.

Resignada, extendí las manos hacia la caja. Al levantar la tapa, un vestido negro de lentejuelas relucientes se desplegó ante mí. La tela era elegante y provocadora, con un escote en la espalda que bajaba hasta la cintura. A su lado, unos tacones *stilettos* negros brillaban bajo la luz tenue, junto con un antifaz adornado con detalles plateados. Mi mirada se endureció al instante.

—¿Qué demonios es esto? —pregunté, levantando la vista para encontrar sus ojos.

Grigori sonrió, disfrutando de mi confusión.

—Tu atuendo para el gran evento, nuestra boda. —Su voz tenía un tono de placer perverso—. Es la ceremonia de coronación de los reyes vampiros ante el cónclave. Tú y yo, querida Mirah, seremos la pareja real. —Mis labios se abrieron para protestar, pero Grigori levantó una mano, silenciándome—. Primero, una sacerdotisa de las sombras vendrá a bendecir nuestra unión. —Sus ojos brillaban con un entusiasmo que me enfermaba—. Es como un matrimonio entre vampiros, aunque, claro, mucho más significativo. La sacerdotisa unirá nuestras existencias en un lazo que nadie podrá romper e, independientemente de que con tu cabecita inteligente hayas encontrado la forma de romper nuestro enlace, esa unión no la podrá romper nadie. —Curvó su sonrisa y me tensé, sintiendo el impacto de sus palabras como un golpe directo. Esto no era solo una ceremonia. Era un acto de control, de sometimiento. Grigori quería reclamarme por completo.

Como si no fuera suficiente, Grigori sacó una pequeña caja de terciopelo negro de su bolsillo. La dejó en mis manos y su sonrisa se amplió.

—Ábrela.

Dudé por un momento, mi corazón martillando en mi pecho. Pero sabía que no tenía elección. Con un suspiro tembloroso, abrí la caja.

En su interior, un anillo de diamante negro descansaba sobre un cojín de seda. La gema brillaba intensamente, reflejando cada rayo de luz como si estuviera viva. El diseño era intrincado, con delicadas filigranas que parecían entrelazarse como ramas oscuras.

—Es hermoso, ¿no crees? —preguntó Grigori, inclinándose ligeramente hacia mí—. Un símbolo de nuestra unión. De nuestro poder.

Lo miré con los ojos llenos de rabia, apretando los puños con fuerza. La idea de llevar ese anillo, de aceptar cualquier cosa que simbolizara estar

ligada a él, me revolvía el estómago.

—Esto no es una unión. Es una farsa —dije, mi voz goteando veneno.

Grigori soltó una risa baja, profundamente satisfecho.

—Llámalo como quieras, Mirah. Pero mañana por la noche, todos los vampiros del cónclave serán testigos. No importa cómo te sientas al respecto. Esto ocurrirá, quieras o no. —Se inclinó aún más, su rostro quedando peligrosamente cerca del mío—. Y, si intentas arruinarlo… Bueno, ya sabes lo que está en juego. Kane. —Pronunció su nombre como si fuera un arma, y mi cuerpo se tensó de inmediato.

Mi mirada cayó hacia el anillo una vez más, y una oscura determinación comenzó a formarse en mi interior. Si Grigori quería jugar este juego, tendría que prepararse para lo que venía. Porque si había algo que sabía con certeza era que no me rendiría tan fácilmente.

Grigori tomó el anillo con delicadeza, como si el acto que estaba a punto de realizar fuera una ceremonia sagrada. Extendió mi mano a la fuerza y, aunque intenté apartarla, su agarre era firme, irrefutable. Sentí el frío del metal contra mi piel cuando deslizó el anillo de diamante negro en mi dedo, ajustándolo como si estuviera sellando un pacto con el mismo infierno.

—No puedes obligarme a casarme contigo —le dije con un tono cargado de furia, mirando fijamente a sus ojos rojos como brasas encendidas.

Grigori soltó una carcajada baja, su voz impregnada de burla y superioridad.

—¿Casarnos? No lo pienses como un matrimonio, querida vampiresa. Piensa en esto como… una alianza eterna. Muchas personas se casan por interés, no hay amor de por medio, vamos a decir que nosotros nos casaremos por objetivos y buenas folladas, porque de eso hemos tenido bastante, ¿no es así? —Su sonrisa se torció, mostrando una pizca de malicia —. Y ya sabes las condiciones. Si no lo haces, Kane morirá. ¿Es eso lo que quieres?

—Kane se librará en algún momento de tu maldita compulsión y no podrás detenerlo cuando lo haga.

—Quizás, vampiresa, aunque estamos trabajando en algo más… permanente. Pero, de todas formas, si es que Kane no es el suficiente incentivo para que te comportes… —Su pecho subió y su voz áspera subió de tono —¡Tráiganla!

Mi cerebro y cuerpo parecían colapsar de la anticipación, porque, aunque

cada fibra de mi cuerpo quería negarlo, ella era lo que estaba viendo frente a mí. Amarrada, maltratada, con un collar idéntico al mío en su cuello, mi pequeña vampira… Cat.

—Mirah —dijo con una voz de dulzura y cansancio.

—Cat. —Miré con rabia a Grigori—. ¡Joder, bastardo de mierda! ¡Déjala ir!

—Dependerá de tu comportamiento, vampiresa. Cat tiene mucho que otorgarme, no pienses que no extraeremos cada secreto científico de su transformación como Inmortus, esto servirá aún más para asegurar nuestra supremacía ante el cónclave.

Mi mente giraba en espiral, no podía creer que aquel que había considerado parte de mi familia, Forze, había sido el maldito topo todo este tiempo, ¿lo sabrían las Mordred? ¿Lo sabría Nina? ¿Que en su puta cama tenía a un amigo de Grigori?

—Por favor… Déjala ir y haré lo que quieras en el cónclave.

—Vampiresa, así no es como negociamos aquí. Verás, el poder lo tengo únicamente yo, entonces, yo soy quien pone las condiciones.

Me moví con rapidez, partiendo un pedazo del armazón de la cama, el pedazo de madera en mi mano se estrelló contra la piel de Grigori llevándolo contra la pared, poco a poco traspasé algunos centímetros de ella.

—Así es como vamos a negociar, maldito. —Grigori solo rio, una risa de burla y chiste que me hizo hervir la sangre, con apenas un poco de fuerza me separó de él, sacándose el pedazo de Madera. Me sostuvo con fuerza por los hombros y acercó su boca a mi oído.

—Hagamos esto mismo en nuestra noche de bodas mientras te follo con ganas, ¿te parece? —Podía sentir su sonrisa curva cerca de mi piel—. Ahora, si ya terminamos con el espectáculo, las cosas serán así: Kane y Cat vivirán si colaboras conmigo.

Mi cuerpo se tensó y sentí cómo la frustración ardía en mi pecho. Abrí las aletas de la nariz, tratando de contener un grito que amenazaba con salir. Finalmente, después de unos segundos de silencio, asentí con un movimiento brusco, mi odio hacia él creciendo con cada respiración.

—Bien, lo haré.

—Bien, vampiresa, buena decisión. Ahora, ¿estás segura de que todo esto ocurrió por tu sangre?

—No lo sé. Imbécil. Solo pasó de esa manera, ¿no tienes un equipo de científicos que te den las respuestas?

—Sabes que esa actitud solo me hace querer estar más entre tus piernas, ¿verdad? Una reina indomable y rebelde… ¿O quizás lo estás haciendo a propósito?

Escupí al piso y él rio.

—Idiota.

—Bueno, querida, lo mejor de todo es que mañana en el cónclave habrá más rodillas en el piso y cabezas agachadas cuando esto se sepa. Mientras tanto. —Grigori chascó los dedos—. Lleven a Cat a sus aposentos.

—No la lastimes, por favor.

—Te di mi palabra, vampiresa.

—Tu palabra vale verga a estas alturas.

Grigori sonrió y acercó su mano derecha a mi rostro sosteniendo mi mandíbula.

—Tu lenguaje sucio es lo que más me enciende, vampiresa, no olvides decirme unas cuantas cochinadas cuando me supliques que te folle la próxima vez.

Me zafé de su agarre.

—Tu personalidad narcisista e idiota es lo que me seca la entrepierna, vampiro.

—Dudo que tu entrepierna caliente algún día esté seca vampiresa —Grigori se inclinó ligeramente hacia mí, su tono cambiando a algo casi divertido—. Y hay algo más, Mirah. El cónclave no aceptará menos que una pareja verdaderamente enamorada. Así que tendrás que pretender. Tendremos que fingir que no podemos vivir el uno sin el otro. —Sus palabras se arrastraron, cada una cargada de desprecio disfrazado de cortesía—. Hasta el último detalle, querida.

La repulsión recorrió mi cuerpo como un escalofrío helado. Fingir estar enamorada de Grigori era una idea tan grotesca que apenas podía contener las náuseas.

—Eres un monstruo —espeté, mi voz baja pero cargada de veneno.

Grigori sonrió, como si mis palabras fueran un cumplido.

—Y tú, una reina reacia. Harás lo que debes hacer. —Dio un paso atrás, pero entonces su mirada cambió, tornándose más seria—. Pero hay un problema. Has estado negándote a alimentarte y no podemos permitir que te

veas pálida para el evento. Sería un insulto para el cónclave.

Antes de que pudiera responder, Grigori levantó su muñeca y, con un movimiento rápido, dejó salir sus colmillos. En cuestión de segundos, hundió sus dientes en su propia piel, abriendo una herida de la que brotó sangre oscura y espesa. El aroma me golpeó con fuerza, inundando mis sentidos. Pero ya no era esa sangre dulce y chocolatosa que olía antes, ahora olía como cedro y carbón, quizás era porque ya no estábamos enlazados o quizás era por la mierda que se había hecho. Mi cuerpo reaccionó antes que mi mente, cada fibra de mi ser clamando por esa sangre solo por el hecho de estar extremadamente hambrienta. Sentí cómo mi garganta se cerraba con un ansia que quemaba. Apreté los puños, luchando contra el impulso de lanzarme hacia él.

—Vamos, Mirah. Sé que tienes hambre. Puedes resistirte todo lo que quieras, pero tarde o temprano… beberás. —Su voz era un susurro peligroso mientras bajaba su muñeca frente a mí, tentándome con un brillo en los ojos.

Cerré los ojos con fuerza, intentando bloquear la necesidad que me consumía. Cada segundo que pasaba era una tortura, y mi respiración se volvió irregular. Pero no lo hice. No le di la satisfacción.

Cuando abrí los ojos, vi cómo la herida en su muñeca comenzaba a cerrarse rápidamente, su regeneración perfecta en cuestión de segundos. Grigori inclinó la cabeza, mirándome con una mezcla de diversión y paciencia.

—Puedes negarte por ahora. Pero lo harás… Falta muy poco, querida vampiresa, y nuestra unión será oficial. Seremos coronados como reyes de todos los vampiros y entonces no podrás negarte a beber de tu esposo. —Su sonrisa regresó, llena de una confianza exasperante—. Porque será tu día a día. —Me quedé quieta, mi mente luchando contra la idea de lo que venía. No era solo una ceremonia, ni siquiera un matrimonio forzado. Era un acto de dominación absoluta, y Grigori estaba disfrutando cada segundo de mi resistencia. Él me miró una vez más antes de girarse hacia la puerta, satisfecho con la desesperación que había sembrado en mí—. Nos vemos mañana por la noche, reina mía. —Su voz era un murmullo que me dejó temblando.

La puerta se cerró tras él y, en ese momento, dejé que mi frustración y repulsión se desbordaran. Me miré la mano, el anillo brillante como un

recordatorio constante de lo que estaba en juego, y me lo saqué con rapidez tirándolo contra la puerta. No iba a rendirme. Aunque me obligara a jugar su juego, encontraría la manera de destruirlo. Por Kane, por mí, por Cat y por todo lo que Grigori representaba. Esto no terminaría como él esperaba.

Quería pedir al aire que si alguien pudiera escucharme… este sería un buen momento para rescatarme, pero recordé que normalmente todos debemos ser nuestros propios héroes. Grigori me necesitaba, sin mí la idea de la pareja de reyes perfectos no se daría, entendía las leyes vampíricas porque él me las había enseñado, los vampiros son altamente monárquicos y conservadores, al menos los más esnobistas, y todo esto me hacía pensar que si Grigori no había sido coronado en todos estos meses era porque necesitaba a la reina de los vampiros a su lado, si hoy en día yo me parara frente a un cónclave a decir que mi sangre es la que puede crear a los Inmortus, eso tendría más peso que otra cosa, él me necesitaba y no me iba a matar, así que tenía que hacer algunos movimientos arriesgados.

Respiré profundo y abrí la puerta de la habitación, por suerte Grigori ya no estaba. Los pasillos del castillo estaban en penumbra, iluminados solo por luces minúsculas que proyectaban sombras danzantes en las paredes de piedra. Sabía que no tenía mucho tiempo antes de que alguien notara mi ausencia, así que me moví con rapidez y sigilo.

Giré una esquina y me detuve en seco frente a la habitación de Miles, sin pensarlo mucho invadí su espacio y abrí la puerta. Estaba de pie junto al clóset ajustando su chaqueta en un gancho de ropa con movimientos precisos. Cuando me vio, sus ojos se abrieron ligeramente y la sorpresa fue evidente en su rostro.

—Señorita Mirah, ¿qué está haciendo aquí? Si alguien la ve… —dijo en un susurro urgente.

Me acerqué rápidamente, mi voz cargada de desesperación.

—Lo sé. Miles, necesito tu ayuda.

Miles tomó mi mano y me jaló con rapidez hacia su habitación, cerrando la puerta detrás de nosotros.

—Es peligroso hablar en los pasillos, señorita Mirah, ellos siempre están escuchando.

—Lo sé, pero, Miles, Grigori me está obligando a casarme con él y necesito un favor. —Mi mirada se suavizó, suplicante—. Solo quiero ver a Kane una vez más. Quiero verlo sin esa maldita compulsión. Por favor,

Miles. ¿Sabes en qué momento podría hacer eso?

Miles frunció el ceño y, por un momento, pareció debatirse internamente. Podía ver la lealtad que lo ataba a Grigori luchando contra algo más profundo, algo más humano. Finalmente, suspiró y asintió lentamente.

—Está bien. —Su voz era baja, pero firme—. Puedo ayudarla. Pero tiene que prometerme que no hará nada que ponga en peligro su vida… o la mía.

—Prometido —mentí sin pestañear. No había garantía de que pudiera mantener esa promesa, pero necesitaba su ayuda.

—Entonces el momento es ahora, su suero no se pondrá hasta las ocho, ahora mismo está en la celda, pero consciente.

Miles hizo un gesto para que lo siguiera y juntos nos adentramos más en el laberinto de pasillos del castillo. Mi corazón latía con fuerza, una mezcla de miedo y esperanza llenándome mientras me preparaba para enfrentar lo que venía. Kane estaba cerca, lo sabía, y haría lo que fuera necesario para liberarlo, aunque fuera por un instante.

Finalmente, nos detuvimos frente a una puerta. Reconocí el lugar al instante y mi corazón se aceleró. Allí estaba él. Kane, sentado en el suelo, con las manos descansando en las rodillas y la mirada perdida. Parecía diferente, menos tenso, más él, pero sin embargo no el mismo hombre… o vampiro que conocía, aquella aura de control y dominación que amaba de él parecía completamente apagada, como de alguien que se había resignado a su destino.

—Kane… —susurré, mi voz quebrándose al pronunciar su nombre.

Levantó la cabeza de golpe y, cuando sus ojos ahora rojizos y negros se encontraron con los míos, todo pareció detenerse. Se levantó de un salto y corrió hacia las rejas, sus manos aferrándose al metal como si con suficiente fuerza pudiera atravesarlo. Hice lo mismo, nuestras manos encontrándose a través de los barrotes.

—Mirah… nena. ¿Eres tú? No deberías estar aquí, él… —murmuró, su voz temblando por la emoción. Sus dedos tocaron los míos y luego su mano subió para rozar mi rostro. El contacto era cálido, familiar, y mis ojos se llenaron de lágrimas—. ¡Joder! Te he extrañado tanto, nena… —dijo, su voz cargada de dolor y alivio al mismo tiempo.

—Kane, te sacaré de aquí. —Mis palabras eran una promesa, una declaración inquebrantable.

Él negó con la cabeza, su expresión endureciéndose mientras sus ojos

buscaban los míos.

—No. No hagas nada imprudente. —Su tono era urgente, lleno de preocupación—. No soportaría perderte, Mirah. Si haces algo que te ponga en peligro…

—No me importa nada más —lo interrumpí, mi voz quebrándose por la emoción—. No me importa lo que tenga que hacer. No voy a dejarte aquí.

Kane apretó los dientes, su mandíbula tensándose mientras luchaba con algo que parecía imposible de decir. Finalmente, tomó aire, su mirada oscureciéndose.

—Grigori… tiene a mi madre. —Sus palabras cayeron como una losa entre nosotros—. Me ha obligado a seguir sus órdenes porque, si no lo hago, la matará. No puedo arriesgarme a que algo le pase, Mirah. Por favor… no lo hagas peor.

El peso de su confesión me golpeó como un puñetazo. Sentí que el aire se escapaba de mis pulmones mientras intentaba procesar lo que acababa de decir. Grigori tenía a su madre. Eso cambiaba todo.

—¿Tu madre? ¿Es por eso que has aceptado todo esto?

—Sí, lo siento, Mirah, no puedo hacer una rebelión en su contra, la tiene escondida, la matará.

—Kane.

—Siento no haber hecho más, Mirah, debí luchar por ti, no debí dejarte sola con él todo ese tiempo, por mi culpa te manipuló.

—¿De qué demonios hablas, Kane? Nada de esto es tu culpa, en todo caso es mía, yo me dejé manipular, he sido una tonta, pero he aprendido mi lección y te juro, Kane, que voy a sacarte de esta mierda.

Miles, que había estado en silencio hasta ahora, dio un paso atrás, su rostro reflejando una mezcla de culpa y horror. Parecía profundamente afectado, como si la crueldad de Grigori hubiera alcanzado un límite que ni siquiera él podía justificar.

—Lo siento mucho, señor Kane, esto es… más de lo que pensé que tendría que ver en este castillo —dijo Miles con un tono que rayaba en la rabia y tristeza—. ¿Qué más puedo hacer por usted, señorita Mirah? —preguntó en un susurro, su voz cargada de determinación.

—¿Sabes dónde tienen a la madre de Kane?

Miles agachó la cabeza, de alguna forma pensando si darme esta información le costaría caro.

—Sí, lo sé. El señor Grigori me ha pedido hacer envíos a ese lugar. La tiene en un lugar especial, la ha movido del centro de cuidados y la tiene en un almacén del sector dos, la dirección es Avenida Helium, 226.

Miré a Kane, mis manos todavía entrelazadas con las suyas, y luego me volví hacia Miles. Había una chispa de esperanza en mi mente, una idea que, si salía bien, podría darnos una oportunidad.

—Miles, ¿tienes alguna forma segura de pasar un mensaje a Murda?

—Tengo algunos contactos que pueden servir. ¿Qué tiene en mente?

—Necesito que le entregues esa dirección a Michelle di Martino, mi mejor amiga. —Mi voz era firme, aunque el miedo seguía latente en mi pecho—. No puedes ir a la FIM donde ella está, pero necesito que le dejes este mensaje en la lavandería de la calle Tres.

—¿Calle Tres?

—Es una forma que teníamos de comunicarnos en caso de emergencia, la diseñamos por si volvíamos a pasar por algo como lo que ocurrió en Lonviness. Dile lo que está pasando. Grigori tiene a la madre de Kane. Necesitarán esa información para rescatarla, ella y los Voyh podrían hacerlo.

Miles asintió lentamente, su expresión volviéndose decidida.

—Sé cómo hacerlo, señorita Mirah. Déjemelo a mí.

Lo miré fijamente, buscando cualquier indicio de duda, pero no encontré ninguno. Sabía que estaba arriesgándose mucho, pero parecía dispuesto a hacerlo.

Volví mi atención a Kane, mi mano aún acariciando la suya.

—Mirah, no puedes…

—¡Escúchame bien! El idiota de Grigori me necesita, no me va a matar y puedo hacer esto… Es un riesgo grande para todos, lo sé. Pero no me pienso sentar aquí sin hacer nada, ya ha pasado la época en la que me sentaba a observar cómo el mundo ardía. Ahora, yo haré que el maldito mundo arda. Si sacamos a tu madre, no tendrá ningún poder sobre ti. Volveré por ti. No importa lo que pase, encontraré la manera de sacarte de aquí. Lo prometo.

—Salvaje y hermosa —dijo con una sonrisa curva que hizo que cada centímetro de mi cuerpo se derritiera por él. Me acerqué a la reja, mis labios apenas cabían por ella. Kane se acercó con una calma tortuosa y mis labios rozaron los suyos. Nos separamos por un segundo viéndonos a los ojos y casi de forma inmediata el beso se reanudó, esta vez nos volvimos una

maraña de lenguas que intentaba luchar por oxígeno y pronto el carraspeo de la garganta de Miles nos detuvo.

—Lo siento, tórtolos, pero los Noctus pueden llegar en cualquier momento, tenemos que irnos, señorita Mirah.

Kane asintió lentamente, aunque su expresión estaba cargada de preocupación.

—Nena, ten cuidado. No puedo perderte.

—Lo tendré. Pero prométeme, Kane, que lucharás con cada milímetro de sangre la compulsión, puede que te necesite atento.

—Haré lo mejor que pueda, nena, lo prometo.

Me aparté con dificultad, mis manos temblando mientras las retiraba de las suyas. Miles me hizo un gesto para que lo siguiera y, con una última mirada hacia Kane, me obligué a dar un paso atrás. Sabía que cada segundo contaba y, aunque mi corazón me decía que no lo dejara, mi mente sabía que este no era el momento.

Si quería cambiar algo, tenía que empezar por mí misma, en este momento necesitaba ser la versión de Mirah en la que Grigori confiaba lo suficiente para quitarme el collar, si tan solo pudiera acceder a eso podría usar mis poderes y sacaría a Kane y a Cat de aquí. En este momento tendría que convertirme en una manipuladora absoluta, por suerte había tenido al mejor maestro de todos… Grigori.

VEINTIDÓS: No se toleran errores
MIRAH

La sala principal del castillo estaba abarrotada. Grigori había ordenado que todos los que permanecían bajo su mando, incluidos los vampiros, los Noctus, la servidumbre y sus colaboradores más cercanos se presentaran. Las grandes lámparas de hierro colgaban del techo, proyectando sombras largas y retorcidas en las paredes de piedra.

Miré a mi alrededor mientras tomaba mi lugar en la esquina de la sala, observando a los presentes, toqué mi collar por enésima vez, con la esperanza de que dejara de estar en mi cuello. Los Noctus eran los más numerosos, agrupados en un lado como un ejército desorganizado.

Sus apariencias eran un contraste perturbador. Algunos parecían humanos normales, sus ojos oscuros y su postura tranquila les daban un aire de control. Estos eran los Noctus mejorados, evidentemente resultado de los experimentos más exitosos de Grigori. Vestían de negro, con chalecos antibalas, trajes de combate y botas altas. Sus movimientos eran calculados, casi militares. En el otro extremo, sin embargo, estaban los Noctus deformados. Su piel parecía colapsada en algunas partes, como si estuviera derritiéndose. De sus bocas caían hilillos de saliva y un hedor fétido los rodeaba, ese que siempre me daba náuseas. Sus ropas eran harapos que apenas cubrían sus cuerpos. y sus movimientos eran torpes, como si caminar les resultara un desafío. Se agitaban inquietos, sus ojos brillando con una mezcla de hambre y confusión. La servidumbre permanecía al fondo, vestidos con uniformes oscuros, sus cabezas inclinadas para evitar las miradas de los vampiros superiores. Algunos de ellos temblaban ligeramente, conscientes de lo que ocurriría si cometían el más mínimo error.

Grigori se encontraba en el centro de la sala, su imponente altura lo hacía parecer que estaba de pie sobre una plataforma elevada que le permitía

dominar la atención de todos. Vestía de negro, como siempre, con una camisa ajustada que resaltaba su figura imponente y zapatos pulidos que resonaban en la piedra cada vez que daba un paso. Sus ojos ardían con un brillo inquietante mientras recorría a la multitud con la mirada, asegurándose de que nadie escapara de su control.

A mi derecha, Kane estaba de pie. Sus ojos totalmente oscuros se mantenían fijos en Grigori, pero podía sentir la tensión en sus hombros, la forma en que sus manos se cerraban en puños apretados. Miles estaba cerca, con la cabeza ligeramente inclinada como siempre, pero sus ojos estaban más atentos que nunca, registrando cada movimiento.

Grigori levantó una mano, exigiendo silencio, aunque nadie había osado hablar. Su voz resonó en la sala, fría y autoritaria.

—En pocas horas, comenzarán a llegar vampiros de todo el mundo. El cónclave no solo es una reunión, es un evento que definirá nuestro futuro. Mi futuro. —Hizo una pausa, sus palabras cargadas de peso—. Y no toleraré errores. —Se giró hacia los Noctus, su mirada pasando lentamente por cada uno de ellos—. Ustedes, mis creaciones más preciadas, estarán a cargo de la seguridad. Los Noctus mejorados liderarán los perímetros y garantizarán que todo funcione a la perfección. —Su mirada se endureció al detenerse en los deformados—. Y ustedes… intenten no avergonzarme. Ya saben lo que les espera si eso ocurre, están aquí bajo mi favor, no olviden que a la comunidad vampírica no le interesa lidiar con ustedes.

Algunos de los Noctus deformados retrocedieron ligeramente, sus movimientos torpes, pero claramente motivados por el miedo.

Grigori continuó, ahora mirando a la servidumbre.

—Todo debe estar en su lugar. La comida, las preparaciones, las habitaciones. Nadie puede quejarse de nada. Si uno solo de ustedes falla… —No terminó la frase, pero el peso de su amenaza era suficiente. Finalmente, sus ojos se dirigieron hacia Kane y yo. Su sonrisa era una mezcla de arrogancia y amenaza—. Y ustedes… —Su tono se volvió más personal, más cargado—. Espero que recuerden lo que está en juego esta noche. Todos tienen un papel que jugar, y les aseguro que cualquier insubordinación será castigada severamente. —Me mantuve erguida, sin apartar la mirada. No iba a darle la satisfacción de verme intimidada, aunque cada palabra suya me revolvía el estómago—. Esta noche, el mundo vampírico será testigo de un cambio. —Grigori levantó ambas manos, como

un líder proclamando su victoria—. Un nuevo orden comenzará aquí, y yo seré quien lo guíe.

El grupo entero asintió con una especie de gruñido enérgico, no me quedaba duda de que seguirían a Grigori hasta el infinito.

Un grupo de sirvientas me tomó por los brazos escoltándome a la habitación, detrás de mí entraron otras con un montón de cajas.

—En dos horas comenzaremos a arreglarla, señorita Mirah, por favor, vea los artículos que trajimos. El señor Grigori ya nos indicó que le ha entregado el vestido de bodas.

—Sí, es negro —dije.

—Usted es una novia de la noche, señorita Mirah. ¿O esperaba un vestido blanco? —dijo con una risita estúpida.

Asomé los colmillos en advertencia y disfruté viendo su cara de terror. Hoy tenía un papel que cumplir para todos los registros y, si querían ver a la reina de los vampiros, eso verían.

—¿Sabes qué les pasa a las sirvientas que se burlan de la futura reina de los vampiros?

—Disculpe, señorita Mirah.

—No estás disculpada, si te quito la cabeza Grigori ni pestañearía para decirme algo, ¿entiendes eso?

—Sí, lo entiendo —dijo con voz temblorosa.

—Bien, entonces retírate.

Cuando la puerta se cerró mi rostro volvió a la normalidad, pero mi actitud seguía siendo la misma. No había forma de que siendo la Mirah «normal» pudiese superar este evento, un matrimonio obligado, donde además tendría que beber la sangre del maldito que me usó todo este tiempo. Unos diez minutos después la rebeldía se apoderó de mi ser cuando decidí salir de la habitación, mi mano se aferró al cuello del Noctus que me vigilaba, estampándolo contra la pared y elevando sus pies del suelo.

—¿Dónde está Grigori?

—Él… Él… salió.

El otro Noctus se acercó tratando de detenerme.

—Si me pones un dedo encima, le diré a Grigori que trataste de abusar de mí y entonces morirás. —El Noctus retrocedió y mientras bajé al otro—. Voy a moverme por este castillo como lo que soy, la reina de todos ustedes. No quiero que me molesten o les juro que esta noche cuando me quiten este

collar lo primero que haré es asesinarlos. ¿Está claro?

Ambos asintieron. Claramente no había un lugar en la existencia remota en la que Grigori fuese a quitarme el collar, pero ellos no lo sabían. O, quizás, una parte de mí tenía esperanza de que consiguiera alguna forma de quitármelo.

Corrí con rapidez, mis talones apenas rozando el suelo llegando a la celda de Kane, pero no lo encontré, mi visión de sangre se activó siguiendo sus pasos, aroma, estaba en el castillo, pero no estaba segura de dónde. Seguí el rastro por un par de minutos llegando al jardín trasero, uno que pocos conocían o visitaban, uno donde este lugar de opulencia parecía un entorno de paz, rodeado de rosas blancas y jazmines, el olor era tan increíble que no podía creer que no lo había visitado más cuando vivía aquí.

—¿Kane? Pensé que te encontraría con los grilletes puestos —dije—. ¿Estás bien?

Kane giró sobre sus talones, mis ojos se deslizaron por la curvatura de sus hombros y bíceps, estaba completamente absorta en su cuerpo, cuando elevé la mirada me conseguí con una sonrisa llena de malicia y unos ojos… ¡Maldita sea! Negros.

—Mirah. ¿No estás un poco lejos de tu vampiro favorito?

—¡Joder! Ya te echaron el maldito jugo asqueroso de nuevo. Kane, soy yo. ¿Entiendes? Encuentra algún espacio dentro de ti, por favor, recuerda que me amas, a mí, a mi culo especialmente, pero, por favor, recuérdalo. Te necesito consciente.

—Estoy consciente, Mirah, y sí, tu culo es fabuloso, pero así como nivel amor… no.

Sin pensarlo me moví hacia él y le di una cachetada fuerte.

—Idiota.

Kane solo sonrió mientras se sobaba la mejilla.

—Si quieres ponerte salvaje sólo dime, tengo unas cuantas cosas cuestionables que me encantaría hacerte mientras estás de rodillas. Tú en cuatro, yo en dos… piénsalo —dijo con una sonrisa curva.

No sabía si aquella frase me encendía o me molestaba, aunque creo que era más lo primero que lo segundo.

—Kane.

—Mirah.

—Joder. Sabes que Grigori me va a obligar a casarme con él hoy,

¿verdad?

—¿Obligarte? ¿Acaso no eres tú quien se arrastraba por él en estos pasillos?

—Kane.

—Mirah.

Puse los ojos en blanco y solté un chillido de frustración, era imposible dialogar con este idiota en este estado. Kane siempre había sido terco y provocador pero este estado lo hacía aún peor.

En dos segundos tenía a los Noctus atrás de mí, no había mucho que decir, podía sentir los pasos de Grigori hacia mí. Giré sobre mis talones y me acerqué al maldito vampiro rubio, estampándole un beso en los labios, sin mayor profundidad.

Pude sentir la energía de Kane moverse con firmeza, rabia, eso era lo que sentía, debajo de todas esas capas de mierda, Kane aún tenía sentimientos por mí.

—Querido, no es necesario que le cortes la cabeza a tus súbditos, realmente los amenacé para que me dejaran bajar.

—¿Querido? ¿Ahora estamos en buenos términos? —preguntó Grigori.

—Me dejaste claro lo que ocurriría si no lo estábamos… querido. Así que voy a cooperar.

—Me parece excelente, aunque prométeme un poco de esa actitud rebelde para esta noche cuando estemos en la cama —dijo con una sonrisa de superioridad—. Es hora de que te vayas a arreglar, querida, pronto estaremos unidos en matrimonio y pronto nuestros cuerpos también estarán unidos —dijo con una sonrisita. ¡Idiota de mierda!

Intenté con todo lo posible guardarme la rabia que sentía en ese momento y asentí como la esposa perfecta, si eso era lo que quería el maldito, eso le daría, al menos me permitiría mantenerme bajo su gracia hasta que lograra encontrar una forma de sacar a Kane y a Cat de aquí. Pronto me fui a la habitación.

Mientras los cepillos y pines pasaban por mi cabello cobrizo pensaba en cualquier otra cosa, en esa oscuridad que me llamaba a abrazarla por los últimos meses, creo que necesitaba algo de eso para llevar esto a cabo, o quizás más. ¡Joder! Ni siquiera era una boda que quería, mis padres no estaban vivos, todo era una mierda, otra cosa que Grigori me podía quitar, mi libertad de mi vida amorosa. Las sirvientas me ayudaron a colocarme el

vestido.

Miles entró a la habitación pidiendo un poco de espacio, su mensaje era que traía algo específico de parte de Grigori para entregarme. La servidumbre salió dejándome a solas con él.

Me levanté, el vestido de novia que llevaba puesto parecía salido de una pesadilla envuelta en belleza. La silueta de sirena abrazaba mi cuerpo con precisión, resaltando cada curva con un tejido de encaje negro intrincadamente bordado que parecía hecho de sombras vivas, lentejuelas, brillos, todo en un vestido. El escote de la espalda, pronunciado pero elegante, tenía un diseño en forma de corazón, cubierto con delicados detalles de encaje que subían hasta formar un cuello alto que rodeaba mi garganta como una caricia oscura. La tela del vestido era un juego de texturas y brillos sutiles. La parte superior estaba bordada con diminutas cuentas negras que capturaban la luz, haciéndome parecer cubierta de un manto de estrellas apagadas. Los hombros estaban descubiertos, pero una especie de guantes de encaje transparente envolvían mis manos y antebrazos como un susurro. Desde las rodillas hacia abajo, la falda se abría en una cascada dramática de tul negro, capas y capas de tela que caían como humo enredado. Cada movimiento que hacía que la falda pareciera cobrar vida, extendiéndose y contrayéndose como si tuviera un propósito propio. El borde inferior estaba decorado con pequeños bordados en hilo plateado, simulando ramas retorcidas y rosas marchitas. La cola del vestido se extendía detrás de mí, larga y majestuosa, arrastrándose como un río oscuro. La tela estaba adornada con más lentejuelas de las que sería posible apreciar. Llevaba un velo delgado de encaje negro, que caía desde un tocado con detalles metálicos y pequeñas piedras de ónix. El velo era lo suficientemente transparente para que mi rostro se distinguiera, pero con el misterio suficiente para convertir cada mirada en algo etéreo.

Los accesorios eran simples pero impactantes: aunque claramente no llevaría un collar, puesto que ya era suficiente con aquel artefacto que bloqueaba mis poderes.

—Señorita Mirah, luce preciosa —dijo Miles, con una pequeña lágrima en su ojo derecho.

—Miles, ¿qué ocurre?

—Rosie y yo siempre soñamos con tener una familia, hijos, nietos, una casa gigante llena de todas nuestras generaciones, pero nunca la vimos

llegar… Verla a usted es como ver a alguien de mi familia, aunque lamento que este evento tan importante no sea por convicción propia.

—Está bien, Miles —dije sosteniendo sus hombros—. Estaré bien.

Miles se acercó a mí bajando el tono de su voz.

—He hecho lo que me ha pedido, señorita Mirah, he dejado el mensaje para Michelle. No sé qué nos deparará eso, pero he dejado toda la información posible, incluyendo lo que ocurrirá aquí hoy. Ahora todo depende de sus amigos.

—Gracias, Miles. Conozco a Michelle, su lenguaje de amor son los actos de ayuda, ella va a hacer algo que cambie toda la historia —dije abrazándolo con fuerza—. No conocí a mis abuelos, pero estoy segura de que serían tan nobles como tú.

—Gracias, señorita Mirah.

—Por favor, insisto en que solo me llames Mirah.

Salí de la habitación confiada, estaba segura de que Michelle haría una hazaña de las suyas, una mujer como ella llevaría a cabo eso y más con tal de ayudarme, por eso era mi mejor amiga.

Cuando aparecí en el tope de la escalera todas las miradas se posaron en mí, especialmente la de ellos dos… Grigori y Kane.

VEINTITRÉS: Les presento a la reina
MIRAH

Desde lo alto de la escalera, observé el panorama que se extendía ante mí. El salón principal del castillo, normalmente sombrío, ahora brillaba con una opulencia oscura que solo los vampiros podían lograr. Las paredes de piedra estaban adornadas con candelabros de hierro forjado, cuyas velas derramaban una luz tenue y parpadeante, y los pisos estaban cubiertos con alfombras profundas y negras que parecían devorar cada paso. Los invitados llenaban la sala, una multitud de vampiros de todas las razas y linajes. Cada uno estaba vestido con trajes de gala que rivalizaban con la majestuosidad del lugar. Los Darr, con sus ojos amarillos brillando como llamas contenidas, llevaban prendas doradas y plateadas que acentuaban su aire regio y dominante. Sus movimientos eran suaves, casi calculados, como si cada uno estuviera midiendo a los presentes.

Los Inmortus, con sus ojos rojos resplandecientes como carbones ardientes, destacaban aún más. Vestían principalmente de negro y tonos oscuros, con detalles en rojo profundo que reflejaban su naturaleza feroz y letal. Cada gesto suyo estaba cargado de una confianza que rayaba en la arrogancia, y sus presencias llenaban el espacio con una energía abrumadora.

Los Noctus eran los más numerosos, una masa heterogénea que oscilaba entre la perfección y la monstruosidad. Los mejorados, vestidos con trajes oscuros de corte impecable, parecían encajar perfectamente entre los Darr e Inmortus, pero siempre había algo en ellos que los delataba: un aura inquietante, una rigidez en sus movimientos. Por otro lado, los deformados se mantenían al margen, sus ropas raídas y cuerpos torpes contrastando con el esplendor a su alrededor. Aun así, su presencia era imposible de ignorar, un recordatorio constante del poder y las consecuencias de los experimentos de Grigori.

Mis ojos recorrieron la multitud hasta que se detuvieron en Kane. Estaba de pie cerca del centro del salón, vestido completamente de negro. El *blazer* ajustado y los pantalones de corte perfecto resaltaban su figura imponente, mientras que su cabello oscuro caía ligeramente desordenado, como si ningún esfuerzo pudiera domarlo por completo. Joder, el túnel de su oreja izquierda y los putos zarcillos y *piercings* lo hacían ver más *sexy* que de costumbre. Podría ser la novia fugitiva en este momento, un *ticket* sin retorno para irme lejos… muy lejos solo con él. Pero no era su atuendo lo que capturó mi atención. Eran sus ojos. Aunque estaba bajo la compulsión de Grigori y sus ojos eran pozos oscuros, había algo en su mirada que me hizo contener la respiración. Me estaba observando. No como un extraño ni como alguien atrapado en una prisión mental. Había algo en su mirada que era puro, algo que reconocía cada parte de mí, como si recordara todo lo que éramos, todo lo que habíamos compartido. Mi pecho se apretó y, por un instante, el resto de la sala desapareció.

—*Mirah… Abraza la oscuridad y despiértame.* —Parecía su voz, pero más profunda, como de algo ancestral.

—Joder, ¿qué? —susurré para mí misma.

Un sonido fuerte me sacó de mis pensamientos.

—¡Vampiros y vampiras de todo el mundo! —La voz de Grigori resonó por todo el salón, exigiendo la atención de todos los presentes. Él estaba al pie de la escalera, vistiendo un traje negro con detalles en rojo que lo hacían parecer una figura esculpida en mármol oscuro. El puto moño masculino, joder, ¿por qué le tenía que quedar bien? ¿No podía ser un puto villano con la cara llena de verrugas o algo así? Su presencia era imponente, fascinante de una manera que odiaba admitir. Levantó una copa de cristal, su sonrisa era amplia y peligrosa—. Les presento a mi reina. —Extendió un brazo hacia mí con un gesto dramático, como si estuviera presentando una joya que acababa de adquirir.

La atención de todos se posó en mí y sentí cómo mi corazón latía con fuerza. No porque estuviera nerviosa, sino porque cada fibra de mi ser se quería rebelar contra este momento, contra la mentira que estaba a punto de representar. Respiré profundamente y comencé a bajar las escaleras. Cada paso se sentía como una pequeña victoria y una derrota al mismo tiempo. Sabía que mi destino no estaba sellado, pero, por ahora, tenía que jugar el juego. Cuando llegué al final de la escalera, Grigori extendió su brazo hacia

mí. Al principio dudé, mi cuerpo rechazando instintivamente el gesto, pero sabía que no tenía muchas opciones. Finalmente, asentí con un leve movimiento de cabeza y tomé su brazo, notando cómo su sonrisa se ensanchaba ligeramente.

Él se veía fascinante. Era imposible no notarlo, incluso mientras mi mente me recordaba constantemente todo el daño que había causado. Pero, en lo más profundo de mí, había un resquicio microscópico de deseo, un vestigio de lo que alguna vez fuimos, que no podía apagar por completo. Lo odié por ello, y también me odié a mí misma.

Grigori me llevó al centro del salón, donde todos los ojos estaban puestos en nosotros. Una figura salió de entre la multitud, avanzando con una gracia inquietante. Era una mujer de cabello oscuro, tan negro que absorbía la luz. Su rostro era pálido, con facciones afiladas y piel que parecía hecha de mármol gris, llevaba un vestido rojo profundo con una especie de bufanda de seda ajustada en el cuello y cayendo largo hasta casi el suelo.

—Mirah, ella es la sacerdotisa. Yliana.

—Grigori, Mirah —dijo ella con una voz baja y profunda que resonaba como un eco en la sala—. Es hora de comenzar.

Sentí el peso de todo caer sobre mí mientras la sacerdotisa nos miraba fijamente, sus ojos oscuros y vacíos como pozos sin fondo. Este era el principio de algo que no podía permitir que terminara como él deseaba. De alguna forma, esta noche cambiaría todo.

Agua que desconozco si era bendita o maldita salía de un pequeño artefacto que la sacerdotisa ponía sobre nosotros cada cierto rato. Cánticos en latín y otros idiomas salían de su boca, mi mente giraba con rapidez intentando buscar una solución. Cuando finalmente busqué entre la multitud me encontré con la mirada de Cat al final del salón con el collar en su cuello y ese vistazo me lo decía todo, tristeza, decepción, probablemente ella tampoco creía que esto estaba ocurriendo. Podía ver sus ojos rojos llenos de lágrimas y su mirada de vez en cuando desviada tratando de capturar la de Kane, pero era imposible, cada vez que le daban el suero o la píldora o lo que fuese, dejaba de reconocernos como tal y Grigori lo había dicho, no quería errores.

Esperaba aquella escena de televisión donde la sacerdotisa preguntara si alguien se oponía al matrimonio, esperaba ver una estela de sombras derrumbando la habitación como había ocurrido hace meses en el castillo de

Grigori, pero eso no ocurrió. De mi boca salió un «acepto» pronunciado en voz baja, seguido del «acepto» de Grigori, la multitud vampírica aplaudía como focas con retraso y además como si este evento no ocurriera en siglos, y seguramente era así.

Los Noctus se acercaron, con diferentes cajas, cuando la abrieron no podía creer lo que había en ella. Cuando la vi por primera vez, sentí que todo el aire en la sala se detenía. Era una corona negra, retorcida como las ramas de un bosque maldito, sus puntas elevadas como lenguas de fuego congeladas en medio de un rugido. En el centro, los cuernos se alzaban con la majestuosidad de una bestia dormida que esperaba ser despertada con sangre. No había joyas, ni oro, solo oscuridad. Pura, elegante… casi perfecta.

Grigori la tomó en sus manos y la posicionó sobre mi cabeza y cuando sentí su peso pude apreciar una especie de reconocimiento en ella, como si me hubiese pertenecido siempre. En ese momento lo supe, no era solo una mujer, no era solo una vampira… Era la reina de los vampiros.

Grigori tomó su propia corona y la posicionó en su cabeza y posteriormente hizo una señal a uno de los Noctus para que avanzara hacia él con la siguiente caja. Esta era aún más preciosa.

Yliana miró a la multitud.

—Con ustedes, el señor y señora Volska, reyes de los vampiros.

Con cuidado Grigori abrió la caja y en ella vi lo que jamás pensé encontrar en este lugar… Podía sentir cómo aquello me reconocía de formas tan naturales como si un familiar me estuviese viendo. Era un collar de plata, o algo así, en el cual colgaba una preciosa llave metálica gris con el iris hecho de un rubí brillante como la sangre fresca. Era eso, no había duda, la llave del ojo Karakum, mi sangre parecía moverse solo por reconocerla y así de simple todo encajó. Grigori tenía que haber sido quien robó la última pieza, o quizás había contratado a alguien, porque de alguna forma sabía que yo estaría aquí para recibirlo. Pero ¿cómo había ensamblado la llave? Grigori lo sacó con cuidado y lo colocó en mi cuello.

—¿Cómo…?

—No fue fácil, la pieza del ojo me costó una pequeña fortuna, pero, las demás, debo agradecer a Forze por haberlas traído, parece que pasaron por un montón de problemas para conseguirlas —dijo riendo.

—Maldito —susurré en voz baja.

Pronto nos sumergimos en la multitud, Grigori presentándome a cada uno de sus amigos de mierda y yo teniendo que actuar recatada, perfecta, adorada como una reina.

Un baile, dos, giros y giros, sonrisas falsas, un mundo que jamás imaginé para mí, un mundo que quemaría si tuviera la maldita oportunidad. Nunca había sentido tanta impotencia en mi vida como en ese momento. Las risas y las felicitaciones resonaban a mi alrededor, pero yo apenas podía oírlas. Era mi boda, mi maldita boda con Grigori y, aun así, me sentía como una invitada indeseada en mi propia existencia. La opulencia del salón, los candelabros centelleantes y las miradas admirativas hacia mi vestido de encaje y lentejuelas negras eran solo un recordatorio cruel de lo que había perdido al aceptar este destino. Todo por una promesa que ahora pendía de un hilo más delgado que mi propia cordura, porque al fin y al cabo Grigori podía no liberar a aquellos que yo amaba.

Grigori estaba a unos pasos de distancia, su sonrisa encantadora y su porte de depredador en control absoluto eran una máscara impecable. Pero entonces su rostro cambió. Durien Hammen y Linna Orlinski, los líderes de la facción Darr y amigos íntimos de Grigori, se acercaron a él por la derecha, susurrando algo en su oído. Frunció el ceño y casi inmediatamente sus facciones se transformaron en unas llenas de rabia.

—Noctus —ordenó con voz grave y autoritaria. Su tono heló el aire. Observé cómo varios de ellos, esas criaturas deformes y sombrías, aparecían de las sombras y se acercaban. Grigori murmuró algo más, demasiado bajo para que yo lo entendiera, pero su tono era claramente molesto.

Me acerqué con pasos apresurados.

—¿Qué ocurre? —logré preguntar, aunque mi voz apenas salió como un susurro.

Él ni siquiera se molestó en mirarme. Su atención estaba fija en los Noctus que ahora lo rodeaban y, aunque no podía oír sus palabras, la tensión en su mandíbula y la furia contenida en sus gestos hablaban por sí solas. No sabía qué estaba pasando, pero algo dentro de mí se estremeció. No era solo el miedo habitual que sentía a su lado, sino algo más profundo, una premonición oscura. Fue entonces cuando mi mirada se cruzó con la de Miles al otro lado del salón. Había un pánico contenido en sus ojos que me hizo comprender al instante que él sabía lo que estaba sucediendo. Lo sabía

y, peor aún, yo también debía saberlo. Algo en mí se quebró. Mi respiración se aceleró y un nudo se formó en mi estómago. ¿Habían descubierto todo…?

No. No podía ser.

Grigori se volvió hacia mí de repente, interrumpiendo mis pensamientos. Su rostro estaba controlado, pero su voz tenía un filo cortante cuando dijo:

—Tengo asuntos que atender. No te muevas de aquí. —Giró su cabeza—. Kane, ven.

Kane apareció detrás de mí como una sombra, sus ojos oscuros carentes de toda voluntad. La compulsión de Grigori lo mantenía atado, y su presencia era una cruel ironía: la única persona en este lugar que quizás podría haberme protegido ahora era solo un peón más de mi nuevo esposo.

—Tengo dos misiones para ti, primero, lleva a Cat al calabozo y asegúrate de que esté contenida, segundo, quédate con Mirah y pase lo que pase mantenla bajo tu vista —ordenó Grigori y, sin esperar una respuesta, se giró hacia Miles, le susurró algo en el oído y luego se marchó con sus Noctus, desapareciendo en un abrir y cerrar de ojos.

Quise detenerlo, gritarle, exigirle respuestas, pero mi cuerpo no respondió. Me quedé allí, paralizada, mientras los murmullos comenzaban a llenar el salón. Miles se acercó a mí con pasos lentos y cautelosos y nuestras miradas se encontraron una vez más. Esta vez, no hubo palabras. No las necesitábamos. El miedo y la culpa que compartíamos eran suficientes para confirmarlo: alguien había entrado al lugar donde mantenían prisionera a la madre de Kane y, si Grigori lo descubría, ninguno de nosotros saldría con vida.

—Grigori ha dicho que atienda a los invitados, hay una situación en el lugar donde está la madre de Kane. Deben ser tus amigos, Mirah.

—¡Joder!

—No podemos quedarnos aquí, señorita Mirah, si él descubre todo… —La voz de Miles era un susurro urgente, pero, antes de que pudiera responderle, Kane se interpuso entre nosotros, su mirada fija en mí, vacía, carente de cualquier rastro del hombre que alguna vez había conocido.

—Miles, no puedo irme sin Kane o Cat… y Kane no está en modo colaboración en este momento.

—Entonces tendremos que rezar, señorita Mirah, para que Grigori no sepa lo que ocurre. —Su voz era baja, casi un eco y por un segundo sentí que me

faltaba el aire.

Mi mundo ya estaba cambiando, y ni siquiera había terminado de desplomarse.

VEINTICUATRO: Mi sangre te recuerda
MIRAH

Seguí a Kane a través de los pasillos del castillo y lo observé encerrar a Cat, los ojos de la pequeña vampira estaban llenos de frustración. Mis pasos apresurados resonando tras los suyos. Los Noctus se movían alrededor de nosotros y pronto se movieron a revisar el perímetro, en ausencia de Grigori, todos obedecían a Kane sin cuestionar las órdenes que él les daba con una precisión aterradora. Estaba claro que la compulsión de Grigori dominaba cada palabra y cada acción suya. Pero eso no significaba que yo no intentaría razonar con él, o al menos eso quería creer.

—Kane, por favor, escúchame. —Mi voz era apenas un murmullo, pero no pasó desapercibida. Sus hombros se tensaron, aunque no dejó de caminar.

—¿Escucharte? —respondió con una risa seca y sarcástica, sin girar la cabeza—. Eso sería una novedad.

Ignoré el dolor que me causaron sus palabras y apresuré el paso para alcanzarlo. No era fácil mantener la calma, pero debía intentarlo. Había demasiado en juego.

—Cat no tiene por qué estar aquí. No tiene nada que ver con esto. Tú lo sabes. Déjala ir. —Intenté sonar firme, aunque sentía que mi voz temblaba.

Kane se detuvo de golpe y giró lentamente para mirarme. Sus ojos, tan oscuros como una noche sin estrellas, estaban vacíos, carentes del fuego que alguna vez me había enfrentado en nuestras disputas. Ahora eran solo un espejo de la voluntad de Grigori.

—¿Dejarla ir? —repitió, como si la idea le resultara hilarante—. Mirah, ¿en qué mundo vives? ¿Crees que tengo la libertad de hacer algo sin que él lo ordene?

—No hablo de Grigori, hablo de ti. —Di un paso hacia él, buscando en sus ojos alguna chispa de la persona que había conocido—. Tú no eres así.

Tú eres más fuerte que él, siempre lo has sido. Kane… Yo me enamoré de ti precisamente por esa fortaleza interna, cuando los Ronin éramos perseguidos, cuando alguien nos rastreaba, nos buscaba, tú nos mantenías unidos, tú nos dabas esperanza de continuar, de salir triunfadores, de lograrlo. Ese día que te hirieron los de Idris, en cierta forma fuiste tú diciéndome que confiara en mi poder lo que me llevó a usar el abismo y sacarte de ahí.

Se rio otra vez, pero esta vez fue más cruel.

—¿Y tú qué sabes de lo que soy? ¿Crees que siempre he sido la versión de Kane que conoces? Quizás siempre he sido esto y no lo entiendes.

Quise responderle, pero sus palabras se clavaron como espinas en mi garganta. Antes de que pudiera procesar el golpe emocional, se dio la vuelta y continuó caminando. No iba a rendirme, aunque cada paso junto a él me recordaba lo lejos que estaba del hombre que alguna vez había conocido.

—¡No puedes esconderte detrás de Grigori para siempre, Kane! Algún día tendrás que tomar una decisión, y ese día espero que sea por algo que amas al menos.

—Oh, Mirah —dijo, deteniéndose bajo el arco iluminado por la luna—. ¿Qué sería de mí sin tus discursos moralistas? Aunque, debo admitir, es encantador ver cómo te aferras a esa pequeña esperanza. Como si eso pudiera cambiar algo.

—¿Y qué hay de ti? —espeté, mi voz cargada de frustración—. ¿Qué obtienes al burlarte de mí? ¿Te hace sentir más fuerte? ¿Más libre?

Él se giró de repente en el pasillo cerrando el espacio entre nosotros en un abrir y cerrar de ojos. Mi espalda chocó contra la fría pared de piedra y, antes de que pudiera reaccionar, Kane estaba justo frente a mí, su cuerpo lo suficientemente cerca como para que el calor de su presencia hiciera que mi piel se erizara. Ahora podía apreciar mejor todo lo que él era, ¡carajo!, inclusive con esa oscuridad que lo consumía, con esa rabia, ese desdén, era el hombre más bello que había visto en mi vida, mis ojos se desvirtuaron observando la ferocidad de su energía masculina, de ese cuerpo tallado por los dioses, de la necesidad inminente de tenerlo y de que él me tuviera en sus brazos, mordiéndome… haciéndome suya sin clemencia. Podía recordar mis labios rozando suavemente su oreja derecha, besando la zona donde estaban los dos aros perfectos en el cartílago, podía recordar cómo pasaba mis dedos por el aro de su nariz jugueteando. Quizás antes de conocerlo

jamás había entendido lo que era amor, pero el apretón de mi estómago ahora, la forma como mis pensamientos se enroscaban por él, como mi piel se estremecía al apenas escuchar su voz… Lo amaba joder, no quedaba duda.

—¿Libre? ¿Te parece que algo de lo que tengo es libertad, Mirah? —murmuró, su voz baja y peligrosa mientras su rostro se inclinaba hacia el mío—. He pasado meses condenado a un maldito infierno en este lugar, soportando todo por no tener que ir a buscarte, por ti, ¡tú! ¡La que prefirió al vampiro rubio con mucho dinero y contactos! ¡Tú! La que, apenas pudo cambiarme por otro más popular, lo hizo. —Sus ojos estaban llenos de una mezcla de rabia y algo que no quería admitir: deseo—. ¿Libertad? Eso es un juego de niños, soy su esclavo y el verdugo de muchos al mismo tiempo y ¿sabes qué? Disfruto ser parte de esta oscuridad, Mirah… así que deja de perder tu tiempo. —Kane se acercó hacia mí con una postura amenazadora —. Si intentas provocarme, te prometo que terminarás arrepintiéndote.

—¿Provocarte? —respondí, con desafío, no le tenía miedo a esta faceta de él, a esa oscuridad, aunque mi corazón latía desbocado, lo enfrentaría—. No necesito provocarte, Kane. Tú sabes lo que sientes por mí y, si hurgas en el fondo de toda esta mierda de la compulsión, te darás cuenta muy claramente.

Su mandíbula se tensó, y por un momento creí que iba a decir algo más, pero en lugar de eso retrocedió un paso. La frialdad volvió a sus ojos y el momento se rompió como un cristal.

—Te lo advierto, Mirah. Quédate fuera de esto. No tienes idea de lo que ocurre y claramente no estás lista para el juego que estás jugando.

Mi cuerpo se movió antes de que mi mente pudiera procesarlo. En un parpadeo, me lancé hacia Kane y lo empujé contra la pared con toda la fuerza que tenía. Mi antebrazo presionaba su cuello mientras lo miraba a los ojos, desafiándolo. La sorpresa apenas duró un segundo en su rostro antes de que se torciera en una sonrisa peligrosa.

—¿Crees que puedes jugar este juego conmigo, Mirah? —preguntó con voz baja, una amenaza velada en cada palabra—. ¿Acaso olvidaste que yo soy quién inventó estos juegos?

No tuve tiempo de responder. En un movimiento fluido separó mi brazo de su cuello y me aferró por la cintura ahora pegándome contra su cuerpo con tanta firmeza que me faltó el aire. Su rostro estaba tan cerca del mío

que podía sentir el calor de su aliento, el aroma de chocolate intenso desbordaba mis sentidos de una forma descomunal. Por un instante, el mundo pareció detenerse. Sus labios, a milímetros de los míos, eran un recordatorio cruel de todo lo que habíamos sido y de todo lo que nunca podríamos ser de nuevo.

Luego, como si rompiera un hechizo, me empujó hacia atrás con fuerza. Mi espalda golpeó la pared, pero no me quejé. La ira, la frustración y el deseo en mi interior eran más grandes que cualquier dolor físico.

—Kane… —dije despacio—. Voy a buscar a Cat y nos iremos de aquí quieras o no. —Mi voz salió firme, aunque mi corazón tamborileaba en mi pecho.

—No puedes hacer eso. —Su tono era gélido, pero en sus ojos brillaba algo más, algo que no lograba descifrar—. Quédate quieta, Mirah. No sabes lo que estás arriesgando.

—¿Que me quede quieta? —repliqué, mi voz subiendo un par de octavas mientras daba un paso hacia él—. ¿Es en serio, Kane? ¿No entiendes? Si no me voy hoy, me quedaré aquí para siempre… ¡Soy la maldita esposa de Grigori! ¡Del vampiro que me enfermó, me convirtió y creó todo este caos por una puta obsesión de traer de vuelta a su amor! ¿No lo entiendes? —dije con lágrimas en los ojos—. Nada le impedirá que me toque, que me haga suya, y ¡no tengo cómo evitarlo! Mis putos poderes están bloqueados por este collar. Su exigencia es que actuemos como malditos rey y reina. ¿Entiendes lo que eso significa para mí? —grité y grité como si la voz no fuese suficiente—. ¿En tu cerebro lleno de esa mierda te hace lógica? ¡Estamos hablando del hombre que me transformó a la fuerza en lo que soy hoy! ¡Estamos hablando de un enfermo que jugó con mi salud! ¿Entiendes eso, Kane? Soy ahora su esposa, su reina, seré suya…

Mis palabras parecían haberlo golpeado como un latigazo, y por un momento vi algo cambiar en sus ojos. Una chispa, un titileo rojo, como si por fin hubiera logrado atravesar la coraza que Grigori había construido en él. Pero lo que vino después no era lo que esperaba.

Kane dio un paso hacia mí y me tomó con tanta fuerza por los hombros que casi me sacó el aliento. Me empujó contra la pared, esta vez con más intensidad, y su rostro se inclinó hacia el mío. Su nariz rozó la piel de mi cuello mientras inhalaba profundamente, un gesto que me hizo estremecerme de pies a cabeza.

—¿Qué estás haciendo? —susurré, intentando sonar desafiante, aunque mi voz fue traicionada por el temblor de mis emociones. Él no respondió. Su nariz continuó su recorrido, desde mi cuello hasta el punto en que nuestros rostros casi se encontraban. Sentí el calor irradiando de su cuerpo y mis colmillos se extendieron involuntariamente, un reflejo de mi frustración y mi deseo al mismo tiempo—. ¡Joder, Kane! Por favor, recuerda quién eres —le dije con un hilo de voz, mis ojos clavados en los suyos—. Recuerda lo que fuimos, lo que sentimos. Recuérdame…

Por un instante, algo en su mirada volvió a cambiar. Sus ojos titilaron de nuevo, un destello de rojo creció en ellos. Pero, tan rápido como apareció, se desvaneció. Kane me empujó una vez más, esta vez con menos fuerza, y dio un paso atrás.

—¡Sal de mi cabeza, Mirah!

—¿Tu cabeza?

—Estás ahí como una maldita voz martillando, ¡siempre lo has estado! —Se agarró la cabeza con las manos—. ¡Déjame en paz! No puedes… No puedes cambiar esto, si algo cambia ella morirá…

—Kane, deberías saber a estas alturas que jamás hago lo que se me pide. Más nunca cumpliré las expectativas del mundo, más nunca seré dominada, prefiero morir intentándolo, que vivir en esta miseria. —Mi voz fue un desafío en sí misma y, antes de que pudiera detenerme, me moví como un rayo, dejando tras de mí solo un leve eco en el aire.

Sentí su presencia detrás de mí antes de que siquiera pudiera avanzar más de unos metros. Kane me seguía, moviéndose con la misma velocidad y precisión y, antes de que pudiera reaccionar, ambos chocamos contra una de las grandes puertas de madera del castillo, que cedió bajo el impacto. Aterrizamos con fuerza sobre el suelo de piedra, el impacto resonando en mis huesos mientras Kane caía sobre mí, su peso aplastándome contra el frío suelo. Su rostro estaba tan cerca que podía sentir su respiración agitada mezclándose con la mía, el roce de sus labios casi un recordatorio de lo peligroso que era este momento. Se apoyó en sus manos y me miró fijamente, la visión de su cuerpo sobre el mío, de sus bíceps apretados, ¡mierda! Era demasiado.

Pero algo más captó su atención, algo que lo hizo detenerse en seco, como congelado en el tiempo.

El dolor punzante en mi hombro me alertó de lo que había ocurrido. La

caída había rasgado mi piel y ahora un hilo de sangre corría por mi brazo, manchando el borde de mi vestido. Los ojos de Kane cambiaron en un instante, la máscara de autocontrol que tanto se esforzaba por mantener se rompió. Las venas negras se extendieron alrededor de sus ojos, y sus colmillos, largos y afilados, quedaron al descubierto. Era como si hubiera olvidado todo lo demás, como si la sangre lo hubiera llamado desde lo más profundo de su naturaleza vampírica.

—Kane… —intenté decir, pero mi voz murió en mi garganta cuando él inclinó la cabeza hacia mi hombro.

Su lengua rozó mi piel con un movimiento lento y deliberado, lamiendo la sangre justo antes de que la herida comenzara a cerrarse por completo. El calor de su toque y la mezcla de dolor y placer que siguió me arrancaron un gemido involuntario. El sonido pareció encender algo dentro de él, porque sus manos, antes firmes y controladas, se deslizaron hacia mi cintura con una urgencia que no había sentido en mucho tiempo. Mi cuerpo reaccionó antes de que mi mente pudiera detenerme. Me incliné hacia él, mi rostro a centímetros del suyo, y dejé que mis labios rozaran los suyos. Fue un contacto breve, apenas un susurro, pero suficiente para encender una chispa entre nosotros.

—Tu sangre… sabe diferente —dijo.

—¿Qué…?

—¡¿Qué carajo quieres de mí, Mirah?! —Su voz era un gruñido fuerte, cargado de frustración y algo más profundo que no podía nombrar. Se notaba que algo luchaba profundamente en él, esa dualidad, su versión buena y su versión oscura intentaban ganar.

Lo miré directamente a los ojos, sin apartar la vista de las venas oscuras que aún marcaban su rostro.

—¡Te quiero a ti! —respondí, mi voz firme, aunque mi corazón latía como un tambor. Kane cerró los ojos por un momento, como si intentara recuperar el control, pero, cuando los abrió de nuevo, la intensidad en su mirada me dejó sin aliento.

—Le perteneces a Grigori.

—¿Realmente dejarías que él me tuviera en sus brazos de nuevo? —repuse, desafiante.

Un gruñido gutural salió de su pecho y, antes de que pudiera decir algo más, su mano se deslizó por la parte trasera de mi cuello con firmeza. Jaló

mi cabello, llevando mi cabeza hacia él y un escalofrío recorrió mi columna mientras una sonrisa involuntaria se dibujaba en mis labios.

—¡Joder, Mirah! —dijo con voz ronca, su mirada oscurecida por una mezcla de rabia y deseo—. ¿Quieres saber la respuesta? —Su respiración pesada jadeante me tenía hipnotizada—. Jamás dejaré que él te vuelva a poner una mano encima…

Y entonces sus labios reclamaron los míos con una fuerza que me dejó sin aliento, como si quisiera borrar todo lo que había pasado antes, como si este fuera el único momento que importaba. Sus manos recorrieron mi cuerpo con una urgencia desesperada, mientras mi propio deseo se encendía como una llama voraz. Por un instante, el mundo dejó de existir. No había castillo, ni Grigori, ni Noctus, no había conspiraciones ni peligros. Solo estábamos Kane y yo, perdidos en un torbellino de emociones que ninguno de los dos podía controlar.

—Kane… —se me escapó de los labios—. Te amo…

VEINTICINCO: Follar y matar
KANE

¡Puta madre! Los pensamientos se me enroscaban en la cabeza, era como un deseo de follarla y matarla al mismo tiempo, en ese orden, porque ciertamente no me ponía la necrofilia. Ahí estaba mi espíritu de nuevo, ese que de vez en cuando se iba, pero ella tenía la capacidad de traerme de vuelta como nadie. El sabor de sus besos, su sangre, su aroma, sus ojos, todo en ella descontrolaba cada fibra de mi ser, era lo único que me mantenía luchando contra esto que amenazaba con consumirme, aunque una parte de mí siempre sentía que esta oscuridad no era algo ajeno, sino algo que me pertenecía si lo abrazaba con suficiente fuerza.

—*Abraza la oscuridad, Kane…* —La maldita voz había vuelto como un llamado ancestral.

Esto me estaba rompiendo en dos, seguir las órdenes de Grigori era algo que cada célula de mi cuerpo no podía resistir, pero ella era todo lo que mi alma no podía resistir, lo que cada centímetro de mi sangre anhelaba como el fruto más prohibido y necesario. Estaba perdiendo el control, sentía algo creciendo en mis entrañas, algo que golpeaba la parte de atrás de mi mente buscando expulsar la compulsión, y era extremadamente doloroso. Pero ella era todo lo que deseaba, ella era todo lo que me hacía luchar, si algo podía romper la compulsión era ella.

Mi cuerpo me ordenaba seguir a Grigori, obedecer doblegando cada pensamiento y acción. Pero el dolor en mi cabeza llegó con fuerza, imágenes en todo su esplendor. Mirah reía, nos besábamos, en el mueble del búnker de Viktor, yo comiéndole el coño con necesidad aquel día, provocándola, tentándola a unirse al abismo de sentir algo por mí, al principio parecía meramente una atracción momentánea, pero su energía, su sangre me llamaba, los recuerdos seguían invadiendo mi mente, yo haciéndola mía en aquel granero mientras la mordía. Mirah llegaba en mis

sueños, era ella, solo ella era todo lo que quería.

El dolor de mi cabeza me obligó a despegarme de ella por un momento y levantarme a respirar y procesar el beso, supuse… y supuse mal, que solo necesitaba eso para calmarme, pero cuando me separé la observé, era la presencia más malditamente hermosa que había visto en mi vida, aún con un vestido de novia oscuro que denotaba que ahora llevaba el título de señora Volska.

Se levantó más hacia mí, su cabello cobrizo desordenado caía en cascada por sus pechos, perfecto y jodidamente desordenado por mí. Mi visión de sangre se encendió y me permitía deleitarme dibujando su silueta bajo la ropa. Su figura delgada, pero fuerte, especialmente ese culo maravilloso que amaba y esa expresión de determinación que tanto me intrigaba. Siempre había sido así. Era un enigma, una batalla constante entre la fragilidad y el poder. Era una maldita delicia y no importaba si mi sangre solo quería matarla, con ella quería muchas cosas más. Y su solo respirar en este momento me hacía desearla de una manera anormalmente salvaje. ¿Qué carajo tenía Mirah que podía transformar toda mi existencia? En ese preciso instante era como si nada del control de Grigori estuviera dentro de mí, pero al mismo tiempo me invadía una oscuridad tremenda que pensaba en las cien mil formas de hacer sufrir al maldito y quedarme con ella para siempre.

—Kane, tienes que volver a mí —dijo ella—. No quiero que seas mi enemigo.

—¿No es así cómo empezó todo esto, nena? Quizás ese siempre ha sido nuestro secreto —dije sonriendo. Quería tentarla, aunque sabía que la perdición era para ambos, yo no era el mismo y ella tampoco. Cuatro meses de sufrimiento, cuatro meses de torturas habían creado en mí una oscuridad más amplia que aquella que se apoderaba de mi alma, porque solo se sobrevive a un monstruo si tienes la capacidad de ser peor que él.

Había visto a Mirah en mis sueños y, aunque quería ignorarlo, sabía que algo más había despertado en ella, algo quizás parecido a lo mío, sus ojos en aquella visión eran negros, aún sin haber sido inyectada con algo de lo que Grigori podía dar, ella era oscuridad pura, plena, una oscuridad necesaria. Podía haberla atacado, podía haber obedecido a Grigori y doblegarla en ese momento, pero decidí deslizar mis dedos en sus manos y ella bajó la guardia. Cuando estuve lo suficientemente cerca, me incliné, mis labios casi rozando su oído—. Eres aquello que más deseo en mi vida y

temo que eso será mi salvación o mi perdición…

—No juegues conmigo, Kane. —Su voz era baja, pero cargada de advertencia.

—¿Quién dice que estoy jugando? —repliqué, dejando que mis dedos recorrieran con suavidad la línea de su brazo, desde su muñeca hasta su hombro, trazando un camino eléctrico que hizo que su cuerpo se tensara—. Podré ser algo diferente, Mirah, pero jamás he dejado de desear que te corras en mi lengua.

—¿Me recuerdas completamente, Kane? —dijo ella con una especie de sollozo.

—Recuerdo… cuánto te necesito.

Mirah puso sus manos en mi rostro, de alguna forma forzándome a mirarla.

—¡Recuérdame, Kane! Por favor…

Algo en sus palabras creó un hambre voraz en mi ser, tenía que morderla, tenía que sentir su sangre ahora.

Mis colmillos perforaron la piel de su cuello y el sabor caliente de su sangre inundó mi boca, cuando probé su sangre, entendí lo que realmente era estar hambriento. Ella no se resistió, por el contrario, soltó un leve gemido. Fue un instante de triunfo, pero se rompió en mil pedazos al momento siguiente. Había bebido la sangre de Mirah varias veces, pero algo… definitivamente había cambiado. Algo en esa sangre despertó un incendio en mi interior. Un dolor abrasador se extendió por mis venas, y el control sobre mi cuerpo se disolvía como ceniza al viento. Me separé de ella quedando de rodillas, con los músculos crispados por espasmos que parecían querer destrozarme desde adentro. Mi cuerpo entero se rebeló. Venas negras brotaron bajo mi piel, serpenteando como si estuvieran vivas, latiendo con rabia oscura. Sentía cada fibra de mi ser retorciéndose, como si mis huesos se quebraran y se reconfiguraran una y otra vez. Mirah tenía el rostro sellado por el terror, ni ella ni yo entendíamos que ocurría. Intenté abrir los ojos, pero todo lo que vi fue negrura. Luego el ardor. Como si me estuvieran quemando por dentro. Algo caliente y espeso comenzó a deslizarse por mis párpados. Sangre. La sentía corriendo por mis mejillas, pero no podía detenerla. Mis manos se clavaban en el suelo impotentes ante la agonía.

Y, entonces, vino la ruptura.

La oscuridad explotó. Como si algo se desgarrara desde lo más profundo de mis ojos, la sombra salió de mí. Y, tras ella, quedó el rojo. Una luz carmesí reemplazó la penumbra. Sentí que respiraba por primera vez en meses estaba vivo, que por primera vez en meses me sentía yo, el Kane de siempre, y al mismo tiempo tenía una sensación extraña, como si hubiera emergido de una tumba que no sabía que existía.

—¿Kane? —preguntó ella.

Me erguí con dificultad, mi pecho subiendo y bajando con una respiración que se sentía extrañamente humana. Pero no lo era. Era algo más. Miré mis manos: la piel se sentía diferente, mis sentidos se agudizaron, como si hubiera cruzado un umbral hacia lo que era antes. La miré, con esos ojos que ya no reconocía como propios, y vi su miedo y su confusión reflejados en ellos. Ella no sabía lo que había hecho. Pero yo tampoco. Todo lo que sabía es que ya no era el mismo poseído por la sangre de Grigori, por aquel experimento de mierda que había hecho conmigo. Y que esa sangre, su sangre, me había devuelto algo que creía perdido para siempre. Por primera vez la vi de una manera distinta, mis ojos se conectaron con los de ella, la rojez de sus iris se fundió en los míos y entonces ocurrió.

Imágenes invadieron mi mente, un lugar, rodeado de sombras, algo ancestral, algo digno de dioses. Mirah estaba conmigo en una cama hecha de sombras, su cuerpo sobre el mío gimiendo de placer, cabalgándome con propiedad, mis manos en sus muslos, en su culo, en su cuello, apretándola más profundo, la amaba, siempre la había amado, por muchos años, quizás siglos…

Siempre había sido ella.

Siempre habíamos sido nosotros.

Cuando volví al presente sus ojos se abrieron como platos y se tambaleó hacia atrás.

—¿Kane? —dijo ella frente a mí— Tú… yo…

—¿Nena?

—¿Lo viste? —preguntó.

—Lo vi, lo vi absolutamente todo —respondí—¿Esto es un enlace? No lo comprendo.

—Creo que sí —dijo ella casi sollozando.

El viento se llevó el aroma de la vieja habitación, del miedo, de la incertidumbre y me dejó su fragancia, una fruta dulce lista para ser

devorada, un olor que siempre había asociado con la tentación y la perdición desde que me crucé con ella la primera vez. Mirah levantó una mano y la posó en mi pecho, justo sobre mi corazón. Pude sentir la fuerza de su toque, pero también la vulnerabilidad en sus dedos. Nuestros latidos parecían sincronizarse de una forma ancestral, como dos pedazos de una moneda, como la vida y la muerte.

—Tus ojos están rojos de nuevo, pero tienen un hilo oscuro alrededor del iris, son como sombras moviéndose en él —indicó ella—. ¿Qué sucedió?

—No lo sé, tu sangre, tu voz… de alguna forma me obligó a volver. Puedo sentirlo, creo que es eso, pero hay algo que no se siente completo, no sé cómo explicarlo.

—Pero… no tengo mis poderes activos. Esto no debería estar pasando.

—¿Y qué debería estar pasando, entonces? —pregunté.

—Aún siento la oscuridad dentro de ti, Kane, como si ella nunca se hubiese ido. A pesar de que tus ojos tengan su color original, hay algo que puedo sentir, vibra bajo tu piel.

—Pero viste lo que ocurrió, Mirah, éramos tú y yo en esa visión…

—Lo sé, pero hay algo más, no sé cómo explicarlo…

—Quizás lo que sientes es mi oscuridad, Mirah, han sido meses de sufrimiento, torturas, a veces la oscuridad no es algo que nos otorgan, es algo que está dentro de nosotros y sale a flote para salvarnos.

—Kane…

—Pensé que estabas enlazada con Grigori para siempre, ¿cómo… ocurrió esto?

—Es una larga historia… —respondí.

Podía sentirla, podía sentir su telequinesis como si la tuviera en la punta de mis dedos, podía sentir su abismo llamándome como si fuésemos dos mitades en una, pero aún divididas por algo más, un hilo invisible que no se terminaba de manifestar. Quizás esa era la oscuridad de la que ella hablaba. Una oscuridad con la que yo me sentía extremadamente cómodo a pesar de todo.

—Abraza la oscuridad, Mirah, algún día será tu única compañera. —No sabía de dónde habían salido esas palabras, pero era como si una parte de mí las conociera, desde siempre.

—¿Qué…? —Sus ojos me miraron con confusión, como si esa frase le hubiese hecho sentido o se hubiese insertado en ella.

Sus ojos se cerraron por un breve segundo, y luego volvió a abrirlos con más determinación y una sombra oscura comenzó a cerrarse alrededor de su iris. Sus labios se curvaron en una sonrisa que me dijo todo lo que necesitaba saber. Estaba tan perdida en esto como yo.

El primer contacto fue suave, apenas un roce de nuestras bocas, pero fue suficiente para que todo mi control se derrumbara.

—Esta vez te deseo tanto que no seré gentil contigo, Mirah —dije llevándola contra la pared y atrapando sus muñecas por sobre su cabeza.

—No esperaba que lo fueras… —respondió.

Mis manos abandonaron sus muñecas y encontraron su cintura, atrayéndola hacia mí con una urgencia que había estado conteniendo por demasiado tiempo. Su cuerpo chocó contra el mío y, por un instante, todo lo demás dejó de importar. El viento, el polvo, la vida, la muerte, todo se desvaneció en ese preciso momento. Mis labios buscaron los suyos con más fuerza, con más necesidad, y ella no retrocedió. Al contrario, respondió con la misma intensidad, sus manos deslizándose por mi cuello, enredándose en mi cabello, como si no pudiera soportar la idea de estar separada de mí. Sentí el latido de su corazón contra mi pecho, rápido, desbocado, y me di cuenta de que el mío también seguía el mismo ritmo frenético. Nos movimos sin pensar, como si nuestros cuerpos ya supieran lo que hacer. La pared de roca del cuarto se erguía detrás de ella, y con un movimiento suave, la empujé contra ella, atrapándola entre mi cuerpo y la fría piedra. Sus labios dejaron los míos solo para recorrer mi mandíbula y, luego, mi cuello. Su respiración caliente contra mi piel enviaba oleadas de deseo. Mi erección estaba a tope y tuve que apretar los puños contra la pared para no perderme por completo en ese instante.

La tomé por el cabello con firmeza.

—Eres un maldito problema y por eso siempre me has encantado —murmuré contra su cuello, mis colmillos ahora afuera rozando su piel, y suavemente los enterré en ella, la energía que nos recorrió era eléctrica, frenética, un deseo crudo y ancestral que recorría nuestra sangre.

Se liberó de mi agarre y me volteó con fuerza y sometiéndome contra la pared. Movió mi cuello hacia la izquierda y sus colmillos salieron, no la detuve, aunque sabía que eso me costaría todo el posible autocontrol. Cuando hundió sus colmillos en mi cuello sentí que mi erección quería explotar, quería estar dentro de ella, follándola con dureza, quería correrme

en ella.

—Eres todo lo que no puedo controlar —respondí con voz ronca, mientras ella se separaba de mi cuello y yo volví a tomar el control—. Salvaje y hermosa, ¡joder! ¡Te amo Mirah! —dije mientras me acercaba a darle un beso.

Mis manos se movieron por su espalda, descendiendo hasta sus caderas, trazando cada curva con una necesidad creciente. Su cuerpo respondía a cada toque, arqueándose contra el mío, buscando más, exigiendo más. Y yo estaba dispuesto a dárselo todo. Nos movimos como estelas chocando con todo lo que estaba a nuestro alrededor hasta que llegamos a una mesa. La subí de golpe y susurré contra su oído mientras asomaba mis colmillos y le dedicaba una sonrisa misteriosa y provocadora.

—¿Te vas a correr en mi lengua, Mirah?

Ella asintió dándome un beso tan desesperado que apenas dejaba espacio a la respiración.

Mis sombras salieron sin siquiera pensarlo y su maldito vestido de novia fue rasgado al contacto con ellas. Su ropa interior quedó absolutamente rota por la fuerza de mis manos. Mis dedos encontraron en segundos su entrada, húmeda y necesaria, y eso fue suficiente para perder la cabeza. La besé con fuerza mientras hundía un dedo en ella seguido de otro y, por todos los demonios, esto era exactamente lo que quería, sentir su apretado coño rodeando mis dedos

—¡Kane! —gimió.

Cuando gritó mi nombre hice un esfuerzo sobrehumano para no intercambiar los dedos con mi verga y comencé a frotarla con maldad, no había una pizca de contención en mi cuerpo cuando mi pulgar derecho se unió al juego pulsándola en círculos hasta sentirla aún más húmeda. Quería tenerla, tocarla, sentirla hasta la última gota de sangre de su cuerpo vampírico. Saqué mis dedos y mi boca curiosa pasó por su cuello, luego sus pechos mordisqueando y besando su vientre, bajé mi rostro suficiente para luego enterrarlo entre sus muslos. Joder, el sabor dulce y perfecto de su coño me volvió loco de placer, mi lengua parecía recorrerla como si el mapa de su cuerpo estuviese impreso en mi cerebro y Mirah solo gimió… tan fuerte que podrían encontrarnos en cualquier momento y eso era jodidamente *sexy*.

Me despegué solo un momento de su preciosa entrepierna, para jalar sus

muslos más hacía mí, mientras me arrodillaba frente a ella. Porque ella, a quien amaba con una jodida desesperación, se merecía todo…

Una plegaria.

Una súplica.

Una oración.

—Córrete para mí, Mirah.

Hundí mi rostro en su sexo y comencé a lamer con ganas, enterré mi lengua en ella tanto como pude y se aferró tan fuerte a mi cabello que pensé que lo iba a perder en ese instante. Mirah gimió y luego gritó mi nombre mientras se corría en mi lengua, de una manera que desearía llevar tatuada en mi piel.

Me levanté besando cada parte de su cuerpo, destrozando cada pedazo diminuto que aún quedaba de su ropa, solamente para llevarme los pechos perfectos a la boca, quería comerlos, sentirlos, lamerlos. Sus duros pezones se sentían increíbles entre mis colmillos expuestos.

La tomé por el cuello mientras mi sonrisa hacía una mueca de superioridad.

—Te voy a follar y te voy a morder, Mirah.

—¿Sigues amenazando en vez de cumplir? —resopló con una mezcla de desafío y locura que solo me ponían más desgraciadamente cachondo.

Mirah rompió mi correa y los botones del pantalón de un movimiento, liberando mi erección. Me miró con un deseo indecente cuando tomó mi verga con propiedad y la frotó hasta la base. Un siseo se desprendió de mis labios, necesitaba tanto ese toque que apenas podía pensar, pero la verdad es que necesitaba aún más estar dentro de ella ahora mismo. Jalé sus muslos poniéndolos en mis antebrazos y de un movimiento uní nuestros cuerpos y me deslicé dentro de ella, estaba tan mojada… ¡Mierda! Sentir su coño así de caliente, de húmedo alrededor de mi era algo con lo que podía fantasear las veinticuatro horas del día. Me encantaba saber que toda esa humedad se debía a cuánto me deseaba, me encantaba saber que me resbalaba en ella. Sus gemidos comenzaron a crecer a medida que la embestía, lento y profundo, como sabía que le gustaba.

Salí por completo del pantalón para tener mejor movimiento y darle exactamente lo que necesitaba. Arañó mis abdominales y estos se prensaron, me desplacé un poco hacia atrás solo para que ambos pudiéramos apreciar la unión de nuestros cuerpos mientras me desplazaba

adentro y afuera. Ver su rostro mientras la follaba era la imagen perfecta.

Unos momentos después me empujó hacia atrás y caímos al suelo, se colocó sobre mí guiando mi erección dentro de ella y comenzó a cabalgarme con necesidad. La tomé por la nuca, apretando su cabello con fuerza, acercándola a mí para besarla con profundidad. Nuestras lenguas jugaban un juego a muerte mientras contenía todo mi ser para no correrme. Mi mano se fue a su pecho y apretó uno de sus pezones, soltó un grito ancestral mientras sentía cómo se contraía en mí y, en el frenesí del momento, despejé su cuello y clavé mis colmillos en ella.

¡Carajo! Su sangre me recordó la vida y el poder, a una explosión y a un ensamblaje de miles de partículas cósmicas, su sangre me recordó a la necesidad de tenerla que consumía mi ser cada día antes de convertirme en esto, su sangre me recordó que la amaba y que eso jamás lo podría volver a olvidar.

—¡Maldita sea, eres todo lo que deseo eternamente! —grité mientras soltaba un gemido áspero, ¡carajo!, se movía tan bien, tan apretada, tan perfecta. Su precioso coño se contrajo en mí una vez más y seguía moviéndose sin parar, como si nunca fuese suficiente de mí, como si quisiera follarme eternamente. En un momento me uní al precipicio junto a ella liberando toda mi necesidad. Si bien los dos estábamos absolutamente perdidos en el momento, no quedaba duda de que nos habíamos vuelto a encontrar.

Mirah cayó hacia mí, su frente junto a la mía y nos quedamos mirando por lo que parecía una eternidad. La recordaba, en aquel granero, en el búnker, la recordaba… la amaba y no dejaría que Grigori la volviera a tener jamás, eso era una maldita promesa.

—Kane, joder… te amo. Te he extrañado tanto —dijo apenas recuperando su respiración normal.

—Yo te amo más de lo que puedo procesar, lamento haber tardado tanto en decírtelo… —respondí besando su frente y sosteniendo sus mejillas. Sonreímos, retomando el aliento poco a poco—. Déjame ver eso —dije tomando la llave de Karakum que ahora colgaba en su cuello. Era preciosa, pero no tanto como ella. El rubí parecía hecho de la misma sangre de alguien o algo.

—¿Te sientes bien? —preguntó.

—Acabamos de follar como animales, Mirah, ¿en serio esa es tu

pregunta?

Sonrió.

—Me refiero a que parece que el efecto del suero de Grigori desapareció.

—Algo en ti hizo que se fuera, cuando bebí tu sangre, cuando me hablaste… podía sentir las partículas de ese veneno retrocediendo en mi sangre… todo cambió.

—¿Yo…?

—Sí, tú, nena. Parece que siempre has sido la respuesta.

—Mierda, si eso es así quizás mi sangre puede detener a Grigori y todo lo que está haciendo.

—Es posible, pero tenemos que salir de aquí, Mirah, antes de que Grigori vuelva, debemos ir por Cat.

—Bien —respondió vistiéndose con lo que apenas quedaba de su ropa, le di mi camisa para que pudiera cubrirse.

—¿Cómo funcionará la llave? —pregunté.

—No lo sé —repliqué—. Por lo que he leído y lo que contó Viktor, parecía que al ensamblarla se revelaría el camino, pero Grigori me la dio ya ensamblada, no sé qué ocurrió cuando la armó.

Sentí la energía que me movía desde el pasillo entero.

—Mirah.

—¿Qué ocurre? —preguntó con preocupación.

—¡Han vuelto!

PARTE III

MILENIOS.

«*He cruzado océanos de tiempo para encontrarte*».

Drácula, Bram Stoker.

«No me sorprenden muchas cosas después de tanto tiempo, pero debo admitir que lo único que me ha dejado boquiabierto en milenios es la forma como siempre consiguen reencontrarse esos dos…».

Diario de Asmodeus. Encontrado en el 2035.
Excavación de Turkmenistán.

VEINTISÉIS: Y todo se fue a la mierda
MIRAH

El aire en la habitación todavía se sentía cargado, como si los ecos de lo que acababa de suceder entre Kane y yo no quisieran disiparse. Mis manos temblaban mientras intentaba cubrirme con lo que quedaba de mi vestido. La tela estaba rasgada, los encajes deshechos, y, aunque había logrado anudar algunos trozos para que no cayera del todo, mi aspecto era un desastre. Mi cabello despeinado caía en mechones desordenados, pegándose a mi cuello por el sudor, pero eso era lo de menos. ¿En qué carajo estaba pensando? ¡Pues claramente no había pensado con la cabeza!, sino con otra cosa…

No podía dejar de mirar a Kane. Se vestía con eficacia, su pecho subiendo y bajando con rapidez y, aunque sus ojos se mantenían fijos en los míos, parecían más oscuros, llenos de algo que no podía descifrar. Un estremecimiento recorrió mi espalda al pensar en lo que habíamos hecho. No teníamos tiempo para procesarlo, ni para hablar, porque entonces la puerta se abrió de golpe.

Grigori entró como una tormenta, acompañado por sus sombras envueltas de una especie de fuego. Su presencia llenó el espacio, opresiva, sofocante. Antes de que pudiera reaccionar, sus sombras agarraron a Kane por el cuello y lo levantaron como si no pesara nada.

—¿Qué crees que estás haciendo? —gritó Grigori, su voz retumbando por las paredes. Sus ojos rojos brillaban con una furia oscura inhumana y su mandíbula estaba tan tensa que parecía a punto de romperse—. ¿Crees que puedes burlarte de mí así? ¿Tener a mi esposa, mi reina, en tus sucias manos?

—¡Basta, Grigori! —grité, avanzando hacia él, pero una sombra se interpuso en mi camino, empujándome hacia atrás.

Grigori no me escuchó. Su atención estaba completamente puesta en

Kane, a quien lanzó con brutalidad al otro lado del pasillo. El cuerpo de Kane chocó contra el suelo con un sonido sordo y, antes de que pudiera levantarse, Grigori lo arrastró de nuevo, estrellando su rostro contra el pavimento. La sangre comenzó a correr por su nariz y su boca, pero Kane no emitió un solo quejido.

—¡Nadie se burla de mí! —vociferó Grigori, arrastrando a Kane una vez más antes de arrojarlo como un muñeco roto contra la pared.

—¡Para! —grité, sintiendo que mi garganta se desgarraba con el esfuerzo. Las lágrimas se acumulaban en mis ojos mientras trataba de moverme, de hacer algo, pero cada intento era inútil—. ¡Déjalo en paz, por favor!

Grigori me ignoró, su atención fija en Kane mientras avanzaba hacia él con pasos lentos, cada uno más amenazante que el anterior.

—¿Dónde está? —preguntó, su tono bajo y afilado como una cuchilla—. ¿Dónde está tu madre, Kane? ¡Solo tú sabías dónde estaba!

Kane levantó la cabeza, su rostro cubierto de sangre y polvo, pero sus ojos, a pesar del dolor, ahora tenían una mirada de confusión desafiante.

—¡No tengo idea de qué estás hablando, psicópata de mierda! —respondió con voz rasposa.

Grigori lo observó por un momento, sus ojos entrecerrados mientras buscaba algún rastro de mentira. Luego, como si algo encajara de repente, su expresión cambió. La furia dio paso a algo más calculador, más peligroso.

—Solo tú sabías dónde estaba tu madre —repitió, su voz apenas un susurro—. Solo tú… —Su mirada se desvió de Kane, recorriendo lentamente el lugar hasta detenerse en Miles, que estaba de pie al fondo del pasillo, tratando de mantenerse al margen. Miles dio un paso atrás, su rostro palideciendo al sentir el peso de la atención de Grigori—. ¿Miles? Tu corazón está acelerado… como el de una persona que tiene algo que esconder —dijo Grigori, su tono cargado de veneno y aquel rostro comenzó a transformarse en esa criatura, no un Inmortus, no un Noctus, algo más, cuatro colmillos, los demás dientes afilados, Grigori era algo que solo una película de terror podía explicar. El corazón me dio un vuelco. Grigori había encontrado un nuevo objetivo y el peligro que eso representaba era palpable. Miles no podría manejar la furia de Grigori como lo había hecho Kane, y yo… yo no sabía cómo detener lo que estaba por suceder sin mis poderes. Miles tragó hondo, el sonido seco resonando en el silencio

opresivo del pasillo. Los pasos de Grigori eran lentos, metódicos, como un depredador acechando a su presa. Su mirada oscura se alternaba con chispas rojas que aparecían en sus iris, haciendo una mezcla de furia y decepción contenida, y su voz, baja y cargada de veneno, fue más letal que cualquier grito—. Todo lo que hice por ti, Miles… —dijo Grigori, deteniéndose a pocos pasos de él—. Nuestra amistad, te valoré por sobre cualquier humano. Te protegí, te di un lugar en este mundo. Y tú… ¿has decidido traicionarme?

Miles tragó nuevamente, pero esta vez levantó la cabeza, acomodándose los lentes y enfrentando la mirada de Grigori con una valentía que no sabía que poseía. Su voz, aunque temblorosa al principio, se llenó de una determinación que me hizo contener el aliento.

—Señor Grigori, usted se ha convertido en algo que no ve más allá de su propia frente. —Miles respiró hondo, sus manos temblando a los costados —. El mundo no tiene que ser así. Usted no era así. Alguien tenía que hacer lo correcto.

Por un instante, el pasillo quedó en silencio, como si las paredes mismas contuvieran la respiración. La expresión de Grigori cambió; su furia parecía dar paso a una incredulidad fría, un momento de reflexión que duró apenas un latido.

Solo entonces Kane pareció comprender completamente lo que estaba sucediendo. Su rostro, ensombrecido por la sangre y la fatiga, giró hacia mí, buscando respuestas. Lo miré de reojo y, con la más leve de las sonrisas, le hice una pequeña señal. Fue suficiente para que entendiera. Su madre estaba fuera. Miles y yo habíamos ayudado, aunque Miles ahora estaba tomando el sacrificio.

Kane apenas movió la cabeza, una mezcla de incredulidad y algo que se asemejaba al agradecimiento cruzó sus ojos antes de que Grigori volviera a hablar.

—¿Hacer lo correcto? —repitió Grigori, su tono lleno de desprecio—. ¿Qué sabes tú de lo que es correcto?

En un movimiento veloz, Grigori cerró la distancia entre él y Miles. Su mano se alzó y atrapó el cuello de Miles con una fuerza brutal, levantándolo del suelo como si no pesara nada. El sonido de la respiración de Miles sofocándose me arrancó un grito instintivo.

—¡No! ¡No lo hagas! —grité, mi voz desgarrándose mientras avanzaba

hacia ellos, pero una sombra me contuvo, apretando con fuerza alrededor de mis brazos. ¡Joder! Qué impotente me sentía.

Grigori giró su rostro hacia mí, sus ojos centelleando con una furia casi imposible de contener.

—Me temo que tú no das órdenes aquí, vampiresa, tu destino es y será únicamente obedecerlas, especialmente después de haberte revolcado como una cualquiera el día de nuestra boda. —Y luego volvió a mirar a Miles—. Te daré solo una oportunidad porque una vez te consideré mi amigo, Miles. —Su voz era un susurro frío, cargado de amenaza—. ¿Dónde está Isabella? ¿Quién te ha ayudado? Eres un viejo demasiado decrépito como para haber actuado solo y tener alianzas con unos malditos lobos.

Miles, con su rostro enrojecido por la falta de aire, intentó responder, pero Grigori aflojó apenas la presión en su cuello para permitirle hablar.

—No importa quién lo haya hecho —jadeó Miles, sus palabras entrecortadas pero claras—. Lo que importa… es que alguien lo hizo. Porque usted ya no tiene derecho a decidir quién vive y quién muere. Isabella merece una vida lejos de su tortura.

Por un instante, el tiempo pareció detenerse. El rostro de Grigori se deformó en una expresión de rabia pura. Su mandíbula se alargó, sus ojos rojos ardieron como brasas y las venas negras se extendieron por su piel pálida, transformándolo en una monstruosidad vampírica. Antes de que pudiera reaccionar, su mano atravesó el pecho de Miles con una fuerza brutal, arrancándole el corazón de un solo golpe.

El grito desgarrador salió de mi garganta antes de que pudiera detenerlo. Fue un grito de rabia, de desesperación, de pura pérdida. Sentí cómo algo dentro de mí se rompía, un dolor tan profundo que parecía perforar mi alma. Mi grito salió como una vibración, una onda invisible que hizo eco en las paredes del castillo.

Kane, aún tirado en el suelo, levantó la cabeza con dificultad, sus ojos fijos en las sombras que comenzaban a moverse a su alrededor. No tardó en darse cuenta de que las sombras no eran suyas. Eran mías. El collar que Grigori había puesto en mi cuello, el símbolo de mi esclavitud y mi supuesta lealtad, comenzó a temblar. Las sombras se dirigían hacia mí, girando y retorciéndose como serpientes vivas, liberando un poder que nunca antes había sentido. Sentí aquella sensación de antes, cuando mis ojos se oscurecieron por completo.

—Abraza la oscuridad y libérate…

Sentí el metal del collar ceder, el metal frío y duro se resquebrajaba y las sombras lo rompían como si tuvieran voluntad propia. Cuando el peso del collar desapareció de mi cuello, sentí como mis venas se llenaban de lo que realmente era y todo el poder que había sido reprimido estalló en un solo instante.

—¡Grigori! —rugí, mi voz resonando con una fuerza que no parecía mía. Con un movimiento de mi mano, la telequinesis se desató como una ola invisible acompañada de sombras, golpeando a Grigori con una fuerza que lo lanzó contra la pared del pasillo. El impacto fue tan fuerte que las piedras se agrietaron bajo su peso.

—¡Kane! —grité, volviéndome hacia él mientras aún sentía la energía fluyendo por mi cuerpo—. Ve por Cat. Ahora.

Por un instante, nuestros ojos se encontraron. Kane parecía paralizado, dividido entre la incredulidad y algo que no podía nombrar. Pero luego, sin una palabra, asintió y se levantó, tambaleándose, pero con una determinación renovada. Sin mirar atrás, desapareció en la penumbra, dejando un vacío que se llenó con el peso de lo que acababa de suceder.

Mis manos temblaban, mi cuerpo vibraba con la energía que todavía no podía controlar del todo, las sombras se enroscaban como serpientes, majestuosas, serpientes que yo dominaba. Miré a Miles, su cuerpo inerte, la sangre estaba alrededor de su cuerpo y su corazón allí expuesto, en el suelo, como un pedazo de carne al que nadie le importaba. Sentí cómo la rabia se mezclaba con el dolor, convirtiéndose en una tormenta dentro de mí. Grigori comenzaba a moverse entre los escombros, pero algo dentro de mí me dijo que esto no había terminado. No hasta que él pagara por todo.

Grigori comenzó a levantarse, su figura imponente aún envuelta en sombras que parecían alimentar su poder. Sus ojos ahora todos negros me miraban con un odio ardiente, pero también con algo más: sorpresa. Era la primera vez que lo veía titubear, aunque fuera por un instante.

—Eres más interesante de lo que pensaba, vampiresa —dijo, su voz baja y cargada de desprecio—. Pero sigues siendo mía.

—Nunca, más... —Mi respuesta fue un rugido de pura voluntad mientras las sombras que había canalizado se agitaban a mi alrededor, como un ejército preparado para atacar.

Grigori avanzó hacia mí con una velocidad sobrehumana, pero ya no era

la misma chica indefensa que había conocido. En un parpadeo, me teletransporté detrás de él, el aire a mi alrededor vibrando con el cambio. Mi telequinesis se desató en un golpe invisible que lo lanzó al otro lado del pasillo, estrellándolo contra una columna que se resquebrajó por el impacto.

—Tendrás que hacer algo mejor que eso, vampiresa —se burló mientras se ponía de pie, limpiando el polvo de su ropa como si no le importara. Pero sus movimientos eran más lentos ahora, más calculados.

Levanté una mano y las sombras respondieron, extendiéndose por el suelo como un enjambre oscuro que lo envolvió rápidamente. Grigori luchó contra ellas, pero las sombras eran mías ahora y, cada vez que intentaba liberarse, estas se apretaban con más fuerza, cortando su piel y drenando su energía.

—No eres el único que puede usar esto contra sus enemigos, Grigori —dije con una sonrisa amarga, disfrutando momentáneamente de verlo luchar.

Pero él no era un vampiro cualquiera. Con un rugido que hizo temblar el aire, liberó una onda de sus propias sombras y de fuego que disipó mis sombras momentáneamente, obligándome a retroceder. Antes de que pudiera reaccionar, apareció frente a mí, sus colmillos al descubierto, y me agarró por la garganta, levantándome del suelo.

—¿Crees que puedes desafiarme y salir ilesa? ¡¿Cómo has canalizado sombras?! —gruñó, sus ojos ardiendo con furia. Grigori exploró mis ojos, como intentando escudriñar de dónde salía mi poder y en ese momento, lo entendió—. Kane… Todo esto tiene que ver con él, ¿no es así? ¿Cómo controlas su poder? ¡Es imposible! ¿Cóm…? —Su rostro cambió a uno lleno de una rabia tan contenida que podría implosionar en cualquier momento—. ¿Tú y el maldito perro faldero? ¡Es imposible que él sea tu verdadero enlace!

Sabía lo que Grigori había hecho, sabía todo lo que había fabricado Kyla en mí en base a su petición, pero que lo dijera en voz alta tan abiertamente hizo que mi sangre hirviera de una forma inconmensurable. Con un movimiento de mi mano libre, desaté una ráfaga de telequinesis que lo hizo tambalearse. Aproveché la oportunidad para teletransportarme nuevamente, apareciendo a varios metros de distancia. Las sombras se arremolinaron a mi alrededor y las usé para lanzar un ataque simultáneo desde múltiples direcciones, desgarrando su ropa y su piel, debilitándolo poco a poco.

Grigori rugió, pero su rabia solo alimentó mi determinación. Sabía que no

podía matarlo, o que al menos no sería fácil, pero podía hacerlo sangrar, podía debilitarlo lo suficiente y podía demostrarle que no era su marioneta. Mientras él luchaba por liberarse de las sombras, moví una pieza rota de la columna directamente hacia su pecho. El golpe lo hizo romper otra de las columnas y un área entera del castillo colapsó sobre él. Sin esperar su respuesta, me teletransporté lejos del pasillo, las sombras disipándose mientras me movía hacia mi próximo objetivo: encontrar a Kane y asegurarme de que Cat estuviera a salvo. La pelea había terminado, pero la guerra estaba lejos de concluir.

VEINTISIETE: Un abismo inmenso
MIRAH

En medio del caos logré agarrar algunas vestimentas de los Noctus para al menos poder salir del castillo de forma decente, una chaqueta oscura y pantalones ajustados, la chaqueta tenía al menos cuatro bolsillos, perfectos para llevar dagas, lástima que no hubiese ninguna en el camino. Intenté usar el abismo varias veces hacia Murda, directo a la FIM, y no pude. Aunque jamás nos habían dicho que el domo pudiera bloquear mi poder de alguna manera y tampoco lo había experimentado, me imaginaba que su estructura podría tener algo que ver con no permitir mi teletransportación estando afuera de él.

Kane llevaba a Cat en brazos mientras corríamos hacia el garaje de Grigori buscando un auto, pronto colocó a Cat en el suelo.

—Intenta despertarla —dijo—. Buscaré un auto.

Di algunos suaves golpes en el rostro de Cat, pero estaba demasiado dopada, era imposible despertarla, alguna mierda rara corría por su sangre, podía sentir el olor de un sedante espeso.

El rugido del motor retumbó en mis huesos cuando Kane apareció a nuestro lado con un deportivo gris brillante. Definitivamente un auto nuevo en la colección de Grigori.

—¿De verdad? ¿No había algo que llamara menos la atención? —pregunté enarcando la ceja—. ¿Qué carajo es eso?

—Es un Koenigsegg Gemera del 2050, un clásico, el único deportivo con cuatro puestos.

—Kane, es demasiado llamativo.

—Mirah, si queremos salir de aquí rápido, esta es la opción.

Asentí a regañadientes. La verdad es que aquello era una majestuosidad. Su cuerpo, afilado como una navaja, reflejaba la luz como si estuviera vivo, y, cuando Kane abrió sus puertas verticales, parecía desplegar alas de

halcón.

Por dentro, el cuero negro y amarillo abrazaba cada rincón como una segunda piel. Los asientos eran tan cómodos como intimidantes, diseñados para la velocidad, no para la compasión. Podíamos ir tres vampiros en él y aun así sobraba espacio para la tensión que estaba por venir, pues dudaba que esto fuese un escape demasiado tranquilo. Kane metió a Cat con cuidado en el asiento trasero y cuando encendió el motor aquello rugió como una bestia esperando la lucha misma. Era el único auto que podía soportar una noche como la que estaba por venir.

No pasó mucho antes de que Kane acelerara a toda velocidad saliendo del puto castillo, el auto derrapó por el asfalto mojado de la carretera y pronto nos empalmamos hacia la autopista M25 de Lonviness con la lluvia en su máximo esplendor. Las luces de la ciudad quedaban atrás, solo destellos de neón borrosos en los espejos. A mi lado, Kane apretaba la perfecta mandíbula mientras su mano derecha hacía los cambios en la palanca del auto, debía reconocer que su mano y brazo tatuado, las venas que se marcaban en ellos mientras hacía cada uno de los movimientos, parecían lo más *sexy* que había visto en mi vida.

—Deja de mirarme así —dijo, sin siquiera hacer contacto visual.

—¿Cómo sabes qué te estoy mirando?

—¿Todavía lo tienes que preguntar, nena? Sé todo lo que haces, sientes y deseas —respondió con una sonrisita de confianza extrema.

—Creído —dije sonriendo.

—Parece que te gusta lo que ves al menos.

—Me encanta.

—Sígue diciendo eso y voy a tener que sacar algún nuevo don vampírico que maneje el auto mientras te follo.

—¡Kane! Cat está en el asiento de atrás y estamos en modo escape.

—No me importa, te he extrañado demasiado, Mirah… Siento como si hubiese pasado un milenio sin verte.

Kane se movió hacia mi lado para besarme con ferocidad.

—¡Ojos en el camino! —dije separándome rápidamente y él solo sonrió.

Cat gemía entre delirios, claramente estaba dopada.

—¡Joder! —dijo Kane.

—¿Qué pasa?

—Nos siguen autos. ¡Dos a la izquierda, uno a la derecha! —gritó alzando

la mano.

El retrovisor reflejó las luces de las camionetas negras que nos pisaban los talones. No eran simples vehículos. Blindados, sin placas, con la insignia marcada de la casa de Grigori grabada en la parte delantera, una llama, como su poder de fuego.

El auto vibró cuando una ráfaga de ondas de energía golpeó el pavimento detrás de nosotros, ¡mierda! Estaban disparándonos eones, pero estos eran peor que los del Instituto de Idris, estos levantaban pedazos de concreto y parecían quemar todo a su alrededor. Kane giró el volante con fuerza y el coche derrapó, rozando la barrera de contención.

—¡A este paso nos van a alcanzar! —espetó Kane, hundiendo el acelerador.

—Dame tres segundos —susurré concentrándome.

Sentí el aire plegarse. El tablero se sacudió cuando mi poder se activó. Telequinesis pura, nacida de ira contenida. Extendí las manos y la camioneta más cercana comenzó a temblar. Vi las placas metálicas abollarse como si algo dentro quisiera salir. Y luego simplemente explotó. No en fuego, no en ruido. Silencio absoluto. La estructura colapsó hacia adentro, doblándose como papel, hasta convertirse en una esfera de acero compacta que salió volando por los aires.

—Uno menos —dije, con una sonrisa rota.

—Okey. ¡Esa mierda fue jodidamente *sexy*! —dijo Kane con esa voz áspera que denotaba que me quería comer en ese preciso instante.

Pero no había tiempo de celebrar.

—Encima —murmuré.

Un Noctus cayó sobre nosotros, pude observar su estela por el retrovisor. Una figura encapuchada descendió como una mancha desde el cielo ya oscurecido y se aferró al techo del auto con sus garras.

—¡Agárrate! —gritó Kane.

Sus dedos se cerraron sobre el volante mientras su conciencia parecía desdoblarse. La oscuridad de sus sombras se alzó desde los laterales del vehículo, como un manto vivo, y rodeó al intruso. Lo escuché gritar, no con miedo, sino con rabia, el Noctus cayó hacia un lado sobre el techo del auto, podía observar por el retrovisor cómo sombras le invadían los orificios de la nariz y podía de alguna forma sentir cómo pulmones se llenaban de ellas, cuando giré sutilmente la cabeza pude ver a Kane con una sonrisa, estaba…

disfrutando la hazaña de una manera distinta a la habitual, como si una parte de él no solo estuviese sumergida en la batalla, si no en las ganas de torturar y matar, despegó su mano derecha del volante y la elevó solo un poco haciendo un puño, en este momento mis oídos sensibles pudieron escuchar una especie de crac. Por el retrovisor observé como las sombras parecían aplastarle las costillas desde dentro al Noctus, pronto, el vampiro cayó rodando sobre el pavimento, o al menos lo que quedaba de él…

—Kane… —susurré, pero no había tiempo para conversar.

La otra camioneta se puso en paralelo. Desde la ventana del copiloto, una figura pálida disparó una onda de eón. El auto tembló. La onda atravesó la ventana trasera hacia Cat y vi como las sombras de Kane hacían una especie de barrera protectora. ¡Carajo! Me encantaba verlo usando su poder de una forma tan magistral. Mientras, otro puto Noctus aterrizó frente a nosotros en el capó, su cara desfigurada intentaba hacer una sonrisa de mierda. Su puño golpeó el vidrio con toda potencia volviéndolo añicos frente a nosotros.

—Toma el volante —dijo Kane.

—¿Qué?

—¡Toma el volante, nena!

Sostuve el volante con un poco de miedo. Kane cerró los ojos y sus sombras respondieron, indómitas, fuera de control, como torbellinos en el aire buscando destrucción. La oscuridad emergió desde debajo del asfalto, una lengua de negrura que se alzó como una mano gigante y agarró la camioneta de atrás, arrastrándola bajo tierra. Otra sombra se elevó desde el techo, envolviendo al Noctus del capó.

—Queda una más —dijo Kane, con voz tensa.

La última camioneta nos embistió. El coche perdió estabilidad. Giramos. El mundo dio vueltas.

—¡Agárrate! —gritó mientras enderezamos la dirección, el giro hizo que perdiéramos la salida que necesitábamos hacia la frontera, en vez de eso nos empujó a la autopista principal de Lonviness, directo a la ciudad.

Kane aceleró todo lo que pudo dejando a la camioneta atrás, pero unos diez minutos después el tráfico de la ciudad frustró todos nuestros planes.

—¡Tenemos que bajar! —dijo él. Asentí y pronto Kane tenía a Cat en brazos mientras caminábamos buscando refugio y un comunicador, necesitaba llamar a Michelle.

Entramos a un pequeño local de comida rápida que no tenía clientela, así

de malo era, seguramente. Usé mi mentalismo para exigir el uso del comunicador y unos segundos después la llamada conectó.

—¿Aló? —dijo la voz del otro lado de la línea.

—Mich, ¡oh, por Dios! Eres tú. Mich, soy yo.

—¡Joder! ¿Mirah? ¿Dónde estás? ¿Estás bien?

—Escapé, Mich, estoy en Lonviness, en pleno centro, es una larga historia, pero estamos huyendo de Grigori.

—¿Estás con Kane?

—Sí, estoy con él, está bien, algo pasó, pero es una historia larga, tenemos a Cat también, escucha, Mich, necesito cruzar de vuelta a Murda, no puedo usar mi poder, debe ser el domo.

—Mirah, voy a buscar a Shade a ver si puede hacer algo por el domo, ve al metro de Lonviness, hay una patrulla de Voyh en ese lugar a la que puedo contactar para que los escolte. No creo que Grigori te siga a un lugar tan público, no arriesgaría a exponerse de esa manera. Espera en la estación de trenes Plaza Central, abajo en el subterráneo, les diré que te busquen.

—Bien.

Colgué la llamada y corrimos lo más rápido posible hacia el metro.

—¿Realmente hiciste que rescataran a mi madre? —preguntó Kane.

—Claro que lo hice, haría lo que fuera por salvarte, Kane. ¿Todavía no lo entiendes?

Kane apoyó a Cat en el suelo y hacia la pared y luego se movió hacia mí, sus manos en mis mejillas sosteniéndome con firmeza, sus labios encontraron los míos sin sutileza alguna, si no con una tremenda ferocidad.

—Gracias.

—No tienes que agradecerme, te debo demasiado.

—No me debes nada.

—Kane, fui yo quien quiso conocer a Grigori, es mi culpa. Todo ha sido mi culpa.

—Grigori ya te conocía, Mirah, Grigori sabía quién eras, solo estaba jugando con tu mente y tu tiempo, jamás hubieses podido escapar de sus malditas artimañas. No me debes nada, ahora estamos aquí juntos y eso es en lo que nos tenemos que enfocar. —Tomó mi mano y besó el dorso como todo un caballero.

—Kane, la gente nos está mirando—. dije.

Kane estaba lleno de su propia sangre en toda la ropa de cuando Grigori lo

atacó, no se había podido cambiar en el castillo. ¡Joder! ¡Estábamos llamando demasiado la atención!

Dos hombres aparecieron frente a nosotros, sus ropas oscuras, eran altos y fornidos, sus iris eran absolutamente púrpuras.

—¿Mirah Shard?

—Si.

—Nos envió Michelle, somos Carl y Jonas, los vamos a extraer. ¡Muévanse rápido!

Corrimos hacia más adentro de la estación de trenes, pero algo ocurrió, las luces comenzaron a parpadear y el olor… ¡Joder! Él estaba aquí ¿Por qué nos había seguido? Si esto era un lugar público. Grigori Volska jamás se arriesgaría a ser expuesto en medio de la sociedad…

—Tienen que llevársela —dije señalando a Cat con mi boca—. Kane y yo podemos distraerlo en la dirección contraria, pero ella está inconsciente, ha estado débil, la han maltratado, necesita ayuda.

Los Voyh se miraron a la cara y asintieron tomando a Cat y pronto se perdieron entre la multitud. La oscuridad llenó el lugar por completo hasta que las últimas luces se apagaron y los gritos de las personas invadieron el espacio. Corrí como nunca antes había corrido, sintiendo cada latido de mi corazón resonar en mis oídos como un tambor de guerra.

—¡Corre, Kane, corre! —grité, mientras descendíamos a toda velocidad por las escaleras del metro de Lonviness yendo aún más abajo. El aire era denso, cargado con el hedor de las sombras y la promesa de muerte que venía tras nosotros. Kane iba unos pasos por delante, su silueta oscura casi perdiéndose en la penumbra de las luces intermitentes que titilaban en el techo. Detrás de nosotros, los vampiros Noctus comenzaron a aparecer y no cesaban. Sus gruñidos guturales y sus pasos descompasados resonaban como ecos que nos perseguían sin tregua. Pero no era solo eso. Entre esos sonidos, podía distinguir algo más aterrador: el rugido de Grigori. Ese sonido profundo y amenazante que cortaba el aire, como si la noche misma tuviera vida y viniera por nosotros. Sabía que estaba cerca, demasiado cerca.

Kane giró la cabeza hacia mí mientras corría, su mirada ardía con una mezcla de furia y miedo.

—¡Sigue corriendo, Mirah! No te detengas. Tienen que seguirnos, tenemos que alejarlos de Cat.

No necesitaba que me lo dijera. El instinto de supervivencia se había apoderado de mí. Bajamos las últimas escaleras como estelas y, al llegar al tercer andén, Kane desató sus sombras. Fue como si un manto de oscuridad se derramara sobre nosotros, engullendo el lugar en un abismo impenetrable. Las luces del techo, las únicas aún vivas, chisporrotearon y murieron, dejando la estación en una oscuridad absoluta. No podía ver nada, pero sentía el frío de las sombras rozar mi piel como si fueran garras vivientes. Las personas en la estación gritaban, aterrorizadas, todo parecía sacado de una película de terror

—Están aquí, están muy cerca —susurré jadeando. El ruido de las sombras de Kane retorciéndose a nuestro alrededor era ensordecedor, como un murmullo infinito que se mezclaba con los pasos y gruñidos de los Noctus. Pero lo peor era ese sonido. Ese maldito gruñido, como si Grigori disfrutara prolongando la cacería.

—¡Por aquí! —gritó Kane, tomando mi brazo y arrastrándome hacia los rieles del metro. No había tiempo para pensar. Saltamos al vacío y aterrizamos en los rieles de metal. El impacto me sacudió hasta los huesos, pero no podía detenerme. Las sombras se extendían más allá, tratando de cubrir nuestros pasos, pero los Noctus eran implacables. Escuchaba sus gritos feroces, sus cuerpos golpeando contra el suelo mientras nos seguían. Corríamos entre los rieles, el ruido de nuestros pasos mezclándose con el crujido del metal y el eco de nuestros jadeos. El túnel del metro se alargaba interminablemente frente a nosotros, sus paredes cubiertas de grafitis y moho parecían cerrarse como un monstruo que nos tragaba vivos. Cada vez que volteaba, esperaba ver a Grigori. Sabía que estaba allí. Lo sentía.

—¿Qué tan lejos puedes teletransportarte?

—Siempre dentro de un mismo sitio, cosas conocidas, pero pude reciéntemente entrar a un lugar diferente al ver las siluetas con la visión de sangre.

—¿Crees que podrías intentarlo?

—No lo sé, todo va demasiado rápido, pero lo intentaré.

Y entonces lo escuché. Ese sonido agudo, como el chasquido de un depredador lanzándose sobre su presa. Y, antes de que pudiera reaccionar, sentí un golpe de aire a mi izquierda. Me giré instintivamente, pero solo alcancé a ver un destello rojo y oscuro. Los ojos de Grigori brillaban en la oscuridad como brasas encendidas y sus sombras me habían atrapado justo

al intentar hacer el abismo, eso solo significaba una cosa, mi poder estaba bloqueado por un tiempo..

—¡Mirah, cuidado! —gritó Kane..

Unas garras gigantescas rozaron mi espalda, desgarrando mi chaqueta y arrancándome un grito de terror. Sentí mi piel abrirse por completo, la sangre saliendo de ella, caí al suelo, pero Kane estaba ahí, levantándome de inmediato.

—¡Joder, Mirah! Te tengo. No pares. No mires atrás, ¡vamos! —dijo con la voz firme, pero su rostro estaba pálido. La oscuridad nos rodeaba, pero no podía ocultarnos de Grigori.

Volvimos a correr, saltando entre los rieles y las paredes del túnel, mientras el sonido de los Noctus acercándose nos rodeaba. La herida de mi espalda se estaba cerrando, aunque claramente había sido honda y aún sentía el ardor en mi piel. El aire se volvía más denso, más pesado, como si cada respiración fuera una lucha. La adrenalina me mantenía en pie, pero mis piernas empezaban a ceder. Y, entonces, lo vi.

Una luz parpadeante al fondo del túnel. Era un tren. Venía directo hacia nosotros.

—Kane, ¡el tren! —grité, señalando hacia adelante. Pero antes de que él pudiera reaccionar, Grigori descendía desde las sombras como un ave de presa.

—¡No te puedes ir, vampiresa! —rugió, y su voz hizo temblar las paredes del túnel.

—¡No puedo transportarme Kane, Grigori bloqueó mi poder! —dije con desesperación!

—¡Mierda! —gritó Kane.

Los Noctus emergieron de las sombras, deformes y sedientos, sus ojos brillando con una oscuridad antinatural que cortaba la penumbra. No teníamos tiempo para pensar. Levanté mis manos, sintiendo el poder arremolinarse en mi pecho antes de lanzarlo hacia el frente. Los primeros tres vampiros que se abalanzaron sobre nosotros fueron empujados hacia atrás con fuerza telequinética, sus cuerpos chocando contra las paredes del túnel con un crujido seco.

—Mirah, derecha —dijo Kane y, antes de que pudiera reaccionar, desató sus sombras. Se arremolinaron como serpientes vivientes, extendiéndose y envolviendo a dos Noctus que habían intentado flanquearnos. Las sombras

los inmovilizaron, apretándolos hasta que sus gritos se apagaron. Pero los Noctus eran muchos y, por cada uno que caía, dos más tomaban su lugar.

Grigori apareció entonces, caminando con una calma que helaba la sangre. Su silueta era imponente, el cabello largo rodeándole los pectorales, ahora en una especie de chaleco que dejaba al descubierto los brazos esculpidos, mientras sus sombras y el fuego danzaban en sus manos y antebrazos como una extensión de su voluntad. Su sonrisa era una maldita promesa de destrucción.

—¿De verdad creen que pueden detenerme? No tienen idea de todo lo que he aprendido en más de setecientos años, ustedes no son siquiera una competencia digna —dijo, su voz resonando como un eco en el túnel. Luego levantó una mano y una columna de fuego explotó hacia nosotros.

—¡Cúbrete! —gritó Kane, deteniendo el tiempo justo cuando las llamas estaban a punto de alcanzarnos. El mundo se congeló por unos segundos. Pude ver las llamas y sombras suspendidas en el aire y los Noctus paralizados en pleno ataque. Aproveché el momento y concentré toda mi energía en un golpe telequinético que lo lanzó contra la pared opuesta.

El tiempo volvió a fluir y las llamas estallaron a unos metros de nosotros. La pared del túnel se agrietó con el impacto, pero Grigori apenas se tambaleó. Su risa resonó, grave y amenazante.

—Eres rápida, Mirah, pero no lo suficiente.

Se giró hacia mí y, antes de que pudiera reaccionar, el fuego brotó de sus manos en forma de un látigo que se dirigió directo a mi cabeza. Mis botas se aferraron al concreto de la pared con un chasquido sobrenatural, desafiando la gravedad mientras corría horizontalmente, lanzando golpes telequinéticos para mantener a raya a los Noctus que intentaban alcanzarme. Kane, mientras tanto, escalaba las paredes opuestas, sus sombras lo envolvían como una armadura viviente. Saltó desde las alturas, cayendo sobre un grupo de Noctus con la fuerza de una tormenta. Las sombras se arremolinaron a su alrededor, desgarrando a sus enemigos con una ferocidad brutal. Cada vez que un Noctus intentaba contraatacar, Kane detenía el tiempo por fracciones de segundo, moviéndose como un espectro entre ellos.

Pero Grigori no se detuvo. Se elevó por encima de nosotros caminando por la pared, lanzando bolas de fuego que explotaban contra las paredes y el suelo.

—Tenemos que acabar con él ahora o esto nos va a drenar, son demasiados —dije, mi voz cargada de determinación—. Aún no puedo usar mi poder para salir de aquí. —Kane asintió y juntos ideamos un último ataque.

Él desató sus sombras una vez más, dirigiéndolas hacia Grigori para distraerlo. Yo usé ese momento para concentrar toda mi energía en un golpe telequinético masivo. Las sombras de Kane se entrelazaron con mi poder, creando una esfera de oscuridad pura que lanzamos hacia Grigori. La explosión que siguió sacudió el túnel, haciendo que pedazos del techo cayeran sobre los Noctus restantes tapiando el camino.

Corrimos más profundo en el túnel, buscando la siguiente estación, nos movimos como estelas lo más rápido que pudimos, para mi sorpresa la estela de Kane comenzaba a verse diferente, eran sombras, pero había otra cosa en ellas, formas que no podía distinguir completamente.

Finalmente, nos detuvimos en un rincón oscuro de la estación, el aire pesado por el polvo y el calor opresivo de las llamas que Grigori había dejado a su paso. Kane me miró entonces, con una intensidad en sus ojos que nunca antes había visto, porque ambos lo estábamos escuchando, el sonido, el olor estaba cerca de nuevo. Esta vez había algo en la mirada de Kane, algo que me hizo temblar.

—Mirah… —dijo con voz entrecortada, mientras me tomaba por las mejillas, sus manos firmes y a la vez temblorosas—. Te amo, como nunca he amado a nadie y como jamás amaré a alguien más. Pero no podemos escapar de él sin tu poder, al menos no aquí. Si no puedes teletransportarte, al menos tienes que irte, yo lo distraeré.

Mi corazón se detuvo por un instante, incapaz de procesar lo que acababa de decir. Antes de que pudiera responder, me besó. Fue un beso cargado de pasión y desesperación, como si intentara transmitir todo lo que sentía en ese último momento, como aquel beso del área A-138. Mis manos se aferraron a él, negándome a soltarlo, a dejarlo ir. Pero, cuando se separó de mí, vi la resolución en sus ojos.

—No… Kane, no lo hagas… ¡Joder!¡No te voy a perder de nuevo! —comencé a decir, pero él ya había dado un paso hacia adelante, alejándose de mí. Sus sombras se alzaron a su alrededor como un manto protector mientras se giraba hacia el túnel, entonces escuché una explosión y del túnel entero salió una ola de fuego. Kane nos cubrió con sus sombras y

luego se paró erguido, listo para enfrentar a Grigori y a los Noctus.

—*Abraza la oscuridad…* —escuché en mi mente.

Algo dentro de mí se rompió. Una ola de furia y dolor me atravesó, encendiéndome desde el interior. Mi visión se tornó borrosa y mi mente se llenó de recuerdos que no entendía. Imágenes fugaces de lugares que nunca había visitado, rostros que no reconocía y un sentimiento de poder antiguo que me llamaba. Sentí mi cabello levantarse, como si estuviera atrapada en una tormenta invisible. Las paredes a mi alrededor parecieron tambalearse mientras el mundo se llenaba de una energía que no podía controlar, había un olor a mi alrededor, arena pesada, melancólica, arena que hablaba del pasado y quizás del futuro.

Mi mano se movió instintivamente hacia mi collar, el que llevaba la llave de Karakum. Sentí un calor abrasador cuando mis dedos tocaron el ojo incrustado en él. Una energía desconocida se vertió en mis venas, llenándome de un poder que nunca había experimentado. El abismo que usaba para teletransportarme y que había estado anulado se forzaba dentro de mí, haciendo una especie de cortocircuito, mi resolución era más fuerte, apreté los dientes y algo comenzó a formarse a mi alrededor, pero esta vez era diferente. Podía sentir su fuerza creciendo, extendiéndose, absorbiendo todo a su paso.

—¡Kane! —grité, mi voz resonando como un eco en el caos. Intenté detenerlo, pero el abismo no me obedecía. En lugar de transportarme sola, una onda de energía explotó a mi alrededor, atrapando a Kane en su alcance. Su figura se desvaneció junto con la mía mientras el abismo nos arrastraba a ambos.

Cuando finalmente el caos se detuvo, sentí el impacto de mi cuerpo contra el suelo. Rodé varias veces antes de detenerme, mi cabeza dándome vueltas y mi pecho ardiendo por el esfuerzo. Abrí los ojos lentamente, parpadeando para ajustar mi visión a la luz brillante que nos rodeaba. Estaba en una ciudad desconocida, con edificios de piedra y arena extendiéndose hasta donde alcanzaba la vista. El calor era sofocante y el aire estaba impregnado con el aroma de especias y desierto. Me giré hacia Kane, quien estaba a mi lado, también jadeando y claramente tan desconcertado como yo.

Nuestros ojos se encontraron, llenos de preguntas y miedo. Ninguno de los dos dijo nada al principio, incapaces de procesar lo que acababa de suceder. Finalmente, Kane rompió el silencio.

—¿Dónde carajo estamos? ¿Cómo hiciste eso? — preguntó, con su voz baja y ronca.

Negué con la cabeza, mi mano aún aferrada al collar.

—No lo sé… pero estamos juntos y eso es lo que importa.

Y, por ahora, eso era todo lo que necesitaba saber.

VEINTIOCHO: Desierto de secretos
MIRAH

El aire era pesado y seco, como si alguien hubiera dejado una estufa encendida en medio del desierto. Mis botas levantaban polvo con cada paso, y sentía los granos diminutos adherirse a mi piel sudorosa. Kane caminaba a mi lado, en silencio, su mirada oscura inspeccionando los alrededores. Había calor, un calor insoportable que parecía emanar tanto del suelo como del cielo. La ciudad, si es que se podía llamar así, lucía casi desierta.

—Qué maravilla —dije, dejando escapar un suspiro de exasperación—. Estamos atrapados en un horno gigante con casas.

—Podría ser peor —respondió Kane, imperturbable como siempre.

—¿Cómo exactamente? —Giré mi rostro hacia él, arqueando una ceja.

—Podría haber una tormenta de arena —dijo sonriendo.

Rodé los ojos. Claro, porque eso lo haría mucho más divertido. La ciudad tenía un aire anticuado. Las calles estaban bordeadas por edificios de adobe y madera, algunos con luces de neón desgastadas que parpadeaban intermitentemente. Había algo de tecnología, pero parecía fuera de lugar, como si alguien hubiera intentado modernizar un pueblo del viejo Oeste y se hubiera quedado a mitad del camino.

Nos habíamos cruzado con un par de personas, pero ninguna había respondido cuando intenté preguntar dónde diablos estábamos. Las miradas furtivas y el rápido ritmo con que se alejaban me hacían sentir como si tuviera un cartel gigante que dijera: «Peligro».

—Tal vez deberías probar tú —sugerí a Kane, quien simplemente apretó la mandíbula y siguió avanzando.

—Si no te escuchan a ti, que eres hermosa y suenas desesperada, menos me escucharán a mí.

—La verdad es que tú estás bastante suculento, si le preguntas a una chica quizás te preste atención.

Él sonrió y me tomó por la cintura, un beso suave, hermoso se plantó en mis labios.

Seguimos intentando preguntarles a las personas a nuestro alrededor, claramente el idioma era algo distinto, pero mi paciencia estaba agotándose rápido cuando finalmente alguien se detuvo a nuestro paso. Era un hombre con piel bronceada y cabello oscuro, despeinado como si acabara de despertar de una siesta bajo el sol abrasador. Nos miró con una mezcla de curiosidad y sospecha antes de abrir la boca.

—¿Turistas? —preguntó en un español claro, cruzándose de brazos.

La palabra me tomó por sorpresa. Miré a Kane, quien me devolvió una mirada. Respiré hondo y asentí.

—Sí, algo así. Estamos un poco perdidos.

El hombre, que luego se presentó como Suram, recorrió nuestra apariencia de arriba abajo. Su ceja se arqueó al ver nuestra ropa rasgada y cubierta de sangre seca.

—Un poco perdidos, dice… ¿Y qué pasó contigo? ¿Decidiste pelear con un coyote?

—Algo así —contesté con sarcasmo. Kane contuvo una sonrisa, pero no intervino.

—Bueno, ustedes saben que no es Halloween, ¿verdad? ¿O es que esto es parte del *look* postapocalíptico de moda en el norte? — preguntó, y luego soltó una carcajada.

—¿Nos vas a ayudar o solo planeas burlarte todo el día? —respondí, cruzando los brazos.

Suram se encogió de hombros, aparentemente divertido.

—Hay un punto de ayuda para turistas a un par de cuadras de aquí —dijo finalmente—. Aunque, viendo cómo están, probablemente los echen por asustar a la gente. Especialmente a los niños.

—Muy gracioso —bufé, empezando a caminar hacia donde había indicado. Kane me siguió en silencio, pero no sin antes dirigir una mirada larga a Suram, como si estuviera evaluándolo.

—Eh, no tan rápido. —Suram nos siguió, acelerando el paso hasta alcanzarnos—. Si terminan perdidos otra vez, mejor me aseguro de que lleguen. Será divertido ver las caras de los encargados cuando los vean aparecer así.

—Genial, un comediante —murmuré.

Suram nos guio por las calles angostas, burlándose intermitentemente de mi apariencia y de lo poco sociable que era Kane.

—¿Siempre es así de callado tu amigo? —preguntó.

—Créeme, no estás listo para conocerlo hablando —dije, y Kane me lanzó una mirada de esas que mataban.

Llegamos finalmente a un pequeño edificio con un cartel que decía «Ayuda para el turista» en letras luminosas que parpadeaban como si estuvieran a punto de fallar. Suram se detuvo frente a la entrada, se giró hacia nosotros y sonrió ampliamente.

—Bueno, aquí están. Les deseo suerte explicando por qué pareces salida de una película de zombis. No olvides mencionar que un coyote ganó.

—Gracias… —respondí, empujando la puerta para entrar. Podía escuchar su risa mientras nos alejábamos.

Kane finalmente habló.

—¿Qué opinas de tu nuevo mejor amigo?

—Si lo vuelvo a ver, le daré las gracias… y luego lo golpearé con algo pesado. —repliqué y Kane solo rio.

El calor afuera era insoportable, pero al menos dentro del edificio el aire acondicionado funcionaba. Aunque algo me decía que las cosas no serían tan simples como parecían.

En el mostrador principal, un hombre con uniforme gris nos recibió con una sonrisa profesional que desapareció en cuanto nos miró de cerca.

—Buenas tardes. Necesito que me muestren su identificación, por favor —dijo, extendiendo la mano. Kane y yo intercambiamos miradas. No teníamos el pasaporte universal, la identificación que todo el mundo llevaba consigo al viajar, porque claramente no habíamos tomado un avión ni teníamos los brazaletes. ¡Dah! El hombre frunció el ceño cuando nos quedamos en silencio—. ¿No lo tienen? —preguntó con un tono de desconfianza—. Sin identificación no puedo proporcionarles información.

—Claro que lo tenemos —respondí con calma, activando mi mentalismo. Mis ojos se encontraron con los suyos y su expresión se suavizó al instante —. Pero no es necesario que lo revises, ¿cierto?

El hombre parpadeó un par de veces y luego asintió con una sonrisa apacible.

—No es necesario. ¿En qué puedo ayudarles?

—¿Dónde estamos exactamente? —pregunté, sin apartar la mirada.

—Están en las afueras de Asjabad. —Mi mirada de confusión exigía por sí sola profundizar en la información—. ¿Saben? En Turkmenistán.

Mi mente tardó un momento en procesar la respuesta. Miré a Kane, esperando algún tipo de explicación, pero él simplemente levantó las cejas, igual de desconcertado que yo.

—¿Turkmenistán? —repetí, tratando de mantener la compostura. Nunca había estado aquí, ni siquiera había considerado viajar a este lugar y el abismo, a pesar de que había funcionado en la nave con Eleanor, iba guiado por mi visión de sangre, entonces ¿cómo había ido a parar a otro lugar del mundo?

—¿Hay algún punto específico de referencia por acá? —preguntó Kane.

—Bueno, como turistas puede que les interese visitar nuestros sitios más famosos, aquí tienen un panfleto. Les sugiero ir al desierto de Mullemat, antes conocido como Karakum, donde está la famosa puerta del infierno, el cráter de Davarza —explicó.

Kane y yo nos miramos a los ojos con extrema confusión.

—¿Karakum?

—Sí, pero ya no lo llamamos así, después de la guerra del 2043 se cambiaron diferentes nombres, ahora es el desierto de Mullemat.

—¿Dijiste que hay un cráter que parece una puerta al infierno?

—¡Ah, vaya! Pues claro. —El hombre se puso cómodo como quien estaba a punto de contar la mejor historia de su vida—. El cráter de Davarza, también conocido como la Puerta del Infierno, es una enorme cueva de gas natural en llamas ubicada en el desierto de Mullemat, antes llamado Karakum. Es uno de los lugares más impresionantes y misteriosos del mundo. —Hizo una pausa—. El cráter no es un fenómeno natural en sí, sino básicamente el resultado de un accidente ocurrido en 1971, cuando unos geólogos soviéticos perforaban en busca de gas natural. Durante la exploración, el suelo colapsó, formando un enorme agujero de unos sesenta y nueve metros de diámetro y treinta metros de profundidad.

—Eso suena como una locura.

—Lo es —explicó—. Para evitar que el gas metano tóxico se propagara por la zona, los científicos le prendieron fuego, esperando que se consumiera en unos días o semanas. Sin embargo… ha estado ardiendo ininterrumpidamente durante más de cien años, por eso le dicen que es una puerta al infierno. Además, hay un montón de leyendas locales.

—¿Sobre qué exactamente?

—Sabes, personas que afirman haber visto un hombre de cabello negro largo salir de ella caminando, envuelto en llamas, con alas, etcétera. Otros han visto sombras moverse por el lugar, pero, bueno. ¿Qué sería de un lugar turístico sin un misterio del folclore? —replicó.

Kane y yo nos volvimos a mirar.

—¿Cómo podemos llegar allá? —pregunté.

—Con uno de nuestros *tours* pueden llegar, aquí están los precios —dijo revisando el folleto.

—¿Y sin el *tour*? ¿Si quisiéramos ir… solos? —preguntó Kane.

—Ah, tórtolos, claro. Bueno, en ese caso es más complejo, pero les escribiré unas notas.

Mientras el hombre nos hacía una especie de plan a mano en una hoja de papel, Kane y yo hablábamos mentalmente, teníamos la impresión de que Karakum tendría mucho por descubrir.

—¿Tienes comunicador aquí para llamadas internacionales? —pregunté.

—No, acá usamos teléfonos, pero el de este lugar no puede ser usado para internacionales, les recomiendo ir a una posada, allí podrán llamar.

—¿Hay alguna posada u hotel cercano? —pregunté, intentando recuperar el control de la situación.

—Sí, claro. Hay una pequeña posada a unas tres cuadras hacia el norte. Les daré la dirección.

Tomé la hoja de papel que me entregó con la información y le di un leve asentimiento de agradecimiento. Salimos del edificio y comencé a caminar con Kane hacia el lugar indicado.

—Turkmenistán —dije en voz baja, mirando a mi alrededor—. Kane, ¿cómo demonios terminamos aquí?

—Tú eres la que se teletransporta, nena, si no sabes tú… —respondió, con su tono tranquilo habitual. Pero había algo en su mirada que indicaba que estaba tan perdido como yo.

—Solo he podido viajar a lugares que he estado antes, no entiendo… —Me quedé en blanco por un segundo—. A menos que sí haya estado aquí antes.

—¿Cuándo? —preguntó Kane.

—No lo sé, ese es el misterio.

El aire dentro de la posada era un alivio fresco comparado con el calor

abrasador del exterior. Kane y yo nos acercamos al mostrador de recepción, donde una mujer joven con una sonrisa amable levantó la mirada. Por suerte, su acento al saludar en español era claro, algo que agradecí internamente. Mi mentalismo no había sido probado en idiomas que no comprendiera, y no estaba segura de cómo funcionaba esa limitación.

—Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarles? —preguntó con cordialidad.

—Necesitamos una habitación y un teléfono que permita llamar internacionalmente —dije, intentando mantener la compostura mientras notaba las miradas curiosas que seguían nuestra ropa rasgada y cubierta de sangre y polvo.

La recepcionista dudó por un momento, como si estuviera haciendo cálculos rápidos sobre si debía preguntar algo. Finalmente, asintió.

—Tenemos una habitación disponible, pero solo es de una… —Hizo una pausa.

—¡Cama! —terminamos los tres al unísono, Kane, la recepcionista y yo. La situación era tan absurda que no pude evitar una pequeña risa nerviosa.

Kane alzó las cejas con una expresión de incredulidad compartida. Nos miramos y, aunque no intercambiamos palabras, ambos sabíamos lo que el otro pensaba: esto parecía sacado de un libro de romance. El cliché era tan evidente que casi podía escuchar la banda sonora dramática en el fondo.

—Con respecto al teléfono, en la habitación lo tendrán disponible.

—Bueno, parece perfecto —dije finalmente, rompiendo el silencio. No teníamos dinero así que tuve que usar mis poderes.

La recepcionista pareció más relajada y nos entregó la llave, dándonos direcciones para encontrar la habitación. Subimos por unas escaleras angostas y, al llegar, la puerta de madera crujía ligeramente al abrirse.

Dentro, la habitación era sencilla, pero limpia. Había una sola cama en el centro, como había prometido, y una pequeña mesa junto a la ventana con un teléfono, además, el cuarto tenía cortinas de tela gruesa que bloqueaban el sol. Kane se apoyó en el marco de la puerta, cruzando los brazos.

—Bueno, en todo caso, no creo que necesitáramos otra cama —dijo con su característico tono despreocupado, arqueando una ceja de manera sugestiva.

Me giré hacia él, esbozando una sonrisa que no pude contener.

—Ah, ¿no?

—Para nada, por ejemplo, tengo suficiente fuerza para follarte contra la

pared varias horas sin descansar. ¿Sabes? Cosas de vampiros —replicó, su mirada fija en la mía con una mezcla de reto y diversión.

—Pareces muy seguro de ti mismo.

—Siempre lo soy, nena —respondió. Caminé hacia el pequeño baño, sintiendo la tensión juguetona entre nosotros como un hilo invisible. Al abrir la llave de la ducha, el agua comenzó a correr con un sonido constante y relajante. Me asomé por la puerta del baño, apoyando una mano en el marco—. Ahora, nena, creo que estás bastante sucia—. dijo con un tono juguetón.

—Ah, ¿sí?

—Sí, demasiado, y aclaro que no es que me desagrade que hagamos «suciedades» si es que eso es una palabra… pero, por ahora, déjame que lave cada centímetro de tu cuerpo con dedicación —dijo y asentí apenas con una leve sonrisa. Kane apareció como una estela metiéndonos de golpe en la ducha.

La ropa voló en segundos por todo el lugar, Kane me volteó poniéndome de cara a la pared, su lengua lamió mi cuello y suavemente hundió sus colmillos en él y unos segundos después se separó.

—Joder, nena, tu sangre sabe como la gloria. —Tomó con cuidado un poco de jabón y comenzó a estrujarlo por mi espalda con dedicación, así mismo por todo mi cuerpo—. Las veces que he deseado que tú y yo estemos así —susurró directamente en mi oído. Sus juguetonas manos no se quedaron quietas solo tocando suavemente, su mano derecha se deslizó por mi cuerpo, resbalando por tanto jabón. Pasó por mis pechos lentamente pellizcando mis pezones, luego su misma mano se acopló a mi cuello como un perfecto collar apretado, mientras su mano izquierda bajaba hasta mi sexo y como si se tratara de una sinfonía coordinada su agarre pulsaba en mi cuello mientras frotaba con lentitud—. Quiero limpiarte específicamente aquí. —Sus dedos ahora frotaban un poco más intenso—. Y dejarte bien limpia… —Gemí y él suspiró como una bestia a punto de liberar su salvajismo —. Joder, nena, quiero que sean mis dedos los que te hagan gemir por la eternidad.

—Mierda, sí —alcancé a decir mientras sus movimientos pasaban de intermedio a rápido. Un maldito vampiro frotándome con necesidad, a una velocidad que quizás solo podría ser igualada por un vibrador, o eso suponía, tampoco era que hubiese usado uno. Fue tan intenso, tan delicioso,

tan profundo que me rompí en mil pedazos poniendo las manos contra la pared.

Cuando el orgasmo abandonó mi cuerpo, Kane me volteó hacia él y llevó sus dedos a la boca, lamiendo y chupando con dedicación. Toda la visual era demasiado excitante, aún no podía creer que esta escultura de hombre… bueno, vampiro, era absolutamente mío. Todas las veces que leí esos libros de fantasía y soñaba con que el protagonista fuese real, no podía creer que esto me estaba pasando a mí.

Kane nos movió sumamente rápido y aterrizamos frente al espejo del lavabo, este permitía suficiente altura para que pudiéramos observar todo lo que me estaba haciendo. Me colocó de frente al espejo y él se incorporó detrás, pude ver y sentir su erección rozando mi trasero y ¡mierda! Creo que jamás dejaría de estar maravillada por su tamaño. Su agarre se apretó en mi cuello y aquellos tatuajes alrededor de mi cuerpo eran la decoración más perfecta y excitante que podía visualizar, solté un gemido, había algo en su forma de tratarme, en ese control perfecto que me hacía sentir la mujer más sumisa en este momento. Lo había visto en sus peores momentos, cuando el control no era algo de su ser, cuando tenía que solo obedecer y verlo ahora retomar esta faceta no solo me parecía extremadamente *sexy*, sino me hacía sentir orgullosa de él, había pasado por mucho estos meses, pero de alguna forma se había aferrado a quién era y había escogido no perderse a sí mismo debajo de toda la mierda de la compulsión. Si algo definitivamente nos había enlazado, era la resiliencia de vida que teníamos.

Kane hundió un dedo en mí y luego otro, mi cuerpo comenzó a vibrar, a sentir más tensión y nuestros ojos rojos se encontraron frente al espejo, su cabello mojado caía hacia un lado de su rostro, sus labios perfectos, hermosos, dibujaban su boca entreabierta observando mi placer, observando cuánto amaba ser él quien me lo diera. Sus labios se pasaron por detrás de mi oreja, luego en mi cuello, y pude observar casi en cámara lenta cómo sus facciones se transformaban, asomando los preciosos colmillos y las venas alrededor de sus ojos. Su mordedura fue perfecta, lenta y necesaria, mi cabeza se echó hacia atrás y mi espalda se arqueó al sentir cómo bebía de mí. Sus dedos comenzaron a follarme con mayor intensidad, con precisión, con necesidad. Kane estaba decidido a derrumbar mis límites de cordura y yo lo dejaría porque él era todo lo que deseaba.

—¡No pares, joder! —grité.

Kane subió la mirada de nuevo hacia el espejo y despegó sus colmillos de mi cuello, las gotas de sangre rodaban hacia mi hombro, luego apretó el agarre y susurró a mi oído.

—Tú no das las órdenes aquí, nena —dijo con un tono sensual—. Pero como soy extremadamente complaciente… —Sus labios ahora rozaban la orilla de mi lóbulo y se arrastraban como una lenta tortura. Luego metió los dedos aún más profundo en mi interior, si es que eso era posible, y los comenzó a mover de una manera circular tan perfecta que mi cuerpo comenzaba a romperse pieza por pieza—. Córrete para mí, Mirah, déjame escucharte gemir cuando hago que te vengas en mis dedos.

La intensidad con la que mi cuerpo comenzó a contraerse fue cataclísmica, podía sentir cada célula danzando a medida que el orgasmo me recorría, sus manos, ¡joder! Esos dedos exquisitos que sabían cómo hacerme gemir en pocos momentos. Si la oscuridad fuera parte de mi vida la abrazaría mil veces con tal de sentir a Kane cada segundo, cada minuto, por toda la desgraciada eternidad tocándome, besándome, haciéndome suya.

Cuando terminé de contraerme, Kane me volteó hacia él, mis labios rozando los suyos, subió los dedos hacia mí.

—Abre la boca. —Obedecí, él tenía todo el control y yo se lo cedería mil y una vez. Introdujo su dedo índice en mi boca, ese que había estado dentro de mí, y lo chupé. Él sonrió con aprobación, luego lentamente se llevó el dedo del medio a su boca y lo chupó con lentitud—. Eres absolutamente deliciosa. —Sus labios rozaron los míos y nos consumimos en un beso profundo que llevaba mi sabor—. Quiero más… —dijo.

—Dime qué quieres —susurré en su oído.

—¿Me vas a complacer en lo que quiero, nena?

—Sí, quiero tenerte entero.

—¡Joder, nena! Créeme que la oferta de tú en cuatro y yo en dos sigue en pie, pero primero me gustaría que estuvieses de rodillas teniéndome en tu boca. ¿Te gustaría eso?

Mierda, sí, por favor. No estaba acostumbrada a hablar tan abiertamente de sexo, pero realmente con ese cuerpo, ese rostro, lo que quería era decirle que necesitaba hacerle una desgraciada mamada que lo dejara viendo doble.

—Claro que quiero, siempre quiero probarte —dije con tono de señorita.

Solté una risita suave y besé sus labios, luego su cuello y procedí a bajar por sus pectorales y abdominales, estos eran una desgraciada delicia

perfectamente definida. Finalmente, mis rodillas tocaron el suelo y tomé su longitud entre mis manos. ¡Mierda! Era más grande de lo que recordaba, ni siquiera sabía cómo demonios metérmela a la boca, pero por la mierda sí que iba a hacerlo, porque lo deseaba con locura y nada me iba a detener.

Deslicé mi mano derecha desde la punta hasta la base y Kane soltó un siseo de aprobación, me acerqué pasando la lengua por la punta y su boca se entreabrió. Procedí a metérmela toda a la boca, tan profundo como pude, aunque sintiera que mi garganta no pudiera con ella.

—¡Joder, nena! ¡Sí!

Kane tomó mi cabello con delicadeza con ambas manos mientras rítmicamente se impulsaba dentro de mi boca y, por todos los dioses, vampiros y demonios, esto era increíblemente *sexy*, los sonidos de sus leves gruñidos, de su siseo celestial, de sus palabras, todo parecía perfectamente coordinado para excitarme más de lo imposible. Cuando soltó mi cabello, me permitió tener el control, una combinación de mi mano y mi boca lo comenzaron a volver loco, podía sentir su energía, podía sentir sus latidos, su sangre, sus poderes revoloteando, las sombras serpenteaban en sus brazos, su erección se ponía cada vez más rígida… como si eso siquiera fuese posible. Pasé mis manos por sus abdominales moviéndolas con sensualidad y finalmente las llevé a su trasero, jo-der-de-los-jo-de-res. ¿Cómo podía tener el trasero tan definido? Era un músculo de roca… lo juro. Le di un apretón, llevándolo más hacia mí, haciendo que se hundiera por completo en mi boca hasta que sentí una leve sensación de náuseas y él soltó un gesto de complacencia. De pronto me tomó por el cabello y me levantó hacia él dándome un beso profundo y hambriento.

—Eres la diosa de las mamadas, te lo juro. —Me dio otro beso ahogado —. Pero todavía quiero estar dentro de ti y ya casi no aguanto con esa hazaña de rodillas, nena.

Repitió la acción de pasar sus manos por mi trasero esta vez levantando mis piernas para rodear su cintura. En sus brazos no pesaba absolutamente nada, sus bíceps, su pecho, todo era perfectamente esculpido para mi perdición, decorado con esos desgraciados tatuajes que eran como el adorno perfecto a sus venas brotadas, me levantó solo un poco con un brazo y me bajó con cuidado enterrándome en su maravillosa longitud.

Cuando sentí los primeros centímetros entrar, solté un gemido, pero, cuando finalmente entró completo en mi ser, el gemido se transformó en un

grito hambriento.

—Mierda, nena, estás tan húmeda y apretada que esto va a requerir un gran esfuerzo para no correrme pronto. —Kane me pegó contra la pared y comenzó a follarme con lentitud y luego con salvajismo, una especie de hambre feral creció entre nosotros, era tan necesario, tan fuerte, que sentí cómo el concreto de la pared comenzaba a quebrarse internamente y tuvimos que bajarle la intensidad entre risas.

Follar con Kane era la cosa más perfecta del universo, como si su erección estuviese hecha para mí, entraba perfecta, ajustada, mi cuerpo se encendía más y más, ya no quería aguantar, no quería contenerme, me dejé llevar por su energía, por ese olor maravilloso de chocolate con fresas, por su necesidad, por nuestro frenesí, me entregué y mi cordura se rompió en mil pedazos mientras el orgasmo me recorría entera.

Kane nos movió con rapidez a la cama y empezamos una especie de lucha por quién quedaba arriba, aunque finalmente gané yo, lo empujé contra el colchón, guie su erección dentro de mí y puse mis manos en su pecho. Él rápidamente aferró sus manos a mis muslos y rítmicamente coordinamos nuestras caderas, él se impulsaba y yo me movía… Y ¡por los putos vampiros! Ese momento específico, los dos sincronizados, mirándonos a los ojos fue suficiente para entender la profundidad de mis sentimientos por él. Mi cabeza se fue hacia atrás, mis manos a su cabello, las suyas a mis pechos y entonces lo sentí, como una tormenta arremolinada en mi entrepierna, la sensación se liberó de nuevo, mi visión de sangre se encendió y mi instinto feral también. Frenesí, pasión, deseo, amor… Kane era todo lo que necesitaba.

Nos giró con rapidez y se deslizó dentro de mi cuerpo hasta la empuñadura, me acerqué a su cuello tentándolo con morderlo.

—Quiero sentir tu sangre en este momento, pero creo que haremos mierda las sábanas…

—¿Crees que me importa eso en este momento? —dijo mientras me daba una embestida—. Lo único en lo que puedo pensar es en lo húmeda que estás y cómo me deslizo en ti, lo único que puedo pensar es en sentirte eternamente de esta manera.

Metió su mano por debajo de mi pelvis y subió mi cadera, su otra mano presionaba sobre mi vientre y de aquella manera, podía jurar que sus embestidas llegaban tan profundo que lo sentía en mi estómago.

—¡Joder! —Me aferré a él, a su cuello, a su vida—. Tienes razón, no me importa.

Mis colmillos salieron por instinto y se clavaron en su cuello, traté de succionar con ganas para evitar que la sangre salpicara en algún lado y entonces lo sentí, un gemido precioso de Kane, áspero, grave, gutural, mientras su erección crecía y vibraba en mi ser y un último orgasmo recorrió mi cuerpo mientras él se derramaba por completo dentro de mí.

La eternidad no alcanzaría para estar con él. Lo amaba con desesperación y eso era emocionante y peligroso al mismo tiempo, porque nunca había sido tan feliz y aunque en las historias que leía siempre era el hombre el que quemaría el mundo por estar con la mujer, yo fácilmente podría acabar con un planeta entero por estar con él.

VEINTINUEVE: Te quiero, chupasangre
MIRAH

—Buenos días, preciosa —dijo una voz a mi lado. Mi mente se había enfocado en tanta desgracia e infelicidad en los últimos meses que mi cerebro aún no asimilaba que Kane estaba a mi lado.

—¿Kane?

—Sí, nena, aquí estoy.

Lo besé ferozmente.

—¿Te sientes…bien? —pregunté.

—Sí, me siento bien, tal parece que todo el efecto del suero ha salido de mi cuerpo, no siento nada de lo que sentía antes… de esa oscuridad.

—Háblame de esa oscuridad.

—No lo sé —dijo, pasándose la mano por la cabeza y echándose el perfecto cabello hacia atrás. La visión de su bíceps apretado, los tatuajes y las venas del brazo brotadas por el calor era demasiado para mí. Quería comerlo de nuevo. Sacudí la cabeza, concentrándome en sus palabras—. ¿Sabes? Es algo que te consume, aunque, de alguna retorcida forma, no era algo que se sentía ajeno, era como si eso se sintiera familiar.

—¿Te refieres a la compulsión?

—No, no. Me refiero a la sensación como de superioridad, que nada más importara si no el deseo profundo de… matar.

—Bueno, Kane, no es que tu seas un santo en todo caso —dije arqueando una ceja—. Además, yo creo que todos tenemos esos dos lados dentro de nosotros. No te preocupes, no eres una mala persona, yo te conozco.

Kane me besó como si el mañana no existiera.

—Joder, te extrañé tanto —replicó.

—Créeme que yo te he extrañado más, mi vida ha sido bastante… extraña sin ti.

—Igual la mía, no sabes las veces que deseaba poder encontrarte en esos

sueños, pero todo era oscuro, no podía verte tan fácilmente como antes. Ser vampiro es una mierda cuando no puedes estar con quien amas.

—Nada de eso importa ahora, pero tenemos que buscar cómo contactar a los demás.

—No te preocupes, mientras dormías he descifrado cómo usar esa máquina vieja llamada teléfono, parece que la rueda se gira y son números, no entiendo quién inventó esa cosa. ¿Tienes el número de Michelle? Necesito saber si mi madre y si Cat está bien. ¿Los demás chicos? ¿Sabes de ellos?

—Kane… ¿Tú sabías lo de Forze?

—¿Saber qué?

Agaché la mirada.

—Kane, Forze trabajaba con Grigori.

Kane se levantó de golpe.

—¡¿Qué?! ¿Me estás jodiendo?

—No, lo supe cuando me fue a dejar en ese bosque, se fue justo antes de que tú llegaras. Grigori le había pedido que me llevara con él, secuestró la nave donde íbamos, así fue como llegué de nuevo a ese lugar.

—Todas las veces que el Instituto nos encontró…

—Creo que era por él.

—Lo consideraba mi hermano. ¡Lo voy a matar!

—Creo que habrá fila para eso —repliqué—, pero debemos advertirle al resto. No sé si él haya vuelto a la FIM o qué está haciendo.

—¿FIM?

—Es un lugar en Murda, allá estábamos cuando escapamos de Grigori, las Mordred nos ayudaron.

—¿Estabas trabajando con cazadoras de vampiros?

—Sí, Alaia te mandaría saludos.

—¡A la mierda! Esto sí que es raro.

—Bueno, enséñame cómo demonios uso esto.

Él teléfono de disco estaba en la mesa de noche y por cómo lucía ciertamente podría ser catalogado como una reliquia de otra época que aún funcionaba con una precisión casi mecánica. Su base era pesada, de un negro brillante que reflejaba la luz de la lámpara cercana, con el auricular grueso y curvado descansando sobre su soporte metálico. Al tomarlo en mis manos, sentí el peso sólido del aparato. Lo más característico era el disco de

marcación: una rueda de metal con orificios numerados del uno al nueve y un cero al final. Para marcar un número, debía introducir el dedo en el orificio correspondiente y girar el disco hasta el tope, escuchando el suave clic de la resistencia interna. Luego, al soltarlo, el disco regresaba lentamente a su posición original con un sonido rítmico, casi hipnótico.

Cada número marcado era un pequeño ritual, una espera inevitable mientras el mecanismo hacía su trabajo. No había teclas, ni pantallas táctiles, solo el sonido de los engranajes y el eco metálico del dial volviendo a su sitio. Y, cuando la llamada se conectaba, la voz al otro lado llegaba con un ligero zumbido de fondo, como si el teléfono susurrara los secretos del tiempo que había sobrevivido.

—¿Sí? —dijo la voz del otro lado de la comunicación.

—¿Mich? ¿Eres tú?

—¿Mirah? ¡Joder! Mirah —dijo con un tono de lágrimas entremedio—. ¡Pensé que te había pasado algo horrible! Carl y Jonas me dijeron que te quedaste en la estación de trenes y eso fue una locura, ¡todo está en las malditas noticias! Hay un puto caos mundial, filmaron a los Noctus en la estación de trenes, se ven los movimientos de sus estelas, el mundo está patas arriba.

—¡Mierda!

—Está bien, escucha. Lo importante es que estás a salvo. ¿Kane está contigo? ¿Dónde estás? ¿Qué ocurrió?

—Es una historia larga, escúchame. ¿Cat está bien? ¿Todo bien con la madre de Kane?

—Sí, Cat está perfecta, ya se ha recuperado e Isabella también está a salvo, las tenemos los Voyh resguardadas en una sede oculta. No nos atrevimos a dejarlas en la FIM, las Mordred… Bueno, digamos que te han tildado de traidora.

—¿Qué? ¿Por qué?

—No lo sé, todo fue raro. El maldito de Forze volvió luego de la misión y le dijo a Nina que habías asesinado a Eleanor y que te fuiste con Grigori. Por supuesto, nosotros no creímos esa mierda. Luca me apoyó, sabía que eres mi mejor amiga y cuando Miles nos avisó de lo que ocurría activamos nuestro propio operativo, ahora estamos en otro lugar.

—Mich, escucha, Forze trabaja para Grigori, siempre lo ha hecho.

—¡¿Qué?! ¡Le voy a arrancar la cabeza al maldito ojos amarillos!

—No hagas nada ahora, no levantes sospechas, en algún momento él y yo tendremos una conversación que terminará con su cabeza rodando.

—Mirah, no entiendes… Nolan, Viktor y Shade están detenidos. Forze intentó echarnos mierda a todo el grupo, diciendo que todos éramos traidores. Faustus escapó a tiempo y yo estoy a salvo porque Luca intervino por mí, les dijo a todos que soy su Luna y si me ponen una mano encima desatarán una guerra en Murda, y, antes de que preguntes, no… No soy su Luna, no he aceptado eso, pero el decidió defenderme y esa fue la excusa que usó. —Michelle hizo una pausa y suspiró—. ¡Carajo, Mirah! No pensé que nos tocaría pasar por eso de nuevo, pero, escucha, la FIM ya no es un lugar seguro, todo es una locura, se ha revelado que hay especies alternativas y hoy van a encender a Xenon, los Voyh estamos considerando movernos al país Franko. ¿Dónde estás, Mirah? Tenemos que vernos.

—¿Xenon? ¿Pensé que Forze había robado la llave?

—No, la trajo directamente.

—¿Por qué llevaría la llave a las Mordred? Si se supone que eso desataría una guerra contra los vamp… —Hice una pausa con las ideas revoloteando en la cabeza—. Mich.

—¿Qué?

—Creo que todo esto era parte del plan. Creo que Grigori quería que encendieran a Xenon para que los vampiros tengan una razón para apoyar su reinado, unirse para atacar y borrar todo de la faz de la tierra.

—Mierda, Mirah, eso tiene más sentido de lo que quisiera, quizás por eso todo está en las noticias, es parte de su plan y francamente me aterra, si una guerra entre humanos es horrible, no quiero imaginarme una guerra entre especies que además tienen poderes. ¡Tenemos que vernos ahora mismo! ¿Dónde estás?

—Pues será un poco difícil.

—¿A qué te refieres?

—Estoy en Turkmenistán.

—¿Qué? ¿Dónde carajo queda eso?

—Te enviaré coordenadas, aunque este lugar es arcaico, deberé encontrar una computadora para transmitirlas a tu comunicador. No tienes rastreo, ¿verdad?

—No tiene, los Voyh tenemos sistemas independientes de Murda, Luca es bastante inteligente en eso.

—Bien, escucha, Mich, no sé cómo llegué aquí, el abismo hizo algo diferente, esta vez no tuve que tocar a alguien para llevarlo conmigo, fue como si se creara una onda extraña o algo así y absorbí a Kane.

—¡Mierda! ¿Kane sigue modo zombi?

—No, no, todo está bien ahora, mi sangre… No sé qué ocurrió, pero bebió mi sangre y él dice que el veneno de Grigori se apagó en su cuerpo. Pero te necesito, Mich. Hay algo en este lugar, algo que me trajo aquí, jamás había estado en este sitio, pero el abismo me trajo y cuando preguntamos sobre este lugar entendimos que aquí queda Karakum.

—¡Por todas las mierdas, Mirah! Tenemos que llegar a ese maldito lugar. Pero el problema es ¿cómo conseguimos la pieza de la llave para abrir Karakum?

—Bueno, eso no será un problema. Digamos que ella llegó a mí, Mich.

—¿Qué? ¿Cómo?

—No te infartes… Grigori me la dio cuando me casé con él.

—Es-pe-ra. ¿Casarte? ¿Qué carajo me estás diciendo?

—Historia demasiado larga para el teléfono, por favor, está atenta, te enviaré lo necesario apenas nos vayamos moviendo y ven lo antes posible.

—Está bien. Te quiero, Mirah, sé que todo parece una maldita locura y, bueno, francamente lo es. Pero todo va a salir bien, te lo prometo, morderé a quien tenga que morder para que estés a salvo.

—Algo que jamás pensé en escuchar en nuestra amistad —dije con tono chistoso.

Michelle se rio a carcajadas y después de eso escuché el sonido de su sollozo.

—Joder, Mirah —dijo entre lo que sonaban como lágrimas y mocos—. Pensé que te había perdido. No me vuelvas a hacer esto.

—Jamás, Mich, no me perderás, estaremos juntas por cientos de miles de años.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo. Te quiero, Mich.

—Yo más, chupasangre.

—¡Ey! Te llamaré peluda.

—¡No!¡Joder! Cualquier cosa menos eso —dijo soltando una risotada.

Colgamos la llamada y nos pusimos en marcha, a los treinta minutos llegamos a una especie de cibercafé donde había computadoras muy

antiguas, por suerte eso significaba menor seguridad. Con unos conocimientos adquiridos en mi carrera como ingeniera de *software,* logré entrar por la puerta trasera del sistema y hackearlo para instalar el programa que necesitaba y enviar las coordenadas de lo que se conocía como Karakum, directo al comunicador de Michelle. Pues ese era nuestro próximo destino.

—Cerebrito en acción —dijo Kane viéndome.

—Te dije que no me gustaba que me dijeras así.

—Pero es que te ves muy *sexy*. Como que me vas a enseñar una cosa o dos…

—Ya, bueno, ¿cómo quieres que te lo enseñe? —dije con tono seductor.

—Podemos empezar conmigo entre tus piernas y me jalas el cabello hacia la dirección que quieres que lama más intenso. ¿Te parece?

Joder… Este vampiro ya quería ponerme caliente de nuevo.

—Kane, me vas a hacer tener un puto orgasmo en esta silla.

—Eso se puede arreglar: yo me meto bajo la mesa, detengo el tiempo, tú controlas las mentes de todos y listo.

—Kane —dije, dándole un golpecito en la pierna.

—Bueno, bueno, me quedo quieto —dijo.

Ese momento, ese puto preciso instante, la forma como bromeábamos, la forma como éramos juntos era todo lo que estaba bien. Siempre pensé que el amor era una necesidad, un deseo, pero había olvidado la sensación de calma, de sentirme sostenida por alguien. Kane era todo eso y más y aunque lamentaba haberme tardado en entenderlo, por fin estaba dispuesta a perdonarme, porque apenas tenía veinte años y aunque mi sabiduría había crecido en estos meses al ser una vampira, ahora entendía que alguien de mi edad tenía derecho a no entender sobre el amor, a elegir a veces al tóxico sobre a la persona que te daba paz. Pero ahora tenía claro que era más valioso un sistema nervioso en calma, que seguir un momento de lujuria lleno de promesas vacías. Ahora entendía que el amor de mi vida era Kane y lucharía por esto como jamás había luchado antes.

En medio de toda la situación nos metimos a ver noticias en la web, definitivamente la batalla del metro de Lonviness había atraído demasiada atención, había equipos forenses especializados tomando muestras y demás, pero no había efectivos de la policía de Lonviness, sino de organismos internacionales, por lo que claramente me imaginaba que Grigori tenía un

plan bajo la manga, la situación tenía demasiada cobertura.

Cuando salimos del café, el sol comenzaba a hundirse en el horizonte, tiñendo el cielo de un anaranjado ardiente que parecía reflejarse en nuestras pieles sudorosas. Kane y yo nos habíamos deshecho de nuestras viejas ropas rasgadas y ensangrentadas, intercambiándolas por prendas más normales que habíamos tomado prestadas de un puesto de ropa local. Bueno, «tomado prestadas» era una manera elegante de decir que habíamos robado, pero, a estas alturas, la moralidad estaba bastante baja en nuestra lista de prioridades.

—Bueno, al menos ya no parecemos un par de refugiados de una película de zombis —dije, ajustándome la camiseta que me quedaba un poco grande.

Kane me miró de reojo mientras ajustaba su chaqueta nueva, un modelo desgastado pero funcional que lo hacía lucir sorprendentemente bien.

—Habla por ti. Creo que podrías pasar por una estrella de *rock* en decadencia.

—Y tú por su guardaespaldas aburrido —repliqué, mostrando una sonrisa provocadora. Él rodó los ojos, pero no pudo evitar una pequeña sonrisa que traicionaba su diversión.

Nuestro objetivo era un tren de carga que estaba programado para pasar cerca en unos minutos. Según la información que habíamos logrado recopilar, era la manera más rápida de acercarnos al cráter de Davarza, nuestro próximo destino, donde se suponía que se localizaba Karakum. Lo complicado era que el tren no iba a detenerse, y tendríamos que saltar al vagón mientras estuviera en movimiento. Bueno, quizás ni tan complicado… éramos vampiros. Dah…

Nos escondimos tras unas dunas bajas, esperando el momento justo. Podía sentir la arena colarse en mis botas, pero ignoré la incomodidad mientras escuchaba atentamente el sonido creciente del tren que se acercaba.

—Allí viene —murmuró Kane, inclinándose ligeramente hacia adelante como un animal preparado para atacar. Su competitividad habitual estaba a punto de hacer su aparición, lo podía sentir—. El primero en llegar tiene derecho a un buen sexo oral —dijo riendo.

—Espero que no te moleste perder, señor sombras —repliqué con una sonrisa ladeada. El tren apareció finalmente, un monstruo de metal que se movía con un rugido ensordecedor. En este lugar todo era más antiguo de lo que mi cerebro podía procesar. Kane salió corriendo como estela primero,

pero yo no iba a dejar que ganara tan fácilmente. Puse todas mis fuerzas en seguirle el paso, esquivando obstáculos y saltando sobre pequeñas pendientes de arena—. ¿Eso es lo mejor que tienes? —grité mientras me acercaba a su lado.

—Solo estoy calentando, nena —respondió, lanzándome una mirada fugaz mientras aceleraba el paso. Me encantaba ver su estela de sombras, parecían entes vivos tan imponentes como él.

El tren estaba a pocos metros y Kane intentó tomar impulso antes que yo, pero extendí mi brazo para sujetarlo de la chaqueta y tirarlo ligeramente hacia atrás.

—¡Trampa! —exclamó, entre risas, mientras recuperaba el equilibrio.

—¿Así que el guardaespaldas también se queja? —bromeé, lanzándome hacia adelante y agarrando el borde del vagón justo antes que él.

Sentí sus manos sujetarse a mi cintura por un instante, como apoyo para impulsarse también. El calor de su toque y la cercanía eran electrizantes como siempre. Con un movimiento ágil, ambos logramos subir al vagón, cayendo al suelo de metal casi al mismo tiempo.

—¡Empate! —declaré entre jadeos, mirándolo mientras él se sentaba a mi lado.

—Empate nada —replicó, sacudiéndose el polvo y mostrando esa sonrisa segura que tanto me irritaba y me atraía al mismo tiempo—. Yo toqué primero.

—Claro, claro. Sigamos fingiendo.

Extendí la mano para quitarle un poco de arena del mechón largo de cabello que caía hacia el frente, nos quedamos mirando fijamente y pronto el momento se tornó en un gesto que parecía más una provocación, ahora trayendo consigo un beso de esos que dejan poco a la imaginación.

Se separó lentamente de mis labios con los ojos aún cerrados.

—Joder, juro que amo besarte los labios.

—¿En serio?

—Sí, todos los labios —dijo mirando hacia mi entrepierna y me reí—. Además, en ambos casos ganaba yo, nena, o me la chupabas o me tocaba comerte el coño. ¿Ves? Siempre ganador, aunque, pensándolo bien, creo que te hubiese dejado ganar sin siquiera competir. —Me apretó por la cintura llevándome más cerca de él—. Porque quiero comértelo todo el maldito día.

—Te odio y te amo. Lo sabes, ¿verdad? —respondí.

—Lo sé, nena.

Soltamos una risa genuina que me hizo olvidar momentáneamente lo que venía. El tren avanzaba, llevándonos cada vez más cerca de nuestro destino. Sentada allí, mirando a Kane con el cabello revuelto por el viento, me permití disfrutar del momento. La tensión constante, el peligro, incluso el calor sofocante, todo se desvaneció por un instante mientras el rugido del tren llenaba el aire.

—Espero que valga la pena, espero que encontremos lo que buscamos y podamos detener a Grigori —dije finalmente, mirando al horizonte, donde el cráter de Davarza comenzaba asomarse en la visión y de alguna forma nos esperaba como una llama eterna.

—Lo será —respondió Kane, su voz baja pero firme—. Tengo la certeza de que lo será y podremos rescatar a nuestros amigos. Les debo demasiado por todo lo que han hecho.

—Le debemos venganza también.

—¿A qué te refieres?

—Kane, antes de todo esto, conocí a una Genomística, ella tiene el mismo poder que Kyla, pero es una Inmortus, es mucho más poderosa. Y ella me reveló que mi iris había sido modificado implantando el enlace con Grigori… lo hizo Kyla.

Kane se paró de golpe.

—¡¿Me estás diciendo que tu enlace nunca fue real?!

—Calma —dije, llevándolo a que se sentara de nuevo—. Nunca fue real, ella lo implantó, ella ha trabajado con Grigori también todo este tiempo.

—¡Maldita sea! ¿Acaso todos son traidores?

—Eso parece, pero no te preocupes, Kane, a Kyla le tengo reservada una venganza personal.

—Salvaje y hermosa, nena, cuéntame en esa venganza, porque no puedo creer que pasé tiempo con ella, no puedo creer que ella se haya metido entre nosotros. Maldita loca. Eres mía ¿lo sabes verdad? —dijo besándome.

—Lo sé.

—Para toda la eternidad nena, eres la única que quiero gimiendo sobre mi cuerpo.

—No me recuerdes que ella tuvo acceso a tu cuerpo porque me da náuseas —repliqué.

—No te cuento las náuseas que me da saber que estuviste con el rubio falso.

—Quizás Kyla también es rubia falsa. Dime una cosa. ¿El color de pelo de arriba le cuadraba con el de abajo? —pregunté entre risas.

—Hmm… no lo sé, realmente vivía pelada en aquella zona, cosa que me desagradaba, me gusta un poco de acción, si sabes a lo que me refiero, como esa preciosa línea que tienes tú justo antes de… ¡Mierda! Quiero comerte el puto coño de nuevo.

—¡Kane!

—¿Qué? Tengo demasiados meses acumulados, nena, y tú tienes un culo demasiado perfecto como para no estar cachondo todo el día.

Kane me besó y abrazó con fuerza mientras mirábamos hacia afuera. Unos momentos después me separé un poco de él, ahora contemplando el cráter más de cerca, el calor se sentía en el ambiente.

—Espero que Michelle llegue pronto.

—Parece muy metida en el tema de los Voyh.

—Es una larga historia, el Alfa de ellos, que es como el líder, digamos que le gusta Michelle y todo el tema.

—¿Y?

—Michelle no necesariamente está convencida al cien por ciento.

—¿Ya Nolan se le declaró?

—¿Qué? ¿Tú sabes de eso?

—¡Claro, es mi mejor amigo! Siempre ha sentido algo por ella desde que la conoció.

—¡Joder! Pero son dos especies distintas —repliqué.

—Nada es imposible, supongo.

Luego de eso pasamos un buen rato donde le conté todo lo que Hash había observado en mi iris y la locura que parecía ser mi vida. Un rato después el movimiento del tren me había causado un poco de sueño, una corta siesta de la que desperté de golpe al ver unos ojos rojos y un cabello cobrizo en mis imágenes mentales. Kane se acercó a mí con rapidez.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—No lo sé, estoy viendo cosas, estoy segura de que jamás he estado aquí, estoy segura de que jamás he venido a este lugar y, sin embargo, la forma como llegamos, las visiones que estoy teniendo me dicen que de alguna forma reconozco este lugar.

—Quizás es parte de todo lo que llevas en tu genética, todo lo que me dijiste que te contó Hash cuando vio tu iris.

—Tienes razón, quizás es eso. —Le había contado todo a Kane, a excepción de la parte que decía que estaba enlazada con un vampiro milenario, ya una vez otro vampiro se había interpuesto entre nosotros y no permitiría que eso volviera a ocurrir.

TREINTA: Karakum
MIRAH

El calor era sofocante, casi tangible, como si el aire mismo quisiera aferrarse a mi piel y despojarme de cada gota de energía. Frente a nosotros, el cráter de Davarza se alzaba como una herida abierta en la tierra, exhalando un calor que parecía emanar de las entrañas mismas del infierno, ahora entendía la razón del nombre Puerta del Infierno. A pesar de su hostilidad, había algo en este lugar que me atraía, una sensación inquietante, casi familiar.

Me detuve al borde, observando las llamas que danzaban en las profundidades del cráter. Mi corazón comenzó a latir más rápido, como si respondiera a una llamada que no lograba comprender.

—Karakum… —murmuré sin darme cuenta. Kane, a mi lado, giró la cabeza hacia mí. Su mirada, cargada de curiosidad y algo más que no logré descifrar, se clavó en la mía—. Hay algo en este lugar que se me hace… —Dejé que las palabras se desvanecieran, incapaz de completar la frase.

—Familiar —terminó él, en un tono bajo, casi un susurro.

Nuestros ojos se encontraron y, por un instante, el mundo pareció desdibujarse a nuestro alrededor. Una conexión inexplicable, como si ambos supiéramos algo que nuestras mentes aún no eran capaces de articular, se formó entre nosotros.

El calor aumentó, como si el cráter respondiera a nuestra presencia. La llave que colgaba de mi cuello, fría hasta hacía unos segundos, comenzó a pulsar contra mi piel, emitiendo una leve vibración. La sujeté con la mano y fue como si una corriente eléctrica atravesara mi cuerpo.

—Mirah… —dijo Kane con cautela, pero su voz ya se desvanecía para mí.

La realidad comenzó a desmoronarse. Mis ojos dejaron de ver el cráter y, en su lugar, se sumieron en una oscuridad interrumpida por paredes

cubiertas de jeroglíficos. Estaba en otro lugar. No, en otro tiempo.

Mis pasos resonaban en un pasillo estrecho y sombrío, mientras mis dedos rozaban las paredes grabadas. Cada símbolo parecía brillar al contacto, como si reaccionaran a mi presencia. Delante de mí, un hombre corpulento caminaba con paso firme. Su cabello negro con los laterales semirapados y su barba espesa enmarcaban un rostro curtido por el sol. Su piel tostada relucía bajo la tenue luz y, aunque no sabía por qué, su presencia me reconfortaba.

—*Alekthar…* —susurré su nombre como si lo hubiera conocido toda mi vida. No era la primera vez que aparecía en mis visiones, pero siempre me tomaba por sorpresa sentir que conocía a alguien que claramente no era parte de esta vida actual. En la visión él se giró brevemente hacia mí, asintiendo con seriedad antes de extenderme un objeto que reconocí al instante: la misma llave que ahora colgaba de mi cuello. Pero, en este momento, parecía nueva, intacta, con un brillo plateado que no había notado antes.

—*Tú eres la única que puede hacerlo* —dijo con una voz grave y cálida.

Mis manos, como si actuaran por instinto, tomaron la llave y la llevaron hacia una cerradura tallada en la piedra. Estaba integrada perfectamente en el diseño de la pared, como si hubiera estado esperando siglos para este momento. La llave encajó con un clic suave, y un sonido profundo, como un gemido de la tierra, resonó a nuestro alrededor. La puerta se abrió lentamente, revelando un abismo oscuro en su interior. Algo se agitó en las sombras, algo que no podía comprender pero que llenaba el aire con una energía aterradora.

Un grito resonó en mi cabeza. Era la voz de Kane, llamándome de vuelta.

—¡Mirah! —Parpadeé, y todo desapareció. Estaba nuevamente en el cráter, con Kane sujetándome por los hombros, su mirada preocupada fija en mí—. ¿Qué demonios fue eso? Tus ojos… estaban tan negros como los míos bajo la compulsión de Grigori —preguntó, su tono una mezcla de irritación y alarma.

Mi respiración era irregular y aún podía sentir el calor de la visión en mi piel. Sujeté la llave con fuerza, notando que seguía vibrando ligeramente.

—Vi… algo —dije, esforzándome por poner en palabras lo que había experimentado. Bajé la voz, temiendo sonar loca—. Estaba en otro lugar. Creo que era… otra época. Había un hombre, Alekthar, lo vi antes en una

visión, creo que éramos amigos muy cercanos. Me dio la llave, o se la dio a alguien que se conecta conmigo, no lo sé, lo que vi es que la usé para abrir una puerta en la piedra. Algo estaba detrás de esa puerta, algo oscuro…

Kane me observó con el ceño fruncido, como si intentara procesar lo que acababa de decirle.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó finalmente, su tono más calmado, aunque sus ojos seguían analizando cada uno de mis movimientos.

—Tenemos que entrar al cráter —respondí sin vacilar. Él abrió la boca para protestar, pero levanté una mano para detenerlo—. Kane, hay algo ahí abajo. Algo que necesitamos descubrir. —Mi voz temblaba ligeramente, pero mi determinación era inquebrantable.

Él suspiró, pasando una mano por su cabello antes de asentir con resignación.

—Bien, pero, si terminamos muertos, al menos admite que fue idea tuya.

Una sonrisa ligera se formó en mis labios.

—Lo admito.

—Pero esperemos que llegue Michelle, al menos podremos ver opciones.

Ambos giramos hacia el cráter, sintiendo el peso del destino sobre nosotros mientras nos preparábamos para lo que estaba por venir.

El calor no nos daba tregua, ni siquiera cuando decidimos acampar lejos del cráter. Kane había encontrado un lugar más elevado, donde el aire, aunque igualmente caliente, circulaba un poco más, aliviando mínimamente el sofoco. Habíamos improvisado una pequeña tienda, más como un símbolo de normalidad que por necesidad. El sueño llegó con dificultad, las imágenes del cráter y de mi visión aún resonaban en mi mente. Cada vez que cerraba los ojos, veía aquel pasillo oscuro, la puerta, y sentía la llave palpitar contra mi piel.

Fue al amanecer cuando el rugido mecánico nos despertó, un sonido tan fuera de lugar en medio de aquel desierto que me incorporé de golpe, con el corazón en la garganta. Kane ya estaba de pie, alerta, con las sombras serpenteando en sus manos, su figura recortada contra el horizonte mientras observaba la fuente del estruendo.

Una nave. No, algo más que una simple nave.

El cielo comenzó a llenarse de un rugido ensordecedor y el horizonte se tornó caótico cuando una enorme estructura metálica se abrió paso entre las nubes de arena. La nave descendió con lentitud, sus motores emitiendo un

brillo azulado que contrastaba con el rojizo amanecer del desierto. Su diseño era agresivamente de Murda, como un híbrido entre un animal predador y una máquina de guerra. Tubos luminosos en tonos de neón púrpura recorrían su fuselaje, y sus alas anguladas proyectaban sombras amenazantes sobre la arena.

El aterrizaje fue un desastre: la nave agitó un torbellino de arena, cegándonos momentáneamente. El viento caliente golpeó mi rostro y tuve que cubrirme con los brazos mientras intentaba mantener el equilibrio.

—¡Qué demonios…! —gritó Kane por encima del ruido, mientras ambos nos protegíamos de la tormenta que la nave había creado.

Cuando finalmente el polvo comenzó a asentarse, una rampa se desplegó desde el interior de la nave con un siseo mecánico. Durante un instante, todo quedó en silencio, hasta que una figura emergió vestida completamente de negro corriendo a toda velocidad.

—¡Mirah!

Reconocí su voz antes de verla. Michelle, con su cabello ahora despeinado por el viento, salió disparada de la nave, corriendo hacia mí como si su vida dependiera de ello. Apenas tuve tiempo de reaccionar antes de que sus brazos se cerraran con fuerza alrededor de mi cuerpo, y su abrazo me dejó sin aliento.

—¡Mich! —grité, aferrándome a ella con la misma intensidad. No pude evitarlo: las lágrimas brotaron de mis ojos, recorriendo mis mejillas mientras la abrazaba con desesperación. Sentí cómo sus hombros temblaban y su llanto se mezcló con el mío. Era un reencuentro que nunca pensé posible, no después de todo lo que había pasado.

—Creí que nunca te volvería a ver… —susurró entre sollozos, su voz rota por la emoción.

—Yo también… —murmuré, apretándola con fuerza como si temiera que desapareciera de nuevo.

Por un instante, el mundo dejó de existir. Solo estábamos nosotras dos, abrazadas en medio del desierto, como si ese abrazo pudiera reparar todo lo que habíamos perdido.

Detrás de Michelle, otras figuras comenzaron a salir de la nave. Entre ellas, mi pequeña vampira, Cat. Su expresión relajada y confiada se iluminó cuando vio a Kane y, sin dudarlo, se dirigió hacia él.

Kane abrió los brazos y la abrazó con afecto, como quien recuperaba algo

irremplazable. Era un gesto simple, pero tan cargado de significado que me dejó atónita. Fue entonces cuando lo vi: un destello en su mirada, algo diferente. Por primera vez, parecía darse cuenta de lo que siempre había estado frente a él. Kane se apartó ligeramente de Cat, examinándola con una mezcla de desconcierto y certeza.

—De verdad eres… una Inmortus —dijo, con voz baja, como si las palabras fueran una revelación.

Cat levantó una ceja, sonriendo con una pizca de burla.

—Te tomó tu tiempo, genio —dijo con tono sarcástico.

Kane no respondió de inmediato, pero la mirada que le lanzó estaba cargada de una intensidad que rara vez mostraba.

Otras figuras descendieron de la nave. Faustus fue el primero, con su cabello casi oxigenado, porte imponente y su andar seguro. Le siguieron Hash, cuya expresión seria se mantuvo inmutable incluso bajo el calor abrasador, y Luca, junto a un grupo de Voyh que se movía con la precisión de soldados entrenados.

Michelle, aún con lágrimas en el rostro, me apartó ligeramente para mirarme a los ojos.

—Es la primera vez que los vampiros y los Voyh están comenzando a trabajar juntos —dijo, su tono cargado de gravedad.

—¿Qué está pasando? —pregunté, todavía tratando de procesar todo lo que acababa de suceder.

Michelle respiró hondo, como si las palabras fueran difíciles de pronunciar.

—Encendieron a Xenon anoche. Murda está colapsado. —Se detuvo un instante antes de soltar la bomba final—. Xenon inmediatamente al despertar usó el video de la estación de trenes como excusa. Dijo que continuará su plan de eliminar a las especies alternativas.

Las palabras cayeron como una losa, pesadas y definitivas. Sentí cómo la llave en mi cuello volvía a palpitar, casi como si reaccionara a lo que acababa de escuchar. Algo oscuro se avecinaba, y lo único que sabía es que el cráter de Davarza no sería el único desafío al que tendríamos que enfrentarnos.

El calor seguía siendo opresivo, pero la presencia del grupo lo hacía más llevadero. Nos habíamos reunido bajo una improvisada sombra formada por la nave. Los Voyh y los vampiros se mezclaban de manera tensa, como si el

aire estuviera cargado con la posibilidad de una chispa que encendiera un conflicto. Sin embargo, la urgencia de la situación parecía mantenerlos enfocados.

Luca se acercó a Kane, y pude notar que había algo grave en su semblante.

—Eres Kane, ¿cierto?

—Sí —respondió él.

—Tu madre, Isabella, está a salvo… por ahora. —Su voz era calmada pero firme, como si midiera cada palabra—. La hemos trasladado al complejo Voyh en el país de Franko. Murda ya no es seguro para ella, no con lo que está ocurriendo.

Kane asintió con rigidez, sus ojos entrecerrados mientras procesaba la información.

—No sé ni por dónde empezar a agradecerles. ¿Está bien? ¿Se siente bien? —preguntó, su tono bajo pero cargado de preocupación.

—Está bien, pero está claramente traumatizada. —Luca esbozó una sonrisa irónica, tratando de aliviar un poco la tensión—. Tiene las marcas de colmillos.

Kane soltó un resoplido, más un gesto de incomodidad que de humor.

—Grigori la mordió cuando intentó chantajearme y quizás en algún otro momento para torturarla, no lo sé.

Michelle, que estaba sentada junto a mí, giró los ojos.

—Con razón. Lo siento mucho, Kane, ningún padre debería pasar por eso, te prometo que cuidaremos de ella.

El ambiente se relajó momentáneamente con las conversaciones, pero no duró mucho. Faustus se acercó a mí, su imponente figura proyectando una sombra que me envolvía. Sus ojos, rojos y penetrantes, me observaban como si estuviera evaluando cada movimiento.

—Mirah —comenzó, su voz profunda y seria—. Es un gusto volverte a ver, *chérie*, pero tengo malas noticias.

Lo miré, el peso de sus palabras ya palpable en el aire.

—¿Qué ocurre?

—Tus amigos… —Hizo una pausa, como si sopesara si debía decírmelo —. Están siendo torturados.

El mundo pareció detenerse. Sentí como si me hubieran golpeado en el pecho, dejándome sin aliento.

—¿Qué…? —murmuré, mi voz rota por la incredulidad.

—Michelle, Cat y yo hemos hecho lo posible para localizarlos, pero los tienen en un lugar inaccesible. Murda está completamente controlado por Xenon, las Mordred y sus tropas. Lo que sabemos es porque tenemos algunas amistades en el complejo Mordred, pero no lo suficiente para extraerlos. Nolan intentó sacar a Viktor y a Shade haciendo todo un ataque a base de agua, sus poderes han avanzado mucho, pero lamentablemente lo sedaron cuando descuidó un flanco —hizo una pausa y suspiró—. Necesitamos básicamente una guerra, ahora con Xenon todo es más complicado que antes y las Mordred y la presidenta de Murda solo quieren ser un ejemplo para el mundo. —Sus palabras eran un recordatorio brutal de lo que estábamos enfrentando—. El Oráculo fue barrido anoche, cientos de vampiros han sido capturados y están en la FIM, en las celdas, esto es una declaración de guerra como ninguna otra, al menos no una que pensaba volver a ver tan pronto.

Por primera vez desde que me convertí en vampira, sentí algo más que miedo o desesperación. Una llama ardió dentro de mí, un deseo oscuro y voraz que no había experimentado antes: *venganza*.

En mi mente, una voz que creí haber enterrado regresó, pero esta vez era distinta. No era un susurro lejano, sino algo más íntimo, más… cercano.

—A*brazar la oscuridad es tu destino, Mirah. Déjala fluir. Déjala consumirte.*

Tragué con dificultad, tratando de ignorarla, pero su tono era seductor, casi irresistible. Kane debió notar algo en mi expresión porque puso una mano en mi hombro.

—¿Estás bien?

Asentí, apartando la mirada. No era momento de compartir lo que estaba ocurriendo en mi cabeza.

Hash rompió el silencio que se había instalado entre nosotros.

—La leyenda dice que la apertura de Karakum está dentro del cráter. —Sus ojos rojos se fijaron en los míos, como si estuviera buscando algo—. Pero hay un problema: es físicamente imposible entrar. Mientras el cráter siga encendido, nadie puede sobrevivir ahí dentro, ni siquiera nosotros, nos volveremos cenizas antes de llegar al fondo.

—¿Entonces cómo…? —comenzó Michelle, pero yo la interrumpí.

—Espera. —Miré a Hash, recordando las visiones que había tenido antes

—. Creo que sé cómo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Kane.

Todos me miraron, expectantes.

—Las visiones que tuve… —dije lentamente, tratando de recordar cada detalle—. Alekthar, el hombre de mis visiones, me dio la llave y me mostró el camino. Había una cerradura en la piedra, un mecanismo…

—¿Alekthar? —dijo Hash—. ¿Alekthar Drussair?

—No sé cuál era su apellido. Lo vi antes cuando estabas en mi iris y luego ayer, tuve una visión con él.

—Alekthar es una leyenda del antiguo Egipto, un dios que caminaba entre hombres. ¿Tuviste una visión con él?

—Algo así.

—Entonces sabes lo que tienes que hacer —dijo Hash, con un tono que rozaba la urgencia.

—Eso no significa que sea fácil. —Michelle se cruzó de brazos, su expresión dura.

La miré y vi el cansancio en sus ojos, mezclado con algo más: rabia.

—Sería genial tener a Nolan ahora mismo, probablemente apagaría esta mierda —dije en un intento de desahogar algo de tensión, pero el comentario fue como lanzar una chispa al aire.

Michelle gruñó, literalmente, un sonido bajo y amenazante que hizo que todos se giraran hacia ella.

—Nolan está preso como todos ellos. —Su tono era duro, y sus ojos brillaban con una mezcla de frustración y dolor—. Malditas Mordred y maldito Forze, le arrancaré el puto cuello.

El ambiente se volvió pesado, pero, antes de que pudiera responder, Hash intercedió.

—Tendremos tiempo para arrancar cuellos, pero por ahora debemos enfocarnos. —Su voz era calmada pero firme—. Mirah tiene las respuestas. Sus visiones son la clave.

—Pero no sabemos cómo activar lo que vio —intervino Luca, siempre práctico.

—Lo averiguaremos —dijo Kane con determinación, apretando la llave que aún colgaba de mi cuello—. Mirah es la vampira más inteligente que conozco.

El silencio que siguió fue tenso pero cargado de propósito. Sabíamos que

el tiempo jugaba en nuestra contra, pero por primera vez desde que todo había comenzado, tenía una certeza: entraríamos al cráter de Davarza, sin importar el costo.

Di un paso adelante, alejándome ligeramente del grupo, sintiendo sus miradas clavadas en mi espalda. El calor del desierto parecía intensificarse, o tal vez era la presión que sentía en mi pecho, un llamado que no podía ignorar.

—Voy a intentarlo —dije, más para mí misma que para ellos.

Kane frunció el ceño, dando un paso hacia mí.

—¿Intentar qué?

Lo miré por encima del hombro, con una determinación que no sabía que poseía.

—Conectar con lo que vi. De alguna forma, lo que ocurrió en la estación de trenes… puedo hacerlo otra vez.

Él me miró fijamente, como si evaluara si había perdido la cabeza. Pero no había tiempo para dudas. Me giré hacia el cráter y cerré los ojos, concentrándome en la visión. La imagen de las paredes de Karakum, cubiertas de jeroglíficos, estaba grabada en mi mente como un eco que no podía ignorar. Respiré profundamente, dejando que mi poder emergiera. Había algo en mí que ya había despertado, algo que antes temía, pero ahora…

Ahora lo deseaba.

Recordé cómo había canalizado las sombras de Kane, cómo esas habilidades habían transformado lo imposible en realidad. Esto no era diferente.

Al principio, no sentí nada. Solo el calor sofocante del desierto y el murmullo del viento. Pero, entonces, un cosquilleo comenzó a recorrer mi piel, como pequeños hilos oscuros que surgían desde lo más profundo de mí.

Abrí los ojos.

Oscuridad líquida comenzó a emerger, serpenteando alrededor de mi cuerpo, enroscándose en mis brazos y piernas. Eran como hilos vivos, vibrantes, y esta vez no se desvanecieron. En lugar de eso, los sentí moverse a través de mí, fluyendo como una corriente interminable. El aire a mi alrededor pareció cambiar. El calor del desierto se transformó en algo más pesado, más denso, y los sonidos a mi alrededor se apagaron. Kane dio un

paso hacia mí, pero no pudo acercarse más.

—Mirah… —Su voz se desvaneció en el aire.

El abismo se expandió, creando una esfera oscura que nos envolvió. Mi respiración se aceleró y pude sentir cómo mi cuerpo empezaba a ceder ante la fuerza que había desatado. Mi cabello comenzó a flotar, desafiando la gravedad, como si una corriente invisible lo elevara. Un grito desgarrador escapó de mi garganta, una mezcla de poder y dolor y, con él, el abismo pareció colapsar sobre sí mismo antes de explotar hacia afuera. Sentí cómo todo mi cuerpo era envuelto en la oscuridad, como si el mundo entero se hubiera disuelto en una vasta nada.

Y luego… silencio.

Abrí los ojos y lo primero que vi fue piedra. Paredes oscuras y húmedas, cubiertas de jeroglíficos que reconocí al instante: Karakum. El calor del cráter había desaparecido, reemplazado por un aire denso y cargado de una energía antigua que parecía vibrar en cada rincón de aquel lugar. Miré a mi alrededor. Todos estaban allí: Kane, Cat, Michelle, Hash, Faustus, Luca, incluso los otros Voyh. Estaban desorientados, algunos todavía recuperándose de la transición, creo que para ellos no era común teletransportarse y sus náuseas lo denotaban. Michelle fue la primera en hablar.

—¿Qué…? —Su voz temblaba mientras miraba las paredes con ojos desorbitados—. ¿Dónde estamos?¡Joder, Mirah, avisa la próxima vez! —dijo tratando de recuperar el aliento.

Me acerqué a una de las paredes, mis dedos rozando los jeroglíficos que parecían brillar débilmente bajo la luz que se filtraba desde un lugar indeterminado.

—Lo siento, en mi defensa no sabía si iba a funcionar. Parece que estamos dentro de Karakum —dije en voz baja, como si decirlo en voz alta confirmara la realidad.

Kane se acercó a mí, sus ojos oscuros observándome con una mezcla de incredulidad y algo más que no supe descifrar.

—¿Cómo…? —comenzó, pero negué con la cabeza.

—No lo sé. Solo… sentí que esto era lo que tenía que ocurrir, sentí que mi poder podía con esto.

Faustus se acercó, sus ojos afilados recorriendo cada rincón de la cámara.

—¿Esa esfera la hiciste tú? —preguntó, su tono cargado de curiosidad.

Asentí, todavía sintiendo los rastros de energía oscura fluir a través de mí.

—Creo que el abismo… ha evolucionado.

Hash, que había estado examinando una de las paredes, se giró hacia mí con una expresión seria.

—Eso no fue solo el abismo, Mirah. —Su voz era grave, como si estuviera a punto de revelarme un secreto—. Lo que hiciste… nadie más podría haberlo hecho —dijo Hash—. Los *Void crossers*, o navegadores del abismo, deben tocar físicamente a las personas para llevarlos con ellos, no pueden crear algo como lo que hiciste.

—¿Y qué significa eso? —preguntó Michelle, todavía intentando procesar lo que acababa de suceder.

—Significa que Mirah tiene un poder mucho más grande de lo que creemos y que este lugar está ligado a ella —respondió Hash, sus ojos rojos fijos en mí—. Y, si esto es Karakum, estamos en el centro de algo mucho más grande de lo que imaginamos.

El peso de sus palabras me cayó encima, pero no tuve tiempo de procesarlo. Algo se movió en la oscuridad, un susurro casi imperceptible que recorrió la cámara como un escalofrío.

—No estamos solos… —dije, sintiendo cómo el aire a mi alrededor se tensaba.

Las paredes parecieron vibrar y sentía que algo vivo nos observaba.

TREINTA Y UNO: Algo me llama
MIRAH

El aire en los pasillos de Karakum era pesado, cargado de una energía antigua que se sentía como un latido bajo los pies. A medida que avanzábamos, antorchas incrustadas en las paredes de piedra se encendían solas, una a una, llenando el lugar con una luz anaranjada que parpadeaba como si estuviera viva. Cada chispa de fuego era como un testigo silencioso de nuestra presencia, observándonos mientras nos adentrábamos más en aquel laberinto. El contraste entre este lugar y la tecnología del año 2079 era perturbador. Todo aquí estaba diseñado con un propósito que desafiaba el tiempo, como si cada piedra y cada símbolo hubieran sido colocados con un conocimiento que habíamos perdido hace siglos. Sin embargo, la tecnología no estaba del todo ausente.

—Mi brazalete está captando algo extraño —dijo Michelle, levantando la muñeca para mostrar un dispositivo que brillaba débilmente en tonos azules. Sus ojos violetas recorrieron la pantalla con una mezcla de confusión y fascinación—. Un campo magnético enorme, pero no tiene sentido. Es como si algo estuviera vivo aquí dentro.

—Tal vez lo esté —murmuró Faustus detrás de nosotros, su voz profunda resonando en el pasillo.

Me estremecí, ignorando el comentario mientras doblaba una esquina. Sentía una fuerza extraña guiándome, un instinto que no podía explicar pero que me decía que sabía exactamente a dónde ir. Kane estaba a mi lado, las sombras serpenteaban en sus dedos como atentas a si ocurría algo.

—Deberías guardarlas para luego.

—Mira, no sé, este lugar se ve bastante raro, prefiero estar alerta. No dejaré que te vuelvan a hacer daño.

—Soy perfectamente capaz de cuidarme sola, señor sombras —dije con una sonrisita.

—Lo sé, pero no quita que corte algunas cabezas por diversión y por defenderte con mi machismo excepcional.

Sonreí ampliamente.

El pasillo se expandió y, de repente, la vimos: una pared cubierta de jeroglíficos, esto no era Egipto, pero claramente tenía alguna conexión con ello. No había patrón aparente, pero los símbolos parecían contar una historia, sus formas sinuosas y cuidadosas tallas transmitían una sensación de urgencia y advertencia.

Me detuve frente a ellos, incapaz de apartar la mirada. Había algo en esos símbolos que despertaba algo dentro de mí, como si los hubiera visto antes. Mis dedos se movieron casi por instinto, rozando las tallas con cuidado, y, para mi sorpresa, mi mente comenzó a darles sentido.

—¿Lo entiendes? —preguntó Kane en voz baja, mirándome de reojo.

—No lo sé… —respondí, aunque era una mentira a medias. Algo en mi interior estaba conectando los puntos, pero no podía explicar cómo.

Hash se acercó a nosotros, su figura alta y delgada proyectando una sombra alargada sobre los jeroglíficos. Sus ojos rojos brillaban con intensidad y su voz resonó con una calma inquietante.

—Estos jeroglíficos cuentan la historia de la Guardiana de las Sombras y el Dueño de las Sombras —dijo, señalando una figura grabada que parecía una mujer rodeada de hilos oscuros. A su lado, una figura masculina de ojos vacíos emergía de un abismo tallado.

Michelle, que estaba examinando su brazalete, levantó la mirada.

—¿Qué significa eso?

Hash no apartó la vista de los símbolos mientras continuaba.

—Dice algo así como: «Las sombras siempre tienen un dueño y una guardiana, juntos pueden ser el comienzo o el final».

Un escalofrío recorrió mi cuerpo al escuchar esas palabras.

—¿El final? —repetí, incapaz de ocultar la inquietud en mi voz.

Hash asintió lentamente, sus ojos fijos en mí.

—Es un recordatorio, Mirah. Nada en este lugar está aquí por accidente. Y tú no estás aquí por casualidad.

Sentí a Kane tensarse a mi lado, su mandíbula apretada mientras miraba los jeroglíficos como si pudiera encontrarles algún otro significado.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó, su tono firme pero contenido.

—Seguimos adelante —respondí antes de que nadie más pudiera decir

algo. No sabía de dónde venía mi confianza, pero había algo en las palabras de Hash, en los jeroglíficos y en el calor pulsante de la llave alrededor de mi cuello, que me decía que estaba en el lugar correcto, que debía continuar. Las antorchas parecieron brillar más intensamente por un momento, como si el lugar mismo estuviera dándonos su aprobación o su advertencia. Respiré hondo, tratando de calmar el temblor en mis manos, y di el primer paso hacia el siguiente pasillo, sin saber lo que encontraríamos al otro lado.

El silencio pesado de Karakum fue interrumpido por la risa ligera y burlona de Cat. Ella se cruzó de brazos, inclinándose levemente hacia Faustus mientras lo miraba con esa expresión de malicia que parecía nunca abandonar su rostro.

—La Guardiana de las Sombras —imitó el tono críptico de Hash con exageración teatral, agitando las manos como si estuviera invocando algo místico—. Honestamente, esto suena como el título de un libro malo de fantasía.

Faustus arqueó una ceja y, aunque su expresión seguía siendo seria, una sonrisa apenas perceptible apareció en la comisura de sus labios.

—Tal vez, pero suelen ser los mensajes crípticos los que guardan las respuestas importantes. —La voz profunda de Faustus resonó en el pasillo, llena de una calma segura que parecía irritar aún más a Cat.

—Oh, claro, porque todos amamos cuando la salvación del mundo viene con acertijos —replicó ella, rodando los ojos.

De repente, un leve temblor sacudió el suelo. Fue tan sutil que al principio no lo noté, pero pronto las vibraciones se intensificaron lo suficiente como para que pequeñas piedras cayeran de las paredes. Cat perdió el equilibrio y tropezó hacia un lado, pero, antes de que pudiera caer, Faustus la sostuvo con una mano firme alrededor de su cintura. El contacto entre ellos duró un segundo más de lo necesario. Cat lo miró con los ojos abiertos de par en par, como si estuviera sorprendida por la intensidad de su agarre, mientras que Faustus la observaba con una expresión inescrutable, sus ojos rojos brillantes casi penetrando los de ella. Había algo en la manera en que se miraban, algo que hizo que mi piel se erizara.

¿Era atracción? No podía estar segura, pero el momento se sentía demasiado íntimo para ser simple preocupación. Faustus tenía más de mil años y, aunque siempre había sido un enigma, la idea de que pudiera estar interesado en Cat, alguien tan impulsivo y joven, parecía absurda. Y, sin

embargo… ahí estaba esa chispa.

—¿Qué pasa? ¿Me vas a sostener toda la noche o puedo caminar sola? —dijo Cat finalmente, rompiendo la tensión con un tono burlón, aunque había un leve sonrojo en sus mejillas.

Faustus la soltó, ajustándose el abrigo con movimientos lentos, como si quisiera restarle importancia al momento.

—No esperaba que necesitaras ayuda, pero no podía dejar que te caigas tan rápido, ¿verdad?

Cat bufó, pero no replicó.

Mientras el grupo volvía a enfocarse en los jeroglíficos, Hash se acercó a mí, su mirada fija en las paredes como si estuviera descifrando un mensaje invisible.

—Esto probablemente tiene algo que ver con las Varmani —dijo en voz baja, apenas lo suficiente para que yo lo escuchara.

—¿Las Varmani? —pregunté, intrigada.

—Sí.

Sentí un escalofrío recorrerme. Mi mano se movió casi por instinto, rozando las paredes de piedra mientras las palabras de Hash resonaban en mi mente. Fue entonces cuando mis dedos tocaron una pared, se veía muy similar a la de la visión, deslicé mis dedos por ella como quien buscaba algo que no sabía exactamente dónde estaría y de pronto sentí algo diferente: una pequeña hendidura, casi imperceptible, que cedió bajo mi tacto con un suave clic.

—¡Aquí! —exclamé, dando un paso atrás mientras una sección de la pared comenzó a deslizarse hacia un lado, revelando lo que parecía ser una cerradura.

Todos se acercaron, observando la abertura con fascinación. La cerradura era extraña, rodeada de símbolos que parecían entrelazar sombras con figuras humanoides. Sin dudarlo, saqué la llave de mi cuello y la coloqué en su lugar.

La giré, pero no ocurrió nada. Probé de nuevo, apretando con más fuerza, pero el mecanismo seguía inerte.

—¿Está rota? —preguntó Michelle, con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

Frustrada, examiné la llave más de cerca. Fue entonces cuando lo vi: un pequeño botón casi microscópico en el costado, tan bien camuflado que

parecía parte del diseño. Presioné el botón y una aguja diminuta salió de la base de la llave, afilada y brillante.

—¿Una aguja? —pregunté en voz alta, sintiendo cómo la tensión del grupo aumentaba.

Hash se inclinó hacia adelante, observando con atención.

—¡Eso tiene mucho sentido! Por siglos se ha dicho que lo que tiene el rubí adentro es sangre. ¡La sangre es lo que abre esto! —dijo con certeza.

No dudé. Extendí mi mano y presioné mi dedo contra la aguja. Un leve dolor punzante atravesó mi piel, y una gota de sangre oscura manchó la punta de la llave. Al instante, el rubí incrustado en el centro de la llave comenzó a brillar con una luz roja intensa, como si hubiera despertado. Volví a introducir la llave en la cerradura y la giré una vez más. Esta vez, un profundo retumbar sacudió la pared y las piedras comenzaron a moverse, deslizándose hacia los lados con un ruido grave y pesado. La pared se abrió de par en par, revelando un pasadizo oscuro que parecía descender aún más en las profundidades de Karakum.

El aire que salió del pasillo era frío, húmedo, y olía a tierra y metal antiguo. Sentí un escalofrío recorrer mi columna mientras miraba el umbral que acabábamos de abrir.

—Es ahora o nunca —dije, mirando al grupo antes de dar el primer paso hacia lo desconocido.

TREINTA Y DOS: El sarcófago
MIRAH

El aire era denso y el frío de las paredes de piedra se sentía en mi piel como agujas heladas, podría jurar que todo había bajado al menos unos diez grados de temperatura. Karakum era un laberinto interminable, lleno de secretos oscuros y ecos de un pasado que parecía estar esperando por mí, porque de alguna forma sentía su llamado, cada vez más cerca. Cada esquina que doblaba me hacía sentir más inquieta, pero también más intrigada. Había algo en este lugar que despertaba una sensación familiar, algo que no podía definir, pero que me arrastraba más y más adentro. Sabía que estaba sola, pero no podía evitar la sensación de que alguien o algo me observaba desde las sombras.

Mis pasos me llevaron hasta una sala diferente, oculta en lo más profundo del laberinto. El suelo cambió bajo mis pies, y el ambiente se sentía más pesado, como si el tiempo se detuviera solo en esta habitación. Frente a mí, en medio del salón, había un sarcófago… pero no era como los que había visto antes en alguna película o serie de televisión. Este no era una reliquia antigua, sino algo más… avanzado. El metal que lo componía brillaba con una tonalidad gris pulido y, en el centro, había una pantalla digital que emitía un leve resplandor azul.

—¿Qué demonios…? ¿Cómo mierda vino a parar esto aquí? —susurré para mí misma mientras me acercaba con cuidado.

—Todo esto es antiguo, pero esto es demasiado actual, es tecnológico —dijo Michelle con voz de preocupación.

El miedo y la curiosidad luchaban dentro de mí. Cada parte de mi instinto me decía que me detuviera, que diera la vuelta y me alejara de este lugar. Pero algo, una fuerza interna que no podía ignorar, me impulsaba hacia adelante. Me quedé mirando el sarcófago, incapaz de apartar la vista. Podía sentir… una presencia. Aunque no podía verla, sabía que había alguien

dentro. Mi cuerpo se tensó automáticamente y activé mi visión de sangre. De inmediato, los hilos rojos llenaron mi visión, conectándome con todo lo que me rodeaba. Y ahí estaba… una figura femenina dentro del sarcófago. Su silueta estaba quieta, inmóvil, pero podía percibir una energía latente que parecía pulsar débilmente, como si estuviera esperando ser despertada. Me acerqué un poco más, sintiendo el aire cambiar a mi alrededor y, entonces, sin previo aviso, las puertas de la cámara se cerraron con un golpe seco.

Mi corazón saltó en mi pecho.

—¡Maldita sea! —dije, mirando hacia las puertas cerradas.

La sala quedó sumida en un silencio absoluto, roto solo por el sonido del sarcófago encendiéndose. La pantalla digital frente a mí brilló con más intensidad, y una voz fría y robótica rompió la calma.

—Autorización necesaria. Por favor, diga su nombre.

—Me estás jodiendo… —dijo Kane—. El puto sarcófago habla.

Mi corazón latía con fuerza mientras intentaba procesar lo que estaba pasando. El pánico y la incredulidad se mezclaron en mi mente. ¿Autorización? ¿Mi nombre?

No respondí de inmediato. En cambio, di un paso atrás, poniéndome en guardia, la telequinesis centelleando en mis manos, mis ojos recorriendo cada rincón de la sala en busca de una salida o una trampa.

—Autorización necesaria —repitió la voz mecánica—. Por favor, diga su nombre.

No podía creer lo que estaba sucediendo. ¿Por qué este sarcófago reconocía mi presencia? ¿Qué estaba pasando aquí? Las preguntas se acumulaban en mi cabeza, pero no tenía respuestas. Finalmente, con una mezcla de incredulidad y miedo, dejé escapar mi nombre.

—Mirah Shard.

Hubo un largo silencio, y luego la voz habló de nuevo.

—Voz autenticada, usuario incorrecto. Intente de nuevo.

—¿Qué? —Mi mente giró en espiral, si el sarcófago había autenticado mi voz quería decir que me reconocía y eso no era lo peor de toda la confusión, ¿Cómo carajo podía reconocerme?—. ¿Usuario incorrec…? —Mi mente se detuvo en seco y volví a hablar—. Mirah Varmani.

Por un momento, pensé que tal vez no había funcionado. Pero, entonces, la voz habló de nuevo, esta vez con un tono que me provocó un escalofrío

en la columna.

—Autenticación correcta. Bienvenida, Mirah Varmani.

El miedo me recorrió como un relámpago. El sarcófago reconocía mi nombre junto al apellido Varmani. Algo dentro de mí se revolvió, una sensación de que había partes de mi propia historia que aún no conocía, Hash tenía razón, había más en mí, en esos anillos milenarios que flotaban en mi iris, y algo me decía que estaba a punto de conocerlo.

El sarcófago comenzó a abrirse y el sonido del metal deslizándose sobre sí mismo resonó en la sala. Me quedé inmóvil, observando cómo la estructura futurista revelaba lentamente lo que había dentro. La pantalla parpadeó un par de veces y, luego, con un leve siseo, el contenedor se abrió por completo.

Y ahí estaba.

Una mujer.

Su piel era pálida, casi traslúcida, como si no hubiera visto la luz en siglos. Su cabello caía en mechones suaves de un color cobrizo, casi idéntico al mío. Su rostro estaba cubierto de pecas ligeras, pero lo que más me impactó fue la semejanza. Se parecía a mí. No de manera exacta, pero había algo inconfundible en sus rasgos, como si compartiéramos la misma sangre, el mismo origen. Mis labios se separaron en un gesto de asombro y confusión, incapaz de comprender lo que estaba viendo. Quería retroceder, pero mis pies estaban clavados en el suelo, como si una fuerza invisible me mantuviera pegada a ese momento. De repente, los ojos de la mujer se abrieron de golpe. Eran rojos. Intensos, como los de los vampiros Inmortus. Mi corazón latió tan fuerte que pensé que se me iba a salir del pecho. La realidad de la situación me golpeó con una fuerza aplastante. La tensión en la sala se hizo insoportable, y sentí que el aire a mi alrededor se volvía más pesado, más denso.

Los labios de la mujer no se movieron, pero, de algún modo, sentí que su mirada, esos ojos rojos y ardientes, me atravesaban, buscando algo dentro de mí. Todos se pusieron en guardia, el olor ácido me decía todo lo que ocurría, miedo, confusión, odio, todos pensaban que nos iba a atacar. Quise hablar, pero las palabras no salían. Todo lo que podía hacer era observar cómo la figura ante mí despertaba de su letargo.

Y yo, atrapada en medio de esta revelación, no podía hacer nada más que esperar.

Esperar a ver qué pasaba después.

Y temer lo que pudiera significar.

Y entonces ella abrió la boca y su voz sonó como un eco.

—¡Arrodíllense!

¡Joder! Esa mierda no había sido una petición. Había sido una orden. Y, para mi horror, nuestros cuerpos respondieron inmediatamente. Sentí cómo mis piernas flaquearon y caí al suelo de golpe, sin ninguna resistencia. Mi mente gritaba, trataba de levantarme, de mover un solo músculo, pero era imposible. Estaba atrapada, como si mis pensamientos estuvieran desconectados de mi propio cuerpo.

—¿Qué…? —empecé, pero no pude terminar la frase. Mis labios se movían, pero nada coherente salía de ellos.

Mis manos temblaban de pura rabia. No soportaba sentirme controlada, y esta mujer que de alguna forma parecía demasiado conocida lo había hecho con un simple gesto, sin esfuerzo, como si fuera una marioneta bajo su poder. La ansiedad me quemaba las entrañas y el instinto de supervivencia palpitaba en mis venas. Sabía que estaba en desventaja, y, lo peor de todo, lo sabía ella también.

La mujer caminó lentamente hacia mí, sus pasos suaves y calculados. Su piel comenzó a tomar un tono más natural, sus ojos se pusieron más rojos, brillantes y poderosos mientras me observaban con una mezcla de curiosidad y algo más que no lograba identificar. Sus facciones comenzaron a ser más humanas a medida que se movía. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, noté un destello en su mirada, una chispa de reconocimiento.

—¿Mirah? —preguntó con una sonrisa dulce, como si lo que acababa de hacer no fuera nada extraordinario.

Esa sonrisa me desconcertó más que cualquier otra cosa. Sentí una presión en mi pecho, una sensación incómoda de familiaridad. Su rostro… Había algo en su rostro que me resultaba terriblemente conocido, pero no podía colocar exactamente de dónde. Entonces, de repente, las piezas comenzaron a encajar en mi mente. Los recuerdos borrosos, las imágenes fragmentadas que habían pasado por mi mente cuando Kyox me había sometido a los ecos. Me di cuenta de quién era.

—¿Tía Madeleine…? —Mi voz salió casi en un susurro, llena de incredulidad.

—¡Oh, por los cielos! Pueden moverse —dijo y sentí como el agarre invisible abandonaba a mi cuerpo.

Con movimientos rápidos y nerviosos, me levanté del suelo. Mi cuerpo seguía temblando de la ansiedad que me recorría, pero, ahora, podía moverme libremente. No obstante, antes de que pudiera hacer o decir algo, Madeleine me rodeó con sus brazos en un abrazo firme, algo que me dejó sin palabras. Su cuerpo era frío, como el mío, y, por un instante, sentí una extraña sensación de consuelo en ese gesto. Pero la calidez del momento duró poco. De repente, me apartó de golpe, con sus manos en mis hombros, y su mirada se oscureció al observarme más detenidamente, deteniéndose especialmente en mis ojos.

—¿Cómo es posible…? —susurró, su tono ya no era dulce, sino incrédulo —. ¿Cómo te has convertido en vampira?

La pregunta me sacó de cualquier momento de nostalgia que pudiera haber sentido. La miré con incredulidad y una risa amarga salió de mis labios.

—Me estás jodiendo, ¿verdad? —repliqué con ironía, mis palabras llenas de amargura—. Tú eres una vampira.

Madeleine me observó por un momento, su expresión era difícil de leer. Entonces, suspiró con resignación y apartó la mirada.

—Es una larga historia —respondió.

—La mía también, pero supongo que lo que más tenemos es tiempo — dije cruzándome de brazos, aun tratando de procesar todo lo que estaba pasando.

La tensión en la sala era palpable. Me sentía atrapada entre la curiosidad y la furia. Había tantas preguntas que necesitaban respuesta, y no sabía por dónde empezar.

—No te recuerdo del todo —admití—. Solo tengo una visión vaga de ti. Nada claro.

—Lo sé… yo borré tus recuerdos, fue a petición de tus padres. Pero de alguna forma algunos de ellos parece que han vuelto a ti. ¡Oh, querida Mirah! Ha pasado tanto tiempo, eres toda una adulta. ¡Mírate! —Madeleine desvió su mirada unos centímetros hacia Kane y lo observó con detenimiento, fijando su mirada en las sombras que serpenteaban en sus manos—. Umbraquinético… —Volvió su mirada hacia mí—. ¡Vaya! No me sorprende que tengas uno de esos cerca de ti —dijo ella.

—¿Qué se supone que significa eso? —preguntó él.

—Nada —replicó girando sus ojos hacia mí—. ¿Por qué estás aquí? ¿Cómo has llegado? Jamás fuiste entrenada para entrar a este lugar como guardiana.

—No lo sé, solo supe que tenía que venir aquí.

Madeleine observó a su alrededor y sus colmillos salieron mientras observaba a los Voyh.

—¿Por qué están ellos aquí?

—Calma, son mis amigos.

—Los vampiros no somos amigos de los lobos.

—Pues le tengo nueva información, señora, Mirah y yo somos mejores amigas —dijo Michelle con la frente en alto.

Madeleine hizo un gesto donde parecía oler a todos a su alrededor, especialmente a Luca y Michelle.

—Sangre de Alfa y algo más que no puedo distinguir por alguna razón. —Giró su mirada hacia mí—. Parece que tienes amigos poderosos en todos los lugares.

—¿Qué es este lugar? —pregunté y Madeleine volvió a hacer un barrido visual a mi alrededor—. Está bien, puedes decirlo frente a ellos.

—Este lugar es tu legado, Mirah, es la tumba del más antiguo de todos, el primer vampiro, su esencia descansa aquí y nosotras, las Varmani, somos sus guardianas.

—¿El primer maldito vampiro?¡Me estás jodiendo! —dijo Kane.

—No te estoy… jodiendo, Umbraquinético —respondió ella con un tono de superioridad—. Su esencia inicial descansa aquí después de que lo pusimos a dormir hace muchos siglos.

—¿Lo pusieron? ¿Acaso hizo algo malo? —preguntó Hash.

—¿Eres una Genomística y no sabes la historia? Eso es inaceptable —inquirió Madeleine.

—¿Cómo sabes…?

—Soy una mentalista, estoy en tu mente sin que lo notes. —Hash refunfuñó—. Lo pusimos a dormir porque es un gran peligro para todos. Pues el vampiro original no conoce de perdón, solo venganza. Mirah, hay algo que necesitas saber —dijo, sus ojos oscuros fijos en mí. Hice una pausa, dejando de mirar las paredes para concentrarme en ella. Su expresión era seria, y el ambiente entre el grupo se tensó al instante—. Nuestra clase,

las Varmani, tiene un propósito que va más allá de lo que alguna vez imaginé —continuó, su voz firme pero teñida de tristeza—. Somos la salvaguarda de este mundo contra el primer vampiro, contra lo que él representa. Fue nuestra responsabilidad… y nuestro error.

—¿El primer vampiro? ¿Nuestro error? —pregunté, sintiendo un escalofrío recorrer mi espalda.

Madeleine asintió lentamente.

—Hace siglos, un demonio llamado Asmodeus creó al primer vampiro. Él no era como los vampiros que conocemos ahora; no tenía debilidades, ni restricciones. Era pura crueldad, un depredador sin control que sembraba el caos dondequiera que iba. —El grupo estaba en silencio, cada uno procesando las palabras de Madeleine a su manera—. La tierra, como una respuesta cósmica, creó a su salvaguarda: las Varmani. Nosotras éramos su contraparte, el equilibrio necesario para contener su poder. Verás, mientras el vampiro puede controlar sangre, tiempo, sombras, agua, tierra, fuego y tiene una fuerza titánica, nosotras tenemos los poderes de la mente, nosotras somos lo único que puede controlarlo. —Su voz se suavizó y vi algo de dolor en sus ojos—. Durante siglos, lo enfrentamos. Fue nuestra batalla, nuestra misión. Pero no estábamos preparadas para lo que vendría después.

La tensión en el aire se hizo más pesada. Me acerqué un paso más, incapaz de apartar la mirada de ella.

—¿Qué ocurrió? —pregunté, aunque una parte de mí temía la respuesta.

Madeleine exhaló profundamente, como si necesitara reunir fuerza para continuar.

—Lo impensable. Después de siglos de enfrentarnos, algo cambió. El primer vampiro y la primera Varmani… se enamoraron perdidamente. —Su voz se quebró ligeramente al decirlo—. Se convirtieron en un poder que ni siquiera la tierra pudo prever. Juntos eran imparables, una fuerza que ni el abismo ni la luz podían contener.

Mis ojos se abrieron de par en par, y mi mente comenzó a trabajar febrilmente, tratando de entender lo que esto significaba.

—¿Qué pasó con ellos? —preguntó Kane, su tono brusco, aunque noté el ligero temblor en su voz.

Madeleine bajó la mirada.

—Mi clan los condenó. Fue la única forma de restaurar el equilibrio. Al primer vampiro lo sellamos en un sueño eterno: destruimos su cuerpo y

encerramos su esencia. Tuvimos que hacer lo mismo con la primera Varmani. Su cuerpo fue destruido y su esencia, confinada en el abismo, lejos del primer vampiro, puesto que él puede despertarla con su sangre.

El abismo es un lugar que solo las Varmani podemos abrir o cerrar, al menos las más antiguas de nuestra clase, aquellas conocidas como Varmani Valagaarum, un título que habla del control de planos más allá de este mundo. Pero su vínculo sigue siendo una amenaza. Si alguna vez despertaran… Juntos, serían lo más poderoso que existe, y lo más peligroso también.

El silencio que siguió fue tan profundo que parecía que la cámara misma contenía el aliento.

—Pero entonces… —dijo Hash, rompiendo el silencio mientras me miraba con esos ojos rojos que parecían ver más allá de mi piel—. Ese enlace que tiene Mirah, su enlace real, una conexión que no debería existir. Estás vinculada a alguien milenario… —Hizo una pausa, sus palabras cargadas de una inquietante certeza—. ¿Podría ser este vampiro? —preguntó mirando a Madeleine.

Las palabras cayeron como una bomba. Kane, que hasta ese momento había estado quieto, se tensó visiblemente. Su mandíbula se apretó y me miró con una mezcla de incredulidad y… algo que no quería descifrar.

—Parece que te faltó contarme una parte de la historia de tu enlace, ¿no? —preguntó, su voz baja pero peligrosa, como un animal acechando.

—Kane… —comencé, pero él levantó una mano para detenerme.

—¿Estás enlazada con alguien más? ¿Qué hay de lo que ocurrió entre nosotros? ¿Sabías esto y no me lo dijiste?

Sentí mi garganta cerrarse. Su mirada dolida era como un puñal en mi pecho.

—No estaba segura —dije finalmente, mi voz temblando—. No sabía cómo decirlo.

—No sabías cómo decirlo… —repitió, su tono cargado de sarcasmo. Dio un paso hacia mí, sus ojos oscuros brillando con emociones contenidas—. ¿Y ahora qué? ¿Me dices que estás conectada con un vampiro milenario y yo debo aceptarlo? Siempre estás conectada con alguien más parece…

Respiré profundamente, reuniendo el poco coraje que me quedaba.

—Lo siento mucho, Kane. Pero eso no va a cambiar lo que siento por ti. No sé qué hay en mi iris, ni cómo eso nos afecta, pero seguiremos siendo tú

y yo. Eso es una promesa.

Sus ojos se suavizaron un instante, pero la tensión en su cuerpo no disminuyó. Cruzó los brazos, como si intentara contener sus emociones, y respiró hondo antes de responder.

—Esto… —Hizo una pausa, buscando las palabras—. Esto no es algo que puedas simplemente ignorar, Mirah. Si de nuevo hay algo que pueda separarnos…

—Lo sé —admití—. Pero no dejaré que eso defina quién soy ni lo que hacemos juntos.

Kane no respondió de inmediato. Apartó la mirada, su pecho subiendo y bajando con respiraciones profundas mientras trataba de procesar todo lo que acababa de escuchar. La molestia seguía escrita en su rostro, pero no dijo nada más. Sabía lo que hacía, se cerraba cuando se sentía amenazado, cuando sentía que algo podía arrancarle todo lo que amaba, era lo mismo que había pasado antes.

Madeleine rompió el incómodo silencio.

—Si la conexión de Mirah con el primer vampiro es real, debemos averiguarlo antes de que sea demasiado tarde. Porque si él despierta… no habrá forma de detener lo que vendrá después —afirmó—. Mirah, debes entender esto —comenzó Madeleine, sus ojos rojos clavados en mí, como si quisiera asegurarse de que cada palabra penetrara profundamente en mi mente—. La esencia del primer vampiro jamás puede ser liberada. Su existencia es un equilibrio peligroso.

—¿Es posible que sea así de terrible como dicen? —preguntó Hash.

Madeleine tomó una pausa, mirando a cada uno de nosotros antes de continuar.

—Él no era un vampiro como los demás. Es el único vampiro verdaderamente inmortal, intocable. Si alguien obtiene su poder, no habrá fuerza en este mundo que pueda detenerlo. Su sangre es la sangre de Asmodeus. No tiene nuestras debilidades: el muranio no puede tocarlo, y mucho menos una mordedura de Voyh. Me temo que incluso podría funcionar sin corazón, puesto que es su esencia lo que le da vida… esencia del mismo demonio.

—Eso suena como los experimentos que hacía Idris —dijo Michelle en voz baja.

—Eso debe ser por lo que Grigori quiere este poder —dije finalmente, mi

voz baja pero cargada de certeza.

Los ojos de Madeleine se abrieron de par en par y retrocedió un paso como si la hubiera golpeado físicamente.

—¿Grigori… Volska? —susurró, con una mezcla de incredulidad y horror.

—Sí. ¿Cómo…?

—Lo conozco —dijo, casi en un murmullo—. Me crucé con él antes de mi último sueño ancestral. Era joven entonces, pero su ambición… Su oscuridad ya era evidente. —Hizo una pausa, su mirada perdida en un recuerdo distante—. Incluso entonces, sabía que Grigori era peligroso. Pero, cuando su pareja murió, se supo que sería aún más peligroso, si ahora está detrás de esto…

Sus palabras quedaron en el aire, y pude ver cómo su mente se llenaba de escenarios posibles, cada uno más aterrador que el anterior.

—No solo lo está buscando —intervine, atrayendo su atención de vuelta a mí—. Ha desatado una locura, Madeleine. Ha estado creando vampiros artificiales, experimentando con ellos, buscando formas de replicar este poder.

Madeleine parpadeó varias veces, como si no pudiera procesar lo que acababa de escuchar.

—¿Vampiros artificiales? ¿Qué quieres decir? —preguntó con una mezcla de incredulidad y miedo.

Tragué saliva, preparándome para lo que sabía que iba a ser una confesión difícil.

—Todos nosotros… —Mi voz se quebró por un momento, pero me forcé a continuar—. Kane, Cat, incluso Michelle que es una Voyh… Todos fuimos creados de esa forma. Somos el resultado de los experimentos de Grigori.

—Y no solo eso, ha creado una nueva especie de Noctus —replicó Kane —. Grigori ha desarrollado un suero que transforma a otros vampiros y que además puede generar compulsión con otros vampiros, lo hizo conmigo por meses.

El rostro de Madeleine perdió todo color, y por un momento pensé que iba a desmayarse. Dio un paso atrás, llevándose una mano a la boca mientras su mirada se desplazaba entre todos nosotros.

—Eso es imposible, la compulsión no puede ser forzada, es un poder que solo tiene un mentalista, alguien con la capacidad de influenciar las mentes

de otros.

—Entonces solo hay una posibilidad… —Kane me miró con el ceño fruncido—. El suero se deriva de ti, Mirah, de tu poder. Quizás eso es todo lo que ocurrió en Simpless, quizás siempre has sido tú el centro de todo este universo de nuevos vampiros…

Una cosa era saber que Grigori era un enfermo por conseguir el poder, otra cosa era entender que había manipulado mi vida de maneras inimaginables para convertirme en vampira, pero ¿saber que la tortura que pasó Kane por meses se derivaba de mi ser? Cortarle la cabeza no sería suficiente, quería verlo sufrir y finalmente que suplicara por su muerte…

—Esto es peor de lo que imaginaba —susurró Madeleine más para sí misma que para nosotros—. Mirah, debes prometerme algo —dijo, su voz firme y temblorosa a la vez sosteniéndome por las manos—. Cueste lo que cueste, no puedes permitir que Grigori llegue a este poder. Si lo hace… —Sacudió la cabeza, su mirada desesperada—. Nadie podrá detenerlo. Ni siquiera tú.

Sentí cómo el peso de sus palabras se hundía en mi pecho como una piedra. Madeleine estaba pidiendo algo que, en el fondo, sabía que ya había decidido, pero escucharla decirlo de esa manera, con tanto miedo y convicción, lo hacía aún más real.

—Lo prometo —dije finalmente, mi voz apenas un susurro, pero cargada de determinación.

Madeleine asintió lentamente, aunque no parecía aliviada.

—Si Grigori obtiene esa esencia que existe en este lugar, desatará el fin del mundo tal como lo conocemos. Él no busca equilibrio, Mirah. Busca poder, y nada lo detendrá hasta que lo tenga todo.

El silencio que siguió fue pesado, pero mi mente ya estaba trabajando. Sabía lo que tenía que hacer, aunque el camino adelante estuviera lleno de incertidumbre. Grigori podía tener todas las armas a su disposición, pero yo también tenía algo: mi promesa, mi voluntad y el apoyo de las personas que estaban a mi lado.

—No dejaré que ocurra —repetí, esta vez con más fuerza.

Los ojos de Madeleine se suavizaron ligeramente, pero el miedo seguía presente en su mirada.

—Espero que sea suficiente, Mirah. Porque, si no lo es… no habrá un mundo al que volver. —Madeleine miró a mi derecha e hizo contacto visual

con Faustus—. Sanguinum Sanctum.

—Madeleine Varmani. No pensé que tendría el honor de volver a verte.

—Faustus, ¿cuántos siglos han pasado desde que te hice ese tatuaje para unirte a nuestra causa?

—Más de cinco siglos, creo.

—Has servido bien a nuestra causa estos años, tu nombre está muy alto en la sociedad Varmani. Gracias por cuidar a Mirah, puedo ver en tu mente lo que hiciste por ella cuando Kyox la interrogó.

Faustus hizo una leve reverencia.

Madeleine se giró hacia mí, su rostro tenso y marcado por la preocupación, pero sus palabras salieron con la calma de alguien que ha cargado un conocimiento imposible por demasiado tiempo.

—Ahora, escúchenme. Dentro de Karakum se encuentra el Pozo de las Sombras —comenzó, su voz reverberando suavemente en la cámara—. Es allí donde está contenida la esencia del primer vampiro. —Mi corazón dio un vuelco, pero no interrumpí—. El pozo no es solo un lugar. Es un equilibrio entre el poder y la oscuridad absoluta. Para protegerlo, siempre hay una o varias guardianas Varmani que entregan sus vidas al servicio de su protección. —Hizo una pausa, y su mirada se volvió sombría—. Yo he sido una guardiana más tiempo del que me corresponde.

—¿Por qué? —pregunté, aunque ya podía intuir la respuesta.

Madeleine suspiró, su expresión cargada de amargura.

—Porque tu madre, Miranda, nunca quiso absorber su responsabilidad. Ella era la siguiente en la línea de sucesión, la única capaz de tomar mi lugar. Pero Miranda se negó. Rechazó lo que el destino le exigía y también escogió ese destino para ti… dejándote desprotegida de todo lo que deberías haber sabido sobre tu legado. —Su mirada se suavizó, como si sintiera algo de lástima por mí—. Nunca supiste de tu destino porque Miranda intentó protegerte. Pero, como puedes ver, el destino no se puede eludir tan fácilmente.

Un nudo se formó en mi garganta. El nombre de mi madre resonaba en mi mente, acompañado de recuerdos fragmentados de una infancia que ahora parecía más lejana que nunca.

—¿Entonces todo esto…? —susurré, incapaz de terminar la frase.

—Esto es lo que eres, Mirah. Lo que siempre has sido. —Madeleine dio un paso hacia mí, colocándome una mano en el hombro—. Pero no estás

preparada. Necesitas desbloquear tus recuerdos. Hay cosas que tu mente ha olvidado, cosas que tu sangre conoce pero que tú no puedes comprender todavía.

Antes de que pudiera responder, un ruido ensordecedor sacudió el techo del lugar. Una explosión, cercana, lo suficiente como para hacernos perder el equilibrio. Las paredes vibraron y pequeñas partículas de polvo comenzaron a caer desde el techo.

Madeleine cerró los ojos, su rostro concentrado como si escuchara algo que los demás no podíamos percibir. Cuando los abrió de nuevo, su mirada era fría y calculadora.

—Alguien los ha seguido—dijo, su tono tenso.

Sentí un escalofrío recorrerme.

—¿Qué? Eso es imposible —dijo Luca—. Nuestra nave está libre de rastreadores.

—Pues de alguna forma los han seguido.

—¿Quién? —pregunté.

Madeleine abrió las fosas de la nariz y aspiró con fuerza.

—Reconozco su maldito olor… olor a deseo de poder inminente… Volska —respondió Madeleine, su voz como una sentencia—. Y no está solo. Puedo sentir una esencia, retorcida y oscura. Está aquí, con otros… Noctus.

El grupo intercambió miradas de alarma. Kane se adelantó, colocándose instintivamente frente a mí, como si pudiera protegerme de algo que aún no habíamos visto.

—Es imposible —dijo Hash—.Nadie puede rastrearnos estando yo presente, yo los bloqueo.

—Claramente nos está rastreando de alguna forma —replicó Madeleine.

—¿Qué hacemos? —preguntó Michelle, su voz tensa pero firme.

Madeleine no dudó.

—Mirah y yo iremos al salón principal. Allí puedo ayudarte a desbloquear tus recuerdos, a comprender lo que necesitas para enfrentar lo que viene.

—¿Y nosotros? —intervino Cat, con las manos ya apretadas en puños.

Madeleine miró al resto del grupo con seriedad.

—Deben hacer lo imposible para que Grigori no nos encuentre. Distráiganlos, derriben lo que puedan. No dejen que llegue al Pozo de las Sombras.

—¡Espera! —protesté, dando un paso hacia ella—. No puedo dejar a los

demás enfrentarse a Grigori solos. Si algo les pasa…

—Es urgente, Mirah. No tenemos tiempo para discutir. —La voz de Madeleine fue cortante, y sus ojos me miraron con una intensidad que no admitía réplica—. Si no desbloqueas tus recuerdos, todo esto será en vano. Eres la única que puede hacer lo que se necesita.

Quise replicar, pero una mano firme tomó la mía. Kane. Me giré hacia él, y en sus ojos encontré una mezcla de determinación y algo más profundo que no podía ignorar.

—Ve, Mirah —dijo con suavidad, aunque su tono tenía un matiz de orden —. Te protegeré, no importa lo que cueste.

—Kane… —susurré, mi voz temblorosa.

Él no me dejó continuar. Antes de que pudiera decir algo más, su mano se metió en mi cabello, tomando mi cuello con propiedad, se inclinó y presionó sus labios contra los míos en un beso que fue tan feroz como desesperado. Sentí el calor de su cuerpo, su fuerza, y la promesa silenciosa de que haría todo lo posible por cumplir lo que había dicho.

Cuando el beso terminó, sus ojos rojos brillaban con una intensidad que me dejó sin palabras.

—Mirah, no hay destino sin ti, tú eres mi prioridad. Te defenderé con todo lo que pueda. Ahora, ¡ve!

—Te amo.

—Yo más, nena.

Tragué el nudo que se formó en mi garganta y asentí, aunque mi corazón parecía romperse con cada paso que daba hacia Madeleine. No sabía qué nos esperaba en el salón principal, pero una cosa era segura: esta era la primera vez que sentía que el peso del mundo estaba realmente sobre mis hombros.

Madeleine me hizo un gesto para que la siguiera y el resto del grupo comenzó a prepararse para lo que estaba por venir.

—Buena suerte —susurré, más para mí misma que para ellos, mientras nos adentrábamos en el oscuro pasillo que conducía al salón principal.

TREINTA Y TRES: Recuerda quién eres
MIRAH

Madeleine me guio por los pasillos oscuros hasta una pequeña cámara escondida en lo más profundo de Karakum. El espacio era frío, con paredes de piedra talladas con símbolos antiguos que parecían observarme desde las sombras. Una luz tenue emanaba de unas antorchas que chisporroteaban en silencio, creando un ambiente casi sacro.

—Siéntate aquí —me indicó Madeleine, señalando un peldaño de piedra que parecía desgastado por el tiempo.

Obedecí, mi respiración un poco agitada mientras trataba de controlar el nerviosismo que crecía en mi interior. Madeleine se arrodilló frente a mí, colocando sus manos en mis sienes con un toque sorprendentemente cálido para alguien cuya presencia siempre me había parecido un poco fría.

—Cierra los ojos, Mirah —dijo suavemente—. Y, ahora, recuerda quién eres.

Antes de que pudiera protestar o preguntar qué significaba eso, una ola de imágenes invadió mi mente, como si alguien hubiera abierto un cofre lleno de recuerdos enterrados. Me vi a mí misma, pequeña, jugando en el jardín de mi casa. Había un conejo blanco con manchas marrones, que saltaba despreocupado entre la grama. Lo seguí, riendo, tratando de acariciarlo. Madeleine estaba allí, su presencia imponente incluso en mi recuerdo.

—*Oblígalo, Mirah* —me dijo, con su voz baja pero firme—. *Haz que te escuche*.

—*¿Qué?* —pregunté confundida, mirando al conejo que seguía saltando lejos de mí.

—*Usa tu poder. Hazlo venir a ti.*

Yo no entendía completamente lo que quería decir, pero sentía que sus palabras eran más que una simple orden. Había algo en su tono, en su mirada, que sugería que esperaba algo de mí, algo que ni siquiera yo sabía

que podía hacer.

Pero, antes de que pudiera intentar lo que me pedía, mi madre, Miranda, apareció. Su rostro estaba encendido de ira.

—¡Eso es cruel, Madeleine! No haremos eso.

—Aunque tú hayas rechazado tu poder —respondió Madeleine con frialdad—, *no puedes hacer lo mismo con tu hija. Conoces el legado. Sabes lo que pasará si ella rechaza su posición en esto.*

—La protegeré —respondió Miranda con determinación, abrazándome con fuerza.

Madeleine rio con amargura.

—¿Siendo humana? ¿Cómo pretendes protegerla del destino que ya está escrito en su sangre?

Mi madre me miró con firmeza.

—Corazón de melón, ¿nos darías unos minutos a solas?

Asentí y me retiré, yo demasiado pequeña para entender completamente lo que ocurría, me escabullí mientras ellas seguían discutiendo. Me escondí en un rincón del jardín, con mis creyones en mano, y comencé a pintar en la pared. Dibujé lo que mi mente no podía explicar pero que mi alma parecía conocer: cientos de ojos, todos con el iris de un rojo intenso. Cuando mi madre y mi padre finalmente me encontraron, se quedaron inmóviles. Sus miradas estaban llenas de algo que entonces no entendí, pero que ahora podía identificar como miedo. Ellos sabían lo que significaban esos ojos. Mi destino ya se estaba revelando, aunque intentaran ignorarlo.

Los recuerdos continuaron, cada uno más claro que el anterior. Me vi a mí misma, años después, en la adolescencia, sentada en la última fila de mi salón de clases. Mis cuadernos estaban llenos de dibujos del mismo ojo, siempre el ojo, con ese iris rojo como la sangre. Era como un llamado, un símbolo que no podía dejar de reproducir, aunque no entendiera su significado. Escuché las risas de mis compañeros y las burlas, pero nunca me importaron. Siempre sentí que algo en mí era diferente, que yo no pertenecía del todo a ese lugar, a esa vida.

Un recuerdo en particular se destacó con más fuerza.

Estaba en noveno grado, caminando por un pasillo, cuando un compañero me bloqueó el paso. Era alto y agresivo, y sus palabras estaban cargadas de sarcasmo y desdén.

—¿Qué te pasa? ¿Te crees mejor que nosotros? —dijo mientras se

acercaba demasiado, invadiendo mi espacio personal.

Algo en mí se rompió. Una rabia silenciosa, un calor desconocido, comenzó a bullir dentro de mí. Lo miré directamente a los ojos y, sin siquiera pensarlo, murmuré:

—*Déjame en paz.*

Sus ojos se abrieron de par en par y su cuerpo se quedó inmóvil, como si una fuerza invisible lo hubiera atrapado en el lugar. El pánico se reflejaba en su rostro, pero no podía moverse. El miedo me invadió al instante. No entendía qué había hecho, pero sabía que era algo que no debía haber ocurrido. Sin pensarlo, salí corriendo, dejando a mi compañero ahí, congelado como una estatua.

Mi poder había existido mucho antes de convertirme en vampira. Mis amigos, mis Ronin todos habían desarrollado un poder que tenía que ver con sus vidas, yo nunca había comprendido la razón detrás de ser una mentalista, pero esto… hacía todo más claro.

Madeleine retiró sus manos de mis sienes y los recuerdos comenzaron a desvanecerse como el humo, aunque las emociones que habían despertado seguían latiendo en mi pecho. Abrí los ojos lentamente, encontrándome con la mirada penetrante de Madeleine.

—Ahora entiendes, ¿verdad? —dijo en voz baja—. Siempre ha estado en ti, Mirah. Esto no es algo que puedas ignorar o rechazar. Eres una mentalista por naturaleza, tu poder es parte de ti y tu destino no se puede eludir. Lo siento, tuve que borrar tus recuerdos, siempre tuve que ayudarte, era más fácil que pudieras tener una vida normal, era lo que tu madre quería.

Mis manos temblaban ligeramente y sentí un nudo en la garganta mientras trataba de asimilar lo que acababa de experimentar.

—Mis padres lo sabían todo y jamás me dijeron —susurré—. Siempre lo supieron.

Madeleine asintió, su expresión mezcla de compasión y dureza.

—Trataron de protegerte, a su manera. Pero ahora, Mirah, no hay más protección. El mundo te necesita, aunque aún no estés lista para aceptarlo. Nada en tu vida es casualidad.

—¿Eres realmente mi tía?

—No, soy tu ancestro, Mirah, tengo más de mil años, soy una de las Varmani más antiguas, una de las pocas que aún vive.

Respiré profundamente, tratando de calmar mi corazón acelerado. Las piezas de mi vida comenzaban a encajar, pero el panorama que formaban era más aterrador de lo que jamás había imaginado.

—Entonces… ¿qué hago ahora? —pregunté, mi voz temblando ligeramente.

Madeleine esbozó una sonrisa tenue, pero sus ojos permanecían serios.

—Te preparas. Ahora sabes quién eres, Mirah —dijo, su voz cargada de una mezcla de gravedad y urgencia—. Y tienes que entender algo muy importante. Jamás puedes dejar que él te use.

—¿De quién hablas? ¿Grigori? —pregunté, todavía desorientada por lo que había visto en mi mente.

Madeleine apretó los dientes, como si pronunciarlas palabras fueran casi insoportables para ella.

—No me refiere a Grigori… me refiero a él, Mirah, él verdadero dueño de la oscuridad. Siempre nos usan. Siempre dicen que es amor verdadero, pero no lo es. —Sus palabras tenían un tono amargo, casi como si estuviera reviviendo algo que le había sucedido a ella misma.

—¿De qué hablas? —insistí, sintiendo cómo la tensión en mi pecho aumentaba.

Madeleine tomó mis manos entre las suyas, sus dedos apretándolos con fuerza.

—Cueste lo que cueste, jamás podrás permitir que el primer vampiro viva. Él no puede regresar, Mirah. Promételo.

Su mirada me atravesó y, aunque mi mente estaba llena de dudas, algo en mi interior sabía que ella tenía razón. Tragué el nudo que se había formado en mi garganta y asentí.

—Lo prometo.

Madeleine suspiró, aunque no parecía aliviada. Se levantó lentamente, pero, antes de que pudiera decir algo más, un estruendo interrumpió el tenso momento. El suelo vibró bajo nuestros pies y el sonido de algo acercándose nos envolvió.

—¿Qué es eso? —pregunté, poniéndome de pie rápidamente.

Madeleine no respondió. Sus ojos estaban fijos en la entrada de la cámara y, un segundo después, una ola de fuego atravesó la puerta como una explosión viva. El calor abrasador me golpeó con fuerza, obligándome a cubrirme la cara. Madeleine salió despedida hacia atrás, chocando contra la

pared de piedra con un impacto que resonó en toda la cámara. Caí al suelo, aturdida, pero lo primero que vi fue a Madeleine. Su rostro, quemado y ennegrecido se veía irreconocible por un breve instante antes de que su piel comenzara a regenerarse con una rapidez que me dejó sin aliento. En cuestión de segundos, sus colmillos estaban afuera y ella estaba de pie nuevamente, aunque su expresión estaba marcada por una ira helada.

Antes de que pudiera reaccionar, una figura apareció en la entrada.

¡Joder! Grigori.

Su rostro estaba parcialmente transformado, sus ojos brillaban con un negro intenso y sus rasgos habían adquirido un aspecto casi bestial, como si la oscuridad misma lo estuviera devorando. A su alrededor solo había fuego serpenteando por todo su cuerpo como una llama viva.

—Mirah —dijo, su voz profunda y cargada de un poder que hacía temblar las paredes—. No puedes esconderte tanto tiempo de mí, vampiresa.

Madeleine dio un paso adelante, interponiéndose entre Grigori y yo.

—Pues ya era tiempo de que nos volviéramos a ver… Hijo de puta.

—Ah, ya veo de quién sacaste el lenguaje —dijo mirándome.

—No te atrevas a tocarla.

Grigori esbozó una sonrisa torcida, sus colmillos asomándose mientras inclinaba la cabeza ligeramente.

—¿Cómo mierda llegaste aquí? —pregunté.

—Tu collar tiene un hermoso rastreador, sabía que me guiarías a Karakum, vampiresa. Era solo cuestión de tiempo ¿o realmente creías que te había dejado ir por completo? —Hizo una pausa y giró un poco la mirada hacia mi izquierda—. Madeleine, como siempre, es un no gusto verte. Ahora, con respecto a que no me atreva a tocar a Mirah, lamento informar que la he tocado de todas las formas que pueden considerarse desvergonzadas.

La rabia ardió en las mejillas de Madeleine y, antes de que Grigori pudiera moverse, ella levantó una mano y su voz resonó como un mandato ancestral:

—¡Arrodíllate! —Grigori cayó al suelo al instante, como si una fuerza invisible lo hubiera aplastado. Su cuerpo temblaba mientras luchaba contra el poder de Madeleine, pero no podía levantarse, al menos no fácilmente. Su rostro, aunque feroz, mostraba una rabia impotente—. ¡Imbécil! Has perseguido a nuestra sangre por generaciones, tú y tu asquerosa obsesión

por nosotras. Pero esto se termina aquí —dijo Madeleine, su voz cargada de autoridad.

Sin embargo, antes de que pudiera actuar, otras figuras entraron en la cámara. Los Noctus. Eran rápidos, más de lo que pude reaccionar. Se lanzaron sobre Madeleine y sobre mí en cuestión de segundos, sus movimientos precisos y brutales. Uno de ellos le cubrió la boca con fuerza, mientras otros la inmovilizaban, sujetando sus brazos y piernas con una coordinación casi militar. Traté con todas mis fuerzas de liberarla, pero, aunque mi telequinesis estaba en todo su esplendor, eran demasiados y los malditos estaban tratando de… desmembrarla.

Madeleine intentó liberarse, pero, incluso con su fuerza, los Noctus parecían preparados para enfrentarla. Su mirada desesperada se clavó en la mía mientras luchaba contra ellos.

—¡Mirah, corre! ¡Ahora! —intentó gritar, pero su voz se perdió detrás de las manos que le cubrían la boca.

Grigori, todavía arrodillado, comenzó a reír, aunque su rostro estaba lleno de furia mientras comenzaba a retomar control de su cuerpo.

—Esto no ha terminado, Madeleine. Apenas comienza. —Poco a poco Grigori se zafó del control de Madeleine y se levantó.

Grigori levantó la mirada hacia mí, sus ojos negros atravesándome como dagas.

—¿Qué harás ahora, Mirah? —preguntó con una sonrisa perversa, como si ya supiera la respuesta.

El caos llenaba la cámara, pero algo dentro de mí despertó, algo que ya no podía ignorar. Todo lo que Madeleine me había mostrado, todo lo que había aprendido sobre quién era y lo que podía hacer, ahora corría por mis venas como fuego. No había tiempo para dudas, no había lugar para el miedo.

Sin pensarlo dos veces, hice una llave que me permitió liberarme de los Noctus que me sujetaban y me lancé contra él. Mi cuerpo se movió con una agilidad que nunca antes había sentido, como si cada fibra de mi ser estuviera siendo guiada por algo más grande que yo.

Grigori alzó la vista justo a tiempo para verme venir.

—¿De verdad crees que puedes detenerme, vampiresa? —se burló, esquivando mi primer golpe con facilidad. Pero yo no me detuve. Giré sobre mis pies, lanzando un puñetazo directo a su rostro. Lo esquivó de nuevo, pero mi rodilla ya estaba subiendo hacia su estómago. Esta vez, lo

golpeé con fuerza, sacándole un gruñido de frustración—. ¡Me perteneces Mirah! Aunque me odies, aunque me desprecies, en el fondo sabes que sentimos algo el uno por el otro —dijo retrocediendo mientras desenfundaba algo de su cinturón. Un destello dorado captó mi atención. Una daga. Pero no era cualquier daga. La reconocí al instante: muranio. El material que podía atravesar la piel de un vampiro y convertir una simple herida en una sentencia de muerte. Grigori cargó contra mí, la daga en mano, apuntando directamente a mi corazón—. ¿Quieres intentar matarme? ¡Vamos! ¿Qué esperas? —gritó, con una mezcla de desafío y rabia.

—¡Te mataré aunque sea lo último que haga! —exclamé llena de furia

Salté hacia un lado en el último momento, esquivando por poco la hoja mortal. Sentí el filo pasar tan cerca que cortó un mechón de mi cabello, pero no tenía tiempo para pensar en eso. Giré sobre mí misma, pateando su mano con toda mi fuerza. La daga cayó al suelo con un ruido metálico, pero Grigori no perdió el ritmo.

Su puño se estrelló contra mi costado, haciéndome tambalear, pero usé el impulso para girar y golpearlo en la mandíbula. El crujido de su cabeza al impactar contra la pared fue satisfactorio, pero no lo suficiente para todo lo que quería verlo sufrir.

—¡Vas a morir, vampiresa! Así como murieron tus patéticos padres —gruñó, recuperándose con una velocidad sobrenatural.

Y en ese momento me cayó un balde de agua fría en la vida misma. ¿Había sido él? ¿Los había asesinado?

—Tú… ¿Tú los mataste?

—Sacrificios tenían que hacerse.

Sentí la furia del abismo llegar, mis manos sentían la telequinesis arder, estaba caliente, como si una brasa quemara mis manos, sentía sombras, sentía poder, sentía un universo entero a través de mi canalización. Grigori se abalanzó sobre mí, intentando recuperar la daga, pero yo fui más rápida. Mi pie la atrapó primero y la pateé hacia atrás, alejándola de él. Grigori rugió, lanzándose hacia mí con una furia renovada, pero esta vez estaba lista, canalicé todo mi poder, era una mezcla de cosas que ni siquiera entendía cómo estaba saliendo de mis manos, oscuridad, vida, muerte, telequinesis, todo mantenía a Grigori anclado al muro de la cámara mientras su piel parecía comenzar a desintegrarse, pero el maldito era más fuerte que el odio y se regeneraba sumamente rápido. Su estela comenzó a moverse y

por primera vez sentí miedo, porque también podía sentir cuánto estaba costándome canalizar este nivel de poder, mi cuerpo no podía con él, Hash me lo había dicho y, si Grigori no moría, puede que yo no saliera viva de esta cámara.

De pronto se zafó de mi control y se abalanzó hacia mí, pero algo lo detuvo en el aire y solo en ese momento cuando escuché el rugido tan potente entendí lo que había pasado. Michelle estaba transformada en lobo y había golpeado a Grigori, deteniéndolo en el aire. Grigori cayó al suelo, con la cabeza sangrando profusamente, y Michelle se posicionó frente a él, batiendo sus patas traseras como quien estaba a punto de crear una estampida mortal.

Michelle cargó contra él con una furia que se podía oler en el aire. Mi mente esperaba el mordisco en la cabeza, o quizás verla rodar. Pero en un abrir y cerrar de ojos no pude entender lo que había ocurrido, la estela de micromurciélagos se había movido rápido… quizás demasiado rápido, posicionándose detrás de ella mientras saltaba, solo pude escuchar un sonido de algo roto, huesos, carne, algo que traspasaba la cámara. El cuerpo de Michelle cayó al suelo, transformándose en humana, con su traje de combate azul oscuro, ese que podía readaptarse a su transformación. Mi mejor amiga yacía allí, en el suelo… inerte. Mi visión de sangre buscó con desesperación el movimiento de su corazón, un latido, algo… pero no había nada. Grigori le había roto el cuello.

—¡¡¡No!!! —Mi gritó fue ensordecedor, un eco, una vibración. Mi telequinesis salió despedida como una onda pegando a Grigori a la pared y manteniéndolo ahí—. ¡Mich! ¡Mich! No, no, no. ¡Joder! —dije acercándome a su cuerpo. Michelle no se movía, no respiraba, nada pasaba —. No puedes, Mich, no puedes dejarme, no puedes. ¡Joder! Eres mi mejor amiga. No puedes. —Los Voyh no sanaban… no como nosotros. Si su cuello se rompía, no se iba a reparar.

La rabia de mi interior… Venganza era su nombre, se movía como un líquido que me energizaba por completo. Me agaché, tomé la daga y, con un movimiento rápido, la giré en mis manos. Cuando Grigori se acercó lo suficiente, usé su propio impulso contra él y clavé la daga en su abdomen, justo debajo de las costillas.

Grigori gritó, un sonido gutural y lleno de rabia, pero sabía que no sería suficiente para detenerlo. El muranio era letal, pero él era Grigori. No iba a

caer tan fácilmente.

—Te odio con cada litro de sangre en mi cuerpo y juro por Dios, el universo o lo que sea que exista allá arriba que te voy a matar, y no solo matar, te haré sufrir, te haré suplicar que te mate, te haré desear que nunca me hubieses conocido. —Empujé la daga y la torcí en su abdomen, viendo cómo un hilo de sangre salía de su boca—. Te haré desear que jamás te hubieses convertido en un maldito vampiro con vida eterna. —Empujé más la daga y entonces me tomó por el brazo y me giró intentando tener el control, pronto nos volvimos una maraña de puños y patadas cayendo al suelo. Pero cuando menos lo esperó me posicioné detrás de él, anclando mis piernas alrededor de su cintura y mis brazos alrededor de su cuello. Una llave… Sofocarlo no iba a ser suficiente, pero juraba por la oscuridad misma que toda mi energía estaba destinada a separar su puto cuello de su puto cuerpo.

Grigori se batía como un pez fuera del agua, sus manos tratando de librarse de mis brazos y dentro de mí solo había furia, rabia, sentía mis ojos arder, más y más, mi sangre se sentía espesa, de otra forma, sabía lo que estaba dentro de mí en ese momento, la oscuridad pura. Grigori soltó sangre oscura por la boca y poco a poco sentí como la carne de su cuello comenzaba a desprenderse, se movía con desesperación tratando de quizás pedir clemencia, una que no le daría jamás.

Llegaron más Noctus a mi izquierda y comenzaron a ahorcar a Madeleine y en ese momento mi mente se dividió en dos, podía aquí mismo en este momento acabar con todo, podía matar a Grigori, podía ser egoísta y escoger lo que yo quería hacer, pero Madeleine moriría y ella era la única familia que me quedaba. En ese momento tuve que tomar la decisión más difícil de mi vida.

—¡Madeleine! —grité, girándome hacia los Noctus que la mantenían sometida y soltando el agarre de Grigori.

Extendí mis manos, dejando que mi telequinesis fluyera como nunca antes. Sentí el aire a mi alrededor vibrar mientras una fuerza invisible arrancaba a los Noctus de Madeleine, lanzándolos contra las paredes con una violencia que ni siquiera sabía que podía invocar.

Madeleine cayó al suelo, libre pero aturdida. Corrí hacia ella, extendiendo mi mano para ayudarla a levantarse.

—¡Tenemos que irnos ahora! —le grité, mientras sentía la energía en mi

interior alcanzar su punto máximo.

Madeleine apenas asintió. Tomé a Michelle por el brazo y cerré los ojos, concentrándome en el abismo. Sentí el tirón en mi estómago, esa sensación vertiginosa de ser arrancada del lugar donde estaba y, cuando los abrí de nuevo, ya no estábamos en la cámara. Nos habíamos teletransportado a la cámara donde habíamos estado todos antes, pero no encontraba a nadie. ¿Dónde mierda estaban los demás?

Mis ojos se desviaron hacia Michelle, no podía aún creerlo, una parte de mí estaba tratando de pensar que iba a vivir, pero lo entendía, no había latido, era una Voyh, no tenía las mismas habilidades que nosotros. Madeleine me puso una mano en el hombro.

—Lo siento, Mirah, lo siento mucho, se ha ido.

—No puede… No puede haberse ido. —Miré a Madeleine sintiendo la furia recorrerme entera y Madeleine se sobresaltó.

—Tus ojos… ¿Qué has hecho? Son negros, Mirah.

—Hay algo dentro de mí, Madeleine, que aún no lo comprendo.

—¡Joder! Tenemos que sellar el pozo, Mirah, y tenemos que salir de aquí.

—¿Qué tiene que ver el pozo con mis ojos?

—Más de lo que crees —dijo ella.

—No puedo irme, no puedo dejarla —dije mirando a Michelle.

—Mirah, tu amiga se ha ido, pero tus demás amigos están vivos y te necesitan.

—No, no, no… —susurré, mi voz temblando mientras colocaba las manos en los hombros de Michelle, sacudiéndola suavemente—. Michelle, despierta… Por favor, despierta… —No hubo respuesta. El silencio de la cámara era insoportable, roto solo por mis jadeos desesperados. Mi mente se negó a aceptar lo que mis ojos veían—. ¡Michelle, no puedes hacerme esto! —grité, golpeando el suelo con la mano antes de volver a sacudir a mi amiga—. ¡Despierta! ¡No puedes dejarme sola!

Madeleine dio un paso hacia mí, su rostro sombrío pero contenido, como si intentara reunir fuerza para lo inevitable.

—Mirah… —comenzó, con la voz baja y llena de compasión.

—¡No digas una palabra! —grité, en mi cuerpo solo había espacio para furia y lágrimas.

Las lágrimas comenzaron a caer en cascada por mis mejillas, mezclándose con el polvo del suelo. Pero no me detuve, coloqué ambas manos sobre el

pecho de Michelle y comencé a golpear suavemente, como si pudiera reanimar su corazón. Lo había hecho antes con telequinesis, intentaría lo que fuese.

—Vamos, Michelle… por favor… —murmuré entre sollozos, mi voz quebrándose con cada palabra—. No puedes dejarme. ¡No puedes hacerme esto!

Golpeé su pecho una y otra vez, primero con cuidado, luego con más fuerza, ignorando el dolor que sentía en mis propios nudillos. Madeleine se arrodilló junto a mí, intentando detenerme.

—Mirah, basta… —dijo Madeleine, colocando una mano en mi hombro.

Pero la aparté con una fuerza que no sabía que tenía, mi telequinesis desbordándose como una onda invisible que sacudió la cámara. Las antorchas chisporrotearon, algunas apagándose por completo, y el suelo vibró levemente bajo nuestros pies.

—¡No me toques! —grité.

Madeleine retrocedió, pero su mirada permaneció fija en mí, sus ojos llenos de pena.

Lloré desconsolada, mi pecho subiendo y bajando rápidamente mientras intentaba pensar, intentar algo. Entonces, la idea llegó a mi mente como un torbellino, porque mi madre decía que no había que preocuparse, sino ocuparse.

—Si ayudé a Cat… —susurró, su voz apenas audible entre sus sollozos—. Si ella… pudo…

Sin dudarlo, mis colmillos salieron y me llevé mi muñeca a la boca y clavé mis colmillos con fuerza. Un dolor agudo me atravesó, pero no me importó. La sangre brotó de la herida, oscura y espesa, y la dejé gotear sobre los labios de Michelle.

—¡¿Qué estás haciendo, Mirah?!

—Por favor… —murmuró, su voz quebrada—. Tómala, Michelle… por favor…

Sujeté el rostro de Michelle entre mis manos, inclinándome más cerca, dejando que mi sangre cayera en su boca, pensando, esperando, que esa chispa de vida regresara a su cuerpo.

—Vamos… ¡Vamos! —grité, desesperada, mientras mi sangre empapaba sus labios. Pero nada sucedió—. ¡Maldita sea, despierta! —grité de nuevo, presionando mi muñeca contra sus labios, rogando por un milagro.

El silencio era ensordecedor. Madeleine observaba desde atrás, con los labios apretados y los ojos llenos de sorpresa.

—Mirah… no funciona así… Es una Voyh —dijo finalmente, con una voz suave y cautelosa.

—¡No lo sabes! —grité, girándome hacia ella con el rostro bañado en lágrimas, mientras seguía presionando mi sangre contra Michelle—. ¡No puedes saberlo! ¡Somos diferentes! ¡Quizás puedo salvarla!

Madeleine intentó acercarse de nuevo, pero mi energía la detuvo, una fuerza invisible, una especie de escudo a mi alrededor que la empujó hacia atrás.

—Mirah, tengo miles de años viviendo, lo sé, no funcionará.

—¡No me digas que no puedo salvarla! ¡Ella es mi mejor amiga! Estuvo conmigo cuando la necesité, cuando nadie más me saludaba, cuando todos me decían que era la rara del Instituto de Idris, ella me dio su mano y su amistad de forma incondicional, ¡¿no lo entiendes?! ¡No puede morir! —grité, mi voz desgarrada por el dolor.

Pero Michelle seguía sin moverse. Su cuerpo permanecía frío, inerte. Y entonces mis lágrimas parecieron cesar y lo entendí, aunque no quería entenderlo. Mi sangre no era suficiente. Yo no era suficiente para salvarla. Un grito de pura desesperación salió de mi garganta, resonando en la cámara y más allá, llenando el aire con un eco que parecía arrastrar todo el dolor del mundo. Las paredes vibraron y el polvo se desprendió de ellas. Me derrumbé sobre el cuerpo de Michelle, abrazándola con fuerza, como si aún pudiera protegerla, como si aún pudiera traerla de vuelta.

—Lo siento… —murmuré entre sollozos, su voz apenas audible mientras sus lágrimas caían sobre el rostro de su amiga—. Lo siento tanto, Michelle… Soy una maldita inútil, no pude protegerte, lo siento…

Madeleine finalmente se acercó, colocando una mano en mi hombro, parecía que mi poder había bajado las defensas. Esta vez, no la aparté. Simplemente me quedé allí, rota, sosteniendo a mi mejor amiga, mientras el peso de la realidad se asentaba sobre mis hombros.

—Mirah… —dijo Madeleine.

—Lo mataré… —dije despacio—. Juro que lo mataré, lo exterminaré, le arrancaré el cuerpo pedazo a pedazo por lo que ha hecho. Cada célula de mi cuerpo exige verlo sufrir, suplicar… jamás alguien me ha herido como él y utilizaré cada momento de mi vida para que entienda que fue una mala

decisión hacerme una vampira.

El aire frío de la cámara fue interrumpido por un ruido que hizo que todos los músculos de mi cuerpo se tensaran. Pasos, decenas de ellos, resonando en las paredes de piedra. Las sombras comenzaron a moverse en las entradas de la sala, y entonces los vi: Noctus, docenas de ellos, llenando el espacio con su presencia imponente y maliciosa. Rodearon la cámara rápidamente, cerrando cualquier posible escape. Su apariencia grotesca, esos cuerpos que apenas podían mantener una forma completamente humana, me hizo sentir una mezcla de asco y rabia. Apreté los puños, dejando que mi telequinesis fluyera hasta mis dedos, lista para atacar.

—¿Quieren pelear? —dije, mi voz resonando en el espacio, cargada de dolor y furia—. ¡Entonces vengan!

Estaba lista para desatar mi poder sobre ellos, para arrancarles la vida con la misma brutalidad con la que ellos nos la habían arrebatado. Esta vez cuando canalicé mi telequinesis no estaba sola, podía sentir el abismo de mi cuerpo, pero no buscaba moverme en el espacio, ese abismo se enroscaba en mi piel, eran sombras y estas salieron disparadas hacia sus cuellos, decapitándolos con facilidad. Más y más venían hacia nosotros. Pero antes de que pudiera moverme, algo extraño ocurrió. Los Noctus, uno por uno, comenzaron a retorcerse. Sus cuerpos se sacudían como si una fuerza invisible estuviera controlando su sangre, jalándola de adentro hacia afuera. Vi estelas pasar cerca de ellos, como cortando. Algunos cayeron de rodillas, llevándose las manos al pecho, mientras otros intentaron gritar, pero sus voces fueron ahogadas por el dolor.

—¿Qué demonios…? —susurré, dando un paso atrás, confundida.

En cuestión de segundos, todos los Noctus comenzaron a convulsionar, sus cuerpos golpeando el suelo con fuerza. Uno tras otro, murieron de manera sincronizada, como si algo hubiera apagado sus vidas al mismo tiempo.

Y entonces los vi.

Detrás de todos los cuerpos caídos, Faustus apareció primero, caminando con calma, su rostro sereno pero sus ojos brillando con una intensidad oscura, sus manos en el aire, giradas como quien controlaba a un títere. A su lado estaba Cat, con una daga de muranio en la mano y una sonrisa satisfecha en los labios. A su derecha, estaba la otra… Cat, con una sonrisa aún más satisfecha.

—¿Llamaste refuerzos? —dijo Cat, alzando una ceja mientras su copia consciente comenzaba a reintegrarse en su cuerpo.

Me quedé boquiabierta por un momento. ¿Cat y Faustus combinando poderes? Era una combinación que jamás habría imaginado, pero allí estaban, de pie entre decenas de cadáveres de Noctus.

—¿Qué…? ¿Qué hicieron? —pregunté, aún tratando de entender lo que acababa de presenciar.

Faustus sonrió ligeramente, sacudiendo la cabeza como si fuera algo insignificante.

—Es una larga historia. Digamos que tu amiga aquí… —Señaló a Cat con un gesto de la mano—, tiene habilidades más impresionantes y ha capturado cada pedazo de mi ser.

Cat se rio, alzando la daga con orgullo.

—¿Qué puedo decir? Soy versátil. Faustus manipula sus cuerpos desde dentro, yo los mantengo ocupados con mi copia y luego… ¡bum!, muertos. Trabajo en equipo.

Los dos chocaron las manos en un gesto de celebración, riendo con una ligereza que me pareció casi ofensiva en ese momento. Pero ellos no sabían.

—Deberían haber visto sus caras, han muerto como cucarachas por un buen rato —dijo Cat, todavía sonriendo mientras guardaba la daga.

—Cat espera… —dijo Faustus

Y entonces su mirada se detuvo en el suelo, en donde estaba Michelle. Su sonrisa desapareció al instante.

—No… —murmuró, sus ojos abriéndose de par en par mientras corría hacia donde estaba el cuerpo de su amiga.

Faustus también se acercó, su expresión más contenida pero claramente afectada.

—Mirah…

—¿Qué pasó? —preguntó Cat, arrodillándose junto a Michelle y tomando su mano fría entre las suyas.

Las palabras no querían salir de mi boca. Me quedé allí, inmóvil, con las lágrimas todavía cayendo por mis mejillas. Madeleine, que seguía a mi lado, miró a Faustus con una expresión grave.

—Grigori la mató —respondió finalmente, su voz baja pero cargada de una furia contenida.

Cat apretó la mandíbula, inclinándose hacia Michelle como si pudiera

despertarla con solo su presencia.

—No… no puede estar muerta. ¡Ella no puede estar muerta! —gritó, su voz temblando mientras intentaba contener las lágrimas.

Faustus colocó una mano en su hombro, intentando calmarla, pero sus propios ojos mostraban algo más: frustración, dolor, y quizás una culpa que no sabía cómo expresar. Rojos como brasas, algo que no pensé que vería jamás en Cat, pero allí estaba una Inmortus, creada por mí… Cat era mi progenie… una especie de hija vampírica y quizás siempre había estado destinada a serlo, quizás por eso siempre había sido tan protectora con ella, no lo sé… En mi mente todo parecía cobrar sentido de a ratos.

—Grigori lo pagará —dijo Faustus finalmente, su tono lleno de una promesa oscura.

Me arrodillé junto a Michelle una vez más, incapaz de aceptar lo que había sucedido. Cat y Faustus estaban aquí, pero no podían devolverme a mi amiga. Nadie podía.

El dolor volvió a golpearme con fuerza y, aunque ahora tenía aliados a mi lado, el vacío que Michelle había dejado era una herida que nunca podría sanar.

—Vamos a matarlo —dije finalmente, mi voz apenas un susurro, pero llena de una determinación que sabía que ninguno de ellos cuestionaría—. Y no nos detendremos hasta que lo pague todo. Está en algún lado de esta cámara, tuve que escapar para salvarnos, pero si vamos todos lo podemos arrinconar.

—¿Dónde está Hash? —preguntó Faustus.

—No la he visto desde que nos separamos —repliqué.

—Joder… Tenemos que encontrarla.

En ese momento, un ruido detrás de nosotros captó mi atención. Al girarme, vi una figura imponente emergiendo de las sombras: Luca, en su forma de lobo.

Su pelaje era de un tono gris oscuro, casi negro, que brillaba tenuemente bajo la luz de las antorchas, con mechones plateados que recorrían su espalda como si fueran cicatrices dejadas por el tiempo. Sus ojos violetas parecían arder con una mezcla de rabia y dolor, y su presencia llenó la cámara con un aura de poder salvaje.

Detrás de él, los otros Voyh entraron en la sala, sus formas lupinas variadas, pero igual de imponentes. Uno tenía el pelaje marrón rojizo y el

otro era completamente blanco, como si la nieve misma hubiera dado forma a su cuerpo. Se detuvieron en seco al ver a Michelle, inerte en el suelo. Luca avanzó lentamente, su cabeza baja y sus orejas hacia atrás, un gesto que parecía una mezcla de reverencia y desconsuelo. Cuando llegó al cuerpo de Michelle, levantó la cabeza hacia el techo de la cámara y dejó escapar un aullido profundo y desgarrador. Los demás Voyh lo siguieron, uniéndose a su lamento. El sonido llenó el espacio, reverberando en las paredes de piedra y resonando en mi pecho como un eco de nuestro propio dolor. Parecía un canto fúnebre, una declaración de duelo por alguien de su especie que había caído demasiado pronto.

Cat se acercó a mí, sus ojos todavía llenos de lágrimas, pero su voz firme.

—Mirah, sé que esto es un terrible momento, pero tenemos que ir a ayudar a Kane, cuando lo dejé estaba lidiando con muchos Noctus. Nos necesita.

Mis manos se cerraron en puños. Miré a Luca, quien todavía estaba junto al cuerpo de Michelle, su lomo erizado como si estuviera listo para protegerla incluso en la muerte.

—Luca, quédate con Michelle —le dije, mi voz cargada de tristeza, pero también de confianza.

Luca me miró, sus ojos violetas brillando bajo la tenue luz. Finalmente, asintió con un leve movimiento de su enorme cabeza y los Voyh se posicionaron a su alrededor, formando un círculo protector.

—Vamos —dijo Faustus

No hubo más palabras. El dolor seguía presente, pero el tiempo para lamentarlo tendría que esperar. Corrimos por los pasillos oscuros de Karakum, las antorchas encendiéndose y apagándose a nuestro paso como si el lugar mismo estuviera vivo, respondiendo a nuestra presencia. No habíamos avanzado mucho cuando el aire comenzó a llenarse con un hedor que ya reconocía demasiado bien: los Noctus. Sus figuras deformes surgieron de las sombras, moviéndose con una rapidez y ferocidad que no deberían pertenecerles. Sus ojos, vacíos y hambrientos, parecían fijos en nosotros como si solo existiera un objetivo: nuestra destrucción.

—¡Aquí vienen! —gritó Cat, desenfundando su daga de muranio con una sonrisa irónica que no llegaba a sus ojos.

Faustus avanzó un paso, extendiendo las manos frente a él mientras su presencia parecía oscurecerse, como si absorbiera la luz de las antorchas.

—Mirah, Madeleine, sigan adelante —dijo Faustus, su tono firme pero tranquilo, como si esto fuera solo otra batalla para él—. Nosotros los detendremos.

—¡No! —protesté, deteniéndome en seco—. No puedo dejarlos.

—No hay tiempo para esto —intervino Cat, ya enfrentándose al primer Noctus que se abalanzaba hacia ella. La daga en su mano trazó un arco perfecto y la criatura cayó con un gruñido antes de que pudiera siquiera tocarla—. ¡Ve! ¡Kane te necesita más que nosotros!

Madeleine me tomó del brazo, su mirada seria.

—Ellos saben lo que hacen, Mirah. Tenemos que llegar hasta Kane antes de que sea demasiado tarde.

Faustus me lanzó una última mirada, sus ojos rojos llenos de firmeza.

—Confía en nosotros.

Con el corazón pesado, asentí y comencé a correr junto a Madeleine, dejando a Faustus y Cat enfrentando a los Noctus. No miré hacia atrás, pero los sonidos de la batalla, los gruñidos y los golpes, resonaron detrás de mí como un recordatorio.

Cada paso me acercaba más a Kane, pero también me alejaba de las personas que ya habían sacrificado tanto por mí.

No tenía otra opción. No podía fallar.

TREINTA Y CUATRO: Guerra de titanes
KANE

Los Noctus volaban por todos lados, nos habíamos dispersado sin querer tratando de esquivar a los malditos. Pero justo en un momento sentí algo que me golpeaba y me lanzaba contra la pared, a unos metros frente a mí lo reconocí, la maldita estela de murciélagos en pañales mostró su figura… Grigori. Parecía herido, o al menos eso denotaba la sangre oscura que estaba pegada en su ropa.

—¿Me extrañaste mi estimado perro faldero? —preguntó con ese maldito tono que me provocaba partirle los dientes uno a uno.

Sabía que no tenía tiempo para mis pendejadas. Mirah y Madeleine estaban en algún lugar de estas catacumbas, tratando de encontrar respuestas, tratando de devolverle sus recuerdos y tal vez una forma de detener a Grigori. Mi papel era claro: darles el tiempo que necesitaban, se lo había prometido. Y, para eso, tenía que detenerlo, no importa lo que costara.

—Palabras más, palabras menos, veremos quién es el perro cuando te tengamos arrodillado pidiendo clemencia —repliqué con una sonrisa burlona.

Me abalancé sobre él sin pensarlo con una velocidad que me llevó a arrastrarlo como estela contra la pared.

—Kane. Qué inesperado… aunque predecible. —Sonrió con malicia y sus ojos rojos comenzaron a ponerse negros con intensidad—. ¿De verdad pensaste que podrías detenerme con tus movimientos básicos?

Joder, el golpe que me dio casi me dejó noqueado, pero como pude me puse de pie.

—No importa lo que pienses. —Mi mirada era fría mientras las sombras comenzaban a moverse a mi alrededor, vivas, respondiendo a mi ira—. No voy a dejarte avanzar.

Grigori soltó una carcajada, oscura y profunda.

—¿Siempre eres tan patético? —Extendió una mano y una llama apareció en su palma, ardiendo con una intensidad que iluminó toda la cámara—. Eres fuerte, Kane, pero no tanto como yo. ¿Cuántas veces debo demostrarlo?

No respondí. En lugar de palabras, dejé que las sombras se alzaran a mi alrededor como una marea oscura, envolviendo mis brazos y piernas. La tensión en el aire era palpable, un enfrentamiento inevitable que ambos sabíamos que estaba destinado a ocurrir. Grigori fue el primero en moverse. En un parpadeo, estuvo frente a mí, su puño encendido en llamas impactando contra mi rostro con una fuerza brutal. El golpe me lanzó hacia atrás, estrellándome contra una columna que se resquebrajó bajo el impacto. Pero no me quedé abajo. Con un gruñido, me incorporé, las sombras envolviendo mis manos como garras mientras me lanzaba hacia él. Mi primer golpe conectó con su costado, seguido de un segundo directo a su mandíbula. Su cabeza giró con el impacto, pero él respondió con un rodillazo que me dejó sin aire.

Nos separamos por un instante, ambos respirando con dificultad, aunque nuestros cuerpos ya comenzaban a sanar las heridas.

—No tienes idea de lo que estás enfrentando, Kane. —Grigori levantó ambas manos, y una onda de fuego y sombras se extendió por la habitación.

Me cubrí, dejando que las sombras me protegieran, pero el calor era intenso. Cuando el fuego disminuyó, aproveché el momento para detener el tiempo. Todo se congeló, incluso las llamas que aún ardían en las paredes. Con cada segundo que robaba, las sombras se alzaron como cuchillas, rodeándolo por completo.

Cuando el tiempo volvió a fluir, Grigori estaba atrapado en un vendaval de oscuridad. Pero, en lugar de miedo, vi algo más en sus ojos: emoción. Con un rugido, las llamas a su alrededor estallaron y las sombras retrocedieron.

—¡Vamos! ¡Dame más, Umbraquinético! —gruñó, lanzándose hacia mí.

Nos encontramos en el centro de la cámara, nuestros puños chocando como martillos. Grigori torció mi brazo en un ángulo imposible, el crujido resonando en la sala, pero el dolor fue fugaz. Lo golpeé en las costillas con mi rodilla, sintiendo cómo se rompían, aunque su sonrisa nunca desapareció. Sus colmillos se hundieron en mi hombro, arrancándome un gruñido de dolor. Tiré de él mientras la sangre caliente se esparcía por mi

cuello. Nos separamos nuevamente, ambos cubiertos de heridas y sangre, pero ninguno dispuesto a ceder.

Grigori levantó una mano, y una explosión de fuego me lanzó hacia el altar negro. Mi espalda chocó contra él y un dolor punzante recorrió mi cuerpo. Apenas podía respirar, pero, cuando levanté la vista, lo vi avanzar hacia mí, su rostro transformado en pura furia.

—Esto se acaba aquí, Kane. Pensé que realmente podrías tener un futuro en el lado ganador, pero está claro que eres un perdedor. —Su voz era un rugido mientras levantaba ambos brazos, el fuego envolviendo su figura como una armadura viva.

Pero yo no había terminado. Las sombras en la cámara respondieron a mi llamado una última vez, alzándose como un tsunami que lo golpeó con toda la fuerza que me quedaba. Su figura desapareció en la oscuridad y, por un momento, todo quedó en silencio.

Cuando la sombra se disipó, Grigori seguía de pie, herido pero triunfante. Avanzó hacia mí y, aunque mi cuerpo ya no respondía, mi determinación seguía intacta.

—No puedes detenerme, Kane. Nunca pudiste. Eres un patético intento de vampiro. Uno que jamás será suficiente para una reina como Mirah. —Me tomó por el cuello, levantándome como si fuera un juguete roto—. Osaste tocar a mi reina, osaste usar su cuerpo para tu asqueroso placer. Observa este momento con cuidado, porque este será tu final.

El fuego en sus manos creció y su sonrisa se ensanchó. Pero, incluso entonces, no podía dejar de pensar en Mirah. Ella era mi razón para luchar y, aunque mi cuerpo fallara, mi espíritu nunca lo haría. Mis últimas fuerzas se desvanecieron y, mientras todo se oscurecía, un solo pensamiento cruzó mi mente: «Mirah… siempre estaré contigo. Jamás he amado como te amo a ti, jamás he sentido este nivel de pertenencia, de conexión, jamás… Eres todo lo que existió, existe y existirá, desde el primer momento que tus ojos aparecieron en mis sueños. Eres todo lo que pienso, lo que quiero y anhelo y, en esta vida o en la próxima, juro que siempre estaremos juntos».

El impacto del golpe de Grigori me sacó todo el aire. Su pie me había alcanzado con una fuerza descomunal, lanzándome hacia atrás como si no pesara nada. Sentí cómo mi espalda atravesaba una pared de piedra y un estruendo ensordecedor llenó la cámara mientras los escombros caían a mi alrededor. Mi cuerpo aterrizó pesadamente en el suelo, rodando hasta

detenerme boca arriba, aturdido y sangrando. Al abrir los ojos, lo primero que noté fue el susurro. Era un sonido extraño, hipnótico, como cientos de voces hablando al mismo tiempo, solapándose en un murmullo incesante. Alcé la vista y lo vi: un pozo negro se extendía frente a mí, su superficie ondulante como si estuviera viva. Pero no era agua lo que contenía. Era algo negro, viscoso, algo que se movía dentro del pozo y parecían ser… sombras, pero era algo que se movía como si tuviesen mente propia, danzando y extendiéndose hacia las paredes de piedra, como si buscara devorar la luz misma.

—*Umbrarum…* —susurraron.

Las voces pronunciaron algo que no comprendí. Algo en mí sabía que este no era un pozo cualquiera. Era algo más antiguo, más peligroso. ¿Era lo que había dicho Madeleine? Un poder que no debería existir. Pero no podía apartar la mirada. Esto era quizás lo que los vampiros querían encontrar. Me arrastré hacia el pozo, mi cuerpo protestando con cada movimiento. Las sombras dentro parecían llamarme, prometiendo algo que no podía entender, pero que necesitaba descubrir. Alargué la mano, sintiendo cómo mi fuerza menguaba con cada segundo, pero la determinación me empujaba hacia adelante. Antes de que pudiera llegar, un agarre brutal me detuvo. Grigori me tomó por la espalda y me levantó como si fuera un peso insignificante. Con un gruñido de satisfacción, me lanzó contra la pared con tanta fuerza que el impacto hizo que mi visión se nublara.

—¿De verdad pensaste que te dejaría alcanzarlo antes que yo? —Su voz era un rugido de furia y triunfo. Mi cuerpo ya no respondía. La sangre que corría por mis heridas apenas podía regenerarse y cada respiración era un esfuerzo monumental. Pero mis ojos se abrieron lo suficiente para verlo. Grigori se acercó al pozo con una expresión de reverencia, como si estuviera frente a un altar—. Por fin… lo he encontrado. —Su voz era un susurro cargado de euforia—. Este es el Pozo de las Sombras, el poder que por leyenda perteneció al primer vampiro. —Se giró hacia mí, sus ojos rojos brillando como brasas encendidas—. ¿Sabes lo que esto significa, Kane? —dijo, avanzando hacia mí con pasos lentos y seguros—. Seré el vampiro más poderoso que haya existido. Nadie podrá detenerme. —Me tomó por el cuello, levantándome una vez más. Mi cuerpo colgaba inerte de su agarre, pero mi mente, aunque débil, seguía luchando—. Y tú… serás testigo de mi renacimiento. —Sonrió con esa mezcla de desprecio y superioridad que

siempre había odiado.

Sin previo aviso, su puño impactó en mi estómago, arrancándome un gemido ahogado. Sentí cómo mis costillas crujían bajo la fuerza del golpe y la sangre subió a mi boca, escapando en un hilo oscuro que goteaba por mi barbilla. Mi visión comenzó a oscurecerse mientras Grigori me lanzaba al suelo una vez más. Mi cuerpo golpeó las piedras, y esta vez no pude levantarme. Estaba exhausto, drenado, completamente derrotado. Con las pocas fuerzas que me quedaban, cerré los ojos y dejé que un pensamiento cruzara mi mente, como un susurro entre las sombras que me rodeaban: «Mirah… donde quiera que estés ahora. Te amo».

El susurro de las sombras en el pozo se intensificó, llenando el aire con una cacofonía de voces. Sentí cómo mi consciencia comenzaba a desvanecerse, y lo último que vi fue a Grigori alzando las manos hacia el pozo, su sonrisa reflejando el deseo insaciable de poder. Sus manos temblaban ligeramente, no de miedo, sino de ansias. Sabía que, en su mente, ya había ganado. El poder del primer vampiro, todo para él.

—Por fin… —murmuró mientras estiraba una mano hacia la superficie ondulante del pozo. Las sombras dentro parecían moverse aún más rápido, como si se alimentaran de su expectativa. Pero algo no estaba bien. Las voces en mi mente se intensificaron, sonaban molestas, rabiosas y el ambiente en la cámara cambió. Algo estaba por suceder. Cuando sus dedos rozaron la superficie, el pozo reaccionó de inmediato. Un sonido profundo y gutural como de un monstruo llenó el espacio, como si la misma oscuridad se hubiera despertado. Antes de que pudiera retirar la mano, una onda de fuerza surgió del pozo, golpeando a Grigori con un impacto sordo que lo lanzó hacia atrás. Su cuerpo chocó contra una columna y cayó pesadamente al suelo—. ¡No! —gritó, su voz llena de rabia y desesperación mientras se levantaba tambaleante—. ¡Soy digno! Este poder me pertenece.

Pero el pozo no lo escuchó. Las sombras comenzaron a elevarse, saliendo de su confinamiento como un torrente desbordado. Pero no se dirigieron hacia Grigori… En cambio, avanzaron hacia mí, serpenteando por el aire antes de envolver mi cuerpo completamente. El frío fue lo primero que sentí, un frío que no era físico, sino espiritual. Las sombras me cubrieron como un manto vivo, entrando en cada rincón de mi ser. No podía moverme, pero no estaba asustado. Era como si las sombras me conocieran, como si supieran quién era realmente.

—¡No! —El grito de Grigori resonó nuevamente, esta vez cargado de verdadera desesperación. Intentó avanzar hacia el pozo, pero fue detenido por una presencia que acababa de llegar.

A través de la neblina de sombras que me envolvía, apenas logré distinguir a Mirah y Madeleine entrando en la cámara. El grito de Mirah llenó el espacio, su voz quebrándose mientras luchaba por liberarse del agarre de Madeleine.

—¡Kane! ¡No! —gritó, su mirada desesperada mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

Madeleine la sostuvo con firmeza, sujetándola por los hombros como si supiera que no podía dejarla avanzar.

—No puedes detenerlo, Mirah. Es demasiado tarde. —La voz de Madeleine era fría, pero no indiferente. Había algo en su tono, una resignación que pesaba como una sentencia.

Grigori se giró hacia ellas, su rostro deformado por el odio.

—¡Tú! —gruñó, avanzando un paso hacia Madeleine.

Pero, antes de que pudiera hacer algo, sus rodillas se doblaron de golpe. Madeleine lo había mirado fijamente a los ojos y su poder lo había sometido. Grigori cayó al suelo, sus manos temblando mientras intentaba resistirse. Grigori trató de levantarse, pero no pudo. Su cuerpo estaba completamente inmovilizado, sometido por algo mucho más fuerte que él. Era una escena surrealista, casi imposible de comprender, pero yo apenas podía procesarla. Las sombras seguían reclamándome, arrastrándome más y más hacia su oscuridad.

—¡Joder! Déjame… —grité tratando de zafarme, pero era inútil.

—¡Kane, no! ¡Por favor! —Mirah gritó con fuerza, luchando contra Madeleine, pero esta la mantuvo en su lugar.

—Es demasiado tarde, Mirah. —Madeleine no apartó la mirada de Grigori mientras hablaba.

Las voces del pozo eran lo único que podía escuchar ahora. Mi visión se desvanecía lentamente, pero las últimas imágenes se quedaron grabadas en mi mente: Mirah, luchando desesperada, su rostro bañado en lágrimas; Grigori, derrotado y de rodillas, rugiendo con impotencia; y Madeleine, firme y decidida, controlando la escena como si todo hubiera sido planeado.

—Mirah… —susurré una vez más mientras la oscuridad me envolvía por completo.

Mi consciencia se desvaneció y el mundo se sumergió en un silencio absoluto.

TREINTA Y CINCO: Vesperian
KANE

Abrí los ojos con dificultad, el dolor de la golpiza de Grigori y la falta de sangre no pasaban desapercibidos, aunque sentía una especie de abrazo cálido, ¿eran esas sombras que me habían rodeado?

—Pero ¿qué carajo es esto? —susurré para mí mismo.

Había aparecido en otro lugar de la cámara, esta era un espacio gigante, amplio, con techos altos, en el medio solo había un círculo con símbolos que apenas alcanzaba a entender y unas letras sobre ellas, C. K. D. Como pude me puse de pie chocando con la pared, la mano en mi abdomen denotaba el dolor que me invadía. Caminé lentamente hacia el círculo y cuando lo pisé perdí el control. Las sombras se levantaron, envolviéndome. Se arremolinaban alrededor de mí con una intensidad que jamás había experimentado. Como si estuvieran hambrientas, ansiando algo más que simplemente obedecerme. Sentí cómo comenzaban a deslizarse por mi piel, más densas, más oscuras, cubriendo cada centímetro de mi cuerpo con un frío penetrante que iba directo a mis huesos. Era como si las sombras mismas tuvieran vida, serpenteando, retorciéndose a su antojo mientras rasgaban la tela de mi ropa, desgarrándola en tiras finas que caían al suelo como polvo oscuro.

—*Dominus Umbrarum…* —dijo una voz que susurraba en la oscuridad— *Te hemos extrañado…*

Un escalofrío recorrió mi espalda, no de miedo, sino de una extraña excitación. Era un poder tan absoluto, tan profundo, que las sombras parecían penetrar mis pensamientos, buscando recuerdos, rastros de quién fui alguna vez. Las sentía escarbar en los rincones más oscuros de mi mente, sacando a la luz fragmentos de mis días más antiguos, cuando mi nombre aún no era solo Kane, cuando caminaba por civilizaciones antiguas con la misma hambre de poder que me consumía ahora. Las sombras se

apretaron alrededor de mis brazos, serpenteando con suavidad, creando una capa protectora, pero al mismo tiempo destructiva. Podía sentirlas reconfigurarse, como si fueran hilos cosidos con destreza para formar una nueva piel sobre la mía. Mi torso quedó completamente expuesto durante un instante, vulnerable bajo la negrura que lo envolvía, pero entonces las sombras comenzaron a reconstruir una especie de ropa, quizás una armadura que no era de metal ni de tela. Era más densa, hecha de pura oscuridad. La textura de las sombras cambiaba mientras se movían, unas veces eran frías y etéreas, como un susurro que apenas rozaba mi piel; otras veces eran como un cuchillo afilado que no solo rasgaba la ropa, sino mi ser, mi esencia. Las sombras se arremolinaron una vez más alrededor de mis piernas, creando pantalones ajustados y oscuros, perfectos para moverse con rapidez, pero podía sentir su poder, era un material que no cedería ante el ataque de ningún arma mortal. Mis botas fueron reemplazadas por algo más resistente, algo forjado en la oscuridad misma. Me detuve un momento, observando cómo las sombras terminaban su creación. Se retiraron de mi piel, pero no desaparecieron por completo, por alguna razón se situaron atrás, en mi espalda.

El dolor fue lo primero que sentí. Un ardor profundo y punzante que comenzó entre mis omóplatos, extendiéndose como si algo vivo se estuviera abriendo paso desde dentro. Intenté moverme, pero mi cuerpo no respondía, como si las sombras que me envolvían hubieran paralizado todo, excepto esa sensación abrasadora. Cerré los ojos, apretando los dientes mientras el ardor se intensificaba. Era como si miles de partículas, pequeñas y afiladas, atravesaran mi piel desde adentro, pero no sangré. En su lugar, un movimiento comenzó a formarse a mi alrededor. Las sombras, densas y fluidas, se arremolinaban con una intención que no era mía, pero que reconocía como parte de mí. Abrí mis ojos y, a través de la neblina negra que me rodeaba, vi las sombras transformarse. Dejaron de ser una masa amorfa y comenzaron a configurarse en formas definidas, sus partículas reorganizándose con precisión inquietante. A cada segundo, las sentía más como una extensión de mi propio cuerpo.

El ardor se transformó en un tirón, como si algo estuviera desgarrando mi espalda para salir al exterior. Entonces lo entendí. ¡Mierda! Eran alas.

Las sombras se solidificaron, extendiéndose como ramas oscuras. Las primeras membranas comenzaron a tomar forma, translúcidas y densas, con

un interior rojizo oscuro que pulsaba como si tuviera vida propia. Las venas se dibujaban en ellas, vibrantes, llenas de una energía que nunca había sentido antes. Al mirarlas, parecía que las alas mismas respiraban conmigo, sincronizadas con mi ser. La sensación de tenerlas era extraña pero poderosa, como si siempre hubieran estado allí, esperando el momento adecuado para manifestarse. Las moví una vez, un aleteo lento y pesado que desplazó el aire a mi alrededor. Era como descubrir un músculo que nunca había usado y, sin embargo, sentí que las controlaba por completo. Caí de rodillas, el peso de lo que acababa de suceder abrumándome. Toqué el suelo con las manos, jadeando, pero las alas no desaparecieron. Extendí una de ellas, observando la forma, la textura y el movimiento vivo de las venas pulsantes que se extendían por su interior. Eran mías. Y, aunque eran una parte nueva de mí, las sentí como si siempre hubieran sido parte de mi esencia.

Entonces todo hizo sentido y lo comprendí por primera vez en mi vida.

Ya no era el hombre que había sido, o quizás había vuelto a ser quien siempre fui.

Las sombras no solo me habían envuelto; me habían cambiado, me habían devuelto a lo que siempre había sido. En ese instante, sentí algo más. Un latido. No el mío, sino el de las sombras mismas, como si fueran un ser vivo, como si me estuvieran juzgando… o quizás probándome. Y yo sabía que les había demostrado mi valía. Las sombras y yo éramos uno. Reensamblado, renacido. Me miré las manos. Las sombras formaban guantes oscuros que parecían moverse por sí mismos, respirando con cada movimiento que hacía. Me sentía más fuerte, más rápido, más… peligroso. No solo había sido vestido con la oscuridad, sino que ahora era parte de ella. Parte de todo lo que había sido y todo lo que sería.

Una sonrisa se formó en mis labios mientras sentía que el poder llegaba a cada rincón de mi ser. Las sombras me habían retornado a lo que siempre fui… Tomé una bocanada de aire y recordé que el aire en Karakum siempre tuvo ese sabor a eternidad, a polvo antiguo que cargaba el peso de milenios en cada grano de arena. El viento seco parecía susurrar nombres olvidados, recuerdos que pertenecían a tiempos tan remotos que hasta los propios inmortales comenzaban a dudar de su existencia.

—Bueno, aquí estamos otra vez —murmuré con esa sonrisa cínica que siempre he llevado en la cara por miles y miles de años, la sonrisa que ella

amaba —. ¿Qué es la eternidad sino una repetición interminable de viejos errores?

Christoph Kane Dreacul. Ese era mi nombre entonces. Qué irónico que lo olvidara durante tanto tiempo. Un nombre tan digno, tan humano. Fui rey de un pueblo que no tenía más que su orgullo y su fervor por sobrevivir. Nuestro reino era pequeño, insignificante para muchos, pero para nosotros lo era todo. Una peste, traída por las manos sucias de un imperio extranjero, comenzó a devorar a mi gente. La carne de mis súbditos se descomponía, los niños morían en los brazos de sus madres, y yo, su rey, no tenía el poder de salvarlos. Los dioses se mantuvieron en silencio. Recé, imploré y sacrifiqué en su nombre, pero solo obtuve silencio. Fue entonces cuando entendí que había estado rezando a la persona incorrecta, y allí la escuché por primera vez, una voz que no pertenecía a este mundo, una oferta susurrada en las sombras. Porque la respuesta no venía de un dios, sino de un ser oscuro engendrado en las llamas del infierno. Mi desesperación era tan grande que dejé de cuestionar lo que era correcto y lo que no. Y fue entonces que lo conocí: Asmodeus.

Alto, imponente, con una sonrisa que prometía tanto poder como condenación y, aunque su forma humana pudiera engañar al resto, no me engañaba a mí, sabía con quién estaba tratando, un príncipe de las mismas tinieblas.

—Tengo lo que buscas, Christoph. —Su voz sonó como un eco entre las ruinas del palacio—. *Puedo salvar a tu gente. Darles vida, más allá de la vida, pero todo poder tiene un precio.*

Yo lo miraba con el corazón en llamas. En aquel momento, el costo no importaba. Lo único que veía era la posibilidad de salvar a los míos, de evitar que el sufrimiento siguiera reclamando vidas.

—¿Cuál es tu precio, demonio? —Mi voz era desafiante, pero temblaba bajo la capa de determinación.

Asmodeus sonrió. Sus ojos brillaban con un fuego oscuro, uno que prometía tanto conocimiento como sufrimiento. Dio un paso adelante, y el suelo bajo sus pies parecía arder con cada pisada, eran sombras y fuego vibrando en un solo ser.

—Tú serás el primero, el primero de muchos. Convertido en algo más que hombre. Con mi poder, salvarás a tu pueblo, pero, en el proceso, los condenarás a una vida sin fin, una existencia que devorará tanto a ellos

como a ti. Serán inmortales, no enfermarán, no morirán, pero nunca volverán a ser solo humanos.

Algo más que hombre… Ja. Años después, entendería el sarcasmo en esas palabras. Pero, en aquel momento, solo había visto la oportunidad de salvar a mi reino. La mortalidad era una maldición que yo estaba dispuesto a erradicar, a cualquier costo. Extendí mi mano, mi orgullo aún intacto, creyendo que podría dominar cualquier destino que Asmodeus me lanzara. Y, cuando nuestras manos se unieron, sentí cómo la sangre dentro de mí cambiaba, cómo mi cuerpo se transformaba desde lo más profundo.

—*Serás llamado vampiro* —dijo, mientras las sombras de la noche se arremolinaban a nuestro alrededor—. *Y ya no serás conocido como el humano Christoph Kane Dreacul. Desde este momento, serás el primero de los Vesperian, el primero de los no muertos, procrearás de una forma diferente y tu sangre se convertirá en vida eterna para otros, así como condenación para sus almas, tu deseo existirá envuelto en frenesí y tu hambre será por sangre. Serás siempre el Dominus Umbrarum, el Drakhel, el vampiro y señor de las sombras, y te replicarás en diferentes generaciones, siempre encontrando una forma de volver al principio*.

El poder corrió por mis venas como fuego líquido. Sentí que la vida misma me atravesaba con una intensidad que jamás había conocido. Mi piel palideció, mis ojos ardieron como dos brasas encendidas, y los colmillos, afilados como cuchillas, emergieron de mi boca. El frenesí que vino después fue… indescriptible. Ya no era un rey humano. Ahora, era un dios en la tierra, uno que podía destrozar imperios con un chasquido de sus dedos.

El presente me sacudió de golpe cuando una ráfaga de viento me envolvió. Aparecí de nuevo en las catacumbas de Karakum, en alguna otra cámara que desconocía, o quizás no, mi mente la había visto antes y el mapa del lugar se estaba volviendo más claro. Giré sobre mis talones y el movimiento de mis alas fue un instinto, un gesto sin pensamiento, pero el efecto fue devastador. Las sombras parecían alimentarlas, como si fueran una extensión directa de mi furia. Un solo aleteo y el aire se desplazó con tal fuerza que una de las paredes de piedra frente a mí se agrietó, se derrumbó, y el espacio se llenó con el sonido ensordecedor de roca quebrándose.

Pero, entonces, todo quedó en silencio.

El polvo y los fragmentos de piedra quedaron suspendidos en el aire, congelados en un instante eterno. Mi poder había tomado el control deteniendo el tiempo mismo antes de que pudiera siquiera ser consciente de él. El mundo quedó atrapado en ese segundo interminable, y el camino ante mí se abrió como un umbral hacia algo que sabía que debía enfrentar. Cruzando el espacio ahora inmóvil, la otra sala se reveló ante mis ojos. Allí estaba ella, el amor de mi vida.

Mirah.

Todo estaba congelado a su alrededor y, aunque Madeleine la sostenía, pronto se dio cuenta de que solo ella podía moverse. Su cuerpo temblaba mientras las lágrimas caían por su rostro, y su dolor era palpable, como una herida abierta que sangraba sin cesar. Vi en sus ojos el peso de todo lo que había perdido: Michelle, su mejor amiga, arrebatada por la crueldad de Grigori; y, ahora, probablemente, el vacío que mi desaparición había dejado. Su dolor me atravesó como una daga.

Mientras avanzaba hacia ella, sus ojos comenzaron a buscar algo. ¿Podía sentirme? Claro que podía, ella jamás había sucumbido ante mi poder de detener el tiempo. Había algo en la forma en que su cuerpo reaccionó, como si el aire alrededor de ella hubiera cambiado. Mirah se enderezó lentamente, sus movimientos lentos pero llenos de intención. Sus labios se separaron y su voz fue apenas un susurro.

—Kane… ¿Eres tú?

Mi nombre en su voz era suficiente para derribar cualquier barrera que hubiera construido. Sus ojos, llenos de lágrimas, se iluminaron como si la esperanza se hubiera encendido en su interior. Sentí una conexión inquebrantable, algo que ni siquiera el tiempo detenido podía romper. El tiempo volvió a la normalidad y mis ojos se desviaron a Grigori, quien seguía de rodillas, doblegado por el poder de Madeleine. Le ofrecí una sonrisa curva. Su rostro estaba desfigurado por la rabia contenida, incapaz de moverse, atrapado bajo la autoridad inquebrantable que ella imponía.

Tras de ellas los Noctus llegaron a rescatar a su maldito líder, cada uno de ellos estaba armado, sus movimientos calculados, listos para liberar a Grigori. Un rugido escapó de mi garganta antes de que pudiera detenerme. Mis alas se expandieron mientras extendía mi mano y las sombras respondieron a mi llamada con una precisión mortal. No hubo necesidad de palabras, solo un pensamiento claro y definido: destruir. En un instante, las

sombras se alzaron como cuchillas vivas. En un movimiento fluido y brutal, decapitaron a todos los Noctus, sus cuerpos cayendo al suelo antes de que pudieran reaccionar. El silencio volvió a llenar la sala, roto solo por el eco de los cuerpos golpeando las piedras. Mirah me miró, sus ojos abiertos como platos mientras tomaba lo que acababa de suceder. No había miedo en su mirada, sino algo más profundo, amor, necesidad, admiración.

Madeleine giró la cabeza hacia mí, sus ojos fríos pero calculadores, como si evaluara el poder que acababa de desatar. Grigori seguía inmóvil, su rabia reemplazada por algo que rara vez mostraba: sorpresa, aunque no grata.

Di un paso hacia Mirah, mis alas aún desplegadas, las sombras alrededor de mí pulsando como un latido constante. Ella no se movió, pero en su mirada había una pregunta que no necesitaba ser pronunciada.

—Estoy aquí. —Mi voz fue baja, casi un susurro, pero, en ese instante, nada más importaba. Estaba aquí y no iba a permitir que nunca más alguien la dañara.

TREINTA Y SEIS: Cristoph Kane Dreacul
MIRAH

—Pase lo que pase no lo escuches, Mirah —dijo Madeleine en un susurro.

—¿Qué? —La miré con confusión.

—Ese ya no es Kane, querida, pues es «él» que ha despertado. Hemos fallado en nuestra misión.

Madeleine metió la mano en su espalda y sacó un dispositivo que básicamente se autoensambló en su mano, era una maldita escopeta y podía oler claramente las balas, ese hedor ácido, estaba cargada con balas de muranio y algo más que no lograba reconocer, y, sin pensarlo dos veces, disparó. Mi grito se ahogó en mi garganta y el sonido fue ensordecedor, pero lo que me dejó en *shock* fue lo que ocurrió después. Las balas se detuvieron en el aire, congeladas a mitad de camino, como si hubieran chocado contra una barrera invisible. No era magia, no era suerte. Eran las sombras.

Kane.

Ellas se arremolinaban a su alrededor, formando un escudo protector duro como el acero. Lo había visto controlar sombras antes, pero esto era diferente. Había una ferocidad en la forma en que se movían, una precisión casi perfecta. Estaban vivas, obedeciendo cada uno de sus deseos sin vacilar. Kane desapareció en un parpadeo, desvaneciéndose en el aire, como si hubiera robado parte de mi poder de teletransportación. Madeleine me había dicho que el vampiro original tenía muchos de los poderes que ahora se segregaban entre las diferentes clases de vampiros. ¡Joder! ¿Realmente Kane era el vampiro original? ¿O ni siquiera era él?

De pronto, las sombras aparecieron detrás de Madeleine, trayéndolo consigo, materializándolo de nuevo, como si el mismo aire lo hubiera formado. Antes de que pudiera reaccionar, un movimiento casi imperceptible de sus dedos hizo que Madeleine fuera arrojada contra la

pared con una fuerza brutal. La vi luchar, intentando liberarse, pero era inútil. Kane la tenía atrapada, suspendida en el aire como una muñeca rota. Sus pies colgaban a casi un metro del suelo, y se le hacía cada vez más difícil respirar.

—No quiero tener que matarte —dijo mirando a Madeleine—. Pero lo haré si tu existencia amenaza la nuestra.

—Kane, ¿qué carajo haces? —grité con desesperación, mi voz temblaba de incredulidad y rabia—. ¡Déjala ir! Ella es mi familia, no le hagas daño.

Pero Kane no pestañeó, no reaccionó. Sus ojos estaban vacíos, como si no me escuchara, como si estuviera en otro lugar, controlado por algo más oscuro, más profundo. Mi corazón latía con fuerza, cada latido resonando en mis oídos como un tambor de guerra. Sabía que no podía razonar con él en ese estado.

—¡Puta madre! ¡Déjala! —Mi voz tembló con una mezcla de rabia y desesperación, el sonido reverberó en la cámara como un trueno, haciendo vibrar el suelo bajo mis pies—. Ninguno de ustedes se va a estar atacando. No mientras yo esté aquí.

Kane finalmente giró su rostro hacia mí y esbozó una sonrisa curva.

—Salvaje y hermosa… —murmuró, su voz era suave, profunda, pero llena de una extraña mezcla de confusión y deseo—. Tus deseos son órdenes.

Dio un paso hacia mí y vi cómo las sombras comenzaban a desvanecerse a su alrededor. Las figuras que había creado se deshicieron en el aire, como si nunca hubieran existido. Algo en su mirada había cambiado. Ya no era el monstruo frío que había estado controlando a Madeleine con sus sombras. Ahora, era el Kane que yo conocía, el Kane que me había amado, el Kane que yo aún no podía olvidar.

Antes de que pudiera reaccionar, Kane me tomó por la cintura y me atrajo hacia él.

—Michelle está … —susurró—. Lo siento.

—¿Cómo lo sabes?

—Solo lo sé, nena. Lo siento mucho. Pero estoy aquí y te tengo.

Mis lágrimas corrieron por mis mejillas y su boca se estrelló contra la mía con una pasión desbordante, una pasión que nos superaba a ambos. El mundo pareció detenerse en ese momento. Todo desapareció, Madeleine, las sombras, el peligro. Solo estábamos él y yo envueltos en sus alas, en

sombras, en todo el universo contenido en ese espacio.

El calor de su cuerpo me envolvió y, por un instante, perdí el control. Mi mente gritaba que me detuviera, que recordara que algo más estaba pasando, pero mi cuerpo no podía resistirse. La conexión entre nosotros era demasiado poderosa, demasiado antigua, como si hubiera algo más allá de nuestra voluntad que nos empujaba el uno hacia el otro. Sus manos se deslizaron por mi espalda, firmes pero delicadas, trazando un camino que me quemaba por dentro. Sentí su aliento caliente en mis labios, su pecho presionando contra el mío. Era como si el frenesí vampírico nos consumiera, arrastrándonos en una espiral de deseo y necesidad. Mi piel ardía bajo su toque, cada fibra de mi ser pidiéndole más, aunque mi mente me imploraba detenerme.

Pero, en ese momento, no importaba.

Las sombras de Kane se aferraban a mi piel como una segunda capa, envolviéndonos en una intimidad sofocante y absorbente. Cada movimiento suyo, cada roce de sus labios contra los míos me llevaba más lejos de la realidad. Podía sentir el poder de las sombras deslizándose sobre mi cuerpo, penetrando mis sentidos, fusionándose con lo más profundo de mi ser. Todo se sentía como una suave pero implacable corriente, atrayéndome hacia él, hacia lo inevitable. Su risa suave vibró contra mis labios, el calor de su aliento envolviéndome mientras me susurraba:

—Te reconocen… —dijo con voz ronca, cargada de deseo—. Solo quieren que tú las reclames, nena. Que me reclames a mí, como tuyo para toda la eternidad.

—Mirah, no te entregues a él, pase lo que pase… —gritó Madeleine, pero su voz era un eco vacío.

—Vengaremos a Michelle, nena, te lo prometo. Nos vengaremos de todos.

Mis pensamientos se desmoronaban, desvaneciéndose en el abismo oscuro de su voz y de las sombras, porque eso era todo lo que quería, venganza, muerte, quería asesinarlos a todos. Madeleine gritaba desde afuera, con desesperación en sus palabras. Golpeaba las sombras, tratando de romper el escudo que nos rodeaba, pero era inútil. El poder que me envolvía era demasiado fuerte. Sus golpes apenas hacían eco en la oscuridad.

Kane sacó sus perfectos colmillos y sonrió, su rostro se dirigió a mi cuello y se enterró en él con firmeza. Lo necesitaba tanto que apenas podía

respirar, sentía cómo su mordida llenaba todo mi ser de una sensación más profunda y explosiva que antes, esto era algo que jamás había experimentado.

Se separó con cuidado de mi cuello y llevó su muñeca a sus labios, rasgándola suavemente.

—Bebe.

Obedecí, porque su sangre era todo lo que quería y necesitaba por el resto de la eternidad. Sentí mi corazón detenerse y luego acelerar de una manera tan abrupta que pensé que estaba teniendo un ataque cardíaco. Kane separó su muñeca de mis labios y entonces me besó de una forma tan apasionada que si decidía tenerme ahí mismo delante de todos me sería imposible negarme. No podía apartar mi mente de las sensaciones que inundaban mi cuerpo, cada fibra de mi ser se entregaba al roce de las sombras, al calor de Kane, esto era lo que significaba todo, lo sentía, podía saborearlo y recordarlo. C. K. D, aquello en el libro del clan Abraxa, Christoph Kane Dreacul, Kane… Mi Kane, el primer vampiro, mi enlace milenario.

Todo se puso negro. Absolutamente negro.

Nos desvanecimos.

Aparecimos en otro lugar, el beso aún intenso y profundo, como si el mundo a nuestro alrededor no existiera, como si nada más importara que el ahora. Mis manos se aferraban a su espalda, sus dedos recorrían mi cuello y descendían por mi columna y el deseo crecía en oleadas incontenibles, cada vez más potentes.

Sus ojos encontraron los míos y entonces todo hizo sentido, algo en mí despertó, corría por aquel desierto de arena oscura, moviéndome con rapidez, a mi lado había amigos, personas que se habían convertido en mi familia, había risas, y justo a mi lado una estela oscura se materializó.

Kane, siempre había sido Kane…

Su cabello oscuro arremolinado hacia la frente, su perfecta mandíbula dibujada, sus labios carnosos que me llamaban a besarlo con desesperación. Corríamos lado a lado en el desierto oscuro, este lugar era nuestro para reinar, para conquistar.

Ese beso selló nuestras vidas, sus manos acariciaron las mías, mis yemas de los dedos junto a las de él, sintiendo como las sombras se anclaban a ambos, porque él era el primer vampiro, el rey de todos los condenados a la necesidad de sangre, y yo era su reina, su todo.

TREINTA Y SIETE: Te obedezco, te pertenezco
MIRAH

El recuerdo cesó y volvimos al presente, a ese lugar a nuestro alrededor que estaba hecho de sombras.

—Kane, ¿eres… tú?

—Lo viste, ¿verdad? —dijo sosteniendo mis mejillas, su frente apoyada en la mía.

—Sí, lo vi. —Las lágrimas recorrieron mis mejillas—. Eres tú, siempre has sido tú. ¡Joder! Te amo, Kane, te amo.

Kane me besó con una fuerza y desesperación que solo denotaba el tiempo que había pasado para que nuestras almas se volvieran a encontrar. Miles de años separados, vagando por la tierra, pero de alguna forma destinados a siempre encontrarnos. Su voz interrumpió mis pensamientos.

—He atravesado milenios de vida, he doblegado el tiempo, mi alma buscando a la tuya, y acabaría con el mismo universo con tal de volverte a encontrar.

—¿Puedes siquiera ser más perfecto? —dije mientras lo volvía a besar. Un pensamiento intrusivo me sacó del momento—. Kane, espera, tenemos que volver, todos ellos se quedaron en Karakum. Michelle…

—No te preocupes, volveremos, pero este no es el momento.

—¿A qué te refieres?

—Mis sombras van a destruirlo todo, nadie podrá acceder al pozo jamás, nadie podrá encerrarme de nuevo. Me he asegurado de que tus amigos tengan una vía de escape hacia la nave, las sombras les permitirán moverse.

—¿Y Grigori?

—Escapará, por ahora, pero no te preocupes, Mirah, lo que él ha hecho no merece una muerte rápida —dijo sonriendo—. Merece una calculada venganza y te prometo que nos vengaremos. Esto es un juego que acaba de iniciar, mi prioridad eres tú en este momento, te he esperado por milenios

para volvernos a encontrar.

—Necesito… Necesito volver por el cuerpo de Mich. Por favor.

—Nena, no te preocupes, la están llevando de vuelta.

—¿Cómo…? —pregunté y Kane se tocó la cabeza—. Tienes uno de esos poderes, ¿no es así?

—Tengo muchos poderes, Mirah, soy el vampiro original, todo se deriva de mí.

—Por favor, no lastimes a Madeleine si la vuelves a ver.

—¿Es una petición o una orden?

Lo miré con confusión.

—Yo…

—Solo tienes que decirlo, Mirah, te obedezco, te pertenezco.

—No la lastimes, eso es todo.

—Bien, te lo prometo entonces —dijo besando mi mano—. Ahora, sé que has vivido una vida donde tienes que estar alerta siempre, preocupada ansiosa, pero escúchame, ahora estás a salvo, de verdad lo estás, deja que tu mente se asiente, tienes mucho qué recordar y debes darle espacio a tu mente para que traiga todo de vuelta.

—Mi mente no se asentará fácilmente, Kane, acabo de perder a mi mejor amiga y todo esto… ¿Cómo ha pasado? ¿Cómo eres tú…?

—Grigori creyó que ese patrón genético que encontró en nosotros era un simple tema que se replicaba cada cierto tiempo, lo que no entendió por falta de conocimiento es que todos nosotros tenemos algo de vampiros en la sangre, somos descendientes de alguien. Los Inmortus nos activamos a través de genes específicos, porque somos lo más cercano al vampiro original. Pero tú y yo tenemos genes Vesperian, que se han reactivado cuando nos pusieron la sangre de Asmodeus, la sangre del demonio es lo que ha encendido nuestra oscuridad, una oscuridad que llamaba nuestros nombres con intensidad. Cuando entré a ese lugar en Karakum las sombras me devolvieron lo que era mío, pues soy el mismo vampiro original, el primer Vesperian, y tú ahora eres una también.

—¿Es por tu sangre? ¿Me convertiste?

—Te devolví meramente lo que es tuyo. Mirah Varmani Valagaarum. Reina del abismo, reina de los condenados, reina de los vampiros.

—C. K. D, cada vez que veía esas letras en el libro del clan Abraxa sentía que las conocía, es como cuando tienes esa palabra en la lengua y no la

puedes recordar.

—Lo sé… pero lo importante es, Mirah, que ahora se ha disipado esa dualidad dentro de mí, ahora abrazo y entiendo el poder de la oscuridad. Las sombras nunca me escogieron al azar, cada Umbraquinético que ha existido es una porción de quien soy, pero nadie había llegado al pozo, nadie… Meramente porque tú, la custodia de mi alma, no había llegado a este lugar. Las Varmani han custodiado esto por siglos, hay muchas historias sobre lo que eres, lo que somos, pero la verdad es que esta es mi casa y también mi tumba. Ahora he recuperado lo que soy y con ello te he devuelto a quien tú eres. Juntos… los castigaremos a todos.

—Kane…

—Escucha —dijo tomando mi rostro en sus manos—. Jamás dejaré que un puto vampiro vuelva a ponerte las manos encima, jamás dejaré que alguien te toque de nuevo. Eres mía, *mea velkia,* mi reina. Veré al mundo arder antes de que alguien vuelva a poner sus manos sobre ti. Y, cuando las llamas consuman todo, te sostendré entre mis brazos, donde siempre debiste estar. —El beso que vino a continuación estaba cargado de una necesidad que crecía en mis entrañas, quería poseerlo por completo—. Te necesito, Mirah. Te he esperado por miles de años de esta manera. Lo sientes, ¿verdad?

—Absolutamente.

El aire entre nosotros se sentía denso, cargado de una energía que no había sentido nunca antes, como si algo mucho más grande que ambos se estuviera desplegando. Cada vez que Kane me miraba, su deseo se sentía tangible, como si sus ojos pudieran acariciar mi piel con una intensidad que me desarmaba por completo. No había espacio para palabras vacías ni para dudas. Éramos solo él y yo, enredados en algo más profundo que el simple anhelo.

Me besó con necesidad y me apretó hacia él, quería poseerlo, quería reclamarlo como mío. Besé sus labios con suavidad para moverme luego a su mandíbula y su cuello, Kane soltó un gruñido cuando pasé mis colmillos rozándolo. Pasé mis manos hacia atrás sacándole la chaqueta que llevaba puesta, parecía algo extremadamente duro, pero a mi toque se desvanecía, como si supiera que no necesitaba protección de mis manos. Dejé su pecho al descubierto y mis ojos se deleitaron con cada músculo definido en su torso, brazos y abdomen, con sus tatuajes que le recorrían el cuello, los

brazos, antebrazos y dedos de las manos, eran perfectos, imponentes. Mis manos se paseaban por su maravillosa musculatura mientras él la contraía en reacción a mi roce. Llegué a su pantalón y desabroché los botones uno a uno, el pantalón parecía desaparecer al tocarlo, así como el resto de su ropa.

Se rio suavemente ante mi mirada de sorpresa.

—Las sombras saben lo que quieres —alcanzó a decir. Besé cada músculo de su torso bajando por su abdomen y me arrodillé frente a él, los ojos de Kane se agrandaron de una forma que solo me concedía permiso para abusar de su entera existencia en este momento—. Nena…

Sus ojos oscuros brillaban con una mezcla de necesidad y devoción que me quitaba el aliento. Sentí su mano deslizarse lentamente por mi mandíbula, el roce de sus dedos dejando un rastro de fuego bajo mi piel. Sabía que estaba perdida en ese momento, atrapada en el torbellino que siempre éramos cuando estábamos juntos. Pero, esta vez, había algo más… Algo que nos estaba reclamando el uno al otro de una manera irrevocable.

—Te amo, Mirah —susurró Kane, su voz baja, cargada de esa intensidad suya que siempre me hacía temblar. Mi nombre en sus labios era como una promesa que no podía romperse—. Te necesito, más de lo que jamás podrías imaginar.

—Yo te necesito a ti —dije tomando su erección con mi mano y guiándola hacia mi boca, apenas podía meterla completa, su tamaño me impresionaba aun cuando la hubiese visto muchas otras veces.

Kane soltó un leve siseo de sus labios al sentir cómo se hundía en mi boca húmeda y hambrienta por él. Comencé a moverme con dedicación queriendo que este momento durara para siempre, Kane tensaba los músculos en resistencia a no correrse ahí mismo.

—¡Joder, nena! —Tomó mi cabello con ferocidad mientras una parte de él quería volverse animal y follarme la boca con necesidad, pero notaba cómo se frenaba con cautela, como queriendo protegerme. Pero yo no quería protección, quería toda su oscuridad, abrí más la boca y lo llevé tan profundo como pude haciendo contacto visual, casi ahogándome en su majestuoso tamaño—. ¡Por la mierda! —exclamó—. ¿Eso es lo que quieres, Mirah? ¿Quieres que te folle la boca?

Asentí con la mirada y Kane se descontroló. Tomó mi cabello con un jalón feroz mientras bombeaba su majestuosa erección dentro de mí, sin parar, sin piedad, sin control. Lo necesitaba, necesitaba que me diera todo lo que tenía

para dar. Sentí mis ojos llenarse de lágrimas, pero yo era su reina y esto era lo que quería, no eran lágrimas de dolor, estaban llenas de puro placer.

Kane salió por completo de mi boca y aún sosteniéndome el cabello con ferocidad me levantó hacia él, el jalón encendió cada fibra de mi cuerpo y mis instintos salvajes. El beso seguido estaba lleno de un frenesí tan intenso que terminé mordiendo su labio y sacándole sangre.

—Eres una reina hambrienta y feroz, dos de las cosas que más amo de ti. Soy lo suficientemente afortunado de ser tuyo y de que seas mía.

Me aferró a sus caderas y me sentó en la cama de sombras, algo hermoso y terrorífico a la vez. Bajó por mi cuerpo, quedándose entre mis pechos, y comenzó a quitarme cada prenda con lentitud. Sus manos sacaron mi chaqueta y mi sostén; se detuvo, besando, lamiendo, aferrándose con los dientes a mis pezones. Me hizo pequeñas y suaves mordidas con sus colmillos, que me desbordaban de placer.

Sus manos curiosas siguieron bajando, explorando, tocando con una lentitud tortuosa que solo hacía que la humedad entre mis piernas creciera. Poco a poco salí de los zapatos y el pantalón; mi ropa interior quedó rota de un delicioso jalón. Finalmente, cuando llegó a mi vientre, me miró con intensidad y su voz se volvió más áspera que de costumbre:

—Te venero. Tú eres mi mundo, mi razón, todo lo que soy.

Se arrodilló frente a mí y sentí el roce de su lengua. ¡Joder! Su puta lengua hecha por los dioses, su roce era tan necesario que mi cuerpo pedía clemencia ante su castigo. Lo necesitaba, lo quería, lo anhelaba. Pasé mis manos por la parte superior de su cabellera, apretándolo más hacia mí y Kane soltó un gruñido ancestral, comenzó a lamer con más dedicación, como un hombre… no, un vampiro hambriento. Su lengua me castigó en movimientos circulares, verticales y horizontales, con profundidad y en sutiliza. Y sin decoro, me hizo suya hasta que su nombre salió de mi garganta en un gemido gutural mientras el orgasmo recorría cada fibra de mi cuerpo inmortal.

—Podría jurar que mi nuevo pasatiempo favorito es que te corras en mi lengua —indicó con una sonrisita de superioridad. Otro beso intenso en el que él ahora mordió mi labio nos terminó de consumir, su aliento en mi boca, tentándome con otro beso que no se terminaba de completar. ¡Maldito seductor exquisito! Se acercó más a mí y tomó mis muslos elevándolos un poco y situándolos alrededor de su cadera—. ¡Mírame! —exclamó—.

¡Mírame mientras te follo! Quiero ver tu rostro cada vez que sientas que estoy dentro de ti, quiero ver en tu rostro la sensación que te causa mi verga dándote placer.

—*Abraza la oscuridad, Mirah…* —La voz era clara ahora, era su voz, siempre había sido su voz, con un tono más áspero y gutural, pero era él, el dueño de las sombras, el verdadero rey de los vampiros.

El peso de esas palabras me atravesó como una ola y sentí que algo dentro de mí se rendía por completo. No había más barreras, ni entre nosotros ni en mi propia mente. Kane me desarmaba con cada palabra, con cada toque. Su respiración era errática, como si estuviera luchando por contener todo lo que sentía, pero era inútil. Ambos estábamos completamente entregados a este momento, atrapados en el frenesí de lo que éramos juntos.

Miré su rostro mientras me embestía. ¡Joder! Esto era lo más *sexy* del mundo, la forma como mordía su labio mientras se deslizaba adentro y afuera, la forma como su boca se entreabría al observar la unión de nuestros cuerpos. Su mano se deslizó hacia mi cuello como un collar y lo tomó con propiedad mientras seguía moviéndose. Y luego su mano se desplazó con sutileza hasta detrás de mi cuello atrayéndome a él para darnos un beso que sería mejor catalogado como animal. Su cuerpo seguía dándome con dureza, mi espalda arqueándose más y más, mientras la sensación se acumulaba en mis piernas.

—Te amo, te pertenezco, Mirah —continuó, y su voz temblaba ligeramente, cargada de una pasión que me consumía—. Seré tuyo por toda la eternidad, en esta vida y en todas las demás.

Kane se levantó de la cama y con un solo movimiento de sus brazos me volteó por completo, ahora quedando con mi rostro enterrado en la cama. Me jaló por los tobillos hasta que mis rodillas quedaron casi en la orilla. Su mano izquierda juguetona se metió entre mi vientre y la cama subiendo mi cadera hacia él dejandome apoyada en mis manos y rodillas. Su mano derecha pasó recorriendo toda mi espalda y cuello anclándose detrás de mi cabeza y luego sentí un tirón en mi cabello que hizo que levantara mi espalda más hacia él. Solo entonces sentí su cuerpo pegarse al mío, su erección en mi trasero, rozando, provocando. Sus labios se acercaron a mi oreja de forma sigilosa y sentí su respiración caliente llenándome los sentidos.

—Entonces… lo prometido es deuda, yo en dos, tú en cuatro, espero que

ya lo hayas pensado. —La frase venía seguida de una risita provocadora.

El latido de mi corazón retumbaba en mis oídos. Me perdía en su voz áspera y gruesa, en la forma en que me tomaba como si fuera de su propiedad para siempre, en la forma que miraba como si fuera todo lo que había deseado y más.

—No hay nada que pensar —respondí igualando su risita y luego mi tono se volvió más grave, más urgido—. Porque te quiero dentro de mí eternamente —respondí con un nudo en la garganta, sintiendo cómo mis propios sentimientos emergían con una fuerza abrumadora.

Kane acercó su longitud a mi entrada húmeda y la movió de arriba a abajo provocándome de una forma solemne e incluso dolorosa, porque ardía de necesidad por tenerlo dentro de mí.

—¿Cuánto me quieres dentro de ti? —preguntó deslizándose tan solo unos pocos centímetros dentro de mi ser. Joder, este vampiro estaba determinado a romper la poca cordura que tenía en mi ser—. ¿Así?… —preguntó y entonces se deslizó solo un poco más adentro y tensó más el agarre de mi cabello—. ¿O así?

—Kane, joder… —Se deslizó un poco más profundo…

—¿O quizás así? —preguntó con el tono más desgraciadamente provocador que alguna vez había escuchado. Mi cerebro ya no se coordinaba con mis palabras, mi cuerpo ardía, chillaba, gemía, lo necesitaba completamente adentro

—Kane, por la mierda, ¡métemela toda! ¡O juro que te voy a matar!

Soltó una risa áspera y juguetona y obedeciendo se deslizó hasta el mismísimo maldito fondo de mi ser. Mi gemido fue gutural y sentí una ola entera de frenesí recorrerme el cuerpo, mi visión de sangre se encendió mostrándome algo diferente, no eran solo hilos rojos, había negros, sombras, movimientos diferentes, podía sentir su corazón, escuchar cada latido, ver la sangre que corría por sus venas, podía apreciar a Kane de otra manera, no solo física, sino energética.

Moví mis caderas más hacia él.

—Estás siendo avariciosa como siempre, nena… —Entonces salió completo de mi ser, solo para volver a entrar hasta el fondo de una forma animal—. Qué suerte que me guste lo avariciosa que eres. —Lo volvió a repetir mientras tensaba el agarre de mi cabello—. ¿Esto es lo que quieres?

—Sí, joder…

Repitió y luego se enterró hasta el fondo y se quedó allí por unos momentos.

—Carajo, nena, eres tan apretada y mojada que apenas me puedo contener.

Kane soltó el agarre de mi cabello y ambas manos se fueron a mis caderas, salió por completo de mí y luego el espacio entre nosotros desapareció cuando se hundió completamente, aún más profundo, si es que eso fuera posible. El ritmo aumentó, creció y se descontroló hasta que solo podía escuchar nuestras carnes latiendo, sonando, aplaudiendo.

Kane me tomó de nuevo por el cabello y subió mi cuerpo hacia él, mi espalda rozando su pecho mientras seguía dándome embestidas profundas. La sensación desató un clímax inmediato. Sus labios encontraron los míos y gemí el orgasmo en su boca, sintiendo cómo el mundo se detenía mientras ahogaba mi grito en ella. El beso era feroz, lleno de pasión y una promesa silenciosa de que este momento nos ataría para siempre. Nuestros cuerpos se movían al unísono, la electricidad entre nosotros encendiéndose con cada toque, con cada roce de piel contra piel.

Kane me volteó posicionándose sobre mí e insertándose profundo en mi ser.

—*Entrégate a m*í*… Abraza la oscuridad…*

—¡Sí, joder! ¡La abrazo! —dije mientras otro orgasmo se anclaba a mi cuerpo y lo recorría como una fogata encendida.

Mientras sus manos paseaban por mi cuerpo, sentí algo diferente. Un calor que no solo venía de adentro de mí, sino de algo que nos rodeaba. Abrí los ojos por un instante y vi las sombras de Kane envolviéndonos como si nos estuvieran protegiendo de todo lo demás, y entonces, lo vi. En mi antebrazo, como si fuera dibujado por la oscuridad misma, las sombras creaban una especie de tatuaje. En un idioma antiguo, Vesperian…

Mis ojos se encontraron con los de Kane y vi que lo mismo estaba ocurriendo en su piel. Las sombras trazaban la misma palabra en su antebrazo, como si el universo mismo estuviera marcando nuestra unión, como si estuviéramos destinados a ser uno solo.

—Es una promesa —murmuró Kane, su aliento cálido contra mis labios mientras sus manos seguían dibujando un mapa de fuego en mi piel—. Juntos para siempre, Mirah. Nadie podrá romper esto. Tú y yo, juntos por toda la eternidad.

La sensación de su piel contra la mía, el peso de su cuerpo sobre el mío, me hicieron perder la noción del tiempo. Era como si todo lo que habíamos pasado, cada batalla, cada herida, cada momento de duda, nos hubiera traído a este instante. Sus manos me reclamaban, su cuerpo me conocía y yo me entregaba a él sin reservas. No había barreras, no había más miedos. Solo Kane y yo, envueltos en un deseo antiguo, profundo, poderoso.

El tatuaje en mi piel ardía, no de dolor, sino de promesa. Sabía que esto nos ataba para siempre, que lo que sentía por Kane iba más allá de la vida misma, más allá de lo que pudiera comprender. Estábamos hechos el uno para el otro y nada ni nadie podría cambiar eso. Sentí sus manos acariciar mi rostro, sus labios susurrando mi nombre entre besos mientras el frenesí de nuestros cuerpos nos arrastraba más y más lejos. Las sombras seguían danzando a nuestro alrededor, envolviéndonos en su oscuridad protectora, mientras nos entregábamos el uno al otro, profundamente, sin reservas, sellando nuestra eternidad con pasión. Sus embestidas comenzaron a ser más salvajes, más animales. Metió su mano por debajo de mis caderas y me ancló a él llevando su majestuosidad profundo en mí, un gruñido gutural y ancestral salió de sus labios mientras los presionaba contra los míos, el orgasmo me recorrió entera al sentir su vibración dentro de mí, caí en la oscuridad y él me siguió por el precipicio.

TREINTA Y OCHO: *Mea velkia*
KANE

El calor que envolvía el aire era denso, cargado con el peso de la intimidad y la cercanía que habíamos compartido horas antes. Horas follando como conejos, exactamente lo que necesitábamos después de milenios separados.

Mis ojos se abrieron lentamente y lo primero que vi fue a Mirah, su cuerpo apenas cubierto por las sombras que todavía danzaban alrededor de nosotros. Ella dormía profundamente, su rostro relajado, con esa paz que rara vez encontraba en su vida llena de caos. La observé por un momento, dejándome llevar por la sensación de que estábamos solos en nuestro pequeño mundo, lejos de las batallas, lejos del dolor. ¡Maldita sea! Era la mujer más hermosa que había visto en mi vida, en esta y en las otras, su cabello cobrizo se deleitaba en el contraste con su piel pálida y caía hacia mi cuerpo que aún la abrazaba con ferocidad, como si jamás la quisiera dejar ir, y eso era la absoluta verdad.

Pero, de repente, ella se despertó de golpe, jadeando, con una mirada de pánico en sus ojos. Antes de que pudiera decir algo, ya estaba a mi lado, tirando de su cuerpo hacia mí para calmarla.

—Shhh, estoy aquí, *mea velkia* —susurré, envolviendo mis brazos a su alrededor. Mi reina, eso era ella, habían pasado siglos desde la última vez que había hablado en nuestro propio idioma, el Vesperialis, el lenguaje de las sombras del infierno.

Las sombras se movieron a mi voluntad, cubriendo su piel como un manto protector. Sabía que las visiones la acosaban, y la manera en que su respiración se aceleraba me lo decía todo.

—Michelle —dijo entrecortada, su mirada aún perdida en la visión que la había despertado. Sus ojos parecían vacilar entre el presente y ese oscuro futuro que había vislumbrado—. Está… está muerta.

Sentí la tensión en su cuerpo, el temor que la recorría. Pero no la dejé sola

en ese miedo. Subí su pierna sobre la mía y me acerqué más, apretando su rostro con suavidad entre mis manos, obligándola a mirarme a los ojos.

—Lo sé, Mirah, lo siento mucho, te prometo que nos vengaremos —le dije con una firmeza que brotaba de la verdad que sentía. Mirah podía ver el miedo en el futuro, pero yo era quien lo controlaba. Ahora que había regresado como el primero de los vampiros, esa guerra no sería el fin de todo. Yo lo impediría.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —dijo con la duda aún presente en su voz.

—Estoy seguro, porque yo soy el principio y ahora también seré el final. Nadie podrá detenernos y aquellos que se opongan no tendrán otra opción que morir. —Bajé la voz, con esa seguridad que solo podía nacer de alguien que había visto más de lo que cualquier otro ser en la tierra podría imaginar —. Apenas bajemos de esta cama, tomaremos acción, te lo prometo, nena.

Mirah apretó los labios, sin soltar del todo la preocupación. Sabía que, en el fondo, esto podría asustarla un poco.

—Tengo la sensación de que todo se irá a la mierda —comenzó, pero yo la interrumpí.

—Lo sé, estás acostumbrada a una vida tan caótica que cuando algo parece estar bien no lo puedes creer. —Acaricié su rostro, viendo cómo la duda comenzaba a disiparse, aunque solo un poco—. Siento que hayas pasado por tanto y siento no haber despertado antes como lo que realmente soy.

—*Mír velzhar,* mi rey, sigues siendo mi Kane, ¿verdad?

—Nena, siempre seré tu Kane, sé que no todos los fragmentos han vuelto, pero te prometo que sigo siendo tuyo. He tenido muchos nombres en milenios, Christoph Kane Dreacul es mi nombre original. Quizás por eso escogí el nombre Christopher para conocerte en aquella gala de máscaras, algo me pedía que usara ese nombre, pero te prometo algo, siempre seré tu Kane. Digamos que ahora con un poco más de… sabiduría.

Mirah me observó en silencio y pude ver que la inquietud aún estaba allí, acechando bajo la superficie. Pero había algo más en sus ojos, algo que compartíamos y que iba más allá de las preocupaciones del mundo exterior. Sin previo aviso, dejé que las sombras se deslizaran por mis dedos, extendiéndose hacia sus muñecas. Las envolvieron con suavidad, atándolas con un toque firme, pero nada que ella no pudiera romper si así lo quisiera.

—Kane… —susurró, sorprendida y ligeramente divertida por la repentina acción.

—¿Sí…? —murmuré, inclinándome hacia ella mientras las sombras se movían por su piel, deslizándose como una extensión de mí, tocándola en todos los lugares que conocían de memoria.

Mirah soltó un gemido sutil y perfecto que hizo que la excitación recorriera todo mi cuerpo, especialmente mi erección, que quedó armada y peligrosa de inmediato.

Las sombras acariciaban su cuerpo, se adherían a su piel con una familiaridad que había sido forjada en la intimidad de nuestras noches juntos, desde hace milenios. Me perdí en cada curva, en cada suspiro que escapaba de sus labios y sentí cómo una sonrisa lenta y arrogante se formaba en mis labios. Me encantaba tener este poder sobre ella, la forma en que podía hacerla rendirse a mí, a nuestras sombras, a lo que éramos.

—¿Qué crees que estás haciendo? —preguntó con esa chispa traviesa en sus ojos, a pesar de la sumisión a la que se entregaba.

—Solo asegurándome de que recuerdes a quién perteneces —respondí con una sonrisa arrogante, y ella bufó entre risas, pero su cuerpo respondía de otra manera, más entregado, más vulnerable. La besé con necesidad y pertenencia, ella era mía y yo era suyo, para toda la maldita y desgraciada eternidad.

Nos fundimos juntos en un beso profundo y desesperado de nuevo, nuestras sombras envolviéndonos en una tormenta de deseo que no podía contenerse. Cada roce, cada toque, cada beso nos llevaba más allá, a un lugar donde el tiempo no existía, donde solo éramos nosotros, entregados al poder que compartíamos.

Mis dedos encontraron su entrada húmeda y con cuidado los sumergí, dos de ellos, para hacerla gritar de nuevo mi nombre.

—Quiero sentir cómo aprietas mis dedos mientras te corres —dije mientras mis sombras apretaban el agarre de su piel, especialmente de sus pezones.

—¡Joder, sí!

—Eso me gusta escuchar.

Mis dedos entraron y salieron, se deslizaron y curvaron en su interior, rozando ese punto perfecto en su entrada. Su respiración se aceleró, su pulso subió de nivel y mis colmillos se asomaron en respuesta a la

excitación que recorría mi cuerpo. Seguí follándola con mis dedos, de la forma que le gustaba, de la forma que me encantaba, sus gemidos comenzaron a ahogarse, su espalda se arqueó y hundí mis colmillos en uno de sus pechos, su grito feral anunció lo que venía, ella apretando mis dedos mientras liberaba todo su deseo en un orgasmo delicioso.

—Mierda, Kane… Te juro que sabes tocarme exactamente donde necesito.

La besé con una especie de hambre y furia y deslicé mi boca por su cuello hasta llegar a su clavícula.

—Conozco tu cuerpo de memoria, *mea velkia*, sé dónde necesitas ser tocada, y, si algún día desconozco algo, tienes todo el poder de recordármelo.

Con lentitud clavé mis colmillos en su cuello y bebí con ganas. Mirah seguía gimiendo y ese era mi sonido favorito en el mundo. Pero de pronto algo ocurrió en ella, pude sentir el cambio de su energía, potente y desatada, podía sentir su frenesí creciendo en su sangre. De un movimiento me despegó de su cuello con rapidez y me volteó posicionándose sobre mí, sus caderas ahora justo sobre mi erección. Su cabello cobrizo largo caía hacia sus pechos perfectos. Luego gateó lentamente hacia adelante, hasta dejar su coño directo sobre mi rostro.

—¿Qué crees que estás haciendo? —pregunté con una sonrisa divertida de medio lado mientras pasaba mis manos por todas sus deliciosas curvas.

—Solo asegurándome de que recuerdes a quién perteneces —respondió con una sonrisa arrogante. ¡Maldita sea! Cómo amaba esa respuesta—. Así quiero correrme para ti.

—Ah, ¿sí? —pregunté en un susurro con mi sonrisa aún de medio lado. Procedí a agarrar sus muslos con propiedad y pegarla más a mi rostro—. Entonces fóllame la cara, Mirah, y recuérdame que soy tuyo.

Ella sonrió con maldad y se estrujó contra mi rostro. Tomé sus muslos con más fuerza y la senté aún más profundo, pasé mi lengua por cada centímetro de su delicioso coño, mientras ella gemía y se restregaba en mi cara. Esto era exactamente lo que necesitaba, quería tenerla a mi merced, pero al mismo tiempo dominándome por completo, quería tenerla suplicando porque le diera más. Aun cuando la única súplica silenciosa fuese que ella nunca se fuera de mi lado.

Mirah se llevó las manos hacia atrás de la cabeza mientras gemía de

placer. Sonreí contra su sexo mientras mis colmillos salían y mordí su vientre, el grito de placer que soltó casi hizo que me corriera de inmediato, el frenesí de los Vesperian era distinto al de cualquier otro vampiro, era como tener una dosis potente de alguna droga, no estábamos en el mundo, solo sentíamos necesidad y poder mientras nos adentrábamos en la locura, lo cual significaba que como cualquier droga era altamente adictiva e impredecible, solo Mirah y yo podíamos controlar nuestro frenesí juntos, porque podríamos ser la mismísima salvación del mundo o su eterna perdición… y a la energía que éramos como reyes vampiros usualmente le gustaba más lo segundo que lo primero.

Estaba seguro de que Mirah podía sentir cómo me desbordaba de excitación por ella a través de nuestro enlace, su respiración parecía acoplarse a la mía, aunque yo sonaba como un vampiro hambriento y desesperado, únicamente por ella, *mea velkia.*

Apenas saqué mis colmillos de su ser se giró sobre mí. Dejando aún su sexo sobre mi rostro, pero ahora su boca estaba directa en mi erección. La visión de su fabuloso culo tan cerca era algo que probablemente no me permitiría durar tanto como quisiera. Si pudiera tener un deseo vampírico, sería tener una maldita erección veinticuatro horas para darle placer todo el día.

Sentí su boca rodear mi erección y ¡mierda! La sensación de mi frenesí era demasiado fuerte, estaba tan excitado que apenas podía pensar, mis pensamientos eran locura y colapso en una palabra, todos apilándose en mi deseo por su sangre, por su cuerpo, por todo lo que ella representaba. Sentí cómo entraba en toda su boca y luego cómo la sacaba, ahora de forma repetida y rítmica, con dedicación, como si no pudiese aguantar a comérmela todo el día. Su boca caliente me causaba sensaciones indescriptibles, su frenesí impulsó el mío y lamí con más ganas su delicioso coño. Ambos teníamos un nivel de descontrol que solo se reflejaba en lo erráticas que estaban las sombras a nuestro alrededor. Mis caderas se apretaron contra ella, ¡joder! Estaba al borde… Tenía que respirar.

Tomé aire solo un momento para dar advertencia.

—Joder, Mirah, no aguanto, estoy a punto de correrme. —Y por un momento pensé que se iba a detener, pero conocía a mi reina mejor que eso. Esa frase solo sirvió para incentivarla a hacerlo más rápido, sabía lo que quería y me dejé llevar en el frenesí. Seguí lamiendo con profundidad su

maravilloso coño, haciendo que se corriera por completo, solo para yo seguirla de cerca con un gruñido feral mientras bombeaba en su boca y ella tragaba todo mi ser.

Mirah soltó un suspiro mientras se volteaba hacia mí secándose las comisuras de los labios. Sonreí mirando su mueca de atrevimiento y la jalé de golpe hacia la cama, poniéndola debajo de mí, y la besé con ferocidad, nuestros sabores mezclados eran el perfecto recordatorio de cuándo nos deseábamos.

—Puedes asegurarte de que he recordado a quién pertenezco, *zethis taer, mea velkia*, te amo mi reina —dije con una sonrisa contra sus labios.

—*Zethis taer,* mír velzar, te amo, mi rey —respondió con una sonrisa.

Y, cuando finalmente nos detuvimos, cuando la tormenta cedió y la calma nos invadió, sentí las risas de Mirah contra mi pecho.

—¿Qué? —pregunté con una sonrisa mientras aún la sostenía entre mis brazos.

—Tienes una extraña manera de calmarme, Kane —respondió, su tono cargado de sarcasmo.

—Bueno, funcionó, ¿o no? —bromeé, inclinándome para besar su frente. Ella se echó a reír, esa risa que siempre conseguía desarmarme, incluso en los momentos más oscuros.

—Tienes razón. Lo hace —dijo con una sonrisa que iluminaba su rostro, aunque sabía que detrás de todo eso aún estaba la preocupación, el peso de lo que habíamos visto y sentido—. Cuéntame cómo es ese tema de que tienes alas… —dijo.

—¿Quieres verlas de nuevo?

—Obviamente, apenas las vi unos momentos cuando apareciste —replicó.

Bufé por un momento y sentí mis sombras extenderse hacia mi espalda, materializando las alas, eran mucho más altas y ciertamente el doble de anchas que yo.

—¡Mierda! Si antes eras hermoso, ellas te hacen aún más perfecto.

—¿Te parece? —pregunté, aunque claramente sabía la respuesta.

—Kane, estás desnudo, con el cuerpo más escultural del puto mundo, tienes medio metro de pene colgando entre las piernas y tienes unas hermosas alas… Claro que me parece —dijo cruzándose de brazos y su tono me sacó una risita—. Además, la forma como se ven vivas… —Pasó sus manos suavemente por ellas y sentí una vibración en mi piel—. Bajo la

piel, sus membranas parecen latir. ¿Dónde las guardas?

—Desaparecen y aparecen, las sombras las crean y ocultan.

—¿Tienen alguna función específica?

—Puedo hacer muchas cosas con ellas, nena, luego te prometo que te mostraré cada una.

Mirah rio sutilmente y bajo el semblante alegre del momento podía sentir cómo ocultaba su dolor. La muerte de Michelle no sería fácil de superar, conocía a Mirah, probablemente más de lo que ella se conocía a sí misma en este momento, su espíritu oscuro aún no terminaba de despertar por completo. El mío, bueno, lo que veías era lo que recibías, era un vampiro, milenario, el primero de todos, mi poder rara vez conocía un límite, pero Mirah Varmani Valagaarum era el fuego que consumía la tierra, quizás ella no lo recordaba en ese momento, pero había sido ella la que acabó con ciudades enteras, había sido ella la que dominó pueblos enteros con su mentalismo, había sido ella la que creó abismos enteros consumiendo civilizaciones solo por el dolor que sentía.

Las leyendas decían que yo la había seducido a la oscuridad, pero siempre fue la oscuridad en ella la que me sedujo, porque nadie más entendía lo que era estar maldito por toda la eternidad y conseguir a alguien con quien compartirla. Éramos enemigos mortales, naturales, creados para dominarnos uno al otro, y, sin embargo, nos amábamos con desesperación. Pero, en ese momento, mientras estábamos juntos, sentí que lo teníamos todo bajo control. Yo, el vampiro más poderoso, y Mirah, mi reina, *mea velkia,* la bruja y vampira más poderosa, la única que podría reclamarme. No importaba lo que viniera después, ni las guerras que tuviéramos que enfrentar.

Mientras estuviéramos juntos, todo lo demás podía esperar.

—Kane —me llamó con un tono de curiosidad mezclado con algo de inquietud. La miré con calma mientras sus ojos rojos intensos viajaban desde su brazo hacia el mío, donde el mismo símbolo estaba grabado. Ella rozó mi antebrazo, siguiendo el contorno del tatuaje con la palabra «Vesperian*»*, con un leve toque—. Este tatuaje… —Su voz se quebró un poco—. ¿Por qué se creó en ese preciso momento?

Tomé su mano entre la mía, guiando sus dedos por las marcas en mi piel, y dejé escapar un suspiro.

—Este tatuaje es más que un simple símbolo, Mirah. —Mis palabras se

deslizaron en el aire como un susurro oscuro, cargado de verdad—. Es una representación de lo que ahora somos y lo que siempre hemos sido. Tú te has entregado conmigo a la oscuridad, has aceptado las sombras en tu vida, y ellas te han marcado, las sombras están vivas, son un ente que piensa, respira, no obedece, por el contrario, se asimila junto a alguien de su propio nivel, un Vesperian, pues las sombras son el poder del mismísimo infierno, de aquel demonio que nos creó, Asmodeus. Ellas te han reconocido por milenios y ellas ahora también son tuyas.

—¿A qué te refieres? —preguntó.

Levanté su mano sutilmente.

—Llámalas… con tu mente.

Mirah me miró con confusión, pero hizo caso. Cerró sus ojos y cuando los volvió a abrir las sombras serpenteaban en su mano como si fuese su dueña.

—¡Mierda! Se siente tan… vivas, como si susurraran algo. Es diferente a cuando las usé antes.

—Lo hacen, están hablándote siempre, ellas están conectadas con tu mente.

—¿Ahora podré usarlas siempre?

—Sí, antes parecía que las reclamabas solo cuando accedías a la oscuridad en ti, pero, ahora que eres una Vesperian, siempre serán tuyas.

—Vesperian… Lo había olvidado, el terror que la gente sentía al escuchar ese nombre —replicó.

—Somos los originales, el terror es lo único que conocemos, somos los hijos de Asmodeus. Las leyendas dicen que fuiste creada de diferentes formas, supongo que cada sociedad y tiempo ha creado una historia sobre ti, pero la realidad es que él me creó y su misma energía te creó como salvaguarda cósmica, porque en el mundo no hay una cosa sin la otra, ambos llevamos su sangre, ambos somos parte demonio, parte humano, supongo. Es por eso que tus ojos han cambiado.

—¿Han… cambiado? ¿A qué te refieres?

—Claro, no te has visto desde que entraste a este lugar, tus ojos ahora hacen lo mismo que los míos, son rojos, pero estarán negros cada vez que canalices un poder ancestral como Vesperian, por ejemplo, mis sombras.

—¿Dónde estamos? ¿Qué es esto? Recuerdo haber estado aquí antes, siento este lugar como mi propia casa, pero… en otro tiempo.

—Este es nuestro lugar seguro, lo creaste tú, ¿recuerdas? Es un abismo

hecho de sombras, cuando nos perseguían y no podíamos escondernos, un día creaste una especie de esfera que nos succionó y cuando llegamos era esto. Esto es una creación de las sombras, es un reino hecho y construido en base a ellas, nadie puede alcanzarnos aquí. Tú, *mea velkia*, creaste un abismo para salvarme.

La expresión en su rostro cambió.

—Lo recuerdo, era aquella guerra donde te atraparon e intentaron matarte… Nos perseguían.

—En su defensa, habíamos acabado con un pueblo entero, nena.

—Se lo merecían, ellos te clavaron una estaca en el corazón.

—No iba a morir por eso, no siendo un Vesperian.

—Lo sé, pero igual quería vengarme —dijo con una sonrisita y luego pude ver cómo una chispa de duda que se encendía en sus ojos, un eco de algo que había escuchado antes—. Madeleine me dijo que no debía escucharte… que no debía confiar en esto. —Su tono, por un momento, fue distante, como si una barrera invisible se levantara entre nosotros.

Fruncí el ceño, sintiendo la tensión en el aire. No podía culparla por sentirse así. Después de todo, habíamos vivido siglos de traiciones, luchas y oscuridad. Pero esa desconfianza, esa chispa de duda, no podía seguir entre nosotros.

—Madeleine, al igual que todas las Varmani, tiene una misión, después de que te convertiste en Vesperian, después de que dejaste que yo te hiciera vampira, tu clan juró que me aprisionaría, solo querían mantenerme en el pozo, preso, ellas saben lo peligrosos que somos juntos, *mea velkia*, eso es todo.

—Pero había algo en su voz…

—¿Desconfías de mí, Mirah? —pregunté, con un toque de sorpresa en mi voz.

Ella me miró fijamente, como si buscara respuestas en lo profundo de mi mirada. Sentí el miedo mezclado con la incertidumbre en su interior y eso me hizo soltar una risa suave, no burlona, sino amarga.

—¿Estás intentando leerme la mente? —preguntó, casi como si temiera la respuesta.

Negué lentamente, con un toque de melancolía en mi sonrisa.

—Es el único poder que no tengo, ¿recuerdas? —respondí, mirándola con algo de ironía.

—Algo recuerdo, no todo está en mi mente. Tengo algunas cosas de mis miles de años, pero es como si mi mente estuviera tratando aún de acoplarlas.

—Tardará un poco. La última vez que estuvimos vivos al mismo tiempo, las Varmani de tu clan te hicieron algo para que no recordaras todo, es por ello que te costará ensamblar todo en tu mente, pero no te preocupes, yo te guiaré —dije.

—Las Varmani parece que hicieron de su rutina meterse con mi mente.

—No quieren que recuerdes todo. Aun cuando Madeleine te devolvió todo lo que ella bloqueó, debes tener un bloqueo hecho desde hace miles, cientos de años, cuando encerraron tu esencia en el abismo.

—Ellas jamás aceptarán esto.

—Nunca lo han aceptado, el destino de tu clan es detenerme.

—Un destino de mierda —replicó.

—Un destino que no se repetirá. Mirah, tienes mi palabra, no le haré daño a Madeleine, pero tienes que saber que si ella intenta detenernos…

—Lo sé…

—Tendrá que morir.

El silencio se hizo pesado entre nosotros. Mirah bajó la mirada a su antebrazo, acariciando el tatuaje con una mezcla de asombro y resignación. Sabía que lo que le estaba diciendo cambiaba todo, pero también sabía que era necesario que lo supiera.

—¿Y ahora qué? —preguntó, alzando la vista hacia mí de nuevo. En sus ojos ya no había miedo, solo una determinación que siempre admiré en ella.

—Ahora —le respondí, acercándome más, rozando su rostro con la suavidad de mis dedos—, aceptas lo que eres. Lo que somos. Y, juntos, encontramos una manera de enfrentar lo que viene. Porque esto no se trata solo de ti o de mí, sino de un poder mucho más grande que cualquiera de nosotros, y hay mucho que hacer.

A medida que las palabras dejaban mis labios, sentí cómo una chispa de electricidad recorrió el aire entre nosotros. Estábamos destinados a ser enemigos, pero, en cada vida, el destino nos unía de nuevo. En esta ocasión, quizás, estábamos más cerca de lo que nunca habíamos estado.

—¡Joder, Kane! Lo que siento por ti es algo que apenas puedo describir, te amo con toda mi sangre, con mis putas entrañas…

—Mirah… —susurré, mirándola con la intensidad de alguien que conocía

cada rincón de su alma y tomé su mano dándole un dulce beso—. Te amo más allá de lo que esta vida, o cualquier otra, pueda ofrecer. Y, aunque el destino quiera que nos enfrentemos, no puedo hacer otra cosa que seguir amándote, seguir perteneciendo a ti.

Mirah rompió la distancia entre nosotros y me besó con ferocidad, había algo en tocarla, en sentirla que parecía exigirme que jamás me detuviera, se impulsó hacia mí llevándome de espaldas a la cama y sonreí contra sus labios, como estela me moví extremadamente rápido posicionándose sobre ella.

—Creo que has tenido mucho el control por un día, nena —dije sonriendo de medio lado.

—Oh, no. ¿Vas a dominarme? —dijo con una sonrisa burlona.

—Voy a follarte hasta la maldita desesperación. —Mi mano recorrió su cuerpo y se ancló en su cuello—. Y no voy a ser amable contigo, *mea velkia,* porque me tienes malditamente cachondo y solo quiero metértela todo el día. ¿Estamos de acuerdo?

—Estamos de acuerdo… Hazme tuya entonces.

Sonreí, mi otra mano abrió sus piernas con fuerza y me deslicé dentro de ella, mojada, exquisita, maravillosa. Una, dos, tres, cuatro embestidas fuertes y deliciosas, sus manos se pasearon por mis abdominales y mis bíceps, arañando, sintiendo, tomé su mano izquierda y metí dos de sus dedos en mi boca, chupándolos con dedicación mientras la embestía. Mirah volteó los ojos por un segundo y sentí la vibración en su cuerpo, se estaba corriendo de una manera perfecta.

—Joder, Kane… eso…

—¿Te dejé sin palabras, *mea velkia*?

—Sí…

—¿Quieres más?

—Sí… quiero más.

Sonreí con ganas y tomé sus tobillos, uno en cada mano, y seguí embistiendo, fuerte, mi boca se entreabrió deleitándose con la suavidad en la que me deslizaba, podría follarla todo el día, noche, semana y jamás me agotaría, jamás tendría suficiente de ella, mis alas se desplegaron por completo y podía sentir nuestro frenesí unido, las sombras girando a nuestro alrededor como recordándonos que éramos vida y muerte en un solo momento.

—¡Carajo, Mirah! Te amo —dije y seguí embistiendo, con ganas, sin descanso, solo lleno de una cruda necesidad por ella, por su sangre, por su cuerpo, por su alma, si es que teníamos una, porque, aunque fuésemos dos malditos hijos del infierno, ella me hacía sentir en el cielo.

Mis alas se cerraron y bajé sus tobillos, caí sobre su cuerpo, pasé mi mano por detrás de su cabeza y la atraje hacia mí en un beso apasionado, mordí su labio con mis colmillos y chupé con delicadeza la sangre en ellos.

—No… pares… —Fue todo lo que alcanzó a decir, mientras su voz se desvanecía, consumida por el deseo. Y no paré, no cambié el ritmo; seguí haciendo exactamente lo que necesitaba, hasta que alcanzó el maravilloso orgasmo. La besé ahogando su grito y luego la dejé respirar por unos segundos antes de volver a besarla. Mirah era intoxicante y, después de milenios separados, era imposible dejarla ir.

La tomé por la parte de atrás de su cuello y la atraje hacia mí hasta quedar sentado y ella sentada sobre mi regazo. Ella se acomodó sobre mí con una sonrisa traviesa, sus piernas rodeándome con la naturalidad de quien ya conocía demasiado bien mi cuerpo. Sentí el roce de su piel caliente contra la mía y no pude evitar soltar una risa baja, deslizando mis manos por sus muslos, hasta levantarla un poco y hundirla por completo en mi erección. Mirah soltó un gemido y un suspiro y solo se quedó ahí por un momento apreciando, sintiendo…

—¿Planeas quedarte así toda la noche? —murmuré, alzando una ceja mientras mis dedos jugueteaban con la curva de su cadera.

—Depende —respondió, inclinándose apenas, su boca a un suspiro de la mía—. ¿Tienes algo mejor que hacer?

Quise contestarle, soltar algo ingenioso, pero el calor de su aliento en mis labios me cortó la respuesta. En su mirada había un brillo de desafío, ese que siempre me volvía loco, que me tentaba a dejarme arrastrar por ella sin oponer resistencia.

Mis manos subieron por su espalda, recorriendo cada vértebra con una lentitud que la hizo estremecer. Su sonrisa se desvaneció, reemplazada por algo más profundo, más voraz. Ella se aferró a mis hombros cuando la acerqué más, eliminando cualquier espacio entre nosotros. Su respiración se mezcló con la mía, su piel quemaba bajo mis dedos, y cuando al fin nuestros labios se encontraron, el juego se convirtió en algo más peligroso.

La besé con la misma intensidad con la que la deseaba, sosteniéndola

firmemente contra mí mientras ella se movía, provocándome, torturándome. Un jadeo quedó atrapado entre nosotros cuando mi mano descendió por su cadera, guiándola, marcando el ritmo. Mirah gimió fuerte y pude sentir su orgasmo apretándome con necesidad. Sus uñas se clavaron en mi piel sacándome sangre y con un maldito susurro entrecortado de mi nombre, supe que ya no había marcha atrás, me dejé ir, derramándome en ella.

No importaba cuánto nos retáramos, cuánto nos resistiéramos a rendirnos el uno al otro. En ese instante, ella era mía y yo era suyo. Y ninguno de los dos estaba dispuesto a soltar primero.

Ella me observó en silencio y sonrió y le devolví la sonrisa esta vez llena de vida, de alegría por tenerla en mis brazos, quería que recordara esta parte de mí por sobre cualquier otra, porque tan pronto saliéramos de este lugar todo iba a cambiar. Si bien ella era una reina terrorífica, el mundo no empezaba a comprender lo que yo sería cuando llegara el momento de vengarme de todos los que nos hicieron daño.

TREINTA Y NUEVE: Soy tu puto dueño
MIRAH

La morgue de Lonviness… Un lugar que no quería visitar nunca más. Kane había averiguado dónde estaba el cuerpo de Michelle y me había traído directo al lugar. El cuerpo de mi amiga estaba ahí, frío, inerte. Tenía al menos treinta llamados de Luca. En los mensajes estaba inconsolable, jamás pensé ver ese lado tan vulnerable de él, pero había algo en la forma como siempre se preocupó por Michelle que les hacía conectarse diferente.

Cat sollozaba en los brazos de Faustus, mi dulce y querida Cat, veía sus ojos rojos y aún no podía creer que mi sangre la había transformado en una Inmortus, mi progenie. Ahora más que nunca las Mordred iban a querer mi cabeza, habían encendido a Xenon, todo el puto planeta sabía que existíamos. Las noticias eran un puto *show* amarillista y mediático.

«Vampiros atacan al mundo».

«Los vampiros quieren asesinarnos».

Todo era tan basura, pero, bueno, ¿acaso podíamos esperar algo más del noticiero? La Cumbre de Tecnología vendría en apenas unas semanas y ya había comenzado la exterminación, el gobierno de Murda tenía sus naves, tanquetas, ojivas, todo preparado, todo gobernado por Xenon, la presidenta tenía tanta relevancia como un pisapapeles. Una parte de mí se preguntaba si realmente este no había sido el plan de las Mordred desde el inicio, después de todo, eran cazadoras de vampiros.

En mi cabeza solo había espacio para una palabra…

Venganza.

Fantaseaba con arrancar las cabezas de aquellos que nos habían traicionado, la oscuridad de ser una Vesperian cada vez estaba más presente en mí.

Kane me había explicado mucho de mí misma, parecía conocerme más de lo que yo me conocía. Mis ojos habían cambiado, era un iris rojo que

rondaba con chispas oscuras de vez en cuando, como si mi naturaleza Inmortus y Vesperian se pelearan y se amaran a la vez. Pero algo era cierto, jamás había tenido un deseo por la sangre tan profundo como el que tenía ahora, era como si parte de mi humanidad se hubiese ido, quizás por el dolor que mi corazón sentía y que se había visto obligado a bloquear por tanto tiempo, la gente a mi alrededor parecía morir… Mis padres, Luster, Michelle, Miles, y una parte de mí quería castigar a todos, como esa vez que había castigado a Loop, dije muchas veces que esa no era yo, que no había querido hacerlo, pero, en el fondo, había deseado ver su cabeza rodar, como cuando asesiné a aquellos hombres afuera del bar.

Acaricié el rostro de Michelle, de alguna forma acomodando su cabello oscuro.

—Lo siento tanto, Mich, la cagué, no sé, pero siento que es mi culpa, todo este rollo es mío, ellos experimentaron contigo por mi culpa y ahora estás aquí, muerta, por mi culpa también, desearía que hubiese una manera de traerte de vuelta, pero no la hay. Los Voyh mueren como humanos… ¿Cuál es el punto de que sean tan poderosos si tienen que morir de una forma tan básica? —Las lágrimas corrieron por mis mejillas—. Daría lo que fuera por traerte de vuelta, pero sé que no puedo hacerlo. No tengo ni idea de cómo despedirme de ti, los últimos días han sido traición, locura, descubrimiento. Seguro te estarías riendo conmigo y estarías inventando algún chiste de mal gusto, con tu humor negro maravilloso. —Reí entre lágrimas—. Me estarías invitando a tomarme un maldito trago extraño que me hiciera sentir como el culo. Desearía todo eso ahora mismo con tal de verte una vez más.

—¿Mirah? ¿Estás lista? —dijo Kane en el umbral de la puerta.

—Sí —dije secándome las lágrimas, me agaché con lentitud y deposité un beso en la frente de mi amiga, un adiós que jamás sería suficiente. Tenía el corazón hecho pedazos.

—Sé cómo te sientes, nena —dijo Kane tocándome los hombros—. Quiero que canalices toda esa rabia ahora que iremos a darle una visita a Grigori.

—¿Lo encontraste?

—Sí, el bastardo se ha refugiado en unos almacenes al sur de Lonviness, pero nadie se puede esconder de mí lo suficiente.

—¿Saben algo de Madeleine?¿o de Hash?

—No, Faustus está rastreándolas con el resto de la Supremacía Inmortus,

pronto tendremos noticias seguramente. Tranquila —me aseguró—, Madeleine no te dejará, buscaremos la forma de que acepte todo esto.

—¿Necesitamos apoyo para ir a buscar a Grigori?

—No, nena, solo seremos tú y yo.

—Pero no seremos suficiente.

—Nena, lo somos —afirmó con propiedad.

Mi mente giraba en espiral, atrapada en una vorágine de emociones y confusión.

Kane me sostuvo y mi poder se ancló a él, así como yo controlaba sus sombras, él podía controlar mi abismo. Aparecimos en un lugar bastante alejado de todo, un campo inmenso lleno de flores y pasto, el día era lluvioso, como siempre en Lonviness. Me deleité un poco con el aroma de las flores hasta que llegamos a la puerta de un viejo almacén, mi vista giró hacia la periferia solo para darme cuenta de que el pasto entero y todas las flores que estaban a nuestra espalda ahora estaban negras, marchitas.

—¿Kane?

—Es un pequeño efecto secundario de nuestra raza, Mirah, no te preocupes, no será para siempre, a veces nuestra energía se alimenta de otras cosas.

Parpadeé confundida, sé que estábamos muertos, pero esto era un recordatorio demasiado brutal de que éramos muerte en vida.

Mi visión de sangre se encendió, ahora mucho más poderosa que antes, los hilos rojos dibujaban las siluetas, mientras que los hilos negros me mostraban los últimos movimientos de cada vampiro, como si pudiera ver todo lo que habían hecho hacía unos segundos en forma de ecos en el lugar, creo que esto era parecido a lo que Adrina podía ver, pero no estaba segura. El lugar estaba patrullado por centenas de vampiros, pero Kane avanzó como si no tuviéramos nada que temer. Pateó la puerta y esta se abrió de par en par, esperaba una avalancha de malditos vampiros, pero, para mi sorpresa, los Noctus, aquellos vampiros feroces y sigilosos, estaban ahora comenzando a inclinarse ante Kane, como si él siempre hubiera sido su líder. Las sombras que lo rodeaban, esa oscuridad que parecía emanar directamente de su ser, lo marcaban como algo más, algo más profundo y peligroso.

Grigori apareció frente a la puerta, su semblante de peligro y superioridad solo era igualado por su maldito ego.

—Vaya, vaya. ¿Quién es el perro faldero ahora? —preguntó Kane con una sonrisa—. ¿Lo ves? —dijo y su tono áspero y confiado me heló la sangre y me encendió al mismo tiempo—. Me reconocen, Grigori —dijo Kane, su voz retumbaba con un poder antiguo, un eco de autoridad que hacía vibrar las paredes a nuestro alrededor—. Me reconocen como su verdadero líder. Tú eres un farsante, un patético intento de dominar a los vampiros. Pero todos ellos son una extensión de mí. Todos ellos me pertenecen. Y obedecen.

Las palabras de Kane flotaban en el aire, tan contundentes y reales que era imposible ignorarlas. Me costaba respirar, sentir el peso de lo que ocurría a mi alrededor. Grigori, ese monstruo que había dominado mi vida de tantas maneras, miraba a Kane con una mezcla de rabia, dolor y, luego… miedo. Podía sentir su olor… como un puto pañal cagado. Sonreí y observé un destello de puro terror que no había visto jamás en su rostro, algo que me hizo estremecerme.

Grigori retrocedió un paso, como si intentara procesar lo que estaba ocurriendo, pero Kane no le dio tiempo. La crueldad en sus ojos era palpable, una energía oscura y despiadada que parecía crecer en él con cada segundo.

—¿Ahora lo entiendes? —preguntó Kane, dando un paso más hacia Grigori—. ¿Sabes quién soy? —Grigori abrió los labios, pero no emitió sonido alguno. Su expresión de incredulidad era tan clara que podría haber sido fotografiada y exhibida como una reliquia del miedo. Era la cara de alguien que acababa de darse cuenta de que todo lo que creía conocer había sido una mentira, una ilusión—. Soy tu puto dueño, Grigori Volska.

Con un movimiento rápido y brutal, golpeó a Grigori tan fuerte que la mandíbula se le desprendió, el hueso colgaba por completo mientras en pocos segundos su postura normal comenzaba a regenerarse. Luego rompió una silla y con los pedazos de ella clavó a Grigori a la pared. No bastando con eso, metió su mano directamente en el pecho de Grigori. Lo que siguió fue un sonido grotesco, el ruido de carne rasgada, un grito sofocado de Grigori mientras Kane apretaba algo que parecía ser su corazón. Los ojos de Grigori se abrieron con terror y dolor mientras más sangre negra salía de su boca, goteando hacia el suelo como veneno.

—A pesar de todo, tengo que agradecerte, Grigori —dijo Kane, con la misma calma fría que un verdugo otorgando una última palabra a su víctima

—. Gracias por traerme a la oscuridad. Y, ahora, gracias a Mirah, me he reencontrado con lo que soy. —Mi nombre salió de sus labios con una intensidad abrumadora y, cuando sus ojos se encontraron con los míos, sentí esa electricidad que siempre nos unía, ese magnetismo que ahora parecía haberse fortalecido con nuestra nueva naturaleza y algo en ella me atraía más que nunca. Dolor, poder… venganza.

Kane miraba a Grigori con una mezcla de desprecio y satisfacción. Se estaba deleitando con su victoria, no solo física, sino mental y emocional. Y podía sentirlo. Me pregunté si alguna vez había deseado esto: ver a Grigori reducido a un simple ser, vulnerable y débil, y la respuesta en mi cabeza era un sí rotundo.

—Me pregunto si te mereces una muerte rápida —añadió Kane, sus ojos negros reflejaban la crueldad de esa decisión—, pero creo que la respuesta de mi reina es no.

Con un movimiento, Kane sacó su brazo del pecho de Grigori, dejando que la sangre negra del vampiro se derramara en su ropa. Con una sonrisa burlona, limpió la sangre con la misma ropa de Grigori, humillándolo aún más. Pero no terminó allí.

Kane se giró hacia mí, sus ojos ardían con un fuego oscuro, una mezcla de deseo y necesidad que me envolvía, como si él y yo estuviéramos destinados a este momento, a esta victoria.

Kane replegó su espalda y sus alas se formaron en su espalda, hermosas y tenebrosas, oscuras, membranosas y rojizas, pulsando como entes vivos. Se giró hacia Grigori y con la rapidez de un rayo y con la voluntad de una cuchilla afilada las deslizó hacia él. Solo sentí el ruido de algo afilado traspasando la carne… La mano de Grigori cayó al suelo, como un pedazo de carne inerte, inútil, sangrando aún más esa sustancia negra y densa. El rugido de dolor que salió de la garganta Grigori fue inhumano, casi animal.

—Ahora, nunca más usarás esa mano para tocar a Mirah, maldito imbécil —dijo Kane con la misma calma perturbadora, mientras observaba la agonía de Grigori con una sonrisa satisfecha—. Y, si no te comportas, perderás la otra mano en el poco tiempo que te queda de vida. Quizás hasta nos divirtamos un poco quitándote las partes del cuerpo una a una, al menos sé que a Mirah le divertiría mucho —dijo mirándome y yo le ofrecí una amplia sonrisa.

Las sombras alrededor de Kane bailaban, como si estuvieran vivas,

celebrando su victoria. Kane, sin voltear a mirar a Grigori nuevamente, dio media vuelta y caminó hacia mí con una sonrisa en los labios, llena de esa seductora arrogancia que siempre había sido su marca. Cada paso suyo irradiaba poder, control.

Los Noctus lo observaban fijamente y con un simple gesto de su mano, Kane ordenó:

—Manténgalo prisionero y… póngale uno de esos collares que anulan los poderes —dijo con una sonrisita en los labios.

Los Noctus, obedientes como nunca los había visto, comenzaron a bajar a Grigori de la pared. Mi corazón latía con fuerza mientras observaba cómo ese ser que alguna vez había controlado mi destino ahora era arrastrado como un prisionero.

Ver a Kane haciendo esto, desatando ese poder oscuro y primigenio, me llenó de una mezcla de emociones que no lograba descifrar del todo. Mi corazón latía con fuerza, una especie de temor reverberaba en mi interior, pero a la vez algo mucho más profundo y primitivo me sacudía. Miedo, sí, pero también… excitación, frenesí. Me estremecí al reconocerlo. Cada movimiento de Kane parecía diseñado para demostrar su dominio. Verlo allí, enfrentando a Grigori con esa brutalidad fría, me provocaba escalofríos y deseo puro y crudo. Las sombras que lo rodeaban, el modo en que controlaba a los Noctus, me hacían sentir diminuta, pero, al mismo tiempo, increíblemente atraída por él.

Era una fuerza de la naturaleza.

Un vampiro superior.

Y saber que toda esa intensidad, ese poder oscuro, me veneraba, despertaba algo salvaje en mi interior.

Y quizás era hora de admitir algo, en el preciso instante que Kane le cortó el brazo a Grigori me di cuenta de que todo había cambiado. Había algo en él que me llamaba, algo que me hacía sentir vulnerable y fuerte al mismo tiempo. Su mirada fija en mí, el fuego que brillaba en sus ojos oscuros… me hizo sentir expuesta de una forma que no había sentido en mucho tiempo. El deseo se mezclaba con el miedo de una forma abrumadora. Lo veía y sentía ese magnetismo que no podía negar, esa conexión que nos había unido desde el primer momento. Era el mismo Kane, pero también un ser mucho más peligroso. Y lo peor de todo es que esa nueva faceta suya no me alejaba, sino que me atraía más.

La forma en que sonreía después de castigar a Grigori, esa arrogancia seductora, encendió algo en mí. Cada músculo de mi cuerpo se tensó, como si estuviera al borde de caer en un abismo que él controlaba. Me mordí el labio, intentando contener las sensaciones que me recorrían. Lo deseaba de una manera inexplicable, casi irracional. Estaba peligrosamente cerca de dejarme llevar por esa oscuridad que él encarnaba.

Mis manos temblaban ligeramente, pero no era solo por miedo. Era porque lo que estaba viendo me excitaba tanto que me aterraba.

—Ahora —dijo mirando a los Noctus—. Quiero que llamen a todos los vampiros de cada lugar del puto mundo, quiero que organicen un cónclave urgente y no acepten un no como respuesta.

—¿Para qué, mi señor? Ellos pedirán información.

—¿Para qué? —dijo sonriendo y luego me miró fijamente—. Diles a todos los vampiros que la era de venganza ha comenzado…

EPÍLOGO
MICHELLE

Mis ojos se sentían pesados, intenté aspirar una bocanada de aire y los pulmones dolían, me apoyé en las muñecas tratando de levantarme, no podía reconocer el lugar donde estaba, solo había camillas y un aire frío que consumía todo, parpadeé con calma, mis ojos se sentían arenosos ahora.

Alcancé a sentarme solo para darme cuenta de que estaba completamente desnuda.

¿Qué mierda había pasado?

Un recuerdo entró a mi mente de golpe, me tambaleé apoyándome en la orilla de una mesa y los objetos cayeron al suelo. El recuerdo era bastante claro, Grigori se había movido demasiado rápido hacia mí, su agarre en el cuello… Mierda, podía aún sentir el apretón, la falta de oxígeno, pero algo pasó después, fue tan rápido que no pude reaccionar.

¿Me había asesinado?

¿Era esto el más allá?

Los lobos no vivimos después de la muerte, esto tenía que ser todo una pesadilla, o quizás estaba atascada en una especie de limbo.

Miré al suelo solo para ver lo que se había caído del mesón, eran unas tijeras, gasas, escalpelo. Luego miré cuidadosamente a mi alrededor, había muestras de sangre, tejido, cosas y en mi pie una etiqueta con mi nombre y la fecha de mi… fallecimiento. Ahora podía comprender donde estaba, era una especie de morgue. ¡Carajo! Esta mierda no podía ser un sueño.

Me levanté con cuidado caminando hacia la puerta como pude, mi visión se fijó en una bata de laboratorio que había guindada a la derecha, la tomé y me cubrí con ella, amarrándola en la cintura.

Salí al pasillo desolado, el lugar parecía completamente abandonado. Pero, entonces, ¿cómo había llegado aquí? Quería gritar, quería buscar a Mirah, pero no estaba segura siquiera de si ella podía estar en este lugar. En

mi mente había voces que se intercalaban con una especie de visiones, agua, ojos amarillos, buscándome o llamándome. ¿Qué demonios era eso? Grité y me tapé la boca esperando no haber hecho tanto ruido como para que alguna persona indeseada me encontrara. Pero todo parecía tan abandonado que era imposible entender si esto era real o producto de mi imaginación. Estaba muerta, ¿verdad? ¿Así de horrible era el más allá?

Había demasiada oscuridad en el pasillo, las luces fallaban.

—*Oh, Michelle…* —dijo una voz, parecía que pronunciar mi nombre era algo divertido, la voz era de un hombre, parecía ser áspera y con una especie de ronroneo.

—¿Quién carajo está allí? —dije volteándome de golpe. No iban a asustarme, yo era una maldita Voyh. Tenía que transformarme, era la única manera de asegurarme de que tuviese suficiente poder para asesinar a cualquiera que estuviese en mi camino. No sabía cuánta energía tenía, pero usaría todo lo necesario para escapar de este lugar, en forma de Voyh podría encontrar la salida más rápido.

Forcé la transformación con toda mi fuerza, pero algo ocurría, el pelaje no cubría mi cuerpo, en vez de eso, mi piel estaba tomando un tono grisáceo extraño que no podía comprender, mi mente giró en espiral y un nudo se instaló en mi estómago. Detuve la transformación respirando ansiosamente.

—*Calma, Michelle…* —dijo una voz, pero esta vez juraba que la había escuchado en mi cabeza y no era la misma voz de antes, ¿o sí? El susto y el terror se volvieron mis compañeros mientras corría como demente por los pasillos, buscando una dirección.

—Tengo que encontrar la salida —me repetía a mí misma sin cesar. En un momento me moví y de alguna forma aparecí mucho más adelante, giré sobre mis talones para darme cuenta de que había estado hacía un segundo tres puertas más atrás—. ¿Qué mierda me está pasando? —pregunté llena de terror. Caí de rodillas—. Solo quiero encontrar la maldita salida… ¡Por favor, Dios!, si es que existes, sé que jamás te he rezado, sé que jamás me he preocupado por la religión, pero, por favor, ¡ayúdame!

Las lágrimas se derramaron por mis mejillas y una especie de estela de sombras apareció en el pasillo, materializándose frente a mí, me levanté de golpe retrocediendo unos pasos hasta que choqué con la pared. Esperaba que de ella surgiera algún ente oscuro, algo que venía a reclamar mi alma en este limbo del terror, pero para mi sorpresa de la estela salió un hombre

jodidamente hermoso, llevaba unos pantalones de cuero negro ajustado, el torso musculoso completamente descubierto, con una curvatura en «V», tatuajes en algunos lugares de su cuerpo, parecían símbolos, runas, no lo sé. Joder, su pecho… Los bíceps y aquel cabello oscuro semiondulado largo que caía como hasta la mitad de sus pectorales. Sus ojos eran negros completamente, no había áreas blancas, no había iris, todo era oscuro como un abismo. Adoptó una pose autoritaria.

—Ah, pero cariño. Le has estado rezando a la persona incorrecta —dijo con una sonrisa en los labios.

—¿Quién…? ¿Quién eres? —pregunté aterrorizada. Había visto muchas mierdas locas en mi vida, pero esto… Esto no era normal.

—Ah, pero tengo muchos nombres, hermosa. Verás, es que soy muy popular —dijo con una risita—. Algunos me llaman el Impostor, otros el Desgraciado, el Señor de los Tratos, el Señor de la Noche, no, espera, eso es una canción… Bueno, me dicen de muchas maneras. Aunque mi favorito es cuando me llaman Príncipe del Infierno o Demonio de la Lujuria. Pero, si quieres saber el correcto… —Hizo una pausa y me extendió su mano—. Puedes llamarme… Asmodeus.

—¿Asmodeus? —pregunté con la voz semi pasmada porque por las mierdas, sabía que había leído ese nombre en los archivos que Mirah había extraído de la sección A-138—. Ese es… Eres el demonio… La sangre que se usó en los experimentos.

—Soy muchas cosas, Michelle di Martino, pero particularmente en este momento soy un demonio maravillado, porque definitivamente los problemas vampíricos se han convertido en mi entretenimiento favorito. ¿Cómo le dicen ustedes a esas cosas blancas que comen mientras ven televisión? ¿*Popcorn*? ¿Cotufas? Creo que necesito un tarro gigante de esas para apreciar mejor este… desastre.

—¿De qué estás hablando?

—Han experimentado, han creado, jugando a ser yo. —Soltó una risita—. Pero esto, cariño, esto sí que es algo completamente inesperado.

—No… No entiendo… —Tenía que huir, tenía que salir de aquí ahora.

—No te preocupes, no te haré daño. No tienes que huir.

—¿Cómo…?

—Puedo leer tus pensamientos. No voy a hacerte daño, por ahora —replicó con una sonrisa—. Solo vine a… entender qué eres. Tu energía me

estaba llamando, como una creación más, aunque no has sido completamente hecha por mi mano, pero llevas mi sangre de alguna forma. Los vampiros y humanos están avanzando demasiado para mi gusto.

—¿Tu sangre? ¿De qué hablas? Por favor, déjame ir.

—Hermosa, nadie te está reteniendo, de hecho, vine exclusivamente para sacarte de este lugar. Tú me llamaste, ¿recuerdas? Bueno, dijiste Dios, pero la llamada llegó a otro lugar un poco más abajo, si sabes a qué me refiero —respondió con una sonrisa curva en los labios.

Mierda, tenía miedo, pero su aura era intoxicante…

—Yo… no. No te he llamado, no entiendo nada. ¿Dónde estoy? ¿Es esto el más allá? ¿Vienes a pesar mi alma o alguna de esas mierdas?

—No lo entiendes, ¿verdad? —preguntó y negué con la cabeza—. Tu amiga no soportó perderte, así que decidió experimentar a ver qué salía, supongo que pensó que no había nada que perder.

—¿Mi amiga? ¿Mirah? —pregunté asustada.

—Tienes sangre de vampiro en tu sistema, Michelle. Mirah te dio su sangre.

Asmodeus estiró la mano frente a mí y de ella salió una especie de estela de sombras materializando la forma de un espejo. En él miré mi rostro.

—¿Lo entiendes ahora, cariño?

Lo había entendido…

Pero mi boca no alcanzaba a esbozar una palabra.

Porque, por primera vez en todo este tiempo, no había miedo, ni confusión, solo claridad absoluta. Porque lo había entendido por completo, la razón por la que estaba viva, la razón por la que había corrido y había aparecido más adelante de aquella puerta. Había entendido el color de mi piel durante la transformación… Yo era algo más, mis iris ya no eran solo violetas, la mitad de cada uno de ellos era roja como la sangre más pura, el dolor de mis encías afirmó la situación y cuando sonreí vi detrás de mis labios unos colmillos, como los de Mirah.

—¿Qué…? ¿Qué carajo soy?

Asmodeus sonrió ampliamente.

—Aparte de ser la mujer más hermosa que he visto en mi vida —dijo con una voz profunda y sensual —. Bienvenida a tu nueva vida, Michelle di Martino. Primera en tu clase.

—¿Cla… se?

—Te titularé… la primera de las híbridas oscuras, «Velycan» me parece un nombre apropiado —dijo Asmodeus sonriendo de medio lado—. No puedo esperar para ver todo el caos que vas a desatar. —Sonrió más ampliamente—. Ahora salgamos de aquí, después de todo no estás muerta y tienes mucho por experimentar.

—*Calma, Michelle, iré por ti…*

Pensé que había asimilado muchas cosas, hasta que me di cuenta de que la voz de mi cabeza no era Asmodeus… La voz era conocida, áspera, juguetona. Era él… Nolan era la voz de mi cabeza. ¿Por qué podía escucharlo?

Asmodeus me tomó por el brazo con firmeza y nos desvanecimos… Mi mundo acababa de cambiar y no tenía ni puta idea de por dónde empezar…

Agradecimientos

Agradecer es lo más fácil y más difícil a la vez, porque no quieres olvidar a personas importantes, especialmente si eres tan afortunada como yo de tener personas increíbles en tu camino.

Quiero empezar por mi familia, mi esposo Orlando, *partner in crime*, compañero de vida, que se soporta las horas de horas escuchándome divagar entre historias, conspiraciones y mundos ancestrales, definitivamente conversar contigo sobre historias e ideas en mi cabeza es una de las cosas que más valoro en el mundo. Gracias por la paciencia y los muchos desayunos, almuerzos y cenas que me hiciste para poder dedicarme a escribir sin interrupciones. Eres un hombre increíble, hermoso, maravilloso y la mejor inspiración para estos personajes masculinos desgraciadamente sensuales.

A mi mamá, Haydeé, gracias, sé que no eres feliz de que Grigori, tu favorito, sea el villano, pero me llenó el corazón saber que entendiste la razón detrás de todo esto. Gracias por ser el apoyo constante para escribir estos libros, tu amor por las letras, por los libros, es algo que llevo en la sangre, esta vez vivirás el estreno de este libro conmigo y estoy demasiado feliz de poder tenerte cerquita de nuevo. Gracias por siempre decirme «corazón de melón», es la frase más linda y cercana que pude agregar en esta historia.

A mi papá, Manuel, donde quiera que estés, estoy segura de que me observas con alegría sabiendo que tus historias que me contabas cuando era pequeña ayudaron a desarrollar esta gran imaginación, no fue hasta hace poco que entendí que todo mi don de cuentacuentos tenía mucho que ver contigo y lo honro cada día.

A mis tíos, primos, familiares que siempre me dan una mano y apoyo en estas locuras. Especialmente a mi querido Saimon por su apoyo en este proceso creativo.

A Ivanna, amega, sí, con «e», eres una persona tan preciada para mí como el ojo de Karakum, tú me das guía, me ayudas a vibrar alto y complementas mi existencia, gracias por ser parte de mi camino y por el apoyo que me das en cualquier invento que se me ocurre, sé que nuestra amistad trasciende planos, universos y lugares y algún día, si renacemos, nos volveremos a encontrar, ojalá en dos perritos que anden felices en un hogar de padres *millenials* (jajaja), o al menos en dos vampiras Vesperian que dominen el mundo. Seguirás siendo inspiración para Michelle siempre.

Osli, eres una de las personas más hermosas que ha traído el mundo de *Era de Sangre* para mí, eres una amistad preciosa, desinteresada y llena de actos de amor que hacen a mi alma vibrar, creo que siempre desde pequeña soñé con tener una amiga como tú y agradezco cada día al universo de que estés ahí y seas mi partner de locuras. *Bookaholicas Podcast* no sería lo mismo sin ti, sin tus chistes, sin tu risa absolutamente loca y escandalosa que adoro, este libro no sería lo mismo sin tu *beta read*, gracias por cada minuto que le dedicaste a leer, reaccionar, llorar, saltar, brincar conmigo. Gracias por existir en mi camino, gracias por los *podcasts* de notas de voz, gracias por las notas de video que me llenan el celular, no cambiaría nada de eso en el mundo. Eres oro.

Gaby y Joha, mis queridas, gracias por aportar en cada momento a la construcción de estos personajes y escenarios, cada uno de ellos tiene algo de mis amistades y la forma como ustedes crean espacios maravillosos en mi vida. Definitivamente somos muy afortunadas de seguirnos acompañando en este viaje, espero que Elena herede el amor por los libros, tía Lucy estará aquí para hablar de personajes maravillosos, villanos moralmente grises y mujeres ancestralmente poderosas.

Albita de mi corazón, gracias, gracias, gracias. Tu luz sigue vibrando alto en esta vida y sigue dándonos espacios para recordar que lo importante es siempre reconectar con nuestro ser, gracias por la paciencia, sé que soy una persona difícil de ubicar y siempre estás ahí cuando te necesito. Gracias por comenzar a amar la lectura de fantasía y entregarte a este mundo de villanos sensuales. Soy muy afortunada de tenerte en mi camino.

A todas las quiero y son mi grupo de mujeres maravilla más hermosas del universo. Todas ustedes crean a una gran Michelle increíble, todas ustedes son mis Ronin.

A mis colegas de trabajo, todavía sigo en *shock* de las veces que me

dijeron que amaban este libro, gracias por no verme raro después de leer todo ese *spicy* (jajaja), los adoro. Especialmente a Jamie, gracias por el apoyo que me has dado al escribir estos libros, gracias por el *feedback* y por decirme que crees en mi talento. También a Alfonsina, gracias por seguir este proyecto de cerquita y siempre compartir sobre mi libro en los espacios que puedes. Todo esto significa mucho para mí.

Ahora quiero tomarme un espacio para agradecer a este grupo de mujeres que no solo estoy agradecida por conocer, sino por tenerlas en mi círculo. *Era de Sangre* es más que un libro, es una comunidad, es una forma de creer en que lo imposible es posible y seguir los sueños, Gracias, Cata, Carito, Hadita, Jenn, Javi, Caro, Yako, Andrea, Nata, por el tiempo que han dedicado a estos vampiros desgraciados y sensuales, créanme que valoro cada interacción, cada *reel*, cada comentario, cada vez que han ido a una feria o un evento a apoyarnos, cada vez que han hablado de esta historia como si fuera la suya propia, cada vez que han organizado un evento o lectura conjunta. No doy por sentado el apoyo que me dan porque sin ustedes todo esto no sería posible. Las adoro con todo mi corazón y espero que hayan vivido una hermosa montaña rusa con este libro.

Tyler, sí, tú, este mensaje es especialmente para ti, no solo eres la mejor ilustradora del universo entero, sino eres un ser humano increíble, siempre quedo anonadada de la suerte que tengo de cruzarme con personas como tú. Te admiro a niveles estratosféricos, eres una mujer poderosa, inteligente, creativa hasta las metras y de verdad espero que muchas mujeres sigan tu ejemplo de vida, el arte que haces no solo roba miradas sino corazones y sé que tu camino va a estar lleno de éxito, es que ni siquiera lo veo como una posibilidad, sé a ciencia cierta que eso va a suceder, el profesionalismo que pones en todo lo que haces, la pulcritud, el amor… Eres excepcionalmente increíble.

Tío Pepe, gracias por la oportunidad que nos da a las nuevas autoras, los espacios que crea para nosotros, créeme que realmente valoramos eso de una forma infinita.

Gracias Letrame Grupo Editorial, por una vez más ser el puente que permite que este sueño llegue a los lectores, especialmente a ti Carmen, mi editora, gracias por el apoyo en este segundo libro, además un agradecimiento inmenso al equipo de corrección, maquetación y cubierta que hacen esto posible.

A ti, lector, sabes la relevancia que tienes en este mundo, ¿verdad? Cada vez que le diste *like* a un *reel* colaboraste con una idea, cada vez que escogiste comprar mi libro me diste gasolina para continuar. He conocido a tantas personas en este último año que han llegado a abrazarme, a pedirme una foto, una firma, y ustedes me han dicho lo felices que están, pero creo que no tienen idea de lo feliz que estoy yo y lo que significa cada vez que me cruzo con ustedes. He llorado de felicidad, de saber que le han abierto la puerta a Mirah y Kane, de escucharlos discutir por el *team* vampírico que son, de escuchar sus teorías conspirativas. Esto es lo que siempre soñé y ustedes lo han hecho posible. LOS AMO.

Y dime…
¿Abrazarás la oscuridad que está en ti para
reencontrarte con todo tu verdadero ser?
Recuerda que solo al atravesar los espacios oscuros…
logramos ver la luz.
Gracias por tanto.
Lucy